DANIEL CAET

LAS MENTIRAS DEL CIELO

Durante siglos la sociedad se ha sustentado en una serie de verdades que creíamos absolutas, solo que todo era una gran mentira.

Daniel Caet

LAS MENTIRAS DEL CIELO

A mi marido,
por ser mi historia más hermosa.

A mis hijos,
por recordarme dulcemente que mis historias
no son tan divertidas como las de sus libros.

A Matilde Asensi, Anne Rice y Katherine Neville,
por contribuir con sus historias a que creciera en mí
el sueño de contar las mías propias.

Gracias, de corazón.
Daniel

¨Lo que ha sido creído por todos
siempre y en todas partes,
tiene todas las posibilidades de ser falso.¨

Paul Valéry

1
Familia

Podía notar el frío en los huesos. Su abrigo de primavera neoyorquina era insuficiente para soportar la gélida temperatura escocesa que barría las orillas del Loch Lomond incluso en aquella época del año. Las tumbas a su alrededor eran incapaces de parar el viento que, aunque soplaba ligero, aumentaba enormemente la sensación de frío. Se preguntaba cuánto de aquella desagradable sensación se debía a ese frío y cuánto al suyo propio, aquél que la había acompañado desde que podía recordar, siempre.

Todo aquello era bastante ridículo, sus últimos tres días en general no tenían ningún sentido y aún menos lo tenía la manera en que ella se había dejado arrastrar por los acontecimientos.

—¡Becca, tú eres gilipollas integral! —pensó.

Sus ojos miraron la lápida que se encontraba a sus pies y su cerebro se aferró a la esperanza del sufrimiento, del dolor, de la pena. Pero no había nada de todo aquello. No sentía nada. Y, sin embargo, allí estaba. Había traído flores, eficientemente proporcionadas por el servicio de la casa, una rara forma de lirio de un color rojo oscuro, lirios de sangre, aparentemente algún tipo de icono familiar. Se agachó para dejarlos sobre la tumba. Aún nada, sólo frío.

Genevieve Engels, 1958-1993. Las letras descoloridas de la lápida gritaban el nombre de su madre, su año de nacimiento y el de su muerte. Becca nunca pensaba en su madre. No porque no quisiese sino porque tan sólo tenia cinco años cuando su madre la envió a un internado religioso en Canadá, las hermanas de la

Asunción, cerca de Montreal. Dos semanas después estaba muerta. Hasta tres días antes cuando una llamada de teléfono la resucitó.

Aquella llamada había sacudido todo su mundo, un mundo construido por ella misma, ordenado, metódico y sobre todo, predecible. Un mundo donde ella tenía el control. Dos años antes había acabado su grado en genética evolutiva en la Universidad de Columbia en Nueva York y había comenzado un doctorado en genética humana en el Hospital Monte Sinaí bajo la dirección del doctor Matthew Anders, una de las estrellas de la Universidad. El doctor Anders sólo escogía para su laboratorio a los alumnos más destacados de su clase y el espectacular expediente de Becca había asegurado que la escogida fuera ella. Siempre había sido una estudiante brillante, uno de esos aspectos de su vida donde solo ella tenía el control. Desde que se incorporó al laboratorio su vida se había convertido en el tipo de rutina que le hacía sentirse cómoda. Es verdad que trabajaba los siete días de la semana y que nunca sabía a que hora terminaría el día, pero encerrada en aquel mundo de tubos de ensayo y microscopios se sentía segura, protegida. O al menos lo estaba hasta que sonó su teléfono.

La llamada se produjo a las siete de la mañana hora de la costa este, demasiado pronto para que sus compañeros de trabajo hubieran empezado su jornada así que estaba sola en el laboratorio. La llamada se hacía desde un número oculto. En condiciones normales Becca ignoraba esas llamadas. Publicidad, llamadas de su proveedor telefónico intentando colocarle alguna oferta o alguna encuesta era de lo que solía tratarse, pero aquel día, de alguna forma, sus dedos escogieron contestar.

—Rebecca Engels, dígame.

Al otro lado del teléfono una voz de hombre con acento británico respondió de manera pausada.

—Buenos días señorita Engels, mi nombre es Alexander Mason del bufete de abogados Mason y Kraus Asociados. ¿Es este un buen momento para hablar con usted?

Becca se sorprendió por la presentación tan formal y no supo muy bien como responder. Las palabras bufete de abogados no tenían mucho sentido para ella fuera de las series de televisión que veía por las noches antes de irse a dormir.

—Eh... sí...supongo que sí —respondió. Otra vez una respuesta inesperada.

—Ah, perfecto —continuó la voz al otro lado de la línea—. Cómo imagino que sabrá señorita Engels, mi bufete se ha encargado de la ejecución del testamento de su madre desde su fallecimiento y

nos vemos en la obligación de contactar con usted para...

Su cerebro se despertó de golpe.

—¿Cómo? Un segundo, un segundo, por favor —le interrumpió —. Mi madre murió hace veinte años. Creo que debe de haber un error. ¿Está seguro que soy la Rebecca Engels que usted busca? No entiendo de que testamento habla, digo yo que si hubiera existido un testamento me habrían informado antes, ¿no le parece?

—Discúlpeme señorita Engels —dijo la voz tras un breve silencio —. Sospecho que he asumido que era usted poseedora de más información de la que evidentemente posee. Empecemos por el principio si le parece, ¿es usted Rebecca Engels, residente en Nueva York e hija de Genevieve Engels, fallecida en Escocia, Reino Unido en 1993?

—Sí, ese es el nombre de mi madre y el mío, y el año de su muerte es también correcto —respondió sin ganas de seguir con aquella conversación.

—Perfecto —dijo la voz—. Aclarado este punto déjeme explicar quienes somos y cuál es la razón de nuestra llamada. Nuestro bufete en Londres fue escogido por su madre para actuar como albaceas y ejecutores de su última voluntad. A su muerte y, siguiendo sus instrucciones, procedimos a la apertura y lectura de dicho testamento en el que se le concedían a nuestro bufete poderes para gestionar la fortuna de su familia, de la cuál usted es única heredera, hasta que usted cumpliera los veinticinco años, cosa que, si no me equivoco, ocurrió la semana pasada.

—Sí, así es —dijo Becca—, pero a mí nadie me ha hablado de ningún testamento. Mis estudios y todos mis gastos han sido cubiertos toda mi vida por un fondo que mi madre estableció a tal efecto y no soy consciente de que exista nada más.

—Sí, somos conscientes de la existencia de dicho fondo puesto que nosotros somos los administradores y nos hemos encargado, como usted dice, de asegurar que todas sus necesidades eran cubiertas de acuerdo a la voluntad de su madre. Sin embargo, la fortuna de su familia es mucho mayor que ese fondo, señorita Engels. Hablamos de fondos de inversión, empresas, propiedades inmobiliarias y una vastísima colección privada de arte. Todo ello ha sido gestionado, de forma absolutamente eficiente, si me permite decirlo, por nuestro bufete y ahora debemos ejecutar la última cláusula del testamento de su madre y transferirle todos estos bienes a usted.

La cabeza de Becca empezaba a dar vueltas. Veinte años después de su muerte su madre le guardaba sorpresas inesperadas.

—La verdad es que no se que decirle —contestó—. Supongo que si tiene que hacerlo, pues adelante, no sé...yo no sé nada de empresas y fondos de inversión. Imagino que puedo buscar alguien aquí en Nueva York que me ayude con ello. ¿Necesita que le envíe algún papel firmado?

—Me temo que no es tan sencillo señorita Engels —dijo el hombre en tono condescendiente—. Para que la transferencia sea efectiva su madre estipuló que debe hacerse en Duncan Hall, la casa que su familia posee en los alrededores del Loch Lomond, en Escocia.

Becca no sabía que responder. En unos minutos su vida había dado dos vueltas y media de campana y la falta de control de lo que estaba pasando hacía que se encontrase mareada. Ella no quería nada de todo eso, no lo había pedido y no lo necesitaba. La idea de ser una rica heredera como la de las telenovelas le ponía los pelos de punta.

—Mire. Yo...yo no puedo viajar ahora mismo. Tengo un trabajo aquí, una vida que no puedo dejar porque sí para viajar a Escocia. Si no le importa llamarme en unos meses quizá pueda organizar algo...

Al otro lado de la línea se hizo el silencio por unos segundos que parecieron horas.

—Señorita Engels, me temo que debo insistir. La dimensión de la fortuna de la que usted es heredera hace imprescindible que viaje usted mañana mismo. Me he tomado la libertad de llamar al doctor Anders antes de hablar con usted y me ha confirmado que, dada la importancia de esta situación, no pondrá problema alguno a su viaje.

Becca sintió como si la sangre se parase en sus venas. ¿De verdad estaba oyendo aquello?

—¿Que ha hecho qué? —Aquel hombre se estaba comportando como un agente de la CIA o algo mucho peor, como un mafioso que pensaba que podía manejar su vida a su antojo—. ¿Con qué permiso se ha atrevido a... ?

—Con el de su madre, por supuesto —interrumpió el hombre sin perder la calma.

La repuesta dejó a Becca sin palabras. Veinte años tras su muerte el fantasma de la madre a la que no recordaba había llegado para desmontar su vida, la vida que le había costado tanto construir.

—Muy bien —dijo sin saber si era ella la que hablaba—. Buscaré un vuelo y le llamaré para decirle cuando puedo ir.

—¡Oh, no tiene que molestarse! En realidad ya hemos

organizado todo para que la recojan en su apartamento mañana a las nueve de la mañana y la lleven hasta el aeropuerto de La Guardia donde la espera su jet privado para traerla hasta Glasgow. Uno de nuestros chóferes la recogerá a su llegada para llevarla a Duncan Hall.

Becca no podía creer lo que estaba oyendo pero no tuvo tiempo de articular palabra.

—Ha sido un auténtico placer hablar con usted señorita Engels. Le deseo un buen vuelo y, por supuesto, no dude en contactarnos si necesitase algo más.

—Sí...de acuerdo —balbuceó a duras penas Becca.

—¡Oh, me olvidaba! —dijo de repente el hombre—. Existe otro asunto que necesitaré discutir con usted, señorita Engels, a su llegada. Otro de nuestros clientes se ha puesto en contacto con nosotros para que le hagamos llegar un paquete. La persona en cuestión es el señor Daniel McGregor, su padre.

Un segundo después aquel hombre había colgado dejando a Becca en un completo estado de shock. Si toda la situación relativa al testamento de su madre no tenía ningún sentido, la última frase había bloqueado su cerebro completamente. En el colegio en Canadá, las hermanas de la Asunción siempre habían procurado obviar el tema de su historia familiar. El colegio era una institución para niñas de familias con un gran poder adquisitivo y que no poseían el tiempo ni las ganas de ocuparse de su prole. La pequeñas pasaban allí todo el año, volviendo a casa para la vacaciones de verano y las fiestas navideñas. Todas, excepto Becca. Ella era la única niña que vivía con las hermanas de forma permanente y eso la convertía en algo diferente. Una diferencia que la crueldad infantil había sabido aprovechar para herirla y dejarla de lado. Becca no podía decir que su infancia había sido feliz pero el saber que había sido capaz de sobrevivir todo aquello sin ayuda siempre la había llenado de orgullo. Sin embargo, sus heridas, aquellas que creía cerradas se acababan de reabrir y sangraban profusamente. Un padre. O al menos alguien que decía serlo. ¿Donde había estado ese hombre durante todos esos años? ¿Por qué había tenido que sufrir sola todos esos años de vacío, de no comprender nada si existía alguien que podía haber llenado al menos una parte de su vida? Y, si se había mantenido conscientemente lejos de ella todo ese tiempo, ¿a qué venía ahora ese intento de contacto?

Aquel pensamiento fue la gota que colmó el vaso. Podía notar como todos los músculos de su cuerpo se tensaban, como empezaba a acumularse aquella rabia que conocía bien y que sólo traía

destrucción. Podía oír el material de vidrio del laboratorio chocando entre sí. La rabia se estaba desbordando afectando todo a su alrededor. Tenía que parar. Debía recuperar el control, antes de que fuera demasiado tarde. Tenía que respirar, eso siempre le ayudaba. Hinchó sus pulmones tanto como pudo reteniendo el aire. Notaba como sus pulsaciones descendían.

—Sí, sigue así —pensó—. No puede ocurrir otra vez, nunca más.

Había descubierto la rabia en su último año en el internado. Un primer novio poco conveniente y una compañera de clase suficientemente interesada en herirla fueron la causa. Las burlas de ella en un baño, el detonante. Aquella vez no había sido capaz de controlar esa rabia, la energía que se acumuló en su interior se desbordó fuera de ella y las llamas nacieron a su alrededor devorándolo todo, el edificio, los baños y aquella chica, Claire Davenport. Aquél nombre la acompañaría siempre. Para las hermanas encontrarla ilesa junto al cadáver carbonizado de Claire había sido un milagro. Para ella, el principio de su pesadilla. Desde aquel momento todos sus esfuerzos se centraron en controlar aquella angustia que podía devorarla a cualquier precio aunque para ello tuviera que sacrificar cualquier situación vital en la que ella no poseyera el control. Su vida se convirtió en una obra de teatro absolutamente predecible donde ella era el único director, actor y público.

Becca notó como su cuerpo respondía a la dosis de oxigeno retenida en sus pulmones y se relajaba. Lo peor había pasado pero a duras penas podía tenerse en pie. Siempre le ocurría. El nivel de esfuerzo necesario para controlar la rabia era cada vez más grande.

—Joder, hoy necesito una copa. O dos —pensó.

A duras penas pudo sobrevivir el día en el hospital. Con la excusa de la cantidad de equipaje que necesitaba preparar salió más pronto de lo normal y cogió el metro hacia el village. Necesitaba pensar y ella no podía hacerlo ahora mismo así que necesitaba alguien dispuesto a pensar por ella. Afortunadamente en su vida había una persona más que dispuesta a tomar las riendas de su existencia si era necesario como en este caso, Charice.

Charice y Becca eran amigas desde la universidad, compañeras de habitación en la residencia universitaria y la única persona a la que Becca llamaba amiga sin reparos. Su nombre real era Charlotte pero había decidido cambiárselo a su llegada a la universidad porque una estudiante de periodismo de moda no podía tener un nombre tan vulgar. Charice era la imagen del éxito neoyorquino, ese que sólo sale en la revistas y los programas de televisión.

Siempre vestida a la última, femenina hasta dejarlo de sobra y con la belleza que le proporcionaba la mezcla de los genes de nativo americano de su padre y japoneses de su madre. Charice era capaz de parar el tráfico. Literalmente. Trabajaba como reportera de moda en una de las revistas más famosas a nivel mundial por lo que viajaba constantemente de pasarela en pasarela, de semana de la moda de París a Londres y de ahí a donde tocase y, si bien no estaba a la altura de las Anna Wintour del mundo, su red de contactos era simplemente enorme. Tanto como la seguridad en sí misma, justo lo que Becca necesitaba. Eso, y una buena copa de vino en DiMarco´s.

—Déjame ver si lo he entendido, cariño —dijo Charice levantando la tercera copa de Chardonnay—. En diez minutos de llamada telefónica te has convertido en una heredera multimillonaria, con casas y empresas en todo el mundo y con más dinero del que podrías gastar en tres o cuatro vidas, ¿correcto? —dijo mirándola pero sin esperar respuesta—. Y como consecuencia —añadió llevando la copa a sus labios—, estás deprimida.

—Ya sé que suena ridículo, Charice, pero yo no quiero nada de todo esto para mi vida, yo quiero seguir con mi trabajo y con mis cosas, sin sustos, sin sobresaltos,...sin padre.

—Sin emoción, sin riesgo, sin sexo...

—¡Ey!, eso no es justo, yo sí tengo sexo.

—Cariño —replicó Charice mirándola con pena fingida—, el calvo no cuenta, no es sexo si no dura más de diez segundos.

—¡Eres imposible!

—Yo prefiero el término irresistible...pero vale. —dijo sonriendo.

—John es un buen tío. No es el tipo de hombre que yo necesito, eso es todo.

—Ni tú ni ninguna mujer, animal o cosa que se valore un poquitín a sí misma.

—El caso es que mañana tengo que montarme en mi propio jet privado para ir a mi casa en Escocia y tomar posesión de mis millones, y yo...estoy acojonada —dijo mirando a Charice con cara de perro apaleado.

—En serio, cariño, tienes que hacer algo con este miedo tuyo a lo desconocido, te estás bloqueando a ti misma, a tu desarrollo como persona, todos necesitamos monstruos a los que enfrentarnos, reina, es la forma de crecer, de hacernos...

—¿Te vienes conmigo? —le espetó Becca interrumpiéndola. Charice la miró intentando permanecer seria, sin éxito.

—No sé, cariño. Veamos, ¿que si me voy contigo a unas vacaciones pagadas en Europa, en jet privado y durmiendo en una mansión?...pensé que no me lo ibas a pedir nunca —dijo con una sonrisa inmensa a la par que le indicaba al camarero que trajera otra botella.

Tuvo que levantarse a las cinco de la mañana para poder hacer el equipaje. La ronda de vinos del día anterior había durado lo que duraban todas las fiestas con Charice, mucho, y lo iba a pagar durante todo el día con una fantástica resaca. No tenía ni idea de que tiempo hacía en Escocia pero supuso que, a fin de cuentas, era finales de Abril así que ropa de entretiempo iría bien. A las ocho en punto el timbre de la puerta casi le hace estallar la cabeza. Eran Charice y sus siete maletas.

—¿Te importaría explicarme qué llevas en siete maletas de ese tamaño? —le espetó en cuanto la vio entrar por la puerta.

—Lo básico cariño, sólo lo básico. Además, vamos en jet privado, no me van a multar por exceso de equipaje. Y si fuese el caso, mi amiga la millonaria puede ayudarme a pagar la multa, ¿no? —contestó sacándole la lengua.

Becca decidió dar la batalla por perdida y no pensar en qué cosas estaba olvidando si lo básico para Charice eran siete maletas y ella había puesto todo lo que creía necesitar en una y pequeña.

A las nueve en punto el timbre de la puerta sonó de nuevo, esta vez era su transporte al aeropuerto. Un hombre vestido de uniforme de chófer se presentó en el apartamento de Becca dispuesto a bajar el equipaje y, aunque Becca estaba por asegurar que no estaba muy feliz al ver la cantidad de maletas, las bajó hasta el coche sin decir una palabra. Becca casi colapsa cuando bajó a la calle y vio el coche que estaba esperándola. Una limusina negra con espacio suficiente para ocho personas o más. Charice se lanzó al interior inmediatamente y le gritó desde dentro.

—¡Entra ya, cateta o todo el vecindario se dará cuenta de que no estás acostumbrada a esto!

Becca entro en el vehículo tropezando en la puerta y pensando que si quedaba alguien en la calle que pudiese creerse que este era el tipo de vida al que ella estaba acostumbrada era un milagro.

El viaje al aeropuerto fue relativamente rápido. Becca había estado en La Guardia varias veces antes pero siempre en la parte dedicada a los vuelos comerciales. Esta vez el coche entró por una entrada privada y accedieron directamente a un hangar donde les

esperaba el jet. Si el coche había sido un shock, el jet hizo que le temblaran las piernas. El personal del avión, dos pilotos y dos azafatas, les esperaban a pie de las escalerillas y les dieron la bienvenida mientras les indicaban que subieran al avión. Charice se sentía como en casa y se comportaba como si hubiera hecho aquello toda la vida. Becca no podía sentirse más fuera de lugar. El interior del avión era cómo un salón de una de esas casas de las revistas. Nada de asientos en línea en color azul marino. Los sillones eran de piel, la mesas estaban decoradas con flores frescas y hasta había alfombras en el suelo. Becca no tuvo demasiado tiempo de mirar a su alrededor porque una de las azafatas les pidió que se sentasen dado que el despegue era inminente. Becca obedeció, tensa como un palo y así estuvo durante al menos la primera hora de vuelo. Poco a poco la charla incesante de Charice y el alcohol proporcionado por las azafatas la fue relajando y hasta pudo conciliar el sueño convenientemente ayudada por varias pastillas proporcionadas por la farmacia ambulante de Charice.

Llegaron a Glasgow a las once de la noche hora local. Dos coches les estaban esperando esta vez en la misma pista de aterrizaje. Uno para ellas y otro para las maletas. El conductor les informó que el trayecto hasta Duncan Hall serían unos cuarenta y cinco minutos. A esas alturas Becca estaba absolutamente agotada por el viaje a pesar de que en Nueva York eran sólo las seis de la tarde. Un buen rato después el coche atravesó unas verjas de una propiedad privada. El camino en el que se internó era de tierra y Becca pudo ver que a ambos lados del camino había árboles muy altos.

—¡Santo Louis Vuitton! —dijo Charice de repente asustando a Becca.

—¿Qué ocurre?

—Cariño, cuando me dijiste que tu familia tenía una casa en Escocia te olvidaste de decirme que la casa es un castillo. ¡Mira eso! —dijo agarrándole la cabeza y llevándola hasta su ventanilla.

La imagen que golpeó a Becca fue absolutamente impactante. Al fondo de la carretera por la que circulaban se veían las luces de una enorme mansión con una especie de torres a los lados de la estructura que recordaban a los castillos de los cuentos de hadas. A medida que se acercaron más comprobaron que la parte central de la mansión era un despliegue fastuoso de enormes ventanales con vistas al frontal de la casa que estaba ocupado por lo que parecían unos jardines enormes. La extensión de terreno alrededor de la casa no era claramente visible sólo iluminada por las luces que

provenían de la mansión pero sólo la figura de aquella estructura inmensa, que parecía estar en medio de la nada, cortaba la respiración.

El coche llegó hasta la entrada de la casa donde les estaban esperando cuatro personas, un hombre y tres mujeres, dos jóvenes y una algo mayor, de unos cincuenta y tantos calculó Becca. Se bajó del coche casi empujada por Charice que no podía contener la emoción y tropezó con la puerta de nuevo. El hombre corrió a sujetarla. Becca notó que olía a algo que le recordaba al incienso de las iglesias.

—Gracias —dijo Becca tímidamente.

—A sus órdenes, señorita —respondió soltándola al ver que estaba segura y dando un paso atrás para volver con sus compañeras—. Señorita Engels, permítame ser el primero en darle la bienvenida a su casa. Mi nombre es Eustace y soy el jefe del servicio de Duncan Hall.

El hombre hizo una pequeña reverencia que dejó a Becca descolocada sin saber si debía devolver el movimiento o simplemente no decir nada.

—Gracias —balbuceó.

El hombre estaba entre los cuarenta y los cincuenta años, era alto, tenía el pelo oscuro aunque empezaba a platear en sus sienes y sus ojos eran de un azul intenso. Su físico, unido a sus modales exquisitos, y su aire pausado le hacían extrañamente atractivo.

—Permítame presentarle al resto del servicio de la casa —dijo el hombre sacándola de sus pensamientos—. Esta es la señora Dermott, el ama de llaves. Lleva a cargo de la casa toda su vida y sabrá ocuparse de cualquiera de las necesidades de las señoritas.

Charice sonrió encantada de ser incluida en la lista de señoritas de la casa.

—Estas son Lucille y Anne, las asistentes de servicio—. Las dos muchachas, rubia y angélica la una y morena y regordeta la otra hicieron una reverencia—. Hay dos miembros más del servicio que trabajan en la cocina, Matthieu el cocinero y Charlotte la pinche, pero no residen la mansión por lo que tendré que presentárselos mañana. Por supuesto, me pidieron que le transmitiera sus disculpas por no poder estar aquí esta noche.

Cuando las presentaciones acabaron Becca se dio cuenta que los dos coches habían desaparecido y Eustace se apartó sutilmente indicándoles la entrada a la mansión.

De camino al interior, Charice se acercó a Becca y agarrándola del brazo le susurró.

—Corazón, si el mayordomo viene incluido en el paquete de entretenimientos de la casa creo que no te vas a aburrir.

—¡Oh, Charice, por dios! —contestó Becca intentando evitar la imagen que se formaba en su cabeza.

Si la imagen del exterior había sido impactante el interior les dejó sin respiración. La entrada se abría a un gran hall en el que la posición central era ocupada por un gran escalera de piedra que ascendía los cuatro pisos de la mansión. La paredes de la escalera estaban cubiertas con cuadros de grandes dimensiones que representaban en su mayoría escenas de caza. En el centro de la escalera, un gran candelabro colgaba del techo e iluminaba todo el espacio contrastando con el frío de la piedra que además había sido minimizado con una larga alfombra que recorría toda la escalera desde la parte superior hasta la misma entrada. Esto hacía que un espacio que de otra forma hubiera constituido un fría acogida se convirtiera en una agradable invitación al resto de la casa.

—Me imagino que la señora se habrá dado cuenta de la mezcla de estilos de la mansión —dijo Eustace.

—Eh...Sí, claro, ya lo he notado —contestó Becca sin saber de qué estaba hablando.

—La entrada y las dos torres laterales del edificio son restos de la fortaleza original del siglo trece, el resto de la casa fue añadido en el siglo diecisiete para reponer aquellas estructuras dañadas irremediablemente por el paso de los años.

Eustace notó sin duda la falta de interés de las dos señoritas americanas e inmediatamente cambio de tema.

—Supongo que las señoras estarán extremadamente cansadas de su viaje. Si les parece, podemos posponer la visita a la casa hasta mañana y puedo indicarles donde se encuentran sus habitaciones.

Tanto Becca como Charice estuvieron de acuerdo con la propuesta y el mayordomo las acompaño hasta el segundo piso.

—El ala de la derecha del segundo piso ha sido tradicionalmente el área residencial de la familia. Hemos arreglado la habitación de su madre para usted, señorita Engels. El área de huéspedes es el ala izquierda y allí hemos preparado habitaciones para su invitada.

Becca sintió un escalofrío al pensar que dormiría en la habitación de su madre pero, bien pensado, ¿qué más podía esperar? Su madre había sido la señora de aquella casa tal y como ahora lo era ella.

Eustace pidió a Anne que mostrara a Charice la habitación mientras él acompañaba a la señorita Engels a la suya.

—Chica con suerte —dijo Charice demasiado alto haciendo que

Becca se sonrojara.

Por un segundo Becca quiso pedirle a Charice que durmiera en su cuarto pero eso habría sido una actitud de niña y ya había pasado bastantes vergüenzas por el momento. Eustace la acompañó por el pasillo de la derecha, completamente lleno de cuadros como la entrada, pasando por numerosas puertas todas cerradas.

—¿Todas estas son habitaciones de la familia?

—Hubo un tiempo en que la familia era muy numerosa pero los tiempos cambian, supongo —contestó el mayordomo con una sonrisa triste—. Quizá la señorita traiga pronto a su familia y la casa vuelva a estar llena de nuevo.

—Me temo que Charice es lo más parecido a una familia que tengo.

—Discúlpeme señorita, no tenía intención de ofenderla —dijo el mayordomo parándose en seco.

—¡Oh!, no tiene que preocuparse —respondió Becca—, no me siento ofendida en absoluto. ¿Puedo preguntarle cuanto tiempo lleva en la casa?

—Casi toda mi vida en realidad. Mi familia ha estado al servicio de la suya por muchas generaciones.

Becca no pudo evitar una sonrisa

—Me alegro de hacerla sonreír —dijo Eustace respondiendo a su sonrisa.

—Ahora soy yo quien lo siente —dijo Becca sonrojándose de nuevo—. Verá, pensé que estas cosas, todo lo que me está ocurriendo en general, sólo pasaba en series como Downton Abbey.

El mayordomo soltó una gran carcajada.

—Creo que puedo entenderla, señorita. —Continuaron por el gran pasillo hasta que llegaron a unas puertas dobles que tenían un a flor labrada—. Estas son sus habitaciones —dijo mientras abría las dos puertas.

La habitación era simplemente magnífica. Al fondo una gran puerta de cristal se abría a lo que parecía una terraza. En el centro una gran cama con dosel de madera labrada robaba dramáticamente toda la atención. Dos puertas más en el lateral de la sala sugerían posiblemente un baño y quizá un armario vestidor dado que no había ningún otro a la vista. En el lateral opuesto una gran chimenea ardía calentando la habitación y proyectando una luz acogedora. Y encima de la chimenea, un gran cuadro de una mujer lo ocupaba todo. Cuando Becca alzó sus ojos para mirar al cuadro de repente la sala cambió completamente. Era de día y la mujer del cuadro jugaba con ella en la cama y le ponía collares y

más collares mientras le decía lo preciosa que era y la niña reía a carcajadas. Un segundo después la habitación volvió a ser la misma y ella se encontraba en los brazos de Eustace.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, creo que sí —balbuceó— ¿Qué ha pasado?

—Estaba mirando el cuadro y de repente se desmayó. Afortunadamente pude cogerla antes de que se golpeara con algo.

Becca se incorporó avergonzada dándole las gracias unas doscientas veces.

—Este cuadro...

—Es el retrato de su madre, fue encargado a un joven artista de su época, Pascal Tourmais, si no recuerdo mal. Su madre lo tenía en gran aprecio.

Becca no podía dejar de mirar el cuadro. La mujer que aparecía en él, la misma de su extraña visión, era muy diferente a ella pero era fácil adivinar el parentesco. Su madre tenía el pelo de color rubio ceniza y muy largo, muy diferente de su pelo castaño oscuro y a la altura de los hombros pero los ojos eran los mismos. Unos ojos grandes de un azul mucho más intenso de lo habitual que les daban una profundidad poco común.

—Eustace, quizá le parezca una pregunta ridícula pero, ¿sabe usted si existe la posibilidad de que yo haya visto este cuadro antes? Quizá en una fotografía o algo semejante.

Eustace la miró con cierta sorpresa reflejada en su cara.

—Bueno señora, no dudo que tuvo numerosas oportunidades de verlo cuando era una niña.

—¿Cómo?

—Me refiero a que durante los años que vivió aquí con su madre hasta su muerte seguramente entró en esta habitación muchas veces.

Becca no tenía palabras. Las monjas nunca le había explicado nada de su vida anterior a la muerte de su madre. Sabía que tenía pasaporte británico, pero su partida de nacimiento no especificaba el lugar exacto donde nació. Según los oficiales del gobierno, un problema poco común pero que a veces pasaba cuando el nacimiento tenía lugar en comunidades más aisladas. A Becca nunca le había preocupado demasiado. Nunca había podido acostumbrarse al frío que deja la falta de recuerdos, la ausencia de imágenes de una parte completa de su vida, de su propia madre pero había aprendido a convivir con aquel vacío. Hasta ahora. En un segundo una parte de ese vacío se había llenado con información, imágenes pero, por desgracia, el frío seguía siendo el

mismo. Las imágenes no le provocaban ninguna emoción cálida, ningún afecto. Era como ver una película, como si esas escenas fueran la vida de otro.

Eustace se despidió de ella para dejarla descansar y le indicó que su equipaje había sido dispuesto en el armario vestidor, al que, como ella había supuesto, se accedía por una de aquellas dos puertas laterales.

Becca se quedó parada en el centro de la habitación sin atreverse siquiera a moverse. Tardó unos segundos en reaccionar, la habitación hacía que no se sintiera completamente cómoda pero sabía que no tenía alternativa, al menos por una noche. Fue hacía el armario y sacó un camisón de su maleta. Dio gracias por la chimenea porque el camisón de verano que había traído no era la mejor opción considerando el frío que la había recibido en Escocia. Tras la segunda puerta había un baño completo decorado al estilo años cincuenta y con un gran tocador. La enorme bañera le gritaba que se preparase un baño pero era demasiado tarde y Becca pensó que irse a la cama cuanto antes sería la mejor opción. Se lavó los dientes y se dirigió a la cama. El colchón era demasiado blando, la cama demasiado alta y los postes del dosel parecían amenazarla a su alrededor pero tendría que servir. Al menos por una noche. Y Becca se durmió repitiéndose la misma letanía.

—Es sólo una noche.

Su cuerpo se tensó y se incorporó en la cama. Estaba desorientada, todo a su alrededor parecía un sueño lleno de tinieblas, no recordaba el lugar en que se encontraba pero, aquello no era importante, lo único importante era buscar el jardín, la fuente. La ansiedad la llenaba por dentro, la fuente, debía ir hasta la fuente, allí se encontrarían. Notó la suavidad de la moqueta cuando sus pies tocaron el suelo, sus piernas temblaron, pero su cerebro le decía que aguantarían su peso porque lo único importante era llegar a la fuente. Salió a la terraza, el frío de la noche la golpeó a través del camisón que llevaba puesto pero eso tampoco importaba. Sintió las baldosas heladas bajo sus pies, la rugosa piedra de las escaleras que bajaban al jardín, el calor de la sangre derramada al pincharse con el rosal que invadía la barandilla de piedra, pero tampoco importaba. —La fuente, debes llegar a la fuente —le gritaba su cabeza—, más rápido —le gritaba su cuerpo. Aceleró el paso por la tierra pisada del jardín. El camino fue largo, no había ninguna luz pero no era necesario, el deseo de llegar a la fuente la guiaba como

si de un sonar se tratase, esquivando obstáculos y encontrando el camino correcto en medio del laberinto verde. Becca sabía que había algo extraño en aquel sueño pero no era capaz de definir qué, sólo sabía que debía llegar hasta la fuente, encontrar el camino. Finalmente la vio, al fondo del camino que recorría, en una explanada rodeada de bosque, una inmensa fuente, redonda con un reborde de piedra cubierta de verdín y con una estatua de un hombre en el centro. De repente, la estatua cobró vida, se giró y le habló.

—Bienvenida —dijo con la voz más dulce que jamás había oído —. No tengas miedo, pequeña, acércate.

Becca levantó un pie por encima del borde de la fuente y lo introdujo en el agua. Algo en su cuerpo reaccionó por una milésima de segundo como advirtiéndola de algo pero no duró, fue inmediatamente reemplazado por la necesidad de llegar hasta el hombre.

—Ven a mí, pequeña —repitió aquella voz inevitable—. Te he estado esperando mucho tiempo.

Becca dio un paso dentro del agua que le cubría hasta los muslos. El camisón era un inconveniente para caminar pero no importaba, nada importaba excepto aquella voz. Ahora Becca podía ver su rostro y no podía existir nada más hermoso. Sus rasgos perfectos irradiaban una especie de luz cálida, acogedora. Sabía que cualquiera habría hecho cualquier cosa que ese hombre le pidiera y a ella le pedía que llegara hasta él. De repente, una voz de mujer empezó a resonar en la explanada. Provenía de los árboles del fondo, a la espalda del hombre y entonaba una especie de cántico repetitivo. Becca no conocía el idioma y, sin embargo, no le era extraño, era como si pudiese adivinar la siguiente estrofa. La mujer apareció entre los árboles. Becca no podía ver su rostro, sólo su pelo, rojo fuego brillando a la luz de la luna. El hombre se giró repentinamente con una mezcla de miedo y rabia que deformaba su rostro.

—¡Tú! —gritó— ¡Después de tanto tiempo, por fin tú!

Al mismo tiempo una voz a su espalda gritó su nombre. Becca se dio la vuelta y sintió que todo giraba a su alrededor. Otra mujer estaba al otro lado de la fuente y era la perfecta imagen especular de la primera. Sólo había una diferencia, el color de pelo, azabache en este caso. La segunda mujer se unió al canto y Becca vio como el hombre gritaba de rabia elevando su rostro al cielo. En un segundo las dos mujeres juntaron sus palmas por encima de sus cabezas y una luz cegadora salió de la figura del hombre, de su interior y se

extendió por toda la explanada. Cuando la luz se extinguió el hombre había desaparecido. La oscuridad lo llenaba todo pero, de alguna forma, Becca podía ver a las dos mujeres mirándose mutuamente. De repente, la mujer pelirroja habló y, aunque su voz era penas un susurro, Becca pudo oírla perfectamente:

—¡Cuídala, sabes que vendré a por ella! —Fue lo único que dijo antes de desaparecer. Becca se giró para mirar a la segunda mujer pero esta también desapareció y fue como si nunca hubiesen estado allí.

En ese momento el cuerpo de Becca dijo basta, las fuerzas que la habían sostenido en su búsqueda de la fuente desaparecieron y notó como su cuerpo caía al agua y la oscuridad la invadía de nuevo.

La luz que se colaba en la habitación la despertó. Le dolía todo el cuerpo. Había extrañado la cama y la pesadilla que había tenido toda la noche no le había ayudado a descansar. Se estiró y su cerebro empezó a procesar la información de lo que había a su alrededor y algo no cuadraba. De repente, comprendió qué era. Estaba desnuda. Recordaba perfectamente haberse puesto el camisón la noche anterior antes de acostarse. Miró a su alrededor y vio que el camisón estaba tirado en el suelo. Se bajó de la cama y lo cogió. Estaba mojado. La imágenes de la noche anterior se arremolinaron en su cabeza. El hombre, la fuente, las dos mujeres, el cántico. Se sentía mareada. Quizá todo aquello había sido un sueño pero, ¿por qué el recuerdo estaba tan vivo en su cabeza? Y, ¿por qué le dolía tanto el cuerpo? Se acercó hasta la puerta que daba al jardín. Al otro lado una escalera de piedra cubierta por un rosal descendía hasta el piso inferior. Exactamente como ella recordaba en su sueño. Empezó a ponerse nerviosa. Sintió como empezaba a perder el control, su cuerpo y su mente no tenían fuerzas suficientes para no dejarse llevar, sentía como la rabia volvía a ella y estaba apunto de explotar. Luchaba y luchaba pero no podía hacer nada. De repente un imagen se coló en su cerebro, la mujer del cuadro. Estaba cantando una canción dulce, una nana. Su voz era suave y cálida. De alguna manera Becca conocía aquella canción. Su cuerpo conocía aquella canción. Sintió como sus músculos se destensaban y entraba en un estado de calma, de paz interior. El control volvió a ella. Abrió los ojos. Seguía desnuda frente al ventanal, helada. Agarró el edredón de la cama y se lo puso por encima mientras se sentaba en el suelo y empezaba a llorar. No sabía por qué lloraba. No sabía si era la canción, su

incapacidad para no perder el control o el dolor que sentía por lo que había pasado la noche anterior. Ahora lo sabía. De alguna forma lo sabía. Todo había sido real. Su cuerpo y su mente sabían que había sido real y eso le generaba miles de preguntas.

Cuando logró calmarse se vistió y bajó al piso inferior con intención de encontrar la cocina. Necesitaba un café urgentemente. Llegó hasta la entrada cuando se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué camino coger. Una de las puertas al lado de la escalera estaba entornada y podía oír voces así que optó por aquel camino. Entró en un pasillo de techo muy bajo y pintado de blanco. El pasillo llevaba hasta una puerta de madera que parecía muy antigua y las voces provenían de la sala que había tras esa puerta. Ahora podía reconocerlas.

—¡Buenos días, corazón! —dijo Charice con toda su alegría al verla entrar.

Un vistazo a su cara y el tono de Charice cambió completamente.

—Por dios, reina, ¿tú te has visto la cara? Pero si parece que te has pasado la noche entera en vela. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —replicó Becca con la mejor sonrisa que pudo componer—, pero la verdad es que mataría por un café bien cargado.

—Se lo preparo en un segundo, señora —dijo una voz a su espalda.

—Becca, esta es Charlotte, tu pinche de cocina. Y aquél del fondo, es Matthieu, tu cocinero —dijo Charice señalando a un hombre alto y rubio que estaba al fondo de la gran cocina.

—¡A su servicio señora! —respondieron los dos al unísono.

Matthieu y Charlotte resultaron ser un matrimonio encantador. Se habían conocido cuando los dos habían entrado a trabajar en Duncan Hall diez años antes y las horas pasadas juntos en la cocina habían hecho que el amor y un hijo que ahora tenía seis años hicieran aparición. Ambos estaban encantados de tener de nuevo gente en la casa y esperaban que eso significase que pronto podrían cocinar un banquete como los que sabían que se habían servido en la casa muchos años antes. Nada más lejos de la intención de Becca, pero se lo calló.

Después del desayuno, Becca llevó a Charice a su habitación y le contó lo que le había ocurrido la noche anterior. Charice la miró con pena.

—¡Ay pobre mía, por eso tienes esa cara! Es una pesadilla horrorosa, probablemente has extrañado la cama —dijo quitándole

importancia.

—Charice, no entiendes. Te estoy diciendo que no creo que haya sido una pesadilla, creo que fue muy real.

—Becca, por dios, seamos realistas. Me estás hablando de un tío buenorro que se da baños nocturnos en fuentes ajenas, dos mujeres gemelas que canturrean y una luz que se lleva al machazo en segundos. Cariño, esto es un capítulo de expediente X, ¿que otra cosa va a ser más que un sueño?

Becca sabía que tenia la batalla perdida. Los argumentos de Charice eran absolutamente lógicos, los suyos demasiado extraños para considerarlos verdad. Pero Becca no podía hablarle de la imagen de su madre, de ese sentimiento interno que le decía que todo era verdad, como nunca le había hablado a nadie de lo ocurrido en el colegio, de la llamas y la rabia. Sabía que tendría que guardarlo en su interior, en el mismo apartado donde guardaba todo lo que no podía entender de su vida. Y era mucho.

—Es mejor que nos vistamos cariño. Hoy viene a verte tu abogado, ¿recuerdas? Hoy vas a ser millonaria, corazón.

Era verdad. El señor Mason llegaría a la casa en apenas una hora para hacer efectiva la transferencia de bienes estipulada en el testamento de su madre. Nada podía apetecerle menos. Pero como muchas otras cosas en su vida, tenía que hacerlo.

El abogado llegó puntual como un reloj suizo y Eustace le hizo pasar a uno de los salones de recepción donde Becca le esperaba. La sala era bastante austera para lo que ella esperaba de la casa. Estaba claro que los muebles tenían historia pero no eran tan recargados como era de esperar. Además no había demasiados, apenas un sofá y dos sillones a juego con una mesa de café de mármol en el centro. Sobre la chimenea, un cuadro enorme con una escena de caza. A Becca la reunión le pareció eterna. El señor Mason se empeñó en leerle entero el testamento de su madre que contenía el listado completo de posesiones que estaba a punto de heredar. Becca dejó de escuchar a los diez minutos, demasiado que recordar. Lo que estaba claro es que lo que estaba heredando no era unos simples millones, aquello era un pequeño imperio. El hombre le hizo firmar lo que a Becca le parecieron cientos de papeles hasta que por fin la miró y le dijo.

—¡Muy bien, señorita Engels, pues creo que eso es todo! Es usted oficialmente la heredera de la fortuna de su familia. Enhorabuena.

Becca no supo que responder pero tampoco hizo falta.

—Supongo que querrá buscar a alguien que administre sus

posesiones tan pronto como sea posible. Hasta que usted haya identificado a esa persona, mi socios y eso estamos encantados de ofrecerle nuestros servicios a este respecto si usted así lo desea —dijo el hombre con una sonrisa de actor de televisión.

Becca esperaba algo así pero decidió aceptar porque, en realidad, para ella era probablemente la mejor opción dado que sus conocimientos de administración de empresas eran simplemente nulos. El hombre estaba obviamente encantado de mantenerla a ella y a su fortuna en la cartera de clientes.

—Antes de dejarla, tenemos ese otro pequeño asunto del que hablar.

Becca había querido olvidarse de aquella parte pero aquel hombre venía dispuesto a hacer el servicio completo a toda costa.

—Sí, lo recuerdo, el paquete.

—Exacto, señorita Engels. Verá, hace aproximadamente un mes se puso en contacto con nosotros el señor Daniel McGregor, bueno debería mencionarle correctamente, Lord Daniel McGregor. Becca no sabía si reírse o llorar. El tipo era Lord—. El señor McGregor se mostró interesado en contratar nuestros servicios para que le hiciéramos llegar un paquete de su parte, exactamente en esta fecha. Para nuestra sorpresa, el señor McGregor parecía ser conocedor de los términos del testamento de su madre y de la necesidad de que usted se desplazara a Duncan Hall para tomar posesión de su herencia e insistió en que le hiciéramos llegar el paquete en ese mismo momento.

El hombre sacó un pequeño paquete de su maletín y se lo entregó. Estaba envuelto en papel de estraza y no pesaba demasiado. Becca no pudo evitar un pequeño temblor de manos al recibirlo. El hombre la miró fijamente esperando sin duda que lo abriera pero Becca simplemente lo puso a un lado. El hombre cogió la indirecta.

—Bien, si no necesita nada más de mí, señorita Engels, me temo que debo marcharme. Quedo a su disposición para cualquier cosa que pueda necesitar —dijo entregándole su tarjeta.

—Muchas gracias —respondió Becca tan formal como supo—, por supuesto estaremos en contacto en breve.

El hombre se despidió y Eustace le acompañó hasta la entrada. Becca se quedó a solas en el salón mirando el paquete y pensando lo ridícula que era su existencia. El padre que no había existido durante veinticinco años aparecía de repente y lo único recibía de él era aquel paquete. Becca lo abrió esperando encontrar una explicación, una excusa para su ausencia, para haberla ignorado

durante todo ese tiempo, algo que llenase aquel vacío que había tenido desde niña, pero no había nada de eso. En su lugar sólo encontró un libro. Un libro viejo, encuadernado en piel oscura, sin ningún título ni el nombre de ningún autor en el frontal o en el lomo. Becca no podía creer lo que veía. Lo abrió sin saber que esperaba encontrar en su interior pero esperando encontrar algo. Nada. El libro estaba completamente en blanco. La páginas medio amarillentas del interior no contenían ni una sola letra. Nada. Estaba vacío. Tan vacío como su vida. Becca no pudo contener su enfado y lo lanzó contra la puerta de la sala con todas sus ganas. El libro voló como una flecha y se fue a estampar contra la cara de Eustace que acababa de abrir la puerta.

—!Oh dios¡, lo siento muchísimo Eustace. ¿Se encuentra bien? —preguntó Becca corriendo junto al hombre que se encontraba apoyado contra la puerta tocándose la nariz magullada por el golpe.

—Sí...eso creo —balbuceó mientras se incorporaba con la ayuda de Becca—. Aunque creo que debo hacerle esa pregunta a la señorita, si me lo permite.

—Discúlpeme —dijo Becca poniéndose colorada como la grana —. Me temo que estoy algo frustrada y la he pagado con este libro.

—Bueno, por el bien del libro y de los habitantes de la casa quizá sea mejor que lo pongamos en la biblioteca si a la señorita le parece correcto —dijo el mayordomo haciéndola sonreír.

—Sí, creo que será lo mejor —dijo Becca riendo por primera vez en días—. Un segundo, ¿tenemos biblioteca?

—Sí, así es señorita. De hecho, creo que merece la pena que me acompañe y la vea.

Eustace la guió hasta el ala oeste de la casa por pasillos que parecían eternos y que, como todo el resto de la mansión, estaban llenos de cuadros de todos los estilos posibles. Finalmente llegaron a unas puertas dobles, labradas con unas flores como las de su habitación pero mucho más grandes. El mayordomo abrió las puertas y Becca pensó que se había muerto y ascendido al cielo. A lo largo de toda su vida los libros habían sido casi sus únicos amigos y desde luego, el único refugio para su soledad interior y sus miedos. A su llegada a Nueva York había descubierto la biblioteca metropolitana e inmediatamente se había sentido en casa. Ese era el efecto que los libros tenían en ella, hacerla sentir segura y protegida. Cada historia, cada personaje, se habían convertido en la familia que no había tenido y le habían ayudado a sobrevivir, a continuar. Tras aquellas puertas Becca se encontró con una cantidad de luz cegadora. Cuando sus ojos se acostumbraron a la

luminosidad y pudo enfocar renuevo se encontró con la sala más grande que había visto jamás. Había sido construida para ocupar los cuatro niveles de aquella parte de la casa y todo el ancho del ala de la casa. Era como entrar en una nave de una catedral. Un catedral llena de libros. La pared de la izquierda estaba llena de estanterías repletas de volúmenes y tenía una escalera que recorría los diferentes niveles hasta la parte superior. La pared de la derecha era idéntica excepto por la parte central que estaba ocupada por decenas de retratos que ocupaban los cuatro niveles de la sala. Los retratos se habían dispuesto en lo que parecían las ramas de un árbol pintado en la pared y los había de todos los tamaños imaginables y, hasta donde Becca podía ver desde la parte inferior, en todos los estilos posibles, como si hubieran sido pintados en diferentes épocas. En la pared situada frente a la puerta, un gran ventanal recorría los cuatro niveles y dejaba entrar la luz desde el jardín que lo inundaba todo. La vidrieras del ventanal estaban tintadas como las de las iglesias y parecían representar una escena con cientos de personajes. El centro de la sala estaba ocupado por varias mesas de madera maciza y sofás y sillones que invitaban a sentarse y leer. A Becca le parecía la sala más maravillosa que había visto jamás y eso se reflejó es su rostro.

—¡Es increíble!

—Supuse que a a señorita le gustaría —dijo mientras dejaba el libro sobre una de las mesas—. Era la habitación favorita de su madre.

Una parte de Becca sintió una punzada de alegría al saber que ella y su madre tenían en común el amor por algo tan hermoso.

—Su madre pasaba mucho tiempo aquí. Recuerdo que de pequeño, cuando hacía alguna travesura siempre venía a esconderme aquí y su madre, que sólo era otra niña, me ayudaba a ocultarme de la mía hasta que se le pasaba el enfado. Creo que mi madre siempre supo lo que ocurría pero quería tanto a su madre que le toleraba todo.

La cara de Becca se ensombreció ligeramente.

—Discúlpeme señorita, no quería traer malos recuerdos a su mente

—Me temo que es justo lo contrario Eustace. Es difícil ver cómo la gente a tu alrededor tiene recuerdos de tu madre que tu no puedes compartir porque simplemente, no tienes ninguno. Mi madre es para mí una extraña y aunque, de alguna forma, puedo vivirla a través de los recuerdos de los demás daría cualquier cosa porque esos recuerdos fueran míos, incluso los tristes.

Eustace bajo la cabeza y no dijo nada más. Becca se sintió inmediatamente mal por aquel hombre que sólo había sido amable con ella desde que llegara a aquella casa. De repente, una idea cruzó por su cabeza.

—Eustace, ¿sabe usted donde está enterrada mi madre?

—Si señorita, sus restos reposan en el panteón familiar, cerca del lago.

—¿Sería posible visitar su tumba?

—Por supuesto, señorita. Puedo organizar un coche que la acerque hasta el cementerio, son apenas diez minutos.

—Preferiría, si puedo, conducir yo misma, si no le importa. Si me indica el camino seguro que podré llegar sin problemas.

—Como guste señorita. ¿Cuando desea ir?

—¿Sería muy difícil organizarlo para esta tarde?

—Por supuesto, señorita —dijo el hombre y salió de la sala dejándola sola en aquel mar de luz. Becca se sentó en uno de los sofás deseando que aquel extraño movimiento la reconciliara con ella misma y por fin pudiera sentir dolor, pena, tristeza por la perdida y dejar de sentirse triste por si misma.

Tras la comida con Charice, Eustace le comunicó que el coche estaba listo. Subió a su habitación para coger su abrigo y al bajar a la entrada Eustace la esperaba con un ramo de flores. Aquel hombre conocía muy bien su trabajo.

—Son muy bonitas, gracias Eustace, está usted en todo.

—Son Lirios de sangre, son el emblema de su familia. Pensé que serían apropiadas para esta ocasión.

—Gracias de nuevo —respondió con una sonrisa.

Eustace había preparado el coche con un GPS de forma que sería fácil encontrar el camino hacia el lago dentro de la inmensa propiedad. Becca puso las flores en el asiento del acompañante y arrancó el coche. El viaje fue sencillo siguiendo las indicaciones del aparato de marras y, tal y como Eustace le había dicho, en unos quince minutos llegó hasta el cementerio. Para su sorpresa, no había ninguna iglesia. No estaba acostumbrada a ver un cementerio sin la correspondiente iglesia o al menos una capilla, pero allí no había ni sombra de nada parecido. El cementerio estaba en lo alto de una pequeña loma así que las vistas del lago desde allí eran espectaculares y el sol que se reflejaba en el agua era cegador. Becca se puso sus gafas de sol y se abrochó el abrigo. Cogió las flores del coche y entró en el recinto por la oxidadas puertas metálicas dispuesta a buscar la tumba de su madre. Y no resultó un trabajo sencillo. La cantidad de tumbas que había en el cementerio

era tremenda. Algunas eran tan antiguas que los nombres y fechas de las lápidas se habían borrado debido a la erosión por el viento y el agua. Finalmente la encontró, una lápida en mármol gris con las letras doradas. Y allí estaba, en el lugar donde esperaba sentir algo, lo que fuese pero algo, pero sólo el frío de la ausencia de emoción erizaba su piel. Su madre seguía siendo la misma extraña que había sido toda su vida, un nombre sin rostro, un lápida sin fotografía y un corazón sin dolor.

El frío se hizo aún más intenso a medida que el sol empezó a descender y para Becca era bastante claro que estaba perdiendo el tiempo allí parada así que se dio la vuelta y deshizo el camino hasta la salida. No podía pensar en nada, la decepción era tan grande que no le dejaba pensar en nada más. Condujo hasta la casa casi en modo piloto automático y siguió en ese estado durante el resto de la tarde hasta la cena. La conversación sin complicaciones de Charice normalmente la animaba pero esa vez no sirvió de nada y, por más que intentó concentrarse en todo lo que decía no lo consiguió y su voz fue sólo un ruido de fondo durante la cena. Charice se acostó justo tras la cena, probablemente desanimada por la más que evidente falta de interés de Becca, así que ella decidió ir a la biblioteca y, con suerte, encontrar un libro que le ayudara a conciliar el sueño. Al entrar en la biblioteca notó que el ambiente era muy cálido y agradable. Se dio cuenta de que había dos chimeneas gemelas en la parte posterior de la sala, junto a la puerta que no había visto la primera vez que entró allí y estaban encendidas. Empezaba a pensar que Eustace podía leer su pensamiento. Llegó hasta el centro de la sala y se sentó en uno de los sofás. Frente a ella había una mesa con varias botellas de licores y unos vasos de cristal.

—Definitivamente me lee el pensamiento —pensó. Se levantó y se puso un vaso de algo que olía a Whisky. Probablemente era algo obscenamente caro pero ¡qué diablos!, ahora era millonaria. Se llevó la copa de vuelta al sofá y al sentarse vio que el libro que le había entregado por la mañana el abogado estaba encima del sofá.

—El increíble regalo de papi —dijo en voz alta con sorna.

Al cogerlo y abrir la primera página se cortó en el dedo con el papel. El corte era ridículamente profundo y unas gotas de sangre cayeron en la página.

—¡Mierda! —pensó dejando la copa en la mesita auxiliar.

Para su sorpresa la sangre no fue absorbida inmediatamente por el papel sino que quedó sobre él un par de segundos y después las gotas se desplazaron para fusionarse en una sola. Entonces, de la

gota empezaron a salir una líneas de sangre que se extendieron por el papel ocupándolo todo y terminaron por absorberse mientras unas formas familiares se formaban poco a poco. Becca comprendió que lo que estaba apareciendo en el papel eran letras. Ante sus ojos apareció una sola palabra. De repente, las dos chimeneas se apagaron de golpe como por una corriente de aire enorme que no podía venir de ningún sitio y el ruido fue como un gran susurro. Becca salió corriendo de la biblioteca muerta de miedo y subió a encerrarse en su habitación con el libro aferrado entre sus brazos.

2
Historias

Becca se despertó sobre su cama completamente helada. El libro estaba junto a ella. Recordaba haber entrado en su cuarto temblando de miedo y haber cerrado la puerta con llave. No estaba acostumbrada a los ruidos de la casa y cada crujido acentuaba el pánico por lo ocurrido en la biblioteca. No recordaba en que momento se había quedado dormida pero sin duda había sido por puro agotamiento. Le dolía la cabeza. Se acercó a su mesa de noche y miró la hora, las ocho y cuarto. Se quedó sentada en la cama mirando el libro hasta que finalmente encontró el valor para abrirlo. Su mente quiso pensar por un segundo que todo había sido un sueño, una mala pesadilla pero sabía que no era así. Se miró el dedo. El corte seguía allí, no lo había soñado. Las páginas del libro seguían en blanco, todas excepto la primera donde una solitaria palabra había aparecido en el centro de la página. Familia. La palabra resonó en su cabeza como el ruido de un trueno. No era capaz de organizar sus pensamientos. Las imágenes de lo ocurrido en la fuente del jardín y los acontecimientos de la noche anterior se mezclaban en un galimatías sin sentido. Pensó que quizá se estaba volviendo loca, quizá esa era la razón para todo aquello. Y, ¿quién podía culparla? La vida de mierda que le había tocado vivir tenía que pasar factura más tarde o más temprano. Era habitual en niños traumatizados psicológicamente que mostraran las secuelas de lo vivido, no durante la infancia, sino en su vida adulta. Esa podía ser la explicación. Pero una parte de si misma le gritó que estaba equivocada, que no existía explicación para todo lo que estaba

viviendo y que eso no lo hacía menos real. Una imagen se formó en su cabeza, el cuerpo calcinado de Claire Davenport. Aquello no había sido un sueño ni nada que hubiera imaginado pero había sido el primer acontecimiento inexplicable de su vida. Y a pesar de todo era muy real, Claire había muerto aquella tarde en el colegio y ella era quien la había matado. Ella fue el origen de las llamas que devoraron su cuerpo y aún no había podido sacarse de la cabeza el olor de su cuerpo calcinado, un olor agridulce que se pegaba a la ropa, al cuerpo, al alma. Su parte racional se puso de nuevo en marcha de forma automática como lo había hecho siempre que una situación empezaba a superarla. Sus ciclos racionales siempre trataban de coger todo lo inexplicable y convertirlo en algo tangible, lógico, manejable pero esta vez incluso su parte racional la sorprendió. Su mente cogió todos los acontecimientos inexplicables de su vida, las llamas, el padre que había surgido de la nada, el hombre de la fuente, la sangre en el libro y elaboró la única teoría explicativa posible y se la lanzó a la cara. ¿Y si todos esos momentos estaban relacionados? ¿Y si cada uno de ellos pudiera ser la explicación de los otros porque forman parte de un todo? Todos y cada uno de esos acontecimientos tenían que ver de forma directa o indirecta con su familia, con sus ausencias y sus apariciones repentinas, con su madre, con su padre, con ella misma. Sin darse cuenta sus manos se movieron automáticamente y abrieron el libro para mostrar aquella primera página. Cuando sus ojos miraron hacia abajo se encontraron de nuevo con aquella palabra. Y entonces la científico que llevaba en su interior se encargó del resto. La mejor manera de atacar un gran problema es descomponerlo en partes. No podía resucitar a su madre, no podía explicar el incidente de la fuente o lo ocurrido con el libro, pero podía investigar algo más sobre la única persona viva que aún formaba parte del puzzle. Quizá ese fuera el hilo de Ariadna que la sacara del laberinto en el que se encontraba. Su padre.

Puso el libro de nuevo sobre la mesilla y se vistió rápidamente. Su cara en el espejo era la de un espectro, pálida, ojerosa así que esta vez decidió ponerse algo de maquillaje antes de bajar a desayunar. Era importante que todo el mundo pensara que todo estaba bien. Sólo ella sabría la verdad si es que la verdad existía. Al llegar al piso inferior se encontró a Charice en el descansillo.

—Buff, te has maquillado. Sí que tienes que haber pasado mala noche —le espetó. Charice la conocía muy bien.

—Sí, la verdad es que esa cama me esta matando, no duermo nada —mintió.

Esta vez Eustace había preparado el comedor para el desayuno. Era una habitación no demasiado grande, decorada de forma muy básica con muebles de madera oscura y brillante. La mesa esta montada como esas que salen en las revistas. Allí había cubiertos como para una comida de cinco platos. Becca no estaba acostumbrada a tanta pompa pero entendió que el hombre lo había hecho para hacer su estancia y la de Charice lo más agradable posible y no dijo nada.

Charice hizo que durante el rato del desayuno se olvidara de todo lo que tenía en la cabeza y hasta la hizo reír con sus deducciones de como sería su vida ahora que era toda una señorona de mansión. Según ella, era imprescindible que, ahora que era millonaria, vistiera como tal, así que la convenció para ir a Glasgow a pasar el día de compras. Becca no estaba muy emocionada con la idea pero por el bien de las apariencias accedió, además le vendría bien un poco de aire. Pero eso significaba una cosa, su padre tendría que esperar. La idea de posponer el plan que acababa de germinar en su mente no le volvía loca así que decidió que antes de salir con Charice al menos intentaría avanzar algo. Por desgracia, una llamada rápida al señor Mason, su abogado, confirmó que su búsqueda no iba a ser tan sencilla. Becca había imaginado que ellos poseerían una dirección de contacto de su cliente pero no era así. El hombre confirmó que todas las transacciones con Lord McGregor se habían hecho a través de un representante legal al que sólo había visto una vez cuando el paquete les fue entregado. Lord McGregor había abonado sus honorarios por adelantado y, una vez habían confirmado la entrega del paquete, ninguna otra interacción había tenido lugar. Becca no podía entender nada, su vida empezaba a parecerse a una novela negra barata en la que nada tiene sentido pero la voz de Charice llamándola a voces desde el hall de la casa la sacó a la fuerza de sus pensamientos.

El día pasó volando. Charice la arrastró por toda la ciudad de una punta a otra, de tienda en tienda haciéndola probarse mil y un modelos, zapatos, complementos, la mayoría de los cuales Becca no se los pondría ni atada pero al final volvieron a casa con una cantidad inmensa de bolsas, el ochenta por ciento de ellas para Charice. Con todo Becca logró desconectar por varias horas del barullo que tenía dentro de su mente, del libro y de todo lo demás y eso la ayudó.

Cuando volvieron a Duncan Hall era de noche. Habían cenado en la ciudad antes de volver así que Charice se fue directa a su

habitación para probarse otra vez todo lo que había comprado dándole a Becca algo de espacio para poner sus ideas en orden.

—Señora Dermott —preguntó al ama de llaves que les recibió en la puerta—, ¿hay algún ordenador en la casa que pueda usar? Me gustaría mirar mi correo del trabajo por si hay alguna cosa urgente.

—La verdad es que no sabría decirle señorita, me temo que estoy un poco fuera de toda esa modernidad —dijo la mujer con una sonrisa.

—Puedo proporcionarle a la señorita un portátil si lo desea. —resonó la voz de Eustace a su espalda—. No es muy moderno pero me temo que no tenemos mejor equipo informático. Lo utilizamos para los pedidos mensuales y cuando es necesario contactar con algún contratista para realizar mantenimiento en la casa.

—No se preocupe Eustace, servirá perfectamente.

—Se lo subiré a su despacho inmediatamente.

—Eustace —replicó Becca— ¿Podría indicarme como llegar al despacho, por favor?

—Sí claro, discúlpeme —dijo el hombre con una sonrisa—. No tiene pérdida, es la puerta anterior a la habitaciones de la señorita.

—Gracias —contestó Becca devolviendo la sonrisa mientras empezaba a subir las escaleras.

Cuando llegó a la puerta y la abrió se encontró con que la habitación estaba completamente a oscuras y no podía ver nada. A tientas logró encontrar un interruptor en la pared junto a la puerta y la luz inundó la habitación. Para ser el despacho de una mansión no era la gran sala que Becca habría esperado. Al fondo había un gran escritorio de madera con una silla a juego y en la pared una vitrina de cristal con muchos libros. Una alfombra densa en el suelo y una chimenea que ahora estaba apagada completaban toda la decoración. No había cuadros y el papel de las paredes era completamente neutro. Era como si alguien se hubiese olvidado de aquella habitación cuando decoraron la casa. Becca se sentó en la silla y encendió una pequeña lámpara Tiffany que había sobre la mesa. En ese momento Eustace entró con el portátil y lo dejó sobre el escritorio.

—Está conectado a la red WiFi de la casa, señorita —le informó.

—Bueno, veo que no vivimos totalmente en la edad media.

—Me temo que es lo único que nos salva —respondió el hombre sonriendo amable antes de abandonar la habitación cerrando la puerta tras él.

Becca no perdió un segundo y abrió el navegador del ordenador. Tecleó rápidamente el nombre del buscador y ejecutó una búsqueda

con el nombre Daniel McGregor. No sabía muy bien qué esperaba encontrar pero los resultados que el ordenador le mostró en apenas unos segundos le dieron un buen baño de realidad. Algo más de seiscientas mil entradas. Becca sintió como si le cayese encima una piedra muy grande. Empezó a recorrer las entradas una a una intentando encontrar algo que captase su atención pero fue imposible. Después de ver unos doscientos perfiles de diferentes redes sociales, profesionales y de contactos que correspondían a los diferentes Daniel McGregor del mundo, se dio por vencida. Era ridículo creer que solo existiría una persona en el mundo con ese nombre y que el ordenador iba a darle la dirección, teléfono y correo electrónico.

Becca estaba apunto de tirar la toalla cuando se dio cuenta de que había olvidado una parte esencial de información. Había algo más que sabía de su supuesto padre que había olvidado incluir en el motor de búsqueda. Aquel hombre era Lord. ¿Cuantos Daniel McGregor del mundo podían tener ese título? Añadió la palabra Lord a la búsqueda e inmediatamente los resultados quedaron reducidos a apenas una decena. Sus ojos empezaron a leer las entradas e inmediatamente se dio cuenta de que algo seguía sin cuadrar. Todas las entradas eran de libros y páginas de historia, pero no de historia contemporánea sino de historia del siglo dieciséis. ¿Era posible que estuviera en otro callejón sin salida? Era imposible que alguien pudiera vivir en la sociedad de hoy en día sin tener aunque fuese una sola entrada en internet. Todo el mundo estaba en internet, era imposible esconderse completamente. En medio de esa frustración sus ojos se fijaron en una de las entradas que parecía diferente a las demás. Era un anuncio de un hotel, aparentemente una manor house en Escocia. Rowhill Manor. Becca abrió la entrada para encontrarse con una página extremadamente recargada llena de imágenes de un casoplón no muy diferente a Duncan Hall solo que de menor tamaño. En la parte derecha de la página había un pequeño mapa con la localización del sitio, apenas a unas veinte millas de allí. Becca abrió la sección de la página en la que se describía la historia de la mansión. Aparte de una retahíla enorme relativa al estilo arquitectónico de la casa la página explicaba que la mansión había sido la casa familiar del clan McGregor durante cinco siglos y que los descendientes actuales aún tenían estrechas relaciones con la propiedad. La escasez de datos era exasperante pero al menos sugería que los miembros actuales del clan aún existían y que de alguna forma estaban vinculados a aquel hotel. Si quería encontrar a su supuesto padre aquella era su

mejor opción. Quizá alguien en el hotel, el director o el gerente conociesen a aquel hombre. Quizá incluso era el dueño. A fin de cuentas, era un Lord, no podía ser un desconocido y, con suerte, serían capaz de indicarle como contactar con él. Hasta ese momento Becca no había considerado la posibilidad de que quizá su padre no quisiese ser encontrado pero en ese mismo lugar y momento decidió que no le importaba lo más mínimo. Si aquel hombre había decidido aparecer en aquel momento de su vida había sido por elección propia y, considerando la cantidad de cosas inexplicables que circulaban alrededor de su vida, tendría que joderse si no le gustaba que su hija le hiciese unas cuantas preguntas. Muchas.

Becca empezó a planear su visita al hotel. Evidentemente no quería ni podía involucrar a Charice a menos que quisiese que la llevase a rastras a un psiquiatra por loca. Así que tendría que inventarse algo para poder ir sola, por suerte, las obligaciones y trámites legales de una rica heredera iban a ser la excusa perfecta. No estaba segura de donde estaba saliendo el valor para enfrentar toda aquella locura, aquella falta de claridad pero de alguna manera su mente la impulsaba hacia delante, a hacer cualquier cosa para salir de aquella confusión y volver a su vida estable y predecible. Con un plan definido en mente, decidió que era mejor que intentase dormir algo así que cerró el ordenador borrando previamente el historial de búsqueda y se encaminó a su habitación.

Cuando entró en el dormitorio, el calor de la chimenea que las muchachas debían haber encendido para ella le hizo sentirse inmediatamente bien. La luz que el fuego proyectaba en la habitación era maravillosa y Becca se recostó en la cama intentando no pensar en nada, tan solo disfrutar aquel pequeño momento de placer. Inevitablemente sus ojos se dirigieron al cuadro de su madre que lo gobernaba todo en aquella habitación. El rostro de aquella mujer parecía mirarla directamente a ella con una sonrisa amable como ninguna otra que Becca hubiese visto antes. De repente Becca se acordó del libro que seguía sobre la mesilla de noche. Sus manos se alargaron para cogerlo sin pensar exactamente por qué y sus dedos abrieron la primera página. Allí, en un hermoso color escarlata seguía la única palabra que había aparecido la noche anterior.

—Familia —dijo en voz alta sin dejar de mirar fijamente el cuadro de su madre—. ¡Ojalá supiera lo que es eso!

Notó que el peso de la que había sido su vida, esa vida que le había sido impuesta, aquella que no había podido elegir empezaba a hacerle un nudo en la garganta y sus ojos volvieron al libro. ¿Por

qué le habían ocultado que tenia una familia? Y, ¿por qué lo poco que sabía de ellos parecía un enorme y ridículo secreto? Quizá fue aquella palabra que seguía llamándola desde aquella primera página, quizá el efecto de tener el rostro de su madre mirándola desde el cuadro o simplemente que Charice tenía razón y se había vuelto rematadamente loca pero, como animada por un resorte, se levantó corriendo y entró en el baño. Sus manos temblaban mientras rebuscaba entre sus artículos de aseo hasta que encontraron la cuchilla que usaba para depilarse. Volvió a la cama y sin pensarlo un segundo hizo un pequeño corte con la cuchilla en la parte inferior de su mano. El dolor la hizo volver en si y cerró el puño automáticamente para contener la sangre que empezaba a derramarse. Su mente le gritaba preguntándole qué estaba haciendo pero algo más profundo tomó el control y como si unos dedos fuertes la guiasen su mano se relajó y dejó que las gotas de sangre se derramasen sobre las páginas del libro. Inmediatamente el volumen reaccionó a la presencia de aquel líquido de color rojo intenso y las páginas empezaron a llenarse de letras del mismo color, las letras formando palabras y las palabras frases. Becca giró la primera página y se encontró una nueva frase que le pedía que no desviara su mirada, que siguiese leyendo. Tan sólo dos palabras. Yo soy.

3
Yo soy

Podría empezar de mil maneras diferentes. Si uno desea contar la historia de su vida probablemente empezaría diciendo algo como "yo nací en..." pero me temo que en mi caso no es tan sencillo. Yo, simplemente, no nací de un vientre como tú entre sangre y dolor, yo nací de la luz, fui creado como los árboles, los mares, el cielo, como casi todas las cosas hermosas de este mundo. Sí, lo se, como lector ahora mismo estarás pensando que es una forma muy prepotente de empezar a contar mi historia pero, como comprobarás, cierto grado de vanidad siempre fue una debilidad de mi carácter.

He de reconocer que comenzar este relato es más difícil de lo que esperaba. No estoy acostumbrado a escribir y no estoy acostumbrado a hablar de mi mismo. Normalmente son otros los que hablan de mí, de hecho demasiado. Relatar mi vida entre vosotros. ¡Oh, es una idea tan humana! Probablemente eso sea lo que la hace tan irresistible, es lo que tenéis los humanos, sois irresistibles.

Confiaba en que las palabras fluirían sin mucho esfuerzo, que las escenas de mis pasos entre vosotros se plasmarían en mi cabeza con nitidez y facilidad y de ahí al papel con total ligereza, a fin de cuentas, soy quien soy. Pero me temo que las imágenes que parecen gritos en mis recuerdos no son más que murmullos en el desierto cuando intento ponerlas por escrito, escenas combatiendo por ser expulsadas, plasmadas, compartidas mientras lucho por ordenarlas y darles un sentido. Hay tanto que contar que escoger se hace

complicado.

Tendrás que entender que esta historia siempre estará incompleta. Sería absurdo que intentara explicar cómo fui creado, sería demasiado complejo, ni siquiera yo puedo pretender saber que pasó por la cabeza de mi padre en aquel momento, así pues...no lo esperes. No esperes tampoco que te descubra los entresijos del universo, de aquello que desconoces o que, para ser más exacto, debes desconocer. Otros hay que deben mostrarse y a ellos dejo esta tarea, será cuando y si ellos quieren del mismo modo en que mi historia es porque yo lo deseo.

He perdido la cuenta del tiempo que llevo entre vosotros. Lo sé, no me crees, y haces bien. Se perfectamente el tiempo que llevo entre vosotros. Una eternidad. Pero es verdad que no siempre estuve aquí en la misma forma, quizá debería decir que he perdido la cuenta del tiempo que llevo entre vosotros de manera forzosa (o eso es lo que algunos quieren creer, que he sido forzado, pero eso vendrá más tarde). Os he visto nacer y morir, llorar y reír, os he visto amar con todo vuestro corazón y con el mismo corazón destruiros. En conclusión, os he visto ser humanos con todo lo que ello implica.

¡Ah, mi nombre! No entenderás nada si no empiezo por lo básico, mi nombre. Bueno, una vez más lo aparentemente más fácil es lo más complicado. ¿Cuál de los cientos que he recibido a lo largo del tiempo debería utilizar? Ciertamente con algunos de ellos te bastará para saber quien soy.

Yo soy el caído, yo soy el desterrado, yo soy el mal, yo soy el enemigo, yo soy Lucifer, yo soy Helel y esta es mi historia.

4
Sangre y piel

Hay recuerdos que se quedan grabados como a fuego y ni siquiera el tiempo puede hacer que se difuminen. Recuerdo que el roce del aire mientras caía desgarró mi piel produciéndome una sensación que no había conocido antes, dolor. Sentí como cada fibra de mi ser gritaba pidiendo que parase, que acabase aquella pesadilla. La velocidad de la caída no me dejaba abrir los ojos y en mi cabeza las imágenes de los acontecimientos que me habían llevado hasta ese momento se repetían como destellos torturándome aún más. La ofensa, el juicio, la traición, la voz de mis hermanos condenándome a prisión, la huida, las espadas de mis hermanos desgarrándome y finalmente la caída. El ciclo se repetía en mi cabeza una y otra vez hasta que mi cuerpo golpeó el suelo en un estruendo brutal. Y entonces el silencio y el olvido. La inconsciencia y una última imagen mental, la luz arrebatada de mi ser.

Lo primero que noté fue el sonido, murmullos, voces hablando en voz baja a mi alrededor. De repente el sonido desapareció. Intenté abrir mis ojos pero mis párpados no respondían a mis deseos, era como si mis ojos no quisieran mostrarme lo que me rodeaba. Poco a poco fui recuperando consciencia de todo mi cuerpo, el dolor seguía presente pero de forma más suave, aletargado. Noté que no podía mover mis miembros, me sentía atrapado, como atado, una sensación completamente nueva para mi que siempre había sido libre, inmensamente libre. Noté que mi

cuerpo estaba cubierto por algún tipo de tela, podía notar a través de mi piel su rugosidad. Y entonces caí en la cuenta. Mi cuerpo. Durante eones había usado un cuerpo para visitaros aunque normalmente prefería permanecer en estado inmaterial, un observador anónimo y, a veces, un ejecutor silencioso. Algunos de mis hermanos disfrutaban, incluso demasiado, de sus cuerpos mortales pero yo nunca fui capaz. Las veces que tomé forma material no habían sido totalmente placenteras, era como sentirme atrapado dentro de una urna de cristal, una forma de mi mismo que no era yo mismo, una especie de armadura, de vestimenta que me resultaba extremadamente pesada. Pero esta vez era diferente, podía sentir con mi cuerpo, podía sentir mi cuerpo, todas y cada una de sus partes, podía sentir el dolor. Aquel cuerpo no era una carcasa, no era un vestido usado para tratar de generar cercanía con los humanos, aquél era un cuerpo real, material, mi cuerpo. De repente empecé a comprender lo que aquello significaba, lo que implicaban las sensaciones que estaba experimentando. Mi cuerpo era humano, completamente humano. La angustia que aquella idea provocó en mci me sirvió de confirmación de aquella nueva realidad. Mi corazón humano empezó latir aceleradamente, podía notar como mi pulso se incrementaba y mi respiración se hacía cada vez más pesada. ¿Cómo podía haber ocurrido aquello? ¿Quién podía haberme castigado de una forma tan dura? ¿Quién era responsable?

Quizá fue mi nuevo cuerpo tomando las riendas pero el hecho es que mis ojos se abrieron, sólo un poco. La luz penetró en mi cabeza produciéndome de nuevo un dolor desgarrador. Por unos segundos estuve ciego mientras mi ojos se acostumbraban a la claridad. Cuando por fin pude enfocar sólo pude ver el techo de la estancia en la que estaba. Me encontraba tumbado en algún tipo de catre. La sala era pequeña y no demasiado alta, lo justo para que un hombre pudiera caminar sin necesidad de agachar la cabeza. El techo estaba formado de vigas de madera que cruzaban la estancia uniendo paredes de adobe. Mis manos se cerraron sobre la tela que me cubría y vi que se trataba de la piel de algún animal, posiblemente una cabra o una oveja. El olor era muy fuerte y ligeramente agrio. Bajo ella mi nuevo cuerpo se encontraba completamente desnudo. La luz era frágil y parecía tener movimiento. Intenté girar mi cabeza para ver de donde procedía y mi cuello crujió como si fuera a romperse. El dolor hizo que parase el movimiento de forma inmediata y esperé unos segundos antes de intentarlo de nuevo, esta vez más despacio. La luz provenía de un fuego que ardía en la

esquina más lejana de la sala en un pequeño hueco construido en la pared que hacía las veces de chimenea. Junto al fuego había una especie de pollete que parecía estar construido en la misma pared de la sala y que estaba repleto de cuencos y pequeños frascos de barro y hierbas secas que desprendían un olor muy agradable que impregnaba la sala diluyendo el olor de la piel del animal que me cubría. El resto de la habitación estaba vacía, excepto por el catre en el que yo me encontraba y algunas pieles puestas en el suelo en un intento de hacerla menos fría.

Noté que los músculos de mis piernas empezaban a responder e intenté incorporarme. Un nuevo dolor intenso me atacó, esta vez en el costado. La zona donde había recibido la punzada de dolor estaba cubierta de vendajes de un color amarillento, al igual que mis piernas desde el muslo hasta el tobillo. Intenté mover la pierna para bajar del catre y un nuevo latigazo me hizo gemir de dolor. La tela que cubría la entrada de la sala se abrió de repente en respuesta al sonido y una niña de unos diez o doce años apareció tras ella. Por un segundo se quedó mirándome fijamente con sus ojos azules, enormes, para acto seguido salir corriendo dejando que la cortina se cerrase nuevamente. Un segundo después una mujer entró en la estancia y corrió hacia mi catre.

—¡No, no, no, aún no! —dijo mientras me obligaba a tumbarme de nuevo—. No debes ponerte en pie aún, acabas de despertar, debes esperar. Las medicinas harán su efecto pero necesitas descansar, tus huesos han de soldar de nuevo.

Su manos eran cálidas, pero su rostro era un témpano de hielo. La forma en la que me miraba era, cuando menos, indiferente. Me habría sido imposible deducir de su mirada qué era lo que pasaba en aquel momento por su cabeza. Mi cuerpo no tenía la fuerza para llevarle la contraria y volví a tumbarme en el catre. Mientras me cubría de nuevo con la piel puede ver que sus ojos eran muy parecidos a los de la niña, azules y grandes, así que supuse que era su madre. Con su mano comprobó la temperatura de mi frente.

—No tienes fiebre —dijo seria—. Eso es bueno, quizá los dioses no te quieran con ellos.

Sus palabras provocaron una nueva punzada de dolor intenso pero esta vez, no fue físico. Quería preguntar mil cosas, averiguar donde estaba y, sobretodo, averiguar qué me había pasado tras la caída. Algo había cambiado, podía notarlo, sabía que no era el mismo y no se trataba tan sólo del estar atrapado en un cuerpo humano, había algo más pero mi cabeza estaba aturdida y no me dejaba concretar qué era.

—Liliath, trae algo de agua para nuestro huésped —ordenó a la niña.

—Sí, madre —respondió confirmando mi suposición respecto a su parentesco.

La niña salió de la sala corriendo y volvió a los pocos segundos con un cuenco de barro decorado con dibujos de lo que parecían olas. La madre llevó el cuenco hasta mis labios obligándome a beber y el agua fría ayudó a despejar mis sentidos.

— Gracias —dije usando su mismo idioma.

—De nada. Me llamo Suriath y estás en la casa de Armesh, mi esposo —dijo como si pudiera leerme el pensamiento mientras se levantaba para acercarse al pollete de la parte posterior de la sala.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Ahora no es tiempo para eso, mi esposo volverá pronto y responderá a todas tus preguntas y, espero, que tú a las suyas —dijo de espaldas a mí. Vi cómo preparaba algo en uno de los cuencos usando una de los frascos que había visto en el pollete. Se giró y vino hasta el catre. Acercó de nuevo el cuenco a mis labios conminándome a beber. Sus manos eran firmes y ásperas, las manos de una mujer acostumbrada a trabajar probablemente en el campo además de en la casa. Mis ojos no pudieron evitar fijarse que llevaba unos dibujos muy tenues que le recorrían las manos y los brazos. No pude ver nada más. Fuera lo que fuese lo que hubiera en el cuenco tenía un poderoso efecto sedante y casi de forma inmediata mis ojos empezaron a cerrarse nuevamente.

La luz me despertó de nuevo pero, esta vez, de forma cálida y suave. El calor de los primeros rayos del sol iluminando mi rostro era agradable y me hizo abrir los ojos lentamente. La luz entraba por una ventana que yo no había podido ver la noche anterior porque estaba situada a la cabecera del catre. El dolor había pasado, o al menos la mayor parte de él. Mi cuerpo se sentía más fuerte y me atreví a intentar incorporarme.

—Bienvenido —dijo una voz desde la penumbra.

Lo inesperado del saludo me sobresaltó y mis ojos buscaron en la oscuridad el origen de aquella voz. Provenía de la esquina de la habitación donde la falta de claridad convertía aquella parte del cuarto en noche completa.

—Discúlpame, no pretendía asustarte —dijo mientras se acercaba a la luz. La voz pertenecía a un hombre de unos 40 años, alto y de complexión musculada. Tenía una barba prominente que

le llegaba hasta la mitad del pecho y que llevaba cortada en recto en el extremo inferior. Su pelo negro empezaba a clarear en las sienes y sus ojos oscuros hacían que su mirada fuera muy profunda. El hombre me sonreía y su sonrisa parecía amable y sincera. No pude evitar sentir afinidad por aquel ser humano desde el primer momento en que le conocí.

—Yo soy Armesh, el señor de esta casa. Espero que te encuentres mejor — dijo sin dejar de sonreír.— Mi esposa me ha dicho que necesitas descansar pero quería saber como estabas, nos has tenido muy preocupados.

—Yo... —balbuceé—. Sí, me encuentro mejor, gracias. Pero... — No supe cómo continuar. Mi mente seguía confundida y la ansiedad por saber cuál era mi verdadera situación me presionaba el pecho y no me dejaba pensar en otra cosa.—Discúlpame —continué—. No quiero resultar grosero pero...¿podrías decirme dónde estoy y cómo he llegado aquí? Mi mente....

—¡Oh, es comprensible! —respondió afable—. Llevas mucho tiempo dormido. Te encuentras en la ciudad de Uruk, bueno, en sus afueras debería decir. Uno de mis criados te encontró en el desierto mientras traía nuestras ovejas de vuelta de los campos de pastoreo. Te trajimos en seguida y mi esposa ha estado cuidando de ti desde entonces. Estabas en muy malas condiciones—. Me miró cómo esperando una respuesta pero al ver que no respondía continuó.— Confiaba en que pudieras decirme algo de lo que te ocurrió. No es la primera vez que tenemos ladrones y asesinos en la zona. Si fuera el caso debería comunicarlo al consejo de la ciudad para que envíen una partida de reconocimiento, la seguridad de la comunidad es esencial, como te imaginarás.

Dijo todo aquello sin dejar de mirarme, claramente esperando que le respondiera.

—Te agradezco mucho tu ayuda, Armesh y lamento haber traído hasta tu hogar tanta complicación pero me temo que no hay mucho que pueda decirte — mentí—. Mi mente está en blanco y no puedo recordar nada de lo ocurrido.

Se quedó mirándome sin decir nada y, de alguna manera, supe que él sabía que le estaba mintiendo, pero no insistió. Recuerdo que me sentí incómodo. La amabilidad que aquel hombre mostraba hacia mí parecía desinteresada, sincera pero no podía arriesgarme. Aunque hubiera intentado explicar quién era y de donde venía era poco probable que un humano pudiera entenderlo sin dejarse llevar por sus miedos. Los humanos siempre habéis tenido tendencia a dramatizarlo todo. A través de los años había visto como las

apariciones de algunos de mis hermanos habían tenido efectos demasiado drásticos. Algunos habían sido tomados por dioses y tratados como tales y otros, repudiados como demonios. En todos esos casos, respuestas demasiado llamativas. Si quería aclarar mi situación era esencial que intentara no llamar la atención, al menos hasta que volviera a ser yo mismo.

El hombre se acerco hasta mi sonriendo y se sentó en el catre.

—Tu falta de memoria es normal. No creo que debamos preocuparnos ahora de eso —dijo—. Creo que lo más importante es que te busquemos algo de ropa para que veamos si tus miembros pueden sostenerte. Pero primero, es mejor que obtengamos el permiso de tu sanadora o los dos nos meteremos en serios problemas —añadió riendo.

—Gracias de nuevo. Mi nombre es Helel. —dije, usando uno de los nombres que mi padre me había dado.

—Bienvenido a mi casa, Helel. —respondió sonriendo.

Armesh se levantó y llamó a su esposa que apareció en la habitación a los pocos segundos. Esta vez entró acompañada de una mujer mayor que supuse debía ser una de sus criadas o quizá su madre. El rostro de la mujer no había cambiado desde la noche anterior, seguía manteniendo la misma compostura seria que hacía juego con la frialdad de sus ojos azules. Sin decir una palabra, me destapó sin importarle mi desnudez y retiró uno a uno los vendajes que cubrían mi cuerpo. Cuando hubo terminado de revisar mis heridas le indicó a la mujer mayor que recogiera las vendas y que trajera algo de ropa de su marido.

—Puede levantarse —dijo a Armesh—, pero nada de movimientos bruscos o alguno de los huesos recién soldados puede romperse de nuevo y si es así no seré yo quien los suelde otra vez, tendrás que llevarle tú mismo en brazos a los sacerdotes.

Estaba claro que Suriath no era el tipo de mujer a la que se le podía llevar la contraria y su marido no iba a ser el primero en intentarlo.

—Prometido, mi pequeña diosa, prometido —contestó Armesh riendo.

Tardé algún tiempo en comprenderlo pero la relación entre aquellas dos personas que, a ojos de algunos podría resultar irrespetuosa e inapropiada de parte de una mujer para con su esposo, era en realidad una forma de amor y comprensión absolutos del uno hacia el otro. Yo aún no lo sabía, pero Armesh y Suriath no eran una pareja normal, en ellos aquella fuerza llamada amor había arraigado como un viejo olivo y era capaz de soportar los tiempos

más duros sin cuestionar la tierra en la que se encontraba, simplemente sobreviviéndolos atado a ella. Ver a aquella pareja me hizo recordar por qué mi padre os amaba tanto. Vuestra forma de responder al amor es inocente, inmediata y sin dobleces. Cuando el amor llega a vosotros no sabéis hacer otra cosa que entregaros a él sin condiciones y os dejáis llevar por ese sentimiento, sin importaros hacia qué destino. Por desgracia, lo mismo puede decirse del efecto que el odio tiene en vosotros. Y esa era una lección que también aprendería.

La criada volvió con una túnica marrón sin mangas con un bordado de flores en la parte inferior. La túnica llevaba un cinturón muy ancho de la misma tela que permitía atarla a la cintura de forma que era mucho más fácil andar con ella. Unas sandalias y una cinta para recoger mi pelo hicieron que, con excepción de la barba, me pareciera bastante a una versión estropeada de Armesh. El hombre me guió a través de varias estancias hasta un patio interior formado por la unión de los diferentes edificios que parecían conformar su casa. El patio era amplio y tenía una fuente en la parte central rodeada de un pequeño muro que formaba un pequeño estanque. El lugar estaba plagado de plantas grandes que contribuían a crear un ambiente muy fresco a pesar de que el sol de la mañana estaba en lo más alto. Armesh me guió hasta el borde del estanque y nos sentamos en el muro que lo rodeaba.

De repente los gritos se oyeron en todo el patio haciéndonos girar nuestras cabezas hacia otro de los edificios que llegaban a él.

—¡Padre, padre, mira lo que tengo!

Los gritos provenían de una niña morena de unos ocho años que llegó corriendo para lanzarse en los brazos de Armesh.

—¡Mira, mira! Es un pájaro y lo he cazado yo sola. Ya soy tan buena cómo tú —dijo entre risas elevando el tono de voz tanto como podía.

—¡Sadith, vuelve aquí! —Llegó gritando la niña que había visto la noche anterior—. Lo siento padre, le he dicho mil veces que no corra ni chille y que no te interrumpa cuando estás con tus negocios pero no me hace caso —dijo la niña avergonzada.

Armesh rió a carcajadas con una risa tan sincera como no había oído jamás.

—Amigo mío —dijo— Como habrás podido deducir este par de terremotos son mis hijas, la alegría de mi casa. Liliath, la luz de este hogar, y la pequeña Sadith, la destructora —añadió mientras le hacía cosquillas a la pequeña que explotó en carcajadas.

—Sé bienvenido viajero a este tu hogar, que la paz que contigo

traes quede para siempre entre nosotros —dijo inmediatamente Liliath usando lo que claramente era una expresión formal. Me di cuenta que sus ojos miraban fijamente a los míos. Su pelo era de un rojo intenso que remarcaba aún más su mirada y, a pesar de su juventud, era fácil darse cuenta de que su belleza era incuestionable.

—¡Ah, mi Liliath! —dijo Armesh— Educada por su madre para ser una esposa perfecta. Bien hecho hija mía, ahora, coge a tu hermana y dejadnos charlar un rato.

—Pero padre, tengo un pájaro, lo he cazado yo sola —protestó la pequeña mientras su padre la ponía en el suelo.

—Muy bien Sadith —dijo Armesh con cariño—. Dáselo a Jiramesh para que lo ponga en un jaula y luego me contarás cómo lo cazaste con todos los detalles, ¿de acuerdo?

La niña no parecía muy contenta de no poder enseñarnos su pieza de caza pero finalmente se conformó y volvió corriendo a la casa con su hermana tras ella.

—Tendrás que perdonarlas —dijo Armesh con una sonrisa—. Los hijos traen la felicidad a una casa pero, por todos los dioses, que son responsables de que uno se haga viejo.

—Son unas niñas preciosas —dije educado—. ¿Tienes más hijos?

—No, ellas son la única luz que los dioses nos han querido dar a mi y a mi esposa. Supongo que pensaron que sería divertido darme la tarea de buscar no uno sino dos maridos — dijo riendo.

Allí sentados, Armesh me explicó un poco más del lugar donde me hallaba y de cómo me habían encontrado. Uruk era una de las ciudades más grandes del reino que ellos llamaban Sumeria. La ciudad estaba gobernada por alguien llamado Gilgamesh que ejercía su poder de forma férrea pero, al parecer, eficiente. El gobierno de Gilgamesh había llevado la ciudad a su mayor esplendor gracias a que se había asegurado de mantener las rutas de comercio seguras y libres de ladrones y bandidos. Como resultado la ciudad había incrementado su riqueza en la últimas décadas y las murallas que la rodeaban eran un añadido reciente derivado de esa riqueza, o del miedo a perderla debería decir. La ciudad tenía además un consejo formado por los miembros mayores de las principales familias. Armesh había heredado de su padre su puesto en el consejo y a su muerte, el marido de su hija mayor lo heredaría también. Como miembro del consejo, Armesh debía asegurarse de que las políticas definidas por Gilgamesh eran cumplidas así que, cuando su criado les dijo que había encontrado un cuerpo en el camino de vuelta a la ciudad, se vio en la necesidad de comprobar por él mismo si podía

tratarse de un robo. Cuando llegaron hasta el lugar del desierto que indicó el criado se encontraron mi cuerpo, con todos los huesos rotos, heridas que claramente habían sido infringidas con una espada, sin ropas y sin ningún tipo de montura. Inicialmente me dieron por muerto pero uno de sus hombres notó que respiraba y decidieron llevarme a su casa. Armesh me explicó que, en este tipo de situaciones su deber era llevarme directamente a los sacerdotes del templo de Inanna en la ciudad pero, dado que no sabía si viviría o no, decidió que sería mejor que su esposa Suriath me echara un vistazo.

La descripción de los hechos de acuerdo a Armesh cuadraba con lo que yo podía recordar de mi caída. El golpe contra el suelo probablemente había roto los huesos de mi cuerpo humano y los cortes sin duda eran debidos a las espadas angélicas de los guardianes de la prisión. Pero además, su historia me aclaraba algunas de mis suposiciones con respecto a mi nueva situación. Si mis huesos se habían roto al chocar contra el suelo eso significaba que mi cuerpo era humano antes del choque pero el cambio no podía haber ocurrido antes de mi caída o el impacto desde tanta altura habría llegado a desintegrar completamente un cuerpo humano.

Armesh continuó explicándome que Suriath había pasado dos noches completas tratando de arreglar mi cuerpo destrozado y que, después de aquello, había estado inconsciente durante muchos días sin que ninguno de ellos supiera si sería capaz de superar mis heridas. Las preguntas surgieron en mi cabeza como un relámpago. Si mi cuerpo estaba lleno de heridas de espada angélica, ¿cómo habían podido curarlas con medicina humana? Ningún humano se recupera de una herida de nuestras espadas, el conocimiento místico para curar ese tipo de heridas esta más allá de vuestro alcance. Y, si todos mis huesos estaban rotos, ¿cómo había podido curarse en tan sólo unos días un cuerpo humano? Quise seguir preguntando pero tenía miedo de generar sospechas en Armesh.

—No tengo palabras con las que agradecer todo lo que tú y tu familia habéis hecho por mi Armesh —dije humildemente—. Especialmente tu esposa. Debe ser una sanadora excelente para haber sido capaz de hacer que me recuperara en tan poco tiempo.

—¡Oh, lo es! —dijo orgulloso—. Suriath no es de Sumeria sino acadia. Desde pequeña fue entrenada como sanadora y partera en el templo de su diosa Ishtar en la ciudad de Accad. Su padre y el mío tenían relaciones comerciales y acordaron nuestro matrimonio. Aún me cuesta creer la suerte que tuve el día que mi padre cerró aquel

acuerdo. No podría pensar en una esposa mejor y más fiel. Para mí estaba claro que Suriath era más de lo que aparentaba o de lo que su marido estaba dispuesto a admitir. Necesitaba hablar con aquella mujer a solas pero si no quería levantar más sospechas de las que ya me rodeaban debería esperar al momento adecuado.

El sol empezaba a molestar y Armesh me guió dentro de nuevo para comer. Esta vez entramos en una sala muy amplia con una mesa baja de madera maciza en el centro. La pared de adobe de uno de los lados de la sala había sido cubierta con una losa de piedra tallada que representaba seres alados recibiendo ofrendas. Mis ojos no pudieron separarse de aquella imagen y Armesh lo notó.

—Son los dioses de nuestra ciudad, Inanna y Enki —dijo a modo de explicación—. Son los protectores de Uruk. Gilgamesh es descendiente directo de Enki. No me he atrevido a preguntar debido a tu pérdida de memoria pero, ¿recuerdas el nombre de tu ciudad o aldea?¿Quizá el nombre de tus dioses? Eso podría ser de utilidad para encontrar a tu familia, Helel.

Familia. Deseaba decirle en ese momento que mi familia era quien me había hecho aquello, que si yo estaba en su casa con un cuerpo roto era gracias a mi familia. Que era mi familia quien habían intentado acabar conmigo. Pero no podía.

—No, lo siento Armesh, no recuerdo nada que pueda ser útil —respondí sin dejar de mirar la imagen en la piedra.

—Bueno, ya volverá, seguro que acabarás recordando —dijo Armesh recuperando el tono jovial —. Es hora de comer.

Un par de criados entraron en la sala con bandejas de barro llenas de comida. No había nada de carne pero había mucho de todo lo demás. Varios tipos de pescado, verduras hervidas y asadas, una especie de pasta que Armesh me indicó que estaba hecha de lentejas y especias, vino y, para terminar, uvas e higos. Nos sentamos en el suelo junto a la mesa, en unas esteras y Armesh me indicó que empezáramos a comer. Para mi sorpresa las mujeres no se unieron a nosotros para la comida. No me atreví a preguntar pues sabía que entre los humanos algunos grupos marcaban de forma muy acentuada la diferencia entre hombres y mujeres y, hasta que no supiera si ese era el caso en Uruk, pensé que un silencio respetuoso era la mejor opción. El olor de la comida despertó mi hambre, otra sensación nueva que fue rápidamente sustituida por la satisfacción de haberla saciado y, al menos por unos momentos, no pensé en mi pasado ni en mi futuro aunque, por desgracia, aquella sensación no estaba destinada a durar.

Tras la comida, Armesh me subió a la azotea de la casa para

mostrarme sus propiedades. La imagen que se mostró ante mí era completamente inesperada. Las murallas de la ciudad estaban muy cerca y parecían amenazarnos con su altura. La casa de Armesh estaba situada extramuros o debería decir que había quedado situada extramuros desde la construcción de la muralla. Desde allí arriba podía ver claramente la composición del complejo. Cinco edificios, todos ellos de una planta excepto en el que nos encontrábamos. Los edificios se unían en el patio central donde había pasado la mañana con Armesh y creaban una gran estructura mucho mayor que la de las casas que podía ver en la distancia y que no tenían más de tres bloques. En la entrada principal de la casa se podía ver un gran jardín con árboles frutales y palmeras que aislaba la casa del borde de la propiedad. Todas las propiedades estaban ordenadas a los lados de una gran vía de acceso que daba a una de las entradas de la ciudad. Me sorprendió enormemente la disposición de las viviendas, allí no había nada caótico o casual, todo tenía un hermoso orden. Armesh me explicó que la avenida que llevaba a la ciudad estaba mucho más transitada en las mañanas cuando los agricultores y pescadores de las cercanías se acercaban con sus mercancías al mercado de Uruk. Debido a la presencia del templo de Innana, Uruk se había convertido en lugar de peregrinaje para los pueblos de los alrededores y eso había hecho florecer el comercio convirtiendo al mercado de la ciudad en el mejor lugar si estabas interesado en comprar o vender cualquier cosa. A aquella hora, apenas unos cuantos comerciantes con sus camellos o mulas abandonaban la ciudad de vuelta a sus casas. El sol empezaba a ponerse y la temperatura comenzó a descender. Desde aquella azotea podía sentir el viento del desierto que se levantaba en el crepúsculo, agitaba mi pelo y me obligaba a cerrar los ojos. De repente empecé a sentir la necesidad de extender mis alas y levantar el vuelo, de elevarme por encima de la ciudad y sus murallas para poder verla en toda su extension. Quería disfrutar nuevamente de la libertad que mi padre me había dado, del poder, de la capacidad para hacer y deshacer a mi antojo, del derecho a elevarme por encima de todo lo mortal, de poder gritarle al mundo que yo era Helel, el bienamado. Pero la realidad era que yo ya no era el mismo, que mis alas no existían en aquella prisión de carne y hueso. Una repentina presión en el pecho me golpeó como una maza y mis ojos empezaron a llenarse de lágrimas. Armesh se dio cuenta enseguida y se acerco hasta mi para abrazarme como lo haría con un niño.

—Mi joven amigo, no las retengas, deja que tus lágrimas fluyan,

es absolutamente normal —dijo—. Sin duda la vista de la ciudad te ha despertado algún recuerdo de una ciudad similar que conociste en tu pasado, quizá la tuya propia, y el recuerdo ha venido acompañado de una profunda pena. Pero eso es bueno —continuó— significa que en algún lugar de tu mente tus recuerdos aún están vivos y, si están vivos, los podemos recuperar.

La ternura con la que aquel hombre me trataba sin saber nada de mí, la amabilidad con la que había abierto su casa a un extraño y el dolor de saber que yo estaba correspondiendo a su ayuda con mentiras rompió definitivamente mis barreras y allí, en los brazos de aquel hombre, el ángel que fui lloró como un niño.

Aquella noche mi cerebro no quiso dormir. Los brebajes de Suriath, que supuestamente debían tranquilizarme y hacerme conciliar el sueño, no sirvieron de nada. Me costó un buen rato ordenar mis pensamientos para poder analizar la situación en la que me encontraba, convencido de que si podía comprender qué me ocurría podría averiguar como revertirlo. Algo estaba claro, mi cuerpo era humano. Mi naturaleza angélica había desaparecido, había sido remplazada por un cuerpo completamente humano con sus limitaciones y debilidades. O quizá no. Mis manos recorrieron mi cuerpo desnudo. Mis músculos, mi piel, todo parecía humanamente normal. Mis dedos llegaron a las cicatrices de mi torso y continuaron hasta mis piernas. Aún en la remota probabilidad de haber sobrevivido a una caída como la que yo había sufrido ningún cuerpo humano habría sido capaz de sanar aquellas heridas ni en años, mucho menos en apenas unos días. Esa idea encendió una pequeña llama de esperanza en mi. Quizá mi parte angélica no había desaparecido totalmente, quizá tan sólo estaba escondida en mi interior a la espera de que la encontrase de nuevo. Sí, era verdad que no podía abandonar este cuerpo, que estaba limitado a él, que mi pensamiento ya no estaba conectado con el de mis hermanos, que había perdido mis alas y que sentía en mi interior un vacío que nunca había sentido antes pero, aunque no supiera explicar lo que había ocurrido, aunque ahora mismo no supiera como arreglarlo, aquella pequeña esperanza de volver a los brazos de mi padre, de volver a ser quien fui, era suficiente para mí en aquel momento.

Armesh me había ofrecido un hogar y, a pesar de que abusar de su buen carácter no me hacía sentirme cómodo, tendría que seguir fingiendo no recordar nada para alargar mi estancia en su casa tanto como fuera posible. Necesitaba tiempo. Tiempo para comprender el por qué de todo lo que me estaba pasando, tiempo

para descubrir quién estaba detrás de mi caída, tiempo para recuperar todo lo que mi padre me dio y tiempo para hacer que los culpables pagasen por mi sufrimiento. Aquella idea hizo que la pequeña llama en mi interior se convirtiera en un fuego ardiente y el fuego me hizo recordar quién era. Yo era el portador de la luz, el favorito de mi padre, yo era Helel. Y abrazado aquel pensamiento pude finalmente dormir.

5
Hermano

Los ruidos de la casa me despertaron cuando el sol ya estaba en lo alto. Las muchas horas de sueño habían sido otra novedad para mi que nunca había necesitado dormir pero parecía que mi nuevo cuerpo apreciaba el descanso y me encontraba renovado. Me levanté y encontré que alguien había dejado ropas limpias a los pies de mi cama. Cuando me las puse noté que la ropa olía a algún tipo de flor que no puede identificar, un olor que contribuyó a hacerme sentir tremendamente bien y animado. Y por lo que pude comprobar no era el único.

La casa era un auténtico alboroto. Salí de la habitación y la pequeña Sadith pasó como un relámpago a mi alrededor chillando a voz en grito.

—¡Me voy a Accad, me voy a Accad, al templo! —Sus gritos resonaban en toda la casa mientras ella corría de uno a otro contándole la misma historia a todo el que encontraba en su camino. Los sirvientes no podían por menos que reír al ver la alegría desbordada de aquel pequeño terremoto. Incluso yo no pude evitar que me contagiara su alegría y una sonrisa espontánea llenó mi rostro. Era maravilloso sentirse así. Por un segundo nada tuvo importancia, mis preocupaciones de la noche anterior, saber como había llegado a mi situación actual, saber cómo volver a ser yo. Nada era más importante que compartir la alegría que aquella pequeña iba regalando por la casa.

Suriath apareció detrás de ella intentando calmarla, absolutamente en vano.

—¿Qué ocurre? —pregunté intentando averiguar la razón de su tremenda alegría.

—Mi esposo ha aceptado enviar a Sadith a Accad con mis hermanos. Allí estudiará en el templo de Ishtar como lo hice yo y, si demuestra tener el talento suficiente, podrá llegar a ser una de las sacerdotisas de la diosa. Es uno de los cargos de mayor prestigio en Accad y sólo algunas de las niñas que comienzan sus estudios en el templo son elegidas para cuidar de la diosa.

La forma en la que aquella mujer hablaba del futuro de su hija me hizo comprender que para ella era especialmente importante. Ella pareció adivinar mis pensamientos.

—Yo misma tuve la suerte de estudiar en el templo y ser elegida para formar parte de las sacerdotisas pero finalmente mi padre concertó mi matrimonio con Armesh. La diosa tenía otro camino preparado para mí. Es un honor enorme que el templo haya considerado a nuestra hija y le haya ofrecido la posibilidad de estudiar allí.

Su reacción no me sorprendía. Había visto a los hombres darle nombres y formas de lo mas variadas a mi padre y a todo lo que el representaba y había comprobado lo intensa que esa devoción podía llegar a ser. Forma parte de vuestra naturaleza transformar aquello que no sois capaces de comprender en su totalidad en algo cercano, próximo y asequible a vuestro entendimiento. Los dioses y diosas que los hombres adoraban en todo el mundo no dejaban de ser más que vuestra comprensión limitada de lo que mi padre era y significaba pero, al mismo tiempo, eran vuestra forma de comunicarse con él, de acercaros a su presencia, de hacerle entrar en vuestras vidas y en vuestros hogares y nada había de malo en ello. Sabía que incluso algunos de mis hermanos habían sido confundidos con dioses y adorados como tales y mi padre siempre había sido tolerante con ello, lo importante era el mensaje no el mensajero. Por desgracia, como no podía ser de otra manera, en vuestro afán de entender lo que os rodea simplificasteis todo metiéndolos a todos en el mismo saco. Los humanos decidisteis incluir en vuestra colección de seres dignos de adoración a toda criatura sobrenatural, incluyendo las criaturas del inframundo, demonios cuyo único interés era la destrucción y la corrupción del ser humano por el mero placer de destruir. Una vez más mi padre había sido tolerante, esta vez de una forma que escapaba a mi entendimiento. ¡Tantas veces me había preguntado por qué mi padre no hacía nada al respecto, por qué no se manifestaba como única forma de verdad y eliminaba todas esas otras formas de falsa

adoración! Lamentablemente, mi padre me hizo como soy y guardarme mis opiniones no forma parte de mi naturaleza así que no había podido dejar de manifestar mis dudas repetidas veces pero siempre obtuve la misma respuesta. Déjales crecer.

Dejé que Sadith siguiera contagiando a todo el mundo su alegría y salí al jardín trasero pensando que allí podría encontrar a Armesh pero los criados me explicaron que había tenido que acudir a la ciudad. Tras saber de mi existencia el consejo le había pedido que acudiera esa mañana al templo de Innana. No era algo inesperado, la noche anterior Armesh me había explicado que como mi anfitrión, más tarde o más temprano debería explicar al consejo quién era yo y cual era la naturaleza de mi estancia en su casa y debería responsabilizarse de mí y asegurar que no constituía ningún riesgo para la ciudad o sus habitantes. Todo absolutamente rutinario según Armesh. A pesar de todo, la situación me hacía sentir ligeramente nervioso, durante años había visto como los humanos podían sentirse amenazados por cualquier cosa ajena a su mundo cercano y como ese sentimiento de amenaza podía traer consecuencias inesperadas e incontrolables. Pero no había nada que pudiera hacer excepto esperar a que Armesh volviera y me explicara como había ido todo.

La mañana era maravillosa, la temperatura era muy agradable y los olores que se desprendían de las plantas que Suriath cultivaba con mimo en esa zona del jardín llenaban el ambiente de una atmósfera fresca y dulce. Durante los primeros momentos de mi nueva existencia mi cuerpo me había regalado solamente dolor pero de repente ese día me regalaba algo diferente. El calor del sol en mi piel, los olores del jardín, incluso la luz que lo inundaba todo me hacían sentir lleno de energía y con ganas de reír. Saqué mis pies de las sandalias y los puse desnudos sobre el suelo. La tierra aún estaba fresca a pesar del sol que recibía y podía sentir su aspereza y firmeza en la planta de mis pies. De alguna forma, me sentí conectado a todo lo que me rodeaba, un elemento más de toda la naturaleza que se desperezaba a mi alrededor y no pude evitar peguntarme si los humanos siempre se sentían así, maravillosamente plenos.

Los criados fueron poco a poco retirándose del jardín al verme, sin duda instruidos por Suriath, y el silencio, sólo roto por los pájaros que cantaban en los árboles, se convirtió en el complemento perfecto de la sinfonía de aromas. Casi inconscientemente cerré mis ojos un segundo y entonces pude escucharlo. Era una especie de lamento, un gemido apenas audible que venía de una de las partes

más lejanas del jardín. Eché a andar en busca del origen del sonido y encontré un pequeño asiento construido dentro de una de la paredes del jardín, un especie de cubículo donde quien se sentaba quedaba casi totalmente oculto de la vista. Los lamentos provenían de Liliath que estaba escondida en el hueco del asiento llorando desconsoladamente. Cuando me vio se asustó. Sin duda esperaba poder ocultar al mundo sus lagrimas y trató de limpiarse la cara rápidamente y mirar hacia otro lado como si no pasase nada.

—No tienes nada que temer —le dije.

Ella no me respondió, ni siquiera me miró.

—No te molesto más. No le diré a nadie dónde estás, no te preocupes.

Me giré para dejarla nuevamente en su soledad y al intentar marcharme ella me habló.

—Ellos no lo entienden, ¿sabes?

Me giré lentamente y me acerqué a ella.

—¿Qué es lo que no entienden? —pregunté mientras me sentaba a su lado despacio.

—Sadith —dijo como si fuera obvio—. Envían a Sadith a estudiar al templo en lugar de a mí porque piensan que ella es mejor, pero no es así.

Su cara mostraba una rabia y una impotencia indescriptibles, sus ojos estaban rojos como granadas maduras, estaba claro que no llevaba llorando poco tiempo. Su pelo, rojo como el fuego, se había pegado a la cara por efecto de las lágrimas.

—Estoy seguro que no es esa la razón, probablemente tu también irás a estudiar al templo en poco tiempo —dije intentando tranquilizarla sin éxito.

—Déjame que te explique como funcionan las cosas aquí —dijo sorprendiéndome por la forma nada infantil de hablar—. Soy la mayor, tengo ya doce años, cómo mucho en otros tres mi padre habrá escogido un marido para mí, alguien del consejo probablemente, que pueda continuar la linea familiar. Mi padre no tiene hijos varones, por lo tanto ese matrimonio es esencial para su casa.

Paró un segundo para recuperar el aire que había perdido al decir todo aquello de una sola vez. Su cabeza miraba al suelo cuando continuó.

—Se equivocan, escogen a Sadith para ir al templo porque mi madre dice que tiene la visión pero ella no es la única, yo también la tengo, yo te vi caer.

No se si fue la frase o sus ojos azules mirándome fijamente como

si pudieran ver más allá de mí pero mi piel se erizó.

—Un momento, ve un poco más despacio. ¿Qué es eso de la visión? —pregunté temiendo conocer la respuesta.

—Mi madre fue escogida para estudiar en el templo de Ishtar porque posee el don de la visión, cuando mira en el agua puede ver cosas que aún han de pasar, la diosa le concedió ese don —me explicó paciente—. Mi hermana ha heredado ese don por eso mi padre escribió al templo para que la aceptaran como estudiante y futura sacerdotisa. Un mensajero llegó esta mañana con la respuesta del templo y mi padre se lo comunicó a ambas.

Las piezas empezaban a encajar, el orgullo de Suriath por la hija que seguía sus pasos tenía que ver más con su don que con la alegría de tener una hija sacerdotisa. Este tipo de dones en los humanos podían ser una bendición o todo lo contrario en función del entorno en el que fueran recibidos. Muchachas tan pequeñas como Sadith podían ser consideradas poseídas o brujas en poblaciones muy pequeñas o quedar completamente fuera del mercado de los matrimonios de conveniencia debido a su peculiaridad. Mediante el ingreso en el templo, Armesh y Suriath habían asegurado que su hija estuviera protegida para el resto de su vida.

—Liliath, si ese es el caso, debemos alegrarnos por Sadith, es una gran oportunidad para ella. Pero, ¿por qué dices que me viste caer?

—Yo no tengo el mismo don de mi madre, yo no puedo ver lo que ha de pasar en el agua, pero puedo verlo en mis sueños y yo puedo ver más lejos que ellas dos —dijo levantando la cabeza con orgullo—. Ambas te vieron llegar a nuestra casa, sabían que vivirías aquí, entre nuestra familia pero ellas no te vieron caer, yo sí, vi cómo caías en mi sueño. Y vi a los otros.

Su explicación me generaba mayor ansiedad con cada frase.

—Vi a los otros —repitió—, a los de las espadas, les vi caer detrás de ti, intentaban alcanzarte pero no pudieron, la luz llegó antes —dijo visiblemente excitada por poder compartir su secreto con alguien.

Mi cuerpo se tensó como la cuerda de un arco y noté como la angustia se apoderaba de mí y era como una soga alrededor de mi cuello que me hacía difícil respirar.

—¿Qué luz, Liliath? Continúa, te lo ruego —apremié a la muchacha.

—Vi una luz que llegaba hasta ti antes que ellos y entonces tu caíste más deprisa y ellos no pudieron alcanzarte. Y después

golpeaste el suelo.

Su descripción de mi caída tuvo un efecto inmediato. Mientras la escuchaba, mis propios recuerdos despertaron y supe que todo lo que me estaba contando era verdad. Podía recordar a mis hermanos intentando alcanzarme en mi huida, podía ver sus rostros, podía sentir de nuevo las laceraciones que sus espadas angélicas me infringían, y ahora, gracias a sus palabras, recordaba la luz que me golpeó cómo salida de la nada justo antes de impactar el suelo.

—¿Hay algo más que recuerdes, pequeña? —dije mientras mis manos temblaban—. Cualquier cosa.

—¡No, y no soy pequeña, soy casi una mujer Helel! —protestó llamándome por primera vez por mi nombre.

Aquella reprimenda fue como una bofetada que me trajo de nuevo a la realidad. Aquella muchacha tenía un secreto enorme, como yo. Y la vida nos acababa de unir con algún propósito común. En aquel momento, sin que ninguno de los dos lo supiéramos, se había creado un vínculo, una conexión que nada podría romper.

—Liliath —le dije tomándole las manos—, es importante que no le cuentes esto a nadie más. Yo guardaré el secreto de tu visión si tu guardas el secreto de lo que viste, ¿de acuerdo?

—Pero yo no quiero que sea un secreto, quiero que mis padres lo sepan, para que me manden al templo como a Sadith —protestó soltando mis manos.

Aquella muchacha no podía comprender la dimensión de su poder y por desgracia, cegado por la posibilidad de saber más de mi propia situación, yo tampoco lo vi. O quizá no me interesó verlo.

—Lo sé Liliath —dije— pero, créeme, el templo sería demasiado poco para ti, tú estás destinada a algo mucho más grande, el don que tienes es algo muy especial. Pero, para eso, necesitamos mantener esto entre nosotros, al menos de momento.

Liliath me miró y una llama de emoción se encendió en sus ojos. No sé si mis palabras salieron de la necesidad del momento o si mi naturaleza, latente en mi nuevo cuerpo humano, se manifestó por un segundo pero aquellas palabras sembraron en Liliath una semilla que el mundo entero lamentaría años después, y yo más que nadie. Pero eso fue mucho más tarde.

Liliath volvió a la casa con una nueva sonrisa gracias a mis palabras. Cuando me quedé de nuevo solo en el jardín noté frío pero no sabría decir si era el aire que repentinamente había cambiado o el efecto de lo que acababa de pasar. Uno de los criados me sacó de mi pensamientos para comunicarme que Armesh había vuelto y me pedía que me uniera a él durante la comida que esta

vez se sirvió en el patio de la casa. Se habían colocado unas mesas junto al pequeño estanque y por la forma en que se habían decorado con flores era obvio que la intención era celebrar algo. Armesh me recibió con un abrazo y tras preguntarme cómo me encontraba me explicó la buenas nuevas sobre Sadith y el templo. Le conté que la alegría desbordante de Sadith se había encargado de hacérselo saber a todos en la casa y posiblemente a todo el vecindario lo cual no le sorprendió en absoluto. Para mi sorpresa, yo no era el único invitado a la celebración, Armesh había pedido a todos sus criados que comieran con nosotros para celebrar, así que al final nos juntamos unas treinta personas repartidas por el patio, sentándonos donde podíamos y viendo como Sadith saltaba de unos a otros tratando de ser la perfecta anfitriona. La felicidad en la cara de Armesh y Suriath era evidente e incluso Liliath parecía ahora feliz por el destino de su hermana y pude ver a las dos juntas riendo y jugando.

Cuando la comida acabó las mujeres se quedaron para recoger mientras Armesh y yo nos dirigimos de nuevo al jardín donde se había colocado un toldo blanco para protegernos del sol bajo un grupo de palmeras. Armesh me invitó a sentarme en los cojines que se habían colocado debajo. Desde allí, podía oír el sonido del agua de alguna corriente próxima, posiblemente un arroyo cercano a la propiedad.

—Tengo noticias del consejo, amigo mío —dijo sin preámbulos —. Esta mañana me he reunido con ellos para explicarles el porqué de tu estancia en mi casa y en consecuencia el propio rey Gilgamesh desea conocerte.

La noticia fue como un jarro de agua fría. Mi intención era pasar tan desapercibido como fuera posible hasta que lograse averiguar el por qué de mi situación y como podía cambiarla, una entrevista con el rey estaba completamente fuera de mis planes y sin duda generaría toda una serie de preguntas para las que no estaba preparado. Supongo que mi cara debió de mostrar claramente lo que pasaba por mi cabeza.

—Veo que mis noticias no son de tu agrado.

—Perdóname amigo mío —respondí—, no es que no valore todo lo que has hecho por mí y la importancia de esta visita, es tan sólo que es tremendamente inesperado y algo para lo que no se si estoy preparado dada mi falta de memoria—mentí.

—Lo comprendo y por eso no voy a dejarte solo. Para serte sincero esta audiencia no es algo que yo desease o esperase, el miembro mayor del consejo, Arpasetaj, es alguien muy cercano al

rey y es quien ha insistido en que el monarca estaría interesado en conocer a alguien que ha llegado nuevo a nuestra ciudad en tan extrañas circunstancias y esas son sus palabras no las mías. Probablemente la audiencia no sea más que unos pocos minutos en palacio y una reverencia, dudo mucho que Gilgamesh tenga más tiempo para compartir con nosotros pobres mortales —aclaró con una sonrisa.

A pesar de los intentos de Armesh para hacerme sentir cómodo con la visita, mi cuerpo estaba tenso como el de un animal preparado para huir.

—¿Cuando desea verme Gilgamesh? —pregunté.

—Debemos acudir a palacio mañana justo después del amanecer.

La respuesta incrementó mi intranquilidad, eso me dejaba sin tiempo para prepararme. Pasé el resto del día en un desagradable estado de ansiedad. Parecía que iba a tener que experimentar todo el rango de posibles sensaciones de mi nuevo cuerpo en apenas unos días. Incomprensión, miedo, dolor, ansiedad, angustia, rabia. Todo se estaba convirtiendo en una piedra demasiado grande que cargar. Una nueva emoción, impotencia. Aquella noche, incapaz de conciliar el sueño, decidí que mi estrategia para el día siguiente no podía ser otra que aferrarme a mi pérdida de memoria. Existía la posibilidad de que Gilgamesh no me creyera, que pensara que era algún tipo de espía de algún reino enemigo o que se sintiera amenazado en alguna manera. Sabía que mi situación era de completa desventaja. Ahora era humano, al menos hasta donde podía adivinar. Mi cuerpo era probablemente tan frágil como el de cualquiera de vosotros, no poseía ninguno de mis poderes y ni siquiera tenía mi espada. No sabía que pasaría al día siguiente pero estaba claro que el apoyo de Armesh como miembro respetado del consejo era lo único que tenía a mi favor.

La noche pasó muy rápida. Uno de los criados de Armesh me despertó antes del amanecer. Me vestí y salí a la sala principal de la casa donde Armesh me estaba esperando.

—Nuestra escolta ya ha llegado —me indicó mientras salíamos a la puerta principal de la casa.

Arpasetaj había enviado dos soldados para que nos llevaran hasta palacio. Iban vestidos con un túnica larga de color ocre y un cinturón muy ancho de cuero negro que ceñía sus ropas al cuerpo a la altura del vientre. Ambos iban armados con lanzas largas. El hecho de que hubieran enviado dos soldados armados como nuestra escolta no me hizo sentir tranquilo pero Armesh no parecía

alarmado en absoluto así que preferí asumir que aquello era normal.

Para mi sorpresa, hicimos el camino hasta el palacio a pie y no en caballo o carro como yo había esperado. Comprendí la razón en cuanto nos acercamos a la ciudad. En lugar de entrar por la puerta principal, cerrada y vigilada a esas horas, nuestros escoltas nos desviaron por un camino que transcurría bajo la muralla. Uno de los escoltas portaba un antorcha dado que aún era noche cerrada. Transcurrieron unos momentos hasta que el portador de la antorcha se paró de repente y pudimos ver una pequeña puerta de madera en la muralla. El escolta llamó tres veces y la puerta se abrió. Al entrar por ella descubrimos un túnel, no demasiado ancho y que estaba iluminado por teas a intervalos regulares. El suelo del túnel estaba muy limpio lo que parecía indicar que aquella era una vía de uso habitual. El soldado nos pidió que le siguiéramos por el túnel y le obedecimos sin preguntar. Armesh parecía conocer el camino y se giró un momento para explicarme que aquel túnel daba acceso directo a las habitaciones reales, de ahí que estuviera siempre iluminado y vigilado. El túnel formaba parte de un autentico laberinto excavado bajo el palacio real y constituía una vía de escape rápida para la familia real en caso de estar en peligro a la par que, debido a su intrincado diseño, era una trampa mortal para quien quisiera usarlo como vía de entrada sin conocer el camino.

El camino se hizo muy largo, pasamos numerosas intersecciones con otros túneles igualmente iluminados y encontramos otros soldados en diferentes tramos del túnel aunque ninguno de ellos dijo una palabra. Finalmente llegamos a una gran puerta de madera labrada. Nuestro guía abrió la puerta sin llamar y pasamos a una estancia estrecha con las paredes pintadas con imágenes de diferentes seres alados con cabezas de animal y un gran banco de madera labrada con grandes cojines situado a lo largo de la estancia. Una nube de humo de incienso con un olor muy intenso y dulce llenaba la sala. El soldado nos pidió que esperásemos en el banco hasta que fuéramos recibidos. Frente al banco había unas cortinas de un material muy fino y casi transparente que nos dejaban ver una estancia mucho mayor de techos muy altos y decorada en tonos dorados y púrpura. Aquella sala tenía cortinas cubriendo casi todas las paredes y una gran mesa en el centro al lado de la cual podía ver a dos muchachas de unos quince o dieciséis años sosteniendo una jarra cada una de ellas mientras esperaban recibir órdenes. Ambas estaban completamente desnudas y tenían el pelo recogido en la parte superior de la cabeza con una

guirnalda de flores. Ninguna de ellas se movía en absoluto por lo que la escena tenía un incómodo aire de irrealidad.

La puerta por la que entramos volvió a abrirse y dejó paso a un hombre fornido, alto como Armesh pero considerablemente mayor, con una gran barba canosa y larga pero muy arreglada y con pequeños aros dorados trenzados en el pelo. Iba vestido con una túnica blanca y cargado de collares, sin duda de gran valor. El hombre se dirigió directamente hacia nosotros.

—¡Armesh, me alegro de que hayáis podido venir! —dijo a modo de saludo. Nuestro señor Gilgamesh os recibirá en breve. Entiendo que este es nuestro invitado —dijo mirándome directamente a los ojos—. ¡Bienvenido a nuestra ciudad Helel! —dijo usando mi nombre como si nos hubieran presentado—, yo soy Arpasetaj, sumo consejero del gran Gilgamesh.

—Gracias, es un honor estar aquí —dije como Armesh me había indicado el día anterior.

De repente, como si mi respuesta hubiera sido algún tipo de señal, la puerta de la estancia vecina se abrió y un muchacho joven, aproximadamente de la misma edad que la muchachas que habíamos visto antes, vestido solamente con una falda corta entro en la sala llevando unos ropajes que dejó sobre la mesa. Nuestra posición en la sala hacia que pudiésemos ver todo lo que ocurría como a través de una ventana. Inmediatamente un hombre apareció en la sala desde el lado que nos permanecía oculto a la vista. Su altura era verdaderamente impresionante, fácilmente debía de sacarnos tres cabezas a cualquiera de nosotros y la anchura de sus espaldas mantenía proporción con su tallaje. Estaba completamente desnudo, de espaldas a nosotros y podíamos apreciar claramente su complexión musculada. El pelo, largo y negro, le llegaba algo más abajo de los hombros. El hombre se giró y, para mi sorpresa, su miembro estaba completamente erecto. Armesh y Arpasetaj no hicieron ningún movimiento como si estuviesen preparados para lo que iba a acontecer pero a mi me pilló completamente desprevenido. Como si de un baile se tratase el muchacho que había traído los ropajes se colocó de rodillas frente a él y se introdujo su miembro en la boca. Durante unos momentos fuimos testigos de como el muchacho daba placer a aquel hombre hasta que finalmente fue evidente por sus movimientos y gemidos que había alcanzado el climax. Entonces el muchacho se retiró y la muchachas que habíamos visto en la sala procedieron a vestir al hombre que, sin duda alguna, era Gilgamesh.

Armesh me había advertido el día anterior que Gilgamesh era un

hombre dado a las demostraciones públicas de poder y que gustaba de dominar y someter. En aquel momento no había sabido leer entre líneas lo que ahora era evidente. Gilgamesh acababa de representar para nosotros una pantomima en la que poder mostrar su corpulencia, su poderío físico y su riqueza, todo en un sólo golpe. Era su forma de prepararnos para la verdadera audiencia, su forma de recordarnos que él era el rey y nosotros no éramos nadie. Por un segundo una pequeña llama de orgullo llenó mi corazón. ¿Quién creía aquel hombre que era yo? Yo que había sido creado antes que el mundo, que había visto crecer al ser humano desde la nada hasta lo que hoy era, yo que había derrocado imperios por mandato divino, yo que había sido el ser más amado por el padre, yo que había sido... El pensamiento fue una losa que me golpeó con toda su fuerza. Todo aquello se conjugaba en pasado, yo había hecho, yo había sido...y ya no lo era más.

Arpasetaj me saco del abismo de mis pensamientos para indicarnos que debíamos pasar a la sala contigua por la puerta opuesta a la que habíamos usado para entrar. La sala que nos recibió al otro lado no tenía nada que ver con la primera. Los techos eran absolutamente enormes, con un altura de al menos seis hombres, las paredes estaban descubiertas, sin restos de cortinas o decoración alguna. El color era completamente ausente y la luz, proporcionada por unos pebeteros altos distribuidos por toda la sala, era muy intensa. La sala podía calificarse de austera comparada con la anterior. Pero incluso en aquél entorno la intención de Gilgamesh estaba clara. En el extremo más alejado de la sala, opuesto a la puerta que nosotros habíamos utilizado había un gran pedestal con un trono de madera labrada pintado de color dorado y en el trono estaba sentado Gilgamesh en toda su plenitud. Desde allí Gilgamesh nos miraba como si de un dios se tratase, como si nosotros fuéramos apenas dos hormigas que se atrevían a pisar su sala. Una nueva representación de su poder.

—Acercaros —tronó su voz desde el fondo de la sala. La acústica de la sala había sido cuidadosamente trabajada para conseguir abrumar a quien fuera que acudiera a audiencia. Sin duda Gilgamesh había invertido un gran esfuerzo en conseguir forjar su imagen de ser casi sobrenatural y todo en aquella sala estaba preparado para que quien abandonara el palacio tras una audiencia transmitiera exactamente esa imagen. El poder de la sugestión unido al boca a boca eran lo único que necesitaba para que su pueblo pensase que era lo más cercano a un dios que podían encontrar. Una fachada. O eso creí por un momento. A medida que

nos acercábamos al pedestal donde se ubicaba su trono empecé a sentirme raro. Notaba una especie de vibración en mi interior, una sensación que me traía de vuelta a algún recuerdo de mi pasado que no era capaz de identificar. La sensación se hacía cada vez más intensa a medida que me acercaba a Gilgamesh hasta que, de repente, cuando me encontraba exactamente a los pies del pedestal, la sensación paró. No tuve tiempo de analizar lo que acababa de ocurrir porque su voz interrumpió mis pensamientos, esta vez de una forma extremadamente suave.

—¡Bienvenido Helel! —dijo mirándome directamente a los ojos mientras sonreía abiertamente—. Me alegro de que hayas decidido venir a presentarte ante mí, Armesh nos ha contado de tu desgracia y todos teníamos una gran curiosidad por saber de tu historia.

La palabra todos llamó mi atención. A simple vista estábamos solos en aquella sala, no podía ver a nadie, ni siquiera soldados. ¿Por qué habría un rey como Gilgamesh de exponerse abiertamente a dos extraños sin más protección que sí mismo? Nadie en su posición tomaría una decisión tan arriesgada. Sin duda había algo que se me escapaba, algo que no veía. Y en aquel momento me di cuenta. Tras el pedestal había un gran panel de madera labrada que llegaba hasta el suelo pero dejaba un espacio de unos tres dedos por el que se filtraba luz desde una sala contigua. Nada habría llamado mi atención de no ser porque pude ver una sombra moverse por un momento. Estaba claro, no estábamos solos, alguien esperaba al otro lado de aquel panel sin duda listo para entrar en la sala si Gilgamesh lo necesitase. Su mente le había traicionado al haber hablado en plural. De repente la vibración comenzó de nuevo esta vez de forma mucho más intensa e inmediatamente recordé. Nephilim. La palabra me golpeó la cabeza como una maza pero no tuve tiempo siquiera de reaccionar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Gilgamesh esta vez en un tono menos amable.

—Sí, mi señor —respondí sobreponiéndome a mi descubrimiento como mejor pude—. Te ruego me perdones —proseguí— pero aún me estoy recuperando de mis heridas y a veces me fallan las fuerzas.

—Ah sí, tus heridas —dijo—. Armesh me ha explicado que sin embargo te has recuperado bastante rápido dada la gravedad del daño, algo sorprendente sin duda.

—Los cuidados de la esposa de Armesh han sido sin duda la clave, señor.

—Por supuesto, por supuesto —dijo levantándose de su asiento

y comenzando a descender las escaleras del pedestal hacia nosotros —. Es una pena, sin embargo, que sus cuidados no hayan sido de mayor ayuda para que recuperes la memoria. Nada me gustaría más que recordases lo ocurrido para que pueda dar justo castigo a quien te atacó.

Para cuando acabo su frase se encontraba frente a nosotros, solo un peldaño más elevado y era como mirar una montaña. Si antes me había parecido grande, su estatura ahora era absolutamente impresionante.

—¿Crees que puedes recordar algún detalle que me sea de ayuda? —dijo mientras descendía el último peldaño y se colocaba a nuestra espalda.

—Me temo que no — mentí—, nada que pueda ser útil.

—Ya veo. Muy bien, no te preocupes —replicó mientras caminaba por la sala—. Debo insistir sin embargo en que permanezcas entre nosotros hasta que recuperes la memoria. Por tu seguridad solamente, claro. Hago a Armesh responsable de que mis deseos se cumplan, permanecerás limitado a la ciudad y la propiedad de Armesh y el será responsable de reportar al consejo tu localización cada semana. Por supuesto, si recuperases la memoria perdida, deseo que me informes inmediatamente a fin de que tu ataque no quede sin castigo. ¿He sido claro?

Fue Armesh quien respondió.

—Completamente mi señor.

Gilgamesh dio por terminada la conversación y se giró para salir por una puerta doble al fondo de la sala. Armesh y yo no tuvimos tiempo de poder comentar lo ocurrido, inmediatamente, cuatro soldados armados con lanzas entraron en la sala y nos comunicaron que debíamos abandonar el palacio. Nos acompañaron hasta una de las puertas en el lateral de la sala y salimos directamente a un gran patio de piedra. El sol había salido completamente y su calor fue reconfortante, hasta ese momento no había dado cuenta de lo fría que era la sala de audiencias. Armesh no dijo una palabra mientras los soldados nos acompañaban a través del laberinto de patios del palacio hasta la salida. Pasamos por multitud de edificios que conformaban el recinto hasta que llegamos a un gran portón de madera que se abría directamente a una calle formada por casas de adobe. Seguí a Armesh por aquella calle sin decir una sola palabra hasta que llegamos a una pequeña plaza con una fuente central donde un grupo de mujeres lavaban diferentes telas de colores. El ambiente en la plaza era tremendamente jovial, las mujeres cantaban mientras los chiquillos corrían entre ellas jugando a la

guerra con palos de madera por espadas. Allí Armesh me pidió que descansáramos en unos asientos de piedra que se encontraban en una de las paredes de la plaza. En aquel momento vi el cansancio reflejado en su rostro y comprendí que, aquella audiencia, había sido una prueba no sólo para mi sino también para él. Como mi anfitrión, Armesh había puesto su reputación, sus posesiones y posiblemente su vida y la de su familia en juego para protegerme. No me cabía ninguna duda de que Armesh conocía la forma de pensar y actuar de Gilgamesh y sabía que sólo acompañándome y utilizando su nombre como aval conseguiría que Gilgamesh no me viera como una amenaza.

—Gracias — dije antes de que pudiera empezar a hablar.

Armesh me miró fijamente a los ojos sonriendo y comprendiendo que me había dado cuenta de lo que acababa de hacer por mí.

—No hay de qué amigo mío —respondió—. Gilgamesh no es un hombre fácil como has podido comprobar. Su afán de poder y su interés en que todo el mundo comprenda hasta donde se extiende ese poder en todo momento no tiene fin. El espectáculo al que has sido expuesto en las últimas horas es su forma natural de proceder, no sólo con sus vasallos sino con mandatarios extranjeros y embajadores.

Armesh me explicó como, a pesar de este afán de superioridad y poder, o gracias a él, Gilgamesh había conseguido hacer que Uruk prosperara. La que había sido una pequeña ciudad de pescadores se había convertido en el referente comercial de la zona, lo que había resultado en que la riqueza de todos los ciudadanos se había incrementado en una medida u otra y la gente le estaba agradecida por ello. La construcción de la muralla había sido el último gesto de Gilgamesh para elevar el estatus de la ciudad. Por desgracia, todo ello había venido acompañado de una exterminación sistemática de todos aquellos que él consideraba una amenaza a su regencia o al orden impuesto. Armesh me detalló como durante el primer mes de su reinado todo hombre, mujer o niño acusado de ladrón había colgado de las puertas de la ciudad y todo aquél que elevara su voz en contra del consejo o del propio Gilgamesh había sido quemado vivo. Una cultura del miedo que, si bien había convertido Uruk en una ciudad absolutamente segura, se había alimentado de numerosas injusticias. Aquellos que deseaban librarse de sus vecinos o familiares solo tenían que denunciarles como traidores a Gilgamesh o su orden para conseguir que dieran con sus huesos en prisión o algo peor. No conforme con esto, Gilgamesh se había

encargado de que las pequeñas poblaciones de los alrededores prestaran vasallaje a Uruk. Vasallaje que en la mayoría de los casos implicaba un tributo económico a cambio de protección pero que Gilgamesh también había utilizado para satisfacer sus placeres. Cada año nuevos jóvenes eran arrebatados de sus familias en esas poblaciones para servir por dos años en el palacio. Aquellos muchachos, chicos y chicas, si tenían suerte eran seleccionados para trabajar al servicio del propio Gilgamesh haciendo todo tipo de tareas incluidas aquellas de índole sexual. Cuando Gilgamesh se cansaba de ellos, se unían a aquellos que habían sido descartados a su llegada a palacio para servir como esclavos sexuales de su ejército. Si lograban sobrevivir ese período, eran devueltos a sus casas donde su futuro, ensombrecido por la vergüenza de aquello que habían sido obligados a vivir, muchas de las veces les convertía en parias en sus propios hogares. Por su parte, la casta dominante de familias con dinero, a la que también pertenecía Armesh, había aprendido a obtener beneficio de seguir a Gilgamesh en su manera de gobernar y, aunque un pequeño grupo de ellos habían manifestado su malestar por la forma de gestionar la ciudad de su rey, nadie se atrevía a levantar la voz por temor a lo que pudiera pasarles a ellos y a su familias. En aquel momento sentí pena por Armesh, pena por un hombre que debía vivir fingiendo aceptar una forma atroz de gobierno mientras vivía cada día con el miedo de qué pudiera ocurrirle a su familia si fallaba en su tarea de hacer creer a Gilgamesh que no constituía ningún peligro para él o para el orden establecido. Aquello solo sirvió para reafirmar la idea de que el valor de lo que Armesh había hecho por mi en los últimos días era inmenso.

—Creo que debemos estar alerta, Helel —continuó—. Es evidente que no eres del agrado de Gilgamesh, te ve como una amenaza, un agente extraño llegado del exterior, incapaz de recordar nada que pueda justificar tu presencia aquí. Todo eso es suficiente para ponerle nervioso.

Tuve que morderme la lengua para no contarle a Armesh que había mucho más detrás de su animadversión hacia mi aunque quizá ni el mismo Gilgamesh lo supiera aún. Gilgamesh era un Nephilim, el hijo de un ángel y no me quedaba ninguna duda de ello. Durante eones los ángeles fuimos enviados por mi padre a guiar y vigilar a los humanos y, cuando era necesario, a impartir justicia, pero nuestra interacción con vosotros debía limitarse a las órdenes recibidas. Con el tiempo, algunos de mis hermanos y hermanas terminaron por sucumbir a los placeres de la carne de sus

cuerpos humanos dando lugar a los Nephilim, niños humanos, y por lo tanto mortales, pero con dones especiales debido a su parte angélica. Los Nephilim eran habitualmente más altos, fuertes y hermosos que los humanos y todos ellos podían vivir varios centenares de años puesto que no envejecían al ritmo humano normal. Mi padre montó en cólera cuando supo de su existencia pero debido a la intercesión de sus padres accedió a dejarles vivir. Por desgracia, los Nephilim siempre supieron de su ascendencia angélica y muchos de ellos intentaron utilizarla en su beneficio, subyugando y sometiendo al resto de los humanos en un afán terrible de poder. Algunos incluso osaron encumbrarse como dioses. La atrocidades que llegaron a cometer fueron indescriptibles. Finalmente mi padre comprendió que no podía permitir que los Nephilim destruyeran el equilibrio de su creación y envió a los ángeles exterminadores a acabar con ellos, entre ellos yo mismo. Los Nephilim presentaron batalla pero nada pudieron hacer contra nosotros y finalmente, uno a uno fueron exterminados. Mi padre extendió un veto sobre todos nosotros, aquel que participara en la creación de un nuevo Nephilim compartiría su destino. Durante cientos de años nunca habíamos oído hablar de un nuevo Nephilim pero no me cabía ninguna duda de que hoy había estado ante uno de ellos. La vibración que había sentido al estar frente a Gilgamesh era la misma que sentimos todos los ángeles cuando estamos en presencia de otro de nosotros. Al principio no pude reconocerla porque la forma en que se siente en un cuerpo totalmente humano es ligeramente diferente, pero no me cabía duda de que era la misma. La única razón por la que Gilgamesh podía inducir aquella sensación era porque tuviera parte angélica, es decir, porque era un Nephilim, lo cuál explicaba además su altura y corpulencia.

Armesh me sacó de mis pensamientos indicándome que debíamos continuar el camino de regreso pero antes debíamos pasar por el mercado a pagar a uno de los distribuidores que abastecían la casa. Salimos de la plaza por una pequeña callejuela que desembocaba en una gran avenida. La luz lo inundó todo cuando llegamos a la avenida y el golpe de calor que recibimos borró todo recuerdo del frescor que disfrutamos en la plaza. La avenida era verdaderamente impresionante. La distancia entre ambos lados de la calle era suficiente para que cuatro carros pudieran pasar en paralelo sin estorbarse unos a otros. El ruido que generaban la cantidad de gente y animales que circulaban por ella era ensordecedor. Los gritos de los comerciantes de aceites e inciensos en los extremos de la calle que trataban de atraer la atención de los

posibles clientes, las voces de los conductores de carros incapaces de circular por la atestada avenida y las mil conversaciones simultáneas hacían que no pudiera escuchar ni mis propios pensamientos. Cuando dirigí mi mirada hacia el norte vi que la avenida desembocaba en un edificio de forma rectangular con una gran escalinata frontal por la que se veía subir y bajar gente.

—Es el templo de Innana —me dijo Armesh elevando el tono de voz al comprobar mi interés—. Hoy es día de oráculo, la gente de la ciudad y los alrededores viene a hacer ofrendas a los sacerdotes a cambio de sus predicciones. Pero nosotros tenemos que ir en dirección opuesta, el mercado se encuentra cerca de la entrada sur de la muralla.

Mientras nos encaminábamos en la dirección que me indicaba una idea germinó en mi cabeza. ¿Y si los videntes del templo pudieran completar la visión de Liliath? Quizá su oráculo pudiera incrementar los detalles de la visión que la niña me había descrito solo unas horas antes. Por desgracia tuve que borrar aquella idea de mi cabeza, no podía arriesgarme a que los sacerdotes hicieran llegar a Gilgamesh las verdaderas razones de mi presencia en Uruk y, desde luego, no pondría en peligro a Armesh y su familia. Fueron solo unos segundos el tiempo que estuve perdido en aquel pensamiento pero cuando volví a la realidad me di cuenta de que me había separado de Armesh. Me paré y miré a mi alrededor buscándole entre la multitud pero no podía encontrarle. Un sentimiento de ansiedad y desamparo se apoderó de mi y empecé a abrirme paso a empujones entre la multitud, solo hacia delante sin tener la menor idea de en que dirección me movía mientras gritaba el nombre de Armesh. Mi desesperación aumentaba a cada paso, la gente me chillaba al ver que intentaba abrirme paso y noté como me era cada vez más difícil avanzar. Parecía que fuese completamente en dirección contraria a la multitud. Por un segundo sentí como si la corriente humana fuera a arrastrarme, miles de cuerpos chocaban contra el mío mientras me insultaban y hacían cada vez más difícil mi avance. Empezaba a notar como me faltaba el aire y las fuerzas para abrirme camino. Mi mano derecha choco contra algo sólido y mis dedos se cerraron en torno a ello como si fuera un movimiento natural, esperado. El peso repentino en mi brazo tardó unos segundos en disparar en mi mente el sentimiento de reconocimiento. Me paré en seco y el peso en mi brazo desapareció. Miré a mi alrededor sin saber qué o quién esperaba encontrar pero sabiendo que lo que acaba de pasar no era un casualidad. La estructura sobre la que mis dedos se habían cerrado

era la empuñadura de mi espada. Las espadas angélicas están hechas de luz y como tales son una parte de la esencia del ángel al que son entregadas. Son un regalo de mi padre a cada uno de sus hijos y forman parte de nuestro ser. Cuando nos materializamos en un cuerpo humano nuestras espadas permanecen ocultas unidas a nosotros y solo son visibles como un dibujo en nuestro brazo derecho, parecido a los que algunos humanos usan para decorar su cuerpo. La diferencia es que ese dibujo es nuestro nombre en lengua angélica y, por lo tanto, específico para cada uno de nosotros. Cuando la necesitamos, nuestra espada se materializa en nuestra mano de forma inmediata y de la misma forma desaparece transformada nuevamente en nuestro nombre si necesitamos ocultarla. A vuestros ojos su hoja de luz se muestra como una estructura sólida de un brillo plateado y del tamaño del brazo de un hombre. No es el tipo de arma que pasa desapercibida entre los humanos y, desde luego, no había sido un humano quien la había puesto en mi mano. Mi cabeza daba vueltas, miraba en todas direcciones buscando quién podía haberme hecho llegar mi espada. Fuera quien fuese estaba seguro de que aún estaba allí, observando mi reacción. Quien me había entregado la espada sabía exactamente qué y quién era yo y eso sólo significaba que, no sólo yo, sino Armesh y toda su familia estaban en peligro. Alguien tocó mi hombro y me giré inmediatamente. Por un segundo estuve apunto de materializar mi espada listo para asestar un golpe pero algo en mi ser controló mi instinto en el último segundo. El rostro que encontré frente a mí era el de Armesh.

—Helel, ¿estás bien? —preguntó— Por un momento creí haberte perdido.

—Sí —respondí inseguro—. Yo…yo también creí que me había perdido. Hay demasiada gente aquí.

—Estás pálido —dijo tocando mi rostro—. Y helado. Será mejor que vayamos para casa, me temo que todos los acontecimientos de hoy han sido demasiado para tu estado.

—Pero, necesitabas ir al mercado —protesté.

—No importa —dijo tajante—, mandaré a uno de los criados más tarde. Suriath me matará si te devuelvo en peor estado que el que tenías esta mañana.

Armesh me guió fuera de la avenida por una de las calles laterales y circulamos en paralelo a la avenida principal hasta la intercesión con una de la callejuelas que llevaba a la puerta principal de la ciudad. Desde allí fue una corta caminata hasta su casa. Estuve callado todo el camino y Armesh respetó mi silencio

sin preguntas. Mi cabeza daba vueltas. Lo que acababa de pasar en la ciudad implicaba muchísimas cosas. La primera de todas que alguien más sabía quién era yo y fuera quién fuese ese alguien debía saber también lo que me había pasado. Si ese alguien decidía proporcionar esta información a Gilgamesh, podía ser el fin de todos nosotros. Eso cambiaba completamente mi situación. Si por unos días había pensado que estar en la casa de Armesh podría ser para mí el escondite perfecto hasta que descubriera la razón de todo lo que me había pasado, me había engañado completamente. Pero, ¿por qué entregarme mi espada?¿Era esa su manera de hacerme saber que conocía mi identidad? Y lo que era más importante, ¿cómo había conseguido mi espada? Los humanos no podéis tocar un espada angélica a no ser que sea un ángel quien os la entregue, eso me dejaba sólo dos posibles explicaciones. O quien me la había entregado en la ciudad era un ángel o la había recibido de un ángel. Pero tanto si era una cosa como la otra, ¿cuál era el mensaje que quería hacerme llegar? ¿Era tan sólo un aviso de que sabía quién era yo o era algo más? Eran demasiadas cosas que no podía explicar en ese momento pero en medio de toda aquella confusión había algo muy relevante. Mi ser había reconocido mi espada, se había fusionado con ella como siempre había sido y el dibujo de mi brazo lo demostraba. Eso sólo significaba una cosa. En mi interior, en algún lugar perdido dentro de mí ,quedaba una parte de ángel. Atrapada en un cuerpo humano, sí, pero aún estaba ahí, dormida quizá pero viva, latiendo dentro de aquella cárcel de carne y piel. El ser que fui, no se había perdido completamente y eso abría la puerta a la esperanza.

Llegamos a la casa cuando el sol ya estaba en su cenit y ambos agradecimos el frescor que se sentía en el interior. Armesh se excusó y se dirigió a hablar con sus criados para organizar el viaje de Sadith a Accad. La pequeña viajaría en una caravana organizada por su padre hasta la ciudad de Kish, situada la Norte de Uruk y medio camino entre esta y Accad. Allí, su tío Moaj, hermano de Suriath, la recogería y la llevaría hasta su destino final en el templo de Ishtar. Debido a lo inseguro del viaje, Armesh había organizado un caravana comercial, lo cuál garantizaba, no sólo que la niña iría acompañada todo el viaje, si no que iría protegida por los hombres de confianza de Armesh que protegerían tanto a la niña como a la mercancía.

Cuando Armesh se alejó me dirigí a mi habitación deseoso de

comprobar si mi control sobre mi espada seguía siendo el mismo ahora que mi cuerpo era humano. Entré en la habitación y cerré la cortina tras de mí. Le había dicho a Armesh que deseaba dormir un rato y los criados me habían dicho que Suriath y las niñas estaban en el jardín recogiendo flores para reponer las pomadas y ungüentos que ella me había estado administrando. Me despojé de la capa que llevaba sobre los hombros y que Armesh me había dado para protegerme del frío de la mañana cuando dejamos la casa de camino al palacio. Mis ojos se llenaron de lágrimas cuando vi mi nombre escrito en la piel de mi brazo en los hermosos trazos de nuestra escritura. Aquél dibujo me acercaba a mí mismo, a todo lo que había sido, a todo lo que era mucho más que ninguna otra cosa. Mis dedos acariciaron el dibujo siguiendo su contorno, cerré los ojos y mis dedos continuaron su camino sobre las diferentes letras que componían mi nombre. La emoción era inmensa. Un sólo deseo bastó para que la espada se materializase en mi mano. Fue extraño ver la espada como un humano, no como pura luz, energía sino como algo sólido frío y brillante. Mi mano reaccionó inmediatamente balanceando la espada con una reconfortante facilidad. Mi cuerpo recordaba. La espada empezó a bailar en mis manos como si no pesase más que un pluma, describiendo arcos en el aire. Las figuras que describía su brillo plateado al moverse en el aire eran hermosas. El filo emitía un ligero sonido al cortar el aire, cómo una música suave. Empecé a mover la espada por encima de mi cabeza mientras mi cuerpo ejecutaba movimientos que nunca me habían sido tan complicados. Las limitaciones de mi cuerpo humano. Lancé la espada por encima de mi mientras me agachaba y giraba la mismo tiempo para recogerla nuevamente. Al terminar el giro y coger la espada en su caída la encontré en la puerta mirándome fijamente. Los ojos de Liliath estaban muy abiertos mientras su sonrisa llenaba su cara.

—¿Qué es eso? —preguntó mientras se acercaba hasta mi con tal rapidez que no tuve tiempo de esconder mi arma—. Es muy hermoso.

Sus dedos tocaron la espada pero los retiró rápidamente como quien recibe un dolor repentino al tocar algo muy caliente.

Sus ojos me miraron fijamente.

—Es extraño, está muy fría —dijo sin dejar de mirarme—, pensé que la luz era porque estaba caliente.

—¿La luz? ¿Puedes ver la luz?

—Claro, ¿tú no puedes? —respondió—. Es muy bonita y cálida. Pero si la tocas está muy fría.

Su pelo rojo le caía sobre la cara y le daba un color cálido a su rostro. De alguna forma, ella reflejaba esa luz que yo ya no podía ver.

—¿Qué es? —preguntó de nuevo curiosa.

—Es una espada, muy antigua y poderosa, lleva conmigo mucho tiempo.

—Lo dices con pena —dijo leyendo mi rostro.

—Sí —dije intentando sonreír—. Es un recuerdo, un trozo de algo que ya no puedo tener, de algo que ya no puedo ser.

Ella me sonrió y se giró para dirigirse a la puerta. Al llegar a la cortina giró su cabeza y sonriéndome nuevamente me miró fijamente a los ojos y me dijo:

—Será nuestro secreto Helel, no se lo diré a nadie. Tuyo y mío nada más. Te lo prometo.

Desapareció tras sea cortina y con ella, se fue toda la luz de la habitación.

Habíamos cenado a la sombra de las palmeras, en el jardín y todo el mundo se había retirado a sus habitaciones porque el aire era demasiado caluroso y denso y dentro de la casa la temperatura era mucho menor. Yo hice lo mismo pero no podía dormir. Sentía que las paredes de mi habitación me oprimían. Decidí levantarme e ir al patio y sentarme junto al agua con la esperanza de poder superar aquella inquietud que me ahogaba. El patio estaba a oscuras pero la luna llena lo iluminaba tanto que las paredes blancas parecían ser de color plateado. Me senté junto al estanque y cerré mis ojos mientras respiraba profundamente el aroma del tomillo plantado en algunas de las macetas del patio y escuchaba el ruido del agua correr. Respiré profundamente intentando despejar mi mente de cualquier pensamiento por un segundo cuando noté la vibración dentro de mí. Mis ojos se abrieron inmediatamente y le encontré frente a mí, a unos pasos de distancia. Sus alas estaban plegadas tras él pero aún visibles, su pelo negro le caía sobre los hombros ondulado, exactamente igual que siempre. Su rostro iluminado por la luz de la luna me sonreía y abrió sus brazos para llamarme por mi nombre.

—Helel.

Me levanté del estanque lentamente sin poder creer que estuviera allí.

—Abaddon. Abaddon, ¿eres tú?

No esperé respuesta, mi cuerpo se lanzó hacia él y nos fundimos

en un abrazo. El me cubrió con sus alas y de repente todo el dolor, la confusión y la angustia de los últimos días se fundieron en las lágrimas que llenaron mis ojos.

—Helel, hermano mio. ¡Cuánto te he extrañado! Me ha costado días averiguar dónde te encontrabas. ¿Estás bien? —No supe que responder pero Abaddon supo entender mi falta de respuesta—. No importa. No tenemos demasiado tiempo pero aquí no podemos hablar. Es mejor que nos vayamos.

No tuve tiempo de reaccionar, en un momento Abaddon se había elevado llevándome con él y de repente nos encontrábamos en la cima de un cerro desde donde se podía observar todo Uruk. La ciudad era aún más impresionante desde la distancia, con la muralla recortándose contra el cielo nocturno. Apenas unas luces aquí y allá que brillaban en los puestos de guardia disturbaban la inmensa sobra negra de su silueta.

—¿Te encuentras bien? —preguntó de nuevo—. Ya sabes que a veces los cuerpos humanos no reaccionan bien cuando nos desplazamos tan rápido. Y tu cuerpo ahora es...

—Humano —dije terminando la frase por él—. ¿Qué me ha pasado hermano? —pregunté mirándole fijamente los ojos.

—Sobre el qué tengo alguna idea aunque creo que la parte fundamental es el por qué. —Por un momento vi en sus ojos que no sabía como continuar.

—Deja que te ayude, de alguna forma que no sé explicar he perdido mi cuerpo angélico y estoy atrapado en un cuerpo humano.

—Me temo que es algo más complicado, Helel.

—Abaddon, no tengo tiempo para rodeos y no está en la naturaleza de un ángel exterminador dar vueltas a las cosas así que te ruego que seas claro.

—Sólo existen dos formas en la que un ángel puede dejar de ser un ángel. Una es que sea muerto por espada angélica.

—Lo sé, pero dado que no estoy muerto supongo que lo que me ha ocurrido es la otra opción.

—La otra manera es que el ángel pierda aquello que le convirtió en ángel y que le fue dado por nuestro padre en el momento de su creación.

La explicación calló sobre mi como una losa. Solo había una cosa que los ángeles y los humanos teníamos en común, y esa cosa era el regalo de nuestro padre en el momento de nuestro nacimiento que constituía la parte central de nuestra naturaleza, de todo lo que somos.

—Mi luz. Mi alma

—Así es. No me preguntes como ha ocurrido pero de alguna forma la luz te ha sido arrebatada. Por eso no puedes recuperar tu forma angélica. Y lo que es más importante, por eso mismo ya no podemos oírte.

—¿Ninguno?

—Ninguno —dijo tajante—. Es como si hubieras desaparecido. Ni un sólo rastro.

La revelación fue un sorpresa. Había asumido que mi nueva naturaleza humana era la que me impedía sentir y contactar con mis hermanos como siempre lo había hecho. Una gran estructura de colmena donde todos podíamos comunicarnos con todos. Lo que no había supuesto es que la comunicación se había roto por lo dos lados, que para mis hermanos me había vuelto invisible.

— Si no puedes oirme, ¿cómo me has encontrado? —pregunté.

—Escuchando a los humanos. Encontré el lugar de tu caída y he pasado varios días en las ciudades y aldeas cercanas con la esperanza de que alguien hubiera visto algo. Hace dos días en Uruk oí que un esclavo en el mercado comentaba que había encontrado un hombre en el desierto y que lo había llevado a casa de su amo. Así fue como te encontré.

— Entonces, fuiste tú quién me entregó mi espada en el mercado.

—Sí, fui yo. La encontré cerca de donde caíste. No sabía si la espada te reconocería o no pero tenía que intentarlo. Sabía que no podrías sentirme y que era seguro hacértela llegar en un lugar lleno de gente.

—En realidad sí que puedo.

—¿Cómo? —La incredulidad se reflejo en su rostro.

—Sí que puedo sentiros pero sólo cuando estáis cerca de mí. La sensación es completamente diferente, es una especie de vibración interior, pero la sentí en presencia de Gilgamesh y de nuevo cuando apareciste tú. En el mercado no recuerdo haberla notado pero probablemente estaba demasiado alterado para prestar atención.

—Un momento —dijo acercándose a mi—. ¿Sentiste la misma vibración en presencia del rey de Uruk?

—Sí, insistió en conocerme y pude sentir la vibración claramente cuando se acercó a mí. Y sí, sé lo que estas pensando y yo creo lo mismo. Nephilim.

—Esto es muy importante, hermano. Si aún puedes sentirnos cuando estamos cerca de ti significa que no todo está perdido. Tu espada te ha reconocido y por lo que veo se ha fusionado sin problemas con tu nuevo cuerpo. De alguna manera es cómo si

quedara en ti algo de tu esencia angélica. Por otro lado, si Gilgamesh insistió en conocerte y es un Nephilim, es probable que de alguna manera sospeche quién eres o que esté trabajando para quien quiera que te haya hecho esto.

—¿Quien me haya hecho esto? ¿Acaso no esta claro quién me ha hecho esto? Sabes perfectamente que sólo nuestro padre puede quitar lo que nuestro padre entregó.

—No lo sabemos, Helel. ¿Qué razones podía tener padre para hacerte esto? A ti, que siempre fuiste su predilecto. No tiene ningún sentido.

—Hace muchísimo tiempo que ninguno de nosotros ha oído la voz de nuestro padre. Todo este tiempo hemos estado solos, guardianes de su obra, protectores del reino pero en última instancia solos. Tienes razón, yo fui su predilecto. Fui, tiempo pasado. Hace demasiado tiempo que nuestro padre no muestra su predilección por nadie ni por nada. Nos ha abandonado.

—!Basta Helel!— Su voz resonó en las paredes de roca a nuestro alrededor.

Puso sus manos sobre las mías cariñosamente y sentí cómo mi rabia interior se calmaba inmediatamente.

—Sé cómo debes sentirte —continuó—. Entiendo la rabia y la angustia de no saber por qué te ocurre todo esto pero creo que buscas a tu enemigo demasiado arriba.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes que muchos de nuestros hermanos se han tomado demasiado en serio ese rol de guardianes del que hablabas antes. En algunos casos el guardián se ha creído el papel de señor de la casa. Eres consciente de que tu constante defensa del ser humano ha molestado a muchos de aquellos que creen que ellos son el único error de la creación de nuestro padre y se creen con autoridad suficiente para corregir ese error.

—Eridu.

—Exacto. Tu defensa de aquella ciudad en contra de aquellos que querían su destrucción completa no te ayudó.

—Aquel castigo era injusto e innecesario y contrario a lo que nuestro padre habría querido.

—Puede ser Helel, pero el erigirte en el interprete de la voluntad de nuestro padre es lo que allanó el terreno para aquellos que estaban interesados en eliminarte. ¿No lo entiendes? Tu juicio y todo lo que lo rodeó fue sólo una pantomima para poder eliminarte.

De repente las imágenes del juicio volvieron a mi cabeza y el dolor de aceptar lo que siempre había sabido fue como volver a

caer. Eridu era una ciudad gobernada por un consejo de ancianos demasiado viejos o demasiado ricos para interesarse en la espiral de depravación en la que su ciudad había entrado. Los más bajos instintos se habían apoderado de la ciudad que era un centro de prostitución, venta de esclavos, asesinato y toda clase de vicio y perversión. Algunos de mis hermanos consideraban que la ciudad no podía ser redimida y que debía ser eliminada junto con todos sus habitantes. Mi oposición al castigo de la ciudad fue aprovechada para justificar que fuera llevado a juicio frente a los arcángeles por pretender ser el único conocedor de la voluntad de nuestro padre. Siempre había sabido que tras mi juicio había algún tipo de interés oculto pero Abaddon lo confirmaba con sus palabras.

—Pero, ¿a quién podría beneficiar que yo fuera llevado a juicio y amonestado públicamente? No lo entiendo.

—El objetivo nunca fue que fueras amonestado públicamente. El objetivo del juicio es que fueras sentenciado a muerte y, en caso de no conseguirlo, los guardias de la prisión tenían como misión asegurarse de tu desaparición. Uno de los guardias había sido mi alumno durante su entrenamiento como miembro del ejercito celestial y me lo confesó justo antes de que los guardias fueran a buscarte a tu celda. Llegué tan rápido como pude pero tu habías logrado escapar por tus propios medios y no pude encontrarte. La historia que se hizo circular más tarde fue que estabas confabulado con demonios de alto nivel para asestar un golpe de estado en los cielos y usurpar el lugar de nuestro padre. Tu huida y el hecho de que no pudiéramos oírte se consideró la prueba definitiva de tu culpabilidad.

Las palabras de Abaddon, a pesar de no ser una sorpresa total, fueron otro duro golpe. No solo había perdido lo más preciado que tenía, mi alma, sino que era considerado un traidor y un paria entre aquellos que habían sido mis familia. Y toda aquella red de mentiras tejida en torno mío había sido manipulada por alguien de esa familia, alguien a quien yo había llamado hermano.

—Lo siento —dijo Abaddon al ver mi rostro— Sabes que nada querría más que ser el portador de buenas nuevas pero creo que es importante que sepas todo esto para que puedas comenzar desaparecer.

—¿Desaparecer?

—Por supuesto Helel. Aquí no estas seguro. Del mismo modo que yo te he encontrado pueden hacerlo otros y eso sería tu fin. Con tu cuerpo humano no puedes enfrentarte a un ángel. Debes abandonar este lugar, esconderte, dejar de existir. El Helel que

hemos conocido no puede volver jamás. Hermano, debes aceptar tu situación como algo irremediable y vivir, eso es lo más importante. ¡Vive!

—No puedo entender que me digas esto —dije sin dar crédito a sus palabras—El alma, por ser un don de nuestro padre, no puede ser destruida. Existe en algún lugar y es necesario que la encuentre. Recuperar mi alma es mi única oportunidad, Abaddon

—Sé que lo que te digo no es fácil de aceptar pero debes hacerlo, es la única salida. Por tu seguridad y la de los humanos con los que vives ahora. ¿Qué crees que les pasará a ellos si nuestros hermanos te encuentran? Por el amor que nos une te lo ruego, ¡huye!

La imagen que se formó en mi cabeza fue terrible. La casa destruida y Armesh y toda su familia muertos. Yo sabía que era Abaddon quien estaba induciendo esa imagen en mi, él quería que yo fuera consciente de las posibles consecuencias de mi permanencia en casa de Armesh.

—Lo siento —dijo— pero creo que es importante que seas consciente de la realidad, de tu realidad—. Se acercó más a mí y me agarró por los hombros mirándome fijamente a los ojos. —Vive hermano, aunque sea como hombre, aunque sea escondido pero vive.

—¿No volveré a verte, verdad?

— No. Lo siento pero no puede ser, no puedo ponerte aún en más peligro.

Una parte de mi se murió en aquel momento. Abaddon era lo único que por un momento me había hecho recordar quién era, quién había sido y ahora debía perderlo nuevamente por la seguridad de aquellos que habían sido amables conmigo y la mía misma. Se inclinó sobre mí cubriéndome nuevamente con sus alas y besó mis labios con ternura. Mis ojos se cerraron y cuando volví a abrirlos me encontraba de nuevo en el patio de la casa. El sol empezaba a salir y la luz era completamente diferente a la de la noche anterior. Abaddon ya no estaba. Me giré para dirigirme a mi habitación y me encontré frente a frente con Suriath. Sus ojos me miraban fijamente pero me era imposible adivinar lo que había tras ellos. Su rostro impenetrable, rígido como una estatua. Era muy fácil averiguar que sin duda de joven había sido una mujer muy hermosa.

—Sabes lo que soy, ¿verdad? —pregunté sin rodeos.

—Sé lo que eras, lo supe mucho antes de que llegaras a esta casa. No se aún en que te has convertido.

La sinceridad de sus palabras fue reconfortante. Si había algo que no necesitaba ahora mismo era más falsedad y engaño.

—Ya somos dos —respondí con la misma sinceridad mientras echaba a andar hacia mi cuarto.

Al pasar a su lado ella me cogió el brazo y pude ver que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Sólo te pido una cosa. Si queda algo de aquello que fuiste en ti prométeme que pase lo que pase protegerás a mis hijas.

Su extraña petición y sus ojos me generaron una gran preocupación.

—¿Qué ocurre, Suriath? ¿Qué has visto?

—Sólo prométemelo, te lo ruego.

En aquel momento, mirando sus ojos llenos de lágrimas, lleno de miedo por lo que ella pudiera haber visto, sólo había una respuesta que podía dar.

—Te lo prometo.

Yo no lo sabía pero aquella promesa marcaría el resto de mi vida entre vosotros.

6
Llamas

Abbadon no volvió. Yo sabía que no lo haría pero no por ello su ausencia fue más fácil. Sus palabras resonaron en mi cabeza de forma constante durante varios meses pero lejos de ayudarme a seguir su consejo de vivir como un humano un único deseo fue creciendo en mi interior, y encontrar mi alma, recuperar mi lugar y vengarme de aquellos que me habían convertido en lo que ahora era se convirtieron para mi en una obsesión de la que no podía escapar. No podía concebir que mi alma hubiera desaparecido, que mi padre al que había venerado desde mi creación, aquél que me había dicho que yo era su hijo predilecto y al que yo había creído fielmente me hubiera hecho aquello. Y el dolor era aún mayor por la imposibilidad de preguntarle el por qué de aquel castigo, de aquella condena inexplicable. El por qué de su abandono.

En mi agonía me vi pronto doblegado a la voluntad de la fuerza más imparable de la existencia humana, el tiempo. Nuestras vidas se fueron plegando al paso imparable de los días, meses y años sin que apenas me diera cuenta y con cada momento una parte de mi se volvía más humana. Poco a poco mi ansiedad por recuperar mi vida pasada se fue perdiendo en la levedad de mis días entre vosotros y me dejé arrastrar por mi nueva realidad y la preocupación por adaptarme, por ser cada vez un poco más lo que era arrastrado por las mismas vías de los que me rodeaban que avanzaban sin descanso. Sadith se marchó al templo dejando atrás las lágrimas de toda la casa y el silencio llenó todas las habitaciones por algún tiempo. Poco a poco su espacio se fue llenando con nuevas rutinas,

tareas y preocupaciones pero su recuerdo nunca se borró. La noticias de Accad no eran tan frecuentes como todos hubiéramos deseado pero los hermanos de Suriath se encargaban de enviar mensajes siempre que una caravana venía a Uruk o pasaba cerca. Por ellos supimos que ellos tampoco veían mucho a Sadith. La niña había empezado a vivir en el templo de Ishtar poco después de su llegada a Accad como estaba planeado y, excepto en fiestas señaladas en las que podía visitar a sus tíos y tías en la ciudad, su vida estaba ahora al cuidado de las sacerdotisas de la diosa. Suriath parecía aceptar la situación con resignación, conocedora como era de lo que su hija estaba viviendo. Para Armesh, sin embargo, era mucho más difícil y se quejaba frecuentemente de la falta de noticias de su pequeña.

Por mi parte, fui poco a poco integrándome cada vez más en la vida de la familia de Armesh e incluso en sus negocios. A fin de mantenerme ocupado, y convencido de que eso me ayudaría a recuperar la memoria que el creía perdida, Armesh me llevaba con él en sus viajes a la ciudad, a tratar con los comerciantes o a visitar sus terrenos de pastoreo. Yo sentía que Armesh había reemplazado en cierta forma a Sadith conmigo y empezaba a tratarme como el hijo que no había tenido. Lejos de molestarme, aquella situación contribuyó a que me relajase, que me centrase en el día a día y que dejara de preocuparme por lo que me había ocurrido. No podía darme cuenta entonces pero poco a poco yo también estaba aceptando ese nuevo papel que Armesh, consciente o no, me estaba dando. Con el tiempo Armesh logró convencer a Gilgamesh y sus consejeros de que no constituía un peligro para Uruk o sus habitantes y me fue concedido permiso para moverme sólo por la ciudad y la propiedades de Armesh. Yo sabía que sólo era una libertad aparente y los ojos que Gilgamesh tenía en la ciudad sin duda me vigilaban de cerca pero, aún así, agradecía el cambio. Empecé a supervisar el trabajo de los criados, la cría de ganado y las negociaciones con los comerciantes de la ciudad. Armesh me guiaba a cada paso enseñándome lo que sabía y yo aprendía rápido para orgullo de mi maestro.

En los años que siguieron a la visita de Abbadon no tuve ningún tipo de visión o recuerdo que me ayudara a aclarar el por qué de lo que me había ocurrido o como podía arreglarlo pero sí había notado cambios en mi. El hecho de poder circular libremente me había dado la posibilidad de, en mis desplazamientos a los campos de cultivo y pastoreo de Armesh, encontrar tiempo para practicar con mi espada en lugares apartados donde no corría el riesgo de

que nadie me viera. Al principio me sentía oxidado, mis movimientos eran toscos y lentos debido a las limitaciones de mi cuerpo humano pero, poco a poco, la práctica los volvió más fluidos y rápidos y, aunque no podía pretender ser tan veloz como en mi anterior vida, era evidente que mis reflejos y mi fuerza estaban más allá de lo vosotros habríais considerado normal. Y lo que era mejor, no sabía de ningún humano que pudiera volar. Al haber perdido mis alas había perdido la capacidad de elevarme pero la había sustituido algo especialmente útil. Uno de los días que estaba practicando con mi espada, al hacerla girar para asestar un golpe seco, la espada resbaló de mis manos y salió disparada como una saeta. Mi cuerpo reaccionó de forma refleja y de repente me encontré a doscientos metros de mi ubicación original con la espada nuevamente en mi mano. De alguna forma mi cuerpo me había permitido transportarme al punto donde se encontraba mi espada y atraparla al vuelo. La emoción de lo que acababa de pasar me desbordó en aquel momento y me puse a chillar y saltar como un loco. Afortunadamente, nadie pudo verme. Aquel descubrimiento fue una nueva inyección de esperanza que abría la puerta a la posibilidad casi olvidada de que algún día volviera a ser el que fui. Pasé los siguientes días practicando mi nueva habilidad. Al principio frustrado porque no era capaz de controlarlo conscientemente hasta que poco a poco mi cuerpo empezó a responder a mis deseos y progresivamente pude ir aumentando la distancia que recorría. Durante varios días necesité tener visibilidad del lugar al que deseaba transportarme pero poco a poco fui mejorando y sólo necesité visualizar en mi mente dónde quería estar para aparecer allí. Eso sí, debían ser sitios que conociese para poder visualizarlos correctamente sin riesgo de acabar empotrado en una pared. Distancias que para un humano habrían significado varias horas de camino eran apenas un suspiro para mi. Mi nueva habilidad me llenaba de felicidad y me hacía recuperar el orgullo que una vez tuve, el orgullo de ángel. Así como algunas de las facetas de ser humano habían empezado a hacerme muy feliz, una parte de mi aún se regocijaba sabiendo que no era completamente como vosotros, completamente hombre.

Pero yo no era el único que estaba descubriendo nuevos talentos. En los meses siguientes a la partida de Sadith se hizo evidente que las habilidades de Liliath estaban creciendo. Sus capacidades predictivas eran cada vez mayores y las visiones eran cada vez más acertadas y detalladas. Si al principio las visiones sólo se manifestaban en sus sueños ahora mostraba un nivel de control

sobre ellas mucho mayor y era capaz de provocarlas a voluntad en muchas ocasiones. Al principio usaba el agua como conductor como había visto hacer a su madre y su hermana pero pronto fue evidente que su poder para visualizar lo que iba a ocurrir era mucho mayor que el de ellas y dejó de usar la superficie del agua para ver. A la par que sus poderes se fue desarrollando una confianza entre nosotros, quizá promovida por el hecho de que éramos en cierta forma dos inadaptados, dos criaturas diferentes a todos los que nos rodeaban y sabíamos que sólo el otro podría entender por lo que cada uno estaba pasando y, si bien yo no podía explicarle nada de la visita de Abaddon y sus palabras para no ponerla en peligro, al menos sí pude compartir con ella mis nuevos logros con la espada y con mi poco común manera de transportarme. Por su parte, cada día ella me contaba cómo sus visiones mejoraban y ella se sentía cada día más segura con sus habilidades. Desafortunadamente, otras capacidades mucho más peligrosas se despertaron también en ella y fue la desgracia quien tuvo que asestar un golpe a la familia de Armesh para que todos nos diéramos cuenta.

Liliath había crecido y había dejado atrás la niña que conocí el día que desperté en la casa de Armesh para convertirse en una preciosa mujer con un corazón tan ardiente como el color de su pelo. Desgraciadamente el control sobre sus propias emociones era una de sus debilidades. Ninguno éramos ajenos a estos cambios y habíamos notado que cuando algo le molestaba o simplemente no se hacía como ella deseaba el criado responsable recibía todo tipo de abusos verbales y físicos hasta el punto que los criados de la casa, aquellos que la habían cuidado de ella desde su nacimiento, hacían todo lo posible por evitarla y por no hacer nada que pudiera ofenderla en lo más mínimo. Armesh siempre había sido la mano gentil que intervenía a tiempo para evitar que los arranques de aquella hermosa tirana llegaran a mayores pero nunca les dio demasiada importancia, ni siquiera cuando Suriath le indicó cuán preocupada estaba por este cambio de actitud de su ya no tan pequeña niña. Armesh siempre replicaba que su carácter se suavizaría cuando tuviera un marido y su propia familia y eso precisamente es lo que le llevó a aceptar la invitación de unos familiares lejanos que celebraban la boda de su hijo en una aldea cerca de Ur. Aún me sorprende cómo un acto inocente y bienintencionado como aquel pudo desencadenar tanto dolor y lágrimas en los años venideros.

Suriath intentó convencerle por todos los medios de lo innecesario de aquel viaje pero él estaba convencido de que aquella

fiesta, llena de familia y amigos, era el lugar perfecto para empezar a buscar un marido para Liliath. Y así, una mañana fría de principios de primavera, nos encaminamos hacia aquella boda dejando la casa a cargo de algunos de los criados de mayor confianza de Armesh. Nuestra caravana era tan pequeña y discreta como pudo ser teniendo en cuenta la ocasión, dos carros tirados por mulas y tres camellos. Cinco criados nos acompañaban y se ocupaban de todo lo que pudiéramos necesitar así como de montar las tiendas al anochecer y preparar la comida. Además, dos de ellos eran expertos espadachines que garantizaban nuestra seguridad durante el corto viaje de dos días. Los carros transportaban todos los utensilios necesarios para el viaje, los regalos para los novios y los arcones que contenían los seis trajes bordados en plata y joyas que Liliath debería vestir durante los tres días de celebración. Armesh no había dudado en movilizar todo lo necesario para que su hija brillara por encima de todas las otras muchachas.

El viaje fue extremadamente placentero para mí porque me dio la oportunidad de pasar más tiempo con Liliath. Cada minuto a su lado se había convertido en una especie de bálsamo que hacía mi existencia llevadera y su risa era capaz de provocarme la mayor alegría en el día más oscuro. Nuestra peregrinación transcurrió sin incidencias y llegamos a la aldea la mañana del tercer día a tiempo de saludar a los novios y sus familias y de que Liliath se vistiese para el inicio de las celebraciones. Ella como todas las otras jóvenes solteras de las familias invitadas ocuparían un lugar privilegiado en el banquete dónde todo el mundo pudiera verlas y desde donde pudieran captar la atención de potenciales maridos y sus familias. Y precisamente esa atención tan deseada por Armesh fue el principio del fin.

Desde el primer momento estuvo claro que Liliath era la joven más hermosa de la fiesta. Suriath había sabido escoger los colores de los vestidos que Liliath llevaría durante la boda con suma atención para asegurarse que los atributos de su hija destacarían adecuadamente. Y en verdad no pudo hacerlo mejor. La familia del novio había preparado una gran tienda para acoger a todos los invitados durante las celebraciones. El interior era cálido gracias a unos hornillos repartidos estratégicamente y que evitaban que el frío nocturno que soplaba desde el desierto llegara al interior. Cojines y mesas bajas se habían distribuido por toda la tienda y estaban llenas de comida que endulzaba el ambiente con sus olores y jarras de vino para alegrar los espíritus. El suelo se había cubierto con alfombras y esteras y los criados estaban pendientes de

cualquier necesidad de los invitados mientras las familias de los novios ejercían su papel de anfitriones. Al fondo de la tienda, una pequeña estructura de madera cubierta de cojines señalaba el lugar donde las jóvenes debían sentarse junto a la novia para que todo el mundo pudiera verlas. Cuando Liliath entró en la tienda aquella noche con su primer vestido todo el mundo emitió un murmullo de exclamación. Todas la muchachas casaderas habían hecho el mayor esfuerzo para estar hermosas pero ninguna de ellas se acercaba siquiera a la luz que ella desprendía. El vestido de color azul cobalto bordado en plata elegido por Suriath contrastaba de tal manera con su cabellera roja que parecía que su rostro estuviera rodeado de llamas. Sus ojos pintados con Kohol parecían un mar profundo donde cada hombre de la sala querría sumergirse y sus labios eran el fruto más deseado de cuantos había en la fiesta. Era una visión llena de magia. Una magia a la que descubrí que yo tampoco era inmune.

Pronto fue obvio que Liliath había captado la atención de los hombres de la fiesta, en particular la de los familiares del novio, un grupo de ocho hombres, algunos de ellos ya casados y que claramente estaban bebiendo más vino del que sus cuerpos podían tolerar. Yo me encontraba con Armesh y Suriath en la otra punta de la tienda con los invitados de la novia y la situación me estaba poniendo cada vez más nervioso sabiendo cómo sabía lo bajo puede caer el ser humano cuando se intoxica de aquella manera. De repente empezó a producirse movimiento y mis sentidos se dispararon en alerta. Algunos de los amigos del novio se colocaron en el centro de la tienda intentando bloquear nuestra visión del lateral donde las muchachas estaban sentadas. En un segundo, vi como uno de los amigos del novio se dirigía hacia las muchachas y agarraba a Liliath del brazo levantándola a la fuerza del grupo donde se encontraba. El resto de la muchachas gritaron y Armesh se giró inmediatamente para ver como el hombre intentaba arrastrar a Liliath al exterior de la tienda. Los dos hombres que nos acompañaban sacaron sus espadas e intentaron llegar hasta ellos pero los otros dos hombres que se habían situado en el medio de la tienda lograron detenerles. La conmoción se extendió por la tienda e hizo que todo el mundo intentara alejarse de lo que estaba ocurriendo haciendo aún más difícil para nosotros llegar hasta Liliath que gritaba pidiendo que la soltara. El hombre gritaba con su voz de borracho que la soltaría cuando acabase con ella para que volviera con su madre mientras la arrastraba aún más hacia la salida posterior de la tienda. El caos en el interior de la tienda era

completo y varias peleas habían comenzado al mismo tiempo entre los invitados aumentando la confusión. Entonces ocurrió. En apenas unos segundos el hombre voló por el interior de la tienda hasta golpear uno de los postes no una sino hasta tres veces. Cuando finalmente cayó al suelo, pude ver como los ojos de Liliath le miraban con un odio intenso como nunca había visto en ella e inmediatamente los ropajes del hombre ardieron con unas llamas tan intensas que le convirtieron en una bola de fuego. El hombre se agitaba y gritaba de una forma terrible mientras las llamas le devoraban pero la rapidez con la que cubrieron su cuerpo hizo imposible toda ayuda. En el rostro de Liliath una sonrisa fría como el hielo fue lo último que tanto Armesh como yo pudimos ver. El fuego se extendió rápidamente al resto de la tienda y generó una oleada de pánico que culminó en una estampida de cuerpos que querían abandonarla. En medio del caos conseguí abrirme paso a empujones hasta Liliath. Cuando llegué a ella sus ojos me miraron sin reconocerme. Sin perder tiempo, la cogí en mis brazos y salí con ella por la parte posterior de la tienda justo antes de que la tienda se desplomase ardiendo sobre los pobres desgraciados que aún estaban en su interior.

Una vez fuera, Suriath y Armesh llegaron hasta nosotros gritando y preguntando a Liliath si estaba bien. Armesh quiso volver a por la gente que había quedado atrapada dentro de la tienda pero le retuve porque la tienda era ahora una bola de fuego y nadie que estuviera en su interior podía haber sobrevivido. Armesh miraba la tienda horrorizado hasta que, de repente, desapareció y retornó unos minutos más tarde con sus criados.

—Nos vamos —dijo muy serio.

—Armesh, debemos asegurarnos que Liliath está bien —replicó Suriath—. Déjame al menos que...

—Si no nos vamos ahora mismo pronto alguien querrá hacer pagar a Liliath por lo que ha ocurrido, mujer.

La mirada que acompañó a aquella frase fue suficiente para que Suriath y yo mismo comprendiésemos a qué se refería. Y así, como asesinos en la noche, abandonamos la boda de vuelta a Uruk.

El viaje de retorno fue horrible para todos. El miedo a que nos persiguieran hizo que Armesh nos obligara a viajar de noche y de día, sin descanso, tratando de recorrer el camino de vuelta a la seguridad de Uruk tan rápido como fue posible. En los breves descansos que Armesh nos permitía enviaba a sus criados a las aldeas próximas tratando de recoger noticias que nos indicaran si se había enviado algún grupo en nuestra persecución. Las noticias se

habían extendido tan rápido como el fuego en un campo seco. En todas las aldeas había rumores de lo que había ocurrido cerca de Ur. La historia era muy parecida en todas partes, un bruja había irrumpido en una boda matando a todos los invitados. A veces, la bruja era sustituida por un demonio con forma de mujer que había atraído a los hombres con sus juegos sexuales para finalmente matar a todos los invitados en un gran incendio. Alguna personas incluso juraban haber estado allí y haber visto al demonio salir caminando de entre las llamas. Afortunadamente el nombre de Liliath o su familia parecía no formar parte de la historia aún, aunque yo sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que algún invitado a la boda apuntara con su dedo en la dirección del culpable.

Mientras, Liliath parecía no sentirse afectada por lo ocurrido. Permaneció impasible durante todo el viaje, sin decir una palabra y en más de una ocasión la encontré sola, mirando al atardecer y con una sonrisa en la boca que por alguna razón me helaba la sangre. Todo cambió cuando llegamos a casa de Armesh. De repente, fue como si lo ocurrido en la boda no hubiese pasado jamás y tan pronto como puso un pie en su casa Liliath volvió a sonreír y a ser ella misma para alivio de Suriath. Por desgracia, no fue igual para Armesh. La noche de nuestra llegada la pasó completamente en vela y a la mañana siguiente le encontré en el patio, sentado en el mismo lugar donde le había visto la noche anterior antes de acostarme. Su cara era seria, tanto que no me atreví a molestarle a pesar de que sabía lo que debía estar pasando por su cabeza. A la incomprensión de lo ocurrido y el miedo de que se repitiera se sumaba el dilema de su responsabilidad. Como miembro del consejo, Armesh debía reportar cualquier situación o persona que pudiera constituir un riesgo para Uruk, aunque esa persona fuera su propia hija. De no hacerlo, se arriesgaba a que el consejo lo descubriera por otra vía y, en ese caso, no sólo no podría garantizar la seguridad de Liliath sino la de Suriath y la suya propia. Yo sólo podía imaginar lo duro que debía ser aquél momento para él. No existía decisión correcta, tomase el camino que tomase el daño a su familia era irremediable.Así que Armesh tomó la única decisión posible.

Uno de los criados vino a mi habitación aquella noche justo antes de que apagase mi luz para decirme que Armesh deseaba hablar conmigo urgentemente en la zona más alejada del jardín. A pesar de lo extraña de la petición, me vestí inmediatamente para ir a su encuentro. Cuando llegué al lugar que él había elegido me

estaba esperando con sólo un pequeño candil.

—Sígueme, hijo —dijo usando aquella palabra que nunca había usado antes conmigo.

Le seguí sin decir una palabra hasta uno de los muros del jardín. Allí, Armesh introdujo su mano tras uno de los arbustos y pude oír el ruido de una cerradura al abrirse.

—Entra, por favor —susurró apartándose para dejarme pasar.

Tras la puerta había unas escaleras que se hundían en la tierra y que llevaban a una sala donde alguien había encendido dos o tres candiles. La sala era pequeña y sólo tenía una mesa y un par de taburetes. En la mesa había un gran cuenco vacío y en la pared, un gran espejo de bronce pulido.

—Esta es la guarida de Suriath o, al menos, así es como a mi me gusta llamarla —dijo con una leve sonrisa—. Suriath dice que la usa para preparar sus pociones curativas pero yo se que en realidad es el lugar donde practicaba su visión con Sadith. Pero no le digas que yo lo sé —añadió sonriendo de nuevo.

—Armesh, ¿por qué todo esto? ¿Qué es tan grave que no podemos hablar a plena luz y en la casa?

—Mi buen amigo, desde que llegaste a esta casa te hemos acogido como uno más de nuestra familia. Yo mismo he empezado a ver en ti al hijo que nunca pude tener y confío en que tú sientas hacia nosotros el mismo amor que nosotros te tenemos.

—No puedo estar más agradecido por todo lo que tú y tu familia habéis hecho por mí, Armesh. Sin vosotros yo estaría muerto —dije tratando de no traer de nuevo a mi mente la imágenes de mi caída.

—Todo lo que hemos hecho por ti lo hemos hecho con todo nuestro cariño pero me temo que ahora soy yo quien necesita de tu ayuda, hijo mío.

Sus ojos se llenaron por un momento de lágrimas y ver a aquel hombre que para mi había significado la misma expresión de la fuerza, la serenidad y todo lo bueno que en un humano puede haber al borde mismo de derrumbarse hizo que mis ojos se inundaran también.

—Sólo dime lo que necesitas, Armesh —dije poniendo mi mano sobre la tuya.

Me miró fijamente por unos segundos hasta que finalmente pudo hablar.

—Quiero que te lleves a Liliath tan lejos de aquí como sea posible.

La petición me dejó sin palabras. Viendo mi indecisión Armesh continuó hablando.

—Tú sabes tan bien como yo que más tarde o más temprano las noticias de lo que pasó en la boda se extenderán hasta Uruk y llegarán a oídos de Gilgamesh y del consejo. Será una oportunidad perfecta para ciertos miembros del consejo de librarse de mí y apoderarse de todo lo que tengo con la excusa de que he ocultado algo que podía ser un riesgo para la ciudad y sus habitantes. Pero, no es eso lo que me preocupa, sino lo que le harán a ella. Si es acusada de brujería intentarán usarla como demostración del poder de Gilgamesh y castigarla públicamente. ¿Sabes lo que eso significa?

No necesitaba decirlo. Durante cientos de años había visto ejemplos terribles de lo que el ser humano puedo hacer con aquello que desconoce y teme. Brujas, hechiceros, videntes. Todos ellos eran tolerados mientras alguien los necesitaba. Hasta que se convertían en una amenaza real o imaginaria para alguien. Entonces el miedo alimentaba lo peor de la naturaleza humana, la crueldad, y convertía a familiares, amigos, vecinos en criaturas capaces de las acciones más terribles para eliminar la fuente de su temor.

—Puedo organizar una caravana hacia el oeste. Usando mis contactos no me será difícil hacer que sea creíble. Si os unís a esa caravana en unos días estaréis fuera del alcance del consejo. Una vez que llegues a destino no os faltará de nada, llevareis cartas de crédito de mi puño y letra que os permitirán vivir cómodamente.

—Armesh… — le interrumpí—. ¿Lo sabe ella?

El hombre levantó lentamente la cabeza y la tristeza en sus ojos era absoluta.

—No, no lo sabe. Y no debe saberlo.

—Pero ella nunca estará de acuerdo. Tan pronto como descubra lo que ocurre intentará volver aquí.

—Suriath se encargará de darle una poción para dormir. Cuando despierte estaréis demasiado lejos para intentar volver. A partir de ese momento tú serás responsable de su bienestar.

Se acercó a mí y sujetando mis manos me miró fijamente a los ojos.

—Amigo mío, Suriath y yo estamos en el otoño de nuestras vidas. Nuestras hijas apenas han empezado a vivir y no podemos permitir que nada les ocurra. Necesitamos de ti para proteger a Liliath, si fuera necesario, hasta de ella misma.

La pena que sentí por aquel hombre y aquella mujer en aquel momento era enorme. Ellos no había escogido aquella situación y sin embargo, la vida les obligaba a hacer el sacrificio máximo por el

bien de aquellos a los que amaban. Armesh no necesitaba decirme que tanto él como Suriath no volverían a ver a sus hijas y eso era algo de lo que eran conscientes. Una vez que el consejo descubriera que Liliath había desaparecido, Gilgamesh volcaría su rabia en aquellos que quedaban atrás.

—Armesh, venid con nosotros. No hay ninguna razón por la que no podamos huir todos juntos.

—No muchacho, los dos sabemos que eso no puede ser. Una vez que la caravana haya partido yo me presentaré ante el consejo y les convenceré de que quiero entregar a Liliath pero que necesito traerla de vuelta del lugar donde esta escondida. Eso os dará al menos un par de días de margen.

—Veo que tienes todo pensado pero...¿puedo preguntarte por qué yo?

Armesh se levantó y miró en el espejo de cobre dándome la espalda. Su voz cambió cuando me habló de nuevo.

—De nada sirve negarnos lo que los dos vimos en la boda, Helel. Liliath tiene un gran poder, uno que no es capaz de controlar, y ese poder puede ser una bendición o todo lo contrario. Liliath es mi hija y daría mi vida por ella pero los dos sabemos que lo que le pasó a aquel hombre no fue un accidente. Fue Liliath quien lo provocó, de forma consciente y me da miedo pensar que...lo disfrutó. No se qué se apoderó de ella en aquel momento pero no puedo quitarme de la cabeza su sonrisa mientras aquel hombre gritaba en agonía —dijo poniendo su rostro entre sus manos. Se giró para mirarme fijamente antes de continuar. —Mi hija es una criatura poderosa que se encuentra en una situación que no puede controlar y apenas puede comprender. Sólo una criatura de igual poder que se encuentre en la misma situación puede ayudarla.

Aquellas palabras me paralizaron. Sus ojos se clavaron en mi atravesándome pero no había rabia en ellos sólo comprensión y una gran necesidad de ayuda. Intenté hablar pero Armesh no me dejó.

—No, no digas nada. No es necesario. Supongo que te estás preguntando cómo lo he sabido. La bendiciones de mi familia son grandes, Helel. Tu llegada a esta casa nunca fue inesperada. Sadith predijo en sus sueños días antes de que te encontráramos en el desierto que el poder del cielo vendría a nuestra casa. Cuando los sirvientes te encontraron no tuve duda alguna de que se trataba de ti y que, nuestro destino, el de toda mi familia, era acogerte y ayudarte. En la medida de mis posibilidades eso exactamente es lo que he intentado hacer. Hoy soy yo quien necesita de ti, hijo mío.

Armesh había hecho mucho más que ayudarme. Si yo estaba

vivo aunque fuera en un cuerpo humano era gracias a él y a su familia pero además, su amor y cariño le habían dado un sentido a una vida que no lo tenía. Por sus palabras deduje que Liliath nunca le había contado los detalles de su visión y que la visión de Sadith, tal y cómo Liliath me había dicho, era sólo parcial pero no creía que eso hubiera marcado una diferencia. El corazón de aquel hombre era tan grande y tan desprendido que ni por un momento podía dudar que, aunque hubiera sabido exactamente a qué poder del cielo se refería Sadith en su visión, me habría acogido y ayudado de la misma manera. Yo que había sido abandonado por mi familia y expulsado de mi casa había encontrado un hogar y amor incondicional en la familia de Armesh y eso era algo que ahora tenía la oportunidad de pagar.

—Haré lo que sea necesario para ayudaros Armesh...padre —dije sin dudar, y Armesh me abrazó con fuerza llorando en mis brazos.

Acordamos que partiríamos la noche siguiente y que el arreglaría todo lo necesario para nuestra partida y hablaría con Suriath para asegurarse de que Liliath tomaba el sedativo sin sospechar nada. De vuelta en mi habitación no pude dormir durante varias horas. La idea de pasar más tiempo a solas con Liliath me hacía enormemente feliz y, dadas las circunstancias, me sentía mal por ello pero no podía dejar de pensar en sus ojos y en su pelo, rojo como la llamas que abrasaron a aquel hombre en la boda. Y con la imagen de ese fuego intenso, finalmente me dormí aunque mi sueño no duró.

Me despertaron los gritos en la casa. Me levanté tan deprisa como pude y corrí hacía el origen del sonido. Encontré a Suriath y a dos de las sirvientas de la casa en el patio, junto a la fuente, llorando desconsoladamente. Creo que adiviné lo que ocurría antes que me lo dijesen.

—¿Qué ha pasado?

—Los soldados de Gilgamesh vinieron esta mañana al amanecer, se han llevado a Armesh y a Liliath. Alguien ha denunciado lo que pasó en la boda. El consejo quiere interrogarles a ambos.

Sentí como una parte de mí se derrumbaba, la huída que Armesh había preparado tan arduamente tenía una razón de ser después de todo, pero había llegado demasiado tarde.

—¿A dónde se los han llevado, Suriath? Iré tras ellos, no podemos dejarles solos, el consejo entenderá si les explicamos lo ocurrido. Podemos acudir como testigos.

—Eso sólo empeoraría las cosas Helel. El consejo de la ciudad es todopoderoso. Sólo Gilgamesh está por encima de ellos. No te

dejarán entrar en el interrogatorio y hasta es posible que te detengan junto con ellos. Por mucho que me duela decir esto, debemos esperar. Armesh sabrá defenderse y defender a nuestra hija delante del consejo y debemos confiar en él.

—Pero, tiene que haber algo que podamos hacer. No puedo entender que te quedes parada, sin hacer nada —dije en un tono más agresivo del que era mi intención.

Los ojos de Suriath ardieron de furia pero su voz resonó helada en el patio.

—Son mi marido y mi hija de los que estamos hablando y tú respetarás mi decisión como señora de la casa mientras vivas bajo nuestro techo. No sabes nada de nuestras tradiciones ni de las maneras de nuestra gente así que te recomiendo que sigas las indicaciones de aquellos que ven más allá que tú.

Pude leer inmediatamente entre las líneas de aquel discurso. Suriath me estaba diciendo claramente que era su visión la que le indicaba que debíamos esperar, y yo no dije una palabra más. El día fue eterno, las horas parecían pasar con una lentitud exasperante y cada vez que oía un ruido en la casa salía al patio esperando encontrar a alguien con noticias de Armesh y Liliath. Pero no recibimos ninguna nueva en todo el día. Finalmente, cuando el sol se estaba empezando a poner, oí la voz de Liliath en el patio y salí corriendo. Armesh y Liliath estaban hablando con Suriath. El hombre parecía agotado y estaba abrazando a su esposa que, ahora sí, lloraba profusamente pero esta vez por la alegría del reencuentro.

Liliath vino corriendo hacía mí en cuanto me vio. Para mi sorpresa estaba eufórica.

—¡Helel, Helel! Está todo arreglado —dijo con una sonrisa como no le había visto jamás.

—No entiendo —respondí confuso.

Armesh se giró para verme y se acercó hasta mí para abrazarme.

—¡Mi buen amigo!

—Armesh, ¿qué ha ocurrido?¿Qué ha dicho el consejo?

—Han retirado todos los cargos —dijo Liliath sin dejar hablar a su padre—. Está todo olvidado. Y van a llevarme al templo. ¿No te parece maravilloso?

Miré a Armesh sin comprender a qué se refería Liliath.

—Sentémonos —dijo mientras se apoyaba en el borde de la fuente—. El consejo quería conocer nuestra versión de lo ocurrido en la boda. Uno de los invitados ha interpuesto una denuncia contra nosotros acusando a Liliath de brujería. Es una acusación muy seria

en esta ciudad y el consejo quería evaluar hasta qué punto era verdad y si Liliath podía constituir un riesgo para la ciudad, tal y cómo yo esperaba.

—¿Qué les habeis contado?

—La verdad. No podíamos hacer otra cosa. Recuerda que ya tienen una versión de lo ocurrido. Contar una historia completamente diferente no nos habría ayudado. Les explicamos que lo ocurrido era verdad pero que no se trataba de ningún acto de brujería consciente, que no sabíamos que Liliath tenía este poder y que ella es la primera que no sabe qué lo originó ni cómo controlarlo.

—Pero eso mismo es lo que la convierte a sus ojos en un riesgo incontrolable.

—Eso es lo que yo creía pero Arpasetaj intervino de una manera muy elocuente en defensa de Liliath.

—¿Arpasetaj?

—Sí, yo fui el primer sorprendido hasta que propuso su solución y pude comprender su estrategia.

—¿Solución? ¿Qué solución? —pregunté creyendo entender lo que Liliath acababa de decir respecto del templo.

—Arpasetaj no es idiota como no lo es tampoco Gilgamesh. Ellos ven en Liliath una ventaja estratégica para la ciudad si son capaces de controlar y utilizar su poder. Pero para ello, necesitan tenerla bajo su manto. La propuesta de Arpasetaj es que Liliath pase a estudiar en el templo de Inanna con los sacerdotes y que estos la ayuden a explorar y controlar sus capacidades.

—Es decir, convertirla en una marioneta.

—Yo no soy ninguna marioneta, Helel —replicó Liliath enfadada —. Mi padre y tú tenéis la misma mentalidad cerrada y no sois capaces de ver lo que esto puede significar para mí. Me han ofrecido la posibilidad de incorporarme al templo, de desarrollar mi poder al máximo. ¿Cuál es el problema con ello? Es la envidia la que os hace ver dobles intenciones donde no las hay.

La mano de Suriath voló directa a la cara de Liliath y el golpe sonó en todo el patio.

—¡Respeta a tu padre!

Los ojos de Liliath le devolvieron una mirada como nunca había visto en ella, llena de odio, de rabia y, aunque ellos no podían verlo, llena de poder, pero no dijo una palabra, tan sólo se giró y se dirigió al jardín.

—Ella no lo entiende. Arpasetaj ha sabido regalarle el oído con las grandes cosas que puede llegar a hacer y cuán grande es su

poder y me temo que ella está deslumbrada por todo lo que eso significa. ¡Si la hubierais visto en el consejo! No era la niña tímida que hubiéramos esperado. Allí, delante de aquellos hombres, explicando lo ocurrido parecía que estuviera por encima de todos nosotros, como si algo hubiera despertado en ella, algo magnífico pero, al mismo tiempo, algo terrible. Te juro, hijo mío, que ha habido momentos en los que no estaba seguro si la que estaba allí frente a mi era mi hija...o algo más.

Los ojos de Armesh me mostraron por primera vez algo que no había visto en ellos desde mi llegada a su casa, miedo. Un miedo a algo desconocido y que sabía que no podía controlar. Y aunque en ese momento no lo podíamos saber, ese miedo era algo que todos íbamos a compartir.

Dejé a Armesh con Suriath y me dirigí al jardín en busca de Liliath. Sabía exactamente dónde podía encontrarla y no me equivoqué. Estaba en su pequeño escondite en la pared.

—¿Quieres compañía? —pregunté.

—Si vienes por orden de mi padre a convencerme de lo peligroso de todo esto, puedes ahorrártelo.

—Nada más lejos de mi intención. Sólo quería asegurarme de que estás bien.

—¡Estoy mejor que bien, Helel! Desde que nací mi existencia ha venido dirigida por lo que mi padre ha querido o no para mí. Se me negó la posibilidad de ir al templo de Ishtar como mi hermana porque mi destino era ser educada para ser la mujer perfecta, devota de mi marido y madre de muchos hijos. Por primera vez tengo la posibilidad de alcanzar lo que verdaderamente deseo.

—¿Y qué es lo que deseas, Liliath?

—Poder para hacer mi voluntad, para no ser una esclava de la voluntad de ningún hombre.

—Pero, ¿no ves que eso es precisamente lo que pasará? Pasarás a ser una marioneta de Arpasetaj y los sacerdotes del templo. A ellos sólo les interesan tus habilidades y te usarán para sus propósitos sin que tengas opción a réplica.

—¿Acaso crees que no se cuáles son sus intenciones? —dijo con una sonrisa. Pero yo voy un paso por delante de ellos. Tú has visto lo que puedo hacer. Y eso es sólo el principio, Helel. Siento como el poder crece en mí y con su ayuda puedo aprender a controlarlo y hacerlo aún más grande. Y entonces, cuando haya obtenido todo lo que necesito de ellos, cuando sea invencible, deja que intenten pararme.

Sus palabras sonaron decididas, sin temblor en su voz ni dudas.

La niña tímida que había sido había desaparecido para dar lugar a una mujer segura, ambiciosa y, aún entonces, podía sentir que extremadamente poderosa. Sus ojos como el hielo me miraban atravesándome pero no era frialdad lo que provocaban en mi sino un fuego intenso que sentía que me devoraba por dentro. Por la forma en que sostenía mi mirada sabía que ella también lo notaba, con el tiempo he llegado a creer que ella sabía lo que provocaba, que incluso deseaba hacerlo. Se acercó hasta mi lentamente sin desviar sus ojos de los míos y su voz se convirtió en un susurro.

—Basta de hablar de lo que yo deseo, Helel. La pregunta es, ¿qué deseas tú?

Sus labios se unieron a los míos y noté como su lengua entraba en mi boca y jugaba con la mía. Todo mi cuerpo se abandonó a ella sin remedio. Y ahí, en ese jardín, con un sólo beso, se apoderó de mí.

7
Traición

Los siguientes meses pasaron muy rápido y trajeron algo parecido a la felicidad para todos. Liliath era feliz con el tiempo cada vez más largo que pasaba a diario en el templo, yo era feliz con Liliath y Armesh era feliz con nuestra relación que había sido el secreto peor guardado de la historia. El hecho de que él supiera de nuestro amor y lo aprobara hizo que no tuviéramos que escondernos más pero aquello no le quitó ni un ápice de intensidad a nuestros encuentros. Cada día Liliath volvía del templo con una nueva habilidad. Su control sobre los elementos era ahora completo y era capaz de doblegar la naturaleza a voluntad haciendo crecer las plantas más hermosas donde y cuando deseaba o haciendo que los animales siguieran sus órdenes. Sus capacidades de visión también habían crecido y eran ahora voluntarias, algo de lo que Gilgamesh supo sacar beneficio político y militar sin que a ella pareciese importarle. Disfrutaba de la oportunidad de demostrar su poder en público y de saber que ese poder le garantizaba alguna forma de superioridad aunque fuera temporal. La velocidad a la que ese poder estaba creciendo era increíble incluso para mí y mi cabeza hacía esfuerzos titánicos para evitar la pregunta que todos los demás se hacían. ¿En que se estaba convirtiendo?

Sin embargo, había alguien que durante todo ese período no se mostró feliz en forma alguna, Suriath. Mirando atrás me doy cuenta que quizá ella, por visión o por instinto, sabía algo que los demás ignorábamos. Si bien nunca desaprobó públicamente mi relación con Liliath, era obvio que no era de su agrado como tampoco lo

eran todos los cambios que su hija estaba sufriendo y aquello acabó por marcar su relación que poco a poco se volvió cada vez más fría. Suriath empezó a mostrarse cada vez más alejada de ella y, a ratos, hasta de Armesh. Yo sabía además por los criados que las cartas a Sadith habían aumentado de frecuencia y me preguntaba qué imagen le estaría dando a su hija pequeña de todo lo que estaba ocurriendo en nuestras vidas.

Finalmente, una mañana de verano Armesh nos llamó a Liliath y a mí para decirnos que había llegado el momento de fijar la fecha de la boda. Aquel anuncio me pilló por sorpresa. Había estado tan absorto en mi relación con Liliath y todo lo que ella conllevaba que me había olvidado completamente de todo lo que me había llevado a casa de Armesh. Durante aquellos meses Liliath había ocupado todo mi tiempo y mi pensamiento y había sido simplemente Helel, el hombre. El paso que Armesh me planteaba significaba ir un poco más allá en mi naturaleza humana y, quizá, olvidarme definitivamente de lo que fui. Pero los ojos de Liliath y la felicidad que se mostraba en su cara y en la de Armesh eran algo contra lo que no podía luchar y cualquier duda que pudiera tener se disipó inmediatamente. Abrazándome a la felicidad de mi vida entre aquellos humanos fijamos la fecha de la boda y puse mi vida anterior en un cajón. O eso es lo que yo creía.

Los preparativos de nuestra boda fueron muy rápidos. En apenas tres meses todo estaba organizado y listo para la celebración que tendría lugar en la casa de Armesh. Debido a su cargo en el consejo la lista de invitados era extensísima y la cantidad de dinero necesario para una celebración de aquel tipo era enorme. Sin embargo, Armesh no reparaba en gastos. Para nuestra sorpresa, adquirió uno de los terrenos situados al lado de su propiedad y construyó una pequeña casa para nosotros conocedor de la intimidad que necesitan dos recién casados pero reacio a dejarnos marchar más lejos que el umbral de su puerta. Aquello nos hizo muy felices porque realmente ninguno de nosotros quería tampoco irse de su lado. Nunca supe si Armesh era más feliz por incorporarme definitivamente a su familia como el hijo que siempre deseó o por la posibilidad de que yo pudiera controlar a Liliath y evitar que algo como lo ocurrido en la boda se repitiera.

El gran día llegó por fin. Desde primera hora de la mañana el ajetreo en la casa de Armesh fue constante. Se colocaron tiendas en los jardines para servir la comida y bebida a los invitados entre los

que estaban todos los miembros del consejo, incluido Arpasetaj, y demás personas relevantes de la ciudad además de familia y amigos venidos de todas las ciudades de alrededor y hasta de Accad. Y por supuesto, Sadith. Al principio me costó reconocerla entre el resto de los invitados. La habíamos esperado unos días antes de la boda pero algo la retuvo en Accad y sólo pudo llegar el mismo día de la ceremonia. Mi mente había esperado encontrar a la niña que se había marchado al templo en Accad pero el tiempo había pasado para todos y ella no era una excepción. Sadith se había convertido en una joven alta y delgada, con la misma belleza de su hermana pero con el pelo largo y negro como el ala de un cuervo en lugar de rojo fuego. Sus ojos, de un verde agua intenso y sus labios rojos como las granadas maduras atrajeron la atención de todos los hombres de la fiesta a los que ella no prestaba ninguna atención. Sus manos mostraban ya los tatuajes propios de una sacerdotisa y, aunque ese cargo no le impedía elegir marido y casarse, todos sabían que los requerimientos de cualquier posible candidato eran ahora extremadamente altos.

—¿Sadith? —pregunté al verla—. No puedo creer que seas tú, estás tan cambiada...¿Dónde ha quedado aquel pequeño terremoto que revolucionaba toda la casa?

—Todos hemos cambiado en los últimos tiempos, Helel. Ninguno de nosotros es ya lo que fue.

Su respuesta, gélida como su mirada me dejó parado y sin saber qué responder.

—Bueno, en todo caso el cambio es para mejor, estás muy hermosa —dije intentando ser amable.

—Ten cuidado, Helel, no creo que a tu esposa vaya a gustarle que alabes la belleza de otras mujeres — replicó sin sonreír.

—Ahora somos familia, Sadith...

—Te equivocas —dijo mirándome fijamente los ojos—. Yo se quién es mi familia igual que se quién soy yo. ¿Puedes tú decir lo mismo, Helel? ¿Sabes tú quién eres?

—No se a qué te refieres —mentí.

—Por supuesto que lo sabes. Puedes jugar a la familia feliz tanto como desees, Helel, pero los dos sabemos que tú eres otra cosa, algo que no es compatible con esta pantomima. ¿Cuanto crees que tardará tu pasado en alcanzarte? Y, cuando eso ocurra, ¿cómo crees que reaccionará el monstruo hambriento de poder que estás a punto de tener por esposa? Disfruta mientras puedas de tu pequeño teatro, Helel, porque es uno que no durará.

Mis puños se crisparon al oír sus palabras pero supe controlar la

rabia que crecía en mi interior. Sus ojos eran dos puñales, especialmente afilados para la ocasión. Nunca supe si todo aquello surgía de su visión o de la incertidumbre que le generaba todo lo que estaba ocurriendo en su familia pero aquellas palabras me perseguirían durante muchísimo tiempo. Sadith no esperó ninguna réplica por mi parte, el mensaje había sido entregado, se giró y se perdió entre los invitados y no volví a verla en toda la noche.

Los músicos me rescataron del estado de confusión en que me dejó. Era el momento de que la novia hiciera su entrada en la tienda y todo el mundo estaba expectante pero yo el que más. Liliath era una visión. Su vestido de gasa y bordados en plata se ceñía a su cuerpo recalcando cada uno de sus atributos. Su pelo recogido en un moño alto decorado con los mismos hilos de plata que su vestido y sus ojos cubiertos en kohol hacían que pareciera una de las diosas de los hombres. El hechizo estaba servido e hizo efecto en todos nosotros. Un murmullo de emoción recorrió toda la tienda seguido por un silencio extático y en el centro de aquella ola de adoración estaba yo, que en un segundo había comprendido que, no sólo amaba a aquella mujer tanto como mi cuerpo y corazón humanos me lo permitían sino que sabía que estaba perdido sin remedio porque no sabría vivir ya sin ella. Liliath vino hasta mi cruzando toda la tienda y la ceremonia comenzó. Los trámites fueron muy sencillos. Armesh ató sus manos con un lazo de hilo de oro y que me entregó a mí representando la sumisión que se esperaba de la esposa al marido y dijo unas breves palabras al respecto de lo feliz que le hacía a él y a toda su familia nuestra unión. No pude evitar preguntarme si era consciente de lo irreal de aquella afirmación. Liliath y yo pasamos el resto de la noche saludando a todos los invitados y dándoles las gracias por sus regalos como se esperaba de nosotros. Ninguno de los dos tenía idea de qué había regalado quién pero supimos evitar vernos envueltos en conversaciones incómodas debido a ello.

Finalmente llegó el momento que Liliath y yo esperábamos con ansiedad. Los invitados nos acompañaron hasta la entrada de nuestra nueva casa. Arrojaron flores a nuestro umbral como signo de prosperidad y Liliath y yo entramos en nuestro nuevo hogar. Los dos estábamos nerviosos. Liliath había insistido en la importancia de llegar virgen a aquella noche y, aunque yo sabía que aquello tenía más que ver con el miedo a cómo podía afectar a sus poderes, respeté la idea sin problemas, especialmente porque, aunque mi deseo por ella era cada vez más difícil de controlar, el sexo de un cuerpo humano era algo absolutamente nuevo para mí.

Evidentemente sabía como funcionaba la logística de aquello, pero las emociones asociadas iban a ser completamente nuevas para mí. Por suerte, Liliath poseía toda la seguridad de la que yo carecía.

Nuestro cuarto estaba iluminado por varios candiles y un pequeño fuego en la pared del fondo que hacía que la habitación fuese cálida y acogedora. Liliath se situó frente a mí y con un movimiento rápido de su mano deshizo el broche que cerraba su vestido que cayó lentamente al suelo. Lo siguiente que hizo fue deshacer su peinado. Y allí estaba ella, frente a mi, completamente desnuda, bañada en la luz dorada que proporcionaban los candiles con su pelo rojo cayendo tras ella y que desafiaba al ardor de las llamas de la chimenea. Aquella visión me hizo perder el control que tan arduamente había guardado hasta entonces. Noté como mi miembro crecía bajo mi túnica ansioso por escapar. Liliath se acercó a mí y sin dejar de mirarme fijamente a los ojos me besó y su ansiedad también fue evidente. Mis manos recorrieron su cuerpo mientras me besaba, la suavidad de su piel me excitaba aún más. Noté sus pezones duros bajo mis dedos y creí explotar. Sus manos fueron desnudándome poco a poco mientras su lengua jugaba en mi boca y mi respiración se agitaba. De repente, su boca ya no besaba la mía. Su cuerpo arrodillado frente a mí y su lengua recorriendo mi miembro me hicieron gritar de placer. Sabía lo que estaba haciendo, sabía exactamente qué fibras debía tocar para volverme su esclavo. A punto de perder el control la cogí en mis brazos y la puse sobre la cama. Sus piernas abrazaron mi cuerpo de forma automática mientras su pecho subía y bajaba respirando con dificultad. Agarró mi miembro con las manos guiándome hacia ella, pidiendo que la penetrara. Entré en ella sin delicadeza, sin control, como el inexperto que en el fondo era pero lejos de quejarse sólo me susurró una palabra al oído. Más. Y perdí mi control completamente. Aquella noche, en brazos de Liliath, fui más humano de lo que había sido jamás. Y lo fui muchas veces seguidas. El amanecer nos encontró exhaustos y finalmente nos quedamos dormidos desnudos y unidos en un abrazo que pensábamos era irrompible.

Los siguientes días y noches fueron un repetición incesante de lo ocurrido aquella primera vez. Liliath y yo nos extirpamos del mundo para recrearnos cada uno en el otro y ella incluso dejó de ir al templo por unos días. La pasión nunca disminuyó de intensidad aunque, con los días, se volvió más templada, más llena de ternura y se convirtió en el complemento perfecto de nuestro amor y no tanto en el amor mismo. En los siguientes meses nuestras vidas no fueron muy diferentes de las de cualquier otro matrimonio.

Ocupados con nuestro amor, nuestra casa y nuestras ocupaciones diarias casi nos olvidamos de quién éramos, de que en nuestro interior residían poderes que ni siquiera nosotros mismos podíamos imaginar. Poco a poco yo había ido descubriendo que también poseía control sobre la naturaleza y los elementos y, aunque en aquel entonces mi control no era tan grande como el de Liliath, era capaz como ella de dominar la voluntad de algunas criaturas, modificar el clima por períodos cortos de tiempo o hacer crecer plantas a voluntad. Liliath disfrutaba desafiándome para que intentara hacer la mismas cosas que ella pero la velocidad a la que ella ganaba control con sus lecciones diarias en el templo era mucho mayor que la que yo podía adquirir por mí mismo. Con todo, cada uno de aquellos nuevos poderes, aunque no eran nuevos en absoluto, me recordaba que yo no era el hombre que pretendía ser y que, ya entonces, era obvio que nunca lo sería. Las palabras de Sadith venían una y otra vez a mi cabeza y yo también empecé a preguntarme si aquel sueño que me había creado podría durar o durante cuanto tiempo yo mismo podría creérmelo.

El invierno llegó sin que apenas nos diéramos cuenta y una mañana especialmente fría Liliath entró como una exhalación en la casa gritando mi nombre. En cuanto la oí me aparecí junto a ella sin pensar en el riesgo de que alguien pudiera verme pensando que algo malo le ocurría. Sin embargo, me encontré a Liliath sonriendo.

—Tengo algo que mostrarte —me dijo cogiendo mi rostro entre sus manos. Inmediatamente una imagen se formó en mi cabeza y supe que de alguna manera era ella la que la estaba generando. En la imagen podía verla tumbada en nuestra cama, su rostro pálido mostraba cansancio pero sonreía. Entonces Suriath se acercaba a ella para poner en sus brazos un pequeño bulto. Me costó unos segundos darme cuenta de qué se trataba. Un bebé, la imagen que me estaba mostrando era el nacimiento de nuestro hijo. La imagen desapareció y volví a ver su rostro sonriéndome.

—He tenido esta visión en el templo esta mañana. No podía esperar a mostrártela.

—Pero, ¿quieres decir qué...?

—Estoy embarazada, Helel. Vas a ser padre.

Aquella palabra me sacudió en lo más profundo de mi ser. Yo, aquel que había sido dejado de lado por su padre cuando más lo necesitaba, la criatura que había sido rechazada por aquellos que eran su familia iba a tener la suya propia. El hijo pasaba a ser padre. En un instante cerré mis ojos y cuando los abrí nuevamente me encontré en lo alto de una montaña. Las nubes, incapaces de

ascender tan alto, se arremolinaban unos metros por debajo de la cúspide. El cielo por encima era de un azul claro impoluto. Y ahí, mirando al cielo, grité.

—Voy a ser padre. ¿Puedes oirme? Padre. Tú me has abandonado. Hoy soy yo quién te abandona a ti. Seré mejor padre de lo que tú has sido para mí y la sonrisa de mis hijos será cada día mi venganza. ¿Me oyes? Una venganza que durará eternamente.

!Oh, qué ignorante era entonces de lo premonitorio de mis palabras¡ Pero la felicidad que Liliath me había entregado me había mostrado finalmente la verdadera herida abierta que nunca cerraría. Más allá de la traición de mis hermanos, del dolor de haber dejado de ser quien era, de la falta de propósito en mi vida, el verdadero dolor era saber que mi padre, a quien yo había sido devoto desde mi creación, el ser que había sido la única razón de mi existir, me había abandonado al odio de los que me rodeaban. Yo que lo había dado todo por él, no había recibido ni un ápice de ayuda cuando grité pidiendo auxilio. Él que podría haber evitado todo aquello simplemente se había mantenido ausente, silencioso. Me había dejado sólo. Me había convertido en humano. Pero yo había sabido transformar su condena en una bendición, una que estaba a punto de dar el fruto más hermoso posible y esa sería mi venganza.

Volví a los brazos de Liliath que nunca me preguntó dónde había estado, lo que había hecho o por qué y la felicidad de abrazar su vientre sabiendo que en su interior mi hijo crecía lentamente borró toda pena en mí y la remplazó con una luz que nunca más he tenido. Allí, abrazado a ella, me prometí a mi mismo olvidar mi pasado, toda la oscuridad que acarreaba y sólo vivir por ellos, por mi familia. Pero fue el pasado quien no se olvidó de mí.

La noticia del embarazo de Liliath llenó a Armesh y Suriath de felicidad e incluso reparó por un tiempo el vinculo entre madre e hija. Suriath y Liliath empezaron a pasar más tiempo juntas, tiempo que Liliath quitaba de sus compromisos en el templo para alegría de todos. Por mi parte, aquellos meses fueron extremadamente duros. Mi pánico a que algo les ocurriera a Liliath o al pequeño llegaron a convertirme en un ser controlador y obsesivo. Quería saber en todo momento donde estaba Liliath, si estaba sola o acompañada. Las pesadillas en las que algo les ocurría eran constantes y no me dejaban dormir por las noches. Cada día insistía en acompañar a Liliath hasta el templo y recogerla cuando sus tareas allí habían terminado y, cuando mis obligaciones me hacían ausentarme de casa por más de un día, me aseguraba de que los sirvientes de la

casa tomaran mi lugar para que no estuviera sola ni un sólo momento. Todos en la familia tomaban mi actitud como el reflejo de los miedos de un padre primerizo pero yo sabía que había algo más. Mi miedo no era sólo por las cosas impredecibles que podían ocurrir en un embarazo sino por la posibilidad de que mi pasado volviera de nuevo para destruir la felicidad que había alcanzado. Ahora me doy cuenta de que aquel sentimiento era la prueba más evidente de lo humano que me había vuelto. Para mi sorpresa Liliath se tomaba todas mis reacciones con una calma que nunca había visto en ella. Era como si el embarazo hubiera, de alguna manera, templado su carácter y dado paso a una mujer diferente, afectuosa, tierna y hasta dulce, no sólo conmigo, sino con todos los que nos rodeaban. No dudo que los sirvientes agradecían el cambio y sólo podían esperar que fuera permanente. Por mi parte, el cambio me parecía demasiado extraño, acostumbrado como estaba a su pasión, su rabia y su fuego interior, aquella otra Liliath me era casi ajena, desconocida pero mi amor por ella era tan grande que me acostumbré a la nueva persona que parecía ser.

A medida que se acercaba el momento del parto yo me volví más y más reacio a alejarme de nuestro hogar pero aunque no quisiera, había pastos de los que ocuparse y caravanas que recibir y no podía alejarme de mis responsabilidades eternamente. Además, mi capacidad para transportarme rápidamente si fuera necesario me hacía estar más tranquilo y seguro de que llegado el momento podría estar al lado de Liliath. El momento llegó sin avisar y sus efectos fueron inesperados para todos, incluida la ciudad de Uruk. Yo me encontraba en los pastos del sur, no demasiado lejos de la ciudad cuando, de repente, el aire cambió. Un extraño escalofrío recorrió mi espalda y me giré para mirar en la dirección de la ciudad. Los animales asustados empezaron a correr en todas las direcciones y los murmullos de los pastores crecieron hasta convertirse en gritos de pánico. No era para menos. Sobre la ciudad, un gran nube negra como la noche se arremolinaba generando pequeños huracanes que golpeaban las murallas levantando piedras de sus almenas. Algunos de los soldados apostados en las murallas cayeron debido a la fuerza del viento y eran engullidos por los torbellinos de aire. Hombres y bestias salieron corriendo presa del pánico y yo, pudiendo pensar sólo en Liliath, me transporté inmediatamente a nuestra casa. Aparecí en el jardín y entré en la casa corriendo. La imagen que encontré me explicó el por qué de aquel caos y destrucción. Liliath estaba tumbada en nuestra cama presa de los dolores del parto. Su espalda se arqueaba haciendo que

su cuerpo tomara una posición extraña. Sus ojos estaban en blanco y sus manos se alzaban hacia el cielo mientras murmuraba algo que ninguno podíamos entender. Suriath vino hasta mí tan pronto como me vio y me llevó aparte.

—El parto es inminente pero no se si podrá resistirlo. El dolor es tan grande que ha perdido la consciencia y de repente ha entrado en el estado que ves.

—Tiene que haber algo que podamos hacer, ¡lo que sea! —le grité agarrándola por los hombros.

—Nadie puede hacer nada, Helel. El dolor del parto ha hecho que su poder tome el control. Ella es la única que puede controlar lo que esta ocurriendo. Si no vuelve en sí misma pronto me temo que será el fin de la ciudad y, puede que de ella misma —dijo con lágrimas en los ojos—. Lo único que podemos hacer es esperar.

Las horas fueron eternas. La tormenta aumentaba de intensidad por momentos y los sirvientes trajeron noticias de que una sección entera de la muralla se había derrumbado junto con una de las torres del templo de Inanna. Los gritos que provenían de nuestro cuarto eran terribles y yo sólo podía pensar en lo peor. La impotencia de no poder ayudar a Liliath en aquel trance me destrozaba, la posibilidad de perderla era algo que no podía concebir. Suriath había expulsado de la habitación a todo aquel que no fuera un mujer como era tradición y, a partir de ese momento, la vida de mi hijo y de mi esposa estaban en sus manos. En aquel instante de desesperación, de agonía, me sentí más sólo de lo que nunca me había sentido y me di cuenta de cuanta falta me hacía el apoyo de mi padre, el abrazo de mis hermanos. Las cosas que había perdido eran muy importantes pero allí a mi lado estaba Armesh, el padre que había encontrado y que me había dado una nueva familia cuando más la necesitaba.

De repente la tormenta desapareció. El cambio fue tan repentino que creímos habernos quedado sordos. La presión y el sonido ominoso del viento desaparecieron y sólo quedó silencio. Un silencio que fue roto sólo por un sonido, el llanto de un bebe que emergía de nuestra habitación. Me giré rápidamente para mirar a Armesh como buscando confirmación de que mis oídos no me engañaban. Armesh me sonrió y entonces la puerta de nuestro cuarto se abrió.

—Puedes pasar —dijo Suriath con una sonrisa en el rostro.

Entré en la habitación en silencio. El olor a sangre y fluidos era muy intenso pero no me importaba. Liliath me sonrió desde la cama. Su rostro era la viva imagen del agotamiento. Me acerqué

hasta ella para cogerle la mano entre la mías y besarla dulcemente. No dijo una palabra, pero sus ojos se cerraron mientras sonreía.

—Necesita descansar, señor —dijo una de nuestras criadas—. El parto ha sido muy duro.

Me levanté de la cama y al girarme me encontré a Suriath frente a mi con dos bultos en sus brazos.

—Supongo que querrás conocer a tus hijos, Helel —dijo con la sonrisa más dulce que le había visto jamás.

—¿Hijos?

—Sí, Helel. Son mellizos, un niño y una niña.

No podía creer lo que Suriath me decía. Recibí los dos bultos de sus brazos y mis ojos se encontraron con la visión más hermosa del mundo. Aquellas dos pequeñas criaturas me miraban fijamente con sus ojitos de un azul tan intenso como el de su madre. Los míos respondieron inmediatamente llenándose de lágrimas, una lágrimas de alegría cómo no he vuelto a derramar jamás. Y allí, en aquel momento, de forma inesperada, supe lo que era la felicidad completa.

—La niña nació primero y no lloró al salir. Creímos lo peor pero parece estar perfectamente sana. El parto del niño ha sido mucho más complicado y casi se lleva la vida de su madre pero finalmente logramos salvarlos a los dos y también parece estar perfectamente sano. Estoy segura que oíste sus gritos al nacer.

—Nunca podré agradecerte lo suficiente lo que has hecho, Suriath.

—Bueno, para empezar puedes darles un nombre —dijo sonriendo—. Es tradición que el padre nombre a sus hijos cuando se los ponen en los brazos por primera vez.

No tuve que pensar. Sus nombres vieron a mi cabeza de forma inmediata.

—Sus nombres son Narmesh y Niel.

Pasé los siguientes meses completamente absorto en mis pequeños. Armesh supo entender que para mí era muy importante poder disfrutar de aquella felicidad y me mantuvo alejado de cualquier responsabilidad fuera de la casa. De repente, la casa de Armesh se había convertido en un hogar para la alegría y las risas llenaban cada rincón. Era como aquellos pequeños hubieran traído a aquel hogar un aura de felicidad que podía sentir cualquier persona que estuviera bajo aquel techo. Por desgracia, no podía decir lo mismo del mio. Justo tras el nacimiento Liliath empezó a

desarrollar una extraña apatía que acabo en un rechazo absoluto de todo lo que tuviera que ver con nuestros hijos. Su carácter empeoraba día a día y ni siquiera podía soportar el sonido de las risas de los pequeños. En más de una ocasión la encontré chillando a los sirvientes que se los llevaran de la habitación donde ella se encontraba porque no podía soportar su presencia. Mi preocupación era cada día mayor. Yo intentaba llevarles junto a ella tanto como podía pensando que mi presencia templaría su carácter pero lo único que conseguía era que acabara alejándome también a mí de su lado. Suriath intentaba tranquilizarme diciéndome que no era extraño que justo después del parto alguna mujeres desarrollaran una especie de tristeza que las volvía incapaces de cuidar de sus hijos pero que siempre era algo transitorio. Pero yo no estaba tan seguro, lo que yo veía en Liliath cuando nuestros hijos estaban delante no era tristeza sino odio, un odio irracional que no podía concebir cómo se había originado. No era el único cambio. Nuestra antaño apasionada vida de pareja había desaparecido totalmente. Liliath me rechazaba cada noche, con cualquier excusa al principio y sin molestarse en poner excusa alguna más tarde, y toda expresión de cariño se había vuelto inexistente. Era como si no fuese la misma mujer con la que me había casado y yo me preguntaba si la vuelta a sus días en el templo tenían algo que ver. Cada vez pasaba más tiempo allí, algunos días desde la salida del sol hasta el anochecer. Además, me había prohibido que la acompañase o la recogiese argumentando que su poder era lo suficientemente grande como para protegerse a si misma. Yo sentía que la estaba perdiendo pero no tenía ni idea de por qué y eso me volvía impotente y me generaba una gran ansiedad que sólo era curada con la visión del rostro de mis hijos.

Así sobrevivimos el primer año de Narmesh y Niel, entre incertidumbre, tristeza, ansiedad y la calidez y alegría que aquellos pequeños nos regalaban. Para su primer aniversario recibidos un visita inesperada. Sadith llegó sin avisar para alegría de Suriath y Armesh y la indiferencia de Liliath. Esta vez no hubo palabras agrias entre nosotros sino todo lo contrario. Sadith me felicitó por mi paternidad como si aquella conversación durante la boda nunca hubiese existido e inmediatamente pidió ver a los pequeños. De alguna forma se creó un vínculo inmediato entre ellos que era palpable cada vez que estaban juntos. Los niños reían voz en grito cada vez que estaban con ella y buscaban su abrazo como si no conociesen nada más. Era como si hubieran sustituido a su madre por la persona que más se le parecía físicamente. Por su parte,

Sadith era la imagen misma de la dulzura con ellos y les trataba como si fueran sus propios hijos. Y era hermoso verles juntos.

Sadith extendió su visita varias veces con diferentes excusas aunque todos sabíamos que la verdadera razón era su deseo de pasar más tiempo con los niños y a todos nos hacía felices que así fuera. A todos excepto a Liliath que apenas cruzaba una mirada o una palabra con su hermana. A pesar de todo, aquella falta de contacto no generaba un ambiente tenso en la casa puesto que Liliath pasaba la mayor parte de su tiempo en el templo. Varias veces vi a Sadith y Suriath hablando a solas en susurros y algo dentro de mí me decía que el tema de conversación era Liliath. Hubiera querido hablar con ellas, preguntarles qué podíamos hacer pero no me pareció apropiado interrumpir sus conversaciones y callé. No puedo dejar de pensar que quizá una palabra a tiempo habría hecho que las cosas fueran de una manera diferente. Pero si algo he aprendido en estos milenios es que no puedes detener la oscuridad. Como el tiempo, camina lenta pero sin descanso y siempre te alcanza.

Una mañana fría de invierno me desperté al amanecer y Liliath no estaba a mi lado en la cama. Su espacio aún estaba caliente así que asumí que no podía hacer mucho que se había levantado y decidí ir tras ella. La encontré en la puerta de la casa, lista para irse la templo.

—Es un poco pronto para ir al templo, ¿no crees?

—Helel, guárdate los reproches, ¿quieres? Bastante tengo con mi madre. Además, estamos trabajando los encantamientos para dominar demonios, es algo muy crítico y necesito dedicarle mucho tiempo si quiero controlar ese poder.

—¿Demonios? —dije intentando no gritar para no despertar a los niños—.¿Has perdido la cabeza? Eso esta mucho más allá de tu poder. Ningún humano puede subyugar a un demonio, al menos no de forma segura. Y las consecuencias si sale mal pueden ser desastrosas.

—¿Más allá de mi poder? ¿Qué sabes tu de mi poder, Helel? Quizá si no te hubieras pasado el ultimo año babeando pro esos dos renacuajos te habríais dado cuenta de que mi poder está mucho más allá de lo que nadie esperaba, mas allá de los sacerdotes del templo y, desde luego, más allá de ti mismo.

—Esos dos renacuajos como tú los llamas son tus hijos, nuestros hijos. ¿En qué momento empezaron a ser menos importantes que tu ansia de poder? Estás tan obsesionada con convertirte en un ser superior a todo lo que te rodea que estás dejando de lado a tu

propia familia. ¡Tus hijos no han sabido lo que es una madre desde que nacieron!

—Y, ¿crees que me importa lo más mínimo? Nunca los quise. Sólo son un estorbo, todo el día llorando, riendo, interrumpiendo mi concentración. No tengo tiempo para ocuparme de ellos. Además, tú y mi hermanita lo hacéis muy bien.

—¿Es esto de lo que se trata, Liliath?¿De superar a Sadith?

—¡Por favor, no seas ridículo! Hace tiempo que superé a Sadith. A Sadith, a mi madre y a ti.

—Liliath, te lo ruego —dije acercándome a ella para intentar abrazarla—. No sabes dónde te estás metiendo, esto te va a superar. Este tiempo que pasas en el templo es sólo una desgracia esperando a suceder. Tienes que parar antes de que sea demasiado tarde.

—¡Oh, por favor! Tu miedo es resultado de tu frustración —dijo apartándose de mi abrazo—. ¿Cómo se siente uno cuando ha tenido el poder de crear y destruir, de hacer que tu voluntad sea la única voluntad, de aplastar a los hombres sólo con desearlo y de repente verse convertido en nada? ¡Te has convertido en un criatura patética, Helel! Sigues negando tu naturaleza, jugando a ser un hombre cuando deberías ser un dios. Muy bien, sigue jugando a las familias si eso es lo que deseas pero no te interpongas en mi camino porque pienso convertirme en el dios que tú no has querido ser y aplastaré a cualquier miserable ser humano que intente detenerme. Y eso, te incluye a ti.

La rabia de sus palabras salía por sus ojos como si fueran llamaradas. Sin decir más se giró y salió de la casa dejándome en silencio con mi vergüenza. Vergüenza porque yo sabía que parte de su argumento era verdad. Yo había decidido aceptar mi nueva condición para tener un familia, un amor que reemplazase todo lo que había perdido y en esa aceptación había perdido la misma familia que había querido construir y a mi mismo.

Las horas del día pasaron lentas y Liliath no volvió. No comenté a nadie lo ocurrido esa mañana aunque estaba seguro que alguno de los sirvientes habría oído algo y, probablemente, el relato de lo acontecido acabaría llegando a Armesh y Suriath. Para mi sorpresa, fue Sadith quien se acercó hasta mí para hablar.

—¿Aún la amas?

La pregunta, tan directa, me dejo confundido.

—Con todo mi corazón. Pero le he fallado completamente. Si yo no la hubiera animado en un primer lugar a explorar su poder no estaríamos en esta situación. Soy yo quien ha creado un monstruo.

—Lo que hiciste lo hiciste pensando que la ayudabas, es ella

quien ha desvirtuado tu ayuda, tu fe y tu amor —dijo mirándome fijamente a los ojos—. No creo que la hayas fallado, Helel, pero creo que lo habrás hecho si no haces todo lo que esté en tu poder para pararla. Sólo tú puedes hacerlo. Si como dices, tú creaste el monstruo, entonces sólo tú puedes destruirlo.

Aquellas palabras de alguna manera me hicieron despertar. Estaba empezando a a anochecer y Liliath no había vuelto aún así que decidí ir al templo a buscarla. Sadith me prometió que se quedaría con los pequeños y yo corrí a la ciudad. Llegué al templo sin aliento. No quise transportarme para evitar que alguien pudiera verme pero la carrera hasta el templo me dejó sin aire. Era noche cerrada cuando llegué a las puertas que, para mi sorpresa, estaban guardadas por dos soldados. La puertas del templo estaban siempre abiertas para cualquier persona que quisiera acceder para presentar ofrendas o consultar el oráculo así que la presencia de aquellos dos soldados estaba fuera de lugar. Mi sorpresa fue aun mayor cuando aquellos soldados me impidieron la entrada.

—Vengo a recoger a mi esposa que está dentro del templo. ¿A qué viene todo esto? El acceso al templo es libre.

—No esta noche —respondió uno de ellos—. El templo se ha cerrado por orden de Gilgamesh así que vuelve por dónde has venido.

—Mi esposa está dentro —volví a repetir—. Necesito entrar. Será sólo un momento.

—Más te valdría buscar a tu esposa en las tabernas de la ciudad —contestó el otro soldado—. Si a estas horas no está contigo en casa posiblemente te ha buscado un sustituto.

Las risas de los dos soldados me escocieron como la sal en una herida abierta pero las ignoré y me alejé de las escaleras del templo. Cuando estuve en un lugar donde nadie podía verme me transporté al atrio del interior del templo justo tras los soldados que no notaron absolutamente nada. Crucé el atrio y me dirigí al área privada de los sacerdotes donde sólo los alumnos escogidos por el templo podían acceder. Llegué a una sala enorme que estaba iluminada por antorchas dispuestas en linea en las paredes. La sala entera era de piedra y en el centro un gran altar también de piedra negra era el único elemento. Lo que vi sobre el altar me hizo caer de rodillas. Liliath, completamente desnuda, yacía sobre la piedra mientras Arpasetaj, el sumo consejero de Gilgamesh también desnudo la penetraba haciéndola gemir. Su cuerpo se arqueaba de placer mientras el entraba en ella una y otra vez sujetando sus muslos con las manos. Sentí cómo mi corazón se aceleraba y parecía

que se me iba a salir por la boca. Quise gritar pero el estupor de lo que estaba viendo paralizaba las palabras en mi garganta. De repente, mis ojos se fijaron mejor en la escena que estaba ante mí y fue como si una especie de velo cayese al suelo. En la nueva escena, Arpasetaj había sido reemplazado por su verdadera forma, la de un demonio de piel oscura, garras, con las cuencas de los ojos llenas de llamas y dos grandes cuernos que salían de su cabeza. Un demonio Dhorak, una raza que yo creía extinguida y que yo mismo había ayudado a exterminar eones antes. Pero allí estaba, frente a mí, fornicando con Liliath que se entregaba ansiosa a su cuerpo. De repente, aquel demonio giró su cabeza para dirigirme una sonrisa cínica.

—Bienvenido Helel —dijo—. ¿Quieres unirte?

Liliath giró también la cabeza y se incorporó ligeramente.

—Esposo mío, tienes un talento especial para estropear los mejores momentos.

Se levantó lentamente del altar, completamente desnuda y no se molestó en cubrirse. Allí de pie, desnuda frente al altar, sus ojos me desafiaban. Ya había visto esa mirada, el día que un hombre salió ardiendo en una boda. Sabía lo que podría hacer en aquel estado pero no me importaba. Allí de rodillas frente a ellos la rabia por su traición se acumulaba dentro de mí, mis puños cerrados contra las baldosas frías del suelo.

—¡Oh! ¿Qué es eso que percibo, Helel? —dijo el demonio con una voz gutural—. ¿De verdad pensabas que dejaríamos a un criatura de este poder en tus manos? Eres más inocente de lo que pensábamos. Todo ha sido una pantomima para tenerte atado a esta miserable existencia humana que has abrazado tan felizmente. El embarazo fue una sorpresa inesperada, ¡es verdad!. Pero no es nada que no pueda arreglarse.

La criatura se adelantó a Liliath y se acercó unos pasos más hacia mí agachándose para colocarse a mi altura.

—Esto no tenía que hacer sido así, ¿sabes? Al principio tuvimos la esperanza de que fueras capaz de recuperar todo tu potencial aunque estuvieras en un cuerpo humano y con la ayuda de Liliath tenerte bajo nuestro control. Pero supongo que el maestro tenía razón, debimos haberte eliminado desde el primer momento, arreglar lo que los de arriba no supieron hacer en condiciones. Pero bueno, gracias a tí descubrimos el poder de Liliath. Y muchas otras cosas —dijo acariciando los pechos desnudos de Liliath—. Y afortunadamente, ella estaba más que dispuesta a colaborar con nuestra causa.

Liliath respondía a sus palabras con una sonrisa malévola.

—Mi pobre Helel —dijo cubriéndose con su capa—. La verdad es que me gustabas, mucho de hecho, hasta que te convertiste en este despojo de criatura que sólo quiere ser uno más entre los hombres. Bueno, no voy a ser yo quién te quite ese deseo, si quieres ser un hombre, ¡morirás cómo un hombre!.

La ola de poder me golpeó de lleno lanzándome al otro lado de la sala y haciéndome golpear una de las columnas para después caer al suelo como un peso muerto. El dolor fue insoportable. A aquel golpe le siguieron otros dos que me lanzaron nuevamente por los aires y entonces el silencio. Parecía que Liliath me había dado por acabado. Mi cuerpo yacía sangrando en el suelo de la sala y mis huesos estaban rotos pero la rabia seguía dentro de mí. Sentí cómo de alguna manera mis huesos se fusionaban de nuevo y una llama de de poder como no había sentido desde antes de mi caída crecía en mí. Mi espada se materializo en mi mano y pude encontrar las fuerzas para levantarme lentamente. Liliath y el demonio estaban de espaldas a mi. De repente se giró.

—¡Vaya!, después de todo tienes más resistencia de la que esperaba.

—Hace falta algo más que una zorra como tú para acabar conmigo. —logré farfullar.

—Eso lo veremos —dijo lanzando otra honda de poder en mi dirección pero esta vez mi cuerpo permaneció recto y contrarrestó su poder con otra honda mayor que la lanzó contra el altar. Su cara mostró una mezcla de sorpresa y miedo que sólo hizo que mi poder fuera aún mayor y me dispusiese a lanzar un nuevo ataque pero el demonio se interpuso e hizo que se elevase una columna de fuego entre ellos y yo.

—Un ejercicio muy divertido Helel pero me pregunto cuánto tiempo estás dispuesto a sacrificar luchando con nosotros en lugar de intentar salvar a tu familia.

Mi corazón se paró en mi pecho. Mis manos empezaron a temblar.

—¿Qué quieres decir, maldito?

—¿De verdad pensabas que dejaríamos eslabones sueltos? En este mismo momento nuestro maestro está encargándose de esa que tú llamas tu familia. Adelante, Helel, quizá llegues a tiempo de poder ver cómo aplasta sus cráneos.

Inmediatamente el fuego les consumió a los dos en una gran bola que se extinguió en un segundo dejando sólo el vacío tras ella. La rabia de mi interior se desencadenó y un grito salió de mi

garganta elevándose a los cielos. En respuesta, todo el templo empeño a temblar como si un terrible terremoto lo sacudiera de arriba abajo y las paredes empezaron a derrumbarse. Hasta mí llegaron gritos de otras partes del templo, sacerdotes sin duda que eran atrapados por los escombros del enorme edificio, pero nada de aquello me importaba. Sin esperar un momento me transporte a nuestra casa. Recorrí todas las habitaciones pero no encontré a nadie. Ninguno de los sirvientes respondió a mis gritos y no había rastro de los niños. Crucé corriendo el jardín de la casa de Armesh y entré esperando encontrar a los niños sanos y salvos con Sadith o Suriath. El olor a muerte me inundó la nariz inmediatamente, un olor agridulce, el olor a sangre y vísceras, a putrefacción temprana. Entré en el patio y la imagen que encontré me hizo caer de rodillas. En el suelo del patio el cuerpo de Suriath yacía inerte en un charco enorme de sangre. Su garganta había sido cercenada tan profundamente que la cabeza estaba casi separada del resto del cuerpo. Sus ojos estaban completamente abiertos en un gesto de auténtico pánico. Cuando dirigí mi mirada hacia donde sus ojos apuntaban tuve que hacer esfuerzos para no vomitar. El cuerpo de Armesh estaba clavado a una de las paredes del patio por sus antebrazos, la cabeza colgando. Le habían abierto en canal y en el suelo a sus pies había un revoltijo de tripas y sangre. Ver a aquel hombre que en los últimos años había sido un padre para mí muerto de aquella manera tan salvaje destrozó mi corazón y rompí a gritar poseído por la rabia. Una risa a mi espalda me hizo girarme rápidamente. Le encontré de pie sobre el techo de la casa, mirándome, con la espada aun ensangrentada en la mano y las alas extendidas ocultando la luz del sol.

—¡Tú!

—Hola hermano —respondió con una amplia sonrisa—. !Cuánto tiempo sin vernos¡ ¿Te gusta el regalo que te he hecho para celebrar nuestro reencuentro?

La ira acumulada en mí me hizo transportarme a su lado en un segundo y asestar un golpe seco con mi espada. Pero el lo paró con una de sus alas lanzándome por los aires de vuelta al suelo del patio.

—Bueno, veo que no hemos perdido el nervio. ¡Eso está bien! Pero te recomiendo que guardes tus energías, sabes que no tienes nada que hacer frente a un arcángel y, de todas maneras, las vas a necesitar para lo que te tengo preparado.

La criatura que estaba ante mí era Rafael, en otros tiempos el sanador, al que mi padre concedió poder para curar todo mal. Pero

de alguna forma, aquella criatura creada para curar había sido el responsable de aquellas muertes horribles.

—Mi pequeño Helel —dijo mientras descendía hasta el lugar donde yo me encontraba—. Siempre tan idealista, siempre convencido de que el ser humano es la mejor creación de nuestro padre. Y mira dónde te ha llevado todo esto. Ahora eres uno de ellos y como ellos, te encuentras rodeado de muerte y putrefacción. No es que haya sido un movimiento muy exitoso, ¿no te parece?

Su sonrisa cínica iluminaba su rostro mientras paseaba a mi alrededor como el gato que juega con su presa. Sus palabras de alguna manera despertaron recuerdos en mí, recuerdos anteriores a mi caída, recuerdos amargos de traición, no a mí, sino a todo lo que mi padre había creado.

—Tengo que reconocer que el principio de todo esto fue desde luego sorprendente. Tu estúpida oposición a nuestra dominación de estas babosas que llamas hombres debería haber acabado con tu muerte. Si no te hubieras opuesto a la destrucción de Eridu, si no hubieras tratado de evitar que tomásemos nuestro justo lugar como únicos amos de la creación de nuestro padre. Pero no, tenías que defender a estos monos, gritar que aquello no era la voluntad de nuestro padre. ¿Quién creías que eras para enfrentarte a nosotros? ¿De verdad te creíste mejor que nosotros, capaz de interpretar su voluntad mejor que nosotros? Todo debía haberse arreglado con tu muerte pero complicaste todo con tu huida. Los guardias debían haberte matado antes de que llegases aquí.

Sus ojos me miraban ahora fijamente cómo intentando leer en un alma que ya no existía. Intenté reunir todas mis fuerzas para alzarme de nuevo contra él pero la piernas me fallaron.

—La sorpresa fue que alguien más decidió hacer el trabajo por nosotros — continuó—. Tienes que reconocer que arrancarte tu alma y convertirte precisamente en aquello que tanto defendías fue un golpe de lo más irónico. Absolutamente delicioso. Y muy útil para nosotros si los idiotas de los guardias no te hubieran dado por muerto dejando el trabajo a medias.

Acabo la frase con un patada que me elevo del suelo lanzándome contra una de las paredes para golpear de nuevo las baldosas. Mi cabeza daba vueltas y era incapaz de incorporarme.

—¿Cómo se siente, Helel? ¿Cómo es ser traicionado por aquel al que has dedicado toda tu devoción y existencia? Tu eterno amor a nuestro padre y sus juguetes de barro no te ha servido de nada excepto para sufrir. ¿Dónde estaba él cuando caías? ¿Donde está ahora? Te creíste especial, su hijo predilecto. Bien, parece que

después de todo no eras más que ninguno de nosotros. Llevamos eones sin oír su voz, abandonados por nuestro mismo creador y, ¿de verdad pensaste que su mano vendría en tu ayuda? Te ha abandonado como ángel y como hombre, hermano.

Aquellas palabras despertaron una chispa en mí que alimentó la llama de mi rabia. Con un gran esfuerzo me incorporé, a cuatro patas primero, en pie después y le miré fijamente a los ojos.

—Abandonado, sí. Abandonado por el padre celestial que me creó pero aquí entre los hombres he nacido de nuevo, nacido a una nueva vida, una que voy a luchar por vivir.

Sus carcajadas sonaron en todo el patio.

—Muy divertido, Helel. Increíblemente dramático. Pero dime algo, ¿a qué vida exactamente te refieres? ¿A la mujer que te dejó por el rabo de un demonio, al montón de tripas que llamabas padre o ese par de ratas que tienes por bastardos? Por cierto, aún tengo pendiente arrancar sus pequeñas cabecitas del resto de su cuerpo.

Aquella frase me abrió los ojos. Rafael desconocía como yo dónde estaban los niños y eso significaba que quizá aún vivían. Liliath debía haberlos enviado algún lugar fuera de mi alcance para herirme y, sin saberlo, quizá les había salvado la vida.

—Mis hijos están en un lugar dónde ni tú ni ninguno de los nuestros podrá encontrarlos jamás —mentí.

—¡Oh!, ¿de veras?. Los dos sabemos que eso no es verdad. Has entrado en la casa intentando buscarles Helel. Donde quiera que estén están tan lejos de mi alcance como del tuyo. La diferencia es que yo puedo sentirles, hermano.

Mi cara debió de expresar sorpresa aunque fuera por un segundo.

—Pero claro, tu no lo has notado, ¿verdad? Tu cuerpo humano te limita enormemente. Sé que sentiste algo cuando conociste a mi hijo Gilgamesh pero aquella vez era yo quien estaba tras el panel de la sala del trono lo cuál acentuaba la sensación. Con tus bastardos la sensación está aún muy atenuada, suficiente para que yo pueda sentirles pero demasiado frágil para que tú te hayas dado cuenta.

Lo que Rafael estaba contando no tenia ningún sentido. Sólo los ángeles y los Nephilim generaban aquella especie de vibración que los ángeles podíamos percibir. Mis hijos eran humanos. Y sin embargo, no tenía razones para mentirme en aquello. Si era así, eso significaba que algo de mi antigua esencia angélica había pasado a mis hijos pero entonces, algo de esa esencia tenía que vivir en mí.

—Rafael —dije—, si Gilgamesh es tu hijo tú conoces el amor de un padre por sus hijos, te lo ruego, haz lo que desees conmigo pero

deja a los niños en paz.

—¿Amor? Por favor, no me seas ridículo. No siento ningún amor por Gilgamesh o por ningún otro de mis hijos. Son soldados. Criaturas creadas para asistirnos en la subyugación de los hombres, mandos intermedios. Poderosos para ser nuestros ojos, oídos y manos pero no dudaré en arrancarles el corazón yo mismo tan pronto como no me sean útiles. Por supuesto, ellos no lo saben.

Sus palabras eran las de un monstruo. ¿Cómo podía haberse transformado en aquello una criatura tan hermosa, creada a imagen y semejanza de mi padre? Si aquello era posible, si mi padre había permitido aquello realmente no tenía importancia si nos había abandonado o no. Tanto en una situación como la otra estaba claro que no le importábamos nada, que se estaba comportando con nosotros igual que Rafael se comportaba con sus hijos. Aquel pensamiento me sumió en la tristeza más grande. Verdaderamente estaba solo. Abandonado por mi padre, por la mujer a la que amaba, las únicas personas que me habían mostrado algo de ternura y amor estaban muertas por mi culpa y mis hijos habían desaparecido. Dejé que mi espada desapareciera y puse mi cabeza en mis manos deseando que nada de aquello hubiera pasado.

—Basta ya de hablar, hemos jugado a este juego demasiado, Helel. Es hora de terminar.

Vi como su espada se elevaba en el aire y asestaba el golpe que debía acabar conmigo. Los segundos me parecieron eternos. Esperaba sentir como el filo de su espada cercenaba mi cabeza, sentir dolor o dejar de sentirlo para siempre. Una pequeña parte de mí por un segundo se recreó en la idea de morir, descansar al fin. Sin embargo la espada no llegó a bajar. Mi brazo, reaccionando automáticamente a la idea de morir se había elevado y mi espada, brillante como el sol detuvo la suya. Los ojos de Rafael me miraron fijamente llenos de sorpresa y entonces supe que esa era mi oportunidad. Con un esfuerzo titánico lancé a Rafael y su espada volando hacia atrás justo hasta el lugar donde yo acababa de transportarme. Los ojos de Rafael se abrieron sorprendidos cuando notó que en su caída acababa de caer sobre mi espada que había atravesado limpiamente su pecho.

Inmediatamente un grito salió de su garganta y su cuerpo se desintegró en una explosión de luz que me cegó. Comprendí que no podía quedarme allí, si deseaba encontrar a mis hijos de nuevo, necesitaba mantenerme con vida. Sin pensarlo dos veces y sin prestar atención a la tristeza enorme que invadía mi corazón le dije adiós en silencio a Armesh, Suriath y a todo lo que había sido mi

vida durante aquellos años y me transporté tan lejos cómo mis fuerzas me lo permitieron.

8
Peregrino

La soledad es una enfermedad que te devora por dentro hasta que no queda nada de lo que fuiste, ni una gota de tu esencia. Mi huida de la casa de Armesh abrió las puertas de mi corazón a ella y esta hizo un trabajo perfecto. Muchas veces me han preguntado por qué soy como soy, la respuesta es sencilla, la traición lleva a la soledad y la soledad crea monstruos.

Las ultimas fuerzas que pude reunir habían sido suficientes para transportarme a un lugar en las montañas, un lugar irónicamente acorde a lo que quedaba de mi existencia, un lugar muerto, sin un ápice de vida, sólo lleno de dura roca y polvo, como mi corazón. Me arrastré como pude hasta una pequeña cueva excavada en la roca y allí mis fuerzas me abandonaron completamente haciéndome perder el conocimiento. En mi inconsciencia las imágenes de lo ocurrido se entremezclaron con otras creadas sin duda por mi sentimiento de culpa y me atormentaron de forma terrible. Podía ver cómo Armesh colgado de aquella pared en el patio me miraba fijamente y con una sonrisa cínica me decía:

—¿Ves lo que has hecho, Helel? Estoy muerto, tú me has matado. Tú que no eres nada más que muerte has traído muerte a mi casa. ¿Me ayudarás tú a recoger mis tripas del suelo?

Mis ojos se dirigían entonces a mis manos y mis ropas que estaban completamente ensangrentadas y entonces me daba cuenta de que no era la sangre de Armesh sino la mía propia la que teñía mi túnica. Al levantar mis ojos el rostro de Rafael me decía con una sonrisa cínica:

—¿De verdad creíste que podías salvarles de nosotros?

Mi mente me atormentaba repitiendo una y otra vez aquellas imágenes hasta que finalmente recuperé el conocimiento. Mi cuerpo temblaba, estaba helado, podía sentir como la sangre dejaba de circular por él, sentía que me estaba muriendo. Y quise morir. Una parte de mi encontró por fin descanso en la idea de la muerte, de desaparecer como si nunca hubiera existido, de borrar conmigo todo el mal que había causado. Nada podía parecerme más acogedor que el vacío, el no ser, el olvido. Pero ni siquiera el consuelo de la muerte estaba a mi alcance. Ahora era humano y los humanos se aferran a la vida como sanguijuelas al cuerpo. No importa cuan desesperados estéis, cuánto deseéis morir, siempre hay una pequeña llama en vuestro interior que se aferra a vuestra existencia queriendo sobrevivir, y ahora esa llama era mía también. Levanté mi mano con la pocas fuerzas que me quedaban y mi mente hizo el resto. El fuego apareció ante mí ardiendo con fuerza sin necesidad de combustible alguno, una llama flotando en el aire. Alimentada por mi naturaleza humana, aquella llama me recordaba al mismo tiempo que tenía muy poco de humano. Mi cuerpo fue recuperando lentamente la temperatura y los temblores desaparecieron. Mi mente fue aclarándose y me gritaba los detalles de mi realidad. Estaba solo, había sido abandonado y traicionado, no una vez sino varias. Todo aquello que amaba estaba perdido, muerto por mi culpa aunque no por mi mano. ¿Todo? No, no todo. Mis hijos podían estar vivos en cualquier lugar aunque hasta la esperanza de volver a verles me la habían arrebatado. Mi mente no dejaba de preguntarse por qué. ¿Por qué me habían hecho aquello? ¿Por qué mi padre había permitido tanto dolor? ¿Por qué todas los seres que decían haberme amado me habían traicionado en alguna forma? La respuesta vino a mi cabeza como un grito. Eres débil. Y aquél grito se grabó en mi mente a fuego. Era verdad. Había sido débil. Demasiado débil como para imponer por la fuerza en mis hermanos la verdad de mi padre. Demasiado débil para evitar que el amor me hiciera su esclavo. Demasiado débil para aceptar mi naturaleza. Tan débil que acepté la condena de un cuerpo humano sin luchar para evitarlo. Tan débil que me dejé manipular por criaturas menores. Yo que había sido creado a imagen de mi padre, yo que era la luz del alba, me había creído humano, había amado a los humanos y les había dejado traicionarme.

La semilla de todo lo sufrido había empezado a germinar en mi interior e iba a cambiar completamente todo mi ser. La verdad de mi miseria, de los errores cometidos alimentaban la llama en mi

interior, una llama de destrucción y venganza. Y allí, en medio de las montañas cambié mi nombre. Helel ya no era más, Helel había muerto. Desde ese momento usaría otro de los nombres que mi padre me había dado, sería Lucifer, el portador de la luz, solo que esta vez la luz no sería la luz de amor y piedad de mi padre sino mi propio fuego de venganza, y el cielo y la tierra arderían en él.

Pasé meses en aquellas montañas. Mi cuerpo se alimentaba de lagartos y pájaros y del agua de los arroyos, mi corazón se alimentaba de odio y rabia. Como si algo se hubiese desencadenado en mí, la idea de venganza desbloqueó en mí todo mi poder. Aquellas habilidades que había descubierto mientras vivía con Armesh eran ahora perfeccionadas e incrementadas con muchas otras. Podía sentir el poder hirviendo en mi interior, un poder como el que había tenido cuando era un ángel.

Finalmente el día llegó en que decidí abandonar mi retiro. Mi plan era sencillo en sus metas, por un lado, encontrar a mis hijos, por otro, recuperar mi alma donde quiera que estuviera para poder entrar de nuevo en el reino de los cielos y hacer que los arcángeles pagaran por lo que habían hecho. Devolvería el reino de mi padre a su orden original y me aseguraría de que se mantuviese. Gobernaría con mano de hierro la obra de mi padre hasta su retorno y, cuando este se produjese, le mostraría como, a pesar de haberme abandonado, yo sí le había sido fiel y entonces le haría una única pregunta, ¿por qué?.

Descendí por los caminos de montaña hasta el valle y me dirigí a la ruta de las caravanas. Era consciente de que mi aspecto tras los meses pasados en la montaña era extremadamente alarmante, pero no me preocupaba gracias a mis nuevos poderes recuperados. Apenas un par de días tras haber abandonado las montañas encontré una caravana que iba hacia el norte. Al verme, la caravana paró pensando sin duda que alguien viajando sólo y sin equipaje en aquellos páramos debía haber sido asaltado por ladrones.

—Saludos, buen hombre —dijo un hombre algo mayor que Armesh bajando de uno de los camellos.

—Saludos. Me alegro enormemente de que nuestros caminos se hayan cruzado.

—No me extraña, desde luego —dijo desmontando—. En cuanto te hemos visto hemos imaginado que algo debía haberte ocurrido. Mi nombre es Ushair y soy el dueño de esta caravana. Dime, ¿han sido ladrones?

—Así es, atacaron mi caravana hará unos dos días, yo soy el único superviviente.

—Lo siento muchísimo, debe haber sido terrible. Nosotros nos dirigimos a Larak, en el este, si nuestra ruta te conviene estaremos encantados de que te unas a nosotros, o, en caso contrario, acercarte hasta la siguiente aldea en el camino.

Aquella era la oportunidad que estaba esperando. Mirando fijamente a los ojos de aquel hombre entré en su mente tomado el control. Sentí como se rendía a mí sin esfuerzo, como a pesar del tiempo pasado sin haber hecho uso de aquel poder me era sencillo convertirle en mi marioneta.

—Cambiarás la ruta de tu caravana hacia la ciudad de Kish, en el norte. Me proporcionarás ropas para asearme y prohibirás al resto de tus sirvientes que comenten mi presencia entre vosotros. Para el mundo yo seré un pariente lejano que has recogido de camino.

El hombre no dijo nada pero sus pupilas se dilataron ligeramente y se giró inmediatamente para indicar a todos sus sirvientes el cambio de ruta como si hubiera sido idea suya sin saber nada de mi pequeño truco. Aquella noche acampamos en las afueras de un pequeña aldea y pude por fin asearme en condiciones, ponerme las ropas que me habían proporcionado y hacer una cena decente.

La ciudad de Kish era una de las ciudades estado del norte de Sumeria y era el lugar dónde podía empezar la búsqueda de mi hijos. Si, como creía, Liliath les había ocultado para herirme, ella era la única que podía decirme dónde se encontraban. Pero si quería encontrar a Liliath tendría que encontrar a Arpasetaj, o mejor dicho, al demonio que se hacía pasar por él y en Kish se encontraba la criatura que podía ayudarme a ello. La ciudad había sido durante mucho tiempo una de las piedras en la bota angélica. Por alguna razón que nadie sabía explicar se había convertido en un centro ocultista de primer orden. Videntes, brujas, hechiceros y curanderos se contaban por cientos en sus calles y del mismo modo lo hacía la cantidad de clientes que acudían a ellos. Inevitablemente, donde hay ese tipo de calaña hay demonios y en Kish los demonios de nivel inferior habían encontrado un paraíso perfecto para mezclarse entre los humanos y crear una especie de submundo donde nada bueno podía ocurrir. En la eterna guerra entre ángeles y demonios había héroes, cobardes y traidores en ambos bandos y la criatura que yo necesitaba encontrar había sido durante muchísimo tiempo un confidente de los ejércitos angélicos

que proporcionaba información de los movimientos que ocurrían en el mundo demoníaco. Si alguien sabía o podía averiguar donde se encontraban Liliath y su amante era él, Ascaroth.

El viaje hasta Kish nos llevó algo más de una semana pero finalmente llegamos a la ciudad poco después del amanecer. En las afueras de la ciudad encontramos otras caravanas esperando el permiso para descargar las mercancías que habían traído hasta allí. Para evitar las preguntas que habría suscitado una caravana no esperada en la ciudad y sin negocio alguno que hacer allí hice que Ushair parase la caravana justo antes de llegar a las murallas y ahí tomé el control de su mente haciendo que retomasen el camino a su destino original en Larak tan pronto como yo les abandonase. Recogí mis pocas posesiones, me puse mi manto sobre la cabeza y me encaminé al interior de la ciudad. Nada más atravesar las murallas de Kish los recuerdos de mis visitas previas llenaron mi mente. Era diferente ver la ciudad con los ojos de un humano, desde luego, pero algo era obvio, Kish no era Uruk. Si había esperado las calles rectas, limpias y ordenadas de Uruk mi mente me había engañado completamente. Kish era un auténtico laberinto de callejuelas estrechas, sucias y atestadas de gente en todos sus barrios desde aquellos próximos al río y las murallas hasta los barrios de la zona alta próximos al templo. La diosa residente de Kish, como en Uruk, era Innana y los reyes de Kish, como Gilgamesh en Uruk, habían elevado un templo impresionante en su honor aunque en este caso el templo era escasamente visitado y la cantidad de sacerdotes y sacerdotisas en él era mínima. La ciudad y sus gentes tenían todo el consejo sobrenatural que necesitaban en la ciudad y nadie prestaba atención a su diosa. Sabía que encontrar a Ascaroth no sería fácil pero tenía una idea de por donde podía empezar. Me dirigí al barrio de los hechiceros donde las tiendas de hombres y mujeres vendiendo amuletos y hechizos para remediar todo tipo de males se hacinaban sin ningún orden y entré en la primera tienda que vi. El lugar era minúsculo, oscuro y el olor era ácido e intenso y se metía en la nariz hasta la boca haciendo difícil respirar. Tan pronto como me vio entrar, un mujer mayor, menuda y arrugada se dirigió a mí.

—¡Bienvenido a tu casa forastero! —dijo sonriendo y mostrándome los dos únicos dientes que le quedaban.

—Bien hallada, mujer.

—¿Cuál de tus males es el que puedo ayudar a curar hoy, amigo? ¿Una salud frágil, un corazón roto, un dinero perdido o un enemigo reticente a abandonar este mundo?

—En realidad estoy buscando un amuleto un poco especial —dije con una sonrisa fingida.

—Si es un amuleto lo que necesitas estás en el lugar perfecto, tengo amuletos de todo tipo y para todos los usos, incluso puedo crear uno específico para ti si ninguno de los que tenemos se ajusta a tus necesidades.

—En realidad lo que estoy buscando es una daga Sesh. ¿Podrías indicarme donde encontrar una?

La cara de la mujer cambió completamente y la sonrisa se borró de su rostro. Se alejó unos pasos de mí sin dejar de mirar mi cara fijamente.

—Veo por tus palabras que eres un iniciado. Sin duda sabes que las dagas Sesh no son fáciles de encontrar. Esa raza de demonio digamos que no las entregan voluntariamente.

—Sí, lo se —contesté sin dejar de sonreír—. Pero si quizá pudieras ponerme en contacto con alguien que pueda hacerme llegar hasta sus dueños yo mismo podría discutir eso con ellos.

—Ya veo. O sea que no es la daga lo que vas buscando sino el servicio completo. ¿Puedo preguntar quién es el desgraciado que recibirá la visita de los Sesh?

—Prefiero mantenerlo en secreto, si no te importa, no quisiera estropear la sorpresa.

—Entiendo. Y, ¿qué se supone que sacaré yo de ponerte en contacto con la persona correcta?

La pregunta no me pilló por sorpresa, sabía que ahora me encontraba en los bajos fondos de Kish, un lugar donde todo tiene un precio y nada ocurre si no se paga ese precio. La mujer seguía mirándome fijamente. Poco a poco me acerqué hasta ella y puse mi cara a apenas un palmo de la suya. Podía oler el aroma agrio que despedía su cuerpo.

—Para empezar puedes conservar tu negocio y tu vida.

—Si piensas que conseguirás algo de mí con amenazas estás muy equivocado. ¿Quién crees que eres? —contestó desafiante.

—Quién soy no es importante ahora. Sí lo es, sin embargo, que no he podido evitar notar que tienes a la venta unos magníficos cuernos de demonio Ashek. Cuernos que tampoco creo que hayan sido entregados por propia voluntad, ¿me equivoco? —La cara de la mujer empezó a cambiar hacia un pálido color ceniza—. Una raza curiosa estos Ashek, orgullosos como pocos. No puedo imaginar que harían si alguien les hiciera saber qué objetos tan particulares están a la venta en tu tienda.

La mujer reculó temblorosa sin dejar de mirarme.

—Compré esos cuernos a un mercader de Babylonia, no tengo nada que ver con cómo se han obtenido.

—Bueno, en ese caso seguro que puedes explicárselos a los Ashek y ellos lo entenderán, no tienes nada que temer —dije dándome la vuelta fingiendo abandonar la tienda.

—El tuerto —gritó la mujer.

—¿Cómo?

—El hombre que puede ayudarte vive en el barrio de los prestamistas. Le llaman el tuerto, pero su nombre es Zusak.

Por fin, la información que necesitaba. Salí de la tienda dejándole claro a la mujer que si comentaba cualquier cosa sobre mi visita los Ashek oirían de ella. Existía la posibilidad de que aquella mujer me hubiera mentido, claro, pero había una parte de lo que me había dicho que me decía que no era así y que Zusak era realmente Ascaroth. Mucho tiempo atrás yo mismo había arrancado el ojo de Ascaroth dejándole tuerto y estaba seguro de que aquello no iba a facilitar nuestra conversación.

Pedí indicaciones en la calle de como llegar al barrio de los prestamistas que resultó estar en la parte más alta de la ciudad donde la gente con mayor poder adquisitivo tenía sus casas y negocios. Cuando llegué allí el cambio era obvio, las viviendas eran mucho más grandes, algunas con su propia muralla que las aislaba del exterior y las calles estaban llenas de palanquines atestados de ricos potentados y sus mujeres o amantes transportados por esclavos. Aquella parte de la ciudad de Kish se alimentaba de los bajos fondos para mantener su nivel de vida y muchos de sus miembros eran en realidad los auténticos dueños de los negocios de la parte baja, los públicos y los no tan públicos. Pregunté en una taberna dónde podía encontrar a Zusak, el tuerto y para mi sorpresa todo el mundo parecía saber dónde vivía, una gran casa en el lateral del templo. Me dirigí allí inmediatamente para evitar que las noticias de que alguien le buscaba llegasen a Zusak antes que yo. Al llegar a la casa un sirviente me recibió en la puerta y me indicó que debía esperar pues su señor estaba atendiendo a otro cliente. Me llevó hasta una pequeña sala sin ninguna decoración con vistas a unos increíbles jardines que parecían estar completamente vacíos. Ascaroth había hecho de la traición y el asesinato una forma de vida que le proporcionaba cantidades ingentes de dinero. Pero su mayor talento había sido ser capaz de llevar adelante su negocio sin involucrarse directamente en nada. Era un vendedor de contactos e información. Si alguien necesitaba un asesino, el facilitaba el nombre, si alguien necesitaba saber algo sobre los negocios o la

vida personal de alguien, el obtenía y vendía la información, siempre sin decir cómo o de quién la había obtenido. Durante años había hecho exactamente eso con los ejércitos angélicos, en ese caso a cambio de protección. Y es que, así como los niveles inferiores de castas demoníacas le toleraban sus tejemanejes, los niveles superiores tenían un gran interés por hacer desaparecer a ese elemento que desequilibraba el status quo del inframundo, si es que tal cosa existía. Por supuesto nosotros sabíamos que Ascaroth jugaba a dos bandas y que era más que probable que intentara vender información sobre nuestros movimientos a sus contactos demoníacos pero eso precisamente es lo que le había costado su ojo derecho a modo de lección, una lección que con suerte habría aprendido.

Pasó mucho rato hasta que el mismo sirviente que me recibió en la puerta volvió para acompañarme a una sala contigua. Si la sala de espera era pequeña esta no era mucho más grande pero en este caso las paredes estaban llenas de estanterías de madera con los objetos más variados desde tablillas de barro de las usadas para escribir hasta cuchillos y amuletos varios. Cuando me encontré frente a él me alegró comprobar que no podía reconocerme.

—Adelante extranjero, pasa y siéntate. ¿Puedo ofrecerte algo de beber? ¿Un poco de vino quizá?

—No gracias, espero no estar demasiado —dije sentándome en una silla de madera colocada frente a una mesa atestada de joyas.

—Debes perdonar este desorden —dijo—, acabo de recibir un pago por un transacción que tenía pendiente y no he tenido tiempo de recoger.

Era evidente que aquella era sólo una forma de mostrar sus expectativas en cuanto al coste de sus servicios pero le dejé seguir con su pantomima. El sirviente se marchó de la sala y Zusak tomó asiento al otro lado de la mesa.

—Y bien, ¿cómo puede este humilde comerciante ayudarte?

—En realidad vengo a ti en la esperanza de que seas de todo menos un humilde comerciante. Al menos, eso es lo que me han dicho.

—No deberías creer todo lo que oyes —dijo con una sonrisa cínica—, la gente no siempre es buena y gusta de inventar aquello que desconoce. De todas maneras, si me dijeses lo que necesitas estaría encantado en intentar ayudar en la medida que me sea posible.

Estaba claro que para él aquel juego de palabras sin contenido era algo que hacía todos los días y era exactamente lo que yo

recordaba de Ascaroth pero, aunque yo era el primer interesado en que la conversación fuese fluida, no tenía tiempo para perder.

—Necesito encontrar a alguien.

—Bien, directo y sin rodeos, como a mí gusta. ¿Y quién sería esa persona que has perdido, si puedo preguntar?

—Yo no he dicho que fuese una persona.

La cara de Zusak cambió dejando atrás su sonrisa para volverse absolutamente seria.

—Me temo que quien quiera que te haya enviado te ha dado una información equivocada, el tipo de servicio que tú requieres no está entre los que yo ofrezco —dijo levantándose de la mesa.

—Aún no he dicho a quién estoy buscando —respondí sin perder la calma.

—No necesitas decirlo extranjero, estamos en Kish así que creo que es mejor que nos dejemos de rodeos. Estás buscando a un demonio y yo no presto ese servicio así que es mejor que te vayas por donde has venido.

—Es una decepción —dije levantándome yo también de mi silla —. No me puedo creer que hayas cambiado tanto, Ascaroth.

Oír su verdadero nombre hizo que todo su cuerpo se tensara y que intentara huir hacia atrás pero la pared bloqueaba su camino.

—¿Quién eres? —dijo con cara de rabia y pánico.

Aquel juego había durado demasiado. Había ido hasta allí para obtener la información que necesitaba y no pretendía irme sin ella. Con un gesto de mi mano su cuerpo se alzo en el aire para golpear la pared quedando inmovilizado con los brazos extendidos. Al mismo tiempo mi espada se materializó en mi mano iluminando la oscura estancia.

—Veo que has olvidado a los viejos amigos, Ascaroth —susurré acercando mi espada a su rostro—. Pero quizá tu ojo aún recuerde.

Su cara palideció al comprender quién era el ser que tenía frente a él.

—¡No…no puede ser. Tú….me dijeron que estabas muerto!

—No deberías creer todo lo que se dice —dije con una sonrisa cínica.

—Pero…eres humano. ¿Cómo es posible?

—Dejemos a un lado los asuntos que no te importan, ¿quieres?. Y ocupémonos de los que sí tienen cierta importancia para ti, por ejemplo, qué parte de tu cuerpo voy a cercenar primero si no me das la respuesta que necesito.

—¡No, no, por favor, te lo ruego, te diré lo que quieras saber, lo que sea!

—Ahora empezamos a entendernos. Estoy buscando a un demonio Dhorak, el último de su especie.

Los ojos de Ascaroth se abrieron de par en par.

—No quedan demonios Dhorak, tu calaña acabó con ellos.

—Respuesta equivocada —dije haciendo un corte en su brazo derecho con mi espada—. El siguiente corte cercenará el brazo.

Sus gritos de dolor debían poderse oír en todo el barrio pero no me importaba.

—No se nada de un demonio Dhorak te lo juro, no te miento, lo prometo.—dijo gimoteando.

—No te creo. —Mi espada giró en el aire y un nuevo corte apareció en su brazo izquierdo. Los gritos volvieron a elevarse de tono, aquello no me estaba llevando a ninguna parte pero estaba disfrutando el proceso—. La criatura que busco va acompañado de una mujer, una vidente de gran poder. Estoy seguro que has oido algo y si no me cuentas lo que sepas tu criado tendrá que recogerte en trozos, ¿has entendido?

Su respiración se agitó y sus ojos me miraron fijamente hasta que viendo sin duda que mis amenazas eran muy reales finalmente agachó la cabeza en rendición.

—No sé quién es es ese demonio ni la mujer que le acompaña y mucho menos dónde pueden estar. Nadie lo sabe.

—Continúa.

—Desde hace unas semanas el inframundo está muy alterado. Hay rumores de un demonio de alto nivel que esta tomando el control de los clanes de demonios inferiores, lleva haciendo durante meses. Dicen que le acompaña una hechicera con un poder como no se ha visto antes en un humano. Aquellos que no se someten a su poder simplemente son eliminados. Los demonios de alto nivel han puesto precio a sus cabezas pero nadie ha sido capaz de encontrarles hasta ahora, es como si se evaporaran después de cada aparición. Llegan, matan a los jefes de los clanes, someten al clan a su voluntad y desaparecen. Eso es todo lo que sé, te lo juro.

Sus palabras me decepcionaron enormemente. Era obvio que me estaba diciendo la verdad, no sabía nada más y lo que sabía no me era de utilidad ninguna. Mi camino se cerraba apenas tras haberlo comenzado.

—Dices que han tomado control de algunos clanes, ¿cuáles?

—No se de todos pero se dice que los hijos de Belfegor han caído bajo su control.

Aquella información era my poco precisa pero me daba un punto de partida, una posibilidad de encontrar a Liliath y averiguar donde

estaban mis hijos y era todo lo que podría obtener de Ascaroth.

—Veremos si lo que dices es verdad.

—Te prometo que es verdad y es todo lo que sé, y si me bajas de aquí te prometo que esto quedará entre nosotros, nadie sabrá siquiera que has estado aquí.

—¡Oh!, de eso estoy seguro.

Un giro rápido de mi espada cercenó la cabeza de Ascaroth que calló rodando en la habitación seguida por el ruido de su cuerpo al caer al suelo. Tenía lo que había venido a buscar y Ascaroth era un cabo suelto que no podía permitirme. Cogí mi manto y salí de la casa. Sin duda los sirvientes no tardarían en encontrar los restos de Ascaroth pero considerando la cantidad de enemigos que una criatura como él debía tener no faltarían candidatos que fueran culpados de su muerte. Las palabras del demonio me habían hecho cambiar el rumbo. Parecía que Liliath y su amante estaban tomando todas la medidas necesarias para que nadie pudiera encontrarles y eso me dejaba una única salida. Sólo uno de aquellos demonios que según Ascaroth se encontraban bajo el mandato de lIliath y su amante podría decirme donde encontrarles. Los hijos de Belfegor. O más correctamente debería decir las hijas. Belfegor había sido uno de los grandes demonios de nivel superior que los ángeles habíamos combatido hacía eones. Una criatura que se alimentaba de la lujuria de los hombres, de su energía sexual subyugando sus instintos para después alimentarse de sus cuerpos y sus almas. La peculiaridad es que Belfegor y sus hijos siempre adoptaban la apariencia de una mujer y sus presas eran exclusivamente hombres. Era frecuente encontrar a esas criaturas en los prostíbulos de las grandes ciudades donde no les faltaban presas y estaba seguro que los prostíbulos de Kish no eran una excepción. Una vez más la tabernas de la ciudad fueron la mejor forma de encontrar indicaciones para llegar hasta los burdeles de la ciudad. Sabía que la casta de Belfegor no estaría en los locales más grandes y concurridos, demasiado difícil ocultar los cadáveres de sus presas allí, así que fingí estar interesado en el burdel más discreto que pudiera encontrar. Pronto una de las mozas de la taberna en la que entré me indicó un lugar apartado en la ribera del río, en la parte sur de la ciudad. Y allí me dirigí aquella misma noche.

La calle donde estaba la casa de putas era oscura y estrecha y sólo parecía iluminarse con la poca luz que la luna reflejaba en el río que discurría paralelo a ella. Al llegar a la puerta un hombre viejo y arrugado que hacía las veces de portero me sonrío sin dientes y me dejó pasar. Sabía que la parte más difícil iba a ser

distinguir las putas corrientes de las hijas de Belfegor y la verdad es que no tenía idea de cómo iba a hacerlo pero confiaba en que, igual que pude ver la verdadera forma de Arpasetaj, mis poderes me ayudasen a distinguir la puta correcta. En cuanto estuve en el interior tres mujeres vinieron directas hacia mí y me agarraron con promesas de todo tipo de placeres hasta que me llevaron a un rincón donde se acumulaban unos cojines viejos que olían a algo que prefería no identificar. Una de ellas puso una copa de vino en mi mano mientras todas ellas se sentaban a mi alrededor y empezaban a tocarme sensualmente jugando por llamar mi atención. Por más que intenté concentrarme no pude ver nada demoníaco en ninguna de ellas. Cabía la posibilidad de que mis poderes me estuviesen fallando o de que en aquel burdel no hubiera ninguna de las hijas de Belfegor en cuyo caso estaba perdiendo mi tiempo. Sumido en aquel pensamiento estaba a punto de tirar la toalla cuando de repente vi a una mujer al fondo de la sala. Era alta, morena, con el pelo largo hasta la cintura y con la cara pintada de forma acentuada. Bajo todos los puntos de vista era una mujer muy atractiva, sólo que no era una mujer. Concentré mis energías en enfocar su imagen y entonces el velo cayó. La mujer dejó paso a una criatura de piel verdosa y escamada con los ojos de un amarillo intenso y colmillos que sobresalían ligeramente de su boca. Era exactamente lo que necesitaba. Les dije a las mujeres que me acompañaban que era aquella mujer la que yo quería. Todas ellas pusieron una cara de enorme disgusto por las ganancias que veían perdidas e intentaron convencerme de que escogiera a una de ellas.

—¿Shalima? Ella no es ni la mitad de experta que yo, no disfrutaras con ella tanto como conmigo.

—Shalima no es dulce como yo, mi señor, es agresiva y arisca.

—Está plagada de enfermedades contagiosas mi señor.

Por más que sus esfuerzos me provocaban la risa no podía desviarme de mi objetivo. Viendo la presa perdida una de ellas se levantó y le explicó a la mujer que ella era la escogida. La mujer se acercó hasta mí y todas las demás me abandonaron derrotadas.

—Me dicen que gustas de mi compañía, mi señor —dijo reclinándose a mi lado.

—Así es. Aunque tus compañeras no han hecho muy buena propaganda de tus talentos.

—La envidia es así, mi señor —respondió metiendo la mano bajo mi túnica y agarrando mi miembro que reaccionó inmediatamente a su juego.— Pero creo que es mejor que seas tú quien juzgue mis...talentos.

—De momento pareces muy hábil.

—Ven mi señor, vamos a un sitio más privado —dijo agarrándome de la mano y llevándome al piso superior.

Entramos en una habitación oscura, con un catre y un par de velas en una mesa vieja que iluminaban tenuemente la sala y una pequeña ventana cerrada a cal y canto en la pared del fondo. Tan pronto como estuvimos dentro la mujer dejo caer su manto para mostrarse completamente desnuda frente a mí. Con sus manos deshizo el mío y me guió hasta el catre. Apenas me dio tiempo a tumbarme cuando empezó a jugar con mi miembro en su boca haciendo que mi cuerpo respondiese sin reparos a sus órdenes. Sentía como mi deseo tomaba el control de mi cuerpo y deseaba tomar el control del suyo. De repente se incorporó y se sentó encima de mi convirtiendo el placer en locura. Sus movimientos controlaban todo mi ser, mis ansias y mis ganas por el suyo. Me incorporé y la giré poniéndola a cuatro patas para tomarla por detrás. Ella disfrutaba aquel juego de poder dejándome hacer esperando sin duda el momento en que mis fuerzas se hubieran agotado para devorarme. Mi mente se llenó de imágenes de mis noches de pasión y amor con Liliath. Amor. Sólo yo había sentido amor en aquella pantomima. La rabia y el orgullo heridos tomaron las riendas de mi cuerpo y empecé a penetrar a la puta con más fuerza mientras ella gritaba pidiéndome más. Finalmente mi cuerpo no pudo más y se dejó ir a la par que un alarido salía de mi garganta, el momento que ella había esperado. Sentí como su cuerpo se tensaba preparado para girarse sobre mí pero se encontró con una sorpresa inesperada, mi espada bajo su garganta. Mi otra mano agarró su pelo llevando su cabeza atrás.

—No ha estado mal pero ahora tú y yo vamos a tener una conversación.

—!Suéltame maldito bastardo! —gritó.

—Será mejor que te calles. Si viene alguien de la casa tu garganta tendrá un agujero nuevo. —Su única respuesta fue un gruñido—. Sé lo que eres y si has visto la espada sobre la que descansa tu cuello sabrás lo que soy yo. Ahora voy a hacerte unas preguntas que vas a responder de forma clara y con la verdad o lo único que podrán recuperar de ti tus amiguitas de abajo será las tripas que puedan despegar de las paredes, ¿entendido?

Un nuevo gruñido hizo las veces de un sí.

—Tu clan ha sido sometido recientemente por un demonio Dhorak acompañado de una mujer, ¿cierto?

— Sí es cierto pero, ¿cómo...?

—He dicho que yo hago las preguntas —dije tirando de su pelo con fuerza haciendo que se retorciese de dolor—. ¿Dónde se esconden? ¿Dónde puedo encontrar a la mujer que sirve al demonio?

—No lo sé.

—No te creo —apreté la espada contra su cuello—. Piensa bien lo que te juegas.

—No lo sé, es la verdad. Llegaron de repente, se reunieron con los jefes del clan y lo siguiente que supimos es que estaban muertos. El demonio nos amenazó con el mismo destino si no nos convertimos en sus vasallos. La mujer mató a la mitad de nuestros hijos como advertencia.

Aquella frase me dejó helado y por poco pierdo el control sobre el demonio.

—No me creo que se conformasen con una promesa de vasallaje y se marchasen, sin duda debieron quedarse cerca de vosotros para controlaros.

—No entiendes nada, no necesitan hacerlo. Cuando un demonio reconoce a otro como su señor se forma un vínculo mágico que obliga al demonio a cumplir sus órdenes siempre y en todo momento, aunque esté en el otro lado del mundo. Una vez que tienen el juramento de todo el clan, no necesitan quedarse cerca, somos simplemente suyos.

Mi mente empezaba a pensar que aquel también sería un túnel sin salida. Si no podía conseguir la información que necesitaba me encontraría sin camino a seguir, sin modo de encontrar a mis hijos.

—Así que es así de sencillo, ahora sois esclavos de un demonio Dhorak.

—No, te equivocas. Ahora somos esclavos de la mujer del pelo rojo, el demonio Dhorak trabaja para ella.

La obviedad de las palabras de aquella criatura me golpeó con fuerza. Por supuesto que el demonio no era el artífice de todo aquello, lo era Liliath y su ansia de poder. Los extremos hasta los que ese ansia le había llevado parecían no tener fin, estaba dispuesta a todo, hasta convertirse en el ama de un grupo de demonios.

—El demonio, ¿cuál es su nombre?

—Se hace llamar Teragon.

El nombre no me sugería nada, ningún recuerdo de mis guerras con los Dhorak así que supuse que no debía haber estado involucrado y quizá por eso había logrado escapar a nuestro exterminio.

—Si no me crees puedes preguntar a otros demonios —dijo la mujer—. No somos los únicos que han caído bajo su poder, se están haciendo con el control de todo el nivel inferior del inframundo.

No podía imaginar cuál era el objetivo de Liliath, qué deseaba conseguir controlando unos cuántos clanes menores de demonios pero aquello no importaba demasiado. De momento tenía todo lo que podía obtener de aquella criatura, no era la esperanza que yo necesitaba pero al menos me dejaba una puerta abierta para poder localizar a Liliath. Si su plan era apoderarse de los clanes menores y había varios que ya habían caído aún tenía la posibilidad de encontrar a alguien o algo que supiera como localizarla. Si algo había aprendido en mis años como soldado es que nunca puedes emprender un ataque de esa envergadura sin aliados y si localizaba a esos aliados, localizaría a Liliath.

Mi mano se deslizó rápidamente bajo la garganta de la criatura que emitió un sonido sordo. Nuestra conversación había terminado. Dejé el cadáver sanguinolento sobre la cama y me vestí. Antes de abandonar la habitación eché un último vistazo atrás y vi que la criatura había recuperado su verdadera forma medio reptiliana. Sin duda aquel burdel daría mucho que hablar a la mañana siguiente.

A partir de aquella noche mi vida entró en una rutina obsesiva que sólo tenía un objetivo, averiguar el paradero de Liliath. Cada noche me dirigía a los bajos fondos de la ciudad buscando demonios a los que sacar información sobre la que fuera mi mujer, sus planes y su paradero y casi siempre el resultado era el mismo, un demonio menos sobre la faz de la tierra y una nueva puerta cerrada. Aquella obsesión acabo por llevarme fuera de Kish, a otras ciudades de Sumeria y Accad pero en todas ellas la sombra de Liliath se me escapaba de las manos. Aquí y allá oía rumores sobre un nuevo clan de demonios subyugado por Liliath y eso hacía que centrara por un tiempo mis esfuerzos en esa raza concreta esperando obtener algo de información útil pero nunca nada definitivo. La falta de resultados hizo que empezara a disfrutar la otra parte del proceso, la sangrienta y, sin darme cuenta, poco a poco mis noches de caza acabaron por ser una excusa para exterminar demonios. Una parte de mí se recreaba en el dolor producido a aquellas criaturas, en la sangre derramada y en la tortura y paulatinamente aquella parte fue tomando el control. Los días dieron paso a los meses y los meses a los años y seguía sin obtener nada. Por su parte, el plan de Liliath estaba siendo un verdadero éxito y no sólo era la reina de numerosos clanes inferiores de demonios sino que incluso los humanos empezaba a caer bajo su poder. En muchas ciudades

menores me encontré con templos dedicados a una deidad femenina, oscura, de pelo color fuego a la que se veneraba desde el miedo. Y aunque los humanos habían deformado su nombre transformándolo en Lilith no era difícil saber a quién representaba. Ver como ella obtenía todo lo que deseaba mientras yo tenía que vivir sin mis hijos me llenaba de rabia y odio, y ese odio contribuyó a que me fuera olvidando de mi meta original para ser simplemente una fuente de muerte y destrucción a la que los demonios también bautizaron con un nuevo nombre, el exterminador. Mi nombre generaba pavor entre las castas demoníacas y eso me generó numerosos enemigos entre los niveles superiores que no dudaron en intentar pararme. Pero ninguno de sus esfuerzos podía detener mi ansia de sangre y mi vida se convirtió en la de un peregrino que recorría los diferentes reinos de los hombres matando a cuanto demonio podía encontrar por puro placer. Sin embargo, ni siquiera yo podía escapar al poder del tiempo. Sin apenas darme cuenta habían pasado trescientos años y aunque mi apariencia no había envejecido ni un sólo día de repente me encontré con que mi búsqueda ya no tenía sentido. Seguía oyendo rumores sobre Liliath, sobre revueltas en contra de su poder a las que había aplastado pero incluso ella parecía haber cesado en sus planes de dominación del inframundo. No sabía si los rumores eran ciertos, y si lo eran no sabía a qué poder había recurrido para seguir viva después de tanto tiempo, pero ya no importaba. Mis hijos eran humanos y, como tales, estaban sometidos a la inevitabilidad del tiempo. Después de trescientos años mi corazón había aceptado que los había perdido para siempre y sólo podía aferrarme a la esperanza de que hubiesen tenido unas vidas felices y largas.Y así, entregando mi corazón a la realidad de una soledad que llevaba viviendo siglos, me convertí de forma definitiva en aquello que llevaba siendo tanto tiempo, el exterminador.

En todo aquel tiempo no había sabido nada de Abaddon o de los arcángeles aunque no me cabía ninguna duda de que debían saber de la existencia de mi alter ego pero supongo que no le dieron importancia a una criatura que, a fin de cuentas, les estaba haciendo el trabajo sucio eliminando demonios y que no tenían forma de vincular con Helel. Durante aquél tiempo me convertí en una especie de fantasma, sin mantener relaciones con nadie y sin pasar mucho tiempo en ningún sitio, nadie sabía nada de mí, nadie me conocía y así no se levantaba ninguna sospecha al respecto del por qué de mi apariencia inmutable. Los imperios y reinos que conocí cayeron. Aquellos reyes que creían ser tan importantes en su

propio tiempo y que pasarían a la historia fueron olvidados para ser sustituidos por un nuevo rey, Sargon, que conquistó todas las ciudades imperio de Sumeria y Accad creando un gran imperio y unificando al pueblo, su fe y hasta su lengua. Pero incluso en este imperio las vidas de los humanos no cambiaron demasiado, siguieron con sus alegrías y sus miserias y yo me convertí en un observador silencioso de su paso por la tierra. Y un día, por fin, encontré las fuerzas para hacer algo que no me había atrevido a hacer en todo ese tiempo, retornar a Uruk. Ni siquiera yo soy ajeno a los recuerdos y las heridas que llevan asociadas, heridas que para mí no cerrarían nunca. No había tenido ninguna razón para volver a Uruk en todo aquel tiempo y tampoco la tenía ahora pero trescientos años de soledad es mucho incluso para un corazón eterno y, casi por casualidad, sin pensarlo siquiera me encontré de nuevo en sus calles. Esta vez me había transportado hasta una aldea cercana y disfrazado como un peregrino de camino al templo hice el día de distancia que me separaba de Uruk a pie. Entré en la ciudad por la puerta Norte, la más cercana al templo y lo primero que comprobé fue que la ciudad no había cambiado nada. Sí, algunos edificios habían sido derruidos y otros construidos aquí y allá pero la ciudad seguía siendo la misma, bulliciosa, abarrotada y viva, tremendamente viva. Los rostros habían cambiado pero seguía habiendo mercaderes en las calles, mujeres lavando en las plazas y campesinos de camino al templo. Mis pies me hicieron recorrer la ciudad recreándome, no en lo que veía, sino en lo que recordaba porque aunque mi cuerpo estaba en aquella nueva Uruk mis ojos sólo podían ver la antigua. Pasé el día entero recorriendo sus calles, empapándome de sus olores, idénticos a los que un día conocí. La ciudad estaba ahora gobernada por consejos que reportaban a Sargon en la ciudad de Kish, ningún recuerdo quedaba de Gilgamesh o su gente y me pregunté cómo habría acabado la vida del hijo de Rafael y si alguna vez supo que fui yo quién mató a su padre. Nada de aquello importaba en realidad. Era triste pensar que me encontraba tan sólo que ni mis antiguos enemigos estaban ahí para recordarme mi pasado. Mis pasos me traicionaron llevándome hasta el lugar dónde nunca quise llegar. Mi antiguo hogar. La casa de Armesh ya no existía y en su lugar una casa diferente ocupaba el terreno de la propiedad y me sentí agradecido por no tener que revivir la pena de los amigos perdidos. Pero mi agradecimiento duró poco. Junto a la que había sido su casa, el que fue mi hogar seguía en pie. La casa no había cambiado un ápice excepto por una nueva muralla baja que había sido construida a su alrededor. Sin

pensar en lo que estaba haciendo crucé el umbral del jardín y me dirigí al interior de la casa. En cuanto entré una mujer menuda y su hija de unos ocho años me miraron asustadas sin duda preguntándose quién era yo y que hacía allí.

—No podeis verme, nunca he estado aquí —dije tomando control de sus mentes y las dos inmediatamente volvieron a su vida como si yo no estuviera allí.

Caminé por la salas de la casa cómo un fantasma. Por los objetos que podía ver en la casa deduje que su marido era agricultor y probablemente estaba en el mercado intentando vender su cosecha o en algún campo cercano ocupándose del riego. De repente entré en el que había sido mi cuarto con Liliath y allí, la imágenes me asaltaron sin que hubiera defensa posible, mi primera noche de amor con Liliath y todas las posteriores, Suriath sosteniendo a mis hijos en sus brazos, las sonrisas de Narmesh y Niel y finalmente la nada. Y allí, sin que nadie me pudiera ver, en un casa que ya no era la mía, yo, Lucifer, lloré por toda la felicidad perdida pero, sobretodo, lloré por mí.

Cuando logré volver en mí salí al jardín para abandonar la casa y el aire caliente me golpeó el rostro. Mis ojos tardaron un momento en adaptarse a la luz exterior y entonces la vi, de pie frente a mí, sin que hubiera cambiado lo más mínimo desde el último día que nos vimos, Liliath. Su rostro me miraba sereno aunque sin sonreír y su cuerpo permanecía parado, sin moverse, como si fuera una estatua incorporada al jardín. Aquella imagen colapsó mis sentidos incapaces de procesar lo que estaban viendo. La imagen, cómo en un sueño, se movió para acercarse a mí y con una suavidad infinita y mirándome fijamente a los ojos tocó mi frente con la ternura de un amante y, en un segundo, todo lo que me rodeaba cambió. Me encontraba en un lugar oscuro, cerrado y tremendamente frío. Mi cuerpo intentó moverse pero algo sujetaba mis muñecas limitando mis movimientos. Miré a mi alrededor con atención y vi que me encontraba en una especie de cueva enorme de la que no no podía ver el techo. Alguien me había atado a una de la paredes de la cueva con lo que ahora podía ver que eran cadenas de un grosor enorme. Quise gritar que me soltaran pero parecía estar sólo en la cueva. Mis intentos por soltar las cadenas fueron inútiles y cuando intenté hacer uso de mis poderes me encontré con que de alguna manera era como si me hubiesen privado de ellos, como si me hubiesen vaciado por dentro. De repente, una luz al fondo de la cueva captó mi atención. Por la forma en la que iluminaba pude ver que la cueva era absolutamente enorme, más

grande de lo que podía imaginar desde mi posición. La luz se fue acercando lentamente hasta colocarse a distancia suficiente para que pudiera ver que se trataba de un pequeño candil de aceite y su portadora no era otra que Liliath.

—Tú. ¿Qué es todo esto? ¡Suéltame ahora mismo!

—Te recomiendo que no malgastes tus energías. Por más que lo intentes no podrás soltarte de esas cadenas —dijo acercando la luz a mi rostro—. Entiendo que no tienes ni idea de dónde nos encontramos. —Una sonrisa cínica llenó su cara—. En realidad es irónico. Esta cueva, fue creada por uno de tus hermanos, el arcángel Uriel, como prisión para demonios.

El nombre de Uriel hizo que mis sentidos se pusieran en alerta. Uriel había sido el primer exiliado de los cielos. Creado como un arcángel siempre se había opuesto a la destrucción de los demonios por considerarlos parte de la creación de mi padre. En su lugar, Uriel prefería encerrar a aquellos demonios incontrolables como aviso para todos los demás. Imaginé que debía haber creado aquella prisión para tal fin. Desgraciadamente, su manera de tratar a los demonios no fue my popular entre los otros arcángeles que argumentaban que las acciones de los demonios sólo podían ser paradas con su muerte y extinción. Uriel se vio sólo y decidió que no podía seguir apoyando a sus hermanos por lo que abandonó el cielo sin que ninguno de nosotros hubiera sabido más de él en eones.

—Por tu rostro veo que sabes de quién hablo —continuó—. Lo que probablemente no sabes es que esta prisión no es sólo para demonios. Las características del material con el que esta construida hacen que el poder de cualquier criatura de origen sobrenatural quede completamente anulado.

Mi mente empezó a ver por qué Liliath me había traído a aquella cueva y lo estúpido y fácil de engañar que había sido.

—¿Sabes, Helel? Tu naturaleza siempre me ha intrigado. Un ángel, hecho humano y sin embargo no eres humano en absoluto. De hecho, no estaba segura de si esta prisión funcionaría contigo pero parece ser que aunque tu cuerpo sea humano tu naturaleza realmente no lo es.

Intenté una vez más encontrar la energía en mi para romper aquellas cadenas pero mi esfuerzo fue en vano. Liliath tenía razón. Yo que nunca había querido ser completamente humano me encontraba con que aquella iba a ser precisamente mi condena.

—Por cierto, no te he dicho que la cueva no funciona con humanos así que mis poderes siguen intactos. —Con un movimiento

ligero de sus dedos hizo que en mi pecho se abrieran unos cortes profundos que empezaron a sangrar profusamente, el dolor era terrible—. !Me encanta, resulta que para el dolor si eres completamente humano¡

—No se qué es lo que quieres de mí, Liliath pero te aseguro que cuando logre liberarme de estos grilletes te haré pagar por todo el dolor que me has causado, a mi, a nuestros hijos y a toda tu familia.

Su risa resonó en toda la cueva.

—Eres verdaderamente divertido. Déjame que te explique unas cuantas cosas empezando por lo que quiero de ti. Quiero que desaparezcas de mi vida, quiero acabar lo que empecé hace trescientos años, quiero poder continuar con mi existencia sin el lastre de un marido celoso que intenta desbaratar mis planes. No creo que sea mucho pedir, realmente.

Su rostro mostraba una rabia que conocía bien. Una parte de mi se alegró de saber que, al menos, el tiempo que había pasado tratando de darle caza había sido una espina dolorosa y decidí intentar usar aquello en mi beneficio.

—Veo que no has podido olvidarme. ¿Te ha creado muchos problemas con tu amante tener a tu marido permanentemente presente?

—¿Amante? ¿Te refieres a Arpasetaj? Por favor, no me hagas reír, hace siglos que me libré de él —dijo con un carcajada—. Él no era más que una herramienta para llegar a donde a mi me interesaba. Tan pronto como empecé a tener el control de los clanes demoníacos le hice desaparecer.

La forma tremendamente fría en la que lo dijo me hizo comprender que en aquella criatura que tenía ante mí no quedaba nada de la Liliath que yo había conocido. O que quizá aquella Liliath nunca existió. Aquella criatura era capaz de todo para alcanzar el poder y resultaba evidente que su ambición no tenía límite alguno.

—En el fondo me parece injusto que ni tú ni mi familia entendierais los sacrificios que yo he tenido que hacer para poder llegar donde estoy. ¡Por favor, incluso tuve dos renacuajos tuyos! Por cierto, ya me explicarás qué es lo que hiciste con ellos porque es obvio que no han estado contigo.

Sentí que mi corazón se paraba en aquel momento. Sus palabras sugerían que ella tampoco sabía qué había ocurrido con Narmesh y Niel. Todo ese tiempo yo había creído que ella era la responsable de su desaparición pero si verdaderamente ella no conocía que fue de ellos yo había estado trescientos años perdiendo mi tiempo.

—Pero...un momento —dijo acercándose a mi y mirándome a mi cara que estaba completamente descompuesta—. Tú tampoco sabes que fue de ellos, ¿verdad? —Sus carcajadas volvieron a resonar en toda la cueva—. ¡No me lo puedo creer! Déjame adivinar, creías que era yo quien los tenía, ¿verdad? ¡Ah, Helel, eres tan inocente! ¿De verdad creíste que aquellos bastardos me importaban lo más mínimo? Me pregunto qué sería de ellos. No es que importe, claro, a estas alturas sus huesos deben ser polvo, pero habría estado bien saber si alguno de ellos sacó algo de mí.

La forma tan despectiva en la que hablaba de nuestros hijos hizo que toda la rabia que llevaba contenida mi interior saliera a flote y con un grito inmenso que resonó por toda la cueva mi cuerpo tiró con todas sus fuerzas de las cadenas que me sujetaban. Las paredes de la cueva temblaron ligeramente y algo de piedra calló al suelo pero las cadenas no se movieron de su lugar.

—¡Basta! —gritó girándose para mirarme a la par que una honda de energía golpeaba mi cuerpo provocándome un dolor inmenso—. No tengo tiempo para tus tonterías. Tu historia conmigo acaba aquí, ¿me entiendes? No te preocupes, no te mataré. Tu destino será pasar el resto de tus días aquí encerrado, en la oscuridad y el frío, sólo con tus recuerdos y con la culpa de aquellos que han muerto por ti. Y teniendo en cuenta que a estas alturas ya te habrás dado cuenta de que lo que queda de tu naturaleza angélica te hace inmortal, esta condena va ser muy, muy larga.

Sin dejarme responder su mano lanzó el candil al suelo y la última luz iluminó el espacio vacío donde ella había estado. La oscuridad lo llenó todo. Con todas mis energías grité su nombre que resonó en la cueva sin recibir ninguna respuesta excepto la del silencio más absoluto.

9
Fantasmas

Becca giró la última página del libro deseando desesperadamente que aquel no fuese el final pero no había nada más. Miró la hora y se dio cuenta de que había pasado toda la noche enganchada en aquella historia que no podía comprender. Todo aquello habría sido perfectamente normal si aquel libro tuviera un autor, si estuviera completo y sobre todo, si no estuviera escrito con su propia sangre. No tenía explicación para prácticamente nada de lo que le estaba ocurriendo en los últimos días pero lo único cierto era que estaba ocurriendo. El libro no era una fantasía, no lo había creado su mente, existía, podía tocarlo y podía leerlo. La Becca que ella conocía habría descartado aquella historia como las fantasías de un autor de cuarta que, sin demasiado talento, pretendía contar la historia de Lucifer como si fuese una novela barata pero algo dentro de ella le gritaba que había mucho más que eso. Aunque no supiera por qué, sentía la necesidad de saber más. De alguna forma, dentro de si misma sabía que aquella historia era importante para ella aunque no supiera como conectaba con el resto de su existencia y la única persona que podía explicar el por qué de todo ello era quien se lo había hecho llegar, su padre.

Se levantó de la cama y abrió las cortinas de la habitación. El día estaba nublado, triste pero la cantidad de luz que entró a través del gran ventanal le ayudó a recuperar algo de la energía perdida debida a la falta de sueño. Se metió en la ducha y el calor del agua la reconfortó enormemente. Miró su mano y vio que el corte que se había hecho para poder leer el libro no tenía tan mal aspecto como

inicialmente había esperado, no era demasiado profundo y ya no sangraba aunque le dolía al tocarlo. En la ducha su mente organizó el día minuto a minuto. Tomaría el desayuno con Charice y sería entonces cuando le diría que necesitaba acercarse a Glasgow para firmar unos papeles en una notaría, todo relacionado con la inmensa fortuna que acababa de heredar. Charice, sin duda insistiría en acompañarla pero pretendía tentarla con una visita a un spa a una hora en la dirección opuesta. Si conocía algo a Charice, era improbable que entre un notario y un spa eligiese el notario. Después cogería uno de los coches de la casa y conduciría ella misma hasta Rowhill Manor, el hotel donde esperaba poder averiguar algo coherente sobre su recién aparecido padre.

El plan salió tal y como ella esperaba excepto por un pequeño detalle, Charice insistió en acompañarla y ni siquiera la tentación del spa pudo disuadirla. Becca no sabía si Charice sospechaba algo o si lo hacía tan sólo por no dejarla sola pero el caso es que aquello la colocaba en una situación complicada y se vio en la obligación de contarle sus verdaderas intenciones. Evidentemente no pretendía contarle nada a Charice del libro, la sangre y todo lo demás sino que le vendió la idea de que quería conocer en persona a su padre y aquel era el primer paso necesario, algo que Charice entendía aunque no acabase de compartirlo.

—A ver cariño, no voy a ser yo quien te dé lecciones de amor familiar cuando a duras penas veo a mi padre más allá de las fiestas obligatorias pero quiero que estés reparada para lo que puedas encontrar. Este señor, Lord o no, se ha tomado veinticinco años para encontrarte y, aún entonces, no se ha molestado en presentarse él mismo sino que lo ha hecho a través de un abogado —dijo sin dejar de mirar a Becca evaluando la reacción a sus palabras—. Tienes todo el derecho del mundo a estar emocionada con la idea de tener una familia pero, ¿te has planteado que quizá él no quiera conocerte?

—No tiene nada que ver con la idea de tener una familia —respondió Becca—, si me apuras es más bien al contrario. Creo que después de esos veinticinco años tengo derecho a algunas explicaciones y a que esas explicaciones se me den en persona, ¿no crees?

—Eso me parece mejor —dijo Charice sonriendo—. Por un momento me habías asustado, pensé que te había entrado un ataque de papitis ausentis. Si a lo que vamos es a joderle ya voy mucho más animada.

Becca no pudo por menos que echarse a reír. Le dolía no poder

contarle a su amiga toda la verdad de lo que le estaba pasando pero el carácter pragmático de Charice no habría sido capaz de entenderlo. A decir verdad, Becca no estaba segura de que nadie en sus cabales pudiera.

El camino hasta Rowhill Manor duró media hora más de lo esperado porque con todo y navegador Becca se perdió dos veces pero finalmente lograron dar con el lugar. Si en las fotografías el sitio le había recordado a Duncan Hall a medida que se acercaron a él Becca se dio cuenta de que el tamaño no tenia nada que ver, era mucho más pequeño. Era evidente al ver la estructura que el edificio había vivido tiempos mejores y el gran cartel luminoso ubicado a la entrada de los terrenos no ayudaba demasiado en lo que se refería a primeras impresiones. Dejaron el coche en una de las plazas para visitantes y entraron inmediatamente. Los dueños habían reorganizado interiormente el hotel de forma que el comedor ocupase el antiguo hall del edificio al que se llegaba por una gran escalera de madera desde las habitaciones así que la recepción no se encontraba, como habría sido de esperar, en la gran entrada de la casa sino en una entrada lateral relativamente difícil de encontrar. Al entrar, un pequeño mostrador de madera con una muchacha regordeta de unos veinte años que hacía las veces de recepcionista fue el único recibimiento.

—Buenos días, bienvenidos a Rowhill Manor, ¿puedo ayudarles? —les espetó la muchacha con un exceso de ganas y levantándose como por resorte.

—Buenos días. Mi nombre es Rebecca Engels y quisiera saber si ustedes podrían indicarme dónde encontrar al señor Daniel McGregor.

La cara de la muchacha era un poema.

—¿Daniel McGregor? ¿Quiere decir que es uno de nuestros clientes? Déjeme mirar la...

— No, no —le interrumpió Becca—. Discúlpeme, creo que me he explicado fatal. Verá, estamos buscando a Daniel McGregor, Lord Daniel McGregor. He visto en su página web que esta era la antigua casa de los McGregor y que los miembros actuales de la familia aún tienen lazos con ella y pensé que quizá ustedes pudieran indicarme si le conocen.

—¿Puede esperar un momento? —dijo la muchacha mientras se alejaba con una cara que le hizo pensar a Becca que iba a llamar a la policía.

—Creo que piensa que estamos locas, cariño —dijo Charice leyendo su pensamiento.

Al cabo de un par de minutos la muchacha volvió acompañada de una mujer algo mayor y considerablemente delgada.

—Buenos días, soy la señora Martindale, la gerente del hotel, Sarah me ha dicho que tenían ustedes una petición algo peculiar —dijo con una sonrisa conciliadora.

—Buenos días. Mi nombre es Rebecca Engels y creo que debo comenzar por disculparme, estoy segura que nuestra pregunta no es de lo más habitual —dijo devolviendo la sonrisa—. Estamos intentando encontrar la forma de contactar con el señor Daniel McGregor y pensamos, probablemente de forma equivocada, que dados los lazos de este hotel con la actual familia McGregor quizá ustedes podrían orientarnos.

—Bueno, desde luego no es el tipo de pregunta que recibimos todos los días—contestó la mujer sin dejar de sonreír—. Pero me temo que ha habido un malentendido. La familia McGregor, los dueños originales de esta casa, hace mucho tiempo que desaparecieron. Los últimos descendientes vendieron la casa a la familia Campbell en el siglo dieciocho y estos a un potentado inglés, Henry Mitford, en el siglo diecinueve. Ellos son los actuales dueños del edificio aunque la explotación como hotel está subrogada a una multinacional hotelera con sede en Londres.

Becca sintió como si le hubieran echado encima un cubo de agua fría. Por un segundo había creído que aquella visita le daría la forma de contactar con su supuesto padre y aclarar muchas cosas pero había resultado otro callejón sin salida.

—De todas maneras, es curioso que pregunte específicamente por ese nombre.

—Ah, ¿si? ¿Por qué? —preguntó inmediatamente Charice.

—Déjenme que se lo enseñe —respondió la mujer saliendo de detrás del mostrador y guiándolas a través de unas dobles puertas de cristal que daban directamente al comedor y haciéndolas subir las escaleras de madera hasta el segundo descansillo.

—Verá, como gerente del hotel tenemos que estudiar la historia de la casa a fin de poder explicárselo a nuestros clientes y, curiosamente, Daniel McGregor es posiblemente su inquilino más famoso y quizá también el más infame.

—¿A qué se refiere? —preguntó Becca casi con miedo de la respuesta.

—Bueno, en su época fue un personaje muy controvertido. Fue amante de María de Guisa, la esposa de Jacobo IV de Escocia y madre de María de Escocia a la que seguramente conocerán porque paso encerrada veinte años en la torre de Londres como resultado

de sus malas relaciones con su prima, Isabel I. María de Guisa tenía fama de libertina y parece ser que él le iba a la par. Se dice que él tenía un control absoluto sobre ella no sólo por sus habilidades sexuales —dijo guiñando un ojo a Becca y Charice—, sino por que, a decir de sus contemporáneos, tenía contactos con el mundo de lo oculto, brujería y esas cosas, ya saben. En esa época esas cosas estaban muy mal vistas, la brujería digo no lo del sexo, y eso acarreó muchas desgracias para el clan McGregor de las que finalmente no pudieron recuperarse. Curiosamente, él desapareció tras la muerte de María y nunca más se volvió a saber nada de él. Hay quién dice que una de sus otras amantes, Lady Camille Dubois, pudo haberle escondido por un tiempo en Duncan Hall, a unas millas de aquí pero nunca se confirmó.

Becca tuvo que agarrarse a la escalera para no caerse de espaldas.

—¿Ha dicho Duncan Hall?

—Sí, ¿por? Lady Camille Dubois fue una de las dueñas de Duncan Hall, es una mansión enorme en la orillas del lago pero no creo que puedan visitarla, sigue siendo una residencia privada.

—Sí, lo sabemos —dijo Charice afortunadamente sin añadir nada más.

Becca no sabía como reaccionar. No había encontrado ninguna pista de su padre pero las relaciones de la familia McGregor y de su propia familia parecían venir de mucho más lejos de lo que ella esperaba.

—Y este es el caballero en cuestión —dijo la mujer parándose en uno de los descansillos y apuntando a un retrato enorme elevado en la pared.

Becca y Charice elevaron la mirada para observar el cuadro que apuntaba la mujer.

—Santo Armani Bendito —dijo Charice en cuanto vio el rostro del hombre.

—¡Vaya, no me había dado cuenta del parecido cuando las he visto! —respondió la mujer.

Becca no podía separar su mirada del rostro del hombre que la miraba intensamente desde el cuadro. Más allá de la vestimenta recargada, la peluca y los colores oscuros del cuadro, aquel hombre era su vivo retrato. El color de los ojos era diferente, sus rasgos estaban ligeramente más marcados como era de esperar en un hombre pero no cabía duda ninguna de que el parecido era mucho más que razonable. Sus rasgos unidos a la postura soberbia que mostraba en el cuadro y aquella mirada absolutamente desafiante le

convertían en un hombre absolutamente atractivo pero de una forma que iba mucho más allá de lo físico.

—Sí, ya sé lo que están pensando —prosiguió la mujer riendo abiertamente—, ¡vaya suerte la de María de Guisa! No se puede negar que el caballero era tremendamente guapo. En fin, sea como fuere él desapareció allá por mil quinientos setenta y cinco, algunos años tras la muerte de María. La historia local dice que una turba enfurecida atacó la casa con intención de ejecutarle por delitos de brujería y traición pero que él fue alertado por su amante Camille que le refugió en Duncan Hall como les he explicado antes y nunca más se volvió a saber de él.

Becca no podía decir ni una sola palabra. El sonido de la voz de la mujer llegaba hasta ella y su cerebro registraba la información pero de alguna manera su alma estaba perdida en aquel cuadro, en aquella mirada. Una vez más la vida la había llevado por un camino inesperado y en la esperanza de encontrar a un Daniel McGregor se había topado con otro. Otro que de alguna manera estaba vinculado también a Duncan Hall y a su familia y, aunque no sabía explicar como, también a ella misma. Fue Charice quien la sacó de su ensimismamiento con su habitual dosis de pragmatismo.

—Bueno, ha sido verdaderamente interesante pero es evidente que este no es el señor Daniel McGregor que estamos buscando así que quizá sea mejor que nos marchemos.

—Siento muchísimo no haberles podido ayudar —continuó la mujer mientras las acompañaba escaleras abajo hasta la salida.

—No se preocupe —respondió Becca sin demasiado interés—. En realidad nos hemos encontrado con mucho más de lo que esperábamos.

La mujer miró a Becca sin entender a qué se refería pero evitó cualquier pregunta. Charice por su parte empujó a Becca suavemente para indicarle que era mejor que se marchasen y se montaron en el coche pero esta vez fue Charice quien condujo dándose cuenta de que el estado de semi ausencia de Becca. Condujo durante unos diez minutos hasta que de repente paró el coche. Becca levantó el rostro para comprobar que no estaban en Duncan Hall sino en un pub que reconoció como uno de los lugares en los que habían parado de camino al hotel para pedir indicaciones la segunda vez que se había perdido.

—¿Qué hacemos aquí?

—Terapia cariño, terapia.

El pub apenas tenía una decena de clientes y Charice la hizo sentarse en una de las mesas libres ubicada junto a la ventana en el

extremo más alejado del local. Cinco minutos después dos enormes pintas ocupaban la mesa.

—Bueno, ¿vas a contarme por qué estás en este estado o tendré que inventármelo?

—No se a qué te refieres, Chas —respondió Becca intentando evitar su mirada.

—Me refiero a David —prosiguió Charice para sorpresa de Becca que no entendía a qué se refería. Charice continuó al ver que Becca no era capaz de seguirla—. Cuando volviste a salir con el calvo después de que él te dejase porque no estaba seguro de lo que quería quedamos a cenar, ¿recuerdas? Ese día tenías la misma cara de conejillo que ha visto los faros del coche que le va a atropellar. Sabías que era un error y no sabías como decírmelo así que intentaste escondérmelo durante toda la cena, algo ridículo teniendo en cuenta que no sabes mentir. Ahora tienes la misma cara. ¿Puede saberse qué es lo que no me estas contando?

Becca respiró como si el aire le hubiese faltado durante un mes y finalmente se rompió. No podía esconderle a Charice todo por lo que estaba pasando, especialmente porque era su única amiga. Si alguien podía tener interés en ayudarla esa sería ella, claro está siempre y cuando no pensase que estaba loca de remate. Así que entre pintas Becca le contó todo a Charice, el libro, la sangre, y cómo estaba convencida de que el sueño que había compartido con ella era muy real. Charice no dijo una palabra durante todo el rato que Becca estuvo hablando y ni siquiera se pronunció cuando esta acabó.

—Bueno, ¿qué? ¿No vas a decir nada? ¿Cuál es el diagnóstico, estoy completamente pirada?

—Absolutamente y sin remedio —le espetó mirándola fijamente —. Pero creo que debes llegar hasta el final de todo esto.

—Ya sabía que me dirías que...un momento, ¿qué? —respondió Becca casi cayéndose del taburete en que estaba sentada.

—En todos los años que te he conocido nunca has tomado por iniciativa propia un camino que no fuese el esperado, el lógico, el que se ajustase al mundo según Becca. Por primera vez te veo haciendo cosas guiada simplemente por tus impulsos, por lo que te dice el corazón y no la cabeza. Te estás dejando llevar. No me mal interpretes —prosiguió— creo que todo este tema de libros que se escriben con sangre y criaturas que te piden que des paseos nocturnos es un poco rollo novela barata pero, si eso hace que por fin dejes que la vida te lleve a donde deba llevarte y no que pretendas planear cada minuto de ella, benditos sean el libro, tu

padre, los millones y hasta el baño nocturno en la fuente.

Las carcajadas de Becca resonaron en todo el local y algunos de los clientes se giraron para mirar a las dos mujeres. Estuvo riendo por unos buenos cinco minutos sin poder parar hasta el punto de que Charice se sintió un poco avergonzada lo cuál no era fácil en alguien como ella. Finalmente cuando logró controlarse Becca sólo pudo decirle una cosa a Charice.

—Gracias Chas. Gracias por no dejarme sola en esto.

—Ya sabes que nunca te dejaré sola, boba. Estaré contigo hasta la misma puerta del psiquiátrico.

Y las dos mujeres rompieron a reír nuevamente sin importarles para nada lo que los clientes del pub pudiesen pensar.

Charice y Becca siguieron charlando y bebiendo varias horas planeando cuales serían sus próximos pasos. Charice contactaría con el editor de la sucursal de su revista en Reino Unido para tratar de convencerle de que le diera un par de eventos para cubrir en representación de la parte americana de la publicación a fin de poder alargar su estancia en el país unas semanas más. Aprovechando su llamada trataría de averiguar si alguien conocía al tal Lord Daniel McGregor en los círculos sociales o de negocios londinenses. Mientras tanto, Becca intentaría averiguar algo más del antiguo Daniel McGregor y su vinculación a Duncan Hall y su familia que pudiese justificar el enorme parecido entre aquel hombre y ella misma o, al menos, arrojar algo de luz sobre la historia familiar y, con un poco de suerte, sobre el libro de marras.

Cuando por fin dejaron el pub era evidente que Becca se había excedido ligeramente con las bebidas y no estaba en condiciones de conducir así que Charice, que parecía tan fresca como si hubiese estado bebiendo agua, tomó la responsabilidad de ayudar a Becca a llegar al coche y de conducir de vuelta a Duncan Hall. Había anochecido rápidamente y en la carretera no había un solo vehículo así que las únicas luces que les iluminaban el camino eran los faros del coche y la luna llena que llenaba el cielo y le daba un tono medio plateado al campo.

—Es bonito, ¿verdad? —dijo Becca que abrazada a sus propias rodillas miraba por la ventanilla.

—Sí, sí que lo es. Tiene un encanto casi misterioso, mágico si me apuras. —Y las palabras de Charice hicieron que por alguna razón el vello de la nuca de Becca se erizase—. Tienes un casoplón en un sitio jodidamente bonito. ¡Nena, que triste es tu vida! —continuó

Charice riéndose a carcajadas.

—Deja de reírte de mi —contestó Becca riéndose a la par—. El casoplón viene con una pila de fantasmas, ¿sabes? Mi vida era bastante mas sencilla en Nueva York.

—Y bastante mas aburrida, sin objetivos, sin planes...

—Sin estrés, sin problemas, predecible como a mí me gusta.

—Sí —replicó Charice sin desviar sus ojos de la carretera—, pero eso no es vivir, es vegetar.

—Pero yo soy feliz haciendo de planta de interior —protestó Becca como una niña pequeña.

—No corazón, lo que pasa es que no has conocido nada más.

—Al menos hasta hace una semana creía saber quien era, ahora no tengo ni idea de quien soy, de donde vengo, quien es mi familia ni que chanchullos se traían entre manos.

—¿Verdad que todo es super excitante? —dijo Charice volviendo a reír.

—Si, una barbar... —intentó contestar Becca pero sus palabras se vieron interrumpidas por un golpe tremendo que lanzó el coche por los aires haciéndol que diese un par de vueltas de campana para caer sobre un campo al lado de la carretera. Por un segundo Becca no pudo oír nada, un pitido enorme llenaba su cabeza y hacia que apenas pudiese abrir los ojos. No sabía que había ocurrido pero sabía que se habían salido de la carretera y que el coche se encontraba en una posición extraña. Desde su asiento podía ver el asfalto cubierto con los cristales rotos del vehículo. Llamó a Charice con todas sus fuerzas preguntando si se encontraba bien pero no le respondió. A duras penas logró desabrocharse el cinturón y arrastrarse al exterior. Sin pensarlo un segundo dio la vuelta al coche para llegar hasta Charice. Su lado del coche había quedado sobre el campo adyacente y su ventana no se había roto del todo así que tuvo que darle una patada para poder llegar a ella a través de la ventanilla. Sin perder un segundo desabrochó su cinturón y la arrastró con todas sus fuerzas hasta alejarla del coche por miedo a que este empezara a arder. Cuando estuvo lo suficientemente lejos comprobó que Charice seguía respirando, tan solo estaba inconsciente. Se disponía a intentar reanimarla cuando se percató de que algo había cambiado a su alrededor. Niebla. Durante todo el camino no recordaba haber visto ni un ápice de niebla pero de repente una especie de neblina gris baja había llenado el campo y la carretera. No tuvo tiempo de pensar más en ello porque la voz resonó en su cabeza.

—Más te hubiese valido que no hubiese sobrevivido a ese golpe.

Becca miro a su alrededor tratando de identificar el origen de la voz sin darse cuenta que no eran sus oídos los que la percibían sino que la voz estaba dentro de su propia mente.

—¿Quién eres? ¿Qué es lo que quieres de nosotras?

—¿De vosotras? —dijo la voz—. No tengo el mas mínimo interés es esa mestiza que te acompaña, estoy aquí por ti, sólo por ti. Y en cuanto a lo que quiero, es sencillo, tus tripas derramadas en el suelo.

El cuerpo de Becca se extremeció por la forma en la que aquella susurraba recreándose en cada palabra, comosi saborease cada sílaba. Su cabeza seguía buscando a su alrededor convencida de que debía haber alguien con ellas en aquel campo.

—¿Quieres verme? —preguntó la voz arrastrando las palabras—. Sólo tenías que pedirlo—. Inmediatamente la niebla en el trozo de campo frente a Becca se apartó como si fueran unas cortinas que alguien hubiese descorrido y pudo ver una figura oscura a unos trescientos metros de ella. Aquel ser iba cubierto de una especie de capa negra de la cabeza a los pies y la capucha que cubría su cabeza hacia que no se le pudiese ver el rostro.

—¡Aléjate de nosotras, te lo advierto! Tengo un arma y la usaré si es necesario—mintió Becca tratando de controlar el temblor de su voz.

—Buen intento, pero los dos sabemos que no tienes ningún arma y, aunque la tuvieses, me temo que no te serviría de nada. No hay nada que puedas hacer como no lo pudo hacer tu madre antes que tú. Escapaste una vez pero esta vez no lo harás.

Aquellas palabras despertaron algo en Becca, algo que conocía muy bien. ¿Qué estaba sugiriendo aquel hombre? ¿Acaso estaba insinuando que había tenido algo que ver con la muerte de su madre? ¿Y por qué decía que había escapado una vez? El cuerpo de Becca empezó a perder el control, podía sentir como una parte de si misma que conocía muy bien empezaba a dominarla. La rabia, aquella rabia que quería evitar a toda costa. Pero por alguna razón esta vez su cuerpo no estaba luchando contra ella sino que era como si quisiese que ocurriese, notó como cada fibra de su ser se tensaba preparándose para lo que iba a pasar.

—Puedo sentir la energía creciendo en ti. ¿Qué esto? ¿El pequeño ratón tiene dientes? Me temo que yo tengo más—. La figura abrió su capa y bajo ella aparecieron como de la nada dos criaturas que parecían grandes perros negros con los ojos completamente blancos como los dientes que llenaban sus inmensas bocas. El hombre dijo una sola palabra en un idioma que Becca no

pudo entender y los animales se escindieron en dos. Ahora eran cuatro perros gigantescos que inmediatamente se lanzaron hacia ella a una velocidad tremenda gruñendo de una forma terrorífica. De repente fue como si el mundo alrededor de Becca se moviese a cámara lenta. Podía ver a las bestias moviéndose hacia donde ella se encontraba con Charice que seguía inconsciente en el suelo. Podía ver las babas cayendo de sus bocas, sus dientes afilados dispuestos a destrozarlas, podía ver como sus músculos se tensaban en la carrera y casi podía percibir su olor pestilente como a algo putrefacto. Pero también podía sentir como sus piernas le hacia levantarse del suelo. Como sus manos se unían y dibujaban un movimiento en el aire que no podía reconocer para separarse nuevamente como si una energía las hubiera impulsado cada una hacia un lado. Y aquella energía, se materializaba en forma de una bola de fuego inmensa que se dirigía hacia las bestias calcinándolas completamente a su paso. Pero la bola de fuego no se detuvo ahí sino que continuó su camino hasta el amo de las bestias. Becca pudo ver como la figura se giraba para tratar de huir de el infierno rodante que venia a su encuentro pero fue demasiado lento y la bola lo calcinó también a él entre gritos de un dolor inhumano. Y cuando la bola por fin se extinguió, también lo hicieron sus fuerzas y la luz a su alrededor fue reemplazada por noche infinita.

Sus ojos se entreabrieron y dejaron pasar nuevamente la luz que se clavó en su cerebro como cuchillos. No sabía como había llegado hasta allí pero pudo reconocer que se encontraba el sofá de la biblioteca en Duncan Hall. Los rostros de Charice y de Eustace aparecieron en su campo de visión.

—Menos mal, pensé que no ibas a despertar nunca, me tenías muerta de angustia y eso es malísimo para la piel. Vas a ser la responsable de que envejezca y tendrás que pagarme el arreglo porque tú sabes que yo no puedo envejecer y mucho menos porque la tonta de mi amiga me mate a disgustos —le soltó Charice a bocajarro sin respirar al mismo tiempo que la abrazaba hasta que casi no podía respirar.

Becca no le respondió aunque sabia que aquella verborrea era signo de que su amiga había estado verdaderamente preocupada.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —preguntó confusa.

—Después de su accidente la señorita Charice me llamó por teléfono y me dijo que se encontraba inconsciente así que fui a recogerlas y avisé al doctor Anderson, el medico familiar, para que

viniese inmediatamente a la mansión.

Becca no estaba segura de si le generaba mayor inquietud que aquel hombre no se hubiera planteado llamar a una ambulancia o que la familia tuviera su propio medico pero prefirió callárselo.

—Pero, ¡tú estabas inconsciente! —le dijo a Charice.

—¡Como tú! Cuando abrí los ojos estabas tirada a mi lado y por más que lo intente no pude hacerte volver en ti. Afortunadamente mi móvil no se había jodido en el choque y pude llamar aquí.

—Si la señora no necesita nada más de mi me cercaré a la cocina para prepararles algo de comer, después de este susto deben estar hambrientas.

—Por mí no se moleste Eustace, no tengo hambre. Tan solo estoy cansada —respondió Becca.

—Para mí tampoco gracias, lo que necesito es una copa no un sandwich —dijo Charice dirigiéndose hacia la colección de botellas de la mesa auxiliar.

—Como gusten las señoras, si necesitan algo estaré abajo aún un par de horas —respondió el mayordomo alejándose con una sonrisa.

—Gracias Eustace, me siento mucho más segura sabiendo que está usted en la casa —respondió Becca sin saber de dónde había salido aquello pero provocando que Charice casi se atragantase con el primer sorbo de Whisky.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Charice con sorna cuando Eustace había dejado la sala.

—Déjalo estar —respondió Becca sonrojándose ligeramente—, tengo algo que contarte.

Becca le contó a su amiga todo lo que había ocurrido mientras ella estaba inconsciente con todos los detalles que podía recordar excepto la parte en la que generaba bolas de fuego asesinas porque estaba convencida de que la tomaría por algún tipo de bicho raro. Charice se sentó a su lado preocupada.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Becca.

—La verdad es que no sé que decir. En otras circunstancias habría creído que todo lo has imaginado pero teniendo en cuenta que no es la primera vez que imaginas algo semejante empiezo a pensar que quizá no tienes tanta imaginación. Además, hay algo que no te he dicho— dijo Charice haciendo una pausa para beber un poco más del vaso que tenía entre las manos—. Aún no entiendo lo que ocurrió con el coche. Recuerdo perfectamente que la carretera estaba completamente despejada y la visibilidad era perfecta. No había nada en la carretera que pudiese golpearnos con esa fuerza como para hacernos volar por el aire, excepto...

—Excepto, ¿qué? —urgió Becca

—Excepto que juraría que justo antes de salir volando vi la figura de un gran perro negro en la carretera. Fue tan sólo un segundo y pensé que me lo había imaginado pero ahora no estoy tan segura.

—¿Te das cuenta de lo que esto significa? —le preguntó Becca acercándose un poco más a ella—. Sea lo que sea lo que mi familia, esta casa y mi propia historia esconden, hay alguien extremadamente interesado en que no lo descubra. Cada vez que me acerco a una pieza más del puzzle alguien intenta matarme.

—Esto ya no empieza a parecerme tan excitante. ¿Desde cuando que te intenten matar entra en tu catálogo de entretenimientos favoritos? Por favor, ¿tú has visto tu sonrisa? —preguntó Charice incrédula ante la reacción de Becca.

—Sonrío porque esto sólo significa que estoy acercando a la verdad, que estoy cerca de descubrir de que carajo va esta historia y por qué me he visto metida en este embrollo. Esta historia —continuó— no es algo que yo he pedido. Me han plantado aquí en medio de un montón de cosas inexplicables, sacándome de una vida que tú consideras aburrida pero que yo consideraba feliz y poniendo mi existencia en peligro. Todo ello sin que haya tenido la posibilidad de decir ni esta boca es mía. Bueno, pues ya no lo voy a aguantar más. Voy a acabar con esto, con este bambolearme de un lado a otro como una muñeca de trapo y la única forma que tengo de hacerlo es llegar hasta el fondo de esta mierda. Y lo voy a hacer. Y cuando encuentre al responsable de todo esto voy a partirle la puta cara.

Charice se quedó mirando a Becca con cara de susto. Nunca la había visto en ese estado de decisión y valentía casi inconsciente, ni mucho menos utilizando aquella retahíla de palabrotas en una misma frase así que optó por decir lo único que podía.

—A sus órdenes mi general—. Y las dos mujeres rompieron a reír a carcajada limpia.

Becca se despidió de Charice para ir a su habitación con la idea de descansar de un día que había sido mucho más intenso de lo que había planeado. Cuando entró en su habitación vio que Eustace había estado nuevamente en todo y había encendido la chimenea así que la habitación estaba maravillosamente cálida. Se fue directa al baño y se dio una ducha que logró relajar sus músculos maltratados por el golpe con el coche y después se metió en la cama que la acogió como los brazos de una madre. Su madre. Podía ver su rostro en el cuadro desde la cama y se dio cuenta de que por

extraño que pareciese dado que no recordaba haberla conocido, de alguna forma cuando miraba el cuadro era añoranza lo que sentía. Echaba de menos lo que nunca había tenido. Aquella idea la puso triste así que decidió que lo mejor era evitar que fuera a más y tratar de dormir. Se giró para intentar apagar la luz desde el interruptor de su mesilla de noche y entonces lo vio. Sobre la mesa, con una nota manuscrita encima había un paquete envuelto en papel de estraza. Un escalofrío recorrió su cuerpo y de alguna forma supo lo que encontraría en su interior. Sus manos agarraron el paquete y se sentó en la cama para abrirlo. La nota era de la señora Dermott:

Señorita, este paquete ha sido entregado por mensajería esta mañana a su nombre con instrucciones de entregárselo inmediatamente.

El paquete no tenía remitente o dirección alguna, ni siquiera la de Duncan Hall, tan solo su nombre, Rebecca Engels. Sus manos retiraron el papel y el contenido del paquete se depositó suavemente sobre la ropa de cama frente a Becca. Otro libro. Esta vez ligeramente diferente al anterior, encuadernado en piel oscura como el otro pero hecho con una mayor delicadeza y con el lomo grabado con unas lineas doradas que parecían ser dibujos o palabras en algún idioma que Becca no podía leer. Sus dedos recorrieron el lomo y la cubierta antes de decidirse a abrirlo aunque ya sabía lo que encontraría en su interior. Hojas en blanco. Todas ellas, en un blanco roto, ajado pero sin ninguna letra visible.

—Bueno, aquí vamos otra vez —pensó Becca y sin dudarlo un instante abrió el cajón de su mesa de noche para sacar un pequeño abrecartas y hacerse un corte en la palma de la mano. Las gotas de sangre, tres tan solo, cayeron sobre la primera página y, una vez más, la magia de la primera vez hizo su efecto y las palabras empezaron a aparecer en las páginas de un color escarlata intenso. Y Becca supo en ese mismo instante que esa noche tampoco dormiría.

10
Pasado

No sé exactamente durante cuanto tiempo rompí aquel silencio con mi voz, con mis gritos, al principio llamando a Liliath, después llenando el vacío con amenazas que nadie podía escuchar y finalmente llorando de desesperación hasta que el silencio que Liliath había dejado tras de sí me llenó también a mí y callé. En ese momento fue cuando sus palabras se hicieron verdad y comenzó mi condena. Si había creído que estaría sólo en aquella cueva me equivocaba, me acompañaban todos mis fantasmas. Los fantasmas de Armesh, Suriath, Sadith, Rafael, todos ellos aparecieron frente a mí silenciosos, mirándome con sus ojos inertes sin decir una palabra. Les grité, les pedí que me hablasen, que dijesen algo que me explicase por qué estaban allí pero ni una sola palabra salió de sus labios. Finalmente, cansado de su silencio fui yo quien empezó a hablarles tratando de explicar el por qué de mis actos, pidiendo su perdón, contándoles que nunca quise su muerte y que habría hecho cualquier cosa por evitarlas. Pero sus rostros seguían sin darme respuesta alguna. Otros fantasmas se unieron a ellos, los de todas las criaturas que había matado a lo largo de mi vida, demonios, hombres, todos. Y ninguno de ellos me dijo una palabra. Como mi padre todos ellos habían elegido el silencio. Mi padre. ¡Cuántas veces grité su nombre en aquella cueva! Al principio le llamé pidiendo que me sacase de aquél infierno de oscuridad, pero no hubo respuesta. Después le pedí que me diera lo que vosotros teníais, la muerte, una vida finita, que mi suplicio tuviera un fin algún día. Pero tampoco hubo respuesta. Finalmente entendí que

estaba sólo como lo había estado siempre y que el silencio era mi única compañía y me rendí dejando que la oscuridad se apoderase de mí y que me hiciera uno con ella. Pero mi mente no estaba dispuesta a dejarme en la oscuridad y empezó a mostrarme imágenes de todo lo que podía haber sido y nunca fue, de todo lo que había perdido. Imágenes de mi familia sólo que aquella no era mi familia. Narmesh y Niel eran dos niños altos, rubios y tremendamente hermosos que jugaban con Liliath en el jardín de nuestra casa. Sus risas y alegría resonaban en mi cabeza. De repente Niel se giraba para llamarme con la voz aguda de los niños pequeños pidiéndome que fuera a jugar con ellos. Liliath me miraban sonriendo con una ternura infinita y ella también me rogaba que me uniese a ellos. Mis manos intentaron alcanzarles pero entonces la imagen se disolvió frente a mí dejando paso a otra muy distinta, huesos, esqueletos a mis pies que se hicieron polvo cuando mis manos intentaron tocarlos. Y de nuevo la oscuridad. Sentí como la rabia que había sentido en la cueva de la montañas volvía a mí, la rabia por todo lo que me habían arrebatado. Nada de lo ocurrido había sido mi elección, no lo había sido el convertirme en humano o, mejor dicho, en un criatura a medio camino entre el ser humano y aquello que una vez fui. Yo no había pedido ser traicionado, ni que mi familia hubiera muerto a manos de mis propios hermanos y mis hijos me fueran arrebatados. Otros habían decidido por mí que yo no tenía derecho a ser feliz y, aunque nada podía hacer para volver atrás el tiempo, sí podía hacerles pagar. Todos ellos arderían en las llamas de mi ira, uno por uno, hasta que no quedase ni un sólo recuerdo de ellos, hombres, ángeles o dioses. La rabia acumulada pedía explotar dentro de mí, desbordar mi poder y devastar el mundo pero las paredes de mi prisión no habrían de permitirlo, allí yo no era más que un pobre humano devorado por su sed de venganza pero sin herramientas para ejecutarla. Allí encerrado yo no era nadie y la oscuridad y el silencio eran los únicos señores.

Al principio no reconocí el cambio sutil que se produjo en la cueva. Un punto de luz al fondo, apenas visible que crecía de intensidad y tamaño poco a poco. Mi cuerpo se preparó para otro de los juegos que mi mente me estaba ofreciendo pero esta vez no hubo imágenes de mi familia o de mi felicidad perdida, de hecho, no hubo imágenes en absoluto. La luz siguió creciendo y comprendí que se estaba acercando a mí. No se trataba de ningún candil, de eso estaba seguro, demasiado intensa, tanto que su brillo impedía ver que era lo que había tras de ella, o mejor dicho, en ella. Su

tamaño siguió aumentando hasta que de repente se paró frente a mi con una altura algo mayor que la mía. De repente las cadenas que me sujetaban se rompieron en mil pedazos y mi cuerpo, débil por el tiempo que había permanecido colgado, cayó hacia delante para ser recogido en los brazos de la luz que se extinguió rápidamente para mostrarme que pertenecían a un hombre. Mis ojos tardaron un momento en enfocar su rostro para descubrir que aquel no era un hombre cualquiera porque aquel no era un hombre, era Uriel. Y con la imagen de su rostro mirándome compasivo mi cuerpo no pudo más y perdí el conocimiento.

Mis ojos se abrieron lentamente, mi cuerpo esperaba estar aún colgado en la pared de la cueva y que la imagen de Uriel envuelto en luz no hubiera sido más que un sueño, sin embargo Uriel estaba reclinado frente a mí y su rostro me sonreía dándome la bienvenida.

—Mi pequeño Helel —dijo utilizando el trato cariñoso que siempre había usado conmigo—. ¡Me alegro tanto de que estés vivo! La resistencia de este cuerpo humano es verdaderamente notable, casi angélica.

Me acercó un cuenco de barro a los labios para que bebiese y el agua llenó mi boca despertando una sed que no había sentido antes y bebí como si no hubiese bebido jamás.

—Despacio Helel, tu cuerpo aunque especial no deja de ser humano, si bebes demasiado deprisa colapsarás. La cueva ralentiza las necesidades biológicas del prisionero poniéndolo en una especie de trance para que no sucumban a su condena pero nunca estuvo pensada para condenas tan largas.

—¿Largas? ¿Cuántas semanas llevo aquí, Uriel?

—Helel, es importante que ahora recuperes tus fuerzas, ya hablaremos de eso más adelante.

El tono de su voz me indicó claramente que algo no estaba bien.

—Uriel, ¿qué es lo que me escondes? Te lo ruego, dime la verdad ¿Cuánto tiempo llevo aquí?¿Meses?¿Años? —dije con un cierto temblor en la voz por miedo a su respuesta.

—Llevas encerrado en esta cueva casi mil años, Helel.

Sentí que mi cuerpo desfallecía de nuevo. Mil años. Liliath había demostrado que su crueldad no tenía fin. No mentía cuando dijo que me encerraba en la cueva para librarse de mí de una vez por todas. De no ser por Uriel, la eternidad habría sido mi condena.

—¿Cómo me has encontrado?

—Un grupo de demonios atacó a alguien muy importante para

mí. Fui tras ellos para hacerles pagar por lo que habían hecho y les escuché hablar de la historia de un ángel caído y como una hechicera le había encerrado en una prisión para toda la eternidad. Intenté que me contaran algo más antes de matarlos pero ninguno de ellos parecía saber nada más, para ellos era poco más que una leyenda pero la descripción de la prisión me hizo pensar en mi propia creación y decidí venir a comprobar por mí mismo si había algo de verdad. Mi sorpresa fue encontrarte a ti. Pero basta de charla por ahora, tenemos que salir de aquí para que tu cuerpo se recupere, tan pronto como te libres de la influencia de la cueva tus poderes volverán y tu recuperación será más rápida pero necesitas alimento y descanso.

Uriel me cogió en sus brazos como a un niño sin hacer el más mínimo esfuerzo para levantar mi peso y de repente una luz cegadora nos envolvió y, cuando desapareció, ya no estábamos en la cueva sino en una casa baja de paredes de adobe. Una mujer mayor con el pelo canoso y encorvada se acercó a nosotros en cuanto nos aparecimos.

—¿Qué tal está? —le preguntó Uriel.

La mujer le respondió con un gesto afirmativo de la cabeza e hizo con las manos el gesto de dormir. Uriel le respondió con una sonrisa.

—Gracias Fasit, tenemos otro paciente así que necesitaremos preparar el otro catre de la habitación.

La mujer asintió de nuevo y desapareció tras las cortinas de la sala contigua. Uriel le siguió conmigo aún en brazos. La sala era más grande de lo que esperaba y estaba ocupada por dos catres, uno de ellos ocupado por un muchacho de unos quince o dieciséis años que parecía estar dormido. Uriel me depositó con delicadeza en el otro catre y la mujer me cubrió con una manta antes de dejarnos.

—Fasit te traerá algo de comer y una infusión sedante para que puedas dormir sin sueños.

—Gracias Uriel. ¿Puedo preguntarte quién es mi compañero? —dije mirando al catre contiguo.

—Su nombre es Hasiet, la luz de mis días y mis noches —contestó mirando al muchacho con una ternura inmensa—. Desde que decidí abandonar los cielos he vivido entre los hombres como uno más, sin llamar la atención. Durante todos estos años he conseguido desaparecer haciéndome pasar por un curandero y evitando usar mi forma angélica excepto cuando me era absolutamente imprescindible.

La palabras de Uriel explicaban por que desde su partida su

presencia sólo se había sentido de forma esporádica y ninguno de nosotros había sido capaz de localizarle. Uriel había abrazado su forma humana hasta casi el punto de suprimir su parte angélica o, al menos, ocultarla de forma absoluta.

—En este pueblo llevo unos cinco años —prosiguió—, hace un par de ellos fui hasta una ciudad próxima para ayudar en el parto a una mujer un poco mayor, en mi camino de vuelta encontré una caravana de esclavos. Los dueños de la caravana acababan de comprar muchachos y muchachas a las familias pobres de la ciudad a cambio de unas pocas monedas para venderlos como esclavos en la capital. Normalmente no me inmiscuyo en los asuntos de los humanos pero me encontré con los ojos de Hasiet y algo dentro de mí ya no pudo separarse de él. No me malinterpretes, he tenido otros amantes antes pero nunca mi alma sintió una conexión como la que sentí con él. Aquella noche le rescaté de sus cadenas y le traje aquí, desde entonces ha estado a mi lado, ha sido mi luz, la pasión y la calma de mi corazón.

La forma en la que Uriel hablaba de aquel muchacho era la de un amante devoto y su forma de sentir me recordó a la que yo viví un día en brazos de Liliath.

—¿Que le ha ocurrido? —pregunté.

—Por más que queramos vivir entre ellos Helel, no somos humanos, y nuestra otra vida siempre será una carga sobre nuestros hombros y los de aquellos a los que amamos. He tardado en comprenderlo —dijo con tristeza—. Yo me encontraba en las montañas atendiendo a la hija de un pastor de la zona. De alguna forma un grupo de demonios Tahir debió oír que había un curandero especialmente hábil en la zona y ya sabes que esa especie se alimenta de la energía de humanos con poderes sobrenaturales así que vinieron a la casa. Debieron de notar algo de mi esencia angélica pero sólo pudieron encontrar a Hasiet así que se vengaron en él. Le dijeron que si era la puta de un ángel bien podía serlo de un demonio y le violaron de maneras terribles. Yo volví al día siguiente y le encontré en un charco de sangre. Incluso con mi poder, a duras penas pude recuperarle. De eso hace una semana.

Los ojos de Uriel se llenaron de lágrimas y comprendí que no eran sólo por el amor que sentía por Hasiet sino por la culpabilidad que sentía por lo que le había ocurrido pero no quise urgar en la herida. No podía imaginar cuán terrible debía haber sido su venganza sobre aquellos demonios.

—Bueno, el pasado es pasado —dijo—. Voy a ver con va Fasit con la comida y te dejaré descansar. Mañana si te encuentras mejor

podemos seguir hablando.

Se levantó de la cama y salió de la sala. Un poco después volvió la mujer con un cuenco de sopa que revivió mis energías acabadas y otro con una infusión de sabor amargo. La infusión resultó ser un poderoso sedante y, como Uriel había prometido, pude dormir sin sueños de ningún tipo. Sólo dos palabras resonaban en mi cabeza una y otra vez hasta que me dormí, mil años.

Al día siguiente me levanté del catre y salí de la habitación con cuidado de no despertar a Hasiet que aún dormía. No había nadie en la sala principal de la casa así que pensé salir al exterior pero cambié de idea pensando que podría meter en algún problema a Uriel si alguien del poblado me veía. En la parte de atrás de la sala había una pequeña puerta y me asome para ver a donde llevaba. Encontré a Uriel en un pequeño jardín plagado de plantas de distintos tipos sin ningún orden ni patrón concreto casi como si hubieran crecido allí por casualidad. Había una pequeña palmera al fondo del jardín y Uriel estaba sentado en el suelo a su sombra. Me acerqué hasta él que me recibió con una sonrisa.

—Me alegro de ver que te encuentras más fuerte. ¿Entiendo que has podido descansar?

—Sí, gracias, la verdad es que esa infusión ha sido casi milagrosa. Siento que mis fuerzas han vuelto a mí. Y mis poderes también —dije acariciando los símbolos de mi nombre sobre mi brazo pero sin atreverme a hacer aparecer mi espada.

Me senté junto a Uriel y la brisa fresca que corría bajo la palmera fue reconfortante.

—¿Quieres contarme que te ha ocurrido? —preguntó Uriel con suavidad.

Una parte de mi dudó por un segundo pero el resto necesitaba gritarle a alguien todo por lo que había pasado así que le conté todo lo que había ocurrido en ese tiempo. Le hablé de mi caída, de Armesh y su familia, de Liliath, de mis hijos y de su traición, de cómo la había buscado esperando que esa fuera la clave para encontrar a mis hijos y sin embargo encontrarla había sido mi condena.

—En verdad has sufrido enormemente mi pequeño Helel —dijo pensativo—. Lamento tanto que alguien como Rafael, creado del puro amor de nuestro padre se desviara tanto de su camino.

—No es el único, Uriel. Rafael me dio a entender que había más de los nuestros involucrados en mi caída.

—No me sorprende, desgraciadamente desde que la voz de nuestro padre dejó de escucharse son numerosos los que se han

creído mejor conocedores de su voluntad que el resto y capaces de llegar hasta los peores extremos para conseguir que el mundo funcione de acuerdo a su visión aunque esta difiera completamente de la de él.

—¿Es por eso por lo que te fuiste?

—No podía seguir comulgando con acciones que a mis ojos se desviaban completamente de la obra de nuestro padre y al mismo tiempo, por ese mismo respeto a él, no quería levantar mi espada contra mis hermanos. Desgraciadamente, con esto que me cuentas veo ahora que algunos de ellos están más allá de toda redención.

—Por esa misma razón quiero recuperar mi alma, Uriel. Para poder volver al cielo y poner las cosas en orden. Recuperar mi lugar y parar esta locura, encauzarnos de nuevo en el camino de nuestro padre.

—¿Estás seguro de que esa es tu única razón y no el deseo de venganza?

Sus palabras me dejaron sin respuesta, un silencio que él supo entender muy bien.

—Déjame que te pregunte algo, Helel. Si mañana tú y yo volviéramos al cielo para parar esa locura como tú dices y devolviéramos a nuestros hermanos al camino correcto marcado por nuestro padre, ¿acaso no estaríamos haciendo lo mismo que ellos, imponer una visión particular de su plan? —Una vez más no tuve respuesta para Uriel. Sus ojos verdes me miraban con una intensidad que no necesitaba de palabras. —Mi pequeño Helel, la razón de todo esto es la ausencia de nuestro padre y sólo él puede arreglarlo volviendo a nosotros cuando y si él lo desea.

Aquella actitud conformista de Uriel me irritaba por más que él la vistiese de razones lógicas y palabras bien hiladas. ¿Cómo podía alguien tan poderoso como el arcángel Uriel no hacer todo lo que estuviese en su mano para ayudarme a parar aquella debacle en el reino de nuestro padre?

—No puedo entenderte Uriel, ¿tan apegado estás a tu humano que lo crees más importante que el plan de nuestro padre? —dije con una rabia que no sabía de dónde salía.

Uriel me miro de nuevo pero su rostro no mostró ninguna emoción, simplemente me sonreía con pena.

—¿Me hablas tú de amor por un humano, Helel? —Aquella sencilla frase me rompió por dentro y comprendiendo lo injusto que había sido con él mis ojos se llenaron de lágrimas. Él se acercó a mí y tomando mi rostro entre sus manos me besó en los labios con ternura—. Sigues siendo tan impetuoso como cuando era tu maestro

en los ejércitos celestiales.

—Algunas cosas no cambian —dije sonriendo—. Esperaba que tu me ayudarías a arreglar este desastre en el que se ha convertido mi vida pero entiendo y respeto que no quieras hacerlo.

Una vez más me miró fijamente a los ojos.

—Yo no he dicho que no vaya a ayudarte, Helel, pero quizá la ayuda que pueda prestarte no es exactamente la que tu esperas. En estos mil años el mundo de los hombres ha cambiado mucho y al mismo tiempo, todo sigue igual. Sigue habiendo imperios y reyes, pobres y ricos, buenos y malos, hombres y dioses. El camino que necesitas emprender comienza en una ciudad llamada Tebas en un reino occidental. No te diré qué es lo que te espera en esa ciudad porque eso debes descubrirlo tú mismo. Mañana te acompañaré hasta allí y tú decidirás si deseas emprender ese camino o no.

No dijo nada más. Se levantó del suelo y volvió al interior. Yo me preguntaba qué era lo que Uriel sabía y que no quería decirme pero también sabía que por nada del mundo me lo diría si él no quería hacerlo. El nombre de Tebas no me decía nada, para mí no era más que otra ciudad en un mundo que ya no era el mío pero no me quedaba más opción que seguir el camino que Uriel me marcaba porque no tenía ningún otro y eso era algo que sabíamos los dos.

A la mañana siguiente Uriel me despertó justo antes de que saliera el sol. Me levanté y le seguí hasta el exterior de la casa. Una parte de mí estaba nerviosa por lo que estaba apunto de ocurrir. Aceptar la oferta de Uriel de acompañarme hasta Tebas significaba comenzar un nuevo camino para el que no estaba seguro si estaba preparado y la incertidumbre de a dónde me llevaría acentuaba mi inseguridad, pero no tenía otra salida y mi agradecimiento a Uriel por haberme salvado de aquella horrible condena hizo que me tragara mis miedos y abrazara su oferta.

—Estás nervioso, lo sé y es normal pero no temas, aun estaré contigo un poco más.

Sin decir una palabra más me abrazó y su luz nos envolvió de nuevo. Cuando se extinguió el aire revolvió mi pelo y un olor seco a tierra y arena llenó mi nariz, habíamos llegado a nuestro destino. Nos encontrábamos en lo alto de un cerro y el sol empezaba a salir frente a nosotros deslumbrándonos. Miré a lo que se encontraba a nuestros pies y no pude evitar que mi incomprensión se mostrase en mi rostro. Por debajo de nuestro nivel se veían gran cantidad de agujeros abiertos en la roca. Algunos de ellos tenían una especie de pórtico en la parte superior creado en la piedra para que las entradas asemejasen puertas. Caminos claramente construidos por

mano humana trepaban por el cerro permitiendo el acceso a aquellas cavidades. Más abajo, un serie de edificios de una única planta y de distintos tamaños parecían definir una avenida que llevaba hasta un gran río.

—Uriel, no entiendo, ¿qué lugar es este?

—Esta es la ciudad de los muertos, Helel, el lado Oeste de la ciudad de Tebas.

—¿Me has traído a un campo de tumbas? —pregunté indignado.

—Abre bien tus ojos mi pequeño Helel, juzgas demasiado pronto —respondió con paciencia—. Es verdad que este es un campo de tumbas pero es mucho más que eso, es un ejemplo de cómo ha cambiado el mundo que conocías. El hombre siempre ha sentido la necesidad de perpetuarse, de sentir que está por encima del tiempo pero las gentes que estás apunto de conocer han llevado ese deseo a extremos increíbles. Si hay algo que el hombre ha aprendido a odiar es el olvido. El pueblo que conocerás es diferente de las gentes que conociste en Sumeria, en su afán por perpetuarse son capaces de crear las maravillas más increíbles pero casi toda su vida se estructura en torno a lo que puede o debe ocurrir en la siguiente.

—Sigo sin entender la razón por la que me has traído aquí.

—Te he traído aquí porque aquí es donde debes estar —dijo sin dejarme replicar—. ¿Ves ese río? Es el centro de la vida de este pueblo, les da todo lo que necesitan y ellos le profesan un respeto absoluto, tanto que le han convertido en un dios aunque, como verás, han convertido en un dios casi cualquier cosa. Le llaman Nilo. Mira al otro lado del río, Helel.

Obedecí pero el sol que se reflejaba en las aguas no me dejaba distinguir nada, de repente una nube oportuna cubrió parcialmente el sol y pude ver lo que Uriel quería enseñarme. Una ciudad magnífica se mostraba ante mí, grandes edificios que supuse debían ser sus templos y palacios se elevaban por encima del resto de edificios como si quisieran desafiar al mismo cielo. La extensión de aquella urbe me dejo sin palabras. Si Uruk y Kish me habían parecido grandes ciudades aquella era simplemente gigantesca.

—Esa es la ciudad de los vivos, Tebas occidental, la ciudad de las mil puertas. Aquí acaba mi viaje y empieza el tuyo, Helel. Harás tu entrada en la ciudad de los vivos desde la ciudad de los muertos porque en realidad este es tu renacimiento, tu nuevo inicio.

—Mi nuevo inicio, sí, pero, ¿el inicio de qué?

—Eso sólo puedes determinarlo tú —respondió con una sonrisa.

—¿Volveré a verte?

—No lo sé, pero si no es así, recuerda que mis pensamientos

siempre estarán contigo—. Sin decir una palabra más me entregó una bolsa con comida y algo de ropa que Fasit había preparado para mi la noche antes y me abrazó con ternura. Me aferré a él sin querer dejarle ir hasta que me di cuenta que me encontraba abrazando el aire, Uriel se había marchado y yo estaba nuevamente solo. Sin otra salida que continuar hacia adelante inicié el descenso del cerro.

El camino hasta el río fue largo y cuando llegué a la llanura donde había visto los edificios de una sola planta el sol ya estaba en lo alto. Los edificios resultaron ser pequeños templos dedicados a deidades que yo desconocía. En algunos de ellos encontré mujeres mayores que habían traído alguna pequeña ofrenda en forma de alimento. Me extrañó no encontrar en ninguno de ellos a ningún sacerdote pero preferí no darle importancia y continuar mi camino. Al llegar al río fue evidente que había otro problema, no había ningún puente para cruzar. Un par de pequeñas embarcaciones de madera con una vela cuadrada y dos remos en la popa esperaban en lo que parecía un pequeño muelle. Supuse que se dedicaban al transporte de viajeros y cadáveres entre las dos orillas pero no podía arriesgarme a utilizar sus servicios. Para empezar no tenía nada con que poder pagar el pasaje y mi presencia habría suscitado sin duda la pregunta de cómo había logrado cruzar hasta allí en primera instancia. Aunque no había probado mis poderes desde mi rescate por Uriel no creía que tuviera problemas en transportarme a la otra orilla pero para ello necesitaba alejarme hasta una zona donde nadie pudiese verme. Anduve un buen rato por la orilla del río hasta que encontré una zona cubierta de vegetación perfecta para mis propósitos. En un momento me encontraba al otro lado, en otra masa de vegetación similar y emprendí mi camino a la ciudad. Cuando llegué a la muralla se hizo evidente por qué llamaban a Tebas la ciudad de las mil puertas. A pesar de tener una gran muralla, esta tenía una puerta cada pocos pasos, algunas guardadas por guardias otras totalmente desprotegidas. Me pregunté cómo hacían para proteger la ciudad en caso de ataque con tantos puntos de entrada. Escogí una de las puertas más pequeñas para acceder y al poco de traspasarla entendí el por qué de la necesidad de tantas puertas. Tebas era un auténtico laberinto. Las casas de adobe se elevaban uno o dos pisos sobre el suelo y carecían de ventanas al exterior como medida de protección contra el calor. Los edificios se continuaban unos con otros dejando muy poco espacio entre ambos lados de las calles. Esto hacía que las calles fueran frescas y oscuras pero que todas ellas me parecieran iguales y al poco me encontré

completamente perdido. Todas las calles estaban desiertas y comprendí que algo debía estar ocurriendo. De repente el sonido llegó hasta mí, una especie de cántico lejano. Intenté encontrar el origen de calleja en calleja esperando encontrar a alguien que pudiera orientarme. Tras mucho rato me encontré en una calle que estaba bloqueada por gente y, curiosamente, encontrar hombres y mujeres fue una ligera forma de alivio. Me abrí camino como puede entre la multitud tratando de ver dónde me encontraba lo cual no les hizo muy felices. Cuando llegué hasta la primera fila pude ver que la calle desembocaba en una avenida inmensa flanqueada por estatuas que representaban criaturas con cuerpo de león y cabeza de carnero y que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. El sonido del cántico se hacía cada vez más intenso y pude ver que se acercaba algún tipo de procesión.

—¿Qué es lo que ocurre? —pregunté a la mujer que se encontraba junto a mí que me miró con cara de desconfianza antes de responderme.

—¿De dónde sales, hombre? Está claro que no eres de Tebas si no sabes lo que ocurre. Es el faraón, va en procesión al templo de Amon-Ra a entregar sus ofrendas como todos los años.

No sabía qué era un faraón pero deduje que debía ser algún tipo de rey de la ciudad y Amon-Ra uno de sus dioses.

—Discúlpame, como bien has dicho no soy de por aquí.

—No pasa nada —dijo la mujer ahora sonriendo—, si no eres egipcio es normal que no conozcas nuestras tradiciones. Cada vez sois más extranjeros en la ciudad, el comercio funciona bien. Mi hijo trabaja en los muelles y me lo ha dicho, que cada vez llegan más barcos de sitios más lejanos. Mira, ya se acercan.

La procesión llegó hasta nosotros y la longitud era inmensa. La primera parte del grupo estaba formada por unos cincuenta hombres, completamente rapados y con una especie de piel de leopardo o algo semejante sobre sus hombros, ellos eran los que generaban el cántico al tiempo que sujetaban unos platillos con incienso que desprendían un aroma muy intenso. Me sorprendió que a su paso todo el mundo calló y agacho la cabeza mostrando un respeto casi más cercano al temor que a la reverencia. Sacerdotes sin duda alguna Tras ellos llegó el grupo central de la procesión, mucho menos ordenado. Unos veinte soldados armados hasta los dientes protegían un grupo central de gente formado por un hombre alto y delgado rodeado de un grupo de mujeres y hombres situados unos pasos por detrás de él. Era fácil adivinar que aquél hombre era la figura principal de aquel espectáculo, el faraón como la mujer le

había llamado y el grupo que le seguía debían ser sin duda diferentes miembros de su corte, esposas, hijos y posiblemente ministros y consejeros. Me llamó la atención la seriedad de aquel hombre que circulaba en el centro de aquella multitud con una seriedad absoluta sin prestar la más mínima atención a ninguno de los vasallos que habían acudido a verle, casi como si no existieran, como si él caminara no por este mundo sino por uno superior. La procesión acabó con el desfile de gran cantidad de ganado que sin duda formaba parte de la ofrendas preparadas para su dios. Estaba a punto de marcharme de aquél espectáculo que no me interesaba lo más mínimo cuando algo captó mi atención. En el grupo que acompañaba al faraón una mujer joven y alta con una gran peluca negra y los ojos pintados en Kohol como parecía ser su costumbre acariciaba su vientre mostrando un incipiente embarazo. La mujer giró su cabeza ligeramente mostrando una sonrisa amable y su rostro se clavó en mí como una daga haciendo imposible que retirara mis ojos de ella.

—¿Quién es esa mujer, la embarazada? —pregunté de nuevo a la mujer.

—Déjame ver —dijo apartándome ligeramente para ver mejor. —. Creo que es la dama Anksemkepté, una de las esposas del primer ministro Sarureptah.

Seguí mirándola mientras se alejaba sin poder explicar el por qué de aquella fijación y vi como se retrasaba ligeramente en la procesión para tender la mano a otra mujer que caminaba ligeramente por detrás de ella. Agarrando su mano la llevó hasta donde ella se encontraba y ambas se giraron en mi dirección señalando algo en uno de los edificios, sonriendo en confianza y entonces fue cuando mi corazón se paró. La segunda mujer era joven aunque algo mayor que la primera, llevaba igualmente un peluca negra a la altura de los hombros y los ojos pintados pero todo ello no me impidió reconocerla. Aquellos ojos no eran fáciles de olvidar y mi cabeza empezó a dar vueltas intentando comprender todo lo que se mostraba ante mis ojos. Aquella mujer que sostenía dulcemente la mano de la joven era Sadith.

—La otra mujer —dije chillando y agarrando a mi nueva amiga por el brazo—. ¿Quién es la otra mujer?

La mujer me miró como si estuviera loco.

—No lo sé, respondió. Alguna sirvienta de la dama Ankhsemkepté supongo. ¿Qué te ha dado?

La procesión se alejó y no pude verlas más.

—Esa mujer, esa dama. Si necesito encontrarla cómo puedo

hacerlo, ¿dónde vive?

—Pero, ¿te ha sentado mal el calor o algo?¿Dónde quieres que viva? En el palacio del faraón por supuesto —dijo mirándome con incredulidad—. Las damas de esa categoría sólo abandonan el palacio para esta procesiones, entierros o para ir al mercado de vez en cuando con sus esclavos y criadas.

Solté a la mujer que se separó de mí como si tuviera la peste y se perdió entre la multitud que se había desbandado tras el paso de la procesión. Me quedé parado allí, en medio de la calle sin poder pensar en nada excepto en que necesitaba hablar con Sadith, necesitaba preguntarle mil cosas, averiguar cómo era posible que estuviera viva mil años después de que la diera por muerta. No sabía cómo, pero tenía que lograr hablar con ella.

Los siguientes días fueron un infierno. Encontrar a Sadith se convirtió en una auténtica obsesión. Estaba convencido de que ella era la razón por la que Uriel me había hecho ir a Tebas y, aunque no sabía que podría contarme, sabía que no podía dejar pasar la oportunidad de hablar con ella y saber qué había ocurrido tras su desaparición. Por desgracia la tarea de encontrarla no iba a ser fácil. La mujer de la procesión me había dicho que el único lugar aparte del palacio real donde podía encontrarla era el mercado, lo que no me había dicho es que la ciudad de Tebas tenía una docena de mercados mayores y al menos otros cuatro o cinco menores que ocurran en diferentes días y vendían diferentes productos. Intenté recorrerlos todos preguntando a los mercaderes si aquel era un mercado donde la gente de palacio solía acudir pero aquella gente, pensando que podría ser un posible comprador adinerado dada mi pinta de extranjero, siempre me decían que estaba en el lugar correcto y que la familia real llegaría en cualquier momento. El resultado fue que pasé días enteros en mercados de todo pelaje esperando en vano una visita que nunca se producía. En todo aquel tiempo me vi forzado a dormir en las calles y comer lo que podía robar de los puestos de los mercados que visitaba dado que no tenía nada de valor que poder cambiar por alojamiento y comida y la bolsa de Fasit se había vaciado hacía tiempo. Empezaba a desesperar y mi mente agotada empezaba a considerar asaltar el palacio del faraón como una opción coherente cuando la suerte me sonrió un poco. Al pasar por la puerta de una taberna oí como un hombre de los que trabajaban en los muelles se quejaba de la gran cantidad de bultos que había tenido que descargar para uno de los mercaderes de la ciudad. En particular se quejaba de la gran cantidad de jaulas de pájaros que habían llegado para la mujer del

primer ministro y de cómo ella misma vendría a elegir los que deseaba al día siguiente en el mercado del barrio de los escribas. El hombre siguió bramando diciendo que si fuera su mujer le iba a enseñar a golpes a ocuparse del pájaro de su marido en lugar de malgastar el dinero en esas bobadas y el resto de la taberna rió a coro pero yo ya no le estaba escuchando. Si como decía aquel hombre la dama Anksemkepté iba a acudir al mercado al día siguiente existía la posibilidad de que Sadith la acompañase y esa iba a ser mi única oportunidad de hablar con ella.

Al amanecer me dirigí al mercado del barrio de los escribas y busqué el puesto de venta de pájaros que, para mi alegría, fue sólo uno y me senté cerca esperando la llegada de Anksemkepté. Pasaron varias horas antes de que la dama hiciera su aparición pero finalmente pude verla llegar al mercado por el lado sur. Era fácil de reconocer gracias a los dos esclavos que portaban el palanquín que la protegía del duro sol de mediodía y a los dos soldados altos como torres que la flanqueaban. Y a su lado, cogida de su brazo, Sadith. Esta vez podía verla mejor. No había cambiado nada. Su pelo largo y negro había sido sustituido por aquella peluca más corta que parecía ser la moda en Egipto pero su rostro seguía siendo igual de hermoso. Llevaba un vestido de lino ajustado que marcaba su figura y unas sandalias decoradas con lo que parecían pequeñas joyas. Esta vez el maquillaje era mucho más discreto y eso hacía que se pareciera aún más a la Sadith que yo había conocido. Intenté acercarme hasta ella en un movimiento poco inteligente gritando su nombre. Ella se giró sorprendida al oír su antiguo nombre y al verme su rostro se desencajó por la sorpresa y no pudo ocultar que me había reconocido. Desgraciadamente los soldados que les protegían fueron tremendamente efectivos en su trabajo y el golpe que recibí en el estomago con el mástil de una de sus lanzas me dejó doblado en el suelo y sin respiración. Yo sabía que no podía hacer aparecer mi espada y defenderme, no delante de tanta gente. Sin dudar un segundo el soldado giró su lanza en el aire dispuesto a clavarla en mi espalda mientras me encontraba en el suelo pero un grito de mujer le detuvo. Era Sadith.

—Seguramente este hombre sólo deseaba pedir limosna no hay necesidad de un castigo tan duro.

El soldado retiró su lanza inmediatamente claramente contrariado. Sadith se acercó hasta mí y me ayudó a incorporarme del suelo. Sus ojos estaban llenos de lágrimas al mirarme y me confirmaron que me había reconocido.

—No temas nada buen hombre, si es limosna lo que deseas no es

este el mejor lugar para pedirla. Acude esta noche a palacio y pregunta en la puerta del loto por mi y recibirás lo que buscas.

Sus ojos no dejaron de mirarme fijamente mientras me decía aquello, unos ojos azules como el mar.

—Gracias mi señora.

Ella asintió y se giró para volver con la mujer joven que había observado toda la situación en silencio.

—Mi señora no sé tu nombre, no sé por quién debo preguntar —dije mientras se alejaba pero fue el otro soldado quién me respondió.

—Pregunta por la dama Tyri.

Apenas pude controlar mi ansiedad todo el día hasta la puesta de sol. Tuve que dirigirme a la primera puerta que vi del palacio para preguntar a uno de los soldados cómo encontrar la puerta del loto. El hombre no dudó en apuntar su lanza a mí y preguntarme de malas maneras cuáles eran mis asuntos en palacio. Para mi sorpresa, su actitud cambió casi de forma inmediata en cuanto me oyó pronunciar el nombre de la dama Tyri y me indicó que debía continuar por la muralla hasta encontrar una puerta pequeña con un gran loto grabado en la piedra de su quicio. Seguí el camino que me indicó hasta encontrar la puerta que resultó estar mucho más alejada de lo que esperaba, en el lado del palacio más cercano al río. Me sorprendió que la puerta que era extremadamente pequeña y de madera, no estaba guardada por ningún guardia. Sin saber muy bien qué esperar llamé a la puerta y esta se abrió para dejar paso a una muchacha de unos doce o trece años que llevaba una peluca demasiado grande para su cabeza y que iba vestida con una túnica sencilla de lino sin adornos. La muchacha se apartó sin decir una palabra y me dejó pasar. La puerta daba acceso a un inmenso jardín iluminado por antorchas y con plantas y árboles de todo tipo. Un camino de tierra discurría paralelo a una especie de arroyo que estaba plagado de flores de loto que llenaban el aire de una fragancia muy agradable.

—Mi señora te espera al final de este camino —dijo la muchacha cerrando la puerta y desapareciendo entre las plantas.

Seguí el camino que me había indicado y que se internaba entre la vegetación. Un poco después el camino parecía estar bloqueado por las ramas de un sauce que asemejaban una cortina. Las retiré para pasar y entonces la pude ver. Sadith estaba de pie frente a una especie de gran estanque donde desembocaba el arroyuelo que había visto antes. El estanque también estaba lleno de flores de loto y rodeado por un gran cantidad de sauces que, con sus ramas,

convertían aquella zona del jardín en una especie de recinto privado sólo visible desde el otro lado del estanque. Me dirigí hacia ella y cuando iba a llamarla por su nombre fue ella quién habló.

—No deberías estar aquí, Helel.

Sus palabras me dejaron petrificado. Después de más de mil años aquella era la recepción más fría del mundo y una que no esperaba para nada.

—Sadith.

—Nadie me conoce aquí por ese nombre, aquí me llamo Tyri —dijo girándose para mostrarme su rostro frío como el hielo. Su cara, su manera de mirarme me recordaron profundamente a Suriath—. Te repito que no deberías estar aquí.

—Eres tú quien me ha invitado —respondí siguiendo su juego.

—Me refiero a Egipto, a este tiempo —dijo con rabia—. Este no es tu tiempo Helel, o ¿debo llamarte por tus otros nombres? Lucifer, el exterminador….

Por sus palabras era fácil deducir que sabía de mis acciones y movimientos a lo largo de los años previos a mi encierro. Aquella mujer tenía mucho que explicar y yo no iba a marcharme sin escuchar todo lo que tuviera que contarme.

—Puedes intentar provocarme tanto como desees Sadith pero vi tus ojos en el mercado al verme, vi las lagrimas de alegría en ellos —dije intentando acercarme a ella pero algo sólido me golpeó de repente echándome hacia atrás.

—Hay una barrera de protección alrededor de mi y de este jardín, no podrías acercarte por muchos esfuerzos que hagas así que mejor que no lo intentes de nuevo.

Me levanté como pude y le miré fijamente a los ojos.

—Sadith, ¿qué es todo esto? Dices que este no es mi tiempo pero tampoco debería ser el tuyo. ¿Cómo es posible qué estés viva, qué te ocurrió aquella noche?

Unas risas nos interrumpieron desde la otra orilla del estanque. De repente la mujer joven que acompañaba a Sadith en la procesión y el mercado apareció con otras muchachas a su alrededor. Allí, iluminada por la luz de la luna y la pocas antorchas que alumbraban el jardín su belleza se recalcaba aún más. Una y otra vez acariciaba su vientre dulce y protectora. Por alguna razón no podía retirar mis ojos de ella. Verla me generaba una extraña forma de calma y paz.

—Es hermosa, ¿verdad? —preguntó Sadith en un tono mucho más calmado que el que había utilizado hasta entonces.

—Mucho —dije sin dejar de mirar a la joven—, pero hay mucho

más que belleza en ella, es como un bálsamo para el corazón, mirarla hace que todo se calme, que...

—Que parezca que el tiempo no existe y que nada importa sino ella. Lo sé.

Me giré para mirarla y vi que su rostro había cambiado, la rabia que lo había dominado hasta ese momento ya no existía y su mirada era dulce y hermosa como la de aquella joven.

—¿Quién es, Sadith? ¿Es tu hija?

Una sonrisa triste iluminó su rostro.

—No, es verdad que yo la he criado y que la quiero como si fuese mi propia hija pero no lo es. Es la última descendiente de Niel y por lo tanto tuya. Es tu sangre, Helel.

Aquella frase hizo que mis piernas no pudiesen sostenerme más y caí de rodillas al suelo. Aquella muchacha era mi sangre, mi familia. Los hijos a los que tanto había extrañado habían sobrevivido, habían tenido sus propios hijos pero, ¿cómo? Mis manos empezaron a temblar ¿Cuál había sido el papel de Sadith en aquel milagro? ¿Y cómo era posible que aún estuviera viva? Y, ¿qué había sido de mis hijos? La preguntas se agolpaban en mi cabeza y noté cómo me faltaba el aire. De repente no tenía control sobre mi cuerpo, no sabía qué me estaba ocurriendo y eso hacía que el control se escapara aún más de mis manos.

—Es mejor que te tranquilices, Helel, tu cabeza es un caos imposible de leer —. Sus manos se posaron sobre mi espalda y sentí como su poder tomaba el control y mi respiración se calmaba—. Ven conmigo —dijo ayudándome a levantarme—, tenemos mucho de qué hablar.

Me llevó hasta un pequeño claro más allá de los sauces que nos rodeaban. En medio del claro había un pequeño toldo sujeto por cuatro grandes postes.

—Este es uno de los rincones favoritos de la reina Tuya durante las horas de más calor del día, una especie de escondite dónde huir de las rutinas palaciegas que no pueden gustarle menos. Aquí nadie nos molestará a estas horas.

Me ayudó a sentarme en uno de los grandes cojines bajo el toldo y se sentó a mi lado con una delicadeza propia de las damas de más alcurnia.

—Veo que muchas cosas en ti han cambiado —dije refiriéndome a sus modales.

—Han sido más de mil años Helel, he tenido tiempo de refinarme. De hecho podemos decir que no me ha quedado otro remedio que adaptarme al paso de los años.

—Sigo sin entender cómo has podido sobrevivir todo este tiempo.

—Llegaré a eso también, no te preocupes, pero primero necesito contarte mi historia y la de tus hijos para que entiendas por qué es necesario que te alejes de mi y de Ankh.

Y así fue como Sadith comenzó a relatarme su historia.

11
Mujer

La vida es impredecible incluso para aquellos que tenemos el don de la visión. No importa cuántos planes hagamos, al final la vida simplemente ocurre y los hombres no tenemos más salida que doblegarnos a sus deseos y sobrevivir, siempre que nos sea posible.

La noche que todo ocurrió yo estaba jugando con los niños en el jardín como llevaba haciendo meses. Su alegría se había instalado en mi corazón de forma permanente desde el momento que les conocí y cualquier excusa era buena para pasar más tiempo a su lado incluso a costa de retrasar mis propias obligaciones con el templo en Accad. Al principio me dije a mí misma que era el amor de tía que cualquiera esperaría pero con el tiempo comprendí que era mucho más. No sé si la falta de la presencia de su verdadera madre contribuyó a ello pero poco a poco yo me fui sintiendo más su madre que la propia Liliath y muchas veces deseé que hubieran sido mis pequeños en lugar de los suyos. Hay que tener cuidado con lo que se desea porque a veces nos lo conceden.

Cuando oí que ibas a buscar a Liliath al templo algo dentro de mí sabía que había algo que no estaba bien aunque llevaba meses viendo como vuestra relación se desmoronaba por momentos y sabía que su fin era inevitable, más tarde o más temprano. Sin embargo, una parte de mí me prevenía de algo más y, aún a riesgo de preocupar a mi madre más de lo necesario, había lanzado hechizos de protección no sólo sobre Narmesh y Niel sino sobre toda la casa. Quiero creer que fue mi visión quién me guió a la hora de tomar aquella decisión preparándome para lo que debía ocurrir.

Sentí su llegada como si algo explotase dentro de mí. Una fuerza tan poderosa que rompió todos mis hechizos al mismo tiempo y entonces supe que la muerte había llegado a mi casa. Inmediatamente un grito resonó en mi mente, un grito que sólo yo podía escuchar, un último pensamiento de mi madre enviado directamente a mi para que salvara mi vida y la de los pequeños.

—¡Huye!

Mi visión tomó el control y me mostró, no el futuro, sino el presente, la desgracia que estaba aconteciendo en el propio patio de mi casa, aquella criatura cercenando el cuello de mi madre con su espada. Tuve que morder mi puño para no gritar, para no alertarle de nuestra presencia y te juro que no sé donde encontré las fuerzas para ello. Aquél ser, fuese quien fuese, había venido a nuestro hogar con un sólo propósito, matar y mi madre había sido sólo la primera víctima. Mi mente dejó de mostrarme lo que ocurría. Oí los gritos de las sirvientas que sin duda habían encontrado el cuerpo de mi madre. Por desgracia también debían haber encontrado a su asesino que sin duda se aseguraría de eliminar a cualquiera que se interpusiese en su camino. Sus gritos se ahogaron en un momento. Mi mente reaccionó con rapidez lanzando un hechizo de invisibilidad sobre los niños y sobre mí misma, fuera quién fuera aquella criatura no podría vernos ni oírnos, habíamos dejado de existir para el mundo.

No se si fui idiota o simplemente una hija queriendo salvar a su madre pero dejé a los niños, que seguían durmiendo sin enterarse de nada, y salí corriendo hacia el patio. Allí mi visión y la realidad se fusionaron en una sola imagen. Mi madre yacía muerta en el suelo junto a una de nuestras criadas, la criatura sostenía la cabeza de la otra. Estaba de espaldas a mi, alto, con forma de hombre y una larga cabellera castaña. De su espalda salían dos grandes alas negras que el ser mantenía extendidas haciendo que pareciera gigantesco. Sabía que había visto aquella imagen antes, seres como aquel habían poblado mis sueños y visiones el día que te vi a ti y entonces comprendí. Aquel ser había llegado a nuestra casa buscándote a ti, el resto éramos sólo víctimas necesarias. De repente, la criatura se giró para mirarme y por un momento temí que hubiese logrado superar mi hechizo y yo fuera la siguiente en caer. ¡Ojalá hubiera sido así! La criatura no me miraba a mí sino a través de mí, a mi padre que acababa de aparecer a mi espalda. Sus gritos clamando el nombre de mi madre se clavaron en mi ser hasta lo más profundo y vi como corría hasta su cadáver sin preocuparse del ser que ahora ocupaba el centro de nuestra casa. No llegó hasta

ella. La criatura voló hasta él y le elevó por los aires sujetándole con una sola mano mientras su voz tronaba en el patio.

—¿Dónde está, maldito mono? —Oí como mi padre intentaba responderle pero la mano en su garganta no le dejaba respirar ni hablar. La criatura le miró con asco y sólo pronunció una frase—. Realmente, no importa.

Con un giro de su muñeca le lanzó contra la pared opuesta del patio y antes de que su cuerpo empezara a caer lanzó cuatro cuchillos que se clavaron en su cuerpo anclándole a la pared. Un giro rápido de su espada le abrió en canal y lo último que oí de mi padre fue el sonido de la sangre que gorgoteaba en su garganta. Sus ojos miraron en mi dirección por un último segundo en el que quiero creer que fue capaz de verme. Tuve que morder mi lengua para no gritar de nuevo y salir corriendo hacia él porque aquello habría sido no sólo mi fin sino el de tus hijos. Por un segundo deseé que retornases, que volvieses para que pudiéramos enfrentarnos a aquella criatura pero sabía que ninguno de los dos podríamos hacer nada contra aquel ser, mi poder no era el que tengo ahora y tú carecías completamente de él. Entonces mi mente volvió por fin en sí y comprendió lo que debía hacer. Lo más importante, lo único importante era salvar a tus hijos, así que, arrastrándome por el dolor de haber perdido a mis padres volví a la sala dónde había dejado a los niños, los cogí en brazos y salí de la casa.

Creo que nunca antes me había encontrado en aquel estado. Era como si todos mis movimientos, mis acciones fueran dirigidos por alguien fuera de mí. Mi mente bloqueó todas las imágenes de lo ocurrido impidiendo que sucumbiera al dolor y mi parte irracional se apoderó de mí con un único fin, huir. Corrí por las calles de Uruk con un rumbo muy claro, la puerta del peregrino, el mercado de caravanas, y un único hombre en mi cabeza, Jeshar, mi fiel criado que me había acompañado desde el templo en Accad para mi protección como sacerdotisa que ahora era y que había pospuesto su retorno tantas veces como yo había pospuesto el mío. Sabía que si alguien podría sacarnos de la ciudad con discreción ese era Jeshar y aunque no sabía exactamente su paradero estaba segura que él se habría encargado de que no me fuera difícil localizarle si necesitaba de su ayuda. Corrí tanto como pude por las calles de la ciudad con los dos pequeños, ahora despiertos, en brazos. Sus ojos me miraban como tratando de decirme que comprendían lo que estaba haciendo y por qué y ninguno de ellos lloró en todo el trayecto como si intentaran hacer mi tarea más sencilla. Cuando llegué a la puerta del viajero el sol empezaba a ponerse. Los dueños de las caravanas

habían recogido ya sus camellos en los rediles y se dirigían a sus tiendas instaladas en la explanada adyacente para pasar la noche. Me fue difícil encontrar a alguien a quién preguntar por el paradero de Jeshar e incluso aquellos que se dignaban a hablar conmigo me dirigían miradas de extrañeza sin comprender muy bien que hacía una madre con dos niños en brazos a aquellas horas en aquella zona de la ciudad. Desgraciadamente nadie supo darme razón del paradero de mi buen criado y yo no podía arriesgarme a preguntar a demasiada gente porque eso significaba tener que bajar la barrera de invisibilidad que había levantado para nuestra protección, así que la noche y el frío nos encontraron caminando entre las tiendas de los caravaneros. Mi tiempo se empezaba a agotar y la desesperación empezco a mezclarse con mi miedo a que la criatura que había matado a mis padres nos encontrase. Me acerqué hasta un pequeño abrevadero ubicado en el recinto. Sabía que mi estado emocional no me permitiría concentrarme durante demasiado tiempo pero si conseguía alcanzar el nivel mínimo de concentración podría encontrar a Jeshar. Con los niños aún en brazos me senté en el borde del abrevadero y miré en el agua oscura. El riesgo era grande, sabía que si no encontraba la concentración necesaria podría no ver nada, o aún peor, podría revivir las escenas que había visto en mi casa y eso era algo que en aquel momento no me podía permitir. Además, el grado de concentración necesaria implicaba que durante el tiempo que intentase encontrar a Jeshar no podría mantener el hechizo de invisibilidad. Respiré profundamente y el aire frío de la noche llenó mis pulmones, el esfuerzo que necesité poner para aquel hechizo que normalmente era reflejo para mí me provocó casi un dolor físico. El agua del abrevadero siguió negra por unos segundos pero finalmente una luz se reflejó en ella y pude verle calentándose frente a un fuego con otros hombres, charlando y riendo. El idioma que usaban era accadio y las tiendas que les rodeaban eran de un intenso color púrpura, una caravana de mercaderes de telas. No pude mantener la imagen más allá de unos momentos pero lo que vi fue suficiente. Me dirigí al primer hombre que encontré y le pregunte donde podía encontrar la caravana de los mercaderes accadios de telas. El hombre supo exactamente a que caravana me refería y me orientó hacia el otro extremo de la explanada. Unos momentos después pude ver las tiendas de colores y la luz cálida de la hoguera de mi visión. Ni siquiera necesité acercarme, Jeshar me vio inmediatamente y vino corriendo hacia mí.

—Mi señora, ¿Qué haces aquí? ¿Qué ha ocurrido?

—Tenemos que irnos, ahora mismo —respondí y él supo leer la ansiedad en mi rostro. Sin preguntar nada más, cogió a uno de los niños de mis brazos y me acompañó hasta uno de los rediles.

—Espere aquí señora, será un momento.

Se alejó en la oscuridad de la noche dejándome sola con los niños que empezaban a agitarse debido al viento frío que se había levantado. Volvió al poco rato y entró en el redil de dónde sacó dos caballos. Me pidió que le siguiera y le obedecí sin dudar sabiendo que aquel hombre era mi única esperanza de abandonar Uruk. Jeshar nos llevó hasta la parte de atrás de una de las tiendas donde un carro grande y cerrado estaba esperando, ató los caballos al carro y me ayudó a subir al interior con los pequeños.

—Esto es leche de cabra caliente —dijo entregándome una pequeña botella de barro—. No hay demasiado pero hasta que lleguemos a la primera aldea y pueda comprar provisiones es lo único que puedo ofrecerle. Al menos calmará los pequeños.

—Gracias Jeshar, gracias por todo —le dije cogiendo su mano—. Nunca olvidaré lo que estás haciendo por mí, por nosotros.

—Le debo mi vida señora, he prometido que cuidaré de usted hasta el final de mis días y pienso cumplir mi promesa.

Oyendo sus palabras no me cabía ninguna duda de que así sería.

—¿A dónde nos dirigimos, señora, a Accad? — preguntó.

—¡No, a Accad no! A cualquier sitio menos a Accad.

Jeshar no preguntó nada más, cerró la cortina del carro y así, en mitad de la noche, nos alejamos de Uruk.

El viaje fue agotador para todos porque no es fácil viajar sin rumbo definido y sin saber cuándo llegarás a tu destino. Al principio cogimos rumbo norte, hacia Babilonia aunque yo sabía que debíamos alejarnos tanto como fuera posible de las grandes ciudades donde, lejos de poder perdernos en la multitud, estaríamos expuestos a miles de ojos y bocas que podrían hablar de nuestro paradero. Sin embargo, Jeshar me convenció de que cogiendo aquella ruta tendríamos más posibilidades de unirnos a un caravana grande que fuera en alguna otra dirección. El viaje en el carro no era cómodo, el constante traqueteo torturaba mis huesos y me hacía sentir mareada pero parecía entretener a los niños haciendo que no les fuera tan difícil estar todo el día encerrados en su interior. Durante los primeros días hicimos varias paradas en las aldeas que encontrábamos por el camino comprando algunas de las cosas que necesitábamos esperando no suscitar preguntas respecto a por qué

viajábamos sin absolutamente nada. A todos los efectos Jeshar se hacía pasar por mi esposo y a quien preguntaba le decíamos que nos dirigíamos a Kish con nuestros hijos para a ver a mi familia. Mi miedo a ser descubiertos no disminuyó en ningún momento del viaje. Constantemente miraba al cielo esperando ver a la criatura descendiendo sobre nosotros como un ave de presa. Aquel miedo me hacía invertir una enorme cantidad de energía en mantener alrededor nuestro hechizos que actuaran de barrera y que nos ocultaran de los ojos indiscretos y eso me agotaba hasta el punto de impedirme dormir por la noche, lo cual acentuaba mi cansancio.

Finalmente llegamos a una aldea a unas tres jornadas de Babilonia y comprendí que era el momento de cambiar de ruta antes de que estuviéramos demasiado cerca de la gran ciudad. Sabía que no podíamos estar huyendo toda la vida, los niños no podrían soportarlo, era imprescindible que dejáramos atrás las que habían sido nuestras vidas para convertirnos en personas diferentes y comenzar una nueva existencia, desaparecer para el mundo que nos había conocido. Y así tomé la decisión de encaminarnos hacia el Oeste, hacia la tierra de los Cannanitas, hacia el mar. Cambié mi nombre por el de Hashna, el nombre de la madre de mi padre, y el de los niños por Silah y Haresh. Para quien me preguntaba yo era una joven viuda con dos pequeños que se encontraba sin familia y buscaba un lugar donde comenzar una nueva vida, nada muy distinto de mi realidad porque las mejores mentiras son aquellas que no lo son demasiado. Por más que traté de convencer a Jaresh de que se marchase y volviese a Accad fue en vano. Aquel hombre menudo y moreno había jurado defender mi vida en pago por haber salvado la suya unos años antes y estaba dispuesto a cumplir su promesa. Sin familia ni negocios a los que volver decidió quedarse a mi lado haciéndose pasar por la única posesión que me había dejado mi supuesto difunto esposo, un criado fiel. Así continuamos nuestro viaje hasta que después de un mes y medio recorriendo caminos polvorientos la brisa del mar llenó nuestros pulmones. Habíamos llegado a la aldea de Tujarh-su cerca de una gran ciudad amurallada llamada Tiro. Los habitantes de la aldea se ganaban la vida con la pesca y recogiendo conchas marinas que utilizaban para hacer un tinte de color púrpura que al parecer vendían a otros pueblos incluso al otro lado del mar y eso hacía que en general todos los aldeanos pudieran vivir holgadamente. El único problema de aquellas gentes era la falta de cuidados médicos dado que el curandero más cercano estaba en la capital. No sé si fue la brisa del mar, el sol que se reflejaba en sus aguas o el cansancio que pudo

conmigo pero desde que llegamos a aquella aldea tuve claro que ese era el final de nuestro viaje. Gracias a mis poderes y lo aprendido en el templo pude hacerme pasar por curandera y partera y todos los habitantes de la aldea me recibieron con los brazos abiertos. Durante unos días seguimos viviendo en el carro a las afueras del pueblo pero pronto la familia agradecida de un pequeño al que había ayudado a recuperarse de unas fiebres me ofreció una pequeña casa de dos habitaciones para que me instalara tanto tiempo como desease. El gesto me emocionó profundamente, ver como gentes que ni siquiera hablaban mi propio idioma y no me conocían de nada se mostraban tan amables conmigo y mi familia era algo inesperado. Acepté encantada con la condición de que me dejasen pagarles una pequeña renta con lo que pudiese ganar con mis servicios de forma que nadie perdiese en el trato. Y así, casi sin darme cuenta nos convertimos en una familia. El tiempo no nos perdonó y paso para nosotros tan rápido como para cualquier hombre. Los niños crecieron muy deprisa convencidos de que yo era su madre y de que su padre había muerto antes de que ellos nacieran y poco a poco sus personalidades se fueron construyendo hasta que fue muy obvio cuán diferentes eran uno de otro. Mi pequeña Niel, o Silah como la conocían todos en la aldea, era una niña dulce, amable, siempre pendiente de cuidarnos a todos y con una belleza que cada día me recordaba más a Liliath. Narmesh por su parte se estaba convirtiendo en un muchacho fuerte, de un carácter ambicioso y recio, al que le gustaba ganar en cualquier competición con los otros niños del pueblo y que repetía constantemente que quería ser un soldado. Pero no todo era diferente en ellos. Ambos tenían una característica común que al mismo tiempo les diferenciaba del resto de la gente, desde muy pequeños los dos mostraron poderes mucho más allá de un simple humano. No sé si era el resultado de tu sangre corriendo por sus venas o si lo habían heredado de Liliath pero desde muy pequeños sus habilidades fueron evidentes. Narmesh era capaz de mover cosas con sólo desearlo y su poder era mucho más intenso cuando estaba enfadado y perdía el control. Entonces su poder adquiría una dimensión destructiva de una intensidad verdaderamente impactante en un niño tan pequeño y todos mis esfuerzos por ayudarle a controlar su poder fueron poco útiles. Niel, por su parte, era capaz de controlar los elementos a voluntad, el fuego, el agua, el viento y la tierra se plegaban a su pensamiento. A diferencia de Narmesh, Niel era todo control y templanza lo que hacía que su poder fuera creciendo cada día un poco más. Pronto sus

capacidades de visión fueron también evidentes aunque en su caso estaban limitadas al uso del agua como conductor como había sido para mí y para mi madre. Quizá por ello empecé casi sin darme cuenta a dedicar más tiempo a su entrenamiento y a enseñarle lo que yo había aprendido en el templo y no me di cuenta de que, en realidad, era Narmesh quien más necesitaba de mi ayuda y apoyo, un error que acabaría por pagar muy caro.

El resto de nuestras vidas evolucionó envuelto en algo muy parecido a la felicidad. Nos integramos completamente en la vida de la aldea y todo el mundo nos aceptó como miembros de su comunidad sin reparos. Mis talentos como sanadora pronto se extendieron a las aldeas vecinas y raro era el día en el que no recibía la visita de algún enfermo o pariente buscando un remedio para sus males o los de sus seres queridos. Nunca cobré nada a las personas que venían a visitarme, cada uno daba lo que podía y si podía y eso era suficiente para nosotros. Aquella forma de felicidad tocó incluso la vida de mi buen Jeshar que acabo por encontrar el amor en una joven viuda de la aldea y se casó y formó su propia familia aunque nunca nos abandonó y siguió ocupándose de cualquier necesidad que pudiésemos tener. Su amor por nosotros era tan grande que cuando su esposa dio a luz a su primera hija le puso el nombre de Sadith, algo que para las gentes de la aldea que siempre me habían conocido como Hasnah no tenía ningún significado pero para mí tenía mucho.

Los años pasaron mucho más rápido de lo que a mí me habría gustado. De repente mis pequeños se habían convertido en un hombre y una mujer, en ambos casos extremadamente hermosos y era evidente la atracción que provocaban entre los otros jóvenes de la aldea. Mientras Niel seguía mostrando una dulzura a la que nadie podía resistirse, Narmesh había desarrollado un carisma capaz de atraer a cualquiera que, unido a su talento con las palabras, hacía que fuera muy fácil para él conseguir lo que desease aún a costa de los demás. Todos veíamos esa defecto en su carácter pero su habilidad para disfrazar cada uno de sus actos de pequeña travesura hacía que olvidaremos fácilmente sus pequeños deslices. Por mi parte yo había dejado atrás lo poco que quedaba en mí de niña, durante algo más de quince años había anulado mi existencia completamente para dedicarla a la protección de los que ahora consideraba mis hijos y no me arrepentía de ello. Mis poderes habían crecido al mismo tiempo que mi cuerpo y mi mente, me encontraba en plena madurez de mis habilidades y eso me había dado una seguridad que había hecho desaparecer poco a poco mi

miedo al retorno de aquella criatura que había asesinado a mi familia. Después de tanto tiempo me encontraba convencida de que habíamos logrado escapar de su alcance y que nuestra nueva vida en aquella aldea era completamente invisible para él.

Una mañana de verano Niel entró en la casa gritando de excitación seguida por Narmesh.

—¡Madre, madre!

—¿Qué ocurre, a que vienen esos gritos? —contesté preocupada.

—Un festival, madre, en honor de Ba´al Shur, ¿Podemos ir madre, podemos? —gritó mientras saltaba a mi alrededor.

—Un segundo pequeña, no entiendo nada —dije sin poder evitar que su excitación me hiciera reír.

—La ciudad de Ushur hace un festival en honor de Ba´al Shur mañana, un mensajero lo estaba gritando en el centro de la aldea. Habrá música y comida para todo el que acuda, y hasta magos y hechiceros para entretener a la gente — explicó Narmesh.

Ba´al Shur, o Melquart como le llamaban algunas personas, era el dios que la ciudad de Ushur tenía por protector y una vez cada cinco años celebraban un gran festival en su honor para agradecerle su influencia en el éxito del comercio de la ciudad.

—La verdad, no sé si es buena idea.

—Madre, por favor, nunca vamos a la ciudad, aquí nunca hay música.

—Van muchas familias de la aldea, madre, podemos ir con ellas y volver al final de día —añadió Narmesh a su causa común.

— ¡Por favor! —volvió a gritar Niel abrazándome hasta casi ahogarme.

—Está bien, está bien —claudiqué—. Pero tendréis que convencer a Jeshar para que él y su familia vengan también y estaremos de vuelta al anochecer, ¿está claro?

—Gracias madre, voy a hablar con Jeshar ahora mismo —dijo Narmesh con una enorme sonrisa.

—Gracias madre, ¡te quiero tanto! —gritó Niel loca de alegría mientras me colmaba de besos.

Al día siguiente partimos junto con Jeshar y su familia en un carro descubierto hacia la ciudad, y no fuimos los únicos. De casi todas las casas de la aldea alguien se dirigía en nuestra misma dirección y con el mismo propósito así que el viaje fue tranquilo y seguro. Otras caravanas de otras aldeas se nos unieron a la llegada a la ciudad incluso algunas que estaban mucho más lejos que la nuestra. Llegamos a la ciudad a media mañana y dejamos el carro frente a la puerta principal para entrar en la ciudad a pie. Nada más

pasar el arco de la gran puerta era evidente que la ciudad estaba de fiesta. La música de un grupo de flautistas y percusionistas nos recibió y nos acompañó hasta la plaza central ubicada un nivel por debajo del que ocupaba el gran templo de Ba´al Shur. Allí el ruido era casi ensordecedor. Las voces de las miles de personas congregadas junto con la algarabía de los muchos grupos de músicos que se habían juntado en aquel lugar, todos ellos tocando una música diferente hacía que casi no pudiésemos escucharnos unos a otros. Pero para Niel y Narmesh nada importaba, sus caras eran de felicidad completa. Aunque habíamos venido antes a la ciudad siempre había sido para hacer compras de ingredientes para mis pociones y nunca por demasiado tiempo. Esta vez era diferente, habíamos ido a una fiesta y ambos pretendían disfrutarla tanto como fuera posible. Una voz gritó el nombre de Narmesh a nuestra espalda. Era un grupo de chicos jóvenes, de su edad o algo mayores que se acercaron hasta nosotros. Reconocí algunas de las caras de verlas en la aldea, otros eran completos desconocidos para mí. Narmesh me pidió permiso para recorrer el mercado con sus amigos y no supe negarme. Acordamos encontrarnos en aquel mismo lugar a media tarde y yo me dispuse a recorrer el mercado con Niel que no dejaba a de tirar de mí hacia los puestos de telas.

El día pasó entre las risas de felicidad y la excitación de Niel. Nunca antes la había visto disfrutando tanto con cada cosa que veía, los colores de las flores, las telas, la música que llenaba nuestros oídos en cada esquina. Todo era una fuente de alegría para ella y verla feliz lo era para mí. A media tarde nos dirigimos al punto donde debíamos encontrarnos con Narmesh pero él no estaba allí. Esperamos mucho rato pero seguía sin aparecer y empecé a preocuparme. Al ver mi angustia Jeshar se ofreció a ir en su busca y al cabo de un rato los dos aparecieron por fin y la imagen no podía ser más preocupante. Su cara estaba llena de golpes y sus ropas estaban rotas en varios sitios.

—¿Qué ha ocurrido, Narmesh?

No se molestó en responderme. Pasó frente a mí y Niel sin mirarnos siquiera, caminando hacia delante como si no estuviera allí. Miré a Jeshar esperando encontrar la respuesta que Narmesh me había negado.

—Le encontré en medio de una pelea en una taberna —dijo el hombre bajando la voz inmediatamente—. Estaba a punto de usar su poder contra un hombre. Afortunadamente logré llegar a tiempo de calmarle y creo que nadie se enteró de los que podía haber pasado.

Mi corazón se paró. Durante todos aquellos años había hecho todos los esfuerzos necesarios para ocultarnos y ocultar su naturaleza al mundo y Narmesh había estado a punto de comprometernos a todos en un segundo. Me dispuse a ir tras él para pedir una explicación pero Jeshar me sujetó y me convenció de que aquel no era el mejor momento. Volvimos al carro y emprendimos el viaje de regreso a la aldea. Durante todo el viaje Narmesh no nos dirigió una sola palabra a ninguno, era como un cadáver sentado en el carro entre nosotros con los ojos fijos en el horizonte y un rostro duro que me hacía temer lo que estuviese pasando por su cabeza.

Cuando llegamos a la casa Niel se retiró a su habitación sin ni siquiera despedirse de su hermano sabedora de que aquel no era el momento para acercarse a él. Pero yo sabía que si alguien podría calmarle esa era yo así que le seguí hasta el jardín trasero de la casa con intención de hablar con él.

—¿Vas a explicarle a tu madre lo que te ha ocurrido?

Giró la cabeza para mirarme y sus ojos seguían vacíos, lejanos. Se quedó mirándome fijamente hasta que por fin se decidió a hablar.

—Los dos sabemos que Jeshar ya te lo ha contado.

—Sí, pero quiero que me lo cuentes tú.

Narmesh expulsó el aire de sus pulmones en un gran suspiro y fue como si un peso se descargase de su pecho.

—Una pelea.

—Continúa.

—No hay nada más, simplemente me metí en una pelea con un tipo en una taberna.

—Y, para empezar, ¿podrías decirme qué hacías tú en una taberna?

—Soy un hombre madre, puedo casarme, tener hijos, mi propia casa y puedo entrar en una taberna.

Su cara se endureció de nuevo y sabía que si no me andaba con cuidado perdería mi oportunidad de saber lo que había ocurrido realmente.

—Todo eso es cierto pero nunca antes te he visto mostrar interés por la bebida así que supongo que este cambio de actitud se debe a algo.

El silencio se prolongó durante lo que a mí me pareció una eternidad.

—Se llama Tinish, y es la mujer más hermosa que he visto jamás. Tanto que no sé cómo describírtela para que entiendas como me siento.

—Entonces, déjame que te ayude —dije poniendo mis manos suavemente sobre su cara. Mis ojos miraron en los suyos y en un instante mi mente y la suya eran una y sus recuerdos eran también los míos. Ví a la mujer, joven, alta, delgada pero con formas atractivas, su pelo negro como la noche. Pude sentir su emoción al verla, su deseo, lujuria, su corazón acelerándose. La mujer le habló, fue ella quien tomó la iniciativa. El corazón de Narmesh se aceleró aún más. La mujer le tocó la cara con su mano, suavemente mientras le hablaba, pero Narmesh no podía escuchar sus palabras, el deseo se había apoderado de él. La mujer se alejó de repente mirando atrás tan sólo para lanzarle una mirada de deseo. Estaba jugando con él, pero Narmesh no podía verlo, su mente era muy clara, la deseaba, era lo único que deseaba en este mundo y haría cualquier cosa por conseguirla. Uno de sus amigos le trajo de vuelta a la realidad y trató de hacerle entrar en razón, la mujer no era una extraña para todos ellos, acostumbraba a pasear por el mercado buscando muchachos jóvenes a los que seducir. Su marido lo sabía y sus juegos habían traído la desgracia para más de un hombre en Ushur. Narmesh no escuchaba, no le importaba, sólo deseaba estar con aquella mujer. La siguió por todo el mercado hasta una taberna. Una vez más sus amigos intentaron pararle pero fue en vano. Entró en la taberna tras la mujer que se había sentado en una de las mesas junto a un hombre mayor que ella y muy corpulento. Narmesh no prestó atención al hombre, fue directo a la mujer y la agarró por el brazo con intenciones de llevarla a algún otro lugar. El primer golpe le dio de lleno en la cara. Narmesh trató de defenderse pero otros hombres se unieron al hombre corpulento, sin duda el marido de la mujer. Los golpes venían de todas direcciones sin que pudiera defenderse, aquella impotencia le frustraba, incrementaba su rabia. Uno de los golpes le lanzó contra una de las paredes del fondo pero lo que se levantó del suelo no era el mismo muchacho que entró en la taberna sino un ser con un poder mortífero y todo el odio para canalizarlo en su interior. Los muebles, las ánforas y los vasos empezaron a temblar a medida que su rabia se empezaba a descontrolarse. Un único deseo en su mente ocupaba ahora todo y no era la mujer sino matar. Los hombres y la mujer le miraban desconcertados sin saber qué estaba pasando, ajenos a la desgracia que se avecinaba. La mente de Narmesh se desbordó y se preparó para lanzar el golpe mortal, morirían todos en pago a su osadía, Narmesh se sentía un dios en su ira. De repente, unos brazos como de hierro le agarraron por detrás impidiéndole respirar, la falta de aire hizo que su cabeza no pudiera concentrarse más en su deseo de

muerte y perdió el conocimiento. Lo último que escuchó fue a Jeshar pidiéndole que se calmara, lo último que vio fue el rostro de la mujer que se había grabado a fuego en él.

Separé mis manos de su rostro con tristeza y el me miró esperando sin duda mi enfado pero, si una parte de mi estaba enfadada, no era con él sino conmigo misma. Era yo la responsable de que mi pequeño guerrero no supiera controlar su ira, su rabia, sólo yo había dejado que aquel deseo de muerte y destrucción germinara en él. Tanto esfuerzo puesto en ayudar a Niel a controlar su poder y no supe darme cuenta de que él era quien más me necesitaba. Le había fallado y eso me entristecía profundamente.

—¿No vas a decirme nada, madre? —me preguntó con miedo.

—No sé si puedo decir mucho, Narmesh. Es hermosa, es cierto, y comprendo que te cegaras por ella pero, ¿eres consciente de lo que podría haber pasado?

—¿Que me cegara? ¿Eso es lo que crees que ha ocurrido? ¿Acaso no puedes verlo? Estoy enamorado de ella y estoy seguro de que ella también siente algo por mí. Estamos hechos el uno para el otro.

—¡Es la mujer de otro hombre, Narmesh!

—Un hombre que no puede compararse conmigo, una rata que no tiene mi poder.

—El poder no te da derecho a usurpar su lugar ni lo que es suyo, esa mujer no te pertenece.

—¡Me pertenecerá tan pronto como despelleje a ese animal! —Sus gritos resonaron en todo el jardín y la bofetada que le di también. Por un momento, la sorpresa de recibir aquel golpe de mí que nunca le había puesto un dedo encima le paralizó y vi como sus ojos me miraban llenándose de lágrimas. No me dio tiempo a decirle nada, sus palabras salieron de su boca en un susurro—. ¿Acaso yo no merezco ser feliz como cualquier hombre?

La tristeza con la que formuló aquella pregunta terminó de romperme por dentro y tomé una decisión de la que me arrepentiré durante toda mi existencia.

—Pero tú no eres cualquier hombre, mi niño, y me temo que esa es una carga con la que deberás aprender a vivir como lo hizo tu padre.

Su cara se paralizó y adquirió la misma frialdad del rostro de una estatua.

—¿Qué quieres decir, madre? —dijo mirándome sin poder salir de su sorpresa.

Allí, en aquel jardín, le conté a Narmesh la verdad de su origen, de su padre, de su verdadera madre y del por qué de nuestra huida

de Uruk. No callé ningún detalle de todo lo que por aquel entonces conocía. Pero si esperaba que el conocimiento le ayudaría a aceptar la realidad de quién era, me equivoqué completamente. Cuando terminé mi relato, Narmesh se levantó lentamente y se alejó dos pasos de mí, dándome la espalda. De repente el sonido de sus carcajadas llenó el aire poniéndome la piel de gallina.

—¡Tú, maldita zorra! —Mi cuerpo se levantó como un resorte justo en el momento en que se giraba para mirarme. Sus ojos estaban inyectados en sangre y la rabia había cambiado la frialdad de su rostro por el de una fiera y algo dentro de mí me advirtió que ya no me encontraba frente al Narmesh que yo conocía—. Durante años me has hecho sentir culpable por lo que soy, por lo que puedo hacer. He perdido la cuenta de las veces que me has hecho sentir miserable por no poder controlar mi poder, por no ser perfecto como la dulce Niel. Años tratando de mantenerme oculto, de obligarme a no usar mi poder, a no demostrar quién soy realmente, un dios.

Sus palabras salían de su boca escupidas como saetas con una sola finalidad, herirme, pero lo que más me asustó fue la forma en que pronunció la palabra dios. En verdad se creía lo que me estaba diciendo. Mi decisión de contarle su verdad había liberado su verdadera naturaleza, el monstruo que por años había intentado retener, en lugar de aceptar el por qué de nuestro necesario ocultamiento Narmesh creía que yo le había privado de una vida de dominio y superioridad.

—No sabes lo que estás diciendo —dije levantándome—. Es necesario que te calmes.

—¡Silencio! —gritó mientras lanzaba su poder contra mí. La onda de choque me pilló completamente desprevenida y me empujo con fuerza contra el muro de la parte posterior del jardín que se derrumbó en parte debido a la fuerza del impacto. Intenté levantarme de entre los escombros pero mi cabeza estaba aturdida y me sentía mareada. Debido al golpe mis ojos no podían enfocar y sólo podía ver una sombra que se acercaba hacia mí pero su voz resonaba en mi cabeza—. Siempre he sabido que yo no era un simple mortal, que mi naturaleza era divina y que mi lugar estaba por encima de los hombres, no escondido entre ellos como tú has intentado hacerme creer. Has querido engañar a un dios, madre, y eso sólo merece un castigo, la muerte.

Todo pasó en unos segundos. Mi cuerpo se tensó preparándome para recibir un nuevo impacto. Sabía que su poder era superior a cualquiera de los míos, que no podría detener el golpe pero si al

menos pudiera levantarme podría minimizar el impacto. Mis piernas temblaban por el esfuerzo pero no conseguí que me sostuviesen. Mi mente se preparó para lo inevitable cuando de repente una bola de fuego voló proveniente de la casa e impacto directamente en el rostro de Narmesh que gritó de dolor. Un segundo después era Niel quien estaba a mi lado ayudándome a levantarme.

—Maldita bastarda, ¿cómo te atreves a ponerte de su lado? —le oí decir—. Somos hermanos, somos iguales.

—Yo no soy nada parecido a tí, Narmesh, yo nunca me alejaré de mi familia. ¿Cómo te atreves a levantar la mano contra nuestra madre?

—Ella no es nuestra madre, Niel —gritó con rabia mientras se tocaba el rostro en el lugar donde la bola de fuego le había impactado—. Nosotros somos hijos de un dios, dioses por derecho propio. ¿No te das cuenta de las cosas que podemos hacer juntos, Niel? El mundo entero estará a nuestros pies.

—Has perdido la cordura, hermano. Tu ambición sólo acabará contigo. Te lo ruego, vuelve en ti, cálmate y arreglemos este desastre que has causado.

—Hermana, por la sangre que nos une te doy una segunda oportunidad —dijo con el rostro contraído por la rabia—. Aléjate de esta zorra y te perdonaré la vida. Si insistes en quedarte a su lado os destruiré a las dos.

—No hagas tonterías Narmesh, sabes perfectamente que mi poder es mayor que el tuyo, no me obligues a defendernos o tendré que hacer algo que lamentaremos todos.

—¿Te atreves a amenazarme? Eres tan culpable como ella. No se cómo no lo vi antes, claro, ambas estabais confabuladas para destruirme. Por eso ella siempre te ha prestado toda la atención a ti, para ayudarte a desarrollar tu poder mientras trataba de hacerme olvidar el mío.

—No sabes lo que dices, Narmesh, te lo ruego...

No me dio tiempo a decir nada más. Con toda la rabia acumulada controlándole lanzó un golpe de energía hacia nosotras. Noté como el cuerpo de Niel se tensaba a mi lado y en un momento un muro de fuego nos había rodeado y las llamas absorbían la onda de choque de Narmesh. Al momento siguiente las manos de Niel se elevaron y lanzaron el muro hacia adelante de forma que devoró el cuerpo de Narmesh que intentó cubrirse el rostro con las manos. Sus gritos llenaron todo el aire. El tiempo pareció detenerse hasta que finalmente el muro de fuego que nos rodeaba desapareció. No había

ningún rastro de Narmesh, sólo el vacío donde antes había estado su cuerpo. De alguna forma, había sido capaz de escapar de la prisión de fuego proyectada por Niel. Empecé a mirar a mi alrededor esperando recibir un golpe de alguna otra dirección pero nada ocurrió. Niel se arrodilló junto a mí.

—Madre, ¿estás bien? —dijo con su habitual dulzura.

—Sí, mi pequeña, estoy bien gracias a ti. Pero Narmesh...

—No creo que debamos preocuparnos por él ahora mismo. Noté como mis llamas le golpeaban de lleno y pude sentir su dolor, no sé cómo ha logrado desaparecer pero dejé de sentir su presencia de repente, como si se hubiese vuelto inmaterial.

—¿Crees que..?

—No, no creo que esté muerto, de alguna forma, no me preguntes cómo, sé que aún vive.

—Si es así, sabes que volverá —dije levantándome—. Debemos prepararnos. Su ira por lo que le he contado no le deja pensar con claridad. Él cree que yo he querido privarle de la vida que le corresponde a un dios y no parará hasta vengarse.

—Madre...

—Dime mi pequeña —dije temiendo lo que pudiera decirme.

—Oí todo lo que le contabas a Narmesh y sólo quiero que sepas que no me importa quién me pariera, para mi tú siempre serás mi madre, la única que tengo.

Aquellas palabras llenas de amor en medio de la destrucción y el dolor creado por nuestro pasado llenó mi corazón de alegría y Niel y yo nos fundimos en un abrazo que nunca más se rompería.

Durante las siguientes semanas ni Niel ni yo dormimos demasiado. En nuestro convencimiento de que Narmesh volvería para vengarse hacíamos turnos para permanecer en vela y asegurarnos de que no nos pillase desprevenidas. Pero lo días fueron pasando y no supimos nada de él. Mi buen Jeshar recorrió todas las aldeas cercanas intentando averiguar si alguien le había visto pero parecía haberse evaporado. La falta de noticias alimentaba mi preocupación por su estado de salud. Sabía que un humano cualquiera no podría sobrevivir a las heridas producidas por el golpe de Niel pero también sabía que Narmesh no era un humano cualquiera. Inevitablemente el paso de los días y la falta de noticias hizo que poco a poco Niel y yo nos fuéramos relajando y volviendo lentamente a nuestras rutinas. Y ese fue nuestro gran error, uno que desataría una ola de destrucción y dolor. Una

mañana un campesino de una aldea cercana vino a buscarme. El hombre había viajado toda la noche para llegar a mí cuanto antes. Su mujer llevaba dos días intentando dar a luz sin éxito y la partera de su aldea no sabía qué hacer. La desesperación del hombre por el miedo a perder a la esposa y al hijo era enorme y me rogó por todos los dioses que fuera con él. Yo era reacia a dejar sola a Niel pero ella me convenció de que estaría bien. Para asegurarme de que estuviera protegida y acompañada le pedí a Jeshar que la tuviera en su casa con su familia y mi buen criado aceptó con la condición de que me llevase para ayudarme a Saersh, su hijo mayor que ya tenía doce años. Así lo hice, y a media mañana y pese a las reticencias de mi corazón partimos con el campesino prometiendo volver tan pronto como el parto hubiera llegado a su resolución. El camino a la aldea nos llevó la mayor parte del día y para cuando llegamos la situación era verdaderamente delicada. Haciendo uso de todo mi conocimiento pude salvar al bebé y a la madre pero por desgracia, su cuerpo quedó tan dañado que sabía que la mujer no podría volver a concebir. Opté por no decirle nada ni a ella ni a su esposo, sabedora como era de que, en caso de que el niño no llegara a sobrevivir, el marido podría plantearse rechazar a una mujer que sabía que no le daría más hijos. El hombre estaba inmensamente agradecido conmigo e insistió en que hiciéramos noche en su casa asegurándonos que él mismo nos llevaría a nuestra aldea al amanecer. Aunque no quería retrasar mi vuelta sabía que no tenía muchas alternativas. Nuestro retorno sería más seguro si íbamos acompañados de alguien más que si íbamos solos, así que pasamos aquella noche con ellos. Las vecinas prepararon un delicioso guiso de conejo para nosotros y un caldo para que la parturienta recuperase las fuerzas. Cenamos entre la felicidad que trae un bebé a un hogar y justo antes de que nos dispusiéramos a irnos a dormir llamaron a la puerta de la casa. Eran otros vecinos que acababan de llegar de Ushur y se habían enterado de la nueva adición a la familia y querían felicitar al campesino y a su esposa. El hombre, un individuo alto y de unos cincuenta años con una gran barba le explicó que le hubiera gustado llegar antes pero un gran revuelo en la ciudad había hecho que cerrasen la puertas de la muralla durante casi todo el día haciendo que salieran muy tarde. La curiosidad pudo conmigo y no pude resistirme a preguntar a aquel hombre a qué se había debido el revuelo.

—En realidad ha sido una cosa terrible y extraña, señora. Aparentemente un demonio con forma de hombre entró en una cantina buscando a una mujer que quería llevarse con él. La mujer

le rechazó y el demonio usó su poder para matarla a ella y a todos los que intentaron defenderla, incluido su esposo. Al parecer, un hombre que estaba en la taberna y logró esconderse tras una tinaja dijo que vio como los desmembró a todos tan solo con su pensamiento. El consejo de la ciudad cerró todas la puertas con la esperanza de atrapar al demonio pero fue imposible, debió de desvanecerse usando su magia negra.

Mi cuerpo tembló al oír el relato de aquel hombre. Algo dentro de mí sabía quién era el demonio del que estaba halando.

—¿Por casualidad, sabes cómo se llamaba la mujer a la que quería raptar el demonio?

—Sí, todo el mundo la conocía porque es la mujer de un comerciante muy conocido, la llamaban la bella Tinish.

Al oír aquel nombre supe que el supuesto demonio no podía ser otro que Narmesh y el miedo se apoderó de mí. Si Narmesh seguía vivo y había perdido el control hasta el punto de cometer aquella masacre no tardaría mucho hasta que intentase vengarse de todos aquellos que se habían interpuesto en su camino. Mi mente sólo podía pensar en una persona, mi pequeña Niel. Inmediatamente le pedí al campesino que partiéramos esa misma noche de vuelta a nuestra aldea pero el hombre no entendía nada de mi reacción y trató de convencerme de que esperaremos hasta el amanecer. Finalmente aceptó al ver que mi insistencia no disminuíay así, partimos en mitad de la noche, el campesino con miedo a que nos atacaran y yo con miedo a que Narmesh llegara hasta Niel antes que yo. El camino no fue sencillo ni rápido, el viaje era mucho más complicado de noche y no podíamos avanzar a la misma velocidad que lo habríamos hecho de día pero yo confiaba en que cualquier hora que pudiéramos ganarle al día jugase a nuestro favor. Por fin, pasadas un par de horas del amanecer avistamos la aldea. En el camino de entrada nos encontramos un par de vecinos que se dirigían al puerto para comenzar la jornada de pesca, nada anormal y una parte de mí respiró con alivio. Indiqué al campesino donde estaba la casa de Jeshar pero antes de que llegáramos noté como Saersh que estaba sentado junto a mí en el escaño del carro se levantaba inquieto.

—¿Qué ocurre muchacho?

—El carro.

—¿Qué quieres decir? — pregunté empezando a contagiarme de su nerviosismo.

—Es extraño. A esta hora mi padre ya debería haber salido hacia el mercado como cada mañana pero el carro está aún en la puerta

de la casa. Además él nunca lo deja ahí de noche, siempre lo deja en la parte de atrás.

En aquel momento no pude resistirlo más y me bajé del carro que traqueteaba lento en dirección a la casa y eché a correr. Llegué a la casa sin aliento y me lancé contra la puerta que se abrió con mi impulso. Lo que encontré estuvo a punto de hacerme vomitar. Los cuerpos de Jeshar, su esposa y su hijo pequeño de tres años yacían amontonados en una esquina sobre un charco de sangre. El olor a muerte era muy intenso y lo impregnaba todo.

—¡Padre, madre! —oí que Saersh gritaba a mi espalda corriendo en dirección a los cadáveres de su familia.

A duras penas llegué a tiempo de sujetarle aunque no pude evitar que viera los cuerpos amontonados. Grité llamando al campesino para que se llevara al muchacho afuera entre sus gritos de dolor e incomprensión. Me agaché junto al cuerpo de mi buen Jeshar y comprobé que a todos ellos les habían cercenado el cuello. Busqué con la mirada entre los cuerpos pero no pude encontrar a Niel. Quizá ella había sido capaz de esconderse, quizá había sido capaz de defenderse. Subí corriendo al piso superior donde estaban las dormitorios de la casa. Recorrí las estancias una a una hasta que finalmente la encontré en el suelo de la habitación más pequeña, completamente inerte. Corrí hacia ella y comprobé que aún estaba viva aunque inconsciente. Sus piernas estaban ensangrentadas y sus ropas desgarradas. Mi mente supo inmediatamente lo que aquello significaba pero no podía preocuparme de eso ahora, lo importante era asegurarme de que viviría. Necesitaba pedir ayuda así que me levanté corriendo y me dirigí hacia la puerta de la habitación. Y entonces lo vi. Si me podía quedar alguna duda de quién había cometido aquella atrocidad se disipó en un momento. Escrito con sangre en la puerta de la habitación el autor había dejado un mensaje especialmente para mí. Aquí empieza tu infierno, madre. Un grito de rabia salió de mi garganta y caí de rodillas frente a la puerta. Muerte una vez más. La misma brutalidad y devastación que me había hecho salir de Uruk me había perseguido hasta mi nueva vida sólo que esta vez era yo misma quien había alimentado al monstruo que ahora acababa de destruir todo lo me era querido. La rabia se apoderó de mí y perdí el control de mi poder que se expandió a mi alrededor haciendo que la puerta y los muebles estallasen en mil pedazos. El ruido fue seguido por voces y pasos en la escalera. El joven Saersh había llegado con algunos de los vecinos y me ayudaba a levantarme del suelo. Algunos de los hombres que entraron con él levantaron a Niel con ternura para sacarla de la casa

y Saersh y yo les seguimos. Sólo durante un segundo vi el rostro de aquel muchacho que acababa de perder a toda su familia y que sin embargo estaba ayudándome a recoger mis pedazos sin preocuparse de su propio dolor y entendí que acababa de convertirse en un hombre en contra de su voluntad.

Aquellos hombres nos llevaron hasta mi casa y me ayudaron a depositar a Niel en su cama. Les pedí que salieran de la habitación para que pudiera ocuparme de mi pequeña y así lo hicieron. Inmediatamente empecé a comprobar el estado de Niel. Seguía inconsciente pero su respiración y su pulso eran suaves y constantes. Recorrí su cuerpo intentando identificar cualquier herida abierta o fractura que pudiera necesitar atención inmediata pero no encontré ninguna aparte de un desgarro evidente en sus genitales. Mi cabeza y mi corazón no podían concebir como Narmesh podía haberle hecho aquello a su propia hermana. ¿Tan grande era su odio hacia nosotras que era capaz de llegar a aquel extremo? Corrí hasta mi cuarto y volví con varios frascos de aceites y medicinas que sabía que podrían ayudar a Niel. Aceites de romero y tomillo para calmar su cuerpo y dejarle tiempo para que recuperase la consciencia. Una loción cicatrizante para el desgarro y vendajes limpios que absorbieran cualquier posible sangrado. Puse a arder aceite de verbena para evitar cualquier sueño o recuerdo, cualquier pensamiento que pudiera alterar su paz. El aroma inundó la habitación en apenas unos momentos y sirvió para que también yo me pudiera relajar y prepararme para la parte más importante del tratamiento. La luz de la diosa. Sumí mi mente en un estado de concentración absoluta como había hecho durante muchos años para invocar la luz de Ishtar sobre mi pequeña. La luz de Ishtar era la bendición más poderosa que conocía y que pondría a Niel directamente bajo el amparo de la diosa, si alguien podía ayudarla a volver al mundo de los vivos era la madre. Con calma visualicé la luz dorada inundando mis manos e invoqué el nombre de la madre, la luz se hizo aún más intensa y cuando alcanzó el ápice de su intensidad coloqué mis manos sobre el rostro de Niel y la luz pasó a su cuerpo inundándolo completamente. Ahora mi pequeña estaba no sólo bajo mi protección sino bajo la de la madre de todo pero aún había una cosa más que debía hacer. Me coloqué en el centro de la sala y con mis manos al cielo invoqué un poder que llevaba años sin usar, un poder tan grande y tan oscuro que las sacerdotisas de Ishtar solo estábamos autorizadas a usar en situaciones de absoluta necesidad. Utilizando la lengua prohibida del templo decidí contrarrestar la muerte con muerte, la sangre con sangre y el

dolor con agonía.

—¡Levántate oh, guardián, yo te lo ordeno! De la Madre Tierra y del Padre Cielo yo te doy forma. Yo te llamo de este día en adelante. Yo te imbuyo con la energía y voluntad, con la rabia y con la espada, con la sed de sangre y muerte para que protejas esta casa y esta criatura. ¡Levántate oh guardián y sé mi venganza, levántate y sé muerte!

La habitación se llenó de un frío inmenso apenas por unos momentos y entonces supe que mi hechizo había tenido éxito. Si Narmesh intentaba acercarse a nosotras de nuevo sería la última cosa que haría. Si alguna parte de mí en aquel momento sintió pena por el niño que yo misma había criado fue algo que olvidé en ese mismo instante mirando el cuerpo de Niel.

Durante los siguientes días no me moví de su lado esperando que recuperase la consciencia. Ni siquiera acudí a los funerales de mi buen Jeshar. Por el pequeño Saersh supe que los vecinos le habían ayudado a sacar los cadáveres de la casa y prepararlos para la despedida. Los funerales duraban tres días y durante todo ese tiempo Saersh vivió con nosotras en la casa y pronto fue evidente que no volvería a marcharse, lo cual me hacía muy feliz. Su padre había hecho un juramento de servirme durante toda su vida y el hijo había tomado la decisión de honrar la promesa del padre. Dejando a un lado mi preocupación por el hecho de que era tan solo un niño de doce años quien había asumido tal carga, otra parte de mi pensó que teniéndole cerca yo podría devolver a Jeshar algo de lo mucho que él me había dado a mi cuidando de su pequeño.

Niel despertó dos días tras los funerales. Al principio no podía hablar pero por la forma en que sus ojos se llenaban de lágrimas sabía que había recuperado plena consciencia incluidos los recuerdos de lo ocurrido. Sin poder decir nada me limité a agarrar su mano e intentar tranquilizarla mientras su cuerpo volvía a ser el que era. Poco a poco recuperó la movilidad y pudo incorporarse en la cama. El habla no tardo mucho más en volver y ese día por fin Niel me contó lo que había ocurrido entre lágrimas tanto suyas como mías. Narmesh había llegado por la noche con los ojos inyectados en sangre clamando mi nombre. Jeshar intentó hacerle frente pero Narmesh le levantó en el aire como un saco y lo lanzó contra una pared. Después hizo volar uno de los cuchillos de la cocina para cercenarle el cuello en medio de los gritos de su mujer y su hijo. Niel intentó usar sus poderes para proteger a la mujer y al niño pero el poder de Narmesh, dominado por su rabia y su odio, fue demasiado grande y también a ella la elevó en el aire. Mientras

la sostenía en el aire le hizo ver como acababa con la vida de la madre y del pequeño sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo. Entonces se dirigió hacia ella y se descubrió el rostro. La mitad de su cara estaba ocupada por una gran cicatriz de quemadura.

—¿Recuerdas el regalito que me hiciste la última vez que nos vimos, hermanita? A duras penas conseguí salir con vida de tu bola de fuego pero no pude evitar llevarme este recuerdo de tu parte. Sólo es justo que yo haga lo mismo por ti, ¿no te parece?

Mientras él hablaba Niel logró reunir todas sus fuerzas y lanzar una nueva bola de fuego directa a su rostro pero esta vez su ataque apenas consiguió cegarle aunque le hizo perder el control sobre su prisionera y Niel calló al suelo y corrió escaleras arriba hasta su cuarto. Por desgracia él llego a la habitación antes de que pudiese usar un hechizo de protección y usó su poder para lanzarla contra el suelo e impedir que se moviese.

—¿De verdad crees que podrías escapar de mí, de un dios? Mi intención era hacer pagar a nuestra madre por los años de subyugación y olvido a los que me sometió pero tengo una idea mejor. Voy a usarte para enviar un mensaje a nuestra querida madre, uno que no va a olvidar.

Niel no pudo continuar, las lágrimas ahogaron su voz y, de todas maneras, no había nada más que decir. Sólo ella y la madre sabían lo que aquella niña había sufrido verdaderamente. Un sufrimiento que era sólo culpa mía.

El tiempo nos atrapó a todos y fuimos curando las heridas en la medida que nos fue posible y cuando nos fue posible aunque sabía que todos, Niel, Saersh y yo misma, cargaríamos con algunas de ellas durante toda nuestra vida. Para hacer todo aún más difícil pronto fue evidente que la violación por parte de Narmesh había engendrado una criatura en Niel. Al principio traté de convencer a Niel de la conveniencia de librarse de aquel ser nacido de la desgracia pero ella se negó en redondo argumentando que el bebé no debía pagar los pecados del padre y finalmente logró convencerme de seguir adelante con su gestación. Yo era consciente de que en la aldea había todo tipo de comentarios con respecto a lo que había pasado pero dado que todos creían que quien había atacado la casa de Jeshar aquella noche eran una banda de ladrones, nadie podía adivinar la identidad del verdadero padre de la criatura. El embarazo cursó sin problemas y Niel crecía en belleza al mismo tiempo que su vientre lo hacía en tamaño. Nunca jamás la

había visto tan feliz. Era maravilloso verla en el jardín, sentada al sol, acariciando su vientre con la mirada perdida en el horizonte y una sonrisa permanente en su rostro. Yo no sabía cómo había ocurrido pero de alguna forma su alma había sido capaz de encontrar paz en la idea de la maternidad a pesar de que el origen de aquella criatura había sido tan terrible. Nunca más volvió a hablar de lo ocurrido y yo nunca más volví a preguntarle. Su paz se convirtió en mi paz y juntas seguimos adelante.

El momento del parto llegó dos semanas antes de lo que esperábamos y nos pilló a todos por sorpresa. Niel se encontraba como siempre en el jardín y desde dentro pude oír sus gritos llamándome. Cuando llegué hasta ella era evidente que había roto aguas y su cara me miraba con miedo.

—No te preocupes pequeña —dije ayudándola a caminar—. Es el momento que esperábamos, vamos a tu cuarto. ¡Saersh! —grité —, ¡pon agua a hervir y tráeme gasas limpias, el pequeño ya está aquí!

Cuando llegamos a la habitación y pude examinar a Niel fue obvio que algo no estaba bien. Aunque había roto aguas apenas había dilatado lo que hacía imposible la salida del bebé. Me moví tan rápido como pude y preparé las cataplasmas de raíz de madre, una planta que siempre usábamos para facilitar el parto. Las horas fueron pasando pero nada mejoraba. Al llegar la noche el estado de Niel era muy preocupante. Los dolores de las muchas horas intentando dar a luz estaban pudiendo con ella y sus fuerzas estaban a punto de extinguirse.

—Madre —me llamó sin apenas voz.

—Estoy aquí, pequeña —dije agarrando su mano mientras limpiaba su sudor.

—Madre, si ocurriese lo peor...

—No digas bobadas —interrumpí—, no va a ocurrir absolutamente nada, en unos momentos verás cómo tendrás a tu pequeño o pequeña en brazos y todo habrá pasado.

Me miró con una dulzura inmensa y sonrió ligeramente.

—Las dos sabemos que es probable que no sea así. Me has enseñado bien, madre. Las cataplasmas y la infusiones no han funcionado, sigo sin poder dilatar lo suficiente y mi pequeño se muere. No tienes otra alternativa más que abrir mi vientre y sacarlo tú misma.

—¡Nunca, eso te mataría! De ninguna manera voy a sacrificar tu vida por la de esta criatura.

—¡Escúchame, te lo ruego! —dijo mientras agarraba mi mano

aún con más fuerza. —. Esta criatura debe nacer, lo siento en mi interior madre, debe venir al mundo, es importante. Ningún bebe tiene culpa de los pecados de sus padres y algo en mi interior me dice que la luz de esta criatura debe alumbrar este mundo. —Giré mi rostro para que no pudiera ver mis lágrimas. Su convencimiento era tan grande que estaba dispuesta a sacrificar su propia vida por el ser que estaba en su interior—. Madre, debes prometerme algo. Debes prometerme que cuidarás de mi hijo y de todos los que vendrán mientras vivas, como has cuidado de mí, pase lo que pase y a costa de lo que sea necesario.

Aquella frase, aquella referencia a todos los que vendrán me hizo ver claramente que Niel hablaba desde la visión. Su ruego sembró la semilla y mi amor por ella hizo el resto y aunque en aquel momento yo no sabía que era a lo que me comprometía, mi corazón dio la única respuesta posible.

—Lo prometo.

—Gracias madre.

Su rostro se relajó y supe en aquel momento que ella ya no tenía ningún miedo, ni al futuro ni a la muerte. Extendió su mano para coger el cuchillo que descansaba en el suelo junto a la cama y lo puso en la mía sin decir una palabra y cerró sus ojos preparándose para lo que estaba por venir. Tuve que hacer un esfuerzo enorme para controlar el temblor de mis manos. Mi pequeña no emitió ni un solo grito mientras desgarraba su vientre abriéndome paso hasta el bebé. Cuando finalmente pude tenerlo en mis brazos y corté el cordón umbilical lo puse sobre su pecho y los ojos de Niel se abrieron brevemente para mirar la preciosa criatura que yacía sobre ella.

—Es una niña, Niel, una niña preciosa y sana. —Sus ojos se llenaron de lágrimas que yo sabía bien que eran de alegría y sus manos acariciaron a la pequeña con todo el amor que una madre puede dar.

—Suriel, su nombre es Suriel.

Y así fue como aquella pequeña recibió un nombre que era a la vez un tributo a su madre y a la mía propia. Niel cerró sus ojos con una sonrisa de enorme satisfacción sin dejar de abrazar a su pequeñ y sus ojos no se abrieron nunca más.

Los funerales por Niel fueron extremadamente rápidos a petición mía que no me veía con fuerzas de prolongar la vista de su cuerpo inerte, carente de la vida y energía que había llenado cada uno de

sus días. El silencio se apoderó de cada rincón de nuestras vidas, cada minuto que antes estaba lleno de su risa y la dulzura de su voz estaba ahora vacío u ocasionalmente lleno de los llantos de la pequeña Suriel que ajena a todo lo que ocurría se comportaba como otro bebé cualquiera. Hasta el pequeño Saersh se mantuvo alejado de mi por unos días como si quisiese respetar mi espacio, mi necesidad de soledad, una necesidad que él conocía bien dadas sus circunstancias. Durante los primeros días me despertaba en medio de la noche llorando y me dedicaba a pasear por la casa callada y el jardín donde hasta las plantas y los insectos habían parecido enmudecer echando a faltar su presencia. Pero de repente, algo cambio. Puede parecerte una locura pero creo que de alguna manera Niel me envió desde donde quiera que estuviese la serenidad que necesitaba para poder seguir adelante, para continuar por Suriel, por Saersh y por mí misma. Esa serenidad vino acompañada de una dura compañera de viaje, la realidad y mi realidad era que estaba bajo la amenaza de Narmesh, que aquel ser que yo había criado como mi propio hijo no pararía hasta verme destruida y que, no solo mi vida, sino algo mucho más importante estaba en juego, la vida de Suriel. Si aquello no hubiera sido razón suficiente para hacerme entender que debíamos marcharnos de la aldea, mi fama como partera y curandera se destruyó en momentos. Pronto las noticia de lo ocurrido en mi casa se extendieron por toda la región y los pacientes dejaron de acudir a mi puerta y con ellos el dinero y otros bienes con los que me pagaban. Una partera que no había sido capaz de salvar la vida de su propia hija en el parto no generaba ninguna confianza y eso unido a la desaparición de Narmesh y lo ocurrido a mi buen Jeshar hizo que pronto los rumores de una terrible maldición que pesaba sobre mi familia se extendieran como el fuego en un campo seco. Finalmente no me quedo más remedio que empaquetar todas las pertenencias que pudimos cargar en el antiguo carro de Jeshar, malvender todo lo demás y partir. El problema era a dónde. Sabía que no podíamos volver a Sumeria y debido a todo lo ocurrido el reino de los Cannanitas también era un riesgo demasiado grande. Finalmente decidí emprender camino hacia el sur, hacia un nuevo reino que empezaba a abrirse camino en la historia, hacia un reino construido en torno a un gran río como en su día lo había sido mi propia tierra de Sumeria. Egipto.

Pasamos los siguientes años refugiándonos bajo nombres falsos en aldeas y ciudades del norte de Egipto. Mi miedo a que Narmesh pudiera encontrarnos hacía que nos moviéramos con frecuencia,

hasta con demasiada frecuencia pero pensar que aquello nos mantenía a salvo lo hacía todo más llevadero. Mis pequeños Saersh y Suriel dejaron de serlo para convertirse en el caso de Saersh en un joven apuesto y alto, con un parecido tremendo a su madre y toda la fuerza y la seguridad de su padre. Suriel por su parte se había convertido en una niña con una belleza deslumbrante como sus propios padres, jovial, alegre y de una naturaleza dócil y amable. Ver como crecía para parecerse en carácter cada vez más a Niel y no a Narmesh era algo por lo que yo le daba gracias a la madre cada mañana. Pero si pensaba que estábamos a salvo me equivoqué, hasta la luz más intensa porta sombras a su espalda.

Nuestra peregrinación nos había llevado hasta una aldea llamada Nakhran cerca de la ciudad de Abydos y allí habíamos vivido en paz durante más de un año. Una mañana, al volver del mercado con Saersh y Suriel me dirigí como siempre directa a la cocina para preparar la comida para todos mientras Saersh devolvía nuestro viejo caballo a su establo y Suriel jugaba en el jardín. Desde la cocina podía oír como Suriel jugaba alegre como era su costumbre hasta que de repente dejé de oírla. El silencio me hizo sentir incomoda y salí al exterior para ver que estaba haciendo. Al principio no pude encontrarla y ella no respondía a mis llamadas pero finalmente la encontré sentada junto al muro bajo de la entrada, a la sombra de un sauce, jugando con algo en sus manos. Me acerqué con calma y la encontré sumida en el juego con una gran sonrisa, entre sus manos tenía una pequeña muñeca de barro que hacía las delicias de la niña.

—Semekté —dije llamándola por el nombre egipcio que estábamos utilizando en aquel momento —¿Estás bien? ¿Qué es eso que tienes en las manos, cariño?

—Madre —contestó alegre mostrándome la muñeca— es una muñeca, ¡mira qué bonita!

Su excitación era evidente pero yo no recordaba haber visto aquella muñeca antes.

—Es preciosa, muy bonita pero ¿de dónde la has sacado, cariño?

—Me la ha dado el hombre.

Su respuesta disparó todas mis alertas. Para nuestra seguridad manteníamos un circulo lo más pequeño posible de conocidos y nunca traíamos invitados a la casa así que no sabía a qué hombre podía referirse.

—¿Qué hombre, Semekté? ¿Ha sido alguien en el mercado?

—No madre, aquí, hace un poco. El hombre vino hasta nuestra casa y me dio la muñeca, me dijo que era un regalo. Me dijo que la

muñeca tiene un nombre muy bonito.

—¿Un nombre bonito? ¿Qué quieres decir cariño, qué nombre?

—Niel, me dijo que se llamaba Niel. ¿A que es bonito, madre?

Mis piernas dejaron de sostenerme y casi de rodillas junto a ella. Instintivamente la cogí en mis brazos sin dejar de mirar a mi alrededor y la muñeca calló al suelo rompiéndose en mil pedazos. Muriel empezó a chillar por la muñeca rota y yo corrí al interior de la casa tan rápido como pude. Saersh me vio completamente alterada y me preguntó que ocurría pero sólo le respondí que preparara el carro porque nos íbamos esa misma noche. Sin cuestionar una sola de mis palabras el muchacho se marchó para cumplir mis órdenes. Suriel seguía llorando más alterada por mis temblores y mi actitud que por su muñeca. Yo no podía creer que estuviéramos en esa situación. No me cabía ninguna duda de que el hombre al que se refería Suriel era Narmesh o alguien enviado por él para hacerme llegar un mensaje alto y claro, sabía dónde estábamos. Nadie más podría haber llamado a la muñeca por el nombre de Niel, menos aún en Egipto donde ese nombre no era habitual. Los nervios empezaron a dejar paso a la rabia por haberle fallado a mi familia nuevamente. Había tomado todas las precauciones, los cambios de nombre, de aldea, había utilizado todos los hechizos que conocía para ocultar nuestros pasos pero aún así, Narmesh nos había encontrado. Los gritos de Suriel no me dejaban concentrarme, finalmente perdí el control y le grité que se callase. La niña me miró con la cara desencajada y subió corriendo a nuestro cuarto. Inmediatamente me arrepentí de lo que acababa de hacer pero ya no tenía remedio y decidí dejarla sola por un momento para que se calmase. Mientras, mi cabeza no podía dejar de dar vueltas al sentimiento de impotencia que me comía por dentro. Yo, una sacerdotisa de la madre entrenada en las artes místicas y sin embargo todo eso era insuficiente para salvar a mi familia de un monstruo creado por mí misma. Mi poder no era suficiente y una parte de mi sabía que nunca lo sería, aunque ahora escapásemos de las garras de Narmesh, ¿cuánto tardaría en volver a encontrarnos? ¿Cuánto tardaría su sombra en volver a oscurecer nuestras vidas? Si quería proteger a mi familia necesitaba más poder, necesitaba un poder que sólo podía conseguirse de una manera, una que tenía un precio muy alto.

Busqué a Saersh en la parte trasera de la casa donde estaba preparando el carro como yo le había pedido. Le indiqué que subiera a nuestro cuarto y se quedara con Suriel hasta mi vuelta. Le di claras instrucciones de quedarse en silencio y no salir de la casa

pasase lo que pasase. Dejarles solos después del incidente de la muñeca me hacía sentirme extremadamente incómoda pero sabía que no podían acompañarme a donde me dirigía. Cogí uno de mis mantos ligeros con capucha para ocultar mi identidad tanto como fuera posible y abandoné la casa al anochecer. Mis pasos me llevaron hasta las afueras de la aldea, a un pequeño grupo de chabolas cerca del río. Sabía perfectamente a quién buscaba, lo que no sabía era como encontrarla una vez llegase allí o si aquella mujer me ayudaría a conseguir lo que necesitaba. En aquella zona de la aldea solo podían encontrarse tres tipos de personas, ladrones, prostitutas o brujas, o al menos, mujeres que se hacían pasar por ellas y, más fácilmente, mujeres que hacían las tres cosas. Desde mi llegada a la aldea supe que muchos de los pacientes que llegaban hasta mí en busca de mi ayuda como curandera habían visitado previamente a la mujer que estaba buscando. Su nombre era Nekahsutmé aunque todo el mundo la conocía como la negra Neka, debido al tono de su piel que gritaba a voces que su origen no era egipcio sino nubio. Cuando llegué al pequeño grupo de chabolas comprendí que encontrarla no iba a serme fácil, no tenía idea de cuál era su vivienda y llamar a todas una por una estaba descartado. Pero si mi mente pensó por un segundo en abandonar mis planes la vida no iba a darme esa oportunidad. De repente, la cortina de la entrada de una de las chabolas se abrió iluminando la noche con la luz del fuego que ardía en su interior. Una mujer menuda, cubierta en harapos sujetaba la cortina.

—Entra —dijo sin apenas mirarme y girándose para volver a la chabola. Me quedé mirando como la cortina cerraba la entrada de nuevo dejándome sumergida en la oscuridad de la noche sin atreverme a seguirla. La cortina se volvió a abrir y la mujer volvió a hablarme con un tono autoritario. —Las dos sabemos que estás aquí por mí así que entra o márchate pero no tengo tiempo para tus tonterías, sacerdotisa.

Sus palabras me dejaron helada. ¿Cómo era posible que aquella mujer supiera que yo era una sacerdotisa de la madre? Yo había escondido aquella parte de mi vida a todo el mundo desde que dejamos Uruk y no había manera humana de que nadie lo hubiese averiguado. Sea como fuere no tenía otra salida que seguirla al interior de la chabola, aquella mujer podía ser la clave para poder salvar a mi familia de una vez por todas, probablemente mi última oportunidad. Retiré la cortina y entré en la choza. El interior era más grande de lo que parecía desde fuera. En la pared del fondo había un pequeño horno de barro que estaba siendo calentado por

un pequeño fuego en su parte inferior. En la pared opuesta una esterilla en el suelo hacía las veces de camastro mientras que una considerable colección de recipientes de barro apilados en un pequeño poyete completaban el único mobiliario.

—Sí, se quién eres. Sí, se lo que buscas. Y no, no te diré cómo lo he averiguado. Ahora siéntate —dijo sin esperar respuesta alguna por mi parte y sin dignarse a levantar su rostro para mirarme. Comprendí que aquella mujer estaba simplemente jugando un juego conmigo y que debía doblegarme a sus reglas si quería sacar algo de ella.

—La pregunta es, ¿puedes conseguirlo?

—No, la pregunta es, ¿qué sacare yo de esto? —me espetó levantando su rostro para mostrar dos ojos negros como la noche y una cara curtida que parecía una máscara.

—Dime tu precio pero te advierto que no soy una mujer rica así que si esperas hacer un gran negocio de esto...

—No es dinero lo que quiero, eso puedo conseguirlo fácilmente —me interrumpió. —Lo que quiero a cambio de mi ayuda es, digamos que, más espiritual. —La mujer me miró fijamente pero al ver mi incomprensión prosiguió. —Las dos sabemos lo que ocurrirá si tienes éxito. Te convertirás en eterna, el tiempo dejará de existir para tí y te volverás inmortal pero eso también aumentará tu poder de forma increíble, serás capaz de cosas que nunca pensaste que fueran posibles, te convertirás en lo más parecido a una diosa sobre esta tierra. Mi precio es que utilices ese poder sobre mí.

—¿Pretendes ser inmortal tú también? Sabes que por mucho que mi poder se incremente no podré concedértelo sin sacrificar mi propia inmortalidad. No puedo hacer eso.

—¡No es eso lo que quiero, estúpida! —me respondió—. ¿Para qué quiero yo prolongar esta vida de miseria? Lo que quiero es poder recuperar la vida que tuve. Yo no siempre he sido este despojo de mujer que ves ahora, ¿sabes? Hubo un tiempo en que mi belleza y mi juventud me abrieron la puertas de los grandes palacios de Egipto. Los hombres caían rendidos a mis pies y se desvivían por satisfacer todos mis deseos sabiendo que nadie como yo podría satisfacer los suyos. Durante años mi vida estuvo rodeada de riquezas, de la adoración de los hombres y del temor de sus mujeres. El mismo faraón cayó rendido a mis encantos y me dio un lugar entre sus concubinas. Fui la estrella más brillante de aquel cielo hasta que el tiempo hizo que mi brillo se apagara y una luz más intensa tomó mi lugar. Y así, fui arrojada al catre de un terrateniente menor de uno de los nomos más pobres del país para

ser una esposa devota. Así me pagaron los hombres los años de felicidad que les había proporcionado. No pasó mucho tiempo antes de que mi esposo muriese y sus hijos me arrojasen a la calle nuevamente y la estrella se convirtiese en la vieja Neka. Así que ese es mi precio, si te doy lo que tú necesitas tú me volverás joven y hermosa para que pueda recuperar la vida que me corresponde y que nunca me debió haber sido arrebatada.

A pesar de que la historia de aquella mujer, la forma en la que había perdido aquello que consideraba suyo provocaba cierto grado de empatía otra parte de mi me decía que no debía fiarme de ella pero, por desgracia, mi situación era demasiado desesperada y sin pensarlo más, acepté sus términos. La mujer cambió su actitud inmediatamente y paso de ser fría y desagradable a reír y canturrear como una niña pequeña.

—Bien, bien, manos a la obra entonces. Reúnete conmigo mañana por la noche en el templo abandonado de Hathor que hay junto al rio.

—¿Mañana? Lo necesito esta misma noche —dije con ansiedad.

—Me temo que eso es imposible. Aquello que buscas no se encuentra en los puestos del mercado, si fuera así no estarías aquí. Necesito un día para hacer las gestiones necesarias sin llamar la atención.

Entendí que no tenía otra opción que esperar y acepté con resignación que debería esperar un día más.

—¿Me garantizas que podrás conseguir la cantidad que necesito?

—No te preocupes, sacerdotisa, tendrás tanta sangre de demonio como puedas necesitar.

En la oscuridad de la noche volví a mi casa mirando tras de mí a cada paso con temor de ver aparecer a Narmesh en cualquier momento. Cuando finalmente llegué el sol empezaba a salir y a calentar de nuevo las casas y me encontré a Saersh y Semekté dormidos abrazos el uno al otro en mi catre. No quise despertarles y, de todas maneras, no habría podido dormir aunque quisiera así que baje a la sala inferior de la casa y en el silencio del amanecer empecé a lanzar de nuevo sobre la casa tantos hechizos protectores como conocía mientras en mi interior le rogaba a la madre que me perdonase por lo que me veía obligada a hacer.

Al anochecer, una vez más, deje a Saersh y Semekté en la casa aunque esta vez les pedí que se escondieran en la pequeña bodega que teníamos bajo la sala principal esperando que eso les hiciera estar más protegidos. Tan pronto como la luz se extinguió me encamine hacia el templo de Hathor como la vieja Neka me había

indicado. El templo se encontraba en una curva que el rio formaba en las afueras del pueblo, escondido entre la vegetación que había crecido a su alrededor devorándolo debido a la falta de culto. El templo había sido muy famoso en su tiempo, pero con la construcción de otros templos más grandes en las ciudades cercanas había caído en desuso y la gente había dejado de visitarlo permitiendo que la naturaleza lo tomase para sí. Hathor, la diosa a la que estaba consagrado era, junto con su hermana Isis, la forma egipcia de la madre Ishtar a la que yo había sido consagrada en Accad y eso hacía que, de alguna forma, sintiese que la madre estaba licitándome para lo que estaba a punto de hacer. Más que nunca en aquel momento deseaba con todas mis fuerzas que el fin justificase los medios.

Llegué hasta el templo como pude sorteando la vegetación que obstruía la entrada pero me encontré el templo vacío. Esperé en el frío de la noche durante lo que a mí me parecieron horas hasta que de repente vi llegar a la vieja Neka portando un bulto en sus brazos.

—¡Pensé que no ibas a llegar nunca! ¿Dónde estabas? —pregunté con una ansiedad evidente.

—Ya te dije que necesitaba tiempo para hacer las gestiones necesarias. Tranquilízate, ya está aquí.

—Ya esta aquí, ¿quién?

—¡Muéstrate! —susurró la mujer y una sombra se materializó en una de las esquinas del templo. La criatura que apareció ante mí tenía la altura de casi dos hombres, una piel negra como la noche con unos dibujos en color rojo y blanco y sus ojos eran dos cuencas inyectadas en sangre. Dos grandes cuernos salían de su craneo al abrir su boca pude ver que sus dientes eran puntiagudos como los de una alimaña. Mi mente identificó inmediatamente la imagen, la había visto en los rollos que debimos estudiar en el templo, lo que tenía ante mí era un demonio Kruh'Tah, una raza de demonio carroñero, que se alimentaba de los cadáveres de las víctimas de otros demonios y de los cuerpos que podrían robar en las necrópolis. La mujer se acercó hasta la criatura con el bulto en brazos y le habló en una lengua gutural. Rápidamente invoqué uno de los hechizos aprendidos en el templo que me permitió entender su conversación.

—Bienvenido, amigo. Veo que has sido puntual.

—¿Es esta la mujer de la que me hablaste? —respondió el demonio con rudeza—. Su poder es grande, puedo sentirlo desde aquí, pero no le gustan los de mi casta.

—No te preocupes por eso, ella necesita de tu ayuda, no hará nada en tu contra. Y yo tengo tu precio listo. —La mujer destapó el bulto y bajo la tela apareció el cuerpo de una criatura de unos dos o tres años, dormido plácidamente ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor—. Una niña como pediste.

Al ver el cuerpo de la niña mi mente entendió inmediatamente lo que estaba ocurriendo y cuál era el precio de aquel ser. Los demonios Kruh'Tah no tienen hembras, todos sus miembros son machos, un inconveniente para la supervivencia que aquella casta de demonios había solventado de una manera horrorosa. Cuando no buscaban cadáveres que devorar se dedicaban a raptar niñas y jóvenes a las que mantenían encerradas hasta que alcanzaban su edad fértil. Entonces, aquellas desgraciadas eran violadas sucesivamente por todo el clan para garantizar que quedaban preñadas y así se convertían en el vehículo de la siguiente generación. Llegado el momento del parto su destino era aún más cruel pues serían devoradas por su propia extirpe en el mismo momento en que dieran a luz.

—¡No! —grité con todas mis fuerzas—. No puedes hacer esto, ¿sabes acaso lo que harán con esa pequeña?

—Silencio, estúpida —chilló la vieja Neka en respuesta a mis gritos despertando a la pequeña que se unió al coro de voces—. ¿Quién es más importante para ti, esta pobre desgraciada o la tuya propia? Tú decides la vida que deseas salvar.

En aquel momento, la imagen de Semekté vino a mi cabeza y mis piernas empezaron a temblar hasta que no pudieron sostenerme más y caí al suelo llorando desconsoladamente. Sabía que aquella mujer tenía razón, nada para mí era más importante que mi pequeña, ella era la razón por la que hacía todo aquello y, apretando mi corazón con mi mano, callé y la dejé proseguir. La vieja entregó la pequeña, que no dejaba de llorar, a la criatura que estudio el bulto que le entregaban como se mira un animal antes de comprarlo en el mercado. Cuando acabo asintió e inmediatamente otro miembro de su especie se materializó tras él. El primer demonio le entregó el bulto al recién llegado que desapareció en un momento llevándose a la pequeña con él. El primer demonio me miró entonces fijamente extendiendo su brazo.

—Rápido, ¿a qué esperas?, toma lo que necesitas —chilló la vieja.

Las palabras llegaron hasta mí como con retardo, pero de alguna forma mi subconsciente tomo el control e introduje mi mano en mi manto para sacar un pequeño cáliz de barro de había llevado

conmigo. Acerqué el cáliz hasta el demonio que desgarró sus propia muñeca con sus dientes y derramó su sangre, negra como su piel, en el cáliz. Tomé la copa entre mis manos y me giré para comenzar el ritual mientras me repetía a mí misma que lo que estaba haciendo era necesario por el bien de mi pequeña.

Mi corazón seguía acelerado por lo que acababa de pasar. Acababa de permitir que la vida de una pequeña inocente fuera sacrificada para salvar otra, pero, aunque algo dentro de mí se moría de dolor por ello, tuve que obligarme a mantener la calma y respiré profundamente buscando la concentración que me permitiese realizar el ritual. Mis ojos se fijaron en una pintura en la pared del fondo. Era una imagen ajada y casi descolorida de Hathor, posiblemente la única que quedaba en todo el templo. La diosa estaba pintada con su tocado de cuernos de vaca que sostenía el sol y portando en brazos a su hijo Ihy, la viva imagen del amor maternal. Mirando aquella imagen sentí que la madre me hablaba directamente a mi diciéndome que lo que estaba a punto de hacer era justo y era necesario y me dio las fuerzas que necesitaba para encontrar mi concentración. Inmediatamente entré en el estado de trance que tan bien conocía, mi mente se aisló de todo lo que la rodeaba para entrar en un mundo de luz absoluta donde sólo era consciencia sin cuerpo. Sabía que mi cuerpo había comenzado el cántico que iniciaría las llamas del destino, el fuego eterno que consumiría todo, incluida mi mortalidad. El ritmo pausado de aquellas palabras llegaba hasta mi como un eco lejano, una música que parecía despedir la parte de mí que estaba a punto de entregar a las llamas. De repente ante mi surgió un fuego azul de una intensidad y un tamaño inmensos y pude sentir su calor en todo mi ser. Sabía que el fuego había aparecido también en el plano terrenal y que ahora mismo la vieja Neka y el demonio podían verlo como yo. La parte de mí que quedaba en el templo levanto la copa para beber la sangre de aquella criatura. Tan pronto como el líquido denso y oscuro tocó mis labios pude sentir como hacía su efecto, como aquel veneno mataba mi alma humana. En el plano astral mi alma comenzó a abandonar mi cuerpo para introducirse en la llamas que la abrazaron como un amante ansioso. En ese momento mi consciencia volvió a mi cuerpo y me vi rodeada del fuego azul que, tal y como había ocurrido en el plano astral, había rodeado todo mi cuerpo. El dolor que sentí fue más grande que cualquiera que hubiera sentido antes aunque sabía que no era mi piel y mi carne la que se estaba consumiendo sino mi alma mortal. El dolor fue aumentando hasta hacerse intolerable y, de repente, una voz

dulce de mujer llenó mis oídos con una sola palabra.

—¡Sea!

A mi alrededor las llamas se extinguieron y el frío invadió mi cuerpo pero agradecí la sensación. Inmediatamente me di cuenta de que mucho había cambiado en mí. Por un lado sentía una extraña sensación de vacío que no había sentido nunca antes, como si me faltase algo muy grande pero sin saber explicar qué era. Pero aquella sensación vino acompañada de otra mucho mayor, poder. Podía sentir como mi poder se había multiplicado por mil haciéndome sentir más poderosa de lo que había sido nunca, más de lo que nunca podría haber imaginado, casi invencible, inmortal. Mis miedos e inseguridades habían desaparecido, sentía que podía alcanzar las estrellas con mis manos si así lo deseaba, que nadie podía hacerme frente, ni siquiera la misma muerte.

—¿Ha funcionado? —preguntó la vieja a voces—. Dime, ¿ha funcionado?

El sonido estridente de su voz me sacó de mis pensamientos y me giré para mirarla con frialdad.

—Sí, ha funcionado —respondí acercándome a ella.

Su risa de júbilo resonó en todo el templo.

—Entonces es hora de que pagues, yo he cumplido mi parte del trato, cumple ahora la tuya. —Me acerqué a ella y sujetando su rostro en mi mano le hablé en susurros.

—¿Estás segura que esto es lo que deseas?

—Claro que estoy segura, ¿a qué estas esperando? Dame mi juventud y mi belleza como prometiste.

Cerré mis ojos sin soltar su rostro y en apenas un momento estaba hecho. Cuando mis ojos se abrieron nuevamente la vieja Neka había desaparecido y en su lugar se encontraba una joven extremadamente hermosa de unos trece años. Cuando la mujer vio su nuevo cuerpo su gritos de alegría resonaron en todo el templo.

—¡Por fin, por fin! Vuelvo a ser yo, vuelvo a ser la que nunca debí dejar de ser. Ahora puedo recuperar todo lo que me arrebataron.

—Así es. Por fin tendrás todo lo que mereces —dije girándome para mirar al demonio—. Es tuya.

El demonio abrió sus ojos y me devolvió una sonrisa torcida. La vieja Neka al darse cuenta de lo que ocurría empezó a chillar e intentó salir corriendo, pero el demonio la alcanzó cuando apenas había dado dos pasos y juntos desaparecieron para siempre. El silencio llenó el templo y una parte de mi degustó el placer de la venganza. Aquella mujer había sacrificado la vida de una criatura

no para ayudarme a mi sino para ayudarse a sí misma y ahora compartiría su mismo destino.

Sin prestar ni un momento más de atención a lo que acababa de ocurrir salí del templo para volver a mi casa tan rápido como mis pasos me lo permitían. Cuando llegué respiré tranquila al comprobar que Saersh y Semekté estaban seguros en la bodega donde les había dejado. Saersh se despertó al sentirme llegar y me miró con los ojos muy abiertos, si notó algo diferente en mí no dijo nada. Cogí a Semekté en mis brazos con cuidado de no despertarla y la subí hasta su catre. Esa misma noche empecé a empaquetar todas nuestras posesiones y las coloqué en nuestro carro asegurándome de que todo estuviera listo para que pudiéramos partir al amanecer. Cambiaríamos de aldea, de nombres y de pasado para empezar de nuevo como ya había hecho muchas veces, pero esta vez habría una diferencia. Cerré mis ojos invocando mi poder y la intensidad que ahora tenía me cogió por sorpresa. Tuve que concentrarme profundamente para que aquella nueva energía no me desbordase pero finalmente pude canalizarla para reforzar mis hechizos de ocultamiento y esta vez el resultado fue absoluto, mis nuevos poderes aseguraban que no solo estaríamos ocultos para cualquier criatura humana o sobrenatural que intentase encontrarnos en contra de mi voluntad sino que nos habían escindido del mundo, cualquier persona que nos viese nos olvidaría en el mismo momento en que saliéramos de su vista, nadie recordaría nuestros nombres, nuestros rostros, nada de nosotros a no ser que yo desease lo contrario, nos habíamos vuelto invisibles. A la mañana siguiente emprendimos nuestro camino, un camino sin rumbo, uno que no sabíamos dónde nos llevaría pero que nos permitiría tener una vida. Ni por un momento me paré a pensar en lo que lo que acababa de hacer la noche anterior significaría para mí. Sólo podía pensar en Semekté y su seguridad, en su vida y ni por un momento consideré que ella no era inmortal, que el tiempo que no significaba ya nada para mi pasaría inexorable para ella y para Saersh. Y en el dolor que ello acarrearía. Ahora puedo decirlo, no existe sufrimiento más grande que el de ser inmortal. ¿Cuántas veces he tenido que derramar las amargas lágrimas de quien dice adios a los que más quiere? Siempre yo la que debe verles partir, siempre yo la que dejan atrás. No sé si mi acciones habrían sido diferentes de haberlo sabido pero la realidad es que en aquel momento era completamente ajena a lo que mi nuevo estado significaba realmente. Durante los siguientes años tuvimos una vida tranquila, feliz, tan normal como la de cualquier familia. Seguimos cambiando

de ciudad y de nombres siempre que era necesario para que la falta de cambio en mi apariencia no despertara sospechas pero por lo demás, a ojos de todo el mundo éramos una familia más. Saersh y Semekté crecieron muy deprisa y formaron sus propias familias que hicieron la nuestra más grande. De repente me encontré cuidando de los niños de Semekté como un día había cuidado de ella. Y un día, sin esperarlo ni preverlo, la vida me recordó el precio que habría de pagar por lo que había hecho aquella noche. Una plaga de fiebre afectó la aldea donde vivíamos y mi pequeña Semekté fue de las primeras en caer enferma. Todo mi conocimiento fue insuficiente para salvarla y en apenas dos días me vi entregando su cuerpo a la tierra como años antes había hecho con su madre. El dolor me desgarró por dentro como lo ha hecho todas las otras veces después de aquella pero la vida no me dejo ni siquiera el lujo de poder sufrir. Los hijos de Semekté habían heredado sus poderes como ella lo había hecho de su madre y, aunque su intensidad era menor, aquello hacía que fueran fácilmente identificables por Narmesh, así que consagré mi vida a su protección y con el tiempo, a la de sus hijos y a la de los hijos de sus hijos. Aunque quizá debiera decir mejor hijas. Pronto fue evidente que aunque las mujeres de la familia pasaban su poder tanto a sus hijos como a sus hijas sólo estas eran capaces de seguir la cadena de forma que los hijos de los hijos eran tan normales como podían serlo los descendientes de mi buen Jeshar. Esto hizo que a medida que el árbol familiar se extendió yo me fuera convirtiendo para muchos de ellos en una figura inexistente, una tía lejana, un nombre olvidado. Para aquellas que descendían en línea directa de mi pequeña Niel yo era la tía Tyri, la eterna, como a ellas les gustaba llamarme. Los descendientes de Jeshar por su parte, han honrado la promesa que él hizo hace mil años y siempre han estado a mi servicio y al de toda tu familia, Helel. Yo, por mi parte, sigo cuidando de todos tus hijos como si fueran míos, como hice el día que huimos de Uruk, como será siempre hasta el fin de los tiempos.

12
Esclavo

Escuchar su historia de sus propios labios hizo que algo dentro de mí se rompiera. ¿Hasta donde podía llegar el daño que mis acciones habían causado? Mi decisión de quedarme en casa de Armesh había acabado con su muerte y la de Suriath, con la transformación de Liliath en un monstruo y con Sadith viéndose forzada a sacrificar su alma y su mortalidad para proteger a mis hijos, los hijos a los que yo nunca había podido conocer. La cantidad de desgracias relatadas por Sadith me hicieron entender cuanto le debía a aquella mujer que, a pesar de todo lo pasado y del tiempo transcurrido, permanecía serena frente a mí prometiendo cuidar de mi familia hasta el fin de los tiempos.

—Lo siento, Sadith. —Fueron las únicas palabras que salieron de mi boca.

—Helel, he tomado mis propias decisiones a lo largo de toda mi vida y tengo suficientes años como para saber vivir con sus consecuencias —respondió con una sonrisa resignada—. No lamento ninguna de ellas y, si fuera necesario, volvería a hacer todo lo que he hecho por proteger a mi familia.

Aquella última frase se clavó dentro de mí de forma inesperada y probablemente no buscada. Su familia, *sí*, la suya. Yo había perdido hace mucho tiempo el derecho a considerar a ninguno de ellos como algo mío y Sadith estaba recordándomelo de forma nada sutil con sus palabras. Intenté mirarla a los ojos pero su rostro se había girado y donde habían estado sus ojos sólo quedaba una sombra.

—La muchacha que te acompañaba en el mercado…Ankhsemkepté…¿sabe ella que…?

—No, ella sólo sabe que desciende directamente de mi hermana y que el poder que corre por sus venas es un don familiar. Evidentemente conoce mi secreto pero soy la única madre que ha conocido y eso es suficiente para ella. Su verdadera madre murió en el parto.

—¿Hay más?

—Hay otros, pero ninguno con trazas de poder. Como te he explicado antes, el poder corre tan solo por la rama femenina de tu familia, ella es la única descendiente directa en la que tu sangre se manifiesta.

—Tengo que hablar con ella Sadith, necesito verla de cerca.

—¡De ninguna manera! —dijo irguiéndose ante mi—. No lo permitiré, de hecho debes marcharte ahora mismo. Te he contado mi historia para que entiendas lo peligroso de nuestra situación, no voy a permitir que tu presencia ponga su vida o la de su hijo en peligro.

—Pero, es mi hija, Sadith.

—¡No, no lo es, es la mía! —respondió desafiándome con su mirada—. Soy yo quien la ha criado, a ella y a todos los demás, quien les ha protegido, quien les ha arropado por las noches y quien ha cuidado de ellos cuando caían enfermos. ¡He sido yo la que ha llevado sus cuerpos a la tumba, no tú, Helel!

—¡Es mi sangre!

—¡Nos abandonaste! —gritó y su voz vino seguida de un silencio eterno que lo decía todo. La dureza de sus palabras me golpeó de nuevo y me recordó que tenía razón. Toda aquella situación era el resultado de un sólo acto, de una sola decisión. Yo había antepuesto a Liliath por encima de todo lo demás, por encima de mi familia, por encima de mí mismo. Aquella noche en Uruk pude haber escogido quedarme con mis hijos pero fui detrás de Liliath. Si me hubiera quedado en la casa es posible que Armesh y Suriath no hubieran tenido que morir aquella noche y de aquella forma horrible, quizá no habría perdido a mis hijos y Sadith no habría tenido que sacrificar su vida por la de ellos. Pero una parte de mi me susurraba que me engañaba. Todos ellos estaban muertos mucho antes, fueron sentenciados el día que me conocieron porque en realidad había destruido la vida de aquella familia el día que decidí quedarme en su casa. En mi búsqueda de tiempo para volver a ser el que fui me había engañado pensando que podía jugar a la familia feliz, que el amor de los hombres podía volver a llenar mi vida

como un día lo había hecho el amor de mi padre y por mi padre, y finalmente la ilusión me cegó y no supe ver la verdad, que yo era sólo muerte para todo el que me rodeaba. De repente, el sonido de la risa de Ankhsemkempté volvió a llegar hasta mí desde el otro lado del jardín, un sonido lleno de luz, de vida. Vida. Vida nacida de la muerte que me rodeaba. A pesar de todo, a pesar del dolor, de la desgracia, la luz que aquella muchacha portaba había nacido de mí y de mis actos, de alguna forma, aquella muchacha tenía el poder de redimir los pecados del padre. La necesidad inmensa de acercarme a ella, de hablarle, de intentar darle a ella todo lo que no le había podido dar a Niel y Narmesh creció de nuevo en mi interior y supe que no estaba dispuesto a recibir otra negativa por parte de Sadith.

—Sadith, ¡te lo ruego! No es necesario que sepa quien soy, sólo quiero poder estar cerca de ella. Sé que no puedes entenderlo pero, de alguna forma, siento que este es mi destino y el suyo, siento que he sido traído hasta aquí para esto, para estar a su lado y protegerla como no pude proteger a Niel.

—Pero lo que conseguirás es justo lo contrario. Ahora más que nunca es necesario que te alejes de nosotros. Por nuestro bien y por el tuyo propio. —Al ver mi falta de comprensión se levantó para acercarse a una caja de madera que uno de los criados había dejado junto a los cojines. —Sabía que no me sería sencillo convencerte de que te marchases por eso pedí que me trajeran esto. Alguien entregó esto para Ankh en la puerta oeste el otro día.

Sadith me entregó un pequeño paquete. Al abrirlo encontré una muñeca ajada, muy antigua vestida con harapos.

—Sí, es la misma muñeca que le entregaron a Semekté hace muchos años. No me preguntes cómo pero de alguna forma Narmesh, o alguien que conoce nuestro secreto, ha logrado encontrarnos. Esta muñeca es una amenaza velada, una forma de decirme que la persecución continúa y que aquellos a los que amo siguen siendo la forma más fácil de destruirme.

—Razón de más para tenerme a tu lado.

—Helel, no me hagas reír. ¿Qué puedes hacer tú para ayudarme?

Casi sin pensarlo mi poder se manifestó y todos los arbustos que nos rodeaban se inflamaron en llamas. Mantuve el fuego apenas unos momentos y después lo extinguí con un simple deseo. Al retirarse las llamas ninguno de los arbustos estaba quemado, como si aquello no hubiera ocurrido jamás.

—Tú no eres la única cuya poder ha crecido con los años,

Sadith. Mil años en una cueva dan para mucho, incluso para recuperar parte de mi antigua naturaleza, supongo. —Y fue mi antiguo orgullo quién habló.

Sadith me miró muy seria y noté como algo se rompía en su interior. Por un momento que me pareció eterno no dijo ni una sola palabra, tan sólo prolongó su mirada como si intentase leer en lo más profundo de mi ser.

—Está bien —dijo—. Sé que me voy a arrepentir de esto pero puedes quedarte con una condición.

—Hace mucho tiempo que no acepto condiciones de nadie, Sadith —respondió nuevamente mi orgullo.

—No tienes alternativa si deseas quedarte con nosotras.

Mirando a sus ojos comprendí que aquella mujer no era la misma niña que yo había conocido y que no era el tipo de mujer que está dispuesta a negociar así que decidí aceptar lo que fuera que me propusiese con tal de poder quedarme al lado de lo que quedaba de mi familia.

—¿Cuál es la condición?

—Te harás pasar por un esclavo hebreo a mi servicio y me obedecerás en todo momento. No podemos arriesgarnos a que nuestro secreto se descubra y tú no conoces las formas ni las maneras de palacio. De esta manera podré tenerte a mi lado y asegurarme de que no nos metes en problemas.

—Veo que tu confianza en mí no ha crecido ni un ápice en todo este tiempo —dije con una sonrisa.

—Llámame precavida pero esa es la condición. ¿Aceptas?

—No me parece que me quede mucha alternativa, ¿no?

—De acuerdo entonces. Najesat es uno de mis sirvientes —dijo señalando a un joven que esperaba junto al toldo donde nos refugiábamos—. Él te enseñará donde puedes dormir, te dará las ropas que debes llevar y te rasurará la cabeza para que parezcas un verdadero esclavo. Ahora, puedes marcharte —concluyó girándose para darme la espalda.

—Sadith

—Para ti soy la dama Tyri, no lo olvides —dijo girándose de nuevo para mirarme con la frialdad de una esfinge.

—¿Qué significa este símbolo en la muñeca?

—¿Qué símbolo? No hay ningún símbolo —dijo cogiendo la muñeca de mis manos nuevamente.

—Sí lo hay, en el vientre, es muy pequeño, apenas visible pero alguien ha grabado algo.

Sadith acercó la muñeca a sus ojos para mirar el grabado que le

indicaba y su cara cambió de color.

—¿Ocurre algo?—pregunté.

—Me temo que todo esto se está complicando enormemente.

—¿Por qué? ¿Que es ese símbolo?

—No es un símbolo, sino un nombre. Seth. El dios protector de la casa del actual faraón.

Esa noche la pasé en el que posiblemente era el camastro más incómodo jamás creado pero no importó demasiado porque todo lo contado por Sadith no dejaba de dar vueltas en mi cabeza impidiéndome conciliar el sueño. Al amanecer del día siguiente, Najesat y otro esclavo un poco mayor se encargaron de hacer que me bañase a base de arrojarme cubos de agua por encima sin piedad para después rasurarme de la cabeza a los pies. Nasejat me entregó una especie de faldilla de lino larga hasta las rodillas y unas sandalias de algo parecido al esparto y, tan pronto como me había colocado mi nueva indumentaria, me indicó que le acompañase. Le seguí por lo que me pareció un laberinto de edificios hasta que llegamos a un pequeño pabellón completamente abierto al exterior que estaba anexado a otro edificio mayor. En aquella especie de terraza, Sadith me estaba esperando rodeada de un par de muchachas que se movían a su alrededor como un enjambre atendiendo a todas sus necesidades. Al verme llegar, Sadith pidió a Najesat y las dos muchachas que nos dejaran y nos quedamos solos.

—Confío en que hayas podido descansar, necesitarás toda tu energía durante los próximos días.

—Digamos que las condiciones en las que he pasado la noche eran mejorables.

—Considérate afortunado, las condiciones de los esclavos utilizados en la construcción de los templos y tumbas o los que trabajan en los campos son mucho peores.

—La verdad es que no se nada de este nuevo mundo en el que me encuentro. Estoy seguro de que todo ha cambiado mucho en el tiempo que pasé en mi prisión aunque por lo que vi en las calles de Tebas los hombres siguen siendo iguales, crueles, ambiciosos, violentos e incapaces de asumir que su paso por este mundo es temporal. ¿Me he dejado algo?

—Lo cierto es que no —dijo sonriendo—, pero me temo que descubrirás que algunos de nuestros defectos se han hecho mucho mayores. Por suerte, algunas de nuestras virtudes también. Déjame que te explique cuál es el aspecto del mundo que nos rodea.

Sadith me habló de la grandeza de Egipto, de cómo durante los últimos mil años había pasado de ser un pequeño reino fragmentado a convertirse en un gran imperio unificado bajo el poder de un sólo hombre al que se trataba como a un dios, el Faraón. En palabras de Sadith sólo había tres cosas que merecían devoción absoluta para los egipcios, sus dioses, de los cuales tenían cientos, el Faraón y el Nilo, el río al que debían absolutamente toda su prosperidad y, que por esa misma razón, era considerado otro dios en sí mismo. Egipto era además una criatura hambrienta de conquistas y de expansión y todos los faraones desde la unificación habían intentado obtener gloria en batallas contra otros pueblos a los que poder anexionar o subyugar, una gloria que se encargarían de plasmar en sus estelas exagerándola convenientemente, por supuesto. Pero había sido precisamente uno de sus faraones unos años antes el que había estado a punto de derrumbar todo el imperio sacudiendo los cimientos de lo más sagrado entre lo sagrado, su fe. El faraón Amenhotep, cuarto de su nombre, había hecho algo impensable, suprimir el culto a los antiguos dioses y entre ellos al más grande de todos, Amón, y sustituirlo por el culto a un único dios, Atón, el disco solar. Aquello, que para mí no era más que darle un nombre diferente a la misma expresión de mi padre, para el pueblo egipcio había sido un acto de traición imposible de comprender más aún cuando había venido acompañado de una sacudida completa de todo lo que hasta entonces había sido inamovible. El faraón cambió su nombre por el de Akenatón en honor a su nuevo dios y construyó una nueva capital en su nombre, Amarna, a dónde trasladó todo el gobierno central dejando Tebas convertida en poco más que una ciudad fantasma. Todo ello generó un sentimiento de inseguridad e inestabilidad que, alimentado por el odio y la rabia de la casta sacerdotal de Amón que había visto su poder mermado hasta casi la extinción debido a los actos de Amenhotep, hizo que el cambio durase muy poco. A la muerte del faraón la maquinaria sacerdotal se puso en marcha para devolver Egipto al estado del que, según ellos, nunca debía haberse movido. El nombre de Akenatón y su familia fue borrado de la historia y se prohibió que fuese pronunciado nuevamente. Pero si los sacerdotes pensaban que la vuelta a su añorada estabilidad sería rápida y sencilla, se equivocaron. Egipto entró en un período si cabe aún más inestable donde los Faraones marioneta se sucedieron por breves periodos de tiempo, cada uno de ellos gobernando el carro destartalado en que se había convertido el país de forma diferente al anterior, cada uno de ellos queriendo dejar su huella borrando las

de su predecesor. Y ahí es donde la actual casa real entró en juego. Todo comenzó con un arquero del ejercito real llamado Shuta. Proveniente de una familia nada prominente de la ciudad de Avaris, Shuta había conseguido alcanzar el mando intermedio en el ejercito real pero estaba lejos de ser un hombre destacado o un soldado especialmente hábil hasta que todo cambió tras la batalla contra los Mitanni. Lo que debía haber sido una campaña militar exitosa y breve se convirtió, gracias a la incompetencia de sus generales, en una masacre que acabaría con la vida de mil quinientos hombres del ejercito egipcio. Shuta desapareció en la batalla y su familia le dio por muerto, pero para sorpresa de todos, Shuta retornó a su casa dos semanas más tarde, no sólo vivo sino diferente. Aquel soldado volvió completamente cambiado alegando que había sido herido de muerte en la batalla pero que había recibido la ayuda del dios Seth quien había cuidado de él y le había prometido que, bajo su amparo, su familia llegaría a sentarse en el trono de Egipto. En gratitud Shuta cambió su nombre por el de Seti, que significa aquel que es de Seth, y consagró su familia al servicio del dios. Si la familia de Shuta pensó inicialmente que el sol del desierto le había afectado y que una extraña forma de locura se había apoderado de él poco importó cuando el supuesto amparo del dios empezó a dar sus resultados. Pronto Seti comenzó un ascenso en la escala militar que pocos podían explicar. Sus talentos como estratega empezaron a ser evidentes lo que le permitió ascender hasta el grado de general, sus triunfos en el campo de batalla le convirtieron en un elemento imprescindible del ejercito del faraón. Pero no sólo él se benefició de esa supuesta ayuda divina sino que su familia empezó a ascender en la escala social tal y como el lo hacía en la militar. Su hermano, convertido en visir de Kush, en el sur de Egipto, su cuñada elegida como parte del harén de Amón y su hijo, el joven Paramesu, o Ramsés como la familia le había conocido siempre, ascendido de soldado raso a consejero del mismísimo faraón Horemheb. Pero el camino a la gloria no había acabado ahí para la familia de Seti. A la muerte de Horemheb, y para sorpresa de todos, el consejero proveniente de la humilde familia de Avaris se convirtió en el faraón Ramsés, primero de su nombre y la promesa hecha a Seti en el desierto se hizo realidad, un siervo de Seth ocupaba el trono de Egipto. El reinado de Ramsés duró apenas un año, pero esta vez no sería un extraño quien sucedería al faraón como había ocurrido con sus recientes antecesores sino su hijo Seti, un hombre joven, en la plenitud de su vida, fuerte, atlético y duro como las rocas del desierto que había heredado de su abuelo no sólo el nombre sino la

determinación y la ambición para garantizar el estatus de su familia.

—Seti ha sido un buen gobernante para Egipto, no me malinterpretes —continuó Sadith—. Viene de una casta militar y eso le ha ayudado a asegurar y expandir las fronteras del imperio. Sigue siendo devoto de Seth y ha construido numerosos templos en su nombre pero ha sabido equilibrar su devoción con la debida a los otros dioses, especialmente Amón, asegurándose el apoyo de los sacerdotes. El resto de su familia es harina de otro costal. Pero creo que para que entiendas a que me refiero es mejor que les veas en acción. Coge eso y sígueme —dijo señalando un abanico de plumas que estaba apoyado contra la pared.

—¿Qué pretendes que haga con esto?

—Eres un esclavo, ¿recuerdas? Camina dos pasos por detrás de mí y procura no dejar de abanicarme o me veré obligada a azotarte en público. Para mantener las apariencias, claro —me respondió.

—Pero, ¿dónde vamos?

—A la sala del trono. Bueno, a una de ellas.

Seguí a Sadith por un pasillo largo que transcurría paralelo a un gran patio rodeado de columnas y que nos llevó hasta un gran sala con las paredes decoradas con escenas de la cosecha en colores muy vivos que llenaban los ojos contando su historia. Me sorprendió la cantidad de gente que encontramos a nuestro paso, tanto el patio como la sala estaban repletos de hombres y mujeres, en muchos casos rodeados de esclavos como yo, que hablaban en grupos o parecían esperar en soledad. Le pregunté discretamente a Sadith quienes eran aquellas personas y me explicó que eran súbditos del faraón esperando ser recibidos para solicitar su arbitraje en diferentes asuntos. Muchos de ellos llevaban esperando días y algunos aún deberían esperar un poco más. El faraón tenía sus administradores de justicia en cada uno de los nomos, la provincias del imperio, pero cuando un hombre o mujer no estaba satisfecho con la resolución que estos administradores le proporcionaban podían elevar su queja a través de su ministro de justicia que evaluaba el caso y decidía si era merecedor de la atención del faraón. La realidad era que el número de casos que se traían a la corte era tan bajo que este tipo de audiencias apenas tenían lugar una vez cada muchos meses así que aquellos que deseaban intervención faraónica acudían al palacio con muchos días de antelación para no perder su lugar y evitar tener que esperar hasta la siguiente audiencia.

Sadith me llevó hasta una puerta situada en el lateral del patio y

que estaba guardada por dos soldados armados con lanzas. Para mi sorpresa los soldados se apartaron y agacharon la cabeza tan pronto como Sadith llegó hasta ellos y nos dejaron pasar sin problemas. La sala en la que entramos era mucho más pequeña de lo que cualquiera hubiera esperado de una sala del trono. Las paredes y las columnas que rodeaban el perímetro estaban pintadas con escenas de caza que empequeñecían aún más el espacio. Al fondo, una gran silla de madera labrada pintada de color dorado era la única señal del uso que aquella sala tenía. Tras nosotros empezó a llegar más gente, sin duda oficiales de gobierno y escribas. Tras la silla, una gran puerta doble de madera se abrió.

—¡Vamos! —dijo Sadith encaminándose hasta la parte posterior de la sala y colocándose tras una de las columnas—. Empieza el espectáculo.

Una figura alta y delgada, vestida con una túnica larga de lino blanqueado y un gran pectoral decorado con joyas fue la primera en entrar en la sala para sentarse en la silla. Inmediatamente todo el mundo en la sala se arrodilló en el suelo y el silencio llenó la habitación. Afortunadamente Sadith me avisó de lo que debía hacer justo antes de que todo ocurriera y pude evitar ganarme una segura condena a muerte por falta de respeto al faraón. Desde mi posición en el suelo pude ver que mientras nosotros prestábamos la esperada pleitesía al dios faraón un grupo de gente, hombres, mujeres y niños entraron en la sala por la misma puerta y se situaron en diferentes posiciones alrededor del trono. Una vez que todos ellos estuvieron sentados, todo el personal presente en la sala se levantó al unísono como si aquello hubiera sido la señal para volver a la normalidad. La puerta por la que nosotros habíamos entrado en la sala se abrió de nuevo y un hombre de mediana edad, bastante gordo y con una peluca horrorosa colocada en la cabeza entró gritando los mil y un títulos del faraón hasta que llegó al trono y se postró a sus pies. De repente, toda la sobriedad y la seriedad del momento se rompió y el faraón se dirigió al hombre que tenía a sus pies con clara familiaridad.

—Empecemos Sehjuti, hace demasiado calor para tanta pompa.

El hombre se levantó rápidamente y comenzó a relatar los antecedentes del primer caso antes de hacer entrar al demandante. Tal y como Sadith me había explicado todos los casos eran de la misma índole, repartos de tierras, herencias, multas y contratos de ventas que no habían satisfecho completamente alguna de las partes. Me pareció sorprendente que cosas tan banales tuvieran que ser atendidas por el mismo Faraón pero a esas alturas ya me

quedaba claro que el sistema de gobierno de Egipto era mucho más complicado de lo que podría haber imaginado. Pero la razón por la que nosotros estábamos allí no era para ver como funcionaba la justicia faraónica sino para mi propia educación y Sadith no perdió el tiempo.

—¿Ves la mujer que está sentada a la derecha de Seti rodeada de muchachas jóvenes? Esa es la reina Tuya. Cuidado con ella. Se casó con Seti antes de que su suegro fuera elevado a Faraón así que esta vida le ha caído del cielo, en sus propias palabras, como una maldición aunque yo estoy convencida de que esta vida de lujos y placeres es lo que siempre ha deseado. No es mi mejor amiga, digamos, aunque curiosamente fue ella quien me trajo a la corte.

—¿Todas esas muchachas son sus hijas?

—No, para nada. Son hijas de los funcionarios y ministros que están aquí para hacer compañía a la reina. ¡Pobres criaturas! —dijo con una sonrisa cínica.

La mujer miró en nuestra dirección como si de alguna manera supiera que estábamos hablando de ella. Era una mujer hermosa aunque algo entrada en carnes. Los años habían sido clementes con ella y eso, acompañado de una compostura digna de una estatua, hacía que inevitablemente atrajera la miradas a su alrededor.

—Si miras al otro lado del trono, tras la columna verás a las hijas de Seti y Tuya. La mayor se llama Tia y a diferencia de su madre desprecia la vida de la corte. Afortunadamente para ella, se casó antes del ascenso familiar con un funcionario que lleva su mismo nombre así que ha podido vivir la mayor parte del tiempo fuera de palacio. La niña que ves a su lado es su hermana, Henutmire, la única de los hijos de Seti nacida en palacio. Una niña adorable condenada a vivir bajo la sombra de una madre asfixiante y abusiva.

Sadith continuó mostrándome quienes eran los individuos más relevantes de la corte y al cabo de un rato mi cabeza no me dejaba admitir ni un sólo nombre más.

—¡Vaya, por fin! —dijo Sadith sacándome de mi agotamiento mental. Un hombre acababa de entrar por una puerta lateral de la sala y se dirigió a la reina Tuya para comentarle algo al oído. La reina sonrió claramente complacida y acarició la mano del emisario con delicadeza. El hombre, satisfecho, se retiró y se colocó al fondo de la sala.

—Ese es Sarureptah, primer ministro de Seti y esposo de Ankh. Una víbora a la que pienso decapitar, más tarde o más temprano —dijo con un odio palpable en su rostro.

—¿Por qué le odias tanto? ¿Cuál es el problema?

—Te lo explicaré pero no aquí, más tarde —respondió sin mirarme.

De repente un gran alboroto proveniente del patio hizo que toda la sala dejase de prestar atención al caso que estaba siendo expuesto. La puerta del patio se abrió de repente y un hombre joven, alto y fornido entró por ella con paso decidido hasta situarse frente al trono apartando de un empujón a la pobre viuda que estaba postrada ante Seti. Sin embargo, aquel hombre no se arrodilló sino que miró directamente al faraón.

—¡Padre, tenemos que hablar de los hebreos! —dijo sin contemplaciones.

—¿Cómo te atreves, Ramsés? ¡Estamos en mitad de una audiencia, apártate de mi vista, hablaremos más tarde! —respondió Seti con fuego en la mirada.

—Padre, esto es más urgente, los hebreos...

—¡Basta! —gritó el faraón levantándose del asiento—. ¿Te atreves a desobedecerme? ¡Soldados, retirad al príncipe Ramsés de mi presencia y si intenta volver a interrumpir esta audiencia os ordeno que le detengáis y le confinéis en sus aposentos!

Aquella reacción hizo que el joven Ramsés no dijese una palabra más pero su mirada lo decía todo. Con el orgullo de un león herido se dio la vuelta y salió de la sala por la puerta que había usado para acceder a ella.

—Como ves, el amor padre hijo se palpa en el aire —dijo Sadith girándose —. Es hora de que nos vayamos.

Salimos por una de la puertas laterales que daba a un pasillo largo que se abría a intervalos a otro de los patios interiores del palacio. Sadith caminó sin decirme nada hasta que de repente se paró en seco.

—¿Ocurre algo?

—Alguien quiere vernos —dijo sin girarse.

De repente, una esclava llegó corriendo hasta nosotros por el mismo pasillo.

—Mi señora Tyri... —dijo agachando la cabeza frente a Sadith.

—¿Si?

—La reina Tuya solicita unas palabras contigo.

—Sin duda quieres decir que exige mi presencia, la reina no es mujer de solicitar o pedir —respondió Sadith dejándonos tanto a la esclava como a mí sin palabras por lo directo de su respuesta—. Supongo que en ese caso es mejor que no la hagamos esperar.

Seguimos a la esclava a través de patios y pasillos hasta una

gran puerta doble que la muchacha abrió para dejarnos pasar. La sala a la que accedimos era inmensa y magnífica. Al fondo, una balaustrada se abría al exterior para dejar paso a una terraza cubierta por toldos donde la reina Tuya nos estaba esperando rodeada de sus damas. La vista de Tebas desde la terraza era imponente.

—¡Ah, por fin, Dama Tyri! Me alegro de que hayas podido unirte a nosotros, llevo varios días intentado verte pero parece que has estado demasiado ocupada para atender mis requerimientos —dijo acompañando la frase con una mirada absolutamente helada.

—Nada más lejos de mi intención mi reina, sabes que siempre estoy a tu servicio. He cambiado de esclavos últimamente y supongo que el mensaje se perdió en el cambio.

—Ya veo, este es nuevo también, ¿cierto? ¿Es hebreo? —preguntó la reina mirándome de arriba abajo.

—Así es.

—Curioso, no lo parece. Aunque supongo que esta basura está tan cruzada que ni ellos mismos pueden reconocer los rasgos de su propia raza. —Noté como el cuerpo de Sadith se tensaba y se mordía la lengua para evitar responder a aquella mujer. —De todas maneras, la razón por la que te he llamado es mucho más importante. Necesitamos urgentemente de tus habilidades para predecir el futuro. —Tuve que controlarme para no caerme de espaldas. En ningún momento Sadith me había dicho que nadie en la corte supiera de sus poderes y la forma relajada en la que la reina hablaba de ello entre sus damas me hizo pensar que era de dominio público. —Una de mis damas, Nasutferire, ha sido prometida en matrimonio por su padre a un comerciante de lino de Abydos. Evidentemente yo no deseo más que su felicidad así que quiero que me digas si ese matrimonio será feliz y tendrá muchos hijos o si debe huir de la promesa hecha por su padre.

Si Sadith había estado tensa durante toda la conversación esta vez casi podía oír como su cuerpo estaba a punto de quebrarse por la indignación de aquella ridícula petición pero, de alguna manera, Sadith demostró ser una experta en el arte del autocontrol y nadie notó nada.

—Claro, mi reina, cómo desees. ¿Está la dama Nasutferire aquí?

—Sí, aquí estoy. —Una muchacha de unos dieciséis o diecisiete años salió de entre el corro de jóvenes que acompañaba a la reina.

—¿Puedo coger tu mano? —dijo Sadith a la vez que tendía la suya.

La muchacha tendió su mano con una timidez absoluta y Sadith

cerró sus ojos para concentrarse. En aquel momento ocurrió algo que no pude prever ni controlar. Mi mente se introdujo en la de Sadith y de forma involuntaria me encontré viendo lo mismo que ella veía, sintiendo lo que ella sentía y hasta respirando su mismo aire. Las imágenes eran claras como si mirase un reflejo en un río de aguas cristalinas. La muchacha aparecía casada con un hombre mayor que ella, un hombre que la violaría sin piedad en su noche de bodas, la maltrataría y abusaría constantemente de ella. Un momento después la imagen cambió, la muchacha estaba en los brazos de otro hombre, el hijo del mercader, y con él encontraría no solo el amor sino que concebiría los hijos que el padre no podría darle. Una última imagen, la muchacha junto a dos pequeños atiende el funeral del mercader, a su lado, el padre de sus hijos le sonríe, son libres.

Me vi expulsado de la mente de Sadith de forma mucho más dolorosa que como había entrado. Volví a mi cuerpo justo a tiempo de ver como Sadith hablaba a la muchacha.

—Veo amor en tu futuro y dos hijos sanos y hermosos. El mercader es tu destino y sin el nada de todo esto existirá.

Una mentira a medias. Me pregunté que pensaría la muchacha cuando viera lo que debía sufrir al lado del mercader antes de poder ser feliz y si maldeciría entonces a Sadith pero aquello no era de mi incumbencia.

—Fantástico, nada mejor podríamos desear para nuestra pequeña Nasutferire. Esta noche celebraremos por tu felicidad. Dama Tyri —dijo girándose para mirar directamente a Sadith—, ya no te necesitamos más, puedes marcharte. La próxima vez espero que no tardes tanto en responder a mis llamadas.

—Por supuesto mi reina, le haré saber al faraón que debo estar disponible para tus necesidades en todo momento —respondió Sadith inclinándose ligeramente. Sólo yo pude ver la sonrisa sarcástica en su rostro. Inmediatamente la reina cambió de canción.

—Da igual. No es necesario que molestes a mi esposo con nuestras pequeñas cosas, ya hablaré yo con él —respondió con la cara completamente roja de ira.

—Como gustes mi reina —dijo Sadith mientras se giraba y abandonábamos los aposentos reales.

Seguí a Sadith por el palacio hasta sus aposentos sin que me dijese una sola palabra. Cuando llegamos a sus habitaciones ya no pude soportar más el silencio.

—¿Vas a explicarme que es lo que hay entre tú y la reina?

—Lo que hay entre nosotras es bien sencillo, se llama odio. Lo

que acabas de ver no es más que otro de sus patéticos intentos de demostrar que su rango está por encima del mío, aún no ha entendido que no me importa lo más mínimo.

—Pero, no entiendo, me dijiste que ella te trajo aquí, si tanto te odia, ¿Por qué deja que sigas en la corte?

—Es obvio, ¿no? —dijo mientras se sentaba en una gran silla de madera que me recordó al trono de Seti—. No puede arriesgarse a que cuente sus secretos.

Al ver que no comprendía a que tipo de secretos podía referirse, Sadith suspiró y prosiguió.

—Cómo te dije ayer durante todo el tiempo que he estado cuidando de tus hijos siempre he subsistido gracias a mi talento como partera y curandera. Cuando Ankh nació y su madre nos dejó nos vinimos a vivir a una aldea en las afueras de Tebas y una vez más, como había hecho mil veces antes, empecé a usar esos talentos para pasar por una familia normal y nuestra vida era feliz. Una noche, unos golpes en la puerta nos despertaron a Ankh y a mí. Cuando bajé a abrir me encontré a unos soldados del faraón, mi fama como partera había llegado a oídos de la reina y precisaba de mi ayuda para una de sus damas. No había posibilidad alguna de que me negase así que me fui con los soldados y me llevé conmigo a Ankh que por aquel entonces tenía doce años. Los soldados nos llevaron hasta el palacio y al llegar descubrí que no era una de sus damas si no la propia reina quien precisaba de mi ayuda. Estaba embarazada de la princesa Henutmire y llevaba dos días en parto sin resultado alguno. Los médicos de la corte empezaban a temer por su vida y por miedo a la ira de Seti no se atrevían a tomar ninguna medida. Una de las damas había sugerido mi nombre porque había ayudado a su hermana y la reina había ordenado que me buscaran inmediatamente. No me fue fácil pero conseguí salvar a la madre y a la pequeña. Al ponérsela en sus brazos la reina empezó a llorar desconsoladamente y a lamentar haber traído algo tan hermoso al mundo cuando no podía garantizar su seguridad. En aquel momento no podía entender nada pero el dolor de una madre es algo que siempre me ha superado así que en mi compasión le ofrecí a la reina una predicción sobre el futuro de su pequeña. En mi visión, aunque no era clara, la niña acababa siendo una de las reinas de Egipto. Aquella revelación fue de tal alivio para Tuya que agarró mis manos en agradecimiento provocando sin quererlo otra visión, una que Tuya habría querido ocultar siempre, la verdadera identidad del padre de la pequeña, el entonces tesorero real, Sarureptah.

—¿El esposo de Ankh? —pregunté sin poder creérmelo.

—El mismo. En cuanto Tuya se dio cuenta de lo que acababa de ocurrir comprendió que no podía dejarme marchar así que dio ordenes para que nos alojaran en el palacio real dónde hemos permanecido desde entonces.

—Pero, ¿por qué no habéis huido? Con tus poderes no tendrías problema en hacerlo.

—La razón por la que no nos hemos ido ha sido precisamente Ankh —me dijo con cierto tono de resignación—. Tuya le contó inmediatamente a Seti todo sobre mi predicción. Si Seti tenia alguna duda de si la pequeña era suya desapareció al decirle que sería reina de Egipto. Supongo que pensó que sólo un miembro de la casa real podría casarse con un faraón. Seti tiene mala cabeza para la historia pero muy buena para los negocios. Tener una vidente en casa es una ventaja que no podía dejar escapar. No me cabe duda que Tuya alimentó la idea y para asegurarse que el cerrojo de nuestra prisión se cerraba completamente convenció a Seti para que arreglase el matrimonio entre Sarureptah y Ankh en agradecimiento por mi ayuda. Como ves, no es una mala estratega. A pesar de todo esto aún podríamos habernos marchado si no hubiese sido porque la vida se metió al medio y Ankh se enamoró perdidamente del que iba a ser su marido. No se si fue la inocencia de una niña o los juegos del futuro marido pero para Ankh no podía haber dolor más grande que pensar en marcharnos de su lado y así, por el amor que le tengo, nos quedamos en palacio. La boda tuvo lugar un año después, tan pronto como Ankh se hizo mujer. Sarureptah no tuvo ningún tipo de contemplación con ella y dos veces la dejó embarazada en los dos primeros años y dos veces Ankh tuvo que vivir la pérdida de sus hijos en los primeros meses de embarazo. Durante todo ese tiempo Sarureptah ha seguido su romance con la reina a la par que ha tejido su tela de araña para conseguir trepar hasta convertirse en la mano derecha de Seti, y por desgracia, le ha salido bien. Ankh sigue enamorada de él de alguna manera aunque no es ajena a sus romances y perversiones varias. Sea como fuere, hace unos meses Ankh se quedó embarazada de nuevo atándonos de pies y manos una vez más para cualquier posible huida.

Las palabras de Sadith hicieron que me hirviera la sangre. No podía concebir como nadie podía comportarse de forma tan despreciable con un ser tan dulce como Ankh. Si en todo momento había querido estar junto a ellas y poder protegerlas, ahora que sabía cuál era verdaderamente la situación mi determinación era

aún mayor. Aquellas dos mujeres enfrentaban enemigos dentro y fuera de aquel palacio y aún no sabíamos quienes eran los más peligrosos.

—No te preocupes, no te faltarán oportunidades para protegerla —dijo en respuesta a mis pensamientos—, porque quiero que desde hoy pases todo el día con ella, que vayas donde ella vaya, que veles mientras ella duerme y que te conviertas en su sombra si eso fuese necesario.

—Pero...¿qué ha cambiado? Ayer no querías que me quedase con vosotras de ninguna manera —pregunté sin entender nada.

—Digamos que me he dado cuenta que sólo puedo combatir el fuego con fuego y de eso a ti te sobra. Si nos vemos en la situación de tener que defendernos de un ataque humano o sobrenatural Ankh tendrá más opciones si nos tiene los dos a su lado porque a ninguno de los dos nos temblará el pulso a la hora de matar si es necesario.

Sus ojos me miraron fijamente como si leyeran, no mi mente, sino mi corazón y de algún modo supe que de entre todas las criaturas del mundo, sólo ella podía aventurarse en la negrura que encontraría en mi interior y sólo a ella le daría igual.

—Ahora ve, el cuarto de al lado es el de Ankh, pasada su puerta encontrarás una sala pequeña con un camastro. Esa habitación será la tuya y se comunica directamente con la suya. Ella no sabe quién eres, tan sólo que un nuevo esclavo elegido por mi se ocupará de sus necesidades, así que se discreto. Espero que con lo que has visto hoy entiendas que los jugadores en el tablero del palacio son muchos y no sabemos si alguno de ellos es una pieza de Seth o Narmesh así que debes estar permanentemente alerta.

Asentí con una sonrisa y me giré para dirigirme a la puerta mientras ella me daba la espalda para dirigirse a su terraza. De repente, un dolor horroroso se clavó en mi mente haciendo que sintiera como si todo mi cuerpo ardiese en llamas y la voz de Sadith resonó en mi cabeza.

—Si vuelves a intentar entrar en mi mente este dolor será una caricia comparado con lo que te haré.

Y de alguna forma, supe que no mentía.

Mi habitación resultó ser un cubículo oscuro y sin ventanas donde apenas había espacio para el camastro que resultó ser tan incómodo como el de la noche anterior. La pared del fondo se abría a una especie de pasillo estrecho y corto que desembocaba

discretamente en las habitaciones de Ankh. No sé si fue la claustrofobia que aquél sitio me provocaba, la falta de aire fresco, el camastro o el insoportable calor nocturno de Tebas pero una vez más me fue imposible conciliar el sueño y decidí levantarme y aventurarme por el palacio confiando en que nadie me vería de noche. Sabía que si me encontraban lo menos que me esperaba eran unas cuantas docenas de azotes pero nunca me caracterícé por ser precavido. Recorrí los pasillos iluminados tan sólo por unas teas colocadas estratégicamente en las esquinas e intersecciones. Los quemadores de aceite que eran capaces de iluminar espacios mucho más grandes se reservaban para las habitaciones de la familia real y el resto de los habitantes de alcurnia del palacio. Inevitablemente me perdí por aquel laberinto en mi búsqueda de una salida a alguno de los patios del palacio donde poder sentir que respiraba de nuevo. Todos los corredores me parecían iguales, columnas y paredes pintadas en colores vivos con escenas cotidianas de la vida de sus moradores o plantas y animales. Al cabo de un rato de caminar sin rumbo todo me parecía igual y creí estar andando en círculos. De repente, uno de los pasillos desembocó en otro mucho más amplio y con una decoración diferente llena de figuras pintadas en tonos dorados y comprendí que debía haber llegado hasta el ala del palacio reservada para la familia real. Justo el lugar donde no debía estar. Si me encontraban allí de noche sin explicación alguna del por qué de mi presencia era probable que no fuera el látigo lo que volase por el aire sino mi cabeza. Inmediatamente volví a sumergirme en la oscuridad del pasillo por el que había venido pero el sonido de pasos proveniente del pasillo dorado me hizo pararme por miedo a ser encontrado. Me agaché para sumergirme completamente en la negrura del corredor y desde allí pude ver como dos soldados reales se acercaban escoltando a alguien entre ellos. Cuando se acercaron a la intersección de los pasillos pude ver que quien caminaba entre ellos era una muchacha de unos trece años, vestida con los harapos propios de los esclavos, pero no de aquellos que trabajaban en el palacio, sino de los que trabajan en los campos y en la construcción de los templos. Su pelo moreno y su rostro de color arena denotaba claramente su origen, hebrea. Cuando pasaron por el lugar donde me encontraba me acerqué con sigilo a la esquina de los dos corredores para ver a donde se dirigían y pude ver cómo una gran puerta doble se abría al fondo dejando ver una gran habitación donde esperaba un figura alta vestida tan sólo con un faldellín de lino y sus ojos pintados con kohol. Ramsés. La muchacha fue introducida por los soldados en el interior de la

habitación y las puertas se cerraron tras ella. Los soldados desaparecieron por el otro lado del corredor y yo volví a la oscuridad de mi pasillo preguntándome cuál era el sentido de lo que acababa de ver. Me costó mucho tiempo encontrar el camino de vuelta pero finalmente llegué a mi cubículo. Durante un rato no pude dejar de pensar en la muchacha y en el por qué de su presencia en palacio y sólo se me ocurría una razón. Ramsés tenía la prerrogativa de hacer lo que le placiese con los esclavos de su padre pero estaba seguro de que tenía a su disposición tantas concubinas y amantes como desease y, por otro lado, era obvio que sabía que, en caso de ser descubierto, su padre lo desaprobaría o de otra forma no recurriría al amparo de la oscuridad de la noche. Con aquellos pensamientos en la cabeza y agotado por mis correrías nocturnas por el palacio finalmente pude dormir pero si esperaba descansar me equivoqué completamente. Mi noche estuvo plagada de sueños de Liliath. La imagen de la esclava hebrea se fundía en mi mente y su rostro se transforma en el de Liliath, su pelo negro en su pelo de color de fuego y su cuerpo en aquel cuerpo que tan bien conocía. Podía sentir el calor de su piel contra la mía, el olor de su pelo que no había podido olvidar jamás y sentí como mi cuerpo respondía a su imagen como lo había hecho siempre, entregándose sin condiciones. La humedad del sueño terminó por despertarme y vi como mi cuerpo se había derramado en respuesta al recuerdo de Liliath. Una parte de mí se sentía mal, odiaba que ella aún tuviese ese control sobre mi ser, que le fuera tan fácil alterarme y controlarme incluso en forma de recuerdo. Mientras me limpiaba y cambiaba mis ropas otra parte de mí se sentía aún peor, la parte de mí que la extrañaba.

Apenas había terminado de vestirme cuando un voz a mi espalda me pilló completamente por sorpresa.

—¿Eres tú el nuevo? —dijo un muchacha joven y especialmente pequeña con un gran peluca demasiado grande para su cabeza.

—Bueno, depende, ¿el nuevo qué?

—¿Eres el nuevo esclavo de mi señora Ankhsemkepté o no?

—Sí, soy yo —respondí con una sonrisa que no fue correspondida.

—Pues entonces sígueme, mi señora te necesita —dijo sin apenas mirarme girándose para desaparecer por el acceso a las habitaciones de Ankh.

Seguí a la muchacha y entre en la sala contigua a mi cubículo. Ankh estaba en el centro de la sala, alta y delgada excepto por el pequeño abultamiento a la altura de su vientre que denotaba su

estado de embarazo temprano. Cuando me acerqué hasta ella agaché mi cabeza y doblé mi cuerpo hacia delante en señal de respeto como Sadith me había enseñado. Cuando levanté mi rostro nuevamente y me encontré con el suyo sentí que me faltaba la respiración. Sus ojos eran del color de la miel y su cabeza estaba adornada con una gran peluca negra decorada con pequeñas piezas de cerámica de color rojo pero su rostro era la viva imagen de Liliath. El parecido era tan grande que me quedé paralizado mirándola directamente a la cara como un esclavo no debería hacer nunca con su señora pero ella, aunque obviamente lo notó, no dijo nada.

—Mi madre me ha dicho que tu nombre es Helel y que eres un esclavo de confianza. Confío en el criterio de mi madre plenamente así que a partir de ahora estarás a mi servicio. Esta muchacha es Ptehsure, mi única compañía y la única persona con la que podrás hablar de mis cosas. Ella lo sabe todo de mí y sabrá indicarte que hacer en cada momento. Verás muchas otras mujeres a mi alrededor mientras estés a mi servicio. No debes dirigirte a ninguna de ellas ni discutir ninguno de mis asuntos en su presencia, ¿entiendes?. Lamentablemente mi propia casa es un nido de víboras así que ten cuidado donde pisas.

Ankh dijo todo aquello sin un ápice de acritud o resentimiento. Aquella joven tenía un profundo entendimiento de cuál era su situación en el palacio y había aceptado que esas eran la aguas en las que le había tocado nadar. En su resignación y la forma de enfrentarse a un entorno claramente hostil pude ver que Sadith le había enseñado bien.

—Vamos a salir de palacio. A ojos de todo el mundo nos dirigimos al templo de la diosa Nut en la orilla sur del río pero nuestro destino será otro diferente. No debes decir ni una palabra de esto y harás lo que yo te diga en todo momento, es imprescindible que nadie en el palacio sepa a dónde vamos. ¿Lo entiendes?

—Sí, mi señora —respondí intrigado por qué era lo que se traía entre manos.

—Muy bien. Pteh, ya sabes lo que debes hacer, a ojos de todo el mundo estoy haciendo una ofrenda a la diosa por mi pequeño y volveré al atardecer.

—Sí, mi señora, nadie sabrá nada pero ten cuidado, te lo ruego.

—Sabes que allí donde vamos no tengo nada que temer, quédate tranquila —dijo acariciando ligeramente su rostro y sus palabras me intrigaron aún más.

Salimos del palacio por una de las puertas laterales. En la calle nos esperaban cuatro sirvientes que portaban un pequeño palanquín con la finalidad de que el terrible sol de Egipto no tocara la piel de su señora. Anduvimos un pequeño tramo por una de las calles que descendían hasta el río cuando de repente Ankh se paró y se dirigió a uno de los sirvientes.

—He cambiado de idea, no necesitaré de vuestros servicios hoy, el sol no es tan fuerte como estos últimos días. Seguiré el resto del camino hasta el templo de Nut sólo con mi esclavo, gracias.

Los sirvientes se dieron la vuelta sin cuestionar la palabra de su señora y retornaron al palacio. Nosotros seguimos nuestro camino y cuando hubieron desaparecido de nuestra vista Ankh se dirigió a mí.

—Probablemente habrá muchas cosas cosas que no entenderás hoy pero debes hacer lo que yo te indique. Esos hombres reforzarán nuestra pequeña trampa y jurarán en todo momento que hoy hemos salido de palacio para ir al templo de Nut.

Mientras me hablaba, no podía dejar de mirar su rostro y, por más que lo intentaba, no podía evitar volver una y otra vez a su parecido con Liliath. Ella, completamente ajena a esa semejanza con una antepasada de la que nunca oiría hablar prosiguió por la calle hasta que, de repente, se desvió en una pequeña calleja que llevaba al patio trasero de una casa. Allí un hombre entrado en años nos esperaba con unos mantos de tela oscura parecidos a los que usaban los esclavos de bajo nivel.

—Mi buen Ahmet, gracias de nuevo —dijo cogiendo el manto y poniéndoselo por encima—. Ponte esto y sígueme —dijo tendiéndome uno a mi. Acto seguido, subió a un carro tirado por bueyes y cubierto por un toldo que esperaba al otro lado del patio. Yo la seguí sin cuestionarla como me había indicado pero cada vez más nervioso por el giro que tomaban los acontecimientos.

El carro traqueteó por las calles de la ciudad sin que pudiese ver a dónde nos dirigíamos.

—No tienes nada de que preocuparte —dijo al ver que me encontraba cada vez más incómodo con la incertidumbre—. Nos dirigimos al templo de Amón en Karnak, a poca distancia de Tebas. Bueno, más concretamente nos dirigimos al poblado de los esclavos.

—¿Poblado de los esclavos? —pregunté sin poder comprender cómo podía existir algo semejante.

—No tengo por costumbre cuestionar las decisiones de mi madre pero creo que a estas alturas es evidente que no eres un esclavo hebreo si no sabrías de qué estoy hablando. Pero si ella te considera

la persona adecuada para velar por mí, de acuerdo, por el momento hagamos como que no se nada —dijo con una sonrisa que una vez más trajo a Liliath a mi mente—. El faraón ha planeado construir una nueva sala de columnas y una nueva avenida en el templo de Amón como agradecimiento al dios por su reinado aunque yo creo que el agradecimiento es más para los sacerdotes del dios. Una obra de esta envergadura implica mano de obra, esclavos y estos, tienen que vivir en algún sitio. En las afueras del templo Seti ha establecido un poblado de chabolas donde los esclavos que necesita para su proyecto malviven cada día. Y no es el único. Hay poblados como este repartidos por todo Egipto, allí donde Seti ha comenzado algún tipo de construcción hay un grupo de esclavos, en su mayoría hebreos, viendo pasar sus vidas en condiciones deplorables. Si hay un lugar en la tierra parecido al infierno, ahí es a dónde vamos.

La pasión con la que Ankh se refería al lugar al que nos dirigíamos me hizo comprender que aquello era muy importante para ella. Quería preguntarle por qué, por qué arriesgaba su existencia por los esclavos, qué podía darles ella que necesitase tanto riesgo pero su cara seria y profunda me hizo entender que nada de lo que dijese tendría ningún efecto y que las razones de todo aquello me serían mostradas en su momento.

El carro se detuvo de repente y el anciano que nos había recibido en la callejuela en Tebas abrió el toldo para que pudiésemos bajar. Ankh le dio las gracias una vez más y le prometió no entretenerse demasiado. El hombre sonrió y asintió sin pronunciar una palabra. Ante mi se mostró una imagen que nunca podría olvidar. Lo que Ankh había llamado poblado era una auténtica ciudad en sí misma. Cientos de casas de adobe se hacinaban unas sobre otras formando callejas oscuras donde el sol no entraba nunca. La pestilencia en aquel lugar era indescriptible. Un hedor ácido mezcla de excrementos, orín y muerte llenaba las calles. Nos adentramos en el poblado cubiertos con nuestros mantos sin que nadie nos prestase ninguna atención. Ni siquiera los soldados que nos encontramos patrullando las calles se paraban a mirarnos, seguramente confundiéndonos por dos esclavos más sin importancia. Seguimos andando por las calles estrechas y frías hasta que de repente Ankh se paró frente a una puerta de madera en una de las casas y llamó con suavidad. La puerta se abrió para mostrar a una mujer de mediana edad con la piel oscurecida y curtida por el sol y el pelo canoso y unos profundos ojos azules.

—Pasad —dijo mirando a la calle para comprobar que nadie nos había seguido.

Dentro nos esperaba mucha más gente. Alrededor de una mesa destartalada se encontraba sentados un hombre joven de unos treinta años y un chico de unos trece. Al fondo de la sala había dos viejos catres y en uno de ellos una mujer anciana respiraba con dificultad. Una muchacha cuidaba de ella retirando el sudor de su frente con un trapo húmedo. Al girarse para mojar el trapo en un pequeño cuenco de barro pude ver que se trataba de la muchacha que había visto en el palacio entrando en los aposentos de Ramsés la noche antes pero no dije nada.

—Iojebed, me alegro tanto de verte —dijo Ankh abrazando a la mujer.

—Y yo de que estéis aquí mi señora, no sabéis cuanto os lo agradezco —replicó la mujer con cariño.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Ankh mirando a la anciana.

—La fiebre ha remitido ligeramente pero aún le es muy difícil respirar.

Ankh se quitó el manto y se acercó hasta la mujer sentándose en el camastro a su lado.

—Mariam, soy yo, la pequeña Ankh. ¿Cómo te encuentras hoy? —dijo acariciándole el rostro con una ternura infinita.

La mujer intentó hablar e incorporarse pero el aire en sus pulmones era insuficiente para tanto esfuerzo.

—¡No, no, no hagas ninguna esfuerzo! Ahora debes descansar para poder mejorarte. Mi madre me ha dado esto, son hierbas para preparar una infusión que debe tomar cada noche. Ayudarán a que la fiebre remita del todo y los pulmones empiecen a limpiarse —dijo mientras le tendía un pequeño paquete de lino a la muchacha.

—Muchas gracias de nuevo, mi señora, no se cómo podemos pagaros todo lo que hacéis por nosotros.

—No tienes nada que agradecer y lo sabes, Iojebed, tanto mi madre como yo siempre estaremos a vuestro lado.

De repente Ankh cayó en la cuenta de que no le había explicado quién era yo y que el joven muchacho no dejaba de mirarme con desconfianza.

—¡Oh, perdonadme! Este es Helel, un hombre de confianza de mi madre que ahora está a mi servicio.

—¡Bienvenido Helel! Esta es tu casa como lo es de mi señora Ankhsemkepté. Estos son mis hijos, Aaron, Moises y Miriam —dijo la mujer con una sonrisa sincera. —Pero sentaros, os lo ruego, no tengo nada que poder ofreceros excepto la posibilidad de descansar de vuestro camino.

—No podemos quedarnos mucho, sólo quería asegurarme de que

la medicina llegaba a tiempo. ¿Ha venido alguno de los médicos del campamento a veros?

—No, respondió el muchacho joven, ni vendrán tampoco. Nosotros no les importamos nada, una mujer vieja que no puede hacer ningún trabajo no será atendida por ningún médico, sólo somos ganado para los señores de Egipto.

—¡Basta Moises! —dijo Iojebed—. Perdonad a mi muchacho, la rabia le puede y controla su lengua y su cerebro.

—¡No, no me callaré! Si padre estuviera vivo no estaría aquí callado, haría algo para cambiar todo esto.

—Pero padre no está aquí —respondió su hermano—, y en su ausencia yo soy la cabeza de esta casa así que callarás y respetarás a madre o te moleré a palos.

—¡Eso habrá que verlo! —respondió levantándose de golpe dispuesto a golpear a su hermano mayor.

Un instante después y sin que nadie supiéramos como había ocurrido Ankh estaba de pie con una mano en cada uno de los hermanos y su voz era un susurro.

—¡Ahora os calmareis, nada ha pasado aquí!

Los dos muchachos se sentaron inmediatamente y se quedaron en una especie de trance hipnótico donde sólo podían seguir sus órdenes. Acto seguido Ankh decidió que era mejor que nos marchásemos.

—Me temo que no podemos quedarnos más, Iojebed. Si nos retrasamos alguien saldrá en nuestra búsqueda.

—Lo comprendo señora, gracias una vez más por todo lo que siempre hacéis por nosotros. ¡Que Yavhe os bendiga! —dijo besando la frente de Ankh.

—Gracias, no es que me sobren las bendiciones sean del dios que sean —respondió Ankh mientras acariciaba su vientre.

Abandonamos la casa sin decir una palabra tal y como habíamos llegado, arropados en nuestros mantos hasta la salida del poblado donde el viejo del carro nos estaba esperando. Un momento después estábamos de nuevo en su interior protegidos por el toldo de camino a Tebas.

—¿No vas a preguntármelo? —dijo Ankh de repente mirándome fijamente.

—No se a qué se refiere mi señora —mentí.

—Los dos sabemos perfectamente que no entiendes por qué he venido hasta aquí hoy.

—No soy quién para cuestionar a mi señora —dije fingiendo una humildad que nunca he tenido.

Su respuesta fue la risa más deliciosa que he escuchado jamás e hizo que algo dentro de mi interior saltara por los aires.

—No se cómo ha llegado mi madre a conocerte pero ver los tremendos esfuerzos que tienes que hacer para obedecer sin rechistar es extremadamente divertido. Iojebed y su familia son viejos amigos de mi madre —prosiguió—. Hace unos diez años una epidemia de peste arrasó el poblado. Hombres, mujeres y niños morían por decenas cada día. Los médicos que el faraón tenia asignados al poblado se negaban a entrar por miedo a contraer la enfermedad que seguía arrasando el poblado sin piedad. Seti, por miedo a perder su mano de obra fundamental, obligó a que todos los curanderos y curanderas de las aldeas alrededor de Tebas fueran trasladados al poblado para cuidar de los enfermos, entre ellos, mi madre. Ahí fue donde conoció a Iojebed y a su esposo Amram. Amram había contraído la peste y se encontraba muy mal. Por su parte Iojebed estaba embarazada de su hija Miriam y apunto de dar a luz. Mi madre se alojó con ellos y les ayudó en todo lo que pudo, a ellos y a muchos otros. Por desgracia, no pudo hacer nada por Amram que falleció al poco tiempo pero cuando un parto extremadamente complicado amenazó con llevarse también a Iojebed y su hija, mi madre logró salvarlas a ambas. Desde entonces mi madre e Iojebed han sido amigas, mi madre nunca ha perdido el contacto ni el cariño por ella y su familia y siempre ha hecho todo lo que ha podido por ellos aún después de que nos mudásemos al palacio.

La explicación no me pilló por sorpresa. Sabía que por muchos años que hubiesen pasado, por muchas penas que hubiese sufrido, Sadith tenía un corazón inmenso y no era capaz de huir de la desgracia ajena. Algo que, sin duda, Ankh había heredado. Aquel pensamiento hizo que el rostro de la joven Miriam viniese a mi mente. Por un segundo dudé si debía decirle algo al respecto a Ankh pero pensé que, si su presencia en palacio constituía algún riesgo para ella o para Sadith, no podría perdonarme haber callado.

—Señora

—¿Sí?

—La muchacha llamada Miriam...

—Sí, ¿qué ocurre con ella?

—No sé si es de alguna relevancia o si será sólo un chisme de esclavo pero anoche vi como dos soldados la escoltaban hasta las habitaciones del príncipe Ramsés.

La cara de Ankh se volvió pálida de repente y su preocupación era obvia.

—¿Estás seguro que se trataba de ella?

—No tengo ninguna duda, pude ver su rostro claramente.

—Si es así, lo siento muchísimo por Miriam pero aún más lo siento por todos nosotros.

Al ver mi incomprensión reflejada en mi rostro Ankh continuó hablando.

—Miriam no tiene opción de rechazar una orden de Ramsés. Si sus soldados reciben la orden de buscar a las jóvenes más hermosas del poblado y llevarlas ante él Miriam debe obedecer si es elegida o de lo contrario toda su familia lo pagará. Pero esto no es nada nuevo en las vidas de los esclavos, Helel. Cómo bien has oído de la boca de Moisés, no son más que ganado para Egipto. Y no es la primera vez que Ramsés da rienda suelta a su lujuria entre las mujeres hebreas. Lo que me me preocupa es que la última vez que esto ocurrió, la sangre de los inocentes inundó las calles de Tebas. Una de la muchas mujeres a las que Ramsés obligó a satisfacer sus más bajos instintos concibió un hijo. El hijo de un príncipe de Egipto y una esclava, una aberración a los ojos de Seti. Si el niño hubiera nacido de una concubina o una dama de la corte habría sido criado como un noble, sin posibilidad de acceder al trono, pero sin poder desear nada en su vida que no estuviera a su alcance. Por desgracia, la sangre hebrea de aquel pequeño le condenaba a un único destino, la muerte. Seti ordenó a Ramsés que se librara de la madre y del pequeño y Ramsés estaba dispuesto a cumplir sus órdenes pero cuando sus soldados entraron en el poblado para apresarlos la familia de la mujer la había escondido y había dado el pequeño a otra de las familias para que lo cuidasen pensando que, no pudiendo identificarle, Ramsés debería desistir en su empeño. Pero Ramsés es un león hambriento que no respeta nada ni a nadie. En su rabia por haber sido engañado Ramsés logró convencer a su padre de que el riesgo de un esclavo hebreo con sangre real hacía peligrar su trono y consiguió que autorizara un acto del que Seti lleva años arrepintiéndose. Al amanecer, el ejercito de Seti entró en el poblado y mató a todos los niños varones menores de seis meses —La emoción se aferró a su garganta haciéndola parar por un momento—. La abominación cometida pronto llegó a los oídos de la ciudad pero los soldados de Ramsés se encargaron de silenciar a cualquiera que levantara su voz para recriminar aquel acto horrible. Una prueba más de el desamparo de los pobres. Llámame inocente, Helel, pero quiero pensar que si no puedo cambiar el mundo en el que e ha tocado vivir, al menos puedo ayudar a que no sea tan horrible.

Escuchando las palabras de Ankh y viendo su dolor sincero por lo ocurrido sólo puede pensar cuán equivocado estaba el día que creí que los humanos no habían aprendido nada en los mil años que había estado encerrado. Los humanos habían pasado esos mil años refinando su capacidad de odiar y su maldad, y se habían convertido en auténticos maestros.

13
Pérdida

Pasé las siguientes semanas convertido en la sombra de Ankh tal y como Sadith me había pedido y lejos de implicar ningún esfuerzo para mí, estar a su lado llenaba mis días de alegría. La acompañaba en sus excursiones al mercado, sus visitas a los templos y sus paseos por la ciudad. Cada hora que pasaba a su lado volaba y yo, que había sido uno de los señores de los cielos, me sentía extrañamente completo siendo simplemente su esclavo. No olvidé nunca nada de lo que había pasado, ninguna de las muchas cosas que había perdido, pero todas esas cosas a su lado pesaban menos, dolían menos.

Todo ese tiempo Sadith se mantuvo más o menos aparte de los dos, dejándome a mí la tarea de proteger a Ankh tal y como me había indicado. No me cabía ninguna duda de que su alejamiento era solo aparente y que sabía todo lo que hacíamos y lo que ocurría en nuestro día a día, pero no interfirió en ningún momento. Un par de veces escuché por el palacio que se encontraba de viaje, pero nunca pude confirmar si era verdad o si simplemente había estado encerrada en sus habitaciones y las lenguas cotillas de las esclavas habían hecho el resto, hasta que un día, Ptehsure me indicó que Sadith me esperaba en sus habitaciones. Cuando se abrieron las puertas de su cuarto me sorprendió la austeridad en la que vivía. Sí, las habitaciones eran grandes, tanto como las de Ankh pero la decoración era mínima y los muebles estaban concebidos para ser funcionales no para mostrar opulencia. Su cama, situada sobre una especie de pedestal bajo, era de madera simple, sin pinturas,

adornos o tallas. En el centro de la habitación, una gran mesa redonda de madera sin pulir era el único acompañamiento de un par de sillas como la que había visto tiempo atrás en su terraza. La mesa estaba llena de rollos de papiro, algunos desenrollados y otros protegidos en fundas de piel para evitar que perdiesen su color debido a la luz del sol y desde mi posición pude ver que había otros sobre la cama.

—Sería mejor que pases o alguien te confundirá con el marco de la puerta —dijo sonriendo.

Entré en la habitación y me acerque hasta ella. Su rostro mostraba un cansancio que no había visto antes en ella. Bajo sus ojos dos grandes marcas de color negruzco denotaban una clara falta de sueño y la forma en que sus pómulos se marcaban indicaba que no había estado dedicando mucho tiempo a comer últimamente.

—No tienes nada de qué preocuparte —dijo y supe que de nuevo leía mi mente—, es un mal hábito que tengo, la lectura puede conmigo y me absorbe hasta el punto de hacer que me olvide hasta de mí misma.

—¿Sabes que esta nueva costumbre de meterte en mi cabeza se está volviendo molesta?

Su risa resonó en la habitación llenando todo de alegría momentánea.

—Perdóname —dijo sonriendo aún—. Como tú has dicho se ha vuelto una costumbre y no tengo mucha gente con quien poder hacerlo sin que piensen que están locos o que soy una bruja.

—No sé qué grado de cordura tiene la gente con la que tratas pero la verdad es que me encajas bastante en la definición de bruja —respondí siguiendo con el tono de broma.

—Los piropos no funcionan conmigo, Helel —me espetó y los dos estallamos en carcajadas.

Aquel momento de distensión, de afabilidad era algo que los dos necesitábamos y sabía que a ambos nos había traído recuerdos de un tiempo cuando sus preocupaciones eran menores, cuando ella no era más que una niña y yo no era nadie. Pero el momento pasó rápidamente y Sadith volvió a ser la roca que yo había conocido.

—Entiendo que te has adaptado sin problemas a tu labor de velar por Ankh. Ella parece estar muy contenta contigo.

—No puedo agradecerte lo suficiente que me dejes estar a su lado. Cada momento que puedo cuidar de ella, protegerla, me acerca un poco más a los hijos que perdí y, en cierta forma, siento que me reconcilia con mi pasado.

Ella asintió con una leve sonrisa y se levantó de la silla en la que estaba sentada para acercarse a la mesa.

—Es de tu pasado precisamente de lo que deseaba hablarte. ¿Qué sabes de lo que te ocurrió, de la razón por la que estás entre los hombres? Y quiero la verdad, Helel —dijo de forma directa y sin dejar lugar a dudas de la seriedad de su petición.

Por un momento dudé si debía contarle la verdad o si era mejor mentir y sé que muy probablemente ella pudo ver mi duda en mi interior pero su rostro permaneció imperturbable. Pero las dudas que pude tener se disiparon con un solo pensamiento, familia. Yo que tanto había sufrido por la traición de los que consideraba mi familia tenía delante a una de las dos únicas personas vivas en todo el mundo que podía considerar parte de ella. Aquel pensamiento hizo que sintiera un calor reconfortante en mi interior y le conté aquello que sabía. Le hablé de mi caída, de lo que podía recordar, de lo que Abbadon me había contado y lo que Rafael me había escupido para herirme justo antes de matar a sus padres. Al hablar de Rafael noté como sus manos se crispaban ligeramente y lamenté traer a la luz nuevamente un recuerdo tan doloroso para ella, pero no tenía alternativa, si decidía abrir mi corazón a Sadith debía ser completamente.

—Como ves es más lo que desconozco que lo que sé. De hecho, si debo creer la poca información que tengo, la mayor parte de mi situación ha sido inesperada para muchos, algo que ni siquiera los arcángeles pudieron prever.

—Comprendo. De hecho, eso es justo lo que esperaba —contestó girándose para apoyar sus manos sobre la mesa dándome la espalda. Después de un breve silencio prosiguió—. Mil años dan para mucho, ¿sabes? Tú los has pasado encerrado en una prisión, yo los he pasado contando cada día, cada hora y teniendo que llenar todas esas horas, lo cuál, créeme, no es fácil. A otros les habría dado por llenar su vida de amantes, o embarcarse en la búsqueda de riqueza o poder. Mi único consuelo han sido los libros. Me enseñaron a leer en el templo en Accad, como a todas las sacerdotisas y desde entonces no he dejado de hacerlo. Mil años me han dado además para aprender muchas lenguas así que básicamente he acabado leyendo cualquier cosa que caía en mis manos. Sin embargo, durante todo este tiempo ha habido un tipo de lectura que me ha obsesionado especialmente y creo que entenderás por qué. Estos manuscritos—continuó— son un ejemplo de este tipo de lectura. Durante todo este tiempo he hecho todo lo posible por conseguir cualquier manuscrito que hablase de la inmortalidad, ya

fuese durante mis viajes y cambios de residencia o a través de buenos amigos. —Sus palabras resonaron levemente en el vacío de la habitación y su eco se redobló en mi pecho pero no dije una sola palabra. —¿Sorprendido? —preguntó mirándome fijamente—. Supongo que no. El día que me hice inmortal utilicé un poder que había aprendido en el templo como parte de mi formación con una sola premisa, no debía usarlo jamás. Mil años después entiendo el por qué —dijo con un pequeño suspiro—. Los humanos no estamos hechos para la inmortalidad, Helel. Somos seres temporales, todo en nosotros está preparado para ser temporal, nuestros cuerpos, nuestras mentes, nuestros corazones. Nadie nos ha enseñado a ser inmortales, nadie nos ha dicho nunca cuán dolorosa puede llegar a ser la eternidad. Y, sin embargo, aquí estoy. Eterna como las arenas del desierto.

—¿Lo lamentas?

—Lo lamentaré cada día de mi vida y cada día de mi vida volvería a hacerlo de nuevo por aquellos a los que quiero —dijo con una seriedad infinita—. ¿Crees que estoy loca?

—Creo que eres el humano más coherente que he conocido —respondí con sinceridad—. Y el más valiente.

Su risa volvió a llenar la habitación y ayudó a romper el frío que se había instalado en la sala en un momento.

—Gracias Helel, pero me temo que mi situación es más resultado de la desesperación que de la valentía.

—Las situaciones desesperadas suelen requerir mucho valor —respondí sonriendo.

—Sea como fuere, la verdad es que nadie puede explicar lo difícil que es vivir para siempre porque, como te digo, es algo que se supone que no debe ocurrir, así que me he pasado todo este tiempo buscando algo que me ayude a saber sobrellevar este estado. Y lo peor es que no me ha servido de nada y he acabado por comprender que, a estas alturas, probablemente yo soy la única que puede escribir algo sobre la inmortalidad. Sin embargo mi búsqueda me ha llevado a poder leer algunos textos muy antiguos. — Sus manos rebuscaron entre los rollos que tenía sobre la mesa. —Este en particular proviene de un pequeño templo en la ciudad de Babylonia y habla de algo que quizá te resulte familiar, las guerras entre los seres celestiales y los del inframundo.

Aquello no me pilló totalmente por sorpresa. Así como los ejércitos celestiales tenían absolutamente prohibido involucrar a los humanos en la guerra contra los demonios y cuando alguno se veía atrapado entre los dos bandos inmediatamente su mente era

borrada de todo recuerdo al respecto, sabía que los demonios no tenían esos escrúpulos y que ellos eran la vía por la que algunos humanos estaban al tanto de nuestro enfrentamiento. Que ese conocimiento hubiera sido puesto por escrito era algo mucho más sorprendente.

—Los humanos somos así Helel, si no escribimos las cosas las olvidamos —dijo leyendo nuevamente mi mente para mi malestar —. Estos otros dos rollos son una copia de un texto hebreo y uno Hitita. Ambos contienen la misma historia que el texto babilónico con pequeñas diferencias y los tres hablan de una figura que quizá a ti te diga algo, el testigo.

Inmediatamente recuerdos de aquella vida olvidada en la que yo era un general de los ejércitos del cielo vinieron a mi mente. El testigo. A decir de algunos la primera señal de que nuestro padre había perdido la fe en sus hijos angélicos. Las guerras celestiales habían durado eones y ya nadie recordaba cómo habían empezado. Había quien decía que los demonios habían sido parte de la creación de Dios, pero habían rechazado cumplir las leyes de mi padre; otros que los demonios eran ángeles que decidieron revelarse contra su creador pero la verdad no la conocía nadie, y a nadie le interesaba. Poco a poco la crueldad y la dureza de los ejércitos celestiales a la hora de suprimir las fuerzas del inframundo creció de forma desmesurada y acabó por involucrar a los humanos cuando se consideraba necesario con la correspondiente pérdida de vidas. Pero ningún ángel prestó atención a lo que estaba ocurriendo, los humanos no eran más que peones sin valor. Mi padre montó en cólera, no sólo porque algunos de sus hijos se considerasen superiores al resto de su creación sino por el daño causado a sus predilectos. Pero extrañamente, mi padre no decidió parar las guerras o castigar a aquellos que habían infringido su norma, sino que tomó una decisión que, para algunos de nosotros, fue aún más difícil de comprender. A fin de que nadie pudiese infringir sus leyes nuevamente mi padre creó al testigo. Una criatura, eterna como el tiempo, dotada con el don de la visión de dios, la capacidad de ver todo lo que ocurría en todo lugar en todo momento y con una única función, escribirlo todo y no involucrarse jamás. La utilidad que mi padre pretendía dar a aquellos escritos es algo que nunca sabremos, pero el mero hecho de crear a un ser que sería capaz de ver todo lo que aconteciera en el cielo, el infierno o la tierra hizo que muchos de mis hermanos se sintieran como ovejas que necesitaban de un perro para guardarlas. El dolor fue aún mayor cuando la criatura escogida para encarnar al testigo fue un

humano. A ojos de mis hermanos el perro resultó ser una hormiga y el orgullo herido barrió las huestes celestiales. A fin de salvaguardar su identidad y, de eso estaba seguro, su integridad también, el paradero del testigo era totalmente desconocido y así había sido durante tanto tiempo que muchos de mis hermanos se planteaban si no era más que un mito alimentado por nuestro padre como si de niños traviesos se tratase para hacernos volver a su redil.

De repente recordé que Sadith podía leer mis pensamientos y, viendo su forma de mirarme, comprendí que ella había visto todo lo que pasaba por mi cabeza.

—No tienes nada de que preocuparte —dijo—, en realidad no me has dejado ver nada que de una forma u otra no esté en estos escritos.

—Sadith, ¿vas a explicarme de una buena vez por qué me comentas todo esto? ¿A dónde quieres llegar?

—¿Te has planteado en todo este tiempo que vas a hacer con tu vida? Con tu eternidad quiero decir —dijo sin esperar respuesta—. Desde el día en que me convertí en inmortal yo he tenido una razón para continuar este camino porque mi eternidad es algo que yo elegí pero tú...tu no tuviste la posibilidad de elegir, simplemente esta es tu naturaleza. Me cuesta creer que nadie sea capaz de levantarse cada mañana sabiendo que siempre habrá un mañana sin tener una meta, un objetivo, un deseo. ¿Cuál es tu deseo, Helel, tu verdadero y más profundo anhelo?

Aquellas palabras funcionaron como un encantamiento que se hundió hasta lo más profundo de mi ser explorando una oscuridad que yo mismo había decidido ignorar. Quise responderle que mi única meta era poder cuidar de mi familia como no lo había hecho en su momento, que sólo quería pasar el resto de mis días al lado de Ankh y de sus hijos y de los hijos de sus hijos. Quise gritarle que todo lo que mi corazón deseaba era poder compensar por el daño que había causado. Pero no fueron aquellas las palabras que salieron de mi boca.

—Mi deseo más profundo es volver al reino de mi padre para arrasarlo con fuego e ira y arrancar la cabeza de las serpientes que me pusieron es este lugar. Mi deseo más profundo es recuperar todo lo que me ha sido arrebatado y volver a tomar mi lugar como señor celestial. Mi único deseo es encontrar a Liliath y arrancar su corazón con mis propias manos para que pueda sentir la centésima parte del dolor que ella me ha causado. Mi único deseo es llevar mi venganza a todos aquellos que se han atrevido a levantar su mano contra mí y bañarme en su sangre mientras mis pies aplastan sus

cráneos.

El silencio se apoderó de la sala y Sadith se quedó mirándome fijamente con sus ojos azules y supe que estaba mirando mucho más allá de mí en aquella oscuridad en la que yo no me atrevía a mirar. Pero su mirada también me dijo que no me juzgaba en absoluto, que no había desprecio o decepción por mis palabras porque ella también guardaba en su interior sus propios deseos de venganza. Por más que nuestras naturalezas eran diferentes, la eternidad nos había hecho similares, si no en todo, al menos en una parte, el deseo de retribución.

—Para alcanzar todo eso que deseas necesitarás librarte de tu naturaleza humana para abrazar tu verdadero ser.

—¿Crees que no lo sé? Quienquiera que arrancase de mi ser la luz que mi padre me dio al crearme me condenó a mucho más que una existencia en un cuerpo humano, me privó de lo único que me podría permitir volver a entrar en el reino de mi padre.

—Esa luz es lo que nosotros llamamos alma, ¿verdad?

—Así es. Algo a lo que los humanos dais relativa poca importancia pero que es una parte misma de mi padre colocada en cada uno de vosotros y con un poder mucho mayor de lo que creéis.

—Pero tú no sabes quién te arrebató la tuya ni por qué. Aunque quizá hay alguien que sí lo sepa —respondió dejando la pregunta en el aire. En ese momento entendí a dónde quería llegar.

—El testigo...

—Exacto. Si alguien sabe quién y cómo logró arrebatarte eso que tú llamas tu luz es aquel que está condenado a verlo todo por siempre.

—Entonces estoy acabado, Sadith, dado que nadie sabe dónde se encuentra, suponiendo que siga vivo o que alguna vez haya existido.

—Sí y no —dijo girándose para coger otro de los rollos que estaba sobre la mesa—. Esta es la versión hebrea de la historia del testigo y, a diferencia de las otras que he podido leer, es rica en detalles. Cuenta como un hombre llamado Enoch fue visitado por el ángel Raziel que le comunicó que había sido elegido para desempeñar la labor de dios. Raziel le confirió a este hombre la inmortalidad junto con el poder de ver todo aquello que ocurría en los reinos de dios. Enoch aceptó humildemente la tarea y se despidió de su familia para siempre pero antes de marchar confesó a sus hijos a donde se dirigía para que, si algún día le necesitaban, supieran encontrarle. Este conocimiento se conservaría en la familia pasándolo de padres a hijos hasta el fin de los tiempos y nunca

debía ser compartido con nadie ajeno a la descendencia directa de Enoch.

—Suponiendo que todo eso sea verdad y no otra leyenda más de las que los humanos soléis crear cuando algo os resulta místico o incomprensible, no me ayuda para nada. Encontrar a un descendiente de ese tal Enoch puede llevarme fácilmente otros mil años y posiblemente al final lo único que descubra es que no tiene idea de quién es ese Enoch.

—Puede ser pero creo que dado que es el único camino que tienes por delante, es mejor que intentemos recorrerlo —dijo dejando el rollo de nuevo en la mesa—. Tengo que ausentarme un par de semanas de la corte. Debo ir a la ciudad de Avaris en el norte. Necesito entender un poco más sobre el origen de la familia de Seti y su relación con el tal Seth si queremos averiguar cuál es su relación con la muñeca y Narmesh. Además, en Avaris vive un viejo amigo que quizá pueda tener algo más de información sobre los hijos de Enoch.

—¿Por qué haces todo esto, Sadith? ¿Por qué deseas ayudarme?

Sus ojos me miraron una vez más fijamente, pero esta vez no era nada más que Sadith sin barreras ni muros, simplemente aquella niña que un día había conocido.

—Porque una eternidad teniendo que enterrar a aquellos que amas con todo tu corazón es una condena que no deseo para nadie.

Los días siguientes no pude dejar de pensar en todo lo que Sadith me había dicho. Por primera vez en mil años tenía ante mí una posibilidad real de volver a ser quien era aunque esta posibilidad fuese muy pequeña. Me desesperaba no poder hacer nada al respecto, no saber si sus pesquisas sobre de los hijos de Enoch estaban teniendo éxito o no, pero los días al lado de Ankh una vez más suavizaban esa angustia como un bálsamo. Su embarazo estaba cada vez más avanzado y su cansancio también así que el ritmo de actividades tuvo que reducirse y empezó a pasar más y más tiempo en los jardines de palacio simplemente sentada, conversando con Ptehsure o con las otras damas del palacio que acudían a verla regularmente. Era evidente que no disfrutaba aquellos momentos de chisme y banalidad, pero como buena dama de la corte los soportaba a fin de mantener las apariencias y, sin duda, para no crearse enemigos innecesarios. Su vida no fue la única que entró en un estado de parada forzosa. Egipto entró en la estación de Akhet, la estación en la que las aguas del Nilo ascendían

inundando sus riberas. Sadith me había explicado que esta estación era imprescindible para que en los meses siguientes los agricultores pudieran plantar los cultivos que mantendrían la mayor parte de la riqueza de Egipto, pero implicaba que el trabajo en los campos dejaba de existir hasta la retirada de las aguas. Sin embargo, los impuestos no paraban por la falta de labor y muchos de los agricultores se veían obligados a acudir a la ciudad durante los meses de Akhet en busca de un trabajo que les permitiera afrontar sus obligaciones para con el estado. Si eran afortunados, un trabajo mal pagado en la ciudad hasta que llegase la estación de la siembra les ayudaría a sobrevivir. Si no lo eran, sólo les quedaría la opción de ofrecerse a ese mismo gobierno como trabajadores forzosos en las obras de construcción de templos, carreteras y demás infraestructuras. En esos días el calor se volvió absolutamente insoportable y, según Ptehsure, excesivo para lo habitual en esa época del año. Los mosquitos se convirtieron en una auténtica plaga así que Ankh empezó a pasar más tiempo en sus habitaciones. Una tarde que Ankh se encontraba en sus aposentos escuchando a dos de los músicos de la corte que tocaban para ella Ptehsure llegó corriendo y le dijo algo al oído. Inmediatamente Ankh despachó a los músicos y me pidió que me acercara hasta ella.

—Necesito que vayas a un lugar —dijo muy seria—. Ahmet se encuentra en la puerta Oeste. Deseo que vayas con él y que te asegures de que las personas que están con él llegan sanas y salvas a casa del vendedor de pájaros, ¿recuerdas dónde es? —Asentí sin dudar pero sin comprender qué era lo que ocurría. —Él sabrá qué hacer cuando te vea llegar.

Se quitó uno de los anillos que llevaba en la mano derecha y me lo entregó. Era un pequeño anillo de oro que tenía el rostro de Hathor grabado y que yo le había visto muchas veces.

—Este anillo servirá para que sepa que no intentas engañarle. Ptehsure te acompañará hasta la puerta y le dirá a los soldados que has sido encargado por mí para llevar el anillo al orfebre para que lo haga más grande. Nadie sospechará que en mi estado mis manos se hayan hinchado y el anillo necesite agrandarse —dijo sonriendo —. Sé que no entiendes nada pero lo comprenderás cuando llegues a casa de Ahmet. Debes esperar hasta el anochecer para salir hacia la casa del vendedor de pájaros, ¿entiendes? Iría yo misma, pero en mi estado sólo lo complicaría todo.

—No te preocupes, mi señora, haré como dices —respondí.

—Sé que lo harás —dijo sonriendo nuevamente—. Es imprescindible que vuelvas antes de la media noche o nuestra

coartada no será creíble. Si los soldados te parasen diles que la reparación llevó largo tiempo. Y Helel...—dijo mirándome con dulzura—, ¡ten mucho cuidado!

Salí hacia la puerta Oeste con Ptehsure que, como Ankh le había dicho, explicó a los soldados el por qué de mi partida. Ahmet me estaba esperando al final de la calle y sin decirme una sola palabra me indicó con las manos que le siguiese. Aquel gesto confirmó algo que yo sospechaba desde el día que le conocí, no podía hablar. Le seguí callejeando por las calles de Tebas hasta que llegó un momento en que estuve completamente perdido. De repente, al doblar una esquina me encontré en el mismo patio trasero donde nos había recogido a Ankh y a mí en la ocasión en que fuimos al campamento de los esclavos. Allí, me hizo entrar por una pequeña puerta que se encontraba a ras de suelo y que era sin duda un acceso a algún tipo de bodega. Mis ojos tardaron en acostumbrarse a la falta de luz pero mi nariz notó enseguida dos olores, uno la humedad propia de cualquier sala ubicada bajo el suelo, el segundo el olor acre del sudor humano. Cuando por fin pude enfocar me encontré con rostros conocidos, los de Iojebed y sus tres hijos.

—Helel, gracias a Yavhé..., ¿ha venido la dama Ankh contigo? —preguntó la mujer sin perder tiempo en saludos.

— No —dije titubeando—. No puede desplazarse por su avanzado estado pero me ha enviado a mí. ¿Qué ha ocurrido y cómo habéis salido del campamento?

—Ramsés ha arrasado el campamento con su ejército —me espetó con rabia Moisés.

—Ha sido una auténtica masacre, había cuerpos y sangre por todas partes, intentamos revelarnos, pero... — continuó Aaron.

—Un momento —le interrumpí—, ¿cómo que han arrasado el campamento? ¿Por qué razón? No entiendo...

—Discúlpanos Helel, estamos demasiado asustados para ser coherentes —dijo Iojebed—, déjame que te cuente todo.

Iojebed me explicó que la noche anterior una gran algarabía les había despertado a todos. Cuando salieron a la calle se encontraron a gente gritando y corriendo en todas direcciones. Al parecer los soldados de Ramsés habían entrado en el poblado al caer la noche y recorrían casa por casa llevándose con ellos a todos los hombres y mujeres de edad avanzada. Si alguna de las familias intentaba oponerse no dudaban en hacer uso de las espadas y lanzas. En apenas un momento el campamento entero era un mar de lágrimas y sangre. Nadie sabía por que se llevaban a los ancianos, los soldados no explicaban nada sólo estaban allí para cumplir sus

órdenes y estas eran claras, llevarse a los mayores matando a quien se interpusiese. Iojebed y su familia trataron de ocultar a Mariam pero viendo que su familia estaba en peligro la mujer salió corriendo y se entregó voluntariamente a los soldados que la subieron a un carro con otros hombres y mujeres y se la llevaron de allí.

—Traté de correr tras el carro para salvar a mi abuela pero uno de los malditos soldados me golpeó con su lanza y caí al suelo —dijo Moisés con rabia mostrándome el golpe en su rostro—. Cuando me levanté me encontré con que a mi lado estaba ese maldito de Ramsés en su carro. Sus soldados paraban a todos los que encontraban y a todos le hacían la misma pregunta—. Moisés paró y miró a su madre que asintió dando el visto bueno a que continuase. —Quería saber dónde vivía la familia de Amram hijo de Levi, mi padre.

—Los vecinos mintieron diciendo que no conocían a nadie con ese nombre para protegernos pero Ramsés siguió preguntando uno por uno. Si alguien se oponía en alguna manera sus soldados acababan con él. Uno de nuestros vecinos nos ocultó en su casa hasta que se hubieron marchado y envió un mensaje a Ahmet pidiéndole que nos sacara del campamento tan pronto como fuera posible porque no estamos seguros allí. No sabemos lo que quiere Ramsés de nosotros, pero no podemos confiar en que sea nada bueno. Tenemos miedo, Helel, y no sabíamos a quién recurrir —dijo echándose a llorar en los brazos de Miriam.

—Tranquilízate. La señora Ankh me ha enviado para llevaros a un lugar seguro pero debemos esperar a que haya caído la noche.

Esperamos un par de horas hasta que la oscuridad fue suficiente para garantizar nuestra seguridad. Ahmet nos dio unos mantos de tela oscura que ayudaban a que pasáramos lo más desapercibidos posibles. En aquellas condiciones nos echamos a las calles y Ahmet nos guió por callejuelas poco transitadas hasta la zona del mercado donde el vendedor de pájaros vivía. Cuando llegamos hasta su casa llamé a la puerta de la forma más discreta posible. Una mujer gorda con los pechos al descubierto abrió la puerta.

—¿Quién diablos es a estas horas? —dijo de malas maneras— ¿Qué es lo que queréis?

—Me envía la señora Ankh —dije apenas susurrando.

—Por mí como si te envía la mismísima reina —respondió ella a gritos—, estas no son horas...

—¡Cállate mujer! —dijo el vendedor apareciendo tras ella y apartándola de un empujón—. Pasad, por favor.

Uno a uno la familia de Iojebed entró en la casa seguido de Ahmet pero las voces de la mujer habían atraído una atención no deseada. Dos soldados que sin duda iban de retorno a la guarnición después de su turno de guardia en alguna de las puertas de la ciudad se acercaron rápidamente gritando.

—¡Alto! ¿Qué es lo que ocurre ahí?

—Rápido, entrad y cerrad la puerta, no os preocupéis por mí —dije al vendedor que siguió mis instrucciones al instante.

Para entonces los soldados habían llegado hasta donde me encontraba y con actitud amenazadora me flanquearon.

—Tú, esclavo, ¿qué haces aquí a estas horas?

—Nada, sólo he venido a pagar una deuda pendiente de mi señora —mentí.

—Ah, ¿si?. Y, ¿por qué no me creo nada de lo que dices? Estas no son horas para pagar deudas. No sé qué te traes entre manos pero vas a venir a la guarnición con nosotros y te sacaremos la verdad a golpes.

Lo que ocurrió a continuación fue tan rápido que apenas yo mismo me di cuenta de cómo pasó. Mi cuerpo se balanceó ligeramente hacia atrás mientras mis manos se posaban en el pecho de los dos soldados. Antes de que les diera tiempo a reaccionar sus cuerpos empezaron combustionar desde el interior sin darles posibilidad alguna de gritar convirtiéndose en cenizas en un abrir y cerrar de ojos. El olor a carne quemada lleno mis pulmones y una parte de mi sintió un escalofrío de placer, la sensación de poder que recorrió mi cuerpo fue semejante a un orgasmo y cerré mis ojos para disfrutar completamente. El viento barrió las cenizas y la única prueba de lo que había ocurrido fueron las dos marcas negras quedaron en el suelo donde antes habían estado los dos soldados. Miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie más había visto lo ocurrido y cuando me convencí de que así era llamé de nuevo a la puerta del vendedor de pájaros que me apremió a entrar en la casa.

—¿Qué ha ocurrido ahí fuera? Hemos oído gritos —preguntó ansioso.

—Nada de qué preocuparse, un par de soldados querían saber qué hacía por aquí a esta horas pero he logrado convencerles de que me había enviado mi señora a pagar una deuda. ¿Estáis todos bien? —pregunté a Iojebed y su familia.

—Sí, sólo un poco asustados pero supongo que es normal dada la situación. No estamos acostumbrados a escondernos —respondió Aaron.

—Me temo que deberéis esconderos un tiempo más. Por vuestra seguridad. —Me giré para hablar con el vendedor. —Mi señora Ankh me dijo que tú sabrías que hacer.

— Sí, no te preocupes. Aquí estarán a salvo hasta que podamos sacarles de la ciudad. No son el primer grupo de esclavos al que tu señora y yo ayudamos.

—Y por un precio muy barato, la verdad, considerando que arriesgamos nuestro propio pellejo —soltó la mujer de los pechos al aire—, quizá deberías decírselo a tu señora.

—¡Cállate mujer o te devolveré a la taberna donde te encontré hace diez años!¡Bendito día, Hathor me ampare! —dijo el hombre claramente frustrado—. No hagas caso de mi mujer, tiene la boca tan grande como las tetas y ya ves que eso es decir mucho. Es mucho lo que le debo a la señora Ankh y a su madre, si hablamos de pagos yo soy el deudor, no ellas.

Las palabras del hombre me hicieron ver que la red que Sadith y Ankh habían tejido en torno a ellas era mucho más densa de lo que yo podría imaginar. ¿Cuántas personas formaban parte de ella? Y, ¿por qué todos parecían sentir devoción absoluta por las dos mujeres? Estaba claro que era mucho lo que se me escapaba y me propuse descubrirlo tan pronto como me fuera posible.

—Tengo que marcharme, si no vuelvo antes de la media noche pondré a mi señora en problemas. ¿Estáis seguros de que estaréis bien? —pregunté a Iojebed.

—Sí, ve en paz Helel y dile a mi señora que nunca podré olvidar lo que hace por nosotros.

—Así lo haré —respondí con una leve sonrisa tratando de reconfortar a aquella mujer por la que sentía la mayor simpatía posible. Creo que de alguna forma en Iojebed me veía reflejado a mí mismo, alguien que había perdido todo excepto una cosa, su familia, la única razón por la que seguir luchando.

—Dile a mi señora que le haré saber cuando la situación sea lo suficientemente tranquila para el siguiente movimiento, ella entenderá —me instruyó el comerciante.

Asentí sin cuestionar nada más y salí de la casa de vuelta al palacio. El frío de la noche hizo que un escalofrío recorriera mi colum,na pero me arropé en mi manto y emprendí el camino de vuelta. Por un momento pensé en transportarme al palacio y ahorrarme el paseo, pero descarté la idea por el riesgo de que alguien en el palacio me viera aparecer de repente y porque sabía que era necesario que los guardias de la puerta me vieran volver. Si les extrañó mi retorno a una hora tan tardía ninguno de ellos dijo

absolutamente nada en cuanto vieron el anillo de Ankh. Recorrí los pasillos solitarios del palacio hasta mis aposentos pero cuando estaba apunto de llegar noté que algo no estaba bien. Un ruido de voces provenía del pasillo donde se encontraban las habitaciones de Ankh. Al girar la última esquina me encontré con Sarureptah y dos hombres mayores que reconocí inmediatamente como médicos de la corte. A su lado, dos soldados armados hasta los dientes impedían el acceso a las habitaciones de Ankh. Sin decir una palabra agaché mi cabeza y me di la vuelta. Sabía que no me permitirían el acceso a las habitaciones, pero era evidente que algo ocurría. De repente, un grito enorme llegó hasta mis oídos proveniente del interior de la sala y reconocí la voz al instante, era Ankh. Sin pensarlo dos veces me transporté a mi cubículo sin que ni Sarureptah ni sus soldados pudieran verme y arrojando mi manto al suelo entré inmediatamente en la habitación. La imagen que me encontré era terrible. Ankh se encontraba tumbada en su cama, claramente en medio del parto, y Ptehsure estaba a su lado sujetando su mano. La cama estaba completamente llena de sangre y el olor llenaba la habitación. Corrí hacia la cama mientras Ankh se contorsionaba por el dolor a la para que emitía un terrible grito.

—¿Qué ha pasado? Pensé que no le tocaba dar a luz todavía.

—No le toca, falta un mes para que el niño deba nacer —respondió Ptehsure mirándome con un miedo evidente reflejado en su rostro.

— Pero, ¿qué han dicho los médicos, por qué no hacen nada?

— No lo sé —respondió con un temblor en su voz— Lleva horas en este estado pero sólo hablan con mi señor Sarureptah, ni siquiera entran aquí a verla. Helel, tengo mucho miedo, ha perdido mucha sangre y el dolor se le hace insoportable pero el niño no viene. No sé cuánto más podrá aguantar así.

Cómo si la hubiese escuchado Ankh se contrajo de nuevo con una oleada de dolor que hizo que su espalda se curvase en una posición imposible. Me coloqué sobre ella y agarré su rostro entre mis manos sin saber qué más poder hacer.

—Escúchame —le susurré—. No puedes rendirte ahora, debes luchar por ti y por este pequeño, debes intentar empujar, Ankh, te lo ruego, ¿me escuchas?

—Du...duele mucho, Helel. No puedo más —respondió apenas con un hilo de voz.

—Lo sé, pero debes hacerlo, ¿me escuchas?, ¿Ankh? ¿Ankh? —grité pero aunque me miraba las fuerzas para responderme habían abandonado su cuerpo y era evidente que la estaba perdiendo.

De repente, un gran golpe sonó a nuestra espalda, las puertas de la habitación se abrieron de par en par y Sadith entró en la sala como una exhalación. Su rostro mostraba una seriedad absoluta cuando se acercó hasta la cama.

—¿Cuándo ha empezado? —preguntó.

—Un poco después del mediodía. De repente empezó a sangrar y empezaron los dolores pero no ha dilatado nada en absoluto. —respondió Ptehsure.

La cara de Sadith se endureció aun más. Se acercó hasta el rostro de Ankh que ya no era capaz de hablar y abrió sus ojos. Posó sus mano sobre el pecho de la joven y cerró los suyos susurrando unas palabras que no supe entender. Acto seguido abrió su boca y olió su aliento.

— Sadith, ¿qué ocurre?

—¿Qué ha comido? —preguntó.

— Nada —respondió la muchacha—, sólo ha bebido un poco de vino aguado que trajo una de las esclavas.

—¿Qué vino? —apremió Sadith a la muchacha—. ¿Está aún aquí?

—Sí, en aquella jarra sobre la mesa —dijo la esclava indicando una mesa al fondo de la sala.

Sadith se acercó hasta la jarra y probó un sorbo del contenido, inmediatamente lo escupió y la jarra explotó en mil pedazos. Volvió junto a la cama y se acercó a Ankh para susurrarle de nuevo.

—Mi pequeña, sé que puedes oírme aunque no puedas responderme. Escúchame bien, te han envenenado. El vino que tomaste estaba mezclado con esencia de loto negro para provocar el parto, pero al mismo tiempo el loto negro hace que tu cuerpo no pueda contraerse y dilatarse como necesita para ayudar al pequeño a salir. Voy a tener que ayudaros a los dos, pero no temas, no sentirás dolor alguno. Voy a llevarte a un lugar tranquilo y hermoso por un momento, ¿de acuerdo? Será un lugar cálido y lleno de las flores que tanto te gustan. Quiero que disfrutes de ese lugar y te prometo que, cuando regreses, todo habrá pasado. ¿Me oyes? No tienes nada de que preocuparte, yo estoy a tu lado. No pienso perder a otra hija en un parto.

Los ojos de Ankh no se abrieron y, sin embargo, su mano se cerró ligeramente sobre la de Sadith confirmando que había oido todo lo que le había dicho y que ponía su destino en sus manos. Sadith no perdió un momento y sin girarse siquiera levantó su mano y las puertas de la habitación se cerraron nuevamente. Ahora ya nadie podría entrar sin su permiso. Aquella mujer se irguió y dejó

caer su manto de viaje al suelo. De repente, ya no era Sadith sino algo más. Mi cuerpo empezó a vibrar en cuanto empezó el cántico. Colocando sus manos por encima del cuerpo de Ankh las palabras que salían de su boca fueron aumentando de intensidad y la vibración que las acompañaba aumentó igualmente. De repente me fijé en su rostro y dos grandes lagunas negras ocupaban el espacio que antes llenaban sus dos ojos azules. Aquella ya no era Sadith, aquella mujer estaba canalizando un poder superior, un poder que nadie sabía si venía de la luz o la oscuridad, un poder desconocido para todos excepto para los dioses. De repente, el cuerpo de Ankh se elevó ligeramente sobre la cama y una luz azul la rodeó por completo. Su rostro permanecía tranquilo, en paz, el de Sadith todo lo contrario, tenso como la cuerda de un arco. Ptehsure asustada se alejó de la cama para colocarse detrás de una de las columnas de la habitación, acurrucada y sollozando. Lo que ocurrió a continuación habría asustado al más valiente de los hombres. El vientre de Ankh se abrió como cercenado por un cuchillo y la sangre empezó a derramarse de su cuerpo como en una cascada sobre la cama. El canto de Sadith se hizo aun más intenso mientras del vientre de Ankh se elevaba una criatura cubierta en sangre.

—Coge al bebé, corta el cordón — me gritó el ser que yo conocía como Sadith.

Sin pensarlo mi cuerpo reaccionó y agarré a la criatura. Una niña. A pesar de la sangre que la cubría era evidente que algo no estaba bien, el color de su piel tenía un tono azul violáceo y sus pulmones no se movían ansiosos por acaparar el aire del nuevo mundo que les rodeaba.

—El cordón, Helel —gritó Sadith de nuevo.

Una vez más mi cuerpo reaccionó sin pensar. No tenía ningún cuchillo ni daga a mano así que mis dientes rompieron el cordón que aún unía aquella criatura a su madre. El sabor metálico de la sangre, lejos de repugnarme, me provocó un escalofrío de algo parecido al placer. Abracé a la pequeña entre mis brazos esperando que el calor de mi cuerpo le ayudase a respirar y mi boca susurró una sola palabra.

—¡Vive!

Como si me hubiera podido escuchar la pequeña empezó a mover su pecho arriba y abajo, sus pulmones buscando vida. La apreté aún más contra mi.

Mientras tanto Sadith había continuado su cántico peor esta vez susurrado, como si de una nana se tratase. Vi como el cuerpo de Ankh se retraía y volvía a cerrarse como si nada hubiese ocurrido y

la luz azul se concentraba sobre su vientre donde antes se había producido el desgarro. Lentamente su cuerpo descendió de nuevo sobre la cama, su rostro aun calmado y sereno como si estuviera en el mejor de los sueños.

Sadith volvió a ser ella misma con una rápida convulsión y sus pulmones inspiraron el aire a su alrededor con avidez. Sus rodillas fallaron a la hora de sujetar su cuerpo y calló sobre la cama junto a Ankh. Quise acercarme a ella para ayudarla, pero el bulto que tenía en mis brazos me lo impedía.

—¡Sadith! —grité.

Inmediatamente Sadith levantó su cabeza y me miró, su rostro no había perdido ni un ápice de dureza.

—Estoy bien, no te preocupes, pero debemos darnos prisa —respondió.

Sin decir una palabra más se levantó a duras penas y poniendo sus manos al frente habló alto y claro.

—¡Levántate oh guardián y atiende mi mandato. Guarda esta sala y a su moradora como se guardan las puertas del infierno. Que ira, sangre y muerte sean tus armas, mis deseos tu voluntad, mis enemigos tu alimento!

En un momento una vibración llenó la sala y pude ver como una gran criatura de color grisáceo, a medio camino entre un gran perro, un león y algo más que no sabría describir se materializó por unos segundos ante nosotros para desaparecer inmediatamente como si se disolviese en el aire.

—¡Rápido, dame a la niña! —me dijo. Mis manos dudaron por un segundo en entregar mi valiosa carga y ella lo notó—. La niña está muy débil Helel, aún no está fuera de peligro, es necesario que me la llevé. Conozco un ama de cría que quizá pueda ayudarla a sobrevivir. Es su única opción, Helel. Ankh no puede alimentarla.

Sus ojos me miraban con una preocupación sincera y mis manos reaccionaron a aquella mirada entregándole a la pequeña.

—No te muevas de su lado, Helel, bajo ningún concepto. Quien ha intentado matarla hoy volverá a intentarlo sin duda.

Tendió su mano hacia el lugar donde se encontraba Ptehsure que miraba acurrucada desde su escondite con el miedo reflejado en su rostro y temblando. Cerró su puño y el cuerpo de la muchacha calló al suelo tan largo era.

—¿Qué has hecho? —pregunté temiendo lo peor.

—No temas. Sólo está dormida. Cuando despierte no recordará nada excepto que ha sido un parto complicado. Debo marcharme. Recuerda. No te separes de ella hasta que yo vuelva y no dejes

entrar a nadie en la habitación. Si alguien intenta hacerle algún daño el guardián que he convocado hará que sea lo último que haga.

Y sin decir una palabra más, salió de la sala con la niña en brazos y yo me quedé junto a Ankh velando su sueño.

Pasaron dos días antes de que Sadith regresase. Para entonces Ankh había despertado, aunque su estado era de debilidad extrema y apenas podía hablar. Sin embargo, pronto fue evidente que no podía recordar nada de lo ocurrido. Cuando Sadith entró en la habitación un vistazo a su rostro me bastó para entender que algo no estaba bien. Su cara estaba demacrada, agotada y tenía un color pálido que le daba un aire enfermo.

—¡Helel, déjanos! —dijo con una seriedad absoluta. Una parte de mí quiso negarse cansado de recibir órdenes de todo el mundo a mi alrededor pero sabía que si lo hacía sólo conseguiría empeorar las cosas así que obedecí y me retiré a mi cubículo.

Me senté en mi catre sin darme cuenta de que estaba conteniendo la respiración como si mi cuerpo hubiese anticipado lo que iba a ocurrir hasta que el sonido de la voz de Ankh llegó hasta mi en la forma del grito más desgarrador jamás emitido seguido de un evidente intento de consuelo por parte de Sadith y Ptehsure. Mi mente cayó en el vacío y no recuerdo cuanto tiempo estuve en aquel estado, pero cuando por fin pude volver a ser consciente de lo que ocurría a mi alrededor Sadith estaba de pie frente a mí.

—No sabía que estos cubículos eran tan pequeños —dijo mirando a su alrededor—. Siento que tengas que vivir así.

—No te preocupes por mí, yo no soy quien importa ahora mismo —. Temí formular la pregunta cuya respuesta ya conocía pero finalmente mis labios obedecieron. —¿La niña?

—Ha muerto —respondió sin que una sola expresión de dolor o incluso de empatía se mostrara en su rostro. Su frialdad era algo que me enervaba. ¿Acaso aquella mujer no tenía corazón? ¿Cómo era posible que aquella persona que tanto había sacrificado por mi familia fuera al mismo tiempo tan fría como las noches del desierto? ¿Qué le había ocurrido a la niña afectuosa y tierna que yo había conocido? Sin quererlo la respuesta resonó como un grito en mi cabeza. Lo que le había ocurrido era yo.

—Un momento —dijo levantando su mano y cerrando los ojos. —Ya está —continuó exhalando todo el aire de sus pulmones y su rostro se relajó mostrando la verdadera dimensión de su agotamiento. Dos grandes bolsas negras surgieron bajo sus ojos y los huesos de sus pómulos se marcaron aun más. Lentamente se

sentó en el catre junto a mí, mis manos apenas pudieron sujetarla para evitar que se derrumbara con todo su peso sobre la frágil estructura de madera.

—He lanzado un hechizo barrera, nadie puede ver ni oír lo que ocurre en este cubículo ahora mismo —dijo mirándome a la cara—. Estos días han consumido una gran parte de mi energía, a duras penas puedo mantener las apariencias, perdóname.

—No te preocupes —respondí—, pero, ¿qué ha pasado, Sadith?

—La niña estaba muy débil. No debería haber venido a este mundo hasta dentro de algo más de un mes. El ama de cría a la que la llevé hizo todo lo que pudo pero su cuerpo no admitía alimento y finalmente el agotamiento pudo con ella—. Por primera vez puede ver como sus ojos se llenaban de lágrimas. —Me temo que este golpe sea demasiado duro para Ankh, los dos bebés anteriores se perdieron en los primeros meses de embarazo y, aunque fue duro para ella, no había ningún cadáver que le recordase la pérdida. Esta vez es diferente, mucho más doloroso.

—El veneno...

—El veneno ha sido la causa de esta desgracia. La niña estaba sana, si hubiese podido estar dentro de su madre hasta el final del embarazo no me cabe duda de que habría sobrevivido. Alguien tenía un interés específico en que este bebe no sobreviviera y que la madre muriese en el proceso.

—¿Alguien? ¿Estás de broma? Creo que es obvio quién. Esa babosa de Sarureptah ni siquiera permitió que los médicos atendieran a Ankh. Durante horas estuvo sufriendo y nadie se dignó mover un dedo por ella. Te juro que voy a arrancar su cabeza y a atarla con sus tripas de la torre más alta del palacio.

—Es mejor que te calmes, Helel, tu ira está nublando tu juicio —dijo con una calma inmensa.

—¿Que me calme? No puedo creer que esté escuchando esto de ti —dije elevando mi voz y levantándome del catre—. No puedo comprender que lleves todo este tiempo sin haber hecho nada. Tú podías haber evitado esto si hubiera matado a ese bastardo hace tiempo.

Su rostro se endureció nuevamente y por un momento creí ver de nuevo a la criatura de dos noches antes frente a mí.

—¡Basta! —gritó y su voz resonó como si viniera acompañada de un eco eterno—. Respira y cálmate o tendré que encargarme yo misma de que lo hagas.

Haciendo un esfuerzo gigantesco conseguí que mi respiración se calmase y mi cuerpo se relajase lentamente.

—¿De verdad crees que Sarureptah es el problema? Sarureptah no tiene ni el cerebro ni el valor para intentar algo como esto por sí mismo si no se siente fuertemente respaldado. No, Helel. Sarureptah es la cola de la serpiente y si queremos salvar a Ankh debemos cercenar la cabeza.

—Y, ¿quién es la cabeza según tú? ¿Seti?

— Creo que la verdadera cabeza es alguien mucho más cercano a ti y a mí. Narmesh.

—¡Narmesh está muerto, Sadith! Creo que llevas años viviendo aterrorizada por un fantasma que nada puede hacerte ya.

—Déjame que te cuente algo que he descubierto en mi viaje a Avaris —dijo con una sonrisa velada.— ¿Recuerdas que te dije que quería averiguar algo más sobre el origen de la relación de la familia de Seti con Seth?

—Sí, lo recuerdo.

—Bien. La persona a la que fui a visitar es una anciana de nombre Kama que malvive en una cabaña en las afueras de Avaris. No tiene familia ni riqueza alguna así que vive de la caridad de sus vecinos, pero no siempre fue así. Durante muchos años fue el ama de cría de la familia del entonces joven Paramessu y fue la persona que crió a Seti. Seti sentía absoluta adoración por ella y cuando tuvo sus propios hijos los puso también en sus sabias manos. Esta mujer conoce la familia desde dentro y tenía algunas historias verdaderamente interesantes que compartir conmigo. Mucho antes de que Paramessu empezase a ascender en el gobierno del faraón Horemheb se planteó el dilema del matrimonio de Seti. La familia por aquel entonces subsistía con el sueldo de soldado de Paramessu y lo que generaban las tierras que, Sitre, esposa de Paramessu, había aportado al matrimonio. Varias eran las candidatas, todas ellas de la zona de Avaris, pero había un pequeño problema, Seti había fijado sus ojos en la hija de uno de los grandes sacerdotes de Horus llamada Tuya. Esto no debería haber sido un obstáculo de no ser por dos pequeñas cosas, una que aquella familia estaba muy por encima del rango de la de Paramessu, la segunda, que Tuya tenía sus propios intereses. Tuya era una joven relativamente hermosa, pero con un carácter caprichoso y volátil y con una lívido desbordada. Los rumores sobre la cantidad de esclavos y hombres de baja alcurnia que habían pasado por entre sus piernas eran numerosos, pero nada importaba a Seti que estaba completamente embobado con ella. Por desgracia los vaivenes de Tuya tuvieron su consecuencia y Tuya se quedó embarazada de uno de sus amantes. Su vida se derrumbó de repente. Su padre montó en cólera y a fin

de proteger la reputación de su familia se vio obligado a casarla antes de que el embarazo fuera evidente con el único hombre que estaba dispuesto a contraer matrimonio de forma inmediata, Seti. Si la familia de Seti se extrañó del repentino interés del padre de Tuya en casar a su hija con el muchacho, nunca lo dijeron, el beneficio de contraer matrimonio en la familia de un gran sacerdote era demasiado grande. Y así fue como Seti y Tuya se casaron y como Seti acabó siendo el padre de Tia, una criatura que él nunca sospechó que no era suya. Pero el destino estaba a punto de dar otro giro a sus vidas. En apenas dos años Paramessu fue ascendido a consejero de Horemheb y la familia se mudó a Tebas. La vida acababa de darle a Tuya todo lo que siempre había deseado, posición y prestigio, pero ahora se le planteaba otro dilema, la necesidad de dar un heredero varón a Seti que garantizase la continuidad de la línea de la casa. Por desgracia para Tuya, por más que puso todos sus esfuerzos en ello, tres años tras su llegada a Tebas aún no había concebido ningún hijo de Seti y la familia empezaba a presionarle para que contrajese matrimonio con una nueva esposa. Si esta nueva esposa diera a Seti un varón, Tuya quedaría reducida a una figura de barro sin relevancia alguna y ella no podía permitir aquello así que decidió recurrir al poder que ella creía que podría ayudarla, los dioses. Tuya organizó un viaje de peregrinación al templo de Isis en la ciudad de Nbuwt para pedir a la diosa que le concediese su deseo de engendrar un varón. Sin embargo, no fue Isis quién contestó a su ruego sino Seth. Kama era por aquel entonces la niñera de Tia y acudió a Nbuwt con el séquito de Tuya. Lo que Tuya no sabía es que Kama era en realidad la espía de Sitre que nunca había gustado de Tuya como esposa para su hijo y deseaba encontrar alguna razón para librarse de ella. Tuya acudió al templo en la mitad de la noche portando una antorcha y un jarro de miel como era tradición en las mujeres que deseaban pedir favores a Isis. Sólo un esclavo la acompañó para su protección. Kama, instruida por Sitre, siguió a Tuya hasta el templo y fue testigo de todo lo que ocurrió allí. Tuya depositó la miel frente a la estatua de la diosa y uso la antorcha para encender el candil que debía iluminarla para acto seguido rogar a la diosa que compartiera con ella su luz como ella acababa de hacer. De repente, una figura alta con un gran manto oscuro que le cubría la cabeza se apareció ante Tuya y se presentó como el dios Seth, protector de la casa de Seti. Tuya lejos de asustarse se inclinó ante el dios y le pidió que la ayudase para poder concebir un hijo. Kama no pudo oír la conversación entre el dios y Tuya pero si vio lo que ocurrió acto

seguido. El dios tocó la cabeza del esclavo que inmediatamente se convirtió en una especie de marioneta y empezó a quitarse sus ropajes. Allí, en el suelo del templo y frente a Seth, el esclavo tomó a Tuya y esta se entregó a él sin reparo alguno. Al día siguiente, Tuya regresó a Tebas y apenas dos meses después se anunció su embarazo. La alegría de toda la familia de Seti fue inmensa cuando Tuya dio a luz a un varón, el joven Ramsés. Toda, excepto Sitre que conocía lo ocurrido en Nbuwt gracias a Kama. Por desgracia, Sitre cometió el error de encarar a Tuya con la verdad y amenazarla con contarle todo a Seti, una amenaza en vano dada la falta de pruebas, pero para Kama fue el fin de sus días en la familia de Seti. Tuya se encargó de pagar a un grupo soldados del faraón para que raptaran a Kama, la violaran y la dejaran dándola por muerta en las orillas del Nilo. Kama logró arrastrarse hasta una cabaña de pescadores cercana que la ayudaron a recuperarse y volvió a Avaris donde ha vivido escondida por miedo a que Tuya sepa de su existencia e intente acabar el trabajo. Así que, como ves, Helel —continuó—, hay más de un miembro de esa familia con conexiones más que íntimas con el tal Seth.

—Lo que veo es que Tuya es una puta traicionera como tantas otras, pero no entiendo que tiene que ver eso con Narmesh y por qué te empeñas en que es él quién está detrás de todo esto.

—¿De verdad necesitas más pruebas? Primero fue la muñeca, exactamente la misma muñeca que Narmesh usó para amenazarnos años atrás. Una muñeca que además portaba el símbolo de Seth. Después descubrimos que Tuya, la misma persona que se encargó de que viniese a la corte y no me pudiera marchar jamás tiene una historia en lo que a Seth se refiere. Y a eso debes sumarle un pequeño detalle que Kama me contó y que he omitido en mi historia.

—¿Qué detalle?

—Kama no pudo ver claramente el rostro de Seth pero recuerda algo muy relevante. Su cara presentaba una quemadura que le desfiguraba en todo el lado derecho. Creo que recordarás de mi historia que tu hija Niel le hizo ese pequeño regalo a Narmesh cuando me defendió de su ataque.

No podía negar que todos sus argumentos parecían lógicos pero pensar que mi hijo pudiera haber sobrevivido todos aquellos años sólo para volver a causar dolor a su propia familia en el momento más inesperado era algo que me costaba concebir.

—No es que sea imposible, Helel —dijo leyendo mi pensamiento nuevamente—, yo soy el vivo ejemplo de que hay formas de

engañar a la muerte.

—De acuerdo —dije ligeramente irritado—. Supongamos que tienes razón y que Narmesh se encuentra detrás de todo esto. Entonces, no esperemos más, vayamos a por él y parémosle.

—No es tan fácil, Helel. No sabemos dónde encontrarle ni cómo llegar hasta él. Me temo que tendremos que esperar a que nuestros enemigos hagan su próximo movimiento.

—¿Esperar? ¿Y qué pretendes que hagamos mientras tanto? ¿Encerrarnos como cucarachas para evitar que nada malo le ocurra a Ankh?

—Al contrario. Debemos volver a nuestras vidas para que piensen que no sospechamos nada. Seremos como el escorpión que finge estar muerto para que la serpiente le ataque y exponga su flanco más indefenso a su aguijón. Además —dijo levantándose y recuperando su tristeza inicial—, tenemos que asistir a un funeral.

Los funerales por la pequeña de Ankh duraron lo que a mí me pareció una eternidad. Me costaba entender el por qué de alargar tanto el dolor por la pérdida, un dolor que estaba consumiendo a Ankh lentamente. Fue Ptehsure quien me instruyó en la acostumbres egipcias a la hora de despedir a sus seres queridos y de prepararlos para la otra vida. Ante todo, era imprescindible que la pequeña recibiera un nombre a fin de que pudiera demostrar en la otra vida que había existido en esta y el recuerdo de su nombre alimentara su existencia en el más allá. Sarureptah, como padre, había escogido para la pequeña el nombre de Amunkhenemet, la que está junto a Amón. Ptehsure me explicó que su cuerpo sería momificado para garantizar su preservación en la otra vida y que este proceso en un adulto podía llegar a tardar dos meses durante los cuales la familia no estaba autorizada a mostrar ningún tipo de tristeza dado que el cuerpo aún estaba en este mundo. Al tratarse de un bebé los sacerdotes encargados de embalsamar su cuerpo tardaron tan sólo una semana y todos los preparativos para el funeral pudieron comenzar. Como ministro de Seti, Sarureptah estaba construyendo una gran tumba para toda su familia en la ciudad de los muertos, pero esta estaba sin terminar así que se decidió que la pequeña reposaría en la tumba de sus abuelos, mucho menos opulenta. Quizá fue mi naturaleza humana que me imbuía de un sentimiento de piedad por el dolor de la gente a la que quería, pero pensé que los funerales transcurrirían sin involucrar a Ankh para evitarle un mayor dolor, sin embargo, una vez más, mi incomprensión de la forma de pensar de los humanos

fue manifiesta. Cuando todo estuvo preparado la familia fue convocada para la procesión funeraria que llevaría el cuerpo de la pequeña hasta su última morada. Como esclavo, yo no estaba autorizado a acudir, pero Ptehsure me contó los detalles a su vuelta. Como las dos únicas mujeres de la familia de la pequeña, Ankh y Sadith tomaron un papel predominante en la procesión. Colocadas a ambos lados del pequeño féretro que contenía el cuerpo momificado representaron a las diosas Isis y Nephtis y, así como ellas habían devuelto a la vida el cuerpo desmembrado del dios Osiris, ellas acompañaron a la pequeña Amunkhenemet en el inicio de su viaje al más allá. La procesión atravesó Tebas y llegó hasta la ciudad de los muertos cruzando el rio en una barca. Ni una lágrima rodó por el rostro de las dos mujeres, para ello les acompañaban las plañideras contratadas para llorar la pena que a Ankh no le era permitida. En la puerta de la tumba, un sacerdote de Amón realizó el ritual de la apertura de la boca con un cuchillo de hueso, un acto simbólico que permitiría a la pequeña poder hablar en el más allá y defenderse, de ser necesario, cuando la pureza de su alma fuese juzgada por el tribunal de Osiris pesando su corazón frente a la pluma de Maat, símbolo de la verdad y la justicia absolutas. Finalmente, el cuerpo de la pequeña fue depositado en la tumba que fue sellada nuevamente y Ankh pudo volver al palacio para ser por fin tan solo una madre que había perdido a un hijo.

14
Oscuridad

Todos tenemos una parte de oscuridad en nuestro interior, una oscuridad que a veces nos devora, nos asusta y amenaza con destruirnos, pero cuando todo a nuestro alrededor se ha derrumbado, cuando no existen razones ni motivos que alimenten la luz, esa oscuridad se vuelve nuestra única compañía, el único amigo que nos susurra que es hora de levantarnos, de recoger nuestros despojos y construir un nuevo yo, un nuevo día y de hacer que el mundo arda en el fuego de nuestra ira.

Las pesadillas me despertaron de nuevo y mi cuerpo amaneció una vez más empapado en sudor. Las imágenes de los sueños que me perseguían aún resonaban en mi cabeza, las mismas imágenes noche tras noche. Fuego, destrucción, cadáveres cubriéndolo todo y sobre aquella muerte una única imagen, una figura sentada en un trono dorado con las manos ensangrentadas y un manto que cubre su rostro. Lentamente la figura retiraba su manto y descubría su cara para mirarme fijamente y su rostro era mi rostro, sus manos eran mis manos y su ira era mi ira. De repente la figura giraba su mano y el fuego comenzaba a devorarme por dentro, un dolor indescriptible lo llenaba todo mientras mi cuerpo era devorado por las llamas y, mientras moría, la figura me hablaba sin mover sus labios para decirme lo mismo noche tras noche.

—¡Muere para ser muerte!

Los sueños habían comenzado tras el entierro de la pequeña hija de Ankh. La vida de todos había empezado a desmoronarse poco a poco tras aquel día. Ankh había sucumbido a un dolor que había

guardado en su interior durante demasiado tiempo forzada por una ridícula norma social y aquel dolor la había destruido hasta el punto de convertirla en una sombra de sí misma. Aislada de todo el mundo que la rodeaba, incluyéndonos a Sadith, Ptehsure y a mí, apenas comía y se negaba a abandonar sus habitaciones, donde nos había prohibido la entrada a todos. Sadith, ante el rechazo de Ankh había decidido mantenerse al margen y no habíamos sabido de ella durante semanas y yo, desesperado por la impotencia de haber sido relegado a los dormitorios de los otros esclavos, sucumbí a mi propia oscuridad.

Quizá fue la falta de sueño, quizá la angustia de no saber del estado de Ankh, la persona a la que me había comprometido a proteger, o quizá fue la rabia de ver que Sadith seguía ausente pero una noche ya no pude soportarlo más y cuando todo el palacio debía estar dormido usé mi poder para materializarme en mi antiguo cubículo. Tal y como esperaba estaba vacío y noté que un olor extraño proveniente de las habitaciones de Ankh llenaba el ambiente. Entré en la habitación sabiendo que muy probablemente Ankh me echaría de allí de malas maneras tan pronto como me viera pero lo que encontré fue mucho peor. La sala estaba completamente a oscuras excepto por la luz proveniente de unos pebeteros repartidos por la habitación de cuyas brasas salía un humo gris responsable de aquel olor horrendo que llenaba la habitación. Ankh estaba sobre la cama, sin conocimiento, vestida pero en un estado de dejadez extremo, sin peluca ni maquillaje y con grandes bolsas negras bajo sus ojos. Junto a su cama un cuenco con restos de una poción que reconocí al instante, adormidera, lo mismo que ardía en los pebeteros. En mi tiempo en el palacio había visto como los médicos de la corte administraban el extracto de aquella planta a sus pacientes cuando necesitaban que estuvieran tranquilos e incluso algunas madres lo usaban para tranquilizar a sus hijos cuando lloraban, pero las dosis siempre eran pequeñas y muy controladas para evitar que el paciente desarrollara una adicción al estado que la planta inducía. Evidentemente era demasiado tarde para evitar que eso le ocurriera a Ankh. Su estado sugería que había estado tomando infusión de adormidera probablemente durante semanas y la presencia de los pebeteros, algo absolutamente excesivo que no había visto en todo mi tiempo en el palacio, gritaba a los cuatro vientos que su dependencia del estado de inconsciencia que la planta le proporcionaba estaba descontrolada. Corrí a abrir las cortinas que daban a la terraza para que el aire de la noche limpiara la habitación y saqué los pebeteros

afuera para evitar que siguieran contaminando la sala. Intenté despertar a Ankh pero fue imposible y comprendí que debía esperar a que el efecto de la droga pasase así que me quedé junto a ella velando aquel sueño antinatural.

Ankh despertó pasadas muchas horas sin saber donde se encontraba ni qué hora era. Intenté hablarle pero mi voz no provocaba ninguna reacción en ella. Tardó unos minutos en empezar a tomar consciencia de que se encontraba en su cuarto y, tan pronto como eso ocurrió, sus manos intentaron buscar el cuenco con la infusión que había encontrado junto a su cama y que yo había retirado. Al ver que el cuenco no se encontraba allí de repente empezó a agitarse y mostrar un estado de nerviosismo enorme y arrastrándose se bajó de la cama para buscarlo por el suelo de la sala mientras murmuraba una letanía constante.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? Lo necesito. Lo dejé aquí. ¿Dónde está? —Su tono de voz se iba elevando a medida que veía que era incapaz de encontrar su droga. Sus manos y su boca temblaban y la ansiedad fue en aumento.

—¡Ankh, Ankh, mi señora, debes escucharme! —le dije intentando captar su atención pero ella continuó con su búsqueda gritando ahora a pleno pulmón que necesitaba su cuenco. De repente, se giró para mirarme y fue como si su cerebro hubiera comprendido por fin que había alguien más en la sala con ella. Sin pensarlo ni un momento se lanzó contra mí arañando mi rostro con sus uñas e intentando alcanzar mis ojos.

—¡Tú, has sido tú, tú has robado mi cuenco! ¿Dónde está? ¡Te mataré si no me lo das! —Sus gritos resonaban en toda la sala y la fuerza con la que me atacaba, alimentada por su ansia, era impropia de su pequeño cuerpo. Sabía que si no la paraba acabaría por hacerse daño así que tomé una decisión desesperada. Reuniendo tanta concentración como pude mientras intentaba parar sus manos me introduje en su mente y tomé el control. Inmediatamente Ankh paró en sus ataques y su cuerpo se abandonó en mis brazos como si se tratase de un saco de arena. La coloqué de nuevo sobre la cama y con gran esfuerzo induje en su mente un sueño tranquilo que le permitiera recuperarse.

—¡Duerme! —Susurré—, deja que tu cuerpo limpie el veneno que has estado tomando. Y no temas, ¡yo no te dejaré!

Durante dos días completos Ankh yació en su cama sin poder moverse atacada por la más terribles convulsiones y con su cuerpo empapado en sudor. Los ataques de su ser clamando por la droga que le había sido retirada fueron tan fuertes que la concentración

necesaria para conseguir que su mente siguiera en estado de reposo mientras su cuerpo hacía todo el trabajo de limpieza lograron agotarme a mí también, pero al amanecer del tercer día Ankh estaba despierta.

—¡Buenos días, mi señora! —dije con una sonrisa, pero si esperaba que una palabra de agradecimiento saldría de su boca me equivocaba por completo.

—¡Apártate de mi vista! —respondió intentando levantarse pero su cuerpo, demasiado agotado por los esfuerzos de los últimos días, no le respondió.

Sus palabras me dolieron pero entendí de dónde salían y pensé que era mejor ignorarlas.

—He hecho que traigan algo de fruta para que mi señora empiece a retomar las fuerzas. Creo que en un par de días...

—¡No pienso probar bocado! ¿Acaso no lo entiendes? ¡Quiero volver al estado en el que estaba antes de que invadieras mis habitaciones, quiero recuperar mi paz!

—Esa paz no existe —dije siendo consciente de que ella no estaría acostumbrada a que un esclavo contestase a su señora de aquella forma, pero el posible castigo no me importaba nada mientras que su bienestar lo era todo para mí.

—¿Cómo te atreves? —dijo entre dientes con una rabia inmensa —. Haré que te azoten hasta que no puedas sangrar más. —Una parte de mi vio algo de Sadith en ella al escuchar sus palabras y, sin embargo, el ver aquella fuerza en ella alimentaba mi esperanza de que se recuperase y poco a poco volviese a ser ella misma.

—Y yo aceptaré con gusto mi castigo pero me atrevo porque para mí tu vida es más importante que la mía.

Aquella confesión inesperada pilló a Ankh por sorpresa y la dejó sin palabras haciendo que sus ojos se llenasen de lágrimas. Giró su rostro y miró hacia abajo para que yo no pudiera verla.

—¿Mi vida? Mi vida no vale nada, Helel. Es como esas flores —dijo mirando hacia un jarrón con flores frescas que estaba en una mesa al fondo de la sala y que yo había pedido que trajeran del jardín—. Su belleza adorna, hace feliz por un breve período de tiempo pero finalmente mueren y nadie se acuerda más de ellas. La únicas cosas hermosas de verdad son las que podemos hacer perdurar y a mí esa belleza me ha sido arrancada tres veces ya. Tres veces, ¿me oyes? Tres veces he creado lo más hermoso de este mundo y tres veces me ha sido arrancado de las manos sin darme la oportunidad de hacerlo perdurar.

—Habrá otros hijos, señora —dije casi en un susurro.

—Helel, ¡qué inocente eres! Pasas tanto tiempo conmigo y aún no has visto el mundo en el que vivo. Para tener hijos hace falta un esposo, sea para poder hacerlos o para que crea que los que ha hecho otro son suyos, y mi marido hace mucho tiempo que perdió el interés por mi cama, prefiere otro tipo de placeres.

—Pero... ¿la pequeña? —dije sin saber cómo acabar la frase.

—Mi hija no era resultado del amor sino de todo lo contrario. Mi hija era fruto de una borrachera de mi esposo y de su necesidad de afirmarme como una de sus posesiones, violándome —respondió sin poder evitar que la repugnancia se manifestara en su rostro. Me quedé mudo—. Ya ves, Helel, casi nada es lo que parece en este lugar. De todas maneras, no importa porque como resultado del difícil parto de mi pequeña mi madre me ha confirmado que nunca más podré volver a concebir así que no creo que pase mucho tiempo antes de que mi querido esposo se busque otra esposa que le dé los hijos que necesita. Eso significará que perderé mi posición en la corte y pasaré a engrosar la lista de segundas y terceras esposas que son enviadas a alguna provincia lejana para que no molesten y envejezcan lentamente sin hacer mucho ruido y sin recordarle a sus esposos que una vez existieron.

—¿Tan malo sería vivir lejos de este nido de víboras?

—No, mi corazón anhela el día en que pueda marcharme de aquí y olvidar todo lo vivido en esta jaula de oro pero siempre soñé que el día que eso ocurriera lo haría rodeada de hijos, quizá incluso nietos, una familia. Pero supongo que los sueños son sólo eso, sueños.

Sus palabras removieron antiguas arenas en mi interior. Familia. Ankh y yo teníamos mucho más en común de lo que parecía, los dos habíamos soñado todas nuestras vidas con tener una familia propia, con sentir el calor del abrazo de nuestros hijos, nuestros nietos, poder sentir que existe un amor más grande que cualquier otro y en ambos casos nos lo habían arrebatado, de distintas formas, por distintas razones pero los dos estábamos solos y los dos teníamos el mismo vacío, la misma oscuridad que nos ahogaba lentamente. No sé si fue en aquel momento, no sé si en realidad lo supe siempre pero recuerdo perfectamente la punzada de dolor físico en mi corazón al comprender que la vida me había ganado nuevamente la partida y me encontraba completa y absolutamente enamorado de Ankh.

Los siguientes días siguieron sin ser fáciles para ella, sus ataques volvían cada noche y los cambios de humor eran constantes pero su cuerpo fue poco a poco admitiendo alimento y sus fuerzas se fueron

recuperando. Yo volví a mi cubículo aunque seguía pasando mis noches en vela pendiente de cada ruido que venía de sus habitaciones. Tan pronto como Ankh empezó a mostrar mejoría pedí que Ptehsure regresase. La presencia de la joven ayudó a hacer que los cambios de humor fuesen menos acusados y que Ankh sintiera que su vida recuperaba algo parecido a la normalidad. En dos ocasiones intenté hablar con Sadith, pero sus criados me dijeron que no se encontraba en el palacio y que no sabían cuando regresaría. Seguía sin entender cómo era posible que Sadith hubiese dado la espalda a Ankh en un momento tan frágil pero no tenía tiempo para pensar en ello, sólo quería pasar cada segundo de mi tiempo con Ankh. Tan pronto como se supo que Ankh se encontraba mejor Sarureptah vino a visitarla, pero lejos de ser una visita de un esposo preocupado a su mujer convaleciente, organizó aquello casi como si de una visita de estado se tratase. La cantidad de sirvientes que le acompañaron habrían hecho que cualquier ciudadano de Tebas hubiese creído estar ante el mismo faraón. Pero la sorpresa fue aún mayor cuando Sarureptah no le dirigió la palabra a Ankh sino que fue su escriba quien lo hizo. Un par de preguntas formales con respecto a su estado de salud y una despedida aun más formal que incluía sus deseos de mejora y referencias a los innumerables títulos de aquella sabandija. Ankh se sintió aliviada cuando por fin abandonaron sus habitaciones y eso fue evidente en su rostro.

—Helel, llévame al jardín, por favor, quiero pasear entre las flores —dijo tan pronto como nos dejaron a solas.

—Como tú ordenes, mi señora. Solicitaré que tus damas nos acompañen —respondí haciendo el amago de salir de la sala.

—¡No! —Contestó—, te lo ruego, sólo tú y yo, no podría soportar el ruido del cloqueo de esas gallinas a mi alrededor.

Asentí comprendiendo a que se refería y la acompañé a los jardines como me había pedido. Tardamos bastante en llegar hasta el jardín oeste, su favorito, porque aunque se encontraba recuperada aún no podía hacer grandes esfuerzos. Cuando llegamos junto al lago, que estaba lleno de nenúfares y lotos, una brisa ligera llegaba desde el río y se acentuaba al recoger el frescor de la superficie del lago haciendo que el aire fuera frío y perfumado. El rostro de Ankh cambió completamente y fue como si de repente su alma se encontrara en un lugar distinto, mejor. Se encontraba relajada, tranquila, su respiración era pausada y sus mejillas habían recuperado su color, volvía a ser la mujer que yo tanto había extrañado.

—¡Mira! —dijo de repente levantándose—, los lirios han

florecido.—Lentamente se dirigió hasta una de la plantas que estaba a unos metros de nosotros y que presentaba unas enormes flores de color blanco muy hermosas—. Son mis flores favoritas desde pequeña —dijo sonriendo—. Aquí no suelen dar flores con mucha frecuencia porque durante la mayor parte del año hace demasiado calor. ¡Son tan hermosas! ¿Sabes que dicen que en las montañas cerca del delta crece una variedad de estas flores de un color rojo intenso? Los llaman lirios de sangre. ¡Cuánto me gustaría poder verlos!

—Mi señora puede pedir que se los traigan a palacio —dije y la tristeza en su rostro me hizo entender que me había equivocado.

—Sí, supongo que sí pero, ¿cuál sería el sentido, Helel? Lo más hermoso de estas flores es que son libres, han decidido ser rojas porque son libres, crecen en la montaña porque son libres. Son todo lo que yo no puedo ser.

—Lo siento mi señora, no quería...

—Lo sé, no te preocupes —dijo sonriendo y volviendo a sentarse junto a la orilla del lago—. De nada sirve lamentarse, cada uno tenemos la vida que los dioses han querido darnos y estoy segura de que hay una razón para ello. Siéntate conmigo por favor, la conversación me ayudará a distraerme.

—Cómo mi señora desee.

—¡Oh, por favor Helel! Déjate de tanta formalidad, ¿quieres?

—No conozco de que otra forma un esclavo puede dirigirse a su señora.

—Los dos sabemos que tú no eres un esclavo. Y, no puedo evitar preguntarme quién eres en realidad —dijo mirándome a los ojos—. ¿Quién eres, Helel?

—Mi señora, lo siento, pero no se a qué te refieres —dije agachando mi rostro aunque una parte dentro de mi encontraba aquel juego divertido.

—Está bien, déjame adivinar —dijo sonriendo—. Desde luego no eres hebreo como mi madre dice. No tienes sus rasgos, no conoces sus costumbres y nadie te conoce en el poblado de los esclavos. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, es cierto —dije sin poder evitar seguir su juego—. Mi familia, mi pueblo, es mucho más antiguo que el de los hebreos.

—¡Vaya, parece que he acertado, pero aún así no me dirás de dónde vienes! —respondió sin perder la sonrisa—. Muy bien, déjame seguir adivinando. No eres ni has sido nunca un esclavo. No sabes seguir órdenes sin cuestionarlas, estás acostumbrado a ordenar, no a que te ordenen. Eras un señor, quizá un militar.

¿Correcto?

—Sí, para mi pueblo yo fui un general de sus ejércitos. Y uno de los mejores, he de decir.

—Lo sabía —continuó divertida—. No eres tan difícil de leer, Helel. Y todo esto me lleva a por qué estas aquí. —De repente su rostro se endureció. —Mi madre. Ella te conocía de antes. Quiso que estuvieras a mi lado porque eres un soldado. Para protegerme. Mi madre sabía...No, esperaba que algo ocurriese, sabía que estaba en peligro. Porque estoy en peligro. Mi pequeña, lo que ocurrió, no fue casualidad, algo lo provocó.

—Mi señora, no creo que debas....

—Y sin embargo tengo razón, ¿verdad? —preguntó sin retirar su mirada de mi y pude notar como su respiración empezaba a agitarse —. ¡Por supuesto que tengo razón! Todos sabíais que alguien podía intentar algo contra mí y sin embargo no me lo dijisteis. Si lo hubiera sabido, podría haber hecho algo, protegerme, proteger a mi pequeña. Si no me lo hubierais ocultado mi pequeña podría estar viva —dijo elevando el tono de voz y levantándose de su asiento mientras sus ojos se llenaban de lágrimas debido a la impotencia.

—Mi señora, te lo ruego, cálmate —dije sin saber bien que hacer pero Ankh siguió elevando el tono de voz.

—¡No me digas que me calme, Helel! ¡Podría haber salvado a mi hija, podría estar viva si no fuera por vosotros! —gritó alterándose cada vez más, sus manos temblando por la tensión—. ¡Me habéis traicionado, todos vosotros, mi propia madre, tú!

Vi como su cuerpo empezaba a perder el control, la tensión acumulada se estaba desbordando y Ankh no era capaz de dominarla. Sin pensar un segundo en lo que estaba haciendo la abracé evitando que se pudiera mover. Sus ojos miraron fijamente en los míos y vi como se abrían sorprendidos. Y entonces ocurrió. Pude sentir su mente dentro de la mía y sin embargo era más que su mente, era su corazón. Pude sentir como sus emociones recorrían las mías, como mi tristeza por la familia que me había traicionado, por la familia que había muerto por mi culpa, se vertía en ella junto con todo lo demás, mi amor y mi odio por Liliath, mi ansias de venganza y mi amor por ella. Ella podía verlo todo, recorrer los pasillos de mi oscuridad y, de alguna manera, su presencia lo llenaba todo de un luz tenue, cálida. Hasta que de repente mi oscuridad creció amenazando con ahogar su luz, con extinguirla y solté mi abrazo con violencia. Su cuerpo se separó del mío y sus ojos seguían mirándome entre sorprendidos y apenados y se llenaron nuevamente de lágrimas.

—Lo...,lo siento, Helel —dijo mientras sus lágrimas caían por sus mejillas—. ¡Dioses, tanto dolor! Lo siento, perdóname, yo no quería,...yo...

No la dejé seguir. Mis labios callaron su boca con el beso que llevaba tanto tiempo guardando y noté como todo su ser respondía con la mismas ganas, con la misma ansia y entonces lo comprendí, claro como el agua del lago. Estábamos todos malditos y nada podía importarme menos. En un momento nos transporté a sus habitaciones sin importarme quien pudiera vernos aparecer. Su amor me volvía inconsciente, incontrolable como sólo el de otra mujer lo había hecho antes. Desnudé su cuerpo con la prisa del sediento al que se le ofrece un poco de agua. No hubo ternura, no hubo caricias, ninguno de los dos teníamos tiempo para eso. Emociones que habían estado confinadas bajo miles de capas de opresión social, de miedo y de impotencia se desbordaron en Ankh y se entregó a mí como los ríos se entregan al mar, de la forma más absoluta; y mi cuerpo no fue nunca más mío sino suyo. No fue una sino muchas las veces que nos amamos aquel día y siempre sin una sola palabra excepto cuando susurrábamos el nombre del otro como intentando convencernos a nosotros mismos de que aquello estaba ocurriendo. Aquel día nadie más existió, solo ella y yo, sólo Ankh y Helel, sólo su luz y mi oscuridad. Y por un momento, los dos nos engañamos pensando que aquello podría durar para siempre. Durante los siguientes días apenas salimos de la habitación. Nuestras horas pasaban entre el tiempo que pasábamos amándonos y el que pasábamos preparándonos para amarnos. Nuestros cuerpos habían desarrollado un hambre por el del otro que era imposible de contener y ninguno de los dos tenía ningún interés en hacerlo. Eso hacía que, cuando no nos estábamos entregando cada uno al cuerpo del otro, estuviéramos abrazos como si supiéramos que más tarde o más temprano algo fuese a separarnos.

—No me has preguntado por lo que viste el otro día en el jardín.

—¿Lo que vi? ¿Te refieres a lo que vi en ti? —dijo un poco sorprendida por mi pregunta.

—Sí, me imagino que tendrás mil preguntas.

—No, no tengo preguntas. ¿Debería? —Ahora era yo el sorprendido y al detectarlo ella continuó. —Déjame que te explique. Estoy segura que ya sabes por mi madre que todas la mujeres de mi familia tenemos algún tipo de don, habilidades especiales, poderes que no sabemos nunca en qué forma se van a manifestar. Sadith siempre recuerda que mi otra madre, la que me parió, tenía un don increíble para la clarividencia, la visión como ella lo llama. Pero esa

visión fue también un castigo porque tan pronto como se quedó embarazada de mi pudo ver que moriría en el parto. Podría haber decidido acabar con el embarazo en ese mismo momento pero decidió seguir adelante sabiendo el sacrificio que debería hacer para que yo estuviera aquí. Si lo hizo porque su visión le mostró algo más, algo de mi futuro, no lo dijo nunca. —Por un momento calló y yo respeté aquel silencio que no sabía si era provocado por el dolor o por la incertidumbre—. Mi don no es el de la visión, Helel —continuó—, yo no puedo ver en la mente de los hombres, ni en su futuro o su pasado, yo puedo ver en sus corazones o, mejor dicho, puedo sentir. Cuando toco a alguien todas sus emociones vienen a mí, cada sentimiento acumulado en su corazón, cada fragmento de amor, odio, ira, paz, deseo o hastío viene a mí claro como el canto de los pájaros en la mañana. Y, de ser necesario, puedo modificar esas emociones.

—Moisés —dije comprendiendo de repente.

—Exacto. Cuando Moises y Aaron comenzaron a discutir mi mano en sus hombros es todo lo que necesité para poder calmarles.

—Es un poder maravilloso —dije sinceramente.

—Es un poder que, como el de mi madre, va acompañado de un castigo. Cada emoción, cada fragmento de sentimiento que leo en alguien lo siento en mí misma como si fuera mío, como si lo que quiera que lo haya provocado en la vida de esa persona realmente hubiese ocurrido en la mía. ¿Puedes imaginarte el daño que emociones como el odio, la ira, la sed de venganza o la perversión provocan en mí? —Un nuevo silencio llenó la sala y Ankh se levantó de la cama, su cuerpo desnudo en toda su gloria frente a la luz que entraba desde la terraza. —Pero volviendo a tu pregunta, no, no he podido ver nada de tu pasado pero he podido sentir lo que has sufrido, lo que aún sufres. Y también tu oscuridad —dijo girándose para mirarme muy seria.

—¿Te asusta esa oscuridad? —pregunté.

—No me asusta nada de ti, Helel, pero quizá tú si deberías temerla. —No supe que responder a aquella afirmación. Había experimentado en el pasado un ápice de lo que aquella oscuridad podía hacer en mí y sabía que probablemente tenía razón—. Tú no perteneces a este mundo Helel, no sé que eres, pero no eres un hombre, no como yo o como Ptehsure, y eso significa que no puedo saber cómo esa oscuridad te afectará pero sé lo que esa sombra haría en uno de nosotros y no quiero pensar en que eso pueda ocurrirte a ti.

Me levanté de la cama y cogí el manto para cubrir su cuerpo

aunque lo que deseaba es volver a tumbarla en la cama.

—¿Qué haces, Helel? —preguntó divertida—. Hace demasiado calor.

—No en el sitio a donde vamos.

La abracé y en segundo todo a nuestro alrededor había cambiado. Estábamos en las montañas, junto a un arroyo que caía entre las rocas como una pequeña cascada. A nuestro alrededor las paredes de roca estaban cubiertas de vegetación como si las hubieran cubierto con hermosas cortinas. El aire era frío y corría un ligero viento que acentuaba la sensación.

—¿Qué hacemos aquí, Helel? —dijo riendo a la vez que se arropaba en el manto y se apretaba contra mi.

—¡Mira!

A sus pies, tan sólo a unos pasos, el rojo sangre de unas grandes flores rompía el verde de la vegetación.

—¡Los lirios de sangre! —dijo casi gritando— ¡No puedo creerlo, son tan hermosos!

—Ni la mitad de hermosos que tú. —Hice el amago de agacharme para recoger uno pero ella me paró poniendo su mano sobre la mía.

—¡No, te lo ruego!

—Pensé que te gustaría conservar uno.

—Estas flores han escogido este lugar para crecer porque aquí nada puede dañarlas, aquí su belleza puede durar tanto como su vida se lo permita, aquí son libres, ya te lo dije. Déjame que me llene la vista con esta imagen, con esta libertad para que me acompañé en mi propia prisión —dijo llorando y nunca supe si aquellas eran lágrimas de felicidad o de tristeza.

Dos días después desperté sólo en la cama de Ankh. Era temprano pero el sol que entraba desde la terraza me había despertado. Me levanté y me dirigí a mi cubículo para ponerme un faldellín limpio y asearme. Apenas hube terminado, Ptehsure apareció por la puerta.

—¡Ah, ya estás listo! Perfecto, la señora Sadith quiere verte.

—¿Sabes dónde está la señora Ankh? —pregunté.

—Se levantó hace un rato y fue a ver a la señora Sadith, no la he visto después. Supongo que estarán hablando de los preparativos de la fiesta.

—¿Fiesta? ¿Qué fiesta?

—En serio, Helel —dijo mirándome con una cara de sorpresa

tremenda—¿Cuánto tiempo llevas viviendo en Egipto? Heb nefer en inet, la fiesta del Valle, el festival en honor a los muertos. El faraón y su séquito deben realizar la procesión desde el templo de Karnak hasta los templos funerarios de la orilla oeste. Es un gran acontecimiento.

Aquella fiesta que era tan relevante para la joven Ptehsure para mí obviamente no significaba nada pero procuré no dejar que se me notase y me encaminé hasta los aposentos de Sadith. Cuando estaba a punto de abrir la puerta principal de sus habitaciones esta se abrió de golpe y quien salió corriendo por ella fue Ankh con los ojos rojos y el rostro húmedo y una furia que yo nunca había visto en ella. Estaba tan alterada que aunque casi me arrolló, ni siquiera se dio cuenta de quién era. La llamé por su nombre e intenté pararla pero la voz de Sadith a mi espalda me lo impidió.

—¡Déjala Helel! Necesita estar sola —dijo con un evidente cansancio y tristeza—. Entra. —Al entrar en la habitación me sorprendió que había una gran cantidad de baúles repartidos por el suelo, todos ellos llenos de papiros y tablillas—. Perdona el desorden pero estoy intentando enviar todos mis libros a un lugar seguro y no es fácil considerando la cantidad de ellos que tengo —dijo muy seria—. Además no puedo confiárselos a cualquiera, son demasiado valiosos. Si alguno de ellos se perdiese....

—¿Puedes dejar de hablar de tus malditos libros y explicarme qué es lo que ha pasado y por qué llevas desaparecida tantas semanas? —le interrumpí elevando mi tono de voz.

Mis palabras tuvieron una reacción inmediata. Sadith se giró y su cuerpo se tensó incrementando su estatura. De repente era como si fuera una diosa elevada en los cielos mirando a uno de los pobres mortales. Su voz resonó por toda la sala.

—¡Cómo te atreves a cuestionarme, nada menos que tú! Si he estado alejada de lo que más me importa en esta mundo es porque estoy haciendo lo posible para mantener a esta familia con vida. A toda ella. Exactamente lo mismo que llevo haciendo los últimos mil años, enmendar tus errores. Así que no te atrevas a cuestionar nunca más lo que hago ni por qué o te prometo que los años que mi hermana te puso en una cueva serán nada comparados con lo que yo te haré. —Su voz era como un trueno y vino acompañada de violentas sacudidas que hicieron que la paredes del palacio temblaran. Sabía que el poder de Sadith iba mucho más allá de lo que yo había visto hasta el momento pero no podía dejar aquello así, ni por Sadith ni por mí mismo.

—¡Eres su madre! —dije encarándola.

—Precisamente, y cómo soy su madre decidiré que es lo más conveniente para la seguridad de Ankh. Y lo más conveniente era que me alejase para poder hacer lo que tenía que hacer.

—¿Aún a costa del amor de tu hija?

Sus ojos me miraron fijamente y por un segundo pensé que iba a echarse a llorar pero en su lugar su rostro se volvió duro como el granito.

—Aún a costa de su amor, sí, porque eso es amor incondicional. Además, creo que ha estado lo suficientemente entretenida como para no echarme de menos. —Sus palabras fueron lanzadas como un dardo y acertaron en el punto exacto donde ella quería llegar, mi corazón.

—No esperes de mí tampoco que justifique mis acciones, Sadith. Ni siquiera espero que lo entiendas, es algo privado entre Ankh y yo.

—No pretendo cuestionaros, los dos sois adultos y libres de hacer lo que os parezca conveniente, más aun en Egipto donde casi todos los faraones acaban casados con sus hijas —dijo y su rostro mostró una rabia contenida a punto de desbordarse—, pero me parece extremadamente irónico que tú te atrevas a acusarme de tomar decisiones sin pensar en la consecuencias.

Dejó la frase sin terminar y un escalofrío recorrió mi espalda. ¿A qué consecuencias se refería Sadith? ¿Acaso su visión le había revelado algo que me estaba ocultando? ¿Por qué tenía la sensación de que no estaba siendo completamente honesta conmigo?

—Sea como fuere —dijo cambiando radicalmente de tema y dándome la espalda—, no es para hablar de esto para lo que te he llamado. Najee, el vendedor de pájaros, me ha enviado un mensaje por medio de Ahmet. Están listos para sacar a la familia de Iojebed de Tebas. Es imprescindible que les saquemos de la ciudad antes de Heb Nefer en Inet, durante la fiesta habrá demasiados soldados en la ciudad para poder sacarles de forma segura. He organizado una caravana que parará en una aldea en las afueras de la ciudad de Gebtu, un par de días al norte de Tebas.

—¿Por qué me lo cuentas? —pregunté asombrado de que me detallara tanto sus planes.

—Te lo cuento porque es imprescindible que tú y yo les acompañemos hasta que estén seguros en la caravana que les llevará a las montañas del país de Madian donde Iojebed tiene unos parientes lejanos que les acogerán.

—¿Por qué debo ir yo? —dije una vez más sintiendo que no me estaba contando nada de nada.

—Necesito que confíes en mí, Helel, aunque ahora mismo no pueda decirte el por qué.

Aquella respuesta fue la gota que colmó el vaso de agua y sin poder evitarlo elevé mi tono de voz.

—¡Ya está bien Sadith, no soy tu marioneta! Estoy cansado de que me ordenes y me manejes como si verdaderamente estuviera a tu servicio. ¿Has olvidado con quien hablas, mujer?

—¿Acaso lo has olvidado tú? —respondió con la misma rabia y sus ojos se volvieron nuevamente negros como la noche. Podía sentir su poder vibrando a mi alrededor y, en respuesta, el mío se elevó en mi interior de la misma manera. Todo a nuestro alrededor tembló como si un movimiento de tierra estuviera sacudiendo el palacio solo que esta vez la sacudida fue tan fuerte que algunas paredes no lo soportaron y empezaron a derrumbarse. En medio de la fiebre de poder que nos recorría a los dos pude oír gritos provenientes de otras partes del palacio, gritos de pánico, gente corriendo aterrorizada. Si continuábamos con aquella pelea de gallos sería el palacio y sus habitantes quienes lo pagarían. En aquel momento hice lo único que podía hacer, concentrándome con todas mis fuerzas lancé a la cabeza de Sadith una única imagen esperando que Sadith en su estado de poder absoluto pudiera entender lo que quería decirle. Ankh. Tardó un momento en hacer efecto y casi me hizo dudar de si lo había logrado, pero de repente Sadith calmó su rabia y controló de nuevo la energía que había desplegado a su alrededor y yo hice lo mismo. Fue como si de repente nos hubiésemos quedado sordos, la vibración que nuestros poderes generaban a nuestro alrededor había desaparecido y era como si se hubiera llevado con ella todo sonido. Poco a poco los sonidos del palacio volvieron a llenar nuestras mentes, gente que aún gritaba asustada, clamando el nombre de sus dioses intentando comprender qué había ocurrido.

—¿De verdad todo esto tiene sentido, Sadith? —dije cansado de pelear con ella.

—No, no lo tiene —respondió—. Especialmente porque yo ya he visto que acudirás conmigo a Gebtu aunque aún no lo sepas ni tú mismo así que tratar de evitarlo es del todo inútil.

Comprendí que era verdad. Sadith siempre tendría dos ventajas frente a mí, una era su visión que, aunque no fuera algo exacto, le permitía adivinar muchas de mis intenciones, la otra era saber que yo haría cualquier cosa por proteger a Ankh. Saber que aquella batalla estaba perdida y que una vez más yo acabaría haciendo lo que Sadith deseaba hizo que una nueva tristeza llenase mi corazón.

Una tristeza que me recordaba lo que había sido, la altura de mi vida pasada y lo poca cosa que era en esta y, aunque en aquel momento no pude darme cuenta, la oscuridad de mi corazón se hizo un poco más grande.

Dos días después finalmente nos comunicaron que Iojebed y su familia habían dejado Tebas en dirección a Gebtu. Ellos hacían el camino por tierra disfrazados como una familia de comerciantes ambulantes de forma que pudieran evitar las vías principales y llamar la atención lo menos posible. Sadith me indicó que partiríamos la noche siguiente, en nuestro caso haríamos el viaje en bote por el Nilo de forma que nosotros tampoco atrajésemos una atención no deseada sobre la caravana de Iojebed. Gebtu estaba a unos tres días de camino de Tebas pero, si el viaje se hacía por el río, la distancia podía recorrerse en poco más de una noche de forma que aún podríamos llegar a Gebtu al mismo tiempo que ellos. Sadith seguía sin compartir conmigo la razón por la que yo debía acompañarla en ese viaje y si eso ya me hacía sentirme incómodo, más me incomodaba la idea de que Ankh no viniese con nosotros. A pesar de que Sadith se lo había pedido Ankh seguía muy enfadada con su madre y decidió que no podría soportar estar encerrada en un bote con ella durante horas así que la única opción era quedarse en palacio. Después de lo ocurrido durante mi última salida de palacio yo me negué en redondo a dejarla sola pero Ankh no estaba dispuesta a ceder y finalmente llegamos al acuerdo de que, durante el par de días que esperábamos estar fuera, ella no saldría de sus habitaciones y que permitiría que Sadith levantara sus guardianes para asegurar su bienestar. La noche antes de nuestra partida la pasamos en vela, entregados cada uno en los brazos del otro y sin deseos de separarnos. Nuestra complicidad se había vuelto enorme y de alguna forma cada uno completaba al otro de forma que separarnos por periodos de más de unas horas nos hacía sentir incompletos y vacíos.

Partimos al atardecer. Nadie se extrañó de que la dama Tyri saliera de viaje nuevamente pues todos sabían que seguía ejerciendo como curandera y partera ocasional. Fuimos a pie hasta el muelle de la ciudad en el río. El muelle empezaba a quedarse vacío porque los pescadores ya habían vuelto para pasar la noche con sus familias y, excepto un par de botes con marineros remendando redes para el día siguiente, no había prácticamente nadie. Sadith me llevó hasta el extremo del muelle donde un bote de juncos de papiro nos estaba

esperando. Si había pensado que haríamos el viaje en un gran bote real con todas las comodidades me equivoqué por completo, aquel era simplemente un bote de pescadores más, con pescadores por marineros y con olor a bote de pescadores. El bote tenía un par de remos largos y una vela cuadrada que estaba desplegada esperando sin duda nuestra llegada para partir. Sadith debió de notar mi extrañeza y hasta mi incomodidad y me miraba divertida.

—Pensé que sería más discreto si viajabamos como lo haría una persona cualquiera. Esta gente son todos amigos, he atendido a algún familiar de casi todos ellos alguna vez y en agradecimiento me ayudan cuando necesito desplazarme. Es también más rápido, al ser un bote de pescadores no necesitamos complicados permisos reales y podemos partir inmediatamente —dijo todo eso mientras se dirigía al extremo del bote y se sentaba en el suelo sin un ápice del aire distinguido de señora de la corte que habitualmente tenía—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué me miras así?

—Estás diferente, más relajada.

—Estoy feliz, Helel. Para mí no es fácil vivir en palacio. Aquí, entre la gente corriente, con el aire y los olores de la naturaleza, me siento más yo —respondió y una sonrisa llenó su rostro.

—Eso es algo que puedo entender —dije recordando el aire en mi rostro cuando aún poseía mis alas. Inmediatamente una sombra de tristeza se posó sobre mi rostro y Sadith lo notó.

—Será mejor que te sientes e intentes dormir algo —dijo arropándose en su manto—, si todo va bien deberíamos llegar a Gebtu al amanecer y otro viejo amigo nos espera para llevarnos al punto de encuentro en las afueras de la ciudad.

Lo intenté. Me arropé en mi manto como ella había hecho para protegerse del frío aire nocturno del río pero sólo conseguí dar vueltas. Miré al cielo y el espectáculo de las estrellas brillando en la oscuridad de una noche sin luna llenó mis ojos y así, contando estrellas pasé el resto del viaje. Tal y como Sadith había dicho llegamos a Gebtu al amanecer y el muelle, mucho más pequeño que el de Tebas, estaba igualmente vacío de no ser por un muchacho de unos diez o doce años que nos esperaba con un carro tirado por un par de mulas. Sadith se despidió de los pescadores indicándoles que volveríamos al anochecer y sonriendo al muchacho a modo de saludo se montó en el carro. Apenas tuve tiempo de subirme tras ella antes de que el carro comenzara a moverse. El muchacho guió a las mulas por un camino lateral que se alejaba del muelle y la ciudad y se adentró en el desierto. Fue un trayecto corto hasta que llegamos a un pequeño oasis apenas visible. El lugar estaba lleno de

camellos que descansaban a la sombra de las pocas palmeras que se encontraban dispersas alrededor del agua junto con un grupo de hombres que parecían acabar de despertar. Del grupo de hombres emergió una figura que en seguida reconocí como el viejo Ahmet. El anciano se acercó hasta Sadith y le indicó una vieja cabaña al otro lado del oasis. Sadith saltó del carro tan pronto como este se paró y se encaminó hasta allí seguida por mí. Tal y como esperaba encontré a Iojebed y toda su familia en el interior, vestidos como si fuesen otros miembros de la caravana. Tan pronto como nos vieron entrar Iojebed se abrazó a Sadith.

—¡Mi señora, gracias a Yaveh que estáis bien!

—Mi buena Iojebed, me alegro tanto de que estéis sanos y salvos —dijo sonriendo—. Sé que no ha sido fácil pero ya casi hemos acabado y pronto os encontrareis con vuestra familia.

—Nunca podré agradeceros lo suficiente lo mucho que habéis hecho por nosotros.

—No hay nada que agradecer, Iojebed, tan sólo hemos hecho lo que es justo y sólo lamento no poder hacer lo mismo por muchos más.

—¡Que Yaveh te bendiga siempre señora! ¡Y a ti también Helel, gracias de corazón!

—¡Ha sido un placer poder ayudaros, Iojebed! —respondí.

—Iojebed, antes de que partáis hay una cosa que me gustaría preguntarte y, si no te ves capaz de responderme, quiero que sepas que lo entenderé —dijo Sadith de repente. Iojebed la miró fijamente los ojos pero algo en su rostro indicaba que ya sabía lo que le iba a decir—. Se trata de Amram.

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas y su cuerpo empezó a ser demasiado pesado para sus piernas así que se dejo caer sobre un pequeño taburete que estaba junto a la mesa que hacía las veces de único mobiliario en la cabaña. Sadith se acercó hasta ella y se arrodillo para coger sus manos y mirarla al rostro.

—No quiero causarte ningún dolor Iojebed, si los recuerdos van a hacerte sufrir dejémoslo y esta conversación no habrá existido jamás. —Los hijos de Iojebed la miraban entristecidos y era evidente que sabían de que hablaba Sadith. Iojebed respiró profundamente y, sin soltar las manos de Sadith, habló casi en un susurro.

—Siempre supe que este día llegaría. Y mi esposo lo sabía también. En cierta forma lo deseaba porque sólo el contarlo puede ayudarnos a llevar esta carga que se está volviendo demasiado grande. —La mujer respiró para coger fuerzas antes de continuar—.

Amram siempre fue el mejor marido y padre del mundo y nunca Yaveh podría haberme enviado a alguien mejor pero, como todos, era humano, y durante toda su vida sólo hubo un episodio de su vida que fuera lo suficientemente vergonzoso para él como para mantenerlo en secreto, por eso sé qué deseas saber sin que me lo digas. —Sadith asintió y se sentó en el suelo junto a Iojebed dejándola hablar—. Amran no había nacido en esclavitud. Su familia había sido apresada y esclavizada cuando él tenía doce años. Su padre fue destinado a trabajar en la construcción de los templos y murió aplastado por un gran pilar que se derrumbó por accidente. El destino de mi esposo podía haber sido el mismo pero desde pequeño su familia le había instruido para que supiera leer, escribir y contar y eso le ayudo haciendo que fuera destinado a servir en la casa de una familia recién llegada a Tebas desde la ciudad de Avaris. Era la casa de un hombre que había ascendido como consejero del faraón y durante varios años Amram fue tan feliz cómo se podía ser en el cuerpo de un esclavo. Llegó el momento en que el faraón murió y el señor de la casa donde Amram servía fue elegido, para sorpresa de todos, nuevo faraón, Ramsés. Amran siguió sirviendo a la misma familia pero esta vez en el palacio. Por aquel entonces nuestras familias arreglaron nuestro matrimonio y consiguieron el permiso del faraón para que nos pudiéramos casar debido al aprecio que Ramsés sentía por Amram. La vida siguió adelante y tuvimos dos pequeños, Aaron y Miriam. —La mujer paró un segundo para coger aire y yo comprendí inmediatamente por qué Sadith había querido que la acompañase, para escuchar exactamente aquella historia—. Un día Amram me comunicó que debía ausentarse un par de días para acompañar a una de las mujeres de la familia a la ciudad de Nbwt porque quería ofrecer una ofrenda a una de sus diosas pidiendo concebir un hijo. Amram partió hacia Nbwt pero lo que volvió de allí ya no era mi esposo sino una sombra medio destruida de lo que había sido, devorado por la culpa y la vergüenza. La noche de su retorno, tras preguntarle varias veces qué le ocurría, por fin me confesó lo que había sufrido en aquel lugar. Amram me contó cómo había debido acompañar a su señora al templo una noche para presentar su ofrenda. Nadie más acudió con ellos. Mientras su señora pedía por un hijo varón una figura envuelta en un manto oscuro se apareció ante ella y se presentó como el dios Seth. Amram no recordaba qué habían hablado la mujer y aquella figura que decía ser un dios pero recordaba todo lo que había ocurrido a continuación. La figura oscura caminó hasta él, le puso la mano sobre la cabeza y desde ese

momento Amram no fue dueño de su cuerpo, era como si fuera una marioneta en manos de aquel ser, le dominaba y le obligaba hacer su voluntad. Y su voluntad fue... —la mujer paró para respirar nuevamente y secarse las lágrimas que empezaban caer por su rostro—, aquella criatura le obligó a yacer con su señora en el suelo del templo mientras le susurraba que debía estar orgulloso porque sería el padre de un rey.

La mujer acabó el relato y no pudo por menos que derrumbarse y llorar. Miriam corrió a su lado para consolarla mientras Aaron miraba al suelo serio y Moisés apretaba sus puños comido por la rabia. La mujer logró calmarse pasados unos momentos y continuó su relato.

—La confesión de Amram no hizo que la carga fuera menor. Yo, debido al amor que sentía por él, le perdoné, aunque verdaderamente no creía tener nada que perdonar, y pronto me quedé embarazada de mi buen Moisés. Pero para Amram la vida no volvió a ser igual. Un día llegó a casa destrozado, completamente destruido. Aquella mujer con la que se había visto obligado a yacer era la futura reina Tuya y había anunciado su embarazo. Amran estaba convencido de que ese pequeño era suyo y la culpabilidad que ardía en el interior se multiplicó por mil por el dolor de no poder conocer a su hijo. La reina ordenó inmediatamente que Amram fuera destinado a los trabajos más duros en las carreteras y templos, sin duda por miedo a que pudiese decir algo. Amram dejó de comer, de dormir, dejó de ser el mismo y eso unido al trabajo al que era sometido minó su salud. Cuando las fiebres atacaron el poblado su cuerpo estaba demasiado débil para hacerles frente, pero sobre todo, Amram había perdido la voluntad de vivir consumido por la pena y finalmente murió llamando al hijo perdido por su nombre, Ramsés.

—¡Ramsés, siempre Ramsés, estoy harto de oír ese nombre! —gritó Moisés de repente. Sus manos estaban crispadas y la rabia que guardaba en su interior tensaba su cuerpo y acabó golpeando la pared de la cabaña con tal fuerza que su puño acabó ensangrentado. Al mirarle en aquel estado no pude evitar ver cierto parecido conmigo mismo.

—¡Moisés, cállate! —le espetó su hermano Aarón.

—¡No pienso callarme, ya no puedo más. Nuestro padre se pasó la mitad de su vida lamentándose por el hijo al que no podía ver pero sin preocuparse de los que sí estábamos con él!

—¡Eso no es verdad y lo sabes. Padre nos adoraba!

—¿Nos? No hermano, padre te adoraba a ti, su primogénito, y a

Miriam su pequeña princesa e incluso a Ramsés, el hijo perdido pero, ¿yo? Yo era el recordatorio permanente de su pérdida y de su pecado y eso es algo que nunca pudo soportar.

—¡Moisés, basta ya! —gritó Iojebed llorando. Como si la voz de su madre hubiera despertado en él un ápice de cordura Moisés la miró y sus ojos se llenaron de lágrimas. Acto seguido salió corriendo de la casa.

Sadith abrazó a Iojebed que lloraba ahora de forma desconsolada. Miriam seguía a su lado sujetando su mano sin decir una palabra.

—Cuando Ramsés atacó el poblado de los esclavos me dijisteis que buscaba a la familia de Amram pero que no sabíais por qué —dije dejando la pregunta en el aire, una pregunta para la que ya conocía la respuesta.

—¡Perdóna que te mintiésemos, Helel! —dijo Aaron—. No sabíamos en quién podíamos confiar y este secreto ha sido siempre eso, un secreto que hemos guardado celosamente en la familia. De hecho, no sabemos si esta es la razón por la que Ramsés buscaba a nuestra familia.

—Sí, sí lo es —dijo de repente Miriam haciendo que su madre levantase la cabeza y la mirase con los ojos muy abiertos. En aquel momento las piezas empezaron a encajar.

—Tu visita al palacio. —dije mirándola y, aunque sin intención, haciendo que se ruborizase.

—¿Visita? ¿Qué visita Miriam? —preguntó Iojebed.

La muchacha se sentía claramente avergonzada pero me pareció que era más por haberle ocultado un secreto a su madre que por ninguna otra cosa.

—Los soldados de Ramsés vinieron a buscarme una noche mientras cuidaba de la abuela Mariam. Tú habías ido con Aaron y Moisés a atender a los esclavos heridos como solías hacer. Yo no quería ir con los soldados porque sé para que utiliza Ramsés a las jóvenes del poblado pero la abuela me convenció de que si me negaba sólo pondría en peligro a toda la familia así que les dejé que me llevasen. —La muchacha hizo una pausa para evaluar la reacción que sus palabras provocaban en la mujer y al ver que esta no decía nada prosiguió—. Los soldados me llevaron directamente a las habitaciones de Ramsés y mi cuerpo temblaba pensando que mi propio hermano fuese a obligarme a estar con él pero, para mi sorpresa, no era eso lo que Ramsés quería. Ramsés sólo estaba interesado en saber si yo era la hija de Amram y si era verdad una historia que había llegado hasta sus oídos, quería saber si era

verdad que mi padre había concebido un hijo en una mujer noble egipcia y quienes estaban enterados de ello.

El rostro de Iojebed estaba desencajado. Sus manos empezaron a temblar y Sadith a duras penas pudo sujetarlas. Miriam, dándose cuenta del estado de su madre corrió a arrodillarse junto a ella.

—¡Pero no le dije nada madre! Le mentí, le dije que no era la hija de Amram, que mi padre se llamaba Camram y que seguramente por eso sus soldados se habían equivocado. Y me creyó, madre, me dejó marchar sin tocar un sólo pelo de mi cabeza, te lo prometo —dijo la muchacha apenas sin respirar entre frase y frase.

—Me temo que es justo lo contrario, pequeña —dijo de repente Sadith—. Si Ramsés te hubiese creído habrías sido violada allí mismo por él o por sus soldados porque carecerías de valor alguno para él. El hecho de que te dejase marchar es la prueba de que no te creyó, al contrario, te usó para poder llegar hasta tu familia. Si conseguía apresaros a todos, más tarde o más temprano uno de vosotros se rompería bajo la amenaza de lo que le pudiera pasar a los demás y le diríais lo que deseaba saber. Ramsés es un estratega y nunca se da por vencido.

Una vez más las palabras de Sadith fueron premonitorias. Inmediatamente Moisés volvió a entrar corriendo en la cabaña y con el rostro desencajado.

—¡Soldados! —Gritó—. ¡Se acercan soldados!

—¡No puede ser! —respondió Aaron—. ¿Estás seguro?

—Los hombres de la caravana les han visto acercarse tanto como yo. Estarán aquí en un momento.

—Quedaros dentro de la cabaña y no salgáis pase lo que pase, ¿me entendéis? —les dije—. Sadith y yo nos encargaremos de esto.

Sadith me siguió al exterior sin decir una palabra como si una vez más supiera lo que estaba a punto de ocurrir. Fuera nos encontramos a un grupo de diez soldados fuertemente armados que bajaban de sus caballos. Uno de ellos se adelantó para acercarse hasta Sadith.

—¡Mi señora Tyri, eres la última persona a la que hubiese esperado encontrar aquí!

—¡Creo que puedo decir lo mismo, general Rajsept! —respondió Sadith sin mostrar un ápice de nerviosismo.

—Creo que el faraón va a estar muy interesado en saber cuáles son las razones para que te encuentres tan lejos del palacio —dijo el hombre acercándose aún más a Sadith hasta que sus rostros casi se tocaban.

—Seguramente te refieres más bien a su hijo, el príncipe Ramsés, ¿verdad? He oido que tú y otros generales os habéis convertido en sus criados. Una evolución curiosa para una carrera militar, mi querido Rajsept.

El rostro del hombre enrojeció de ira ante las palabras de Sadith y su mano agarró como por reflejo la empuñadura de la espada que colgaba de su cintura.

—Cuando volvamos a Tebas y te encuentres ante mi señor no mostrarás tanta osadía —respondió el general apretando los dientes.

—Te equivocas nuevamente, mi querido Rajsept. Cuando volvamos a Tebas tendrás que explicar por qué un general del ejercito del faraón amenazó a la vidente y amiga personal de la reina cuando se encontraba en las provincias comprobando sus propiedades. —Tuve que contenerme para que mi rostro no mostrase mi sorpresa. No sabía si lo que Sadith acababa de decir era una arriesgada apuesta para intentara salir de aquella situación o había algo de verdad tras ello, pero era evidente que el general estaba sucumbiendo a las amenazas de Sadith aunque no en la forma en la que ella esperaba sino como un animal herido a punto de mostrar sus dientes.

—¡Vaya! No sabía que tenías propiedades en esta parte del país, supongo que siendo ese el caso no te importará que mis hombres y yo descansemos por un rato en esa cabaña y nos refresquemos con el agua de tu propiedad —dijo el hombre con la sonrisa de quien sabe que ha ganado una partida de cartas.

—Me temo que no será posible —respondió Sadith y pude notar como su cuerpo se tensaba como preparándose para lo que estaba a punto de pasar.

—¿Y por qué razón, mi señora? —preguntó el hombre acercando su rostro aún más al de Sadith hasta que apenas quedó espacio para el filo de una espada entre los dos.

—Porque no vivirás lo suficiente.

La mano de Sadith agarró el rostro del hombre y su boca susurró unas palabras sin separar sus ojos de los suyos. El pobre desgraciado no tuvo tiempo de reaccionar, su cuerpo se tensó como la cuerda de un arco sin que Sadith soltara su rostro y un humo oscuro y un olor acre salieron de su boca y su nariz y sus gritos terribles resonaron en todo el oasis. En un instante el hombre había combustionado desde su interior y lo único que quedo de él fueron las cenizas que manchaban la mano y las ropas de Sadith y que eran barridas por el aire del desierto.

Los hombres que le acompañaban tardaron unos instantes en

procesar lo que estaba ocurriendo frente a ellos y cuando quisieron acudir en su ayuda era demasiado tarde para él y para ellos mismos. Mi cuerpo reaccionó de forma automática. Mi espada se materializó en mi mano y como una sombra fui apareciendo y desapareciendo entre ellos si que pudiesen siquiera verme. Mi espada cercenó sus miembros y sus gargantas haciendo que se reunieran con su general sin que hubieran sido capaces de entender qué era lo que les había arrebatado la vida. En apenas el tiempo que tarda una respiración me encontraba frente a Sadith con nueve cadáveres a mis pies y, sin poder evitarlo, la satisfacción que su muerte me había provocado se manifestaba en mi rostro. Creo que en aquel momento tanto Sadith como yo nos dimos cuenta de que había una gran diferencia entre nosotros, mientras ninguno de los dos dudaba en matar para proteger a aquellos que nos importaban, era evidente que Sadith no obtenía ningún placer en ello mientras que a mí, arrebatar la vida de aquellos hombres, me había llevado a un estado de éxtasis solo comparable al que sentía entre los muslos de Ankh. Si aquel pensamiento debía haberme provocado algún remordimiento no tuve tiempo de que así fuera. Con un movimiento de su mano, Sadith hizo que los cuerpos de los soldados que yo había masacrado ardieran como había hecho con el del general. Inmediatamente, se giró para buscar a Ahmet y le ordenó que retirase de los caballos cualquier señal que pudiera vincularlos con el ejercito del faraón para acto seguido entrar de nuevo en la casa. Iojebed y su familia se encontraban abrazados esperando la resolución de lo que estaba pasando en el exterior. Todos excepto Moisés que se encontraba junto a la ventana y era evidente que había visto todo lo ocurrido, sus ojos se clavaron en los míos al entrar en la cabaña pero no dijo una sola palabra y sin embargo, no hubo necesidad de ello porque yo sabía que aquella mirada gritaba gracias.

—No podemos perder más tiempo, es necesario que os marchéis. Estoy segura que esa no era la única patrulla que Ramsés ha enviado. Una vez que cruces las montañas orientales ya no os encontrareis en Egipto y no tendréis nada que temer, para todo el mundo series simplemente una caravana de comerciantes.

Iojebed se levantó del lugar donde se encontraba sentada y sin decir nada abrazó a Sadith en un gesto que lo decía todo por sí mismo. Al mismo tiempo, Miriam se acercó hasta mí.

—Mi familia y yo misma estamos vivos gracias a mi señora Sadith a ti, Helel. Yaveh sabe que yo no puedo pagar todo lo que ella ha hecho por nosotros pero la señora Sadith me dijo que sí había algo que yo podía hacer por ti. —Con una dulzura inmensa su

mano acarició mi rostro y una serie de imágenes llenaron mi cabeza. Fue como si estuviese volando de nuevo, podía ver el suelo pasando rápido debajo de mí, más allá de los desiertos y de las montañas, hasta el mar y aún más allá, hasta otro país. Y entonces mi mente ascendió hasta una alta montaña cubierta de bosque y podía sentir el aire de la cumbre en mi rostro. Mi mente me mostró la entrada de una cueva, decorada con dos pequeños pilares de piedra y desde el interior una voz me llamaba por mi nombre pidiéndome que entrase. Las imágenes desaparecieron cuando Miriam retiró su mano pero yo sabía que habían quedado grabadas en mi mente para siempre. Quise preguntarle qué significaba todo aquello, qué era lo que había visto y por qué Sadith quería que me lo mostrase pero Aaron agarró a Miriam por el brazo y se la llevó afuera sin darme tiempo a preguntarle nada. De repente me encontré con los ojos de Sadith mirándome fijamente con la misma ternura de la niña que jugaba entre mis piernas en Sumeria. Y no quise preguntar nada más. Creo que mi mente se quedó bloqueada repitiendo una y otra vez las imágenes que Miriam me había mostrado durante mucho tiempo y cuando por fin pude volver en mí me encontraba de nuevo en el barco con Sadith de vuelta a Tebas. Era noche cerrada y Sadith se encontraba de pie en la proa envuelta en su manto y con los ojos cerrados. Me acerqué hasta ella pero su voz me llegó antes de alcanzarla.

—Lo sé. No entiendes nada.

—Es verdad, no lo entiendo —dije sin acritud—. No sé que es lo que ha pasado ni qué es lo que Miriam me ha mostrado. Sólo sé que tú querías que lo viese y me pregunto por qué.

Sadith se giró para mirarme y su cuerpo perfilado contra la luna le dio una vez más el mismo aspecto de una de las diosas que los egipcios veneraban.

—¿Recuerdas lo que hablamos sobre Enoch?

—Sí, claro —respondí—. Pero también recuerdo que sin una forma de saber como encontrarle Enoch no me es útil. —La sonrisa de Sadith me golpeó como un látigo y me hizo despertar—. Las imágenes de Miriam son la forma de encontrar a Enoch —dije apenas en un susurro.

—Efectivamente —respondió Sadith sin dejar de sonreír—. En Avaris descubrí la historia de Amram pero al mismo tiempo y sin quererlo me encontré con que Amran se había casado con la hija de una familia que, aunque sin poder ni riquezas, tenía todo el prestigio que da ser descendiente directo de Enoch. Y entonces fue cuando todo cobró sentido. El hecho de que Iojebed fuera

descendiente de Enoch no iba a servirnos para localizarle pero al menos dejaba una puerta abierta. Para mi sorpresa, encontré entre mis libros una versión aún más antigua de la historia de Enoch que indicaba que debido al dolor de tener que abandonar a su familia para cumplir la misión que su dios le había encomendado Enoch cometió el pecado de confesar a donde se dirigía a su hija mayor por si alguna vez necesitaban de su ayuda. Cuando le pregunte por esto a Iojebed me explicó que no era una leyenda. La ubicación de Enoch sólo es transmitida por vía materna a la hija mayor y cuando las niñas cumplen diez años reciben las imágenes de la localización del abuelo, como ellos le llaman, y esas imágenes se borran de la mente de la madre. Así que eso hacía que sólo Miriam fuese conocedora del paradero del abuelo.

—Y de alguna manera lograste convencerla para que me lo mostrase.

—Te equivocas, no tuve que hacerlo. Su agradecimiento hacia ti por lo que has hecho por su familia es sincero y, en cuanto les expliqué que Enoch podría ayudarte a volver a tu casa y a tu familia, ellos mismo decidieron que Miriam debía ayudarte si podía hacerlo.

—Pero no les dijiste que yo soy...

—¡Por supuesto que no, no seas ridículo! —dijo molesta—. Pero te repito que no fue necesario. Aunque no lo creas, aún quedan entre los hombres personas con el deseo de hacer el bien de forma desinteresada. No muchos, es verdad, pero no todo está perdido.

Llegamos a Tebas al amanecer del día siguiente y nos dirigimos inmediatamente al palacio. Mi cuerpo ansiaba ver a Ankh nuevamente y entregarse a la pasión que nos había estado devorando todo este tiempo. No me cabe duda de que Sadith era capaz de leer en mi el estado de ansiedad en el que me encontraba pero, como era habitual en ella, no dijo una sola palabra y tan pronto como llegamos al palacio se dirigió a sus aposentos sin siquiera decirme adiós. Yo, que ya me había acostumbrado a ese comportamiento por su parte, no le presté la menor atención y me encaminé hacia los aposentos de Ankh haciendo un esfuerzo inmenso para que la ansiedad que fluía en lo más profundo de mi ser no me hiciera transportarme directamente a su lecho. Pero en mi tiempo como humano ya debería haber entendido que la vida nunca nos pone las cosas fáciles y que siempre debes esperar lo inesperado, y tan pronto como llegué a la puerta de los aposentos

de Ankh recibí una bofetada de realidad. La puerta estaba guardada por dos soldados de la guardia personal del faraón armados con lanzas y bloqueando el acceso. Al verme llegar inmediatamente sus lanzas se cruzaron sobre la puerta indicándome que no podía acceder.

—¿Qué es lo que ocurre? —pregunté con peores modales de los que probablemente eran esperados de un esclavo—. Soy el sirviente personal de mi señora Ankh, !dejadme pasar¡

—¡Apártate esclavo!¡Ni tú ni nadie atravesará esta puerta, son órdenes directas del señor Sarureptah!.

En ese momento las puertas se abrieron y tras ellas me encontré con el rostro del marido de Ankh que abandonaba la habitación con el torso desnudo y seguido por tres de sus concubinas. Por un momento la rabia de entender lo que su presencia significaba me hizo estar a punto de hacer que mi espada se materializase y acabar con su vida pero, de alguna forma, supe controlar mis instintos y en el último instante forzar a mi cuerpo en una reverencia mientras me apartaba de la puerta. Sin levantar la mirada del suelo noté como Sarureptah y su séquito se paraban frente a mí y me susurraba de forma que sólo yo pudiese oírle.

—Su lugar siempre será de rodillas frente a mi polla, no lo olvides jamás, Helel.

Aquellas palabras hicieron que mi sangre hirviera en mi interior y tuve que clavarme las uñas en las palmas de las manos para no sucumbir a mis instintos y arrancar sus tripas allí mismo, delante de todo su séquito. Sin duda, Sarureptah se dio cuenta de mi frustración y se alejo riendo sabiendo que su dardo había dado en el lugar donde más daño podía causar. Una vez que se hubo marchado seguido por los soldados corrí al interior de la habitación y me encontré a Ankh cubierta por una bata de seda oscura abrazándose a sí misma en la terraza mirando al horizonte. No necesité mirar a su rostro para saber que estaba llorando. Quise abrazarla pero ella rechazó mis brazos.

—¡No, déjame!

—Ankh...

—Déjalo, Helel. No hay nada que decir. El tiempo que hemos estado juntos ha sido muy hermoso y nunca me he sentido más libre ni más llena de vida pero ha sido todo una ilusión.

—¿Por qué dices eso? Para mí nuestro tiempo juntos ha sido lo más real y más mío que he tenido en mucho tiempo y pensé que para ti también.

—Tú no lo entiendes —dijo girándose para mirarme con los ojos

rojos de tanto llorar—. Yo soy la esposa de Sarureptah y eso es algo de lo que nunca podré escapar. Siempre tendré que estar a su disposición para lo que él desee, para satisfacer la más oscura de sus perversiones porque yo no soy nada más que una de sus posesiones, un perro con el que puede hacer lo que desee.

—Eso no es verdad y lo sabes. Eso no es lo que eres sino simplemente lo que te ha tocado vivir. Créeme, yo conozco bien lo que significa tener que vivir una vida que no has escogido pero eso no te hace ser menos tú misma.

—Eso es fácil de decir, Helel. Yo soy una mujer y eso por definición en este mundo sólo significa una cosa, no soy nada. Sólo seré aquello que mi marido desee que sea.

—Tú eres una mujer y yo soy un esclavo, ninguno de los dos hemos podido elegir pero ahora la vida nos ha dado la oportunidad y debemos aprovecharla.

Sus ojos me miraron con compasión, la compasión de alguien que sabe que quien tiene frente a el se engaña y no puede ver la realidad. Lentamente su mano s esposo sobre mi rostro y me acarició dulcemente.

—¡Habría sido tan hermoso..., ha sido tan hermoso!

Intenté agarrar su mano pero en un instante se alejó corriendo de mí sin que pudiese retenerla. La ansiedad por verla había dejado paso a la rabia inmensa de saber que la estaba perdiendo y la rabia se empezó a acumular alcanzando el punto en el que ya no podía controlarla, y sin poder evitarlo me transporté lejos del palacio. Mi mente tardó unos segundos en darse cuenta de dónde me encontraba. Llevado por el dolor, mi cuerpo se había transportado al mismo rincón de las montañas a donde había llevado a Ankh para que pudiese ver los lirios de sangre. La orilla de la cascada estaba aun más repleta de aquellas flores que lo inundaban todo con su fragancia. Al verlas y recordar la felicidad de aquel momento que habíamos compartido una única palabra resonó en mi mente. Mentira. Todo lo que había vivido, las cosas a las que me había considerado con derecho, la felicidad que había robado era todo una mentira. Me había mentido a mi mismo en el momento en el que me había creído un hombre, uno de vosotros. Pero la única realidad es que, aunque estuviera atrapado en un cuerpo humano, yo no lo era, no lo había sido nunca y no podía esperar serlo. Yo era un paria, un hijo abandonado, un hermano repudiado y un amigo perdido, una criatura que fue pero que nunca más volvería a ser y yo no tenía derecho a la felicidad que los humanos disfrutáis. La vida ya me había demostrado una vez que yo no tenia derecho a ser

amado ni a amar porque aquellos a los que amaba siempre acababan heridos o muertos. Yo era un portador de desgracia para todo aquel que se acercaba a mí y eso haría que viviera eternamente solo. La rabia del aquel pensamiento se desbordó y noté como a mi alrededor se formaba unas llamas de un rojo intenso y una calor abrasador que devoraron todo en torno a mi. Unas llama alimentadas por un único deseo que vibraba en mi interior, destrucción. Cuando por fin pude controlarme y las llamas desaparecieron no quedaba ni rastro de las flores que Ankh amaba tanto, nada excepto un montón de cenizas. Al ver aquella imagen una lágrima rodó por mi mejilla, pero ni siquiera le presté atención y dejé que rodase hasta caer al suelo, un último vestigio del humano que había deseado ser y que no cometería de nuevo el error de creerme. No aceptaría más mentiras, no creería más en el amor de un padre que me había abandonado, no creería más en el amor de una familia que había intentado acabar conmigo, no creería más en el amor que acababa por traicionarme, no me creería más con derecho a ser amado.

No recuerdo como llegué de nuevo a mis aposentos, sólo se que me desperté a la mañana siguiente en mi catre con un terrible dolor de cabeza. Con la tristeza de lo ocurrido la noche anterior aún clavada en las entrañas me preparé para el gran día, la fiesta del valle. Me encaminé al patio del palacio donde todos criados debíamos esperar a que comenzase el desfile como si de un cuerpo sin vida animado por alguna extraña magia se tratase. El ruido que provenía del otro lado de los muros del palacio era ensordecedor. Diferentes músicas provenientes de todos lados se entremezclaban con las risas de la gente y el ruido de las conversaciones. Aunque no podía verlo imaginé que toda la ciudad había salido a la calle para celebrar aquella fiesta, para entregarse a la diversión y olvidarse de sus problemas. Era como si nada pudiese preocuparles en aquel momento, como si la vida fuera precisamente eso, una celebración, un derroche de felicidad continuo y no tuviesen que preocuparse en absoluto por el mañana. Sentí como un pequeño vacío se apoderaba de mí, como aquella felicidad me recordaba enormemente a una que yo había vivido mucho tiempo atrás cuando para mí el tiempo tampoco significaba nada, cuando yo era eterno y aquel recuerdo hizo que el gran hueco de mi corazón fuese aún mas grande.

De repente las puertas del palacio se abrieron y fue como si un gran vacío sordo lo llenase todo. La multitud que se encontraba en

la calle enmudeció de repente, no hubo más música ni conversaciones, ni más risas ni más alegría, sólo un silencio casi temeroso. En aquel instante, como salido de la nada vi pasar por mi lado a la razón de aquel silencio. Seti acababa de aparecer en el patio rodeado de todos los miembros de la corte y la familia real que le acompañarían en el peregrinaje que estaba a punto de empezar. El cortejo se paró justo a las puertas del palacio y en un momento todos los hombres, mujeres y niños que se encontraban junto a la puerta se retiraron para dejar paso al faraón. Sus rodillas se postraron sobre el suelo y sus cabezas se agacharon en señal de respeto. Sin embargo, no pude evitar fijarme en que no era respeto lo que sus rostros mostraban sino miedo, el miedo instintivo a una criatura que está por encima de los mortales, a un Dios hecho hombre. El cortejo empezó a andar guiado por Seti convenientemente rodeado de soldados de la guardia real. Sabía que la primera parada sería el templo de Karnak donde Seti debía encontrarse con la imagen del dios al que los egipcios adoraban por encima de todo, Amón—Ra. Ptehsure me había explicado que la fiesta del valle era el momento en que Amón—Ra, su esposa Mut y su hijo Khonsu viajaban a la orilla oeste del río para visitar los templos funerarios de los reyes muertos y sus santuarios en la necrópolis de Tebas. Aquel viaje era una representación del viaje que, según ellos, todos los hombres hacen a su muerte, desde la orilla de los vivos hasta la orilla opuesta del Nilo donde se encontraban las tumbas de los que habían dejado este mundo de forma que en aquella celebración se honraba su recuerdo. Aquella forma de aferrarse a la parte terrenal de la existencia humana que en otro tiempo me había parecido tan banal había cobrado un sentido diferente ahora que, como humano, había experimentado lo que significa la pérdida para vosotros. Aquel miedo a perder nuevamente aquello que quería se me había metido también a mí debajo de la piel y ya no tenía forma alguna de sacarlo.

La voz de uno de los capataces de palacio me sacó de mis pensamientos gritándome que me preparase para incorporarme a la fila de esclavos al final del grupo. Justo cuando aquel hombre termino de chillarme la vi pasar ante mí, Ankh, vestida en el más fino lino egipcio que marcaba su figura, su rostro pintado como si de una diosa se tratase, cubierta de joyas de llamativos colores y con una serenidad en la mirada propia de una estatua de alabastro. No me miró, ni siquiera sé si se percato de mi presencia pero hubo alguien que sí lo hizo. Su esposo que caminaba a su lado giró el rostro para mirarme por un segundo con una sonrisa siniestra. Si en

aquel momento sospeché algo de lo que el futuro nos depararía no tuve tiempo de aferrarme a aquella idea porque el capataz me agarró del brazo para lanzarme detrás del grupo con muy malas maneras. Desde mi nueva posición pude ver que Sadith caminaba justo detrás de Ankh y eso me hizo sentir algo más tranquilo aunque hubiera preferido mil veces ser yo quién velara por ella.

El cortejo prosiguió su camino por las calles de Tebas en dirección a Karnak. El camino duró bastante más de lo que yo esperaba porque el paso del cortejo era mucho más lento que el de una persona sola a pesar de que las calles por las que pasaba estaban completamente despejadas y la gente se arremolinaba en los laterales para vernos pasar. Finalmente llegamos al templo justo antes del medio día y salieron a recibirnos los sacerdotes de Amón entonando cantos de alabanza al dios y a Seti, al que reconocían como hijo de Amón. La entrada al templo estaba tan llena de gente como la ciudad pero a ninguno de nosotros se nos permitiría la entrada aquel día. Los capataces hicieron que los esclavos nos separásemos del resto del cortejo y que nos colocásemos a la derecha de la entrada del templo. Seti, acompañado de los faraones se adentró en el edificio donde procedería a hacer ofrendas al dios, al que posteriormente acompañaría en su viaje a la otra orilla. Por su parte, Tuya, se dirigió acompañada de sus damas de la corte a presentar sus ofrendas al templo de Mut que se encontraba en el lateral derecho del complejo. Para mi sorpresa aquella presentación de ofrendas duró mucho tiempo y la tarde ya estaba avanzada cuando finalmente el cortejo salió nuevamente del templo. Esta vez, el orden había cambiado. Ya no era Seti quien iba en cabeza del cortejo sino que este había sido desplazado por la imagen de los dioses a los que debía acompañar. La figura de Amón, una estatua de pequeño tamaño que representaba a un hombre sentado en un trono, iba en cabeza seguida de la figura de una mujer que portaba un tocado de alas de buitre y llevaba un Ankh en su mano. Aquella figura, orgullosamente erguida y pintada como si estuviese vestida en colores rojos y azules me recordó por un segundo a Sadith y no puede evitar sonreír al pensar lo que ella me diría si lo supiese. La última figura, la de Khonsu, hijo de Amón y Mut, representaba a un niño pequeño, con el mechón de pelo cayendo sobre el lateral de su cara y vestido con un sudario blanco. A pesar de que las estatuas no destacaban por su tamaño, la forma en que eran transportadas y el respeto con el que la gente de Tebas se arrodilló al verlas para mostrar su devoción me impactaron enormemente.

El cortejo llegó hasta nuestra posición y nuevamente los

capataces nos alinearon detrás para emprender el camino a los muelles donde las barcazas rituales estaban esperando. Un único golpe de tambor generado por uno de los sacerdotes fue la señal para comenzar la procesión en dirección al río. Aquel sonido seco dio paso a otro mucho más alto y alegre cuando la gente que se arremolinaba a la entrada del templo comenzó a cantar a la par que arrojaban flores y fruta a nuestro paso. En un momento el olor y el color de las flores lo inundó todo, los pétalos se extendían a nuestros pies como una alfombra que recibía al dios en su camino. Algunas personas recogían del suelo las piezas de fruta que habían tocado la imagen del dios para ofrecérselas posteriormente a sus propios difuntos en sus tumbas, como alimento bendecido por la mano divina. El espectáculo de la lluvia de pétalos nos acompañó hasta el mismo río al compás del canto de los tebanos. Cuando por fin llegamos a la orilla el cortejo se paró y pude ver de qué manera el dios y su familia cruzarían hasta el otro lado. El río estaba ocupado por multitud de barcazas de diferentes tamaño, en su mayoría pequeños botes hechos de manojos de papiro atados aunque había otras embarcaciones más grandes, hechas de madera y profusamente decoradas que supuse que debían pertenecer a los nobles de la corte de Seti. Pero destacando por encima de todas ellas, había dos barcas que captaban toda atención por su belleza y la riqueza de su decoración. Eran las barcas destinadas a transportar a los dioses en su camino. Una de ellas, la más grande, era la barca destinada a Amón, un gran bote de madera oscura pintada en color rojo tierra y dorado con una gran vela cuadrada. Solo el dios y su hijo Seti viajarían en aquella nave. Por su parte, Mut y su hijo Khonsu serían transportados en una barca algo más pequeña pero decorada de forma igualmente bella y acompañados por Tuya y sus damas de compañía. El resto de los nobles se repartirían entre el resto de barcas atracadas en el muelle. Para mi sorpresa, aunque los dioses, Seti y su familia embarcaron primero fueron los últimos en abandonar el muelle y, aunque en aquel momento no pude comprender la razón, fue evidente tan pronto como llegamos a la otra orilla. Aquel acontecimiento estaba organizado hasta el último detalle y nada podía fallar. Permitiendo que los esclavos y el pueblo llegasen primero a la orilla oeste los sacerdotes se aseguraban, por un lado que la mano de obra estuviese disponible para cualquier eventualidad a su llegada incluida la descarga de las pesadas estatuas. Por otro lado, Seti y Amón serían recibidos en la orilla Oeste con la misma efusividad y despliegue de música y flores que les había acompañado durante todo el viaje. Yo no podía por menos

que sentirme maravillado por la belleza de todo el ritual y por un momento pude olvidarme del dolor de lo ocurrido con Ankh la noche anterior. La forma en la que la ciudad de Tebas se volcaba con el viaje de su dios y la manera en la que se reverenciaba todo lo que él representaba me parecían maravillosas. Podía entender por qué mi padre siempre había sido tolerante con la forma en la que los humanos os dirigíais a cualquiera de sus formas. ¡Que importaba que nombre le dierais si erais capaces de crear tanta belleza! Aquel derroche de felicidad y luz a mi alrededor me hacia darme cuenta de lo maravilloso que los seres humanos podéis llegar a ser cuando es la luz la que os impulsa. Por desgracia estaba a punto de averiguar como de profunda puede ser la oscuridad cuando anida en vuestros corazones.

A su llegada en la orilla oeste, las estatuas de los dioses fueron descargadas y transportadas una vez más entre música y flores hasta una pequeña capilla construida en la roca viva a la entrada del valle sagrado donde todos los reyes eran enterrados. En aquel lugar los dioses reposarían hasta la mañana siguiente mientras compartían su luz y su energía protectora con todos aquellos que estaban enterrados allí. Para garantizar que nada pudiese disturbarles, se prendieron cuatro antorchas ceremoniales que se colocaron en los cuatro puntos cardinales a fin de asegurar que la oscuridad no pudiese abrirse camino hasta ellos y se colocaron cuatro vasijas llenas de leche para su sustento Aquel acto era al mismo tiempo un final y un principio, el final del viaje purificador del dios y el principio de la celebración para los hombres. Los capataces empezaron inmediatamente a organizar la turba de esclavos traídos desde el palacio para que las tiendas necesarias para el banquete de celebración que honraría a los difuntos fueran levantadas. Todo lo necesario para la fiesta había sido traído la noche anterior desde Tebas y en apenas un susurro la explanada estuvo llena de grandes tiendas de lino que, por más que pareciesen frágiles y humildes por fuera, guardaban en su interior todas las comodidades necesarias para que tanto el faraón y su familia como los nobles no echasen de menos sus palacios y casas en Tebas. Sillones, cojines bordados, lámparas de aceite labradas, alfombras tejidas y vajillas traídas para la ocasión se unieron a animales de compañía traídos de la parte más alejadas del reino, flores de todos los tamaños, colores y olores y una selección de los esclavos más hermosos para atender las necesidades de aquellos hombres y mujeres. A mí me fue asignada la tarea de ayudar con los que serían los sillones destinados al faraón y su familia, grandes estructuras de madera maciza, pintadas

en colores vivos y con figuras de animales por patas. Junto al sillón del faraón, la reina y su hijo Ramsés tuvimos que colocar numerosos otros sillones más bajos y menos opulentos para los miembros menores de la familia que se distribuyeron por el interior de la tienda. Una vez acabada la tarea uno de los capataces me indicó con malas maneras que alguien me esperaba fuera de la tienda. Noté como el corazón se me aceleraba mientras me dirigía la exterior al pensar que podría tratarse de Ankh pero al salir fue a Sadith a quien me encontré.

—Lamento no ser quien esperabas —dijo seria notando sin duda en mi rostro mi decepción.

La realidad era que nunca antes la había visto tan guapa. Llevaba un traje de lino de un blanco sucio que se ceñía a su cuerpo marcando sus formas y un gran pectoral decorado con lapislázuli que representaba dos gatos mirándose el uno al otro. Su cabeza estaba cubierta por una peluca claramente nueva y sus ojos estaban pintados con Kohl como era tradición en las mujeres egipcias. Sus manos estaban cubiertas de anillos de piedras de colores a juego con el pectoral. Así vestida, y a pesar de su no excesiva estatura, Sadith era una mujer capaz de atraer la atención de cualquier hombre y de alguna forma su cuerpo transmitía una seguridad que indicaba que ella también era consciente.

—No pretendía ofenderte —dije medio avergonzado—, ¡estás muy hermosa!

—No necesitas adularme, Helel. Si quisiera piropos vacíos estaría entre las amiguitas de la reina y sus pretendientes —dijo girándose y echando a andar sin preguntarse siquiera si la seguiría —. Te necesito en la tienda del faraón. Ankh está allí y Sarureptah se ha encargado de que no pueda moverse de su lado así que cada vez que intento acercarme a ella alguien de su entorno me lo impide.

—¿Por que iba ese bastardo a impedirte que te acerques a ella? Eres su madre.

—Porque él sabe que soy la única persona que podría convencerla para que se aleje de él de forma definitiva y vuelva contigo. —Sus palabras me sonaron demasiado vacías para poder creer que verdaderamente eso fuera lo que ella desease y una vez más Sadith debió notarlo en mi cara así que se paró en seco para mirarme fijamente—. No te confundas Helel, no creo que seas el hombre que ella necesita para ser feliz pero hay algo que sí creo, a tu lado al menos estará segura y no seguirá sufriendo el maltrato de un monstruo como Sarureptah cada día de su vida. Llámalo un mal

menor y necesario, si quieres.

—Me han llamado cosas peores.

—No lo dudo. Y seguro que todas merecidas —contestó dándome la espalda de nuevo aunque esta vez podría jurar que su rostro había mostrado una pequeña sonrisa.

—Pero, si Sarureptah no te deja acercarte a ella, mucho menos me lo permitirá a mí.

—Claro que no, pero no podrá evitarlo si estas allí como esclavo personal de Seti.

—Pero yo no soy el esclavo personal de Seti —repliqué sospechando cuál iba a ser su respuesta.

—Ahora sí. —Y abrió la entrada posterior de la gran tienda para que entrase—. El esclavo habitual de Seti se ha sentido indispuesto, es probable que no se recupere nunca, y yo le he ofrecido los servicios de mi mejor esclavo, cosa que él ha aceptado encantado. Ponte ese faldellín limpio que ves ahí, te está esperando —dijo señalando una péqueña pieza de tela puesta sobre unas tinajas de algo que parecía vino. Cogí la tela y miré alrededor buscando un lugar discreto donde cambiarme pero era evidente que no había nada. —¿Qué ocurre? —preguntó.

—¿Pretendes que me cambie delante de ti?

—Helel, he visto hombres desnudos mucho mejor dotados que tú, créeme, estás lejos de provocarme ninguna emoción en ese sentido. Además debo recordarte que yo ayudé a mi madre a curar tus heridas cuando llegaste a nuestra casa, todo lo que tienes ya te lo he visto antes así que cámbiate ya o te cambiaré yo misma.

Su respuesta no me dejó duda alguna de que era capaz de hacerlo así que no discutí más y me cambié delante de ella sin querer pensar en lo extraño de la situación. Inmediatamente Sadith me empujó al interior de la parte de la tienda donde se encontraban los nobles con Seti. Nada más entrar el olor de la tienda inundó mi nariz, era extremadamente dulce y narcótico, como si se hubieran mezclado muchos perfumes en una única sala. Miré a mi alrededor y me di cuenta que mi suposición no estaba demasiado lejos de la realidad. Todos los asistentes llevaban un cono de aceite sobre sus cabezas que se iba derritiendo lentamente impregnando sus pelucas de un perfume que se mezclaba con el olor de las flores dispuestas por toda la sala y del incienso que ardía en los pebeteros dispuestos en las esquinas. Pero había algo más, algo que no había visto antes. Todos los invitados llevaban en la mano una gran flor de un color azul intenso y aspiraban su perfume de forma constante. Sadith debió adivinar mis pensamientos y se acerco a mí para susurrarme.

—Loto azul. Su perfume tiene la capacidad de poner a quien lo huele en contacto con la otra orilla de forma que puedan comunicarse con sus antepasados. Mantente alejado de ella a como de lugar. En breve la mayor parte de los asistentes estarán dormidos o en trance pero tú debes mantenerte alerta por el bien de Ankh.

—Pero, ¿por qué sospechas que puede ocurrirle algo? —pregunté.

—Mira a Sarureptah, ¿notas algo extraño? —me dijo mientras me indicaba donde aquel bastardo se encontraba con Ankh. Tarde un momento en entender a qué se refería pero repente fue evidente.

—Es el único que no tiene un loto, no está oliendo la flor.

—Exacto. Y te puedo garantizar que si hay algo que le gusta a Sarureptah es una fiesta y el estado de desvanecimiento que produce el loto. Quiere estar despierto por alguna razón. Quizá esté siendo demasiado precavida y no tenga nada que ver con Ankh, pero no me gusta que no me deje acercarme a ella. Hay algo que se me escapa.

No pudimos seguir hablando porque la entrada de Seti en la tienda hizo que todo el mundo guardara un silencio sepulcral y agacharan sus cabezas en señal de respeto. Sadith me empujó para que me acercase al sillón donde Seti debía sentarse intentando que nadie más notara el gesto. Seti se acercó hasta su asiento y se quedo mirándome unos segundos como quien intenta recordar donde ha visto antes a un desconocido. Sadith se acercó hasta él y le indicó que yo era el esclavo que le había prometido. Seti, sin pronunciar una sola palabra, asintió ligeramente y se sentó solemne, momento en el que el ruido de la fiesta volvió a la normalidad. Servir a Seti no era sencillo. La mayor parte del tiempo el faraón no bebía ni comía nada sino que se limitaba a estar allí, mirando todo lo que acontecía a su alrededor. El hecho de que el faraón insistiese en tener a su lado permanentemente a su mascota favorita, un leopardo traído de las montañas al que había criado por su propia mano y que tenía un comportamiento absolutamente celoso con respecto a su amo, tampoco ayudaba. De vez en cuando, algún noble se acercaba para hablar con él, si es que murmurar alabanzas arrodillado frente a él sin atreverse a levantar la mirada podía considerarse hablar. Por un momento, llegué a compadecer aquella vida que le obligaba a ser un dios entre los hombres pero un dios que infundía miedo e inducía alejamiento. Una parte de mí podía simpatizar con la soledad de aquel hombre en su alto trono. ¿Se habría sentido mi padre también así alguna vez? Pero entonces recordé que la soledad es un sentimiento humano, animal si

prefieres, y los dioses no son ni una cosa ni otra.

La noche avanzaba y yo seguía pendiente de Sarureptah y de Ankh como Sadith me había indicado pero no había notado nada diferente aparte de su falta de interés por la flor de loto. El hombre se encontraba de espaldas a mí y bloqueaba mi visión de Ankh así que tampoco podía averiguar por su rostro si se encontraba bien o algo le preocupaba. De repente, todo el sonido en la tienda desapareció pero no de forma natural como había ocurrido con la entrada de Seti , sino como si de repente mis oídos se hubiesen quedado sordos. Podía ver a los invitados mover sus bocas pero ningún sonido llegaba a mis oídos. Una mirada rápida a Sadith me hizo comprender que ella también lo había notado.

—Vamos a jugar a un juego, le dijo el gato al ratón —la voz llegó hasta mi alta, clara y con un tono empalagoso y pude ver en el rostro de Sadith que también ella podía oírla—. No es necesario que me respondáis, se bien que podéis oírme como yo puedo oír vuestros pensamientos. Cosas de familia, supongo. —Y una risa oscura completó la frase. Tuve que hacer un esfuerzo enorme para recomponerme y no dejar que nadie de los invitados en la tienda notase nada. Aquella voz me había puesto en un estado de ansiedad que no me gustaba en absoluto. Sadith se acercó hasta mí tanto como pudo para que pudiese ver su rostro, intentaba decirme algo aunque no podía entender el qué pero su cara mostraba claramente una única emoción. Miedo—. Supongo que para Helel no es tan fácil, ¿verdad? ¡Qué decepción! Déjame ayudarte. Mira a Sadith, mírala fijamente a los ojos, concéntrate y deja que su mente entre en la tuya. Eso es. Concéntrate.

Sin saber como, mi mente empezó a obedecer sus ordenes, a concentrarme en los ojos de Sadith como la voz me decía y, de repente, sin esperarlo su voz llenó mi mente en un grito con una sola palabra.

—!Narmesh¡

Sentí como el corazón se me paraba en el pecho y aquella sensación me recordó lo frágil que es un cuerpo humano. No necesitaba que nadie me explicase nada, aquel nombre solo podía significar una cosa. Ahora la frase al respecto de la cosas de familia cobraba sentido. Mi mente quería cuestionar lo que estaba ocurriendo, convencerme de que nada de todo aquello era verdad, que estaban teniendo lugar demasiados imposibles a un tiempo pero imposible era que un ángel encarnado en un cuerpo humano y que había vivido cientos de años no creyese en lo imposible. Aquella voz que llegaba hasta nosotros no sé de dónde pero clara y fuerte

como si su emisor estuviese a mi lado era la de mi hijo, el hijo que había perdido, que me habían arrebatado. Y aquel pensamiento me erizó la piel, no de alegría sino de miedo.

—¡Vaya, veo que mi reputación me precede hasta el punto que ni siquiera mi padre se alegra de de escucharme! Bueno, padre, quizá sí te alegres de verme.

Inmediatamente, vi como el cuerpo de Sarureptah se giraba para mirarnos fijamente a Sadith y a mí y nos sonreía de una forma cruel. El cuerpo era el del hombre que conocía como esposo de Ankh pero algo en él era diferente, su compostura, su presencia, era mucho mas imponente de lo que nunca había sido en aquel bastardo y sus ojos tenían un brillo que nunca habían poseído. De repente, aquellos ojos se volvieron completamente negros como la noche y el brillo desapareció por completo. Fue tan solo un segundo, lo suficiente para que ninguno de los invitados de Seti notara nada pero suficiente para que nosotros no pudiésemos perdérnoslo. Mi boca quería hablar, emitir algún sonido pero entonces recordé que aquellas no eran las reglas de aquel juego. Mire fijamente a aquella criatura residiendo en el cuerpo del marido de Ankh y me concentré tanto como pude para que mi voz sonara alta y clara.

—¿Qué es lo que quieres?

—La verdad es que esperaba un recibimiento mejor por parte de mi padre, no sé, un abrazo quizá. A fin de cuentas nos ha costado unos cientos de años encontrarnos, ¿no te parece? Pero inevitablemente mi querida tía ha tenido el tiempo de llenarte la cabeza con su versión de la historia supongo. Demasiado tarde para que te interese conocer la mía.

—Si es hablar lo que quieres salgamos de aquí y hablemos, donde no haya tanta gente.

Su risa resonó en mi cabeza.

—Pero si ya te lo he dicho, no es hablar lo que quiero, estoy aquí para jugar y, de hecho, vamos a jugar todos. A fin de cuentas, se supone que esto es una fiesta, ¿no?

—Helel, no le escuches, nada bueno puede salir de esto, yo me encargaré de él. —dijo Sadith entrando en mi cabeza.

—No, no lo harás —grito de repente la voz de Narmesh—. No intentarás nada o te prometo que no quedará vivo ninguno de los asistentes a esta fiesta. No me cabe duda de que tú podrás vivir con la muerte de tantos inocentes a tus espaldas pero, ¿podrás cargar también con la de tu querida Ankh?

Vi como Sadith palidecía por momentos. Fuera lo que fuese lo

que Narmesh quería estaba dispuesto a usar a Ankh como moneda de cambio y sabía que ni Sadith ni yo estábamos dispuestos a poner su vida en peligro.

—Este es el juego, Helel —continuó—. Las copas de algunos de los invitados han sido envenenadas con sangre de un demonio Alauk, viejos conocidos tuyos si no me equivoco. —Tenía razón. Durante las guerras angélicas los demonios Alauk habían causado estragos atacando grandes poblaciones a las que envenenaban contaminando sus pozos con sus sangre y haciendo que tuviéramos que acudir en ayuda de los hombres en numerosas ocasiones distrayendo nuestra atención de los verdaderos objetivos, lo que hoy habéis dado en llamar tácticas de guerrilla. Cuando llegábamos a los poblados lo habitual es que fuera demasiado tarde pero en las pocas ocasiones en las que aún quedaba esperanza para sus habitantes, el veneno de la sangre del demonio solo podía ser contravenido con una cosa, la sangre de un ángel—. Así es —dijo riendo de una forma fría y cruel—. La única cosa que puede salvarles es tu sangre, siempre y cuando aún te quede algo de lo que un día fuiste. ¿Qué dices Helel? ¿Aún eres el dios que fuiste o sólo queda de ti el hombre que prefiere pasar sus horas entre las faldas de Ankh? —Noté como me miraba fijamente y su sonrisa me abría las entrañas.—. ¡Oh!, pero no hace falta que te enfades. No me cabe duda de que estarás dispuesto a intentar salvar a alguna de estas miserables criaturas pero, y esto es lo mejor, los dos sabemos que ni siquiera aunque aun fueras un ángel podrías salvarlos a todos. Deduzco que a lo sumo podrás salvar a uno o dos de los asistentes. Así pues, la pregunta que nos va a descubrir quién eres en verdad es sencilla. ¿A quién salvarás, Helel? ¿Será al faraón, a su hijo, a tu querida Ankh o quizá a mi detestable tía?

Sus palabras me hicieron mirar inmediatamente a Sadith y su rostro me confirmó que lo que Narmesh acababa de sugerir era correcto.

—Sí, Helel. Ella también ha bebido del mismo vino antes de ir a buscarte para intentar en vano proteger a su niña —confirmó Narmesh arrastrando las palabras en su boca—. Ahora todo está en tus manos, padre, demuéstrame qué clase de hombre eres. Pero hazlo rápido, el veneno lo es aún más.

Mi mente empezó a dar vueltas. No necesitaba pensar a quién deseaba salvar, de eso no me cabía ninguna duda. Por mi el faraón y todos los demás asistentes podía pudrirse porque mi prioridad era salvar a mi familia. Familia. La palabra resonó en mi cabeza como queriendo indicarme que había algo que no cuadraba. Narmesh

también era mi familia, más aún de lo que lo eran Sadith y Ankh. Pero sabía que aquel ser que hablaba en mi cabeza aún siendo mi hijo estaba más allá de toda salvación. De repente recordé que Narmesh podía leer mi mente y cuando miré a sus ojos pude ver en la rabia contenida en ellos que los dos sabíamos que me había escuchado y los dos sabíamos que tenía razón.

—¡Decide! —gritó en mi cabeza y el odio tronó en sus palabras.

No sé si mi cuerpo reaccionó de manera instantánea, si lo poco o mucho que quedara del ángel que fui tomó las riendas o si simplemente fui un imprudente llevado por el miedo de perder una vez más a aquellos a los que amaba pero sin importarme que alguien pudiera verme usé todas mis energías para transportarme hasta Sadith que estaba más cerca de mí. En un segundo fue como si el tiempo se parase a mi alrededor y me encontré frente a ella. Sus ojos se reflejaron en los míos y comprendí. Un vendaval de viento y arena entró de repente en la tienda cegando a todos los asistentes que se llevaron las manos a los ojos gritando y agachando sus cabezas para protegerse del viento. Sadith había conjurado aquel vendaval para proteger mi identidad mientras yo intentaba salvarlas. Con una velocidad sobrehumana mordí mi muñeca para verter mi sangre en la boca de Sadith. Sabía que si mi sangre aún era efectiva contra el veneno unas gotas serían suficientes. Sin esperar a ver si surtía efecto me giré para localizar a Ankh visualmente y llegar hasta ella pero no fui capaz. Busqué por toda la tienda entre el caos de gente que gritaba intentando buscar en vano un refugio del vendaval pero no pude encontrarla. En mi desesperación miré a Sadith y comprendí que Narmesh nos había engañado completamente. Él sabía que yo no dejaría que Sadith ni Ankh murieran por mi culpa y que, como soldado, tomaría la única opción lógica, salvar primero a Sadith para que ella pudiera ayudarme a salvar a Ankh. Había sido un auténtico estúpido. Sadith hizo que el vendaval se calmara inmediatamente pero los gritos de la gente asustada continuaron durante un tiempo. La tienda era un auténtico caos pero en nuestras mentes los sonidos de nuestro entorno desaparecieron completamente para ser reemplazados por la voz siseante de Narmesh.

—¡Patéticamente predecible, padre!

—¿Dónde está Ankh? —pregunté con angustia—. Prometiste que me darías la oportunidad de salvarla.

Su risa resonó en nuestras cabezas nuevamente como el ruido de un tambor.

—Ven a mi casa si quieres jugar, le dijo el gato al ratón. —Y un

momento después el ruido de la tienda sustituyó a su voz en nuestras mentes.

Sin pensarlo un instante, agarré a Sadith y la saqué de la tienda. Nadie prestó atención a nuestra marcha sumidos como estaban en la sorpresa de lo ocurrido.

—Está en el palacio —le dije a Sadith más alto de lo que deseaba mientras seguía arrastrándola hacía uno de los límites del valle donde nadie nos viese.

—¿Cómo lo sabes? —Preguntó—. No tienes ninguna razón para pensar que esté allí. Podría estar en cualquier otro lugar y si nos equivocamos...

—No me equivoco, Sadith —dije parando en seco y mirando su cara—. No lo entiendes, esta jugando con nosotros, el es el gato, nosotros el ratón. Ven a mi casa, le dijo el gato al ratón. Su casa. ¿No lo ves? Todo este tiempo ha estado delante de nuestras narices sin que nos diéramos cuenta, haciéndose pasar por Sarureptah, el gato jugando con los ratones.

Los ojos de Sadith se abrieron completamente como si hubiese comprendido que tenía razón.

—Si es así, vamos en la dirección equivocada, los barcos están en la otra dirección, si cogemos uno podemos llegar al palacio en un par de horas.

—Demasiado tarde, Sadith —dije al tiempo que la abrazaba fuertemente contra mi y sólo pensaba en nuestro destino. Para mi sorpresa el esfuerzo de transportar a Sadith conmigo al palacio fue menor del que esperaba pero su cuerpo no era más que humano y cuando aparecimos en sus habitaciones del palacio Sadith cayó al suelo y empezó a vomitar violentamente. Me agaché para ayudarla a levantarse, nunca la había visto tan frágil.

—No me esperes Helel, sólo te retrasaré. Búscala. Sólo tú puedes ayudarla —dijo con los ojos llenos de lágrimas con la preocupación que sólo una auténtica madre podía demostrar.

Comprendí que tenía razón y la dejé para salir corriendo de sus habitaciones en dirección a las de Sarureptah. El palacio estaba completamente vacío como si hubiera sido abandonado y aquello reforzaba la idea de que estaba en lo cierto al pensar que Narmesh habría traído a Ankh hasta allí. Irrumpí corriendo en sus habitaciones pero estaban completamente vacías. Si no se encontraba allí sólo podían estar en otro lugar y sin pensarlo me transporte hasta mi cubículo desde donde entré corriendo en los aposentos de Ankh. Cuando entré en la habitación y vi lo que me esperaba mis rodillas me fallaron y caí al suelo mientras el dolor

más grande que había sentido desde que era humano tomaba forma y me desgarraba por dentro. Frente a mí el cuerpo inerte de Ankh flotaba en el aire, mientras su sangre, que brotaba desde su garganta abierta, se acumulaba bajo ella formando un charco en el suelo de la habitación. Aquella imagen, aquel olor a sangre hizo que algo oscuro y tremendamente poderoso se desatara en mí y una energía incontrolable fluyó a través de mi cuerpo. En el momento en que mis puños tocaron el suelo de la sala todo empezó a temblar como si el edificio estuviese sacudido por un terremoto, las paredes crujiendo a mi alrededor amenazando con derrumbarse. Un única emoción sustituyó al dolor inmenso de lo que se encontraba frente a mí. Odio. Un único deseo lo ocupó todo reemplazando a las mismas ganas de respirar. Venganza. Hasta que de repente la oscuridad llenó mis ojos y mi mente haciendo que mi cuerpo humano sucumbiera a ella. Todo a mi alrededor se volvió oscuridad y yo fui con ella uno solo. Y en aquella oscuridad la imagen del cadáver de Ankh, del cuerpo carente de vida de la mujer que me había dado el único ápice de luz que podía salvarme me hizo entender que no había esperanza, que con ella moría toda posibilidad de redención. Aquella imagen me recordaba que nunca había existido esa posibilidad, no importaba cuanto me engañase, para mí no podía haber nada mas que la oscuridad. Y en aquel instante, mi ser dejo de preguntar por qué, por qué la luz que podía iluminar mi vida me era arrebatada una y otra vez y abrazó aquella oscuridad que me envolvía entregándose sin reparos.

Cuando por fin pude abrir mis ojos la luz de la habitación me cegó. Con los ojos medio cerrados pude ver a Ptehsure salir corriendo en cuanto notó que empezaba a despertarme. Me encontraba en mi cama así que supuse que ella o alguien del palacio debía haberme encontrado en el suelo de la habitación de Ankh y me había llevado hasta allí. Intenté incorporarme y fue como si todo mi cuerpo crujiera de dolor. En ese momento Sadith entro por la puerta de mi cubículo y se sentó en la cama obligándome con delicadeza a que me recostara nuevamente.

—No se te ocurra —dijo—, primero tienes que recuperar las fuerzas.

Las palabras se agolpaban en mi cabeza sin que consiguiera que ninguna de ellas saliera por mi boca. Quería preguntarle por Ankh, saber que había sido de ella, donde estaba su cuerpo. No podía permitir que nadie más tocase su cadáver, la llevaría conmigo para dejarla en el lugar de descanso que merecía, en la montaña, entre los lirios de sangre que tanto le gustaban, donde nadie pudiese

profanar su tumba jamás. Volví a intentar levantarme pero Sadith me lo impidió una vez más.

—Helel, no puedes levantarte tan rápido después de tres lunas inconsciente. —Aquellas palabras me pararon en seco. Mis ojos la miraron incrédulos y ella debió de comprender que para mi aquello no tenia ningún sentido.

—¿Tres lunas? No, no puede ser. Apenas ha sido un instante, es imposible...

—Me temo que es exactamente así, Helel. Llevas tres lunas inconsciente y pensábamos que no volverías a despertar.

Noté como mis ojos se llenaban de lágrimas de impotencia sin que pudiera controlarlo y Sadith intento reconfortarme cogiendo mi mano helada entre las suyas cálidas y suaves. Pero aquel gesto de ternura solo logró que me acabase por derrumbar completamente en sus brazos como un niño pequeño que busca el consuelo de su madre al hacerse daño. Sadith no dijo una palabra dejando que sacara la rabia, la tristeza y la impotencia que llevaba dentro. Cuando finalmente pude calmarme me explicó todo lo que había ocurrido en aquel tiempo. Cuando pudo llegar al palacio se había dirigido directamente a las habitaciones de Ankh con el presentimiento de algo terrible al ver que toda la guardia del palacio estaba ausente. Al entrar vio la misma imagen que yo me encontré, el cuerpo de Sadith desangrado suspendido en el aire y el mío a sus pies desvanecido y completamente helado. Sadith había logrado romper el hechizo que mantenía a Ankh en el aire y con dificultad había podido poner su cuerpo en la cama. Después corrió a sus aposentos en busca de Ptehsure para que le ayudase a colocarme en mi camastro sin saber que me llevaría tanto tiempo encontrar el camino de vuelta. Cuando Seti y la corte retornaron al palacio las noticias corrieron de boca en boca como una enfermedad. La versión oficial era que, en ausencia de Seti y los nobles, un grupo de ladrones habían logrado entrar en el palacio y asesinar a la guardia. Al ser descubiertos por Ankh y su esposo habían optado por matarles a los dos. Una versión que nadie podía creer, por supuesto, considerando la cantidad de guardia habitualmente presente en el palacio y que el cadáver de Sarureptah nunca había sido encontrado pero esa era la versión que Seti quería creer y la que la corte aceptaría sin dudar un momento. Para incrementar aún más mi dolor, si es que eso era posible, Sadith tuvo que decirme que mi deseo de llevar el cadáver de Ankh conmigo a las montañas no era posible. De acuerdo a la tradición egipcia, su cuerpo había sido embalsamado y depositado en una

tumba situada en la orilla oeste del río, donde habían tenido lugar las celebraciones de aquella terrible noche. La rabia hizo que desease gritar. No solo me habían arrebatado a la mujer a la que amaba de mis brazos sino que ni siquiera me quedaba el consuelo de poder estrechar su cuerpo una vez más antes de despedirme para siempre de ella. El rostro de Sadith denotaba claramente que le dolía verme así y ver ese dolor reflejado en su cara me hizo darme cuenta de lo egoísta que estaba siendo con ella. Mi dolor no me dejaba centrarme nada más que en mí, en mi perdida, pero de los dos la mujer que estaba frente a mí era la que mas habían perdido porque a ella le habían arrebatado a su hija, a la niña a la que había criado y amado desde el día de su nacimiento y comprendí que, así como mi dolor no podía compararse al suyo, tampoco lo hacía su amor, que la llevaba a ponerme a mí por encima de ella misma. Hubiera sido esperable un gesto de mí hacia ella, quizá coger su mano como ella había hecho conmigo pero si hay algo que como hombre no he sabido dominar jamás son las expresiones de ternura, el amor no carnal y desinteresado y esta vez no fue diferente. Mi mano no se movió un ápice para acercarse a la suya. Y sin embargo, de alguna forma sé que ella sabía lo que sentía y que no había necesidad de palabras.

Aquel silencio que se generó entre nosotros se rompió por una única frase que salió de mis labios.

—Voy a matar a Narmesh, abriré sus entrañas para sacar su corazón y desmembraré su cuerpo para diseminarlo a los cuatro vientos y no habrá nada que puedas hacer para impedirlo, Sadith.

Sus ojos me miraron con seriedad antes de responder.

—Me alegro —contestó—, porque no solo no voy a detenerte sino que voy a ayudarte.

Aquella respuesta me dio las fuerzas que necesitaba para poder incorporarme y ella hizo lo mismo para ponerse frente a mí.

—Sin embargo hay una cosa que debes saber —continuó—. Él te espera.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ese bastardo te dejó un mensaje escrito en las paredes de las habitaciones de Ankh con su propia sangre.

Note como la rabia volvía a acumularse en mi interior al recordar la sangre de Ankh brotando de su cuerpo.

—¿Qué decía el mensaje? —le pregunté sin saber si realmente quería saberlo.

Sadith dudó por un segundo pero finalmente habló.

—Si quieres jugar, entra en mi boca, le dijo el gato al ratón —

respondió pronunciando lentamente cada palabra—. Te esta llamando a su casa, sabe que irás a por él y quiere llevarte a su terreno. Supongo que te das cuenta de que es una trampa, ¿no?

—Lo sé, pero no me importa. Ese monstruo en el que se ha convertido mi hijo debe pagar por todo lo que ha hecho. Yo le di la vida y yo seré quien se la arrebate.

Y el fuego acumulado en mi mirada fue suficiente para que Sadith asintiera sin atreverse a preguntar nada mas.

Aún tardé dos días más en encontrarme lo suficientemente fuerte para levantarme de la cama y caminar hasta los aposentos de Sadith. La encontré rodeada de rollos de papiro y tablillas de cera como siempre pero su rostro mostraba los efectos de no haber dormido durante días.

—Veo que te encuentras mejor

—No puedo decir lo mismo de ti, pareces agotada, Sadith.

—Lo estoy —dijo sonriendo sin fuerzas—, pero el esfuerzo de estos días ha merecido la pena. Creo que le he encontrado.

Sus palabras hicieron que mi cuerpo se tensara en anticipación como una pantera que se prepara para atacar.

—¿Dónde? —pregunte con ansiedad acercándome a ella.

—En el sitio más obvio que pudieras imaginar, el infierno. —Toda la energía que había empezado a acumulare en mí con la esperanza de poder culminar mi venganza desapareció de repente dejándome apenas sin fuerzas—. No parece que te alegres demasiado.

—No, no lo hago, Sadith. ¿Estás segura que Narmesh está en el infierno? Porque si es así esta completamente fuera de mi alcance —dije sentando en una de las sillas de la sala.

—Te equivocas, Helel. Sé por qué dices eso pero estás equivocado. La criatura celestial que fuiste no puede entrar en el infierno, el hombre que eres hoy sí.

La lógica de sus razonamiento casi me hizo reír. Una vez más me había olvidado de quien era realmente. Y por una vez, ser humano iba a ser una ventaja.

—¿Pero por qué crees que está en el infierno?

—Anoche encontraron el cuerpo de Sarureptah, sin vida en medio del desierto. Es evidente que ya no le servía de nada así que se libró de él. Trajeron su cuerpo a Tebas para embalsamarlo y durante el proceso encontraron que tenía unas marcas como hechas a fuego grabadas en el torso. Ninguno de los soldados que revisaron

su cuerpo pudieron identificar los símbolos así que uno de ellos, un viejo amigo, me llamó para ver si mi conocimiento mágico podía ayudarles. Las marcas —prosiguió—, resultaron ser un hechizo de posesión de un demonio Kiajt.

—Los usurpadores —dije reconociendo el nombre.

—Exacto —respondió—, y supongo que sabrás que los demonios Kiajt reciben ese apelativo porque sólo poseen a sus víctimas desde la distancia, nunca invaden físicamente sus cuerpos.

—Porque no pueden abandonar los infiernos...

—Correcto. Su dependencia de la energía oscura del infierno es tan grande que no pueden traspasar sus límites así que invaden los cuerpos de los humanos para poder actuar fuera del inframundo.

—Pero eso no quiere decir que Narmesh se encuentre en la misma situación...

—Narmesh es humano, Helel. Tan humano como yo misma y la regla fundamental del infierno es que reclama todo aquello que entra en sus dominios como propio, es decir, como humano no puede abandonar el infierno una vez que se adentra en él. Por eso te llama a su casa, Helel. Y por eso, la única aparición como Seth de la que tenemos constancia ocurrió en el templo de Isis en Nbwut.

—Creo que me he perdido —admití sin reparos.

—En la tradición egipcia, Isis es capaz de viajar al inframundo donde reside su marido Osiris. ¿Es que no lo ves?

—Lo siento pero no.

—El templo de Isis en Nbwut es una de la puertas de acceso al inframundo, al infierno. Las puertas funcionan como una extensión del mismo inframundo por eso Narmesh pudo aparecerse ante Tuya en el templo. Si queremos encontrar a Narmesh debemos ir a Nbwt, al templo, allí está la entrada al infierno.

Aquella explicación tenia todo el sentido y no me cabía duda de que Sadith había estudiado todas las opciones antes de llegar a aquella conclusión pero había una cosa que se le escapaba.

—Me temo que tenemos un problema, Sadith. Si todo lo que has descubierto es cierto, este va a ser nuestro último viaje.

—Lo sé, Helel —respondió sentándose a mi lado.

—Porque como humanos, una vez que entremos en el inframundo...

—No podremos salir jamás.

Partimos aquella misma noche en dirección a Nbwt. La ciudad estaba situada al norte de Tebas y habría sido mucho mas rápido

llegar hasta ella en barco pero Sadith insistió en utilizar un medio de transporte que fuese lo más discreto posible así que se encargó de que nos preparasen dos caballos que nos estaban esperando en casa de uno de sus muchos amigos en la ciudad. Sadith abandonó el palacio al atardecer con la excusa de ir a comprar hierbas para sus pócimas acompañada tan sólo por un esclavo, yo. Evidentemente nunca nos dirigimos al mercado sino al lugar donde las monturas nos esperaban y partimos inmediatamente hacia Nbwt. No me sorprendió que al llegar a las puertas de la ciudad estas se abrieran de par en par para dejarnos pasar sin una sola pregunta pues ya había entendido que las redes de Sadith en aquella ciudad eran mucho más grandes de lo que nadie pudiera imaginar.

El viaje hasta Nbwt nos llevo toda la noche y Sadith no dijo ni una sola palabra en todo el trayecto limitándose a espolear su montura como si le fuese la vida en ello. Y quizá así era. Pude ver la ciudad en el horizonte al despuntar el alba. Nbwt era muy pequeña comparada con Tebas, en realidad poco más que cualquier aldea pero para mi sorpresa Sadith no entró en ella sino que me guió bordeándola hasta cruzar al lado norte. Desde allí pude ver en la distancia un edificio pequeño situado junto al río y comprendí que era allí a donde nos dirigíamos. Cuando llegamos y dejamos nuestros caballos me encontré con que el infame templo de Isis era en realidad un minúsculo edificio de piedra blanca claramente envejecida con una única entrada que estaba muy lejos de la grandeza de Karnak.

—Veo la decepción en tus ojos —dijo—. Esto no es Tebas, Helel.

—Lo comprendo, pero pensé que este templo era famoso.

—Lo es —respondió ligeramente molesta—, pero lo es por algo importante, la fe y el amor de aquellos que vienen hasta aquí a encomendarse a la diosa. Este templo está lejos de la política y el afán de dinero de los sacerdotes de Karnak. Aquí son las gentes de esta ciudad quienes se turnan para mantener el templo en las mejores condiciones posibles, quienes se encargan de cuidar la imagen de Isis y quienes se esfuerzan en preservar aquello que originó este lugar, el amor puro y sincero. La tradición dice que en este lugar la diosa Isis encontró el corazón de Osiris después de que Seth le desmembrase y repartiese sus partes por todo Egipto. Al encontrar su corazón, el propio corazón de Isis se rompió de dolor y la diosa lloró por su amor perdido. Sus lágrimas sobre el corazón de Osiris le devolvieron el halo de vida haciendo que aquel corazón latiera por una última vez, sólo por ella. Sadith me miró pero sus ojos estaban ausentes y creí ver una lagrima asomando en ellos.

Sadith no lloraba solo por la belleza de la historia sino que debía haber algo más que se removía en el fondo de aquella mujer eterna y eternamente sola pero se giró inmediatamente para dirigirse al templo y yo decidí tragarme mis preguntas.

Cuando entramos en el templo una terrible sensación de angustia y opresión me llenó por dentro. El lugar era incluso más pequeño en el interior de lo que parecía por fuera y era como si las paredes fuesen a desplomarse sobre nosotros en cualquier instante. Al final de la pequeña nave una estatua de la diosa de pie con su hijo Horus en brazos gobernaba el minúsculo espacio.

—No podíamos ser tan afortunados supongo —dijo Sadith de repente rematando la frase con un pequeño suspiro.

—¿A qué te refieres? Qué es lo que ocurre? —pregunté.

—Si como yo creo el acceso al inframundo se encuentra en este templo tenemos que encontrar la puerta y abrirla y me temo que no va a ser tan sencillo teniendo en cuenta que hay aproximadamente una docena en este recinto.

Miré a mi alrededor sin comprender a que se refería Sadith puesto que yo no veía ninguna dentro del templo hasta que por fin me di cuenta de a qué se refería. Excepto en la pared donde se encontraba la entrada, todo el recinto estaba cubierto por las mismas estructuras. Unos pequeños cubículos de diferente tamaño y anchura que estaban rodeados en sus laterales y en la parte superior por piedras labradas que imitaban dinteles.

—¿Esto son puertas? —le pregunté a Sadith mientras me acercaba a una de ellas.

—Sí. Son puertas, o mejor dicho representaciones de puertas. Los egipcios las colocan en las tumbas como vía de paso del espíritu de sus muertos hacia el otro mundo. Los grabados que ves son en la mayor parte de los casos oraciones mágicas para guiar al espíritu hasta el lugar donde su alma debe ser juzgada.

—¿Y como vamos a averiguar cual es la correcta? No percibo nada especial de ninguna de ellas.

—Eso es porque estas puertas solo son puertas cuando son abiertas con el encantamiento adecuado. Sin él, son sólo un montón de piedras juntas —respondió sin mirarme—. La verdad es que es extraño, he visto puertas como estas antes en un templo pero nunca tantas.

—Lo cual me devuelve a mi pregunta. ¿Cómo vamos a averiguar cuál es la correcta? —repetí ligeramente irritado por la perdida de tiempo.

—Bueno, para empezar es mejor que miremos en la pared

correcta que resulta ser esta de aquí —dijo dirigiéndose a la pared oeste del templo—. La puerta al inframundo siempre esta orientada hacia el Oeste.

—Bien —dije uniéndome a ella, eso nos deja con cuatro puertas —. ¿Y ahora qué?

—Ahora leemos, Helel. —Y sin decir una palabra más se dispuso a leer los símbolos escritos en la puerta mientras pasaba sus manos por los grabados.

Me sentía impotente por no poder hacer nada para acelerar su tarea pero, aunque lo que quedaba de mi naturaleza divina me hacía capaz de hablar todos los idiomas de los hombres, mi desconocimiento de los rituales mágicos egipcios me hacía incapaz de distinguir una oración mística de un fragmento de poesía mediocre. Intenté guardar silencio durante un buen rato pensando que así era como mejor podía ayudar a Sadith pero mi impaciencia natural me hizo preguntarle un par de veces si había encontrado algo hasta que, a la tercera vez, Sadith me pidió de forma explícita que cerrase la boca. Aquel rato se hizo eterno hasta que de repente oí como su voz se elevaba.

—Dios, hijo de dios, padre de dios. Guardian de los cuatro puntos cardinales, señor del Oeste, el primero de los vivos, padre de la luz, esposo amantísimo.

—¿Qué es eso?

—Son los títulos del dueño de esta puerta. Las puertas siempre llevan los títulos de aquellos para los que están construidas.

—Y eso es importante aquí porque...

—Porque acabas de oír los títulos del dios Osiris descritos por la misma Isis, la única que se referiría a él como esposo amantísimo —respondió con una mirada que me hizo sentir algo más que un poco torpe.

—Entonces si esa es la puerta, abrámosla —replique con ansiedad.

—Eso es un poquitín mas difícil, me temo. Para abrirla necesitaríamos la sangre del mismo Osiris. Esto es magia de orden superior, nunca había visto un encantamiento como este —dijo con tono de derrota—. Pensé que habría una forma alternativa de abrirla pero no veo nada que indique que así sea. Esta puerta fue creada para un dios y solo un dios puede abrirla, esto está más allá de mi poder, Helel.

De repente un escalofrío recorrió mi espalda y de alguna forma, supe lo que debía hacer. Sin pensarlo siquiera hice aparecer mi espada, con ella me hice un corte en mi mano y sin mas dilación me

dirigí a la puerta y embadurne el dintel con mi mano ensangrentada. Inmediatamente la puerta reaccionó a mi gesto y el hueco que ocupaba la parte central emitió una luz cegadora que nos obligó a los dos a retirar la mirada de la puerta. Cuando la luz desapareció lo único que quedó en su lugar fue un gran cristal oscuro, como el que se obtiene de pulir una piedra de obsidiana.

—No puedo creerlo. ¿Cómo es posible? ¿Qué has hecho?

—No..., no lo sé —mentí—, simplemente supe que podía abrirla —. En mi interior sabía que aquello tenía sentido. Como Osiris yo había sido lo más parecido a un dios aparte de mi padre y como él yo había sido traicionado por mis hermanos y mi cuerpo había sido roto. Como él yo había sido recompuesto por el amor, no de una, sino de varias mujeres y como él yo había sido desterrado a un mundo que no era el mío. No creía que yo pudiese entrar en la descripción de esposo amantísimo o, al menos nunca me habían dado la oportunidad de serlo, pero aquello no parecía importarle a la puerta. Sadith seguía mirándome como si no estuviera muy convencida de que le estuviera contando toda la verdad pero su pragmatismo hizo que no preguntase más.

—Será mejor que crucemos cuanto antes, la puerta no permanecerá abierta para siempre —dijo a la par que lanzaba su cuerpo por el hueco negro y brillante de la puerta sin pensarlo dos veces. Yo la seguí de forma inmediata pero recibí un golpe brutal en la cara que me devolvió al templo y me dejó tumbado en el suelo. Sadith volvió a atravesar la puerta esta vez en dirección contraria.

—¿Qué ha ocurrido?¿Por qué no has cruzado?

—No he podido. Algo me ha empujado de nuevo hacia atrás como si me hubiesen golpeado con una roca. De repente, me lleve la mano a mi antebrazo derecho desde donde un dolor ardiente empezaba a recorrerme todo el brazo.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —preguntó Sadith.

—No —respondí apenas sin poder hablar por el dolor—. Es mi brazo.

—Sadith levantó la manga de mi túnica y los dos vimos como las marcas de mi brazo que constituían mi nombre angélico ardían ahora como si estuvieran marcadas al fuego.

—¿Qué es esto? ¿Lo has visto antes?

Apenas sin poder hablar por el dolor le conté a Sadith qué eran aquellas marcas y cómo gracias a ellas podía mantener mi espada unida a mí en todo momento.

—Tienes que deshacerte de ella —dijo sin dudar.

—¿Qué? ¿Estás loca? No puedo adentrarme en el infierno sin un

arma.

—Escúchame —gritó perdiendo la paciencia—. No puedes meter en el inframundo nada que no pertenezca al inframundo. Son las reglas de este juego, Helel. O dejas la espada aquí o no podrás acceder en absoluto, esa es la realidad. Y decidas lo que decidas deberías hacerlo rápido porque se nos agota el tiempo.

Sus palabras fueron un mazazo. Yo dudaba de que ella fuera consciente del tipo de criaturas que nos podíamos encontrar en el infierno y de lo que nos harían si no teníamos forma de defendernos pero al mismo tiempo sabía que tenia razón. Mis ansias de venganza, de retribución no servirían de nada si no podía llegar hasta Narmesh y aquella puerta no me dejaría acceder mientras tuviese mi espada. Con la terrible sensación de que cometía un error cerré mis ojos y pronuncié mi nombre angélico a la vez que abría mi mano para dejar que mi espada se fuese de mí. Inmediatamente pude oír el ruido metálico de la espada al caer sobre las losas del templo y una vez más me sentí tan desnudo como el primer día en casa de Armesh. Sadith no perdió tiempo y me ayudó a incorporarme para ayudarme a pasar a través de la puerta que esta vez me acogió sin rencores dejándome entrar por primera vez en mis miles de años de existencia al inframundo. Y lo que vi lleno mis ojos de incredulidad.

Supongo que los ángeles llevamos asociada una inherente prepotencia que nos hace pensar que estamos por encima de las demás criaturas creadas por nuestro padre así que mucho más aún sobre criaturas a las que consideramos repulsivas, bajos y simples como los demonios. Pero lo que se mostraba ante mis ojos estaba muy lejos de lo que esperaría de criaturas tan simples. Frente a mi se desplegó una gran caverna de dimensiones mucho mayores de las de cualquier templo de los hombres que hubiera podido ver en Uruk o en Tebas. Las paredes parecían ascender hasta el infinito sin que pudiésemos ver el fin y estaba decoradas con estatuas que representaban diferentes razas de demonios, algunas reconocibles inmediatamente y otras que ni siquiera yo había visto jamás. La caverna estaba iluminada por una luz cálida como la generada por muchos fuegos aunque no podíamos ver de donde provenía. A nuestra espalda no encontramos como hubiéramos esperado una puerta como la que dejamos en el templo de Nbwt sino unos arcos de piedra labrada con unos símbolos que no pude reconocer. Había una veintena de arcos y estaban dispuestos en un semicírculo de forma que todos ellos se abrían a un gran espacio en el centro de la caverna frente al que se encontraba una escalinata de piedra negra

que ascendía hacia el centro de la caverna hasta una plataforma elevada tan arriba que nos era imposible distinguir que es lo que había más allá del ultimo peldaño. Comprendí que si el arco situado a nuestra espalda era en realidad una puerta a nuestro mundo era casi seguro que los otros arcos lo fueran también y me pregunté a dónde llevarían aquellas puertas. Aquella caverna era una entrada creada para recibir a cualquiera que lograse acceder al inframundo desde cualquiera de aquellas puertas y transmitía un claro mensaje de poder ideado para que cualquier visitante no olvidase en que dominios se estaba adentrando. Quizá debiera haberme sentido atemorizado o al menos tener algún tipo de precaución pero en realidad lo que sentía era una especie de extraña emoción, una ansiedad por ver más, por conocer más que debía reflejarse en mi mirada.

—¡Helel! —susurró Sadith cogiéndome del brazo y sacudiendo como si quisiera despertarme—. ¡Helel, escúchame!

—¿Qué ocurre? —dije saliendo de mi ensimismamiento.

—El inframundo es un un pozo de energía oscura, una energía concebida para que quién se adentra en él no desee salir jamás. Esa energía se mete en tu interior alimentando la parte oscura que hay en todos nosotros hasta que esa parte devore todo lo demás y te conviertas en una criatura del infierno —dijo mirándome fijamente —.Tienes que mantenerte enfocado.

—Estoy aquí para acabar con la vida de mi hijo, Sadith —le respondí con acritud—. Hace tiempo que tanto tú como yo hemos abrazado nuestra parte más oscura.

No se si fueron mis palabras o lo que Sadith pudiera leer en mi ojos pero vi como sus manos se retiraban involuntariamente de mí aunque el resto de su cuerpo no mostrara ninguna reacción. Sin decir una palabra más, me giré para dirigirme hacia la escalinata y Sadith me siguió un momento después. No sé si en ese momento ella llegó a plantearse por un instante dejarme sólo en aquella caverna pero el caso es que no lo hizo y juntos emprendimos el ascenso de la interminable escalera. Los peldaños parecían no acabar nunca y a medida que ascendíamos pudimos ver con más detalle el grado de realismo de las estatuas de demonios situadas en las paredes que rodeaban la escalinata que casi parecían estar vivas. Finalmente llegamos hasta la plataforma y pudimos ver de dónde provenía la luz que lo iluminaba todo. El nivel en el que se encontraba la plataforma se extendía mucho mas allá de lo que habíamos supuesto al ver el nivel inferior y al final de la plataforma una gran cascada de fuego cerraba el paso. Al final de la

plataforma, casi llegando a la cascada había una estructura elevada, una especie de trono de un material negro y brillante y en aquel trono, sentado como si de un dios se tratase estaba Narmesh rodeado de tres mujeres que susurraban en su oído y le acariciaban mientras él se mostraba claramente complacido por la atención. Parecía que aquella distracción había hecho que no notase nuestra presencia pero de repente su voz trono en la caverna.

—Bienvenido padre, sabía que encontrarías la forma de llegar hasta mi.—Su rostro se giró para fijar su ojos en nosotros y su mirada me recordó a la de su madre—. Pero no os quedéis ahí, acercaros. Prometo que no os morderé —dijo con un tono que intentaba sonar a burla pero en realidad sonó a amenaza.

—¿Sabes a qué hemos venido? —dije andando lentamente por la plataforma seguido por Sadith.

—¡Por supuesto! —contestó a la par que se levantaba del trono —. Habéis venido a matarme, quiero decir, habéis venido a intentarlo— Cuando estuvo completamente en pie vimos que en realidad estaba completamente desnudo, apenas cubierto por una especie de gasa de color púrpura sin mangas que tan solo cubría los flancos de su cuerpo dejando al descubierto todo lo demás. Aquel gesto me recordó a aquel que había visto en Gilgamesh años atrás, una muestra de prepotencia y seguridad excesivas e innecesarias que me hicieron pensar que aquel hombre frente a mi tenia sus propias inseguridades.

—Dejadnos— dijo seco a las mujeres que se apartaron a su orden. Apenas por un instante antes de desaparecer en el aire sin que quedase nada de ellas creí ver como sus cuerpos se transformaban en lo que sin duda eran sus verdaderas formas con cuernos en las cabezas, piel escamada como reptiles y dientes a juego. Como si leyese mis pensamientos su voz volvió a retumbar en la sala una vez más.

—Espero que no os importe mi falta de vestimenta, a ellas desde luego no les importa, me gusta estar cómodo en mi casa. Sin duda mi querida tía lo apreciará, a fin de cuentas las mujeres de esta familia suelen volverse locas por mi polla.

El sonido de su risa se confundió con otro mucho más poderoso y fuerte, el de una inmensa bola de fuego que salió disparada como de la nada en dirección a Narmesh. La bola continuó su camino sin desviarse un ápice hasta su destino pero Narmesh abriendo sus brazos como quien acepta un regalo pronunció una única palabra en un susurro e hizo que la bola se desintegrase como si hubiese golpeado contra algo físico.

—Tendrás que hacerlo mucho mejor que eso tía si quieres acabar conmigo. No eres la única que ha tenido varias vidas para estudiar las artes oscuras —dijo entre dientes—. De hecho, déjame demostrártelo. —Su mano se elevó en el aire y cerró su puño. Inmediatamente Sadith se llevó las manos a la garganta en un gesto inequívoco que indicaba que no podía respirar—. Este es mi reino maldita zorra, aquí mi poder es mucho mayor que el tuyo —gritó Narmesh con rabia. Sadith empezó a forcejear cada vez con más violencia.

—Basta —grité con todas mis fuerzas pero Narmesh no estaba dispuesto a escucharme. De repente, Sadith dejó de luchar, sus manos cayeron a ambos lados de su cuerpo y por un segundo pensé que su vida se había extinguido pero era todo lo contrario, sus ojos se abrieron de par en par y se volvieron completamente negros y en un instante una luz de color azul empezó a irradiar de su cuerpo haciéndose más y más intensa por momentos y, entonces, la luz salió disparada hacia Narmesh proyectándole contra el trono con una fuerza brutal. Lo siguiente que vi fue a Sadith que volvía a ser ella misma a mi lado como si nada hubiese pasado excepto por su rostro duro como el de una estatua. Esta vez fue su voz la que resonó en la caverna.

—Ninguno de tus trucos tiene nada que hacer frente a mi poder, Narmesh, porque yo tengo algo que tu nunca tendrás. La diosa está conmigo.

La risa de Narmesh resonó esta vez en nuestras mentes, no en la caverna.

—¿De verdad crees que eso te salvara? ¿De verdad crees que la fuerza de tu diosa puede ayudarte a vencer al dios del inframundo? ¿Tengo que recordarte todo lo que has perdido ya por mi mano? No pudiste proteger a Niel como no pudiste hacerlo con tu querida Ankh. Ambas acabaron gimiendo de placer mientras las destrozaba con mi rabo, una y otra vez. —Su risa resonó ahora nuevamente como un eco en la gruta. Vi como sus palabras tenían un efecto en Sadith cuyo cuerpo se tensó preparándose de nuevo para atacar. Al mismo tiempo Narmesh hizo un movimiento con sus manos que hizo que una ola de pináculos afilados como espadas se elevaran del suelo de la plataforma en dirección a Sadith.

—¡No!— grité al tiempo que empujaba a Sadith hacia atrás para interponerme entre ella y aquellas estructuras que salían del suelo. Cuando llegaron hasta mí, en lugar de atravesar mi cuerpo, los pináculos estallaron en mil pedazos dejando el suelo de la plataforma lleno de fragmentos de cristal. Sadith me miraba tan

sorprendida como lo estaba yo mismo y Narmesh se dio cuenta.

—¡Oh, por favor, no se puede ser más patético! —dijo con clara repulsión—. ¿Es que no te das cuenta padre? Ni tú mismo eres consciente de tu poder. Deberías ser un dios entre los hombres y te arrastras como un gusano a los pies de esa zorra.

—Esa zorra es mi familia —grité de forma absolutamente inconsciente.

Narmesh se quedó cayado como si un puñal le acabase de atravesar, sus ojos mirándome con una expresión indescifrable a medio camino entre la pena y el odio más profundo.

—¿Familia? ¿Ella es tu familia? —respondió con rabia—. Yo soy tu hijo, sangre de tu sangre. ¿Dónde estabas cuando tenía miedo por la noches? ¿Dónde estabas cuando mis poderes me hacían tener miedo hasta de mí mismo? ¿Dónde estabas cuando esa maldita zorra me negó el poder que le regalaba a mi hermana? Dime padre, ¿dónde estabas cuando necesitaba precisamente eso, a mi padre? —El silencio siguió a sus palabras llenándolo todo y entonces pude ver el odio concentrado en sus ojos que me miraban sin lagrimas, sin pena sin nada más que amargura y oscuridad.

—¿Acaso crees que toda esta situación fue una elección mía? Yo no quise estar separado de vosotros, fue la traición de tu madre la que....

—¡Ah sí, mi madre! —me interrumpió acercándose un poco más a mi—. ¡Qué mujer tan maravillosa!. ¿Sabes que llego a conseguir sentarse en este trono? Solo le falló una cosa en su plan claro. Yo. Déjame que te cuente algo —prosiguió—¿Sabes cómo se ha elegido al señor del infierno durante eones? ¿No? Pues mediante el asesinato del rey anterior. Aquí no ha habido familias, ni herederos ni nada semejante, solamente la justicia más absoluta, la que solo puede venir de la mano de la muerte. Esta forma de elegir gobernante ha asegurado que no existan guerras entre las castas demoniacas porque todos tienen las mismas opciones de gobernar, solo tienen que matar al regente actual. Ya ves —continuó—, mi querida madre logró acceder al puesto mediante alianzas de naturaleza más o menos carnal con los señores de las diferentes tribus demoniacas pero no se dio cuenta de que aquello no podía durar porque esa no es la manera en la que se hacen las cosas aquí, aquí la sangre vale solo si esta derramada. Y yo, querido padre, soy extremadamente bueno en eso, en derramar sangre. —Narmesh empezó a pasearse por la plataforma sin dejar de mirarnos como un tigre enjaulado esperando su momento para atacar—. ¿Sabes que fue ella quien me encontró a mí? Supongo que mis movimientos

entre los humanos acabaron siendo, digamos que un tanto llamativos, demasiados cadáveres, empecé a ser considerado un demonio sin serlo y mi vida empezó a estar en cierto peligro. Fue ella la que me ofreció refugio aquí, en su reino. Una reina oscura para un lugar oscuro. Y decidí aceptar su oferta. Al principio todo era extremadamente divertido, madre me dejaba hacer y no le preocupaba demasiado cuántos muertos fuese dejando por el camino. Solo había un tema que no estaba dispuesta a discutir conmigo. Tú —dijo alargando la palabra como un gato que se relame—. Ya ves. Nunca quiso decirme que había sido de ti. Hasta que un pajarito me hablo de un hombre al que mi madre había encerrado en algún tipo de prisión, un hombre eterno condenado a una eternidad de sufrimiento y entonces lo comprendí todo.

Volvió a sentarse en el trono al tiempo que soltaba un ligero suspiro claramente fingido.

—Cuando le pregunte abiertamente por aquel hombre se negó a decirme donde estaba la prisión ni como acceder a ella. Ni siquiera me desveló tu autentica identidad aunque a esas alturas ya era evidente—. Como comprenderás —continuó—, ante tal falta de colaboración no me quedo más remedio que librarme de ella y ocupar su lugar en este trono.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo y me sorprendió que a pesar del tiempo y el dolor aquella afirmación de que Liliath estaba muerta aún provocara una reacción en mí. Pero por encima de todo no podía concebir que aquel monstruo capaz de matar a toda su familia, a cualquier persona que alguna vez había sido algo para mi fuera mi hijo.

—¿Es que tu locura no tiene fin? ¿Acaso no vas a parar hasta que toda nuestra familia esté extinguida?

—La verdad es que es una idea —dijo llevándose la mano al rostro imitando con sorna el gesto de pensar—. Solo tengo un pequeño problema con eso —continuó mirando a Sadith de repente con odio rejuvenecido—, que la zorra de mi tía sigue con su costumbre de meterse al medio.

Mi cara debió de expresar mi desconcierto ante su respuesta porque inmediatamente se giro para mirarme directamente a mí con incredulidad.

—No lo sabes, ¿verdad? Pero claro, por supuesto que no, no tienes ni idea de hasta qué punto mi querida tía ha jugado contigo como con todos los demás. Adelante tía, díselo, dile tu pequeño secretito. —Sadith no respondió, simplemente se limitó a mirarme sin decir una palabra aunque sus ojos transmitían un fuego que

indicaba claramente que Narmesh había tocado un punto sensible —.Adelante tía, no seas tímida. Dile a mi querido padre cómo te las apañaste para hacer desaparecer a mi bastarda y como convenciste a Ankh de que la niña había muerto a pesar del dolor que sabias que eso le causaría. Dile como arrancaste de los brazos de su madre a un bebé recién nacido para esconderlo quien sabe dónde mientras su madre gritaba su pena a los cuatro vientos —soltó casi sin respirar mientras una sonrisa cruel llenaba su boca—. Muy mal, tía, muy mal, ni siquiera yo soy capaz de tanta crueldad.

Las palabras de Narmesh se clavaron en mi alma como un puñal y me giré para mirar a Sadith incrédulo pero su rostro impenetrable me confirmó que todo aquello era verdad.

—Hace mucho tiempo que hice una promesa, Helel, que protegería a tus hijos con mi vida si era necesario, a todos tus hijos.

Sus palabras me sonaron completamente vacías, frías. No podía separar mis ojos de aquella mujer menuda que, ahora lo veía, nos había manejado a todos a su antojo aunque no fuera capaz de entender por que razón ni con qué objetivo.

—Ankh lloró durante días la pérdida de su hija, estuvo a punto de acabar con su vida por el dolor y todo ese tiempo tú tenías la llave de su felicidad y no hiciste nada al respecto. Una frase, solo necesitabas un frase para hacerla feliz, para evitarle aquel dolor y callaste —dije y me di cuenta de que la rabia me estaba haciendo gritar.

—No lo entiendes Helel, si no lo hubiera hecho las dos estarían muertas ahora mismo. ¿De verdad crees que este monstruo las habría dejado vivir?

—Yo podría haberlas protegido —dije escupiendo las palabras.

—¿Cómo la protegiste a ella? —gritó Sadith con una crueldad infinita—. No eres más que un hombre Helel, y uno que aún no ha sido capaz de encontrarse a sí mismo. ¿Cómo pretendes proteger a nadie si no eres capaz de protegerles de ti mismo?

Aquellas frases, dichas sin acritud sino simplemente como verdades irrefutables desencadenaron una oleada de rabia en mi interior que sabía que no podría controlar. Una rabia que solo había sentido dos veces antes, la primera cuando Gabriel había masacrado a la familia de Armesh, la segunda cuando había encontrado el cuerpo inerte de Ankh.

—¿Lo ves ahora, padre? No puedes confiar en ella, solo has sido un peón en sus manos. Tu lugar no está a su lado sino al mío, sentado en este trono junto a mí, siendo lo que siempre has debido ser, un dios entre los hombres y los demonios, un señor del

inframundo —dijo extendiendo su mano hacia mí—. Te lo ruego padre, únete a mí y acabemos con esta zorra que ha destruido nuestra familia. ¡Padre, ven a mí!

Levanté la cabeza lentamente y vi su mano tendida hacia mí, una oferta abierta para ser lo que siempre debía haber sido, un dios. Casi sin que pudiera controlarlo mis pies comenzaron el movimiento lentamente, un paso tras otro, sin mover mi mirada de aquel que era mi hijo. Podía oír la voz de Sadith que me llamaba, que me urgía a que no me dejase engañar, a que luchase contra la energía oscura que me poseía pero mis pies continuaron su marcha hasta que llegue frente a él. Sadith intentó lanzar un ataque de algún tipo pero Narmesh lo repelió apenas con un gesto sin separar los ojos de mi.

—Padre, abrázame. Abrázame, y unámonos en nuestro destino —susurró en mi oído como una serpiente. Mis brazos le rodearon en un abrazo tierno y profundo y sus brazos respondieron de igual modo—. Mi corazón está loco de alegría, padre. —Le separé ligeramente de mí, mis ojos se miraron en los suyos y pude ver que no eran como los míos, aquellos ojos eran los de Liliath mirándome desde el cuerpo de Narmesh.

—Me temo que es imposible que tu corazón se alegre de nuestra unión, hijo —dije sin dejar de mirar a los ojos—, ¡porque tú no tienes corazón!

Me separé lentamente de él y vi como sus ojos me miraban con incredulidad y sin poder comprender exactamente lo que había ocurrido. Su mirada descendió ligeramente para mirar mi mano extendida donde su corazón ensangrentado aun latía con fuerza. Mi puño se cerró sobre aquella víscera que empezó a arder en mi mano sin que yo pudiese sentir siquiera el calor mientras su cuerpo se encogía y secaba para convertirse en el cadáver de un hombre de más de mil años.

Inmediatamente noté como algo ocurría en mi cuerpo, era como si una nueva energía lo ocupase todo, como si una parte de mí que había perdido hace mucho tiempo hubiese retornado. La criatura que fui de la mano de mi padre estaba muerta, hacía mucho tiempo que había dejado de existir pero me había convertido en una criatura distinta, incluso mejor. Podía sentir como el poder del universo estaba en mis manos, pero no era un poder luminoso y brillante como el que había tenido sino un poder oscuro e intenso, un poder que emanaba de todo lo que me rodeaba, de cada fragmento de roca, de cada ráfaga de aire caliente y denso a mi alrededor. Era el poder del infierno, un poder mucho mayor de lo

que jamás había imaginado que ahora vivía en mi, que llenaba cada fibra de mi ser. Y aquella sensación me gustaba.

De repente me acordé de Sadith y me giré para enfrentarme a ella, para exigirle que me dijese donde estaba la hija de Ankh pero ella ya no estaba allí. Sin embargo, no estaba solo. A mis pies, postrados como los humanos que yo había visto adorar a Seti como a un dios, había criaturas de todas los clanes demoniacos incluyendo muchos que no había encontrado jamás en mi vida como ángel. Y todos ellos se postraban ante mi jurando lealtad y devoción a su nuevo rey, y comprendí que yo ya no era el mismo, que había renacido para convertirme en aquello que siempre había sido. Un dios.

15
Herencia

Becca se despertó sobresaltada y absolutamente aturdida. Había pasado toda la noche leyendo y al final había logrado dormir un par de horas pero en lugar de descansar plácidamente por el agotamiento, las pesadillas habían llenado su cabeza. Los rostros conocidos como el personal de la casa o el Daniel McGregor del cuadro se habían entremezclado con los imaginados, aquellos que ella había creado para los protagonistas de aquella historia que alguien se había empeñado en que leyera. Una historia que la tenía absolutamente obsesionada y que sabía que tenia algún tipo de conexión con su familia y con ella misma aunque no tenía idea de como averiguar cuál era esa conexión. El libro seguía a su lado, sobre la almohada, exactamente donde ella lo había dejado. El olor a cuero viejo de la cubierta le llenaba la nariz y era un olor que resulta delicioso. Los símbolos dorados del lomo brillaban con la luz que entraba por el ventanal. Becca no podía dejar de mirarlos preguntándose que significaban y, de repente, le pareció como si los símbolos empezasen a bailar, a moverse de alguna manera transformándose en letras que ella podía reconocer, letras que formaban un nombre que a esas alturas conocía bien. Helel. Aquel era el nombre del protagonista de aquella historia, aquel ángel hecho hombre que contaba su vida a través de libros invisibles, aquel hombre que no era un hombre porque nunca lo había sido, aquel hombre que decía ser Lucifer. ¿Acaso aquella criatura había existido de verdad? ¿Acaso todo aquello era la fantasía de un autor de tercera? Pero, en ese caso, ¿por qué ella? Y, ¿cómo explicar que

fuera su sangre la que hiciera aparecer el texto? ¿Cómo explicar siquiera un texto que se hace visible de manera tan extraordinaria? Demasiadas preguntas, demasiadas incógnitas pero no pretendía parar hasta resolver aquel misterio que era el de su propia vida.

Le costó levantarse de la cama, aún le dolía todo el cuerpo después del incidente del coche pero como pudo entró en la ducha y el agua caliente ayudó a relajar sus músculos magullados. Se puso lo primero que encontró en el armario y bajó a la cocina en busca de café. Eso era lo único que necesitaba, una bañera de café aunque esta vez el líquido negro y caliente revitalizó su cuerpo pero no hizo lo mismo con su cabeza. Su mente seguía dándole vueltas a la historia que había leído la noche anterior. Helel y su mundo se estaban apoderando poco a poco del suyo y no le dolía reconocer que se moría por saber más, por conocer como continuaba la historia de aquel hombre o lo que quiera que fuese. Sabía que a esas alturas debería estar preguntándose quién le había enviado aquellos libros y por qué y, sin embargo, su mente estaba anclada en otras preguntas muy diferentes. ¿Qué había sido de él y de Sadith?, ¿existía ese ser aún o había muerto hace siglos? Y, ¿por qué cada pasaje de aquellos libros le evocaba tantas cosas? Era evidente que no podían ser recuerdos pero Becca estaba convencida de que cada línea le hacía recordar algo de su propia historia. De alguna forma podía sentir los olores de las flores favoritas de Ankh, del incienso del templo de Karnak y hasta del loto azul de los invitados. Las emociones de Helel provocadas por la perdida y la traición evocaban otras que ella misma había sentido en su pasado en las muchas ocasiones en que se había sentido tan sola como alguien puede llegar a estar.

Perdida en aquellos pensamientos no se dio cuenta de que sus pasos la habían encaminado hasta la biblioteca y de repente se encontró frente al gran ventanal que proyectaba sobre ella una luz cálida y agradable. La imagen de la vidriera era tremendamente hermosa con el sol filtrándose a través de ella y sus ojos empezaron a recrearse en la belleza de la complejidad de la historia que contaba. Había decenas de personajes en aquella imagen, o eso es lo que le pareció al principio, pero un vistazo con mayor detenimiento le hizo ver que se trataba del mismo personaje repetido una y otra vez, un hombre alto y apuesto de pelo moreno y complexión musculada. Sus ojos se dirigieron a la parte superior de la imagen, el hombre flotando en el aire iluminado por un haz de luz que venía desde las alturas.Y entonces lo comprendió. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? El hombre no flotaba, caía y la luz le alcanzaba

en su caída. El reconocimiento de la escena en la vidriera hizo que su corazón se acelerase y sus ojos buscasen con ansiedad la siguiente imagen. El mismo hombre encadenado a una pared en lo que parecía una cueva. El hombre en un campo de flores rojas como la sangre. El hombre sentado en un trono dorado con cadáveres a sus pies. Y finalmente el mismo hombre sosteniendo un espada en su mano y una especie de bulto o de fardo en su otro brazo mientras la luz le iluminaba nuevamente desde las alturas, pero sus ojos no miraban al cielo, sus ojos la miraban intensamente a ella. La cabeza de Becca empezó a dar vueltas. Sabía cuales eran la mayoría de aquellas escenas, Las conocía perfectamente porque las había leído en los libros que tan misteriosamente habían llegado a sus manos. Aquella vidriera contaba la historia de Helel, exactamente tal y como la contaban los libros. Ya no podía dudar de que la historia de aquella criatura, de aquel hombre estaba vinculada a la de su familia, a la suya misma. Aunque no supiera cómo ni por qué, allí estaba la prueba. Alguien había considerado que aquellas escenas eran lo suficientemente importantes como para plasmarlas en la vidriera de la habitación mas importante de la casa familiar. Aquellas escenas habían sido puestas allí para que fuesen vistas, para que cualquiera que estuviera en la casa las viese y las recordase. Aquellas imágenes habían sido tratadas como un legado familiar, un legado que ahora era suyo.

Becca se giró para mirar el árbol de ramas estrechas que se encontraba pintado en el otro lado de la habitación y que contenía los nombres de aquellos que formaron parte de aquella familia antes que ella. ¿Acaso alguno de ellos había pasado por lo mismo que ella estaba sufriendo? Sabía que esa era una pregunta que ninguno de ellos podía responderle pero no podía dejar de preguntarse por qué ella. ¿Por qué de la enorme cantidad de nombres en la pared esto le estaba ocurriendo a ella? Sus ojos recorrieron los nombres uno a uno, algunos de ellos demasiado pequeños para poder verlos desde la distancia. Apenas una colección de letras y fechas, eso era todo lo que eran. Sus ojos iban saltando de un nombre al siguiente sin saber muy bien que buscaban hasta llegar a una rama que conocía muy bien. Una rama que tenia muy pocos nombres y el ultimo de ellos era uno que le era muy familiar. Su madre. Genevieve. Sus ojos recorrieron los años que marcaban su nacimiento y muerte, pero si había esperado sentir algo de dolor, una vez mas no ocurrió. Tardó un segundo en verlo. Quizá debería haber sido algo obvio pero los ojos humanos solo ven aquello que esperan ver y definitivamente no esperaba aquello.

Sobre su madre un único nombre destacaba por su longitud comparado con los demás, un nombre elegante, antiguo, un nombre noble. Sophie de Courcillon, Marquise de La Valette. Sus ojos debían haberse quedado con lo peculiar de aquel nombre tan rimbombante pero en su lugar fue otro detalle lo que llamo su atención. Aquel nombre no estaba acompañado por dos fechas sino por una sola, mil novecientos veintisiete. Una fecha de nacimiento sin fecha de defunción. Los pelos de su nuca se erizaron ante la realidad de lo que aquel descubrimiento significaba para ella, para toda su vida. Aquella mujer era su abuela y estaba viva en algún lugar del mundo.

Becca irrumpió corriendo en la cocina casi sin aliento y llevándose a la señora McDermott por delante.

—¿Dónde esta Eustace? —preguntó sin ni siquiera disculparse.

—Si no me equivoco está sirviendo el desayuno a la invitada de la señorita en el comedor —respondió una de las muchachas medio asustada por tanta premura

Becca salió nuevamente por la puerta como una exhalación y corrió hasta el comedor. Al llegar se encontró a Eustace charlando amigablemente con Charice.

—¡Buenos días, hermosa! —dijo Charice sonriendo.

—Eustace, ¿cuánto tiempo lleva usted trabajando en esta casa y cuánto su familia? —preguntó Becca a bocajarro dejando a Charice pasmada por su actitud.

—Yo, aproximadamente unos veinte años pero mi familia ha estado aquí durante mas de cinco generaciones señora —respondió el mayordomo sin perder un ápice de compostura.

—Perfecto. Entonces si yo le digo el nombre Sophie de Courcillon, supongo que le dirá algo.

—Bueno —dudó el hombre—, imagino que se refiere a su abuela, la señora Marquesa.

—¿La qué? —preguntó Charice con cara de haber visto un fantasma.

—La Marquesa. Resulta que mi abuela es marquesa, Charice. Y digo es porque acabo de encontrarme de morros con que la señora no está muerta. ¿Me equivoco Eustace?

—No, no se equivoca —respondió el mayordomo con cara de no entender a que venía tanto escándalo—. La señora marquesa vive en París, o al menos vivía allí hasta hace aproximadamente un año que supimos de ella por última vez.

—¡Yo es que no me lo puedo creer! —respondió Becca indignada —. ¿Y a qué esperaba usted para decírmelo?

—Discúlpeme la señorita pero, ¿decirle qué? —respondió el hombre aún más confundido—. ¿Quiere decir la señora que no sabía que su abuela aún vivía?

—No, me temo que nadie se había molestado en decirme nada, ni mucho menos ella misma.

—Le ruego a la señorita que me disculpe, de ninguna manera podría suponer que usted no estaba informada —dijo el hombre visiblemente azorado.

—Pero...un momento —interrumpió Charice—. Si tu abuela esta viva, ¿cómo es posible que no haya contactado contigo en todo este tiempo? Y, ¿cómo es posible que hayas heredado toda la fortuna familiar? ¿No le corresponde nada a ella?

—Para la primera pregunta no tengo una respuesta me temo —respondió Eustace dándose por aludido—, pero para la segunda sí. La señora marquesa no pertenece a la rama Duncan de la familia, ella se casó con Phillip Engels, el abuelo de la señora que sí pertenecía a esa rama y era el heredero de Duncan Hall al ser el único hijo de Isobel Duncan. Por lo tanto la fortuna familiar pertenece a la heredera de la línea de sangre de los Duncan, es decir, a la señora.

—¡Cojones, esto es un capitulo de Santa Barbara! —dijo Charice con sorna.

—Además —continuó el mayordomo—, si me permite una apreciación que quizá este algo fuera de lugar la fortuna de la Marquesa probablemente duplique varias veces la de la familia Duncan. Su abuela ha sido una exitosa mujer de negocios y sus empresas mueven grandes cantidades de dinero en todo el mundo.

—Lo que sea pero la tía tiene que ser un monstruo si no te ha querido ver en toda tu vida, ¡que le den por culo cariño! Esta mañana me he levantado con intención de decirte que creo que deberíamos olvidarnos de todo esto y volver a Nueva York. Tú tienes que mirar por tu felicidad y allí es donde siempre fuiste feliz, tu misma lo dijiste...

—¿Estás loca? —interrumpió Becca—. ¡Ahora sí que no me voy a ningún sitio Charice! Esta tía ha pasado de mí durante años y va a explicarme por qué, eso te lo garantizo. Y de paso me va a explicar este embrollo de familia que tengo hasta la última coma aunque se lo tenga que sacar con sacacorchos.

—Becca, no seas ridícula —respondió Charice—. No estas pensando con frialdad. ¿Qué te va a aportar todo esto? ¿Más dolor? No te metas en esto. Pasa página. ¿Qué pretendes hacer, invitarla a tomar el té como si nada y sentarte a esperar que quiera contarle

quién sabe qué a una nieta a la que ha ignorado durante años? Eso no va a pasar...

—Creo que la señorita Charice tiene razón, si me permite decirlo —replicó Eustace desde la esquina de la sala—. Es imposible que invite a su abuela a Duncan Hall —continuó— porque hasta donde yo sé su abuela abandonó la mansión antes de que usted naciera jurando que no volviera a poner un pie entre estos muros. Así que me temo que si desea hablar con ella...

—Nos vamos a Paris —dijo Becca con resolución que no dejaba lugar a replicas—. Hoy mismo, prepara las maletas.

—¡Ay, no me jodas! ¡No estas pensando Becca! —protestó Charice.

—Me voy contigo o sin ti, puedes venir conmigo y ayudarme con esto o ser responsable de lo que me pueda pasar —respondió Becca con una sonrisa burlona saliendo por la puerta segura de cual seria la decisión de su amiga. Un segundo después la cabeza de Becca volvió a aparecer por la puerta. —Eustace, usted viene con nosotras —soltó para marcharse sin esperar respuesta.

Aterrizaron el aeropuerto de Orly esa misma noche a eso de la ocho. La organización del viaje había sido una vez más un ejemplo de la impecable capacidad de Eustace para gestionar imprevistos. En apenas tres llamadas de teléfono había logrado que el jet privado que las había traído de Nueva York estuviera listo para despegar esa misma tarde, que tuvieran un aterrizaje asignado en Orly, que un coche les estuviera esperando a su llegada y que tuvieran habitaciones disponibles para esa noche en el Four Seasons. Por desgracia para Becca, lo que Eustace no había sido capaz de conseguir era que Charice dejara un solo instante de tratar de convencerla de que aquello era una locura y una perdida de tiempo, que aquella abuela no quería verla y que este ataque repentino por conocer a la familia solo le traería dolores de cabeza. En realidad, el dolor de cabeza se lo estaba dando aquella retahíla innecesaria por parte de Charice pero aquello se lo cayó. Por más que Becca no comprendía por qué su amiga, que la había empujado a ser aventurera y osada, ahora estaba tan empecinada en que no hiciese lo que posiblemente era la cosa más osada que se había planteado desde que llegase a Escocia, Becca no podía concebir saber que tenía una abuela y no intentar conocerla aunque fuese para que la vieja le dijese que no quería saber nada de ella. Al menos esta vez se lo diría en la cara.

El humor de Charice no mejoró a su llegada al hotel y se fue a dormir sin cenar siquiera argumentando una jaqueca. Eustace ni siquiera salió de su habitación así que Becca acabó cenando sola en el restaurante del hotel. Aquella noche no pudo dormir. Había dado instrucciones muy claras a Eustace. Al día siguiente se plantarían en la ultima residencia conocida de su abuela, que Eustace había encontrado en una antigua factura correspondiente a la mudanza de cuando su abuela abandonó Duncan Hall. Becca era consciente de que aquella mujer podía no vivir ya allí, pero al menos tenía un sitio por el que comenzar y si era necesario estaba dispuesta a recorrer toda Francia hasta encontrarla y que le contase su parte de la historia. Becca esperaba que su abuela pudiese arrojar algo de luz sobre todo lo que le estaba tocando vivir, Helel, los libros, los ataques y todo lo demás aunque era consciente de que podía ser que aquella mujer solo trajera más confusión a su vida. Para empezar, y por lo que Becca sabía, aquella mujer debía de ser lo suficientemente mayor para estar muerta y que aquel viaje resultase una perdida de tiempo pero daba igual, Becca no podía esperar hasta el día siguiente para salir de dudas.

A la mañana siguiente Becca se levantó temprano y bajó a desayunar solo para encontrarse en el restaurante a Charice, con ojeras, agarrada a una taza de café y absolutamente deprimida. No tenía ni idea de que le había pasado a su amiga pero aquel viaje la tenía destrozada y había perdido toda la vitalidad y la energía que normalmente derrochaba.

—¿Estás bien? —preguntó Becca con algo de miedo de la respuesta.

—Sí —respondió Charice con una sonrisa desganada—. Solo estoy cansada, la bendita jaqueca no me ha dejado dormir nada.

Becca decidió no darle mas importancia porque no quería darle pie a Charice para volver a empezar con el sainete del día anterior así que cuando acabaron de desayunar se fueron a encontrar en el hall del hotel con Eustace que ya tenía preparado el coche.

—La residencia de Madame de Courcillon, asumiendo que aún resida allí, esta cerca de Les Invalides. No deberían ser más de cinco minutos, señorita —dijo mientras se montaban en el coche y los nervios empezaron a agarrarse al estomago de Becca.

Los cinco minutos acabaron por ser veinticinco debido al caos de tráfico de la ciudad, pero finalmente el coche se paró frente al típico edificio parisino de unas cinco plantas situado frente a un pequeño parque. El aspecto del barrio era ideal y claramente acomodado.

—¿Cuál es su piso? —preguntó Becca.

—Me temo que todos, señorita —respondió Eustace explicándole que todo el edificio era una casa y no pisos independientes como ella había supuesto. Becca buscó el timbre para anunciar su llegada pero se dio cuenta de que no había ninguno. Inmediatamente la doble puerta de metal con cristales al ácido se abrió y un hombre de unos cuarenta años vestido con algo semejante a una librea y que parecía sacado de una novela de Dumas les recibió.

—Buenos días, mi nombre es... —quiso presentarse Becca pero no tuvo tiempo.

—La señora les está esperando, si son tan amables de acompañarme.

Becca se quedo pálida. Hasta donde ella sabía Eustace no había anunciado su visita dado que ella no quería darle a su abuela la posibilidad de huir de ella así que el hecho de que aquel hombre indicase que les esperaban sin ni siquiera necesitar pedir su nombre la dejó descolocada. Se giró para mirar a Eustace y Charice que parecían no darle importancia así que decidió que lo mejor era seguir a aquel hombre al interior del edificio mientras Eustace se quedaba junto al coche. La casa era mucho más grande por dentro de lo que parecía por fuera. Lo que en otros tiempos había sido el hall de la escalera del edifico estaba profusamente decorado con sillones y alfombras que lo convertían en un acogedora sala más que en el típico espacio de paso carente de vida. El hombre les guió hasta un ascensor de puertas de metal con decoración art deco que parecía tener doscientos años y les indicó que entrasen dado que la señora les recibiría en la biblioteca de la última planta. Becca tenía sus dudas de que aquella pieza de maquinaria antigua pudiese elevarles a todos pero lo hizo, y lo hizo sin un solo ruido o chirrido.
Cuando llegaron a la planta de destino las puertas se abrieron a una enorme sala de lectura. Las paredes de las diferentes habitaciones de la planta habían sido retiradas haciendo que la extensión pareciese la de una librería de una universidad. En las paredes se amontonaban los volúmenes de todos los aspectos posibles, algunos claramente modernos y otros con tantos años que daba miedo siquiera tocarlos por si se deshacían en las manos. El mayordomo les dirigió hasta el extremo de la sala donde una mujer estaba de espaldas a ellos mirando por un gran ventanal.

—Señora, las visitas que esperaba.

—Gracias Maurice, puede retirarse —respondió la mujer girándose de forma que el sol que entraba por la ventana cegó momentáneamente a Becca que no pudo distinguir su rostro —.

¡Bienvenida Rebecca!

Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz y pudo ver la cara de la mujer que le daba la bienvenida sintió como las piernas le fallaban por un segundo pero la mujer se acercó hasta ella y la sujetó. El rostro que Becca tenía ante ella mirándola con la misma seriedad de una estatua de mármol era un rostro que ya había visto con anterioridad. Aquella mujer morena, probablemente de menos de cuarenta años, guapísima y que olía deliciosamente era la misma mujer que la había rescatado aquella primera noche en Duncan Hall cuando la criatura alada la había llamado a la fuente. Recordaba perfectamente su rostro escrutinándola entonces con la misma intensidad que ahora.

—Charice, ¿puedes ayudarme por favor?

—Claro tía —respondió Charice ayudando a levantar a Becca y los ojos de Becca la miraron desencajados al oír el trato familiar de labios de su amiga que a su vez la miraba avergonzada como el niño al que han cogido robando galletas a escondidas. Las dos mujeres le ayudaron a sentarse en un sillón frente a una mesa baja sobre la que alguien había dejado un juego de café de porcelana que humeaba extendiendo por la sala un olor maravilloso.

—Tómate esto —dijo la mujer tendiéndole una taza llena de aquel liquido oscuro y caliente—. Es fuerte pero eso ayudará a que tu presión arterial se eleve y te encontrarás mejor.

Becca bebió un par de sorbos obedientemente y tal y como la mujer le había dicho y casi inmediatamnete empezó a encontrarse mas recuperada. Y muy, muy cabreada. Dejó la taza sobre la mesa para no caer en la tentación de lanzarla y miró seriamente a las dos mujeres que estaban frente a ella.

—Voy a ser muy clara con mis preguntas y exijo la misma claridad en las respuestas —dijo controlándose para no gritar—. ¿Quién cojones eres tú y de qué hostias va todo esto? —pregunto dirigiéndose primero a la mujer del pelo negro y luego a Charice.

—Becca… —empezó a responder Charice con un rostro que demostraba que sentía culpable.

—Déjame a mí, querida —interrumpió la mujer y su voz, aunque no la elevó en absoluto, llenó toda la sala—. Dado que has pedido respuestas claras seré tan concisa como me sea posible aunque debo decirte que esa no exactamente una de mis virtudes. Mi nombre ya lo conoces, me llamo Sophie de Courcillon, o al menos así es como me llamo ahora, pero eso es tema para otra conversación que también debemos tener. Con respecto a qué soy, creo que ya estas informada de que somos familia, ¿no es así?

—Pues no lo sé —replicó Becca en un tono claramente agresivo —. Se suponía que iba a conocer a mi abuela pero a no ser que duermas en un congelador hay algo que cuadra.

—Déjame empezar de nuevo, esta vez con una pregunta diferente —dijo mientras sacaba un cigarrillo de una pitillera de plata y lo encendía como si fuese una actriz de Hollywood sin molestarse en preguntar si el humo podía molestarle—. ¿Sabes quién eres tú?

—¿Cómo que si sé quién soy?. ¡Por supuesto que se quien soy, o lo sabía hasta que empecé a descubrir cosas de mi querida familia que nadie puede entender y que me están empezando a enfadar muchísimo!

—La ira siempre ha sido un defecto familiar, no me sorprende —dijo mientras se levantaba para caminar hasta la ventana y darle la espalda—. Creo que has estado leyendo bastante últimamente, ¿verdad? —continuó cambiando aparentemente de tema—. No es necesario que me respondas. ¿Has entendido ya quien es Helel?

Becca sintió como el pelo de sus brazos se erizaba. No se atrevía a verbalizarlo pero sabia perfectamente cual era la respuesta a aquella pregunta.

—Luzbel, Lucifer, Satán, Belcebú, el caído, el enemigo. Todos esos son los nombres que los hombres y otras criaturas le han dado en distintos momentos de la historia, casi todos ellos erróneos. Pero su único y verdadero nombre, el nombre con el que esta familia le ha conocido siempre es Helel —dijo girándose para mirar de nuevo a Becca—. A estas alturas estás bastante familiarizada con una parte de su historia pero me pregunto si has comprendido cual es su relación contigo.

—Bueno, al menos acabas de confirmarme que existe una relación.

—Las dos sabemos que eso ya lo habías deducido tú misma —respondió en tono distante la mujer—. Si lo que deseas es que sea tan clara y honesta contigo como me has pedido te rogaría que hicieses tú lo mismo.

Becca se tensó en su asiento al sentirse regañada y las siguientes palabras salieron escupidas de su boca.

—Muy bien. Es cierto, a estas alturas cualquier idiota habría entendido que no he recibido esos libros por nada pero no, aún no he sido capaz de entender qué significa todo esto. ¿Has sido tú quién me ha enviado los volúmenes?

La mujer rió ligeramente y el gesto la hizo aún más guapa de lo que le había parecido inicialmente a Becca.

—No, no he sido yo. De hecho, si por mi hubiese sido no los habrías visto jamás. Desgraciadamente tu padre tenía otras ideas.

—¿Entonces mi padre existe? ¿Tú le conoces?

—Por supuesto que tu padre existe y le conozco. Tu padre es Helel.

Becca se dio cuenta de que sus piernas temblaban de nuevo y agradeció el estar sentada. Como pudo compuso el rostro para tratar que la ansiedad repentina que aquella frase le acababa de generar no se le notase pero notó como aquella angustia empezaba a apoderarse de ella haciendo que se acumulase en su interior algo que conocía muy bien, algo que no debía dejar ir.

Como leyendo su mente la mujer se acercó hasta ella y le agarró la mano en un gesto tierno que no cuadraba con su rostro imperturbable. En el mismo momento en que la mujer la tocó Becca sintió como aquella energía que tanto temía se calmaba y la angustia desaparecía.

—Te enseñaré a controlar esto, es importante que aprendas a no perder el enfoque.

Aquellas palabras unidas al gesto rompieron a Becca que notó como dos grandes lagrimas escapaban de sus ojos y rodaban por sus mejillas. La angustia y la ansiedad de todo lo que le había tocado vivir en las ultimas semanas y, por encima de todo, la impotencia de no entender nada finalmente salieron a la superficie.

—¿Quién soy? —preguntó con la voz truncada.

Como si hubiese estado esperando esa pregunta todo aquel tiempo la mujer sonrió ligeramente y miró a Becca directamente a los ojos mientras hablaba.

—Te llamas Rebecca Engels y eres la hija de Lucifer. Como tú, muchos otros han llevado la carga de pertenecer a una larga familia que se remonta, como ya deberías saber, a los tiempos de Sumeria y Accad. Naciste un mes de Diciembre y fuiste el bebé más hermoso que he visto jamás y, créeme, he visto muchísimos. Mis manos fueron las que te trajeron a este mundo y te pusieron en brazos de tu madre, una madre que por el inmenso amor que te tenía tuvo que renunciar a ti para poder protegerte de aquellos que querían su mal y el tuyo. La madre que crees recordar, aquella mujer en el cuadro, era otra descendiente de Helel que abrió su corazón para adoptarte y darte su nombre dispuesta a criarte como a su propia hija y a protegerte con su propia vida y, lamentablemente, ese fue el precio que tuvo que pagar. Afortunadamente logró ponerte a salvo a tiempo y hacerte desaparecer en el mundo para que pudieses tener la vida que ningún miembro de esta familia ha

podido tener jamás. Por desgracia, el pasado de esta familia siempre acaba por alcanzarnos, a todos.

Becca no sabía que decir. Aquellas palabras habían sido pronunciadas lentamente, asegurándose de que todas ellas serían entendidas sin lugar a dudas pero en su mente le habían parecido como si una metralleta descargara toda su munición en ella a bocajarro. Mentiras. Esa era la única idea que le venía a la cabeza. ¿Cuántas mentiras habían rodeado su vida? ¿Acaso había algo de verdad en ella? Según aquella mujer todo aquello se había hecho para protegerla pero, ¿protegerla de qué? Y, ¿cómo la protegía aislarla del resto de su familia y condenarla a una vida de soledad?

—Sé que no lo puedes entender —continuó la mujer leyendo nuevamente su pensamiento—, pero todo lo que se ha hecho, correcto o no, fue por amor. Incluso el dolor generado fue generado como consecuencia del amor. Supongo que en realidad esa es la naturaleza del amor.

Becca quería decir mil cosas pero ninguna de ellas se materializaba en palabras. Sus ideas se enredaban en su cabeza y no era capaz de ordenarlas para construir algo coherente.

—Rebecca, tu vida no es la de un mortal cualquiera, porque tú no eres un mortal cualquiera. Y, por eso mismo, los peligros a los que estas expuesta tampoco son los de cualquier otra persona y esos peligros han existido desde el mismo día en que fuiste concebida. Para protegerte de esos peligros hemos tenido que tomar decisiones que en muchos casos no entenderás pero que se tomaron con una sola idea en mente, tu seguridad.

—Y, ¿para mantenerme segura tuvisteis que alejarme de todo? Me condenasteis a pasar mi vida completamente sola...

—Te condenamos a un exilio que al menos te permitía tener una vida —replicó la mujer—. Y, aunque ahora mismo no lo creas, nunca jamás estuviste sola.

—No, es verdad, te encargaste de que estuviera a mi lado tu espía particular que sin duda te contaba todos y cada uno de mis movimientos —dijo girándose para mirar con desprecio a Charice —. ¿Cómo has podido hacer esto? ¿Como pudiste callarte tanto tiempo, sin decirme nada? Eras la única persona en la que confiaba.

—Estás siendo absolutamente injusta. Charice y su madre han estado a tu lado todo este tiempo para garantizar tu seguridad.

—¿Tu madre? —preguntó Becca aun más extrañada.

—¿Recuerdas el día que murió Claire? —susurró Charice.

Becca sintió como un escalofrío recorría su espalda. Recordaba aquel día demasiado bien. Recordaba las risas de las otras chicas del

colegio en los pasillos, los cuchicheos mientras la señalaban con el dedo como la tonta a la que le habían robado el novio. Recordaba haber querido huir, escapar y haber entrado corriendo en el baño esperando poder estar sola y a salvo solo para encontrarse de frente con Claire, la culpable de su desgracia. Aquella era una oportunidad de oro para hacerle sentir aún más miserable que aquella muchacha conflictiva y agresiva no iba a dejar pasar y las burlas y comentarios al respecto de aquel chico no tardaron en empezar a salir de su boca a borbotones. Pero el momento en que la gota colmó el vaso fue cuando Claire sugirió que, en realidad, todo aquello lo había hecho solo para herirla y no por autentico interés en aquel chico. En ese momento los recuerdos desaparecían y solo quedaba una emoción, la ira. Cuando pudo volver en sí misma no quedaba nada a su alrededor excepto una habitación calcinada y el cuerpo negro y contraído de Claire en el suelo frente a ella. Y el abrazo. Los brazos de alguien envolviéndola con ternura y sacándola de aquel infierno que ella misma había generado.

—Fue una mujer —susurró—, una de las monjas del colegio fue quien me encontró y me sacó de allí. Nunca supe como pudo adivinar que dentro de aquella habitación carbonizada quedaba alguien con vida. Recuerdo que era pequeña, con el pelo largo y oscuro. La había visto antes en el colegio pero nunca hablaba con nadie, las otras niñas bromeaban diciendo que eso era porque no conocía el idioma, era... —Y Becca no pudo continuar al darse cuenta de lo que iba a decir.

—Exacto. Japonesa —prosiguió Charice con voz tímida—. Mi madre se llamaba Shiori.

—Ahora comprendo por qué en todos estos años nunca has querido que conozca a tus padres. No querías que descubriese tu secreto. Pero, ¿has dicho llamaba?

—Shiori fue mi amiga durante más tiempo del que puedo recordar y cuando una vez más necesité su ayuda no dudó en ofrecerla sin reparos, no solo la suya sino la de su hija, aunque eso significase arriesgar sus propias vidas. Y, por desgracia, finalmente tuvo que sacrificar la suya propia para mantenerte a ti a salvo.

Becca se sentía horrorizada. Había pasado de la rabia de sentirse traicionada por Charice a descubrir que aquella mujer había perdido a su propia madre por ella y eso la hizo sentirse profundamente mal.

—El incidente llamó la atención de las mismas criaturas que han intentado acabar con tu vida recientemente —continuó la mujer—, así que no les costó demasiado localizarte en el colegio la noche

antes de que partieras para Nueva York para empezar en la Universidad. Shiori detectó su presencia y se enfrentó a ellos logrando evitar que llegaran hasta ti pero tuvo que utilizar todo su poder para derrotarles y eso le costó la vida.

—Mi madre murió esa noche sabiendo que se sacrificaba por algo y alguien que ella consideraba digno de sacrificio y, al día siguiente, yo tomé su lugar convirtiéndome en tu mejor amiga para estar siempre a tu lado y poder protegerte como lo había hecho ella —prosiguió Charice—. Sin embargo, lo que había aceptado inicialmente como un compromiso de honor familiar acabo por convertirse en un acto de amor porque pasaste a ser verdaderamente mi mejor amiga, la única que he tenido jamás.

Becca se quedó mirando a su amiga y no pudo evitar que dos grandes lagrimas rodaran por su rostro. No hubo más palabras, ni gestos. No hacía falta. Tan solo una leve sonrisa reemplazó a las frases y las disculpas. Aquellas dos mujeres habían estado unidas durante años y esa unión no se había roto. La cara de Becca se ensombreció al pensar todo lo que Charice había tenido que sacrificar por ella. Se giró para mirar a la otra mujer que seguía seria como una esfinge sin que nada pareciese afectarla.

—Tanta gente ha sacrificado su vida por mantenerme a salvo, pero, ¿por qué? ¿Qué hay tan importante en mi que pueda interesar a tanta gente? ¿Simplemente la identidad de mi padre?

—¿Aún no lo ves? —respondió la mujer con cierto grado de frustración— Por ser hija de quien eres, eres por definición un Nephilim, una criatura mitad hombre mitad ángel, lo cual te convierte en un ser muy especial y con un poder que aún desconoces. Un ser que es una amenaza para el poder que otros han ejercido por milenios. Por sangre estás además vinculada al trono del infierno lo cual te da un valor enorme como moneda de cambio. ¿Sabes lo que darían algunas criaturas del inframundo por poder tener a tu padre a su merced? Y por si eso no fuera suficiente, para tu padre eres la única que puede llevarle hasta la llave que le abrirá la puerta del cielo.

La cara de Becca estaba descompuesta. No entendía nada de nada. Aquella mujer le estaba contando cosas a medias que no era capaz de descifrar. ¿Quiénes eran esas criaturas a las que ella parecía amenazar? Y, ¿qué era esa supuesta llave del cielo que su padre parecía desear? Y, ¿por qué todo giraba en torno a ella?

—No espero que lo entiendas ahora —continuó la mujer y a Becca no le cupo duda de que podía leer su mente—, pero espero que esto te ayude —dijo mientras le entregaba un libro con unas

cubiertas doradas de piel y con los mismos símbolos que había visto en el volumen anterior grabados en el frontal. Becca cogió el libro con las manos temblorosas. Era hermoso. No era como los que le habían enviado a ella, era evidente que este estaba encuadernado con mimo para convertirlo en una joya. Sus dedos se movieron por las páginas ligeramente amarillentas, en blanco como las de los volúmenes que había leído.

—Supongo que ya has deducido lo que es. Este volumen debería contarte la continuación de la historia que has podido leer hasta ahora y aclararte el por qué de muchas de las cosas de las que hemos hablado hoy.

—Es muy hermoso —dijo Becca sin poder retirar sus ojos de la cubierta.

—No es la encuadernación original claro. La original fue destruida en el siglo diecisiete, esta la hizo un viejo amigo en Amsterdam.

—Estos símbolos...

—Es el nombre de tu padre en lengua angélica.

Becca recorrió los símbolos con sus dedos recreándose en cada línea y cada curva.

—Las páginas aun están en blanco. ¿No lo has leído? —preguntó.

La mujer rió ligeramente y su rostro se relajó apenas por unos segundos.

—No podría aunque quisiera —dijo esta vez sonriendo—. Solo la sangre de Helel puede revelar el texto por eso solo puedes leerlo tu, es tu herencia. Quiero que te lo lleves a tu hotel y lo leas esta noche. Vuelve mañana y te prometo que, si aún te queda alguna duda, no tendré reparo en contestarla —dijo mientras se levantaba de su asiento y se dirigía hacia la puerta—. Ahora si me disculpáis, debo dejaros, tengo otro compromiso que debo atender.

—Un segundo. —Y se levantó como un resorte con intención de ir tras la mujer que se giró para mirarla—. Tengo una última pregunta.

—¿Si?

—Si Genevieve no era mi verdadera madre, eso quiere decir que tú y yo no somos familia...

—¡Oh, sí que lo somos! —replicó la mujer sonriendo—, solo que no en la forma que tu esperabas.

—Pero, si no eres mi abuela, ¿por qué estas haciendo todo esto? —preguntó Becca.

—Porque hace mucho tiempo prometí que cuidaría de los hijos

de Helel, de todos ellos.

Aquella frase dejó a Becca helada al darse cuenta de lo que realmente significaba y el nombre salió de sus labios casi en un susurro.

—Sadith

La mujer la miró directamente a los ojos por unos segundos antes de responderle.

—Los hijos de Helel siempre me han llamado tía. —Y salió por la puerta dejando atrás tan solo el eco de sus tacones y su maravilloso perfume.

Aquella noche en el hotel Becca repitió el ritual haciéndose un pequeño corte en la mano para depositar unas gotas de sangre sobre las páginas del libro que inmediatamente se llenó de palabras escritas con una caligrafía hermosa y fluida que llenaba la vista. Pero esta vez no estaba sola como en las ocasiones anteriores, había pedido a Charice que la acompañase y que leyese la historia con ella. Y allí, en un hotel de París, leyendo un libro más que olvidado, Becca se dio cuenta de que, en realidad, nunca había estado sola en absoluto.

16
Sacrificio

No existe nada más embriagador que el poder. Su esencia es la más adictiva de todas las existentes, se mete bajo la piel y se arrastra hasta tu mente hasta que no puedes pensar en nada más. Ninguna fuerza se acerca a su influencia, ni siquiera el amor, el dinero o el sexo, por la sencilla razón de que el poder puede conseguirte todas ellas. No existen criaturas más susceptibles a la ambición por el poder que otras, tan solo existen aquellos que lo reconocen y aquellos que no y, desde el mismo momento en que me senté en aquel trono, fue evidente que esa ambición había dormido latente en mi interior por mucho tiempo, demasiado tiempo. Y pronto descubriría que ese era un defecto de familia.

Mi primeros meses como señor del infierno transcurrieron en torno a una única obsesión, encontrar a Sadith y a la hija de Ankh que parecían haber desaparecido de la faz de la tierra desde el momento de mi ascenso. Y no era lo único que había perdido. Mi espada, el único recuerdo de lo que un día había sido y lo único que me quedaba de los regalos de mi padre también había desaparecido. Había retornado al lugar donde tuve que abandonarla para encontrarme con que ya no estaba allí. Para mí era evidente que ambos hechos debían estar relacionados aunque no podía entender por qué Sadith se mantenía alejada de mí ni que interés podía tener mi espada para ella. En aquel momento no tenía ni idea de qué haría con mi espada si la encontraba dado que no podría llevarla conmigo al inframundo pero no importaba, era el único vestigio de un pasado que me negaba a olvidar. Con la ayuda de los nuevos

recursos que mi papel como señor del infierno me daba me encargué de que se iniciara una búsqueda exhaustiva por todas las tierras de los hombres. Debía encontrar a Sadith a como diera lugar. No me cabía duda alguna de que, de desearlo, Sadith podía ocultarse de mí por mucho tiempo pero sabía que más tarde o más temprano cometería un error y en ese momento yo me encargaría de tener ojos y oídos en todas partes que pudiesen detectarla.

Aquel tiempo transcurrió entre aquella búsqueda y otras actividades mucho más placenteras derivadas de mi nuevo estatus. Pronto fue evidente que existían numerosas criaturas en el inframundo interesadas en ganar el aprecio y la consideración de su nuevo señor sin importar lo que fuera necesario hacer para conseguir estar cerca del trono. Una situación de la que decidí sacar el mayor provecho posible. Quizá fuera la influencia de la energía del inframundo que ahora circulaba por mi ser pero, aunque desde que me había convertido en humano había disfrutado el sexo en muchas ocasiones, mi cuerpo y mi mente se abrieron a todo tipo de nuevas experiencias en ese terreno, y las abrazaron con un ansia y un hambre como no había sentido jamás.

Por desgracia, el poder tiene otra característica de la que es imposible escapar, es inestable y esa inestabilidad no tardó en golpearme en la cara. Los jefes de algunos de los clanes demoniacos decidieron que no les gustaba la idea de que su gobernante fuera humano, fuera por nacimiento o por transmutación, aunque ese gobernante hubiera alcanzado el trono de acuerdo a sus tradiciones matando a su antecesor, y decidieron levantarse contra mí. Aquel alzamiento culminó en lo que más tarde sería llamado las guerras del averno y me tuvo muy entretenido durante muchos siglos pero eso es otra historia. El caso es que mientras yo pasaba mi tiempo explotando mis talentos como soldado y estratega y desarrollando un especial gusto por masacrar a mis enemigos hasta la extinción el tiempo siguió pasando en las tierras de los hombres hasta que un día decidí abandonar mi trono para pasear nuevamente por los lugares que una vez había conocido. Me dirigí a Tebas esperando encontrar la misma gran ciudad que yo había dejado, pero nada quedaba ya de todo aquello. Desde las colinas de la orilla oriental miré a la ciudad para encontrarme que ya no era siquiera eso sino poco más que una aldea. Los grandes edificios y templos hacia mucho tiempo que habían sido abandonados y las casas que quedaban en pie se concentraban en torno al templo de la reinstauración, el lugar donde los faraones habían sido tradicionalmente coronados. Lejos estaban los días de esplendor y

magnificencia, ya nadie se acordaba de Seti o de Ramsés y el templo de Karnak, aunque aún seguía en pie y algunos sacerdotes vivían allí, aparecía deslucido y en estado de abandono. En el lado sur de la ciudad, un campamento militar ocupaba ahora una gran extensión de terreno. Un signo más del pasar ineludible del tiempo y de la poca importancia de los reinos de los hombres. Aquellos imperios que una vez fueron inmensos y parecían indestructibles no eran ya más que polvo y recuerdos y habían sido reemplazados por otros que, a su vez, caerían llegado su momento para no levantarse jamás.

—¿Recordando viejos tiempos, mi señor? —dijo una voz melosa a mi lado de repente.

—Kashna, creo que he sido claro cuando he dicho que no quiero que nadie me moleste. ¿Qué haces aquí? —respondí a la criatura sin siquiera dirigirle una mirada en un tono que no dejaba lugar a dudas de mi malestar por su intrusión.

—Bueno, mi señor, quiero creer que yo no soy cualquiera, al menos eso es lo que me haces creer cuando estas entre mis piernas —contestó la mujer desplazándose para colocarse justo en frente de mí—. Además, te interesará saber lo que tengo que decirte.

—Di lo que sea y déjame, no tengo tiempo para tus juegos ahora —le ordené, pero mis ojos no pudieron evitar recorrer su cuerpo que conocía tan bien—. Esa vestimenta no es la habitual en ti —dije al ver que iba cubierta de arriba abajo por una túnica de lino oscuro que la cubría hasta los pies.

—Bueno, vengo de viajar por el mundo de los hombres, mi señor, espero que no me lo tengas en cuenta. ¿Quizá te soy mas reconocible así? —dijo y en un instante su cuerpo estaba completamente desnudo ante mi mostrando toda su exuberancia incluidos sus cuatro pechos turgentes ofreciéndose sin tapujos.

—Ya te he dicho que no tengo tiempo para esto ahora mismo —respondí y notaba como empezaba a perder la paciencia—. Di lo que tengas que decir o márchate.

—Como desees señor. —Y su mano empezó a jugar con el faldellín que llevaba puesto. —Solo pensé que te gustaría saber un rumor que he oído entre los soldados de la guarnición de esa ciudad del norte, la del faro.

—Alejandría.

—Si, esa. Ya sabes que no soy buena con los nombres, lo mío son más las lenguas. —Y su lengua jugó con sus labios de la forma mas sensual posible. —Resulta que he estado allí, buscando algo con que entretenerme...

—No me cabe duda —respondí y la mujer rió como un cascabel con fingida modestia.

—El caso es que los soldados hablaban de un evento increíble. Aparentemente, uno de ellos fue herido en una batalla más allá del mar y fue llevado hasta su gran ciudad para morir pero allí una mujer fue capaz de curarle contra toda esperanza. Aparentemente la mujer era algún tipo de bruja o curandera.

—Y, ¿por qué deberían importarme las bobadas supersticiosas de los hombres en los más mínimo? —respondí irritado.

—Bueno, lo que me pareció curioso, señor, fue el nombre que la gente da a aquella mujer —respondió haciendo una pausa como el gato que se relame antes de matar al ratón—. La eterna. Aparentemente esa mujer dice haber vivido muchas veces la vida de un hombre.

Aquel comentario captó mi atención pero me negué a mostrarla.

—¿Qué te hace pensar que pueda ser ella? —pregunté con cautela.

—¿Acaso no es esa la razón por la que mandaste en su busca a la mejor vidente de tu reino? —contestó acariciando mi miembro por encima de la faldilla—. Evidentemente miré en los recuerdos del hombre que contaba aquella historia y vi algo más, algo que me parece mucho más importante.

—¡Habla de una vez! —dije retirando su mano.

La mujer pareció darse por vencida y finalmente habló muy seria casi enfadada.

—En la imagen que vi la mujer decía llamarse de una forma poco común. Su nombre era Suriath.

Aquel nombre me hizo volver en mí. El nombre de la mujer que había salvado mi vida muchos siglos atrás no era habitual y hacía mucho tiempo que los hombres ya no lo usaban. ¿Acaso podía ser que Sadith estuviera usando ahora el nombre de su madre? Si así era, aquello abría la puerta a poder encontrarla.

—¿Qué más has visto? ¿Sabes dónde se encuentra exactamente? —pregunté agarrando a la mujer por el brazo.

—No, mi señor, lo siento, lo único que sé es que el hombre la encontró en la gran ciudad del norte, su capital.

—Roma —dije como en un susurro e inmediatamente me giré dispuesto a transportarme hasta la ciudad y destruirla hasta los cimientos si era necesario para encontrar a Sadith pero la criatura me detuvo.

—Espera mi señor, tengo más cosas que contarte.

—Habla, ¿qué mas has visto? —pregunté esperando que me

dijese algo más sobre el paradero de Sadith.

—Es sobre ese otro encargo que me hiciste —dijo como el pescador que lanza su caña sabiendo que el río esta atestado de peces—. Ese lugar que querías que encontrase para ti.

—¿Lo has encontrado?

—Eso creo, sí. Pero será mejor que te lo muestre —respondió mientras ponía su mano cálida y suave sobe mi rostro. Inmediatamente las imágenes empezaron a fluir en mi cabeza, imágenes que conocía muy bien y que otra mujer había puesto allí muchos años antes con el mismo gesto. Una gran montaña surgió en mi campo de visión y en ella un pequeño templo casi derruido. De repente la imagen se alejó para mostrarme la misma escena desde mucho mas lejos, esta vez podía ver la montaña entera y lo que la rodeaba y un instante después aún más lejos pude ver que la montaña estaba en un gran isla rocosa en medio del mar. En ese momento, encontrar a Sadith ya no fue mi primera prioridad porque Kashna me había dado algo que deseaba y necesitaba aún mucho más. Ahora sabía donde encontrar a Enoch.

Lo primero que sentí fue el aire frío del mar que se filtraba a través del bosque de pinos que me rodeaba y transportaba un delicioso olor a salitre. Me encontraba en una ladera de la montaña en algo parecido a un camino que ascendía entre el bosque hasta la entrada de una cueva horadada en la pared rocosa. El camino había sido creado sin duda debido al constante flujo de personas que ascendían para depositar sus ofrendas en el templo que se encontraba en el interior de la montaña. Para marcar el lugar un par de pequeñas columnas de piedra habían sido colocadas a ambos lados de la entrada a la cueva. Me encaminé hacia la entrada cuando el sol empezaba a ponerse y la espesura de los pinos ya no dejaban que la luz del ocaso llegase hasta el lugar. Cuando llegué hasta las columnas vi que alguien había colgado una lámpara de aceite de la pared de piedra no tanto para indicar el camino, sino para marcar que aquel era un lugar de veneración. Desde la entrada podía ver la cueva, enorme, llena de muchos más candiles de aceite repartidos por todo su interior y en la pared del fondo un pequeño altar. Desde allí no podía distinguir la figura que había sido colocada en el altar pero en realidad no importaba porque era la enormidad de la cueva iluminada por las candiles y refulgiendo como si fuera de oro la que robaba toda la atención haciendo que no importase que dios era el que debía ser adorado allí. Me dispuse

a entrar el cueva empezando a sospechar que la visión de Kashna estaba equivocada y que en aquel lugar no había nada para mí cuando una voz me sorprendió.

—Vienes un poco tarde muchacho, ya me marcho. Mejor hubieras hecho en venir mañana el camino de bajada a oscuras es peligroso.

Al girarme me encontré con una mujer tan vieja como el tiempo, arrugada y encogida que llevaba en sus manos una especie de pequeño tajo de madera y vestida con poco más que harapos.

—Disculpa buena madre pero, no sabía que solo se podía acceder al templo a ciertas horas.

—¡Oh no!, no te preocupes el templo está abierto siempre pero la gente suele venir por la mañana, la subida es cansada y la bajada complicada, nadie quiere hacerla de noche. Sospecho que es la primera vez que vienes, ¿verdad? —respondió.

—Así es, unos familiares me indicaron que este era un buen lugar para orar por un milagro —mentí—, pero la verdad es que no estoy seguro siquiera de a qué dios debo rezarle en este sitio.

—Eso sí que es gracioso —dijo la mujer sonriendo y mostrando los huecos donde deberían haber estado sus dientes—. Este es el lugar donde nació el mismísimo Zeus, aquí fue donde su madre Rhea le puso la teta en la boca por primera vez. ¡Ahí es nada! —soltó mientras me guiñaba el ojo—. Pero te recomiendo que no le digas que no lo sabías, el jodido dios del Olimpo es especialmente vanidoso, no creo que le haga gracia que le digas que no sabes dónde estás. —Aquella forma liviana de tomar la religión que contrastaba tanto con lo que yo había visto entre los hombres en mis muchos años de vida me hizo sonreír. —Sea como fuere, muchacho, si el consejo de una vieja vale de algo, no te entretengas pidiendo tu milagro o el milagro será que logres salir de esta montaña de noche —me espetó y se giró para marcharse sin siquiera esperar una palabra más por mi parte.

Me giré de nuevo hacia la cueva y me dispuse a entrar, pero tan pronto como mi cuerpo atravesó el umbral marcado por las columnas todo a mi alrededor cambió y me encontré en el interior de una gran sala de piedra sólo que esta no tenía nada que ver con la cueva. El techo se elevaba mas allá de lo que la vista podía alcanzar, la extensión de la sala en la que me encontraba era más grande de lo que hubiera visto jamás construido por la mano del hombre y a mi alrededor la misma imagen se repetía una y otra vez. Cientos de estanterías de madera repletas de rollos de pergamino se alineaban como soldados fragmentando la sala en pasillos

iluminados por una luz cuyo origen no pude identificar.

—¡Has pasado siglos buscándome, Helel! No es momento para ser tímido. Adelante por favor —dijo una voz de hombre en un tono absolutamente cordial.

Mis ojos y mis oídos intentaron identificar de dónde venía el sonido pero fue imposible—. Si sigues cualquiera de los pasillos hasta el final llegarás hasta mí—continuó.

Mis pies respondieron inmediatamente y se encaminaron por el hueco entre las dos estanterías que tenía frente a mí. Parecía como si aquel pasillo no terminase jamás hasta que, de repente, las estanterías a ambos lados desaparecieron dejando lugar a una especie de sala iluminada por la misma luz. En el centro de la sala había una fuente y sentada en ella, jugando con el agua, un hombre de unos sesenta años, alto, fuerte y musculado para su edad, con el pelo cano y la piel curtida por la edad. El hombre debió sentir mi presencia y se giró para pedirme que me acercara hasta él extendiendo su mano. Me acerqué lentamente y al llegar hasta el anciano comprobé que sus ojos estaban completamente velados, el hombre estaba ciego.

—Siéntate junto a mí por favor, no hay nada que debas temer en esta casa. —Me senté a su lado y me di cuenta que la fuente estaba llena de pequeños pececillos de colores que jugaban con sus dedos sin temor alguno. —Supongo que no es necesario que me presente —sugirió con una sonrisa.

—Tan sólo si tu nombre no es Enoch —dije dejando claro que sabía a quién venía a ver.

—Sí, ese es mi nombre —respondió riendo—, o al menos lo fue hace mucho tiempo. Desde que vivo aquí no he tenido muchas posibilidades de utilizarlo, Helel.

—¿Conoces mi nombre? —pregunté no del todo sorprendido por su familiaridad.

—Sí, claro. Conozco tu nombre del mismo modo que conozco por qué estás aquí. De hecho llevo esperándote mucho tiempo. Pero supongo que tus responsabilidades como gobernante te han tenido algo ocupado, ¿me equivoco?

—Si sabes por que estoy aquí —proseguí obviando su pregunta —, sabrás que fue una de tus descendientes quien me indicó como encontrarte.

—Sí, la pequeña Miriam, lo sé. Yo mismo le pedí que lo hiciese —dijo retirando su mano del agua—. ¡Ah, Miriam! No sé si te gustará saber que llegó a ser una mujer muy hermosa y tuvo una vida muy feliz. Siempre fue un alma dulce mi pequeña Miriam. No

se puede decir lo mismo de ese revoltoso de Moisés aunque después de todo, hizo grandes cosas por su pueblo.

—Lo sé, estoy al tanto de cómo logró libertar a los Hebreos. Su nombre ha pasado a la historia. Si yo fuera tú me sentiría orgulloso.

—Helel, hace mucho tiempo que no siento eso que los hombres llaman orgullo—replicó riendo por mi comentario—. Cuando llegas a vivir tanto como yo y viendo todo lo que yo veo, acaba perdiendo su valor. Terminas por darte cuenta de lo pequeño que eres en comparación con la obra de nuestro padre. Además, creo que Moisés estaría más orgulloso de lo que consiguió que del hecho de que haya pasado o no a la historia. El problema de la historia Helel, es que siempre depende de quien la escribe y por eso mismo, acaba siendo irrelevante.

—Me parece sorprendente que me digas eso —dije mirando a mi alrededor a la cantidad ingente de pergaminos que había en la sala y supe que incluso en su ceguera el sabía a que me refería.

—Digamos entonces que es sólo importante para un viejo librero como yo —replicó sonriendo—, o para alguien necesitado de guía como tú.

—¿Puedes ayudarme? ¿Puedes decirme como volver al cielo? —le espeté cortando por lo sano todos los preámbulos. El hombre se quedó mirándome fijamente con sus ojos vacíos de vida y algo me hizo pensar que podía verme perfectamente aunque no fuese con sus ojos físicos. Tardó un instante en responder.

—¿Sabes por qué me quedé ciego Helel? —preguntó—. No fue por un accidente, ni por mi edad. Mis ojos dejaron de ver lo que estaba a mi alrededor para poder ver todo lo demás. El día que nuestro padre me concedió la vida eterna lo hizo con un fin como todo lo que siempre ha hecho. El fin era que pudiese ver todo lo que ocurría en su creación y pudiese escribirlo, que me transformase en el guardián de la historia. Me convirtió en el testigo de todo—. Lentamente se levantó de la fuente y tendiéndome una mano para que le ayudara hizo que caminara con el entre las estanterías. —Cada cosa que ha ocurrido en este mundo y en los otros me ha tenido como invitado silencioso y cada cosa de la que he sido testigo ha sido fielmente escrita y guardada para siempre. Ese es mi legado para el mundo, Helel —dijo mientras llegábamos al final de una hilera de estanterías. De repente, batió sus palmas y el sonido resonó en un eco ensordecedor seguido por otro sonido susurrante que parecía acercarse rápidamente hasta nosotros. El sonido de miles de teas encendiéndose al mismo tiempo proyectando su luz sobre una imagen absolutamente espectacular, miles de estanterías

como las que acabábamos de dejar atrás se extendían hasta donde la vista podía alcanzar y todas ellas estaban repletas de pergaminos —.¡Bienvenido a la historia del mundo, Helel!

Mis ojos no podían asumir todo lo que estaban viendo y como si pudiera ver la incredulidad reflejada en mi rostro el viejo sonrió.

—No sé que decir —dije balbuceando—. La cantidad de conocimiento acumulado es abrumadora.

—De hecho, es todo el conocimiento que existe y ha existido desde el momento de mi ascenso. Esta es mi vida, Helel. Pero, por desgracia —continuó—, también es un arma muy peligrosa y por ello debe ser ocultada del mundo.

—Lo comprendo —repliqué mientras mis manos agarraban uno de los pergaminos a mi alcance y lo abrían—. Quien tenga acceso a esta información tendría acceso a una fuente de poder inmenso. No tendría enemigos, nadie que pudiese interponerse en su camino, sería un dios. —Mis manos desenrollaron el pergamino y mis ojos buscaron con avidez el texto que esperaba llenase su superficie pero nada de eso ocurrió. —¡Está en blanco!

—¿De verdad crees que arriesgaría que este conocimiento cayese en manos de alguien que pudiese usarlo para saciar sus ansias de poder? —dijo y sabía que se refería a mí—. El texto en el pergamino solo es revelado a mis ojos. Nadie más en este mundo puede leerlo.

Devolví el pergamino con rabia contenida y tuve que respirar para no gritarle a aquel anciano pero aún con mi esfuerzo por contenerme mis siguientes palabras salieron con una acritud excesiva.

—¿Y entonces para qué me has hecho venir hasta aquí? ¿Para qué hacer que Miriam me indicase tu paradero si sabías que aunque llegase hasta ti no tendrías nada para mí? ¿Acaso solo te interesaba tener visitas en tu propia cárcel?

—Te pedí que vinieras porque creo firmemente que eres el único que puede ayudar a nuestro padre, Helel.

Aquellas palabras me pararon en seco y me giré para mirarle sin saber a qué se refería. ¿Qué podía necesitar mi padre de mí? Y si era así, ¿por qué no me hablaba el mismo? ¿Qué era lo que aquel hombre sabia?

—Ven conmigo, es mejor que nos sentemos —dijo dándose la vuelta para que le siguiese. Me guió hasta una zona alejada de la cueva donde había un viejo camastro, una mesa llena de pergaminos como los de las estanterías y dos sillas.

—Disculpa la frugalidad pero no soy una persona de grandes

necesidades y, como tú has sugerido, no suelo recibir muchas visitas. —Siéntate por favor. Verás, cuando nuestro padre me convirtió en un ángel, muchas cosas cambiaron para mí. Dejé a mi familia, me encerré en este santuario y empecé a mirar al mundo como nunca nadie lo había hecho, pero lo que me fue mas extraño de todo en mi nueva situación fue el hecho de que podía oír a nuestro padre hablarme directamente a mí, todo el tiempo. ¿Te imaginas lo que eso significa para alguien como yo? Como hombre estaba acostumbrado a orar, a hablar con nuestro padre pero siempre se trataba de conversaciones de una sola dirección en las que no había manera de saber si habría respuesta o si el mensaje llegaba a destino tan siquiera. Y, de repente, nuestro padre estaba ahí, hablando con ternura o seriedad, escuchando mis preocupaciones y atendiendo a la demandas que como un niño pequeño le hacía desde mi desconocimiento de aquello en lo que me había convertido.

La forma terriblemente dulce en la que aquel anciano describía su comunicación con mi padre me hizo darme cuenta de cuanto añoraba su voz, su calidez y del vacío que había dejado en mí.

—Y de repente un día, su voz desapareció y no retorno jamás. ¿Te resulta familiar? —preguntó.

—Claro, nada de eso es nuevo. La corte angélica al completo sufrió lo mismo y ninguno de nosotros pudo explicar por qué.

—¿Y que pensarías si te dijese que tal vez yo si pueda?

—Pensaría que estás dando demasiados rodeos y que es mejor que vayas al grano —dije haciendo uso de la poca paciencia que me quedaba.

—Muy bien —continuó—. Tras la desaparición de nuestro padre se hicieron todos los esfuerzos posibles por que su obra continuase del mismo modo en que lo hacía cuando el estaba entre nosotros. Hubo un grupo de nuestros hermanos que, tal y como se habría esperado, tomaron las riendas de su obra para garantizar esa continuidad y todos nosotros aceptamos su guía en la esperanza de que nada cambiase hasta la vuelta de nuestro padre.

—Los arcángeles —dije en un susurro.

—Exacto. Gabriel y y los demás asumieron humildemente el papel de líderes para calmar la inestabilidad que la ausencia de la figura paterna había provocado. Pero, cómo tu bien sabes, pronto ese liderazgo se convirtió en tiranía. Su guía se convirtió en dictadura y aquellas voces disonantes que se enfrentaban a sus decisiones empezaron a ser discretamente eliminadas.

—Los dos sabemos que eso es exactamente lo que me ocurrió a

mí pero aún no veo a dónde deseas llegar.

—Hay dos formas que alcanzar el poder, Helel. Una es llenando de forma natural el hueco dejado por otro líder, la otra es creando ese hueco. Nuestro padre me concedió un don maravilloso que él definía como la visión de dios y ese fue el error de nuestros hermanos. Se olvidaron de mí, del pobre humano condenado eternamente a dar cuenta de lo que ocurre en todas partes. Pero mi visión me posibilitó averiguar la verdad, Helel. Nuestro padre nunca nos abandonó de forma voluntaria. No se cómo, pero los arcángeles consiguieron secuestrar a nuestro padre y encerrarle en algún lugar desde donde no puede hablarnos más.

Aquellas palabras me horrorizaron no solo por lo que implicaban con respecto a la actitud de mis hermanos sino por lo que sugerían al respecto de mi padre.

—¡Eso es ridículo! —dije levantando la voz—. Nuestro padre es todopoderoso, nadie podría encerrarle en contra de su voluntad.

—Eso es exactamente lo que ellos quieren que creamos. Me temo que pronto descubrirás que hay muchas mentiras en el cielo, muchacho —sentenció y un silencio incómodo llenó todo por un instante—. Nadie pensaría que la ausencia de nuestro padre es otra cosa que voluntaria. Y esa idea de abandono de su prole, alimentada convenientemente, es lo que hizo que la corte angélica aceptara el gobierno de los arcángeles como necesario y justo sin cuestionar una sola de sus decisiones, incluida la de condenar a muerte a sus opositores.

Las imágenes de mi caída volvieron a mí y no fui capaz de articular una respuesta.

—Pero si nuestros hermanos pensaron que todo estaba atado y bien atado se equivocaron y tú eres la prueba de ello Helel.

—No entiendo a qué te refieres —dije sin comprender nada.

—En tu huida ocurrió algo que nadie había previsto. Una luz nacida de la nada te alcanzó y, como bien sabes, el resultado fue que te convertiste en humano. Y eso que tanto dolor te ha acarreado es lo que salvó tu vida porque hizo que tus perseguidores te dieran por muerto y que desde ese día ninguno de nuestros hermanos pudiera sentirte. Te hizo literalmente invisible para todos ellos, aunque no para mí. —Sabía que tenia razón. Por más que ser humano me había acarreado dolor, angustia y sufrimiento también había sido lo único que me había mantenido con vida. Lo que aquel anciano no veía era que yo estaba dispuesto a cualquier cosa por poder volver a ser lo que un día fui. —Sé lo que estas pensando. Quizá hubiera sido preferible morir que estar condenado a esta

existencia pero confío en que algún día entiendas lo equivocado que estás. Esta existencia es un regalo, un presente entregado para que pudieras continuar tu camino. Un don para garantizar que pudieses seguir adelante y, algún día devolver los cielos a su orden natural. Creo firmemente que ese fue el último acto de amor de nuestro padre, salvar al único que puede salvarnos. Y por eso creo que es esencial que vuelvas al cielo, Helel.

La fe que aquel hombre depositaba en mí era inspiradora y hasta por un momento sus palabras me hicieron olvidarme de todo aquello en que me había convertido y verme a mi mismo como el salvador que él describía. Si todo lo que él contaba era verdad, mis hermanos habían cometido el peor de los pecados y debían ser castigados, un castigo que yo estaba más que encantado de aplicar pero para ello había algo que debía ocurrir.

—Muy bien, supongamos que todo eso es verdad, ¿Cómo vuelvo al cielo? —pregunté sin rodeos.

—No tengo la menor idea —me soltó sin compasión y mis manos se crisparon con ganas de golpearle.

—¿Es una broma, viejo? —grité levantándome de la silla que cayó al suelo—.¿Todo esto para hacerme perder el tiempo?

—¡Cálmate! He dicho que no sé cómo, Helel, pero sé con qué —continuó—. Sólo hay dos cosas necesarias para que puedas entrar de nuevo en el cielo, tu sangre y tu espada. No me preguntes qué significa esto porque no sé más que lo que puedo ver, pero tu espada es la llave que puede abrirte nuevamente las puertas del cielo y tu sangre es lo único que puede hacer que la llave funcione.

Noté como las piernas querían dejar de sostenerme. Después de todo ese tiempo, de toda la energía invertida en encontrarle, de alimentar la llama de la esperanza hasta el último hálito de mi ser, la clave para mi vuelta al cielo estaba absolutamente perdida. Mis carcajadas resonaron en toda la caverna.

—¿Por que te ríes? —preguntó el anciano sin comprender mi reacción.

—Me río porque estamos condenados —dije apenas pudiendo controlar mi risa—. Mi espada me fue robada hace siglos, está perdida para siempre anciano.

—No, no lo está —dijo con toda la calma del mundo haciendo que mi risa se cortase en seco—. Tu espada está en Roma en las manos de un joven muchacho sobrino e hijo adoptivo del emperador Tiberio. Cayo Julio Cesar Germánico.

—¿Qué? ¿La espada en manos de un humano ? Pero, ¿cómo es posible? ¿Quién ha...?

No pude terminar la frase. El sonido de unas trompetas de guerra que conocía muy bien llenó la sala y las paredes de la caverna empezaron a temblar.

—¡Ya están aquí. Pensé que tendríamos más tiempo. Debes marcharte Helel, ahora mismo! —me gritó mientras se levantaba de su asiento.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? —pregunté aunque sabía cuál era la respuesta.

—Sabía que más tarde o mas temprano ellos se darían cuenta de que un ser que puede verlo todo es un riesgo para ellos y vendrían a acabar conmigo —dijo con resignación—. Sin duda han mandado a sus asesinos para que se cumpla la orden. Debes marcharte Helel. A cómo dé lugar debes recuperar esa espada y salvar a nuestro padre, por el bien de toda la creación, ¡te lo ruego márchate!

—¡Ven conmigo! —dije—. Puedo protegerte, esconderte. Nunca te encontrarán.

—No puede ser, Helel —dijo sonriendo con ternura—. Si no me encuentran aquí comenzaran una búsqueda por todo el mundo y serán los hombres los que sufrirán mientras arrasan todo a su paso para encontrarme. Debe ser así, muchacho. No sufras por mí, he vivido mucho más de lo que me tocaba. —Y su sonrisa me hizo entender que no le convencería de lo contrario. —¡Vete, ahora!

Y mientras yo me transportaba fuera de la caverna con lo que pudiese quedar de mi corazón lleno de agradecimiento para aquel hombre, las trompetas resonaron de nuevo en un estruendo ensordecedor.

17
Lujuria

Aquella fue la última vez que vi a Enoch. Tan pronto como salí de la cueva me transporté de vuelta al inframundo preguntándome si podría haber hecho algo más por el anciano y sintiendo el peso de la injusticia de su muerte. Aquel hombre había demostrado mucha más valentía que ningún otro humano que hubiese conocido y había decidido sacrificarse a cambio de poder darme la información necesaria para salvar a nuestro padre. La idea de que Dios todo poderoso pudiese ser un prisionero en las manos de los hijos creados de su inmenso amor era algo que mi mente aún se negaba a aceptar, pero todos los argumentos de Enoch cuadraban con mi propia historia, con lo que yo mismo había vivido. Una parte de mí, lo que pudiese quedar de mi corazón, sabía que todo aquello era verdad. Si existía alguien en las cortes angélicas con un amor desmesurado por el poder, aparte de mí mismo, por supuesto, esos eran los arcángeles y en particular, Miguel, la cabeza de la serpiente, un ángel al que conocía bien porque había sido mi instructor en las huestes celestiales. El mismo Rafael había admitido antes de que acabase con él que lo que había desencadenado mi caída en desgracia había sido la oposición a su mandato. Y de repente me encontraba con que yo, el descastado, el hijo que se creía abandonado y olvidado era en realidad la única esperanza de mi padre y del mundo. Pero para ello, necesitaba volver al cielo y, una vez más, en un giro traicionero de mi destino, lo único que podía devolverme allí hacía mucho que me había sido arrebatado. Sabía que sólo existía una salida para mí, tanto si quería como si

no, debía hacer lo que estuviera en mi mano para recuperar mi espada y con ella, acabar con la vida de los que habían osado desafiar el orden divino, aunque esas criaturas hubieran sido en otro tiempo mis hermanos y maestros.

Esa misma noche y sin ningún plan preparado me aparecí en las afueras de la ciudad de Roma dispuesto a adentrarme en la que se conocía en el inframundo como la nueva Babilonia. La ciudad era una urbe enorme y con una densidad de población muy superior a lo recomendable y, en consecuencia, era un auténtico nido de depravación y perversión donde todo lo peor del ser humano tenía cabida, escondido entre los pliegues del supuestamente perfecto orden de la sociedad romana. Así pues, no era sorprendente que la población de demonios afincada en ella fuese igualmente enorme, algo que, sin duda, jugaba a mi favor.

Mi intención era entrar en la ciudad como un viajero, sin llamar la atención ni de mis propios súbditos ni de mis posibles enemigos. Me aproximé a la ciudad por una de las entradas de lado oeste que evidentemente estaba cerrada a esas horas, pero eso no constituyó ningún problema. Los soldados ubicados en la puerta siguieron durmiendo profundamente sin enterarse de que alguien había franqueado la puerta que tan fielmente debían guardar. Comencé mi ascenso por la zona que los romanos llamaban Argiletum en dirección a la Suburra, el nido de perdición romano. Las tiendas de libreros y orfebres que llenaban el Argiletum estaban cerradas y no se veía un alma por la calle. Cualquiera que haya vivido en una gran urbe como lo era Roma sabe que no es inteligente aventurarse en sus calles de noche, mucho menos solo. Yo también lo sabía. Lamentablemente para los hombres que intentaron atracarme y asesinarme creyéndome solo y vulnerable, ellos debían ignorarlo y, después de nuestro encuentro, no quedó de ellos más que montones de cenizas sobre los adoquines de piedra. Aquello, sin embargo, dio al traste con mi planes de pasar desapercibido. Si algo hay que pueda atraer a los demonios es el olor a muerte y apenas habían pasado unos instantes cuando pude sentir su presencia.

—¡Manifiéstate, Baal, puedo oler tu pestilencia a kilómetros!

—¡Mi señor Helel, que honor tan grande encontrarte en mi reino! —replicó el demonio remarcando la posesión que consideraba tener sobre la ciudad.

—¿Tu reino? —repliqué—. Creo que habría que ver que dicen al respecto la otra media docena de señores del inframundo que reclaman esta ciudad como propia, ¿no te parece?

—Usurpadores infieles a ti, mi señor, no como yo —contestó la

criatura con tono zalamero.

—¡Déja la adulación para otro momento y acércate a la luz! —ordené. La criatura se desplazó lentamente hasta donde la luz de la luna pudiese iluminarle y ante mí apareció un hombre pequeño, encorvado y vestido con harapos—. Tu aspecto es muy diferente de al que nos tienes acostumbrados, Baal, estás hasta guapo.

—Ya sabes mi señor, me veo en la necesidad de pasar desapercibido, de otra manera...

—De otra manera no podrías seguir engañando a la banda de desgraciados que sin duda constituyen la mayor parte de tu dieta —dije acabando la frase por él.

—Eso también —contestó riendo y mostrando sus dientes podridos—, pero mientras los dos sabemos qué me trae a esta ciudad, tu presencia es toda una sorpresa. ¿Puedo preguntar a qué debemos tu visita?

—¿Desde cuándo necesito una razón para visitar lo que por derecho me pertenece? —dije amenazante.

—Por supuesto, mi señor —replicó la criatura claramente molesto por mi respuesta—. Todo lo mío es tuyo. Sólo me preguntaba cómo puedo ayudarte en cualquiera que sea tu objetivo en esta mi humilde morada.

—De momento necesito un lugar donde descansar, debe ser un lugar discreto donde nadie vaya a hacer preguntas impertinentes, preferiría no seguir llamando la atención de demonios diezmando la población de la ciudad.

—Claro señor, tengo el lugar ideal, la puta de oro, el burdel más famoso de la Suburra. Uno de mis negocios más rentables y casi limpio. Nadie te molestará allí.

—Suena encantador —dije con sorna—. No me hagas perder más el tiempo e indícame donde esta.

—Si quieres seguirme mi señor... —E inmediatamente desapareció en una especie de vibración en el aire. Yo le seguí en un movimiento cuyas consecuencias no podía prever de manera alguna.

Baal me llevó hasta el infame burdel que resultó ser el antro que yo esperaba. Ubicado en un callejón secundario, se trataba de una construcción de adobe de cinco plantas que amenazaba con derrumbarse a cada paso pero que no desentonaba en absoluto con las que le rodeaban. La entrada en la planta baja se abría inmediatamente a un espacio que tenía pinta de taberna con varias mesas y taburetes de madera roñosa distribuidos por el local. El olor a vino agrio me golpeó la nariz tan pronto como entramos. Algunas

jarras de barro a medio vaciar dispuestas sobre algunas de las mesas sugerían que en aquel espacio había habido gente en algún momento del día, aunque ahora estuviera completamente vacío. Los ruidos que provenían de los pisos superiores me ayudaron a comprender que los clientes y sus compañías estaban ya dedicados a sus faenas de carácter lúdico o, más bien, lujurioso.

Baal me indicó que podía usar la habitación del piso inferior que normalmente era usada por la matrona del burdel, pero que esta noche había salido a atender un trabajito en una casa particular y no la necesitaría. La habitación era la más segura del edificio en caso de incendio, algo que para mí no presentaba ninguna relevancia, pero que comprendí que debía ser la razón por la que era considerada la mejor de la casa.

Ordené a Baal que me dejase solo y que acudiese a mí a la mañana siguiente para que le diera instrucciones. Cuando se marchó miré a mi alrededor evaluando el carácter depresivo de mi nueva morada. El cuartucho tenía una puerta escuálida de madera medio podrida, pero por lo que había podido ver en otras habitaciones de camino al cuarto, aquel era un auténtico lujo dado que el resto apenas eran cubículos minúsculos ocultos tras una cortina roñosa. Retiré las mantas que había sobre la cama sin querer pensar que podría encontrarme en ellas y me tumbé sobre el camastro. Mi cuerpo estaba cansado, pero sabía que no se debía a ningún esfuerzo físico sino al tiempo que había pasado fuera del infierno. Como si de una droga se tratase, el encontrarme alejado de la energía del inframundo hacía que mi cuerpo pagase el precio y que me agotase más pronto de lo normal. Un efecto colateral derivado de los siglos transcurridos expuesto a aquella energía, pero uno que podía sobrellevar. Me fue difícil conciliar el sueño y cuando lo logré las pesadillas llenaron mi cabeza. Pesadillas en las que podía oír la voz de Enoch gritando de dolor y llamándome a voz en grito para que le ayudase. Una voz que se parecía demasiado a la de mi padre.

A la mañana siguiente y con la condena de una terrible jaqueca regalo de lo que de humano quedaba en mí, bajé a la taberna para encontrarme con Baal que me esperaba en el mismo disfraz de viejo repugnante de la noche anterior sentado a uno de las mesas comiendo algo grasoso y con aspecto de llevar muerto demasiado tiempo.

—¡Buenos días mi señor! ¿Gustas? —dijo ofreciéndome el plato.

—Tu dieta no es de mi agrado Baal —dije con repugnancia.

—No te preocupes, mi señor, no es humano, tan solo cabra —

dijo sonriendo y mostrándome la boca mellada.

—No tengo tiempo para esto. ¿Has encontrado lo que te pedí?

—Si y no, mi señor —dijo el demonio retirándose ligeramente como esperando que le golpease—. Verás, no ha sido sencillo y no es exactamente lo que deseabas pero creo que he encontrado una forma de ayudarte. ¡Placia! —gritó a una mujer gorda que estaba en la otra punta de la sala de espaldas a nosotros—. ¡Ven aquí puta de mierda!

La mujer lejos de ofenderse, se giró sonriente y vino hasta nosotros. Las tetas le sobresalían de tal forma del vestido que lo mismo habría dado si fuese desnuda. Era evidente que la mujer estaba orgullosa de sus atributos y aprovechaba para tocarse los pechos cada dos pasos como confirmando que aún estaban en su sitio. La mujer llegó hasta nosotros y se sentó en uno de los taburetes de madera que literalmente desapareció entre sus muslos.

—Vaya, vaya Baal, no me habías dicho que tenías amigos tan guapos —dijo acariciando mi mano con sus dedos gordos— ¿Quieres que mami Placia ten enseñe lo mejorcito de Roma?

—Déjame que sea yo quien te enseñe algo —dije susurrándole mientras agarraba la mano con la que me había estado acariciando. Inmediatamente unas marcas negras empezaron a ascender por su brazo extendiéndose por todo su cuerpo acompañadas de un dolor intenso, el dolor de la muerte. Su garganta cerrada para sus gritos no le dejaba exteriorizar lo que estaba sufriendo y sus ojos se llenaron de terror, el terror que solo puede imponer en un ser humano saber que te estás muriendo. De repente levanté mi mano y el dolor cesó. La mujer retiró la suya como si la hubiera puesto sobre unas brasas, pero sus ojos llenos de lágrimas me seguían mirando con el mismo miedo.

—¿Con quién te has creído que hablas, estúpida? —le chilló Baal — ¡Si no fuera porque te necesito para gestionar este tugurio, te arrancaría el corazón ahora mismo!

—¡Basta! —le ordené—. Placia ya sabe con quién está tratando. Ahora vamos al grano.

—¡Claro, mi señor! ¡Como tú desees! —replicó en el tono zalamero propio de él— Como te dije, lo que me pediste no es fácil. El muchacho al que buscas no es un don nadie. Es el sobrino nieto del emperador y pertenece a una familia de la más alta cuna. Si me permites la pregunta, ¿por qué este interés?

—El muchacho tiene algo que me pertenece.

—Perfecto. Le haré una visita, me libraré de él y recuperaré lo que es tuyo.

—No. El muchacho no debe sufrir daño, ¿me entiendes? Es imprescindible que me devuelva lo que es mío por propia voluntad.

—Pero, ¿por qué?

—Porque así es como yo lo ordeno —grité y mi voz resonó en toda la sala haciendo que nuestra gorda amiga saltara sobre su taburete.

—Por supuesto, mi señor —respondió el demonio agachando la cabeza, aunque era evidente que mi respuesta no le había gustado en absoluto—. Placia, dile a nuestro señor lo que me contaste antes.

La mujer me miró con autentico pavor, pero empezó a hablar con la voz temblorosa.

—Ya le dije a Baal que acercarse al muchacho a menos de una milia es prácticamente imposible. La loca de la madre tiene a toda la familia rodeada de guardias. Las malas lenguas dicen que desde la muerte del padre la mujer está obsesionada con proteger a sus vástagos. Ni los piojos se les acercan si no es con el beneplácito de esa bruja y...

—Ya cojo la idea —la interrumpí—, pero tiene que existir alguna forma de llegar hasta él.

—Bueno, puede ser que haya una, señor —dijo Baal.

—La madre, Agripina, está constantemente a la gresca con el emperador, se llevan a matar. Dicen que la muerte del padre, el tal Germánico, no está clara. Sea como fuere, el caso es que cualquier intento por parte del viejo de acercarse a los muchachos es evitado por la madre que tiene miedo de que a sus hijos los quiten del medio como a su marido. Para terminar de rematar la faena resulta que Agripina intentó casarse de nuevo y se vió obligada a pedir permiso al emperador como jefe de su familia, y este le vino diciendo que por encima de su cadáver y la acusó de libertina y no sé cuántas cosas más. El caso es que la mujer está rabiosa como una perra y le ha declarado una guerra publica a Tiberio y ahora se dedica a montar fiestas día sí y día también como para demostrarle al viejo que lo que piense de ella básicamente se lo pasa por el arco del triunfo.

—Lo que esta cotorra intenta decir, mi señor —interrumpió Baal —, es que si pusieras asistir a una de esas fiestas quizá tendrías una opción de acercarte al muchacho.

—Ya veo. ¿Y qué necesitamos para conseguir que pueda acudir a esa fiesta sin tener que forzar mi entrada y dejar el camino lleno de cadáveres?

—Lo que necesitas, mi señor, son estas dos —dijo la mujer agarrándose los pechos y recuperando su jovialidad después del

susto que le había dado—. Da la casualidad de que uno de mis clientes asiduos que no sabe vivir sin mis queridas ubres es uno de los libertos que trabaja en casa de Agripina. Se llama Prusas y nació en la casa del padre del marido de la bruja. Era hijo de esclavos. Germánico le liberó después de estar a su servicio cuarenta años, pero siguió trabajando para su casa como liberto. El caso es que a Prusas se le suelta la lengua cuando le dan gustito así que me ha contado muchas cosas de Agripina y de lo que pasa en la casa. Al parecer de entre todos los hijos un tal Nerón es el favorito de su madre y los dos comparten el gusto por lo exótico así que Agripina intenta invitar a sus fiestas a lo más llamativo y extravagante de la sociedad romana para tener entretenido al niño.

—Es decir —volvió a interrumpir Baal—, si conseguimos que te conviertas en alguien lo suficientemente novedoso y llamativo es muy probable que puedas acercarte hasta Agripina y llegar al hijo que te interesa a través de la madre.

La idea no era del todo descabellada. Para mí sería extremadamente fácil tomar el control de la mente de aquella mujer para que me invitase a una de sus fiestas, pero sin el componente exótico que tanto parecía gustarle a la familia mi acercamiento llamaría demasiado la atención y podía levantar la suspicacia del muchacho haciendo imposible que me ganase su confianza. Era necesario crear un personaje y todo lo que le rodearía de forma que Agripina pudiese presentarme a su familia sin que nadie pensase que había nada extraño en ello. Una vez consiguiese ganarme al muchacho podría convencerle para que me entregase la espada de forma voluntaria. Prusas había confesado en sus ratos de solaz que no había día que su señora no saliese a pasear por el foro holitorio, junto a la colina capitolina, donde compraba hierbas para preparar infusiones que la ayudaran con sus dolores de cabeza crónicos. Así que prepare mi pantomima y al día siguiente me dirigí al mismo foro dispuesto a forzar un encuentro con Agripina. Placia se encargó de traerme una túnica ceñida en un llamativo color verde con los bordes en hilo de oro y kohol para que pintase mis ojos. Mis dedos se llenaron de anillos de oro y piedras preciosas, mis pies se cubrieron con sandalias hechas con una piel de cordero tan fina que parecía que iba a romperse al tacto y mi pecho se cubrió con un magnifico pectoral de oro y lapislázuli que me recordaba ligeramente a los que en su momento había visto llevar a Ramsés en Egipto. Una pequeña fusta hecha de pelo de gacela y dos demonios enviados por Kashna convenientemente disfrazadas de exuberantes mujeres semidesnudas que me seguían con dos grandes abanicos de

plumas de pavo real allí donde fuere completaron mi disfraz. Ya no era Helel sino Kashir, el mercader de animales exóticos de Egipto y de aquella guisa me encaminé al mercado al encuentro de Agripina. Yo había esperado que en una gran urbe como Roma sus ciudadanos estarían acostumbrados a ver todo tipo de extravagancias y que mi presencia, aunque concebida para llamar la atención, no crearía el revuelo que se generó en cuanto puse el pie en la calle. Probablemente el hecho de que aquella figura engalanada hasta lo ridículo y con un evidente aire de ostentación saliese de la Suburra fue lo que más llamó la atención, pero aquel era un detalle que no había considerado en mi preparación y que ya no podía remediar. Cuando nuestro desfile por las calles de la ciudad nos llevó finalmente hasta el mercado del foro holitorio ya teníamos una corte de unas veinte personas que nos seguían tan sólo movidos por la curiosidad, pero incluso aquello, fue un añadido magnífico a mi disfraz. Tan pronto como entramos en la plaza del mercado la gente empezó a apartarse para dejarnos pasar. Empecé a recorrer los puestos fingiendo estar interesado en una hierba concreta y difícil de encontrar, pero en realidad toda mi atención estaba puesta en las personas a las que encontrábamos en el camino. Dado que no conocía que rostro tenía Agripina era improbable que pudiese identificarla, pero sabía que tenía otra herramienta en la que podía confiar, aunque, al menos por un momento, me dejaría en una posición vulnerable. Me dirigí hasta una de las esquinas del foro y fingí apoyarme sobre una de las columnas como si hubiese sufrido un golpe de calor. Un sinsentido en un egipcio, pero nadie pareció prestar atención. Mientras fingía estar descansando con mis ojos cerrados lancé mi mente alrededor del foro escuchando los pensamientos de todos los presentes. Al principio el ruido era ensordecedor, cientos de voces hablando al mismo tiempo sin que pudiese percibir claramente ninguna de ellas, pero mi poder había aumentado enormemente desde mi ascenso como señor del inframundo y en un instante las voces empezaron a adquirir una entidad definida y a llegar hasta mí claras y nítidas. Podía oír a los vendedores pensando como poder embaucar al cliente que tenían delante para que pagase más y al cliente pensando como engañar a ese vendedor cateto para obtener un mejor negocio. Podía oír a una mujer de paseo acompañada de su marido que sólo podía pensar en el rabo de su amante y en cuanto deseaba que su esposo volviera a salir de viaje. Un poco más allá una joven recorría los puestos buscando hierbas para librarse del hijo que llevaba dentro y que había concebido con el marido de su

hermana. Las mismas emociones se mezclaban una y otra vez, ambición, lujuria, odio, desesperación. ¿Era posible que nadie en aquella ciudad tuviese la mínima ilusión por vivir? De repente un nombre vino a mi mente claro y alto. Agripina. Inmediatamente abrí mis ojos, me giré y la vi frente a mí en uno de los puestos de hierbas tal y como Placia me había anunciado. Era una mujer no demasiado alta, de unos cuarenta años, aunque su mirada jovial y la forma de arreglarse hacían que pareciese más joven. El pelo recogido en un moño alto estilizaba su figura y le daba un porte que definitivamente llamaba la atención. El mercader con el que estaba hablando parecía conocerla bien y le hablaba con cercanía, pero Agripina parecía de todo menos impresionada con la conversación.

—La verdad es que no sé qué es lo puede ocurrir, mi señora Agripina, estas hierbas las traigo expresamente para ti desde Hispania. Yo mismo voy hasta el puerto de Ostia a recogerlas.

—Las hierbas pueden venir del mismísimo monte Olimpo, Galvo, pero te digo que no funcionan para nada, no son como las que me has dado otras veces. Los dolores de cabeza no desaparecen.

—La verdad es que no sé qué decir, mi señora —replicó el hombre con cara de saber que estaba metiéndose en problemas.

—Si me permite mi señora la intrusión —dije acercándome hasta ella con todo mi sequito improvisado—, puedo recomendarle un remedio egipcio que sin duda la ayudará.

La mujer se giró hacia mí con el ceño fruncido claramente molesta de que un extraño se metiese en sus conversaciones, pero cuando sus ojos se depositaron en mí su rostro cambió inmediatamente y una media sonrisa llenó su cara.

—Y, ¿qué remedio es ese, si puede saberse? —preguntó directa.

—En realidad es sencillo, solo necesita añadir al vino pétalos de loto negro.

—¿Loto negro? No he oído hablar de esa planta nunca —respondió el mercader.

—Ese es tu problema Galvo, no te enteras de nada —replicó la mujer con cara de perro—. Ya estás haciendo lo que sea necesario para encontrarme esos pétalos o me encargaré de que toda Roma sepa de tu ineptitud.

—Por supuesto mi señora, los encontraré, aunque tenga que ir yo mismo a Egipto a por ellos —respondió el hombre agachando la cabeza en sumisión.

La mujer se giró de nuevo para mirarme y esta vez la sonrisa era completa y llenaba su rostro.

—Y, ¿a quién debo tan buen consejo?

—Mi nombre es Kashir. Acabo de llegar a Roma de Egipto —dije en tono zalamero—. Me habían dicho que Roma estaba llena de maravillas, pero veo que se habían quedado cortos.

—No soy propensa a caer rendida ante aduladores, Kashir —respondió cortante.

—Lamento si te he ofendido, señora. Mi intención era justamente la contraria —repliqué fingiendo sentirme apenado—. ¿Puedo saber cuál es tu nombre?

—Soy Agripina, de la casa Julia —soltó con evidente orgullo y estirándose para parecer más imponente. Sin duda esperaba algún tipo de reacción por mi parte pero al ver que esta no se producía decidió reforzar el mensaje—. Soy la nieta de Cesar Augusto, el más grande emperador que ningún pueblo ha conocido jamás.

—Es para mí un honor conocer a un miembro de tan noble familia —dije fingiendo una reverencia que evidentemente la llenó de orgullo.

—Puedes caminar conmigo si lo deseas Kashir —dijo como quien tira migas a los pájaros para inmediatamente echar a andar sin siquiera esperar a que le respondiese— Y, ¿qué es lo que ha traído a un comerciante de Egipto a nuestra ciudad?

—Soy comerciante de animales exóticos y fieras —mentí—. Sin duda en Roma puedo encontrar un gran mercado.

—Fieras —respondió mirándome con los ojos muy abiertos—. ¡Que excitante! Es verdad que en Roma tenemos un amor especial por las criaturas peligrosas. Y, dime, ¿qué contactos tienes en la ciudad?

—En realidad ninguno aún, mi señora, acabo de llegar.

—Llámame Agripina, por favor, sin duda los dioses nos han puesto al uno en el camino del otro con intención de que seamos amigos.

—Me honras, Agripina.

—Creo que la mejor forma en la que puedo corresponder a tu amabilidad al recomendarme un remedio para mis terribles jaquecas es que te ayude a establecer contactos en la ciudad para tus negocios —me espetó condescendiente.

—¡Oh, no quisiera que pienses que abuso de tu bondad, Agripina!

—No es abuso si soy yo quien decide hacerlo. De hecho, creo que tengo el momento perfecto para mostrarte a lo mejor de Roma. En tres días daré una fiesta en mi casa para lo mejor de la sociedad romana. Debes venir para que pueda presentarte en sociedad dignamente.

—No quisiera importunar en tu casa, mi señora, a fin de cuentas, no soy más que un extranjero —contesté alimentando aún más si cabía su ego.

—Bobadas —replicó fingiéndose enfadada—. Insisto. Además, creo que sería ideal si pudieses traer alguna de tus fieras para que todo el mundo pueda ver al calidad de tu mercancía.

—¡Tus deseos serán ordenes para mí, Agripina!

—¡Perfecto entonces! Te enviaré a uno de mis criados para que le indique a uno de los tuyos como llegar a la casa —dijo mientras se giraba para marcharse. Sin siquiera haber tenido que entrar en su mente aquella mujer había picado mi anzuelo y volvía ahora a su casa ansiosa por verme de nuevo y sin duda exhibirme como a algún tipo de trofeo exótico y llamativo y, por mí, podía exhibirme tanto como quisiese si a cambio tenía la oportunidad de acercarme a Cayo.

Tres días después, y tal y como habíamos acordado, me dirigí a casa de Agripina en el Collis Hortorum, la colina de los huertos, la zona donde todas las grandes familias de Roma tenían sus residencias. Esta vez decidí no caminar por las calles de la ciudad sino hacerme transportar por porteadores que me llevaban en una litera, no sólo para evitar el tumulto de mi último paseo por la ciudad, sino porque llevaba conmigo una sorpresa especial para Agripina literalmente salida del infierno. Agripina me había pedido que llevase a una de mis bestias y eso fue exactamente lo que hice, un demonio Xajet transformado en una impresionante pantera de tamaño descomunal. Por supuesto, aquella noche el demonio se lanzaría por la ciudad a la caza de su cena en la forma de algún borracho extraviado, pero aquello no me importaba lo más mínimo siempre y cuando no llamara la atención.

Cuando llegamos a la casa el doble portón de madera oscura se abrió para dejar paso a una muchacha pequeña de piel cetrina que tardó unos segundos en darse cuenta de lo que se encontraba ante ella. Sus ojos pasaron de la pantera que caminaba junto a mí a mi rostro y de nuevo a la pantera hasta que su cara se descompuso y salió corriendo despavorida al interior de la casa llamando a voces a su domina. Tuve que hacer un esfuerzo titánico para no romper a reír a carcajadas. Un instante después Agripina llegó medio corriendo hasta la puerta intentando comprender lo que ocurría y al verme sujetando a la bestia con una fina cadena como quien sujeta un cordero sus ojos se abrieron y una inmensa sonrisa apareció a

modo de bienvenida.

—Mi señora Agripina —dije con una voz tan dulce como pude componer—, espero no haber creado un problema en tu casa al haberme tomado tu petición literalmente.

Los ojos de Agripina no podían apartarse del magnífico animal que estaba a mis pies.

—¡Por supuesto que no, mi buen amigo! —replicó con una confianza inmerecida—. Mi casa es tu casa. Adelante—. Para entonces yo ya había visto que un grupo de gente, sin duda los otros invitados, se arremolinaban en el quicio una sala al fondo de la casa intentando averiguar a qué se debía tanto revuelo.

Me adentré en la casa con mi mascota y un murmullo de sorpresa acompañado de gritos de excitación recorrió la sala cuando entramos en ella.

—¡Amigos, permitidme presentaros a Kashir, el comerciante de animales, o como yo prefiero llamarle, mi salvador egipcio! Gracias a él mis jaquecas dejarán de existir —dijo Agripina a modo de presentación. Noté como los ojos de las diez o doce personas que había en la sala se clavaban en mí pero mayoritariamente en el animal que me acompañaba. La criatura muy acertadamente rugió de una forma atronadora en el momento justo y todos se apartaron de mí como movidos por un resorte. Para continuar el espectáculo me dirigí a la pantera en su propia lengua demoniaca, que evidentemente nadie podía entender y, en tono autoritario, le indiqué que se tumbase en una esquina de la sala hasta mi nueva orden. La criatura obedeció sumisa y a los ojos de todos los asistentes me convertí en el señor de las bestias, capaz de dominarlas tan solo con su voz. La noche prometía ser divertida.

Agripina me guió hasta uno de los muchos divanes repartidos por la sala y que la hacían parecer más pequeña de lo que en realidad era. Un enjambre de esclavos y esclavas de diferentes edades no dejaban de moverse entre los divanes ofreciendo comida y vino a los asistentes. Agripina se sentó en un diván a mi lado y a voz en grito empezó a presentarme a todos los asistentes repartidos por la sala incluidos sus hijos Julio Nerón y Druso, dos muchachos bien formados y atléticos con rostros que claramente recordaban a su madre. Ambos me saludaron cordialmente, pero sin afección, supongo que acostumbrados a que su madre trajese a su casa a todo tipo de extraños. Agripina me indicó que tenía tres hijas pero ninguna de las tres estaba en la casa dado que estaban pasando un tiempo en el campo con una de sus amigas. Cuando las presentaciones se hubieron acabado fue evidente que la persona a la

que yo había venido a conocer no estaba en la sala. Como si hubiese leído mi pensamiento Agripina me explicó la ausencia de su otro hijo.

—Nos falta mi pequeño Cayo, pero estoy seguro que no tardará en aparecer — remarcó haciendo que recuperase mis esperanzas.

La fiesta prosiguió entre conversaciones banales sobre lo peligrosa que se estaba volviendo Roma y comentarios sobre las dotes amatorias de un nuevo esclavo africano que una de las amigas de Agripina decía haber comprado el día anterior en el mercado. Al parecer la mujer había decidido no esperar un momento antes de probar la mercancía recién adquirida y estaba orgullosísima de comentar que, como resultado de un día entero de pruebas, no podía andar y se veía obligada a ser llevada en volandas del lecho a la litera. Todo el mundo a su alrededor rió su ocurrencia, pero sólo yo podía saber, con un vistazo rápido a su mente, que la mujer tan sólo estaba diciendo la pura verdad.

La noche prosiguió sin pena ni gloria y lo único destacable fueron las numerosas ocasiones en que Agripina aprovecho para mostrar cuanto detestaba al emperador Tiberio. El hombre aparentemente había estado casado con su madre cuando su padre murió y Agripina nunca había podido soportarle, pero desde la muerte de su esposo, Germánico, ese odio se había vuelto enfermizo. Un odio que, por otro lado, era correspondido con creces por parte de Tiberio. Agripina estaba convencida de que el emperador había mandado envenenar a su marido para eliminar una posible amenaza a su lugar en el trono imperial. Germánico había ganado un gran nombre en las guerras en diferentes partes del imperio y era una figura respetada y querida por el pueblo de Roma. El mismo Tiberio había llegado a adoptarle y nombrarle heredero al trono antes de que, de acuerdo con Agripina, se volviera enfermo de miedo y decidiera eliminarle. La historia dejaba de ser sencilla porque Tiberio por su parte acusaba a Agripina de haber sido ella quien eliminase a su marido para poder darse a la vida licenciosa y perdida que, según él, ella llevaba. Cuanto más escuchaba mejor se definía la imagen en mi cabeza de la historia de una familia que era extremadamente compleja y en la que todos asumían como natural vivir en un entorno donde no se podía saber exactamente en quien confiar. Quizá fuese el efecto del vino, pero no es que a Agripina le importase que la gente supiera lo que pensaba acerca del viejo, como ella le llamaba. La conversación derivó en bromas sobre los aparentemente peculiares gustos sexuales del emperador y como estos era satisfechos en las orgías

diarias que se montaban en su palacio de la isla de Capri. No podía saber cuánto de aquello era verdad y cuánto era alimentando por la maldad chismosa de unos humanos desocupados, pero tampoco tenía relevancia alguna para lo que yo quería conseguir. O eso es lo que creí en aquel momento.

De repente noté como Agripina se giraba hacia la puerta de la sala.

—¡Cayo, por fin! Has tardado demasiado, voy a tener que enfadarme contigo —dijo a voz en grito con la clara intención de que todo el mundo notase quién acababa de llegar—. Bueno, veo que al menos has traído a Livia contigo así que te perdonaré.

Mis ojos siguieron a Agripina hasta la puerta esperando encontrarse por fin con aquel muchacho que tenía mi espada pero, en un instante, nada de aquello importó en absoluto. Allí, en el quicio de la puerta, saludando a Agripina como si fuesen viejas amigas y vestida en una túnica de color azul intenso que remarcaba el rojo fuego de su pelo estaba la persona a la que pensé no volver a encontrar jamás. Liliath.

Sus ojos me miraron intensamente y, aunque su rostro no demostró la más mínima emoción, de alguna forma supe que ella estaba tan sorprendida como yo. La rabia y el odio acumulado durante siglos por la mujer que me había traicionado, encarcelado y a la que consideraba la responsable de la destrucción de la única familia real que había conocido empezaba a desbordarse mientras Agripina guiaba a los dos recién llegados hasta mí. Sin dejar de mirarla tuve que hacer un esfuerzo como nunca había hecho para no desplegar mi poder contra ella aunque eso pudiese destruir media ciudad. De repente, su voz cantarina resonó en mi cabeza en tono burlón.

—Quizá entre los dos destruyamos no la mitad sino toda la ciudad, querido esposo.

Aquel intento por provocarme habría tenido éxito de no ser por la voz de Agripina que me hizo concentrarme nuevamente en mi objetivo original.

—Cayo, déjame presentarte a un nuevo amigo. Kashir, el mercader de fieras. Kashir, es egipcio y gracias a él he encontrado un remedio para mis jaquecas que estoy segura que acabará con ellas. Mira, incluso ha traído a una de sus fieras para nuestro entretenimiento. ¿Qué te parece?

El muchacho que tenía ante mí no era muy alto y, aunque su complexión era atlética, no parecía tener aún las hechuras de hombre que mostraban sus hermanos. Su pelo castaño oscuro

ligeramente más largo de lo que había visto en otros romanos de su edad contrastaba con sus ojos de un verde intenso. El muchacho me miró de arriba abajo con una sonrisa en su boca antes de responder.

—Un magnifico ejemplar, madre —dijo sin retirar su mirada de mí—. Y la pantera también.

—Kashir, este es mi hijo, Cayo Julio Cesar Augusto Germánico. —le presentó formalmente la mujer recreándose en los nombres de los emperadores que habían existido en su familia y que el muchacho había recibido en forma de deseo de que el también igualase la gloria de sus antepasados.

—No todos le llamamos así en realidad —interrumpió Liliath forzando a Agripina a recordar que estaba presente—. Algunos utilizamos un nombre más dulce.

—Calígula —dijo el muchacho resignado claramente acostumbrado a ofrecer la misma explicación con frecuencia—. De pequeño solía ponerme las sandalias de mi padre para jugar a la guerra y sus soldados me dieron ese mote. Creo que no voy a poder huir de él jamás.

—Kashir, esta es Livia Antonina, una amiga de esta casa y de esta familia. De las pocas que nos quedan gracias al viejo, me temo.

—Sabes que eso no es cierto, mi querida Agripina. Yo y muchos otros aún somos fieles a la sangre de Augusto —respondió Liliath zalamera y fue evidente que eso era exactamente lo que Agripina quería escuchar. Sin embargo, Liliath no dio posibilidad de réplica a la mujer y continuó como si nada—. Así pues, de Egipto, ¿no? Estoy muy interesada en saber que nuevas nos traes de allí. Hubo un tiempo en que tuve parte de mi familia viviendo en aquellas tierras. Vivían como dioses. Lamentablemente ahora están muertos —soltó con acidez y supe que se refería a Narmesh.

—En mi país mucha gente se considera digno de un lugar entre los dioses, pero la mayor parte no somos más que criaturas temporales, pobres mortales. Y los dioses son envidiosos, hay que tener cuidado de no enfadarles.

—Eso es cierto, nadie debería despertar al león que duerme, a menos que sepas que puedes matarlo —dijo y sus ojos se clavaron en mí como dos puñales al rojo vivo.

—Bueno, bueno, esta conversación se está volviendo demasiado seria y esto es una fiesta. Voy a pedir que os traigan algo de vino para que os relajéis —interrumpió Agripina sin entender el por qué de aquella conversación.

—Voy contigo Agripina, quiero saludar al resto de tus invitados o pensarán que la casa de Marcio Antonino nos hemos vueltos unos

salvajes sin modales —resolvió Liliath siguiendo a la mujer hasta el otro extremo de la sala.

—No le prestes demasiada atención a Livia —dijo Cayo cuando se hubo marchado—. Es una mujer fascinante y muy divertida, pero a veces es como si tuviera una especie de amargura que de vez en cuando sale a flote. Afortunadamente no es muy a menudo —rió y su rostro se llenó de una luz inesperada que le dulcificaba enormemente.

—No te preocupes, estoy acostumbrado a mujeres como ella. Casi es como si la conociera de antes.

—¡Ah, sí! Es lo único aburrido de las mujeres, son todas demasiado parecidas. Quítales sus pelucas, sus vestidos y sus joyas y no podrías distinguir una de otra —respondió sacando la lengua para indicar que estaba de broma—. Mi madre me mataría si me oye hablar así.

—No temas, no se lo diré —respondí correspondiéndole yo mismo con una sonrisa.

Cayo no se separó de mí en lo que quedo de noche lo cual sirvió maravillosamente a mi propósito de acercarme a él. Después de todo parecía que pasar a formar parte de su círculo de confianza no iba a ser tan difícil. Pasamos la velada entre vino y risas y Agripina y el resto de los invitados parecían aceptar que nuestra recién descubierta complicidad no debía ser interrumpida. Cayo se ofreció a enseñarme el resto de la casa así que salimos a pasear por los jardines que eran más grandes de lo que esperaba y olían intensamente a tomillo y menta. La temperatura era ligeramente agobiante para esa hora de la noche, pero aún así era agradable estar en el exterior. El muchacho me explicó que la casa había pertenecido en su momento al propio emperador, pero se la había cedido a su padre cuando le había adoptado. Cayo había pasado su infancia entre los diferentes destinos donde su padre que, como general, había sido enviado a diferentes lugares en Asia y, a su vuelta a Roma, había sido difícil para él acostumbrarse a vivir recluido en una casa de ciudad, pero había aprendido a disfrutar las otras cosas que la ciudad le ofrecía y eso había compensado por la falta de espacios al aire libre. Dimos la vuelta a todo el jardín y volvimos a entrar en la casa por una puerta de madera de una sola hoja que daba a una habitación diferente, oscura y mucho más fresca. Cayo me dejó pasar primero y después cerró la puerta tras nosotros haciendo que nos quedásemos en penumbra. De repente, el muchacho se acercó hasta mí y pillándome completamente desprevenido me besó introduciendo su lengua en mi boca. Si mi

mente estaba sorprendida mi cuerpo respondió a su gesto sin reparos disfrutando aquel beso largo e intenso lo cual le animó a alargarlo en el tiempo. No era la primera vez que mi cuerpo disfrutaba con alguien de mí mismo sexo, si algo había aprendido en mis años de señor del infierno es que el sexo era solo una especie de traje con el que la mayoría de las criaturas nacen pero que, como todo traje, solo se usa para engalanar el contenido que es normalmente mucho más precioso e importante u oscuro y peligroso según la criatura; sin embargo aquella no era la forma en la que había concebido ganarme su confianza.

Cayo no estaba dispuesto a parar ahora que había comprendido que no existía rechazo por mi parte y sus besos continuaron por mi cuello mientras su mano agarraba mi miembro, ahora duro, a través de la túnica. Su respiración me indicaba que su excitación iba a más y la mía seguía correspondiéndole. De repente, Cayo se arrodilló frente a mí buscando con ansiedad la manera de abrir mi túnica con sus manos para encontrar mi miembro erecto y, cuando lo encontró, se lo metió en la boca haciendo que una oleada de placer me inundara en un segundo. El muchacho siguió dado a la tarea que había emprendido por un buen rato y fue evidente que tenía experiencia. Desde mi posición podía ver claramente que su cuerpo estaba totalmente excitado hasta que ya no pude esperar más. Le levanté con mis brazos y le arranqué la túnica dejándole completamente desnudo para girarle y colocarle a cuatro patas sobre el suelo. Él, dándose cuenta de lo que iba a ocurrir, se entregó sin reparos e, inclinándome sobre él, le penetré con todas mis ganas haciendo que soltara un gran gemido. Allí, sobre el suelo de aquella habitación fornicamos como si no hubiese mañana hasta que los dos nos hubimos saciado y sin que nos importase si nuestros gritos de placer se oían en la casa o no.

No sabría decir cuanto duró aquel encuentro pero cuando salimos de la habitación para volver al salón donde se encontraban los invitados ya no quedaba nadie excepto los esclavos que recogían los restos de la fiesta.

—Tu pantera ya no está.

—Seguramente mis esclavos se la han llevado pensando que yo había abandonado la casa —mentí.

—Lamento haberte entretenido tanto tiempo, te has perdido la fiesta. Mi madre no estará contenta.

—No lo lamentes. Yo no lo hago —respondí provocando una sonrisa en el rostro del muchacho.

Cayo me acompañó hasta la puerta y me ofreció uno de sus

esclavos para acompañarme hasta mi casa dado que no parecía quedar ninguno de los míos para hacerlo, pero yo decliné su oferta.

—Debo insistir, Kashir. Roma no es una ciudad segura de noche para un hombre solo.

—Lo sé pero no tienes nada de qué preocuparte, hay mucho más en mí de lo que parece —respondí.

—Sí, eso me ha quedado claro —soltó de forma juguetona el muchacho, a lo que yo respondí con una sonrisa antes de marcharme dejándole en el quicio de la entrada hasta que desaparecí tras la esquina de la siguiente casa.

No había dado apenas una decena de pasos cuando pude sentirlo en la oscuridad esperándome. El demonio transformado en pantera que yo había llevado a la fiesta esperaba mis instrucciones obedientemente.

—Has hecho un buen trabajo esta noche. ¡Ahora ve y sáciate! —Y la criatura se giró para desaparecer en la noche de la ciudad en busca de presas con la que saciar su apetito.

Yo continué mi camino por las calles de Roma sin saber muy bien a dónde me dirigía, pero disfrutando el aire fresco que la noche oscura había traído. Las calles estaban en el completo silencio que generaban los sueños de sus ciudadanos y la oscuridad lo llenaba todo solo rota por la luz de la luna que le daba a la ciudad una tímida chispa de vida en aquellas horas. Los olores embriagadores del jardín de Agripina desaparecieron tan pronto como dejé la casa para ser reemplazados por olor a excremento y orín, a cenizas y podredumbre, el olor de los humanos hacinados en los innumerables edificios de viviendas medio derruidas que ellos llamaban insulae. Y, sin embargo, aunque la imagen que se puede formar en tu cabeza con mi descripción es horrenda, yo era feliz de estar allí, de estar nuevamente entre humanos, entre las angustias y las alegrías de sus vidas cotidianas, entre sus olores, los deliciosos y los pestilentes, entre sus miserias y sus ganas de vivir, porque todo aquello era la vida en sí misma.

—Siempre un sentimental empedernido. ¡No tienes remedio Helel! —resonó de repente su voz en mi cabeza.

Miré a mi alrededor en la plaza en la que me encontraba y que estaba iluminada tan solo por un par de candiles en una esquina que daban pobre compañía a la luz de la luna, pero no pude encontrarla, aunque podía sentir que estaba allí.

—A diferencia de ti, Liliath, yo no me he convertido en un pozo de oscuridad incapaz de ver lo hermoso de esta vida —dije en voz alta negándome a utilizar mi mente para hablar con ella—.

¡Muéstrate!

Su risa resonó en mi cabeza y el sonido se continuó a sí mismo en toda la plaza cuando Liliath pasó a usar su voz. Mis ojos buscaron su origen y la encontraron oculta en las sombras de una de las esquinas de la plaza.

—En realidad no somos tan diferentes, Helel. ¡Mírate! —dijo mientras se adentraba lentamente en el interior de la plaza donde la luz de la luna iluminó su innegable belleza—. No parece que estés sufriendo por haberte convertido en señor del infierno ni siquiera a costa del asesinato de tu propio hijo.

—¿Desde cuándo te ha nacido un amor de madre tan grande, Liliath? —dije escupiendo las palabras—. ¿Fue cuando abandonaste a tus hijos a su suerte para huir con el demonio al que te follabas o cuando confabulaste para asesinar tú misma al hijo que ahora me acusas de haber matado?

Su risa volvió a resonar por la plaza rompiendo el silencio de la noche y noté como un pequeño escalofrío recorría mi espalda.

—Buen intento, pero tus palabras no pueden herirme en lo más mínimo Helel, hace mucho tiempo que acepté quien soy y eso, a diferencia de lo que te ocurre a ti, me ha hecho libre.

—Es evidente que tú y yo somos diferentes, Liliath, pero tú nunca serás libre, siempre serás una esclava de tu propia ambición. ¿Qué es lo que te ha traído ahora a esta ciudad? —pregunté.

—¿Eso es lo que crees? —contestó ignorando mi pregunta—. Estás lleno de un cinismo podrido y pestilente, querido esposo. Nunca lo reconocerás, pero los dos sabemos que la posibilidad de convertirte en el señor del infierno era algo que no ibas a dejar escapar aún a costa de tu propia sangre porque eso es lo que siempre has deseado, volver a ser de una forma u otra lo que un día fuiste. Esa ansia de poder ha vivido en ti desde el mismo día en que te convertiste en hombre, desde el mismo día en que fuiste arrojado del centro de poder absoluto, desde el día en que dejaste de ser un dios para ser simplemente Helel. Y eso es lo que nos hace iguales.

Las palabras de aquella mujer a la que había amado profundamente se clavaron en mi piel como cuchillos y mis puños se crisparon para controlar la rabia que me producía saber que todo lo que estaba diciendo era en el fondo verdad. Pero no estaba dispuesto a concederle sobre mí el poder que le daría que yo lo reconociese.

—Ya ves, Helel —continuó—, tal parece que la vida se empeña en que nuestros pasos se encuentren una y otra vez. Y en cuanto a lo que me trae a esta ciudad, lo creas o no, este debería haber sido

un nuevo comienzo para mí, un comienzo lejos de todos los monstruos que he conocido en mi vida incluyéndome a mí misma. Pero supongo que ya debería saber que nada en mi vida puede ser sencillo. No sé qué es lo que te trae a ti a esta ciudad, pero si yo fuera tú me marcharía ahora mismo porque no tienes ni idea de donde te has metido. Ni tú ni yo tenemos cabida en este sitio, Helel.

—¿A qué diablos te refieres? ¡Habla!

—Me parece increíble que tengas a tu alcance todos los recursos del inframundo y te hayas presentado aquí sin saber qué es lo que ocurre en esta ciudad, en este mundo.

—No me interesan nada los tejemanejes de los hombres y sus imperios, Liliath, ellos son temporales, yo soy eterno —dije queriendo aparentar más que nunca que era el señor del infierno y no simplemente Helel.

—¡Oh, pero deberían mi pobre y estúpido esposo! —respondió con cierta desesperación por mi falta de comprensión—, porque este no es un imperio de hombres sino un imperio de ángeles y uno que va mucho más allá de las fronteras de Roma. —

Aquella frase despertó todas mis alertas e hizo que mi cuerpo se tensase. ¿Qué diablos quería decir aquello? Mi falta de compresión se reflejó en mi rostro y Liliath pudo verlo claramente—. Déjame que te ilustre, querido. Este imperio gobierna la mayor parte del mundo y su expansión continúa sin que parezca tener fin. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? La mayor parte de la población humana en la tierra responde ante un único poder absoluto, el emperador. ¿De verdad crees que eso iba a pasar desapercibido en los otros mundos? Solo era cuestión de tiempo que una de las otras razas surgidas de la creación girase su rostro hacia este nuevo orden y en este caso han sido los ángeles quienes han sabido dar el primer paso para tener el control. ¿Acaso no lo ves? —preguntó—. No hay mejor manera de subyugar y controlar a los hombres que hacerlo sin que se sepan dominados. Y para ello sólo necesitaban una cosa, controlar al emperador. ¿No te ha parecido sorprendente que el emperador, el señor absoluto de esta ciudad y este imperio se encuentre recluido en una isla a la que nadie tiene acceso?

La idea que Liliath sugería no carecía de sentido. Yo sabía que era poco probable que los arcángeles se quedasen quietos una vez que habían conseguido el poder absoluto sobre los cielos, pero siempre había supuesto que su siguiente movimiento sería tratar de controlar el infierno y me había preparado para una nueva guerra entre los dos mundos. Pero, en mi prepotencia, me había creído el centro de su atención sin darme cuenta de que era el reino de los

hombres lo que verdaderamente anhelaban. Los arcángeles siempre había despreciado a los hombres por tener el amor de mi padre y los consideraban indignos, poco más que babosas nacidas del barro y el lodo, criaturas que debían servir como esclavos al cúlmen de la creación que eran ellos mismos. Si habían encontrado una forma de controlar a los hombres sin que estos se diesen cuenta de que eran dominados su meta había sido alcanzada, los humanos serían esclavizados y sometidos a su voluntad de la forma más sencilla y discreta.

—¿Por qué debería creerte? —le espeté intentando que sintiese la necesidad de darme más información.

—No tienes que hacerlo. Puedes considerar mis palabras un regalo de bienvenida, un regalo nacido de lo que una vez nos unió. Lo que decidas hacer con esta información es cosa tuya, pero te repito, este sitio no es seguro para seres como nosotros.

Como si hubiesen escuchado sus palabras, de repente un zumbido empezó a llenar mi cabeza, un sonido repetitivo queda había oído antes y que anunciaba la llegada de las huestes angélicas. En un instante nos vimos rodeados por cuatro miembros de aquellos que una vez había llamado hermanos vestidos con sus armaduras de combate.

—¡Vaya, vaya! Pero mira lo que nos hemos encontrado. Debe ser nuestro día de suerte —dijo uno de ellos con una voz dulce y musical que me hizo pensar en una serpiente—. No solo vamos a librarnos de la bruja del pelo de fuego sino que ella nos trae al mismísimo traidor. Miguel nos ascenderá hoy cuando le llevamos vuestra cabeza.

—¡Rápido, ponte detrás de mí! —le grité a Liliath.

—¡Oh, por favor, era lo que me faltaba! ¿Por qué los hombres creeis siempre que las mujeres necesitan de vuestra ayuda? —respondió enfadada mientras sus manos hacían un gesto extraño y se elevaban sobre su cabeza. Inmediatamente una luz gris de una intensidad increíble brotó de aquellas manos y se extendió a su alrededor invadiéndolo todo y forzándome a desviar la mirada. Cuando la luz se hubo extinguido y pude volver a mirar hacia el lugar donde se encontraban nuestros enemigos no quedaba ni rastro de ellos, como si nunca hubiesen estado allí.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde han ido? —pregunté sin entender nada.

—Los he mandado a tu casa.

—¿Cómo? — grité.

—Los he mandado al tercer anillo de tu reino, es una de las

pocas maneras efectivas de librarse de cualquier ángel. Es eso o devolverles al cielo.

Mi mente comprendió inmediatamente a que se refería. El tercer anillo infernal era la parte de mi reino que los humanos han llamado limbo. Un lugar donde no existe nada, la magia, las cosas materiales o la vida misma. Un lugar de dónde ninguna criatura puede escapar porque una vez que llegan a él están condenados a vivir en un permanente estado de no ser. Cómo aquella mujer había sido capaz de averiguarla forma de enviar a criaturas tan poderosas como los ángeles a ese lugar era algo que se me escapaba, pero que sugería algo que quizá debería haber adivinado por mí mismo, su poder había crecido de forma increíble en el tiempo en que no nos habíamos encontrado. Y eso la convertía en alguien muy peligroso.

De repente vi cómo se giraba y se alejaba de mí.

—¡Espera!

—Tus hermanos no tardarán en detectar que cuatro de los suyos han desaparecido y la ciudad estará esta noche plagada de ángeles tratando de averiguar lo que ha ocurrido. ¡Vete a casa, Helel!

—Pero, ¿qué hay de ti? No les será muy difícil encontrar a la bruja del pelo de fuego. ¿Cómo pretendes pasar desapercibida?

—No te preocupes por mí, hace mucho tiempo que aprendí a ocultar mi presencia. Si yo fuera tú me preocuparía más por tu nuevo amiguito, Cayo. No sé lo que te traes con él pero te recuerdo que se encuentra en la línea directa de sucesión al trono y eso, en estos momentos, es de todo menos una ventaja.

Sin darme siquiera la posibilidad de replicarle su imagen se desvaneció en el aire de la noche y fue como si nunca hubiese estado allí. Una vez que me quedé solo decidí seguir el consejo de Liliath y me transporté directamente hasta mi habitación en el burdel de Baal. Me fue imposible dormir en toda la noche. Los acontecimientos de las últimas horas daban vueltas en mi cabeza una y otra vez. El encuentro con Liliath había roto mis esquemas. Siempre había pensado que si algún día volvía a tenerla frente a mi la mataría con mis propias manos por lo que nos había hecho a nuestra familia y a mí, pero no solo no había sido capaz de ello sino que aquella mujer había salvado mi vida, no únicamente con sus actos, sino con sus advertencias y, aunque no me cabía duda alguna de que tenía sus propios intereses para comportarse de aquella manera, una parte de mi quería pensar que aquello había sido un pequeño fragmento de la Liliath que yo había conocido y que se negaba a morir completamente.

Una vez más parecía que mi vida se empecinaba en enredarse en

torno a sí misma en algún tipo de nudo gordiano que nadie podía desenredar. La reaparición de Liliath en el momento en que necesitaba acercarme a Cayo, los ataques de lujuria con el muchacho y los vínculos sugeridos por Liliath entre la familia de Cayo y los arcángeles hacían mucho más complicada y peligrosa mi tarea de recuperar mi espada y devolver el orden al reino de mi padre.

Las siguientes semanas se esfumaron como el agua que se escapa entre los dedos sin que apenas pudiese darme cuenta. Cayo se había encargado de que pasásemos juntos cada día desde aquel primer encuentro y, aunque era evidente que estaba desarrollando una especie de obsesión conmigo, era algo que yo estaba dispuesto a alimentar en parte porque contribuía a mi objetivo de ganarme su confianza y en parte porque su energía y entusiasmo por vivir eran reconfortantes y me reconciliaban con mi perdida fe en los humanos. Nuestros encuentros sexuales continuaron, una vez más por deseo de los dos, pero Cayo no dejó que la rutina de nuestra lujuria nos hiciera perder el apetito por aquellos placeres carnales y se esforzó en traer novedades casi diarias a nuestra cama. A veces se trataba de sus propios esclavos, a los que disfrutaba viendo como yo sodomizaba antes de unirse a la fiesta. Otras veces eran amigos suyos de la alta sociedad romana que estaban más que dispuestos a probar la exótica novedad que Cayo tenía que ofrecerles en forma de visitante egipcio y, en ocasiones, se trataban de visitas a sus burdeles favoritos de Roma que, para mi sorpresa, conocía verdaderamente bien hasta el punto de escoger para nosotros a los jóvenes más viciosos o mejor dotados o las mujeres más hábiles de entre los que podían encontrarse en oferta en aquellos lupanares. Yo disfrutaba de todos aquellos encuentros y me dejaba llevar por los deseos del muchacho, pero no permanecía ciego a lo que se estaba empezando a gestar en su interior. Incluso en aquellos encuentros compartidos con otras personas Cayo imponía los limites sin dejar que ninguno de nuestros compañeros sexuales cayese en el error de dejarse llevar por ningún tipo de sentimentalidad, reservando las caricias, besos y gestos afectuosos para los momentos en los que estábamos exclusivamente los dos. Así, aquellos momentos de lujuria desbordada se convertían en ejercicios gimnásticos creados exclusivamente para deleite de su mente y de mi cuerpo mientras que nuestros momentos a solas iban más allá del mero placer del sexo sin límites para convertirse en algo mucho más íntimo.

Peor Cayo no sólo me mostró la Roma lujuriosa y pervertida, sino que me abrió las puertas de la alta sociedad romana, aquella

que se creía señora del mundo y que, como pronto pude comprobar, no era otra cosa que un nido de víboras donde era necesaria una gran maestría para poder sobrevivir. Y en eso, aquel joven muchacho era un experto. Cayo mantenía relaciones no sólo con aquellas familias que claramente apoyaban a su madre o habían sido amigos de su padre sino que, para mi sorpresa, era recibido cordialmente en las casas de familias que eran claros partidarios del emperador en aquella guerra no tan velada que mantenía con Agripina. Su habilidad política y social era inmensa. Su talento para decirle a cada persona lo que verdaderamente deseaba oír y conseguir de ellos cualquier cosa que desease era un don natural que no había heredado ni aprendido de nadie, simplemente estaba en él. En una ocasión le pregunté si su madre estaba al tanto de aquellas relaciones multilaterales que él alimentaba y, de forma totalmente sincera, me confesó que su madre estaba demasiado preocupada pegándose con un árbol como para ver el bosque. Aquella respuesta, espontánea como fue, me hizo ver claramente cuan diferente de Agripina era aquel muchacho y preguntarme si habría sido de su padre de quien había heredado aquel talento político. Cayo evitaba abiertamente hablar de él. En más de una ocasión, tumbados en la cama tras nuestras largas noches de placer, le había preguntado por su relación con él y la respuesta inmediata era una oscura sombra que se depositaba sobre su rostro y una respuesta corta y directa.

—Yo nunca existí para mi padre.

Aquella respuesta denotaba claramente que no estaba dispuesto a hablar más del tema y me hacía sentir si cabe más simpatía y cariño porque yo mejor que nadie sabía lo que era sentirse abandonado por un padre. Pero aquella negativa a hablar de Germánico o de cualquier cosa relacionada con él complicaba enormemente mis opciones de que me enseñase la espada que tanto ansiaba recuperar. En numerosas ocasiones le había indicado que mi amor por las armas me llevaba a coleccionar espadas en la esperanza de que, a fin de agradarme, quisiese mostrarme el arma, pero lo único que conseguí fue que me respondiese que su padre también era un gran amante de las armas y que cada año le regalaba una espada diferente traída de sus distintas campañas militares por el mundo. No me cabía duda de que mi espada formaba parte de aquella colección, pero la figura del padre hacía que la puerta estuviese cerrada completamente.

Así fueron pasando las semanas y a estas les siguieron los meses sin que, para mi frustración, consiguiese acercarme ni siquiera un

poco a mi objetivo y empecé a perder la paciencia. En otras circunstancias habría recurrido a métodos mucho más drásticos pero el hecho de que mi única opción de que el arma volviese a mí fuese mediante su entrega voluntaria me ataba de pies y manos. Para terminar de complicarlo todo, el resto de mi vida confabuló para que me viese obligado a alejarme de Cayo.

Una mañana me despertaron unos golpes en la frágil puerta de madera de la habitación donde dormía.

—¡Mi señor, es mejor que vengas en seguida! —dijo Placia con un deje de temor en la voz.

Me sentí tentado de pegarle una voz y decirle que me dejase en paz dado que la noche antes me había retirado verdaderamente tarde, pero algo en su voz temblorosa hizo que me levantase. Me eché un manto cualquiera por encima y abrí la puerta para encontrarme a la mujer mirándome con cara descompuesta.

—Disculpa que te moleste, señor, pero hay algo que debes ver.

La seguí sin preguntarle nada hasta la habitación principal de la taberna donde Baal me esperaba mirando algo depositado sobre la mesa. Al acercarme comprobé que se trataba de una vasija de barro, pero lo llamativo no era el objeto, sino el olor que desprendía y que pude reconocer inmediatamente, el olor a muerte.

—Nos hemos encontrado esto al bajar a desayunar esta mañana. Lleva el sello de Belial —dijo el demonio muy serio.

Mis ojos se depositaron nuevamente sobre la vasija, no demasiado grande, cubierta con una tela a modo de tapón que estaba sellada al recipiente con lo que parecía un trozo de piel de animal y, sobre él, el sello al que Baal se refería y que pude reconocer inmediatamente. Los símbolos en el sello, que sólo podían ser leídos por alguien que conociese las antiguas lenguas demoniacas, pertenecían al hermano de Baal, una criatura violenta, cruel y con un amor por el poder solo comparable a su amor por la carne humana. Sin pensarlo un segundo cogí la vasija entre mis manos y la lance contra el suelo sabedor de lo que podía encontrar en su interior. La vasija se hizo añicos y hasta mis pies llego rodando la cabeza cercenada de Kashna. Placia emitió un grito ahogado llevándose la mano a la boca mientras Baal le ordenaba que se callase. El rostro de la que había sido mi amante observándome desde el suelo, con la mirada desencajada era el portador de un mensaje claro y poderoso. Belial había usurpado mi lugar en el trono del infierno y trataba de persuadirme con aquella amenaza para que me mantuviese alejado y no regresase jamás. Y tanto él como yo sabíamos que eso solo significaría una cosa, que

volvería inmediatamente. Sabía que aquello me alejaría de Cayo y de mi objetivo en Roma y que arruinaría todo lo que había conseguido hasta el momento, pero no podía permitirme perder mi estatus como señor del infierno porque, en caso de recuperar mi espada, las legiones demoniacas podían ser mi única arma contra Miguel y su séquito. Me veía obligado a dar un paso atrás en mi plan con la esperanza de que eso me permitiese dar dos pasos adelante llegado el momento.

—¡Baal!— llamé.

—¿Sí, mi señor?

—¿Estás muy unido a tu hermano?

—Nos hemos odiado desde que estábamos en el vientre de nuestra madre, señor —respondió el demonio sonriendo.

—Me alegro, porque voy a arrancarle las tripas y restregarlas por los nueve reinos del infierno. Y tú vas a ayudarme.

Aquellas fueron mis últimas palabras antes de desaparecer en rumbo a mi usurpado reino y, aunque yo no podía saberlo en aquel momento, la rueda del destino iba a circular sobre Roma en mi ausencia destrozándolo todo a su paso.

18
Olvido

Pasó un año antes de que la situación en el inframundo fuera lo suficientemente estable como para poder permitirme alejarme nuevamente. Tal y como había prometido había arrastrado las tripas de Belial por todo el infierno y había colgado su cadáver sobre mi trono a modo de advertencia para cualquiera que desease volver a sentarse en él en mi ausencia. Para evitar cualquier tipo de estúpida venganza había ordenado la muerte de sus treinta y siete hijos y sus dieciséis nietos incluido uno de ellos que aún no había abandonado el vientre materno, un trabajo que Baal había estado encantado de cumplir al pie de la letra. Y así, entre sangre y putrefacción, el infierno había sabido que su justo amo y señor había retornado. Cuando por fin me sentí seguro para regresar a Roma lo hice con aprensión, temeroso de haber perdido toda oportunidad de ganarme a Cayo y recuperar mi espada, pero nada podía prepararme para lo que iba a encontrarme.

Mi aparición en el medio de la noche romana pasó tan desapercibida como la primera vez. Cuando mis pasos me llevaron a través del quicio de la puerta de la puta de oro la taberna estaba completamente vacía, excepto por Placia que se encontraba de espaldas a mí con su enorme culo en pompa mientras se llenaba la boca con el miembro de un pobre muerto de hambre que estaba sentado en una de las mesas con los ojos cerrados y las manos sobre la cabeza de la mujer.

—¡Placia! —chillé—, ¡mueve tu culo seboso y prepara mi cuarto!.

La mujer debió reconocer mi voz tan pronto como la escuchó y casi se ahogó en medio de su tarea levantando la cabeza como por resorte provocando las quejas de su cliente.

—¡Oye, esto no es por lo que te he pagado!

—¡Cállate, pedazo de imbécil, picha corta! —gritó ella en respuesta— .¡Largo de aquí, largo te digo! —Y le echó de la taberna sin miramientos y sin devolverle al pobre infeliz su dinero.

—¡Mi señor! —dijo cerrando la puerta—. No te esperaba. Mejor hubiera sido que me hubieras hecho saber de tu llegada, habría tenido todo preparado, un banquete propio del emperador habría preparado...

—¡Cállate ya y abrevia, mujer! —repliqué sin miramientos.

Me senté en la taberna a esperar a que acabase con el cuarto y, cuando por fin volvió, aproveché para preguntarle qué había ocurrido en Roma en mi ausencia.

—Roma sigue siendo el mismo antro para los pobres, mi señor. Nada ha cambiado desde que te fuiste. Yo sigo ganándome la vida como puedo con mi trabajo honrado, sin hacer daño a nadie, pero...

—Ahórrame tus lamentos Placia, no me interesan. Agripina y su familia. ¿Siguen viviendo en la misma casa? —La mujer me miró con la cara desencajada y en seguida supe que algo había ocurrido —. ¿Qué es lo que ha pasado? ¡Habla o te arrancaré la lengua con mis propias manos!

—Discúlpame mi señor, pensé..., pensé que lo sabrías.

—¿Saber el qué? Por todos los infiernos, ¿quieres hablar?

—Agripina ya no vive en Roma, el emperador la desterró a ella y a sus hijos a no sé qué isla. Parece ser que se cansó de tenerla llevándole la contraria todo el tiempo y de su comportamiento incívico, aunque todos sabemos que esa fue solo una excusa para librarse de ella y de su ralea de forma definitiva. El viejo está cada vez peor de la cabeza, ¿sabes? Dicen que ahora le ha dado por follarse a todas las cabras de la isla donde vive, cosa que tampoco sería el primero en hacer, no me malinterpretes, pero que no acaba de estar bien visto en un emperador. ¡Pero es que dicen que ya se ha follado a todos los jovenzuelos que viven allí y, claro, ahora le ha dado por los bichos! A mí me da igual, pero yo creo que si me llevaran a mí a la isla yo le quitaba esas manías en un pispas...

—¿Qué ha sido de Cayo? —pregunté cortando por los ano su verborrea.

La mujer me miro un segundo desconcertada.

—¿Quién es Cayo? ¿El pequeño de la loca de Agripina? ¡Ay, señor, lo de ese es aún peor! —dijo bajando el tono como quien

tiene miedo de que las paredes le oigan—. Resulta que ese está levantado de cascos como el tío y después de que te fuiste le dio por ir por los burdeles de la ciudad follándose a las putas y los putos para luego matarlos con sus propias manos. Ya sabes que nosotros los pobres no importamos nada así que nadie se escandalizó por ello, pero es que dejaba unos desaguisados muy difíciles de limpiar y, para remate, después empezó a hacer lo mismo con otros jóvenes de las familias importantes y su madre tuvo que hacer volteretas hacia atrás para tapar sus desastres. Toda la ciudad lo sabe y lo comentan en los corrillos, pero nadie dice nada públicamente por miedo al emperador. Vamos, que está como una cabra y supongo que el tío se ha visto reconocido en él y se lo ha llevado con él a su isla. Ahora él tampoco sale de allí y hay quien dice que se ha convertido en la putita del tío, lo cual no sería de extrañar porque todos los de esta familia están tronados y solo piensan en meterla en algún sitio, si te interesa saber lo que pienso.

Las palabras de aquella mujer me descolocaron por completo. El Cayo que me estaba describiendo no tenía nada que ver con el muchacho dulce que yo había conocido. Aunque siempre había tendió un lado manipulador nunca le había visto siquiera matar una mosca y me costaba creer que pudiese haberse convertido en un asesino. Si como decía Placia, Cayo había sido llevado a Capri al lado del emperador mi situación acababa de volverse desesperada. Sabía que en Capri se encontraban Miguel y sus huestes, siempre controlando al emperador, y eso hacía que no pudiese simplemente aparecerme en el palacio. Si deseaba llegar de nuevo hasta Cayo iba a necesitar ayuda, y por más que me patease las tripas reconocerlo, solo había una persona en toda Roma que podía ayudarme.

—Escúchame bien, necesito que averigües donde vive una persona y necesito que lo averigües esta noche.

—¿Esta noche? Señor, es imposible. No tengo nadie a quien preguntarle esta noche por la casa de nadie. Si me dejas hasta mañana...

—¡He dicho esta noche, mujer, o te prometo que me encargaré de cerrarte todos los agujeros y lo tendrás difícil para seguir ganándote la vida como lo haces! —dije y la expresión de terror que me devolvió la mujer me hizo saber que lo había entendido.

—¿Cómo...cómo se llama esa persona?

—Su nombre es Livia Antonina.

El miedo que le había infundido a Placia surtió efecto y a la

mañana siguiente la mujer, visiblemente agotada, me dijo como encontrar la casa de Liliath. Sabía que aquel era un movimiento desesperado, pero si quería llegar hasta Cayo necesitaría la ayuda de alguien que se desenvolviese bien en los tejemanejes de aquella ciudad y no me cabía duda alguna de que Liliath era esa persona. Podía ser que se estuviese haciendo pasar por la respetable mujer de un comerciante cualquiera, pero yo sabía que el ansia de poder que vivía en su interior no era tan fácil de matar y que sin duda le habría hecho establecer una red de contactos de la que ahora mismo yo carecía.

Me encaminé a la casa que la mujer me había indicado, esta vez disfrazado como un romano más intentando pasar lo más desapercibido posible. La vivienda estaba en una zona de Roma que no conocía para nada, una zona no tan privilegiada como el Collis Hortorum pero que aún así estaba llena de casas considerablemente grandes, la mayoría de ellas en manos de ciudadanos romanos que se habían enriquecido con el comercio y los negocios, aunque no perteneciesen a familias de abolengo. Llegué hasta la doble puerta de madera oscura de la entrada y llamé con contundencia sin saber quién podía salir a recibirme. Fue un esclavo de piel oscura y con una estatura imponente quien abrió la puerta para preguntarme de malos modos que era lo que quería.

—Estoy aquí para ver a tu señora —le espeté.

—Eso es lo que tú dices —respondió bloqueando el hueco de la puerta—. Y,¿quién se supone que eres tú?

—Eso no es de tu incumbencia, simplemente llévame hasta tu señora o los perros de la casa cenarán tus tripas esta noche.

Mi respuesta solo sirvió para que el cuerpo de aquella mole se tensase preparándose para responderme de la manera más violenta posible, pero se vio interrumpido por la voz de Liliath gritándole desde el interior.

—¡Arso, basta, déjale pasar!

El gigante se retiró con reticencia y en mi campo de visión apareció ella enmarcada por la luz del hueco de la puerta, vestida con una túnica de gasa ligera completamente blanca, ajustada con unas cintas a su cuerpo, el pelo rojo suelto enmarcándole el rostro. Traspasé el umbral y me acerqué hasta ella que sin decirme una sola palabra se giró adentrándose nuevamente en la casa. Me guió hasta una sala oscura, iluminada con muchos candiles, con una mesa y una silla por único mobiliario. En las paredes unas estanterías llenas de pergaminos que supuse debían contener las cuentas de los negocios de su esposo. Liliath cerró la puerta tras

nosotros y cuando se giró para mirarme de nuevo su cara había cambiado y el enfado era evidente en su mirada.

—¿Estás loco? ¿Qué diablos haces aquí? ¿Acaso quieres que acabemos todos muertos o es que el tiempo que has pasado con el culo sentado en el trono del infierno te ha vuelto imbécil?

—Estoy aquí porque necesito tu ayuda —le dije sin dejar de mirarla a los ojos y mis palabras hicieron que se callase. El silencio duró un momento para continuarse con una explosión de risas.

—¡Ahora ya sí que lo he visto todo! —dijo sin poder controlar sus carcajadas—. Mi querido esposo viene a pedirme ayuda, a mí, después de tanto tiempo. ¡Esto sí que es una novedad en nuestro histórico!

—No tengo tiempo para esto Liliath, no recurro a ti porque desee hacerlo sino porque no tengo otra salida. Y soy muy consciente de que tendré que pagar un precio por ello —respondí dejándole claro que sabía a lo que me exponía recurriendo a ella.

—¡Oh, marido mío! Me ofendes, ¿acaso no crees que sea capaz de ayudarte por la bondad que llena mi corazón?

—Para eso hay que tener uno y los dos sabemos que ese no es tu caso —le respondí escupiendo las palabras que claramente hicieron efecto en ella provocando que su cara se volviese seria como la de una estatua de mármol.

—Dime qué es lo que me impide alertar a tu querido amigo Miguel de que estas aquí —me soltó acercándose a mí—. ¿Por qué razón debería ayudarte en lo más mínimo?

—Porque los dos sabemos que tú tienes tanto que perder con Miguel como yo —dije agarrándole el antebrazo sujetándola para que no se alejase—. Si no tuvieras nada que temer no estarías encerrada entre estas cuatro paredes jugando a la madre de familia, temerosa de quien pueda entrar por la puerta y temiendo que mi presencia pueda volver sus ojos hasta ti.

Liliath no me respondió inmediatamente y yo sabía que estaba sopesando mi respuesta del mismo modo que sabía que había dado en el clavo. Finalmente soltó su brazo de mi mano con un movimiento brusco y se alejó dos pasos hasta que su rostro estuvo en la penumbra.

—La presencia de Miguel y los suyos solo ha traído ruina a esta ciudad. Desde que ellos controlan al emperador nadie está seguro. Para ellos los hombres no somos más que corderos a los que sacrificar a voluntad y si, como yo, tienes cierto poder eres un león bajo la piel de cordero lo cual te convierte en una amenaza. Cuando llegué a la ciudad pensé que me sería fácil pasar desapercibida, pero

de alguna manera ellos se enteraron muy rápido de quien era en realidad Livia Antonina y el mismo Miguel me hizo una visita. Su intención era asegurarse de que iba a seguir las normas que ellos me impusieran y, para que no me olvidara de ello, ordenó a cuatro de los miembros de su guardia angélica que me violasen. Evidentemente no necesito decirte que me encargué de que lamentasen haberlo pensado siquiera pero las consecuencias fueron mucho peores. Al ver que no había podido humillarme de la forma en que deseaba, se vengó haciendo daño a aquellos que me importan. —Su voz hizo una pausa como intentando coger aire antes de proseguir. —Cuando decidí casarme con Flavio lo hice exclusivamente porque me ofrecía el disfraz perfecto para ocultarme en una ciudad como Roma, la respetable matrona romana. Sin embargo, lo que Flavio no me había dicho jamás y que solo descubrí cuando llegamos a esta casa era que él tenía dos hijas adolescentes, Drusila y Marcela, gemelas de doce años. Yo, la mujer que lo había dejado todo por el poder, la que era capaz de cosas indescriptibles por alcanzar sus metas, me encontré siendo la madre de dos niñas que, sin conocerme de nada, sólo me entregaban amor, un amor más sincero y desinteresado del que he recibido jamás. Y por una vez, sólo por una vez, mi corazón, ese que según tú no existe, les correspondió sin reparos. Un sentimiento que se acentuó aún más cuando descubrí que las dos poseían el don de la visión, un don que nos acercaba y me hacía verme reflejada en ellas. Poco sabía yo que mi amor podía acarrear tanta destrucción. En su despecho Miguel ordenó a dos bastardos de la Suburra que secuestrasen a las niñas en uno de sus paseos por la ciudad y las violasen hasta casi acabar con sus vidas. Cuando encontré sus cuerpos vejados y rotos a la orilla del Tiber mi rabia fue tal que no paré hasta encontrar a los responsables y esa noche fueron ellos los que llenaron el aire de roma con sus gritos mientras despedazaba sus cuerpos. —Su voz había cambiado de tono recordando aquellas muertes y volvía a tener una rabia contenida que yo había visto solo una vez antes, en una boda en Sumeria. —Desgraciadamente —continuó— el daño en mis pequeñas era irreparable. El trauma de lo ocurrido ha hecho que las dos hayan dejado de hablar y se nieguen a abandonar esta casa si no es en mi compañía, incapaces de enfrentarse a un mundo que las ha destrozado por dentro y por fuera. Una nota manuscrita por el propio Miguel y entregada a mis esclavos días después reforzó el mensaje, si abandonaba la ciudad de Roma o me atrevía a oponerme a sus deseos en cualquier forma serían mis pequeñas quienes pagarían, esta vez con su vida. Todo

ello para asegurarse de que el cordero no se convertiría en león.

—Y sin embargo este león nunca será un cordero —dije mirando a la oscuridad de la esquina de la sala donde sabía que se encontraba, aunque no pudiese verla—. Te conozco lo suficiente Liliath para saber que harías cualquier cosa por vengarte de Miguel y si me ayudas te prometo que yo mismo te serviré esa venganza en bandeja.

Su risa resonó cantarina en la habitación, aunque sabía que en realidad era una risa cínica, irreal.

—No intentes ganarme recurriendo a lo bien que dices conocerme porque los dos sabemos que en realidad no me conoces nada ni lo has hecho jamás —replicó adelantándose un paso para entrar de nuevo en la luz donde pudiese ver su rostro frío y duro—. Y, ¿qué es lo que tiene que ver Cayo en todo esto?

La pregunta era esperada. Sabía que era improbable que Liliath no se hubiese enterado ya de mis andaduras con Cayo y que no le sería difícil deducir que la ayuda que precisaba tenía algo que ver con él. No podía contarle toda la verdad, pero también sabía que si no le daba algo ella nunca me prestaría su ayuda.

—El muchacho tiene algo que me pertenece y que necesito para poder acabar con el reino de terror de los arcángeles.

—Ya veo —contesto con una media sonrisa que me recordó a una serpiente—. Y, déjame adivinar, ese algo está fuera de tu alcance porque si no hace mucho tiempo que lo habrías recuperado, ¿cierto? Siempre me pregunté que te unía tanto a un muchacho imberbe y caprichoso como Cayo aparte de vuestros jueguitos lujuriosos —soltó—, pero ahora lo entiendo, necesitabas ganártelo porque eso que quieres recuperar ya no te pertenece, necesitas que sea él quien te lo entregue —concluyó con la sonrisa triunfante de quien sabe que ha deducido correctamente.

—Lo que importa es que necesito llegar hasta él en Capri —dije obviando su razonamiento—, y necesito que sea de la forma más discreta.

—Lo cual es imposible...para casi todos.

—Continúa.

—Antes de que siga vamos a hablar de que saco yo de todo esto, querido esposo —dijo volviendo a ser la Liliath perversa y retorcida que yo recordaba.

—Ya te he dicho que me encargaré de que tengas tu venganza.

—Eso no es suficiente —contestó.

—Di cuál es tu precio entonces.

—Si consigo hacerte entrar en la isla y acercarte a Cayo deberás

asegurarte de que las niñas y yo podamos abandonar Roma de forma segura sin que los arcángeles ni nadie más puedan encontrarnos jamás.

Su precio me sorprendió porque denotaba que el vínculo de amor con las muchachas era verdaderamente profundo.

—¿Qué hay de tu esposo? —pregunté sorprendido por su omisión.

—Todos tenemos que hacer sacrificios —respondió y supe que no había cambiado en absoluto.

Acepté sus términos y me dio indicaciones para que me encontrase dos noches después con ella en el límite de la ciudad a la orilla del Tiber. Aquella noche el viento arrastraba toda la humedad de la superficie del río y hacía que el calor fuese casi insoportable. Cuando llegué a nuestro punto de encuentro comprobé que el lugar estaba desierto, o eso creí hasta que una ligera ondulación en el aire hizo visible a Liliath. Evidentemente había estado oculta con algún hechizo hasta comprobar que había acudido solo lo cual demostraba que realmente no confiaba en mí pero no dije nada.

—Llegas tarde —me espetó y se giró para que la siguiese con sus maneras habituales. Liliath anduvo por el banco del río hasta una zona alejada de todas las luces de la ciudad sin decir una palabra hasta que se paró frente a la pared que se formaba por una elevación del terreno de la orilla sobre las aguas.

—¿Vas a decirme a quién venimos a ver?

—Venimos a ver a un mestizo, pero te advierto que este es de un tipo especial porque odia por igual a ángeles y demonios, y es extremadamente susceptible así que, si verdaderamente deseas su ayuda, más vale que me dejes hablar a mí.

Los mestizos no eran criaturas comunes. Resultantes de la unión de un ángel y un demonio yo sabía de algunos que habían existido en el pasado, pero durante las guerras angélicas habían sido destruidos por los ángeles que los consideraban la manifestación de hasta qué punto un ángel podía denigrarse, no solo teniendo relaciones carnales con una bestia infernal, sino permitiendo que su descendencia viviese.

Liliath me condujo hasta un hueco estrecho en la pared de roca que formaba la elevación de la orilla del río. El espacio era apenas suficiente para que pudiese pasar una persona, pero se ensanchaba al poco convirtiéndose en una especie de pasillo en la piedra. Pronto la luz del exterior desapareció completamente, pero Liliath andaba por aquella oscuridad sin necesidad de antorchas de una forma completamente segura demostrando que conocía bien el

terreno. Yo, por mi parte, intentaba pegarme a ella tanto como me era posible intentando no quedarme atrás y por miedo a que aquel corredor se convirtiese en cualquier momento en algún tipo de laberinto del que me fuera imposible salir. Mis previas experiencias con Liliath en otra cueva mucho años antes eran suficiente para no permitirme tomar ningún riesgo. De repente, la oscuridad se vio desplazada por una claridad cálida que provenía de algún lugar frente a nosotros. A medida que nos acercamos pude ver que el corredor se abría a una caverna amplia aunque no tan alta ni grande como aquella en la que había encontrado a Enoch. La cueva estaba repleta de suciedad, cacharros de barro rotos, huesos que parecían ser de animales y otros despojos, y un olor a rancio, casi a podredumbre lo llenaba todo. En el centro de la sala que ocupaba la caverna había una figura de espaldas a nosotros, no demasiado alta, vestida con algún tipo de túnica vieja y raída jugando con algo entre sus manos. Al oír nuestros pasos la criatura se giró para mirarnos, aunque un trozo de tela puesto sobre su cabeza no nos dejaba ver su rostro.

—Mi señora Liliath siempre puntual. Al menos siempre que le interesa —dijo la figura en un tono que sonaba más a reproche que a sorna.

—Ya sabes que vengo acompañada, Baltasar, no puedo moverme más deprisa cuando cargo un paquete —replicó Liliath y yo preferí ignorar el calificativo que me había dado.

—¿Siguen los términos que acordamos en pie?

—Por supuesto, sabes que yo siempre mantengo mi palabra —contestó Liliath seria.

—¡Perfecto entonces! —contestó la figura a la par que se retiraba la tela que le cubría la cabeza para dejar expuesto su rostro, el más feo que había visto jamás. Su cara estaba deformada en la frente haciendo que su cráneo fuera completamente irregular, uno de sus ojos estaba completamente cerrado y el otro aparecía ligeramente caído en el rostro. La nariz apenas existente se reducía a dos agujeros ligeramente protuberantes por encima de una boca de labios gruesos y dientes mellados—. ¡Vaya, esto es una sorpresa!

—¿Qué es tan sorprendente? —pregunté en un tono que intentaba ser neutral.

—Tengo un don para ver la verdadera naturaleza de todas las criaturas, pero nunca había visto a nadie como tú.

—Suelen decírmelo mucho.

—Muy gracioso, pero sé lo que me digo. Tu cuerpo es de humano y sin embargo no lo eres, al menos no completamente.

Puedo percibir la esencia de quien ha estado expuesto a la energía del inframundo durante mucho tiempo, es un olor del que no se puede escapar, se mete bajo la piel y acaba viviendo con uno para siempre. Y, sin embargo, esa esencia se mezcla con algo completamente diferente, oculto, casi inexistente pero aún latiendo vivo en ti, la esencia de un ángel. ¿Qué clase de mestizo eres tú? —preguntó con una curiosidad que casi sonaba ofensiva.

—Quedamos que nada de preguntas fuera del asunto que nos trae aquí o no habrá lugar a acuerdo.

El hombre se giró para mirar a Liliath con cara de pocos amigos y no se dignó en contestarle siquiera.

—Mi señora Liliath me dice que deseas entrar en Capri, tan cerca cómo te sea posible del palacio del emperador, ¿es así?

—Así es. ¿Qué es lo que puedes hacer al respecto?

—Puedo hacer muchas cosas, de hecho, puedo hacerte entrar en el mismo palacio, podría hacerte amanecer entre las piernas del emperador si lo desease. La pregunta es que puede mi señora hacer por mí a cambio.

Liliath se acercó a una especie de elevación del suelo de la cueva que la criatura parecía haber estado usando de mesa o estantería. Allí, cerrando los ojos colocó su mano sobre la superficie y un momento después un pequeño bulto había aparecido sobre la roca. Tardé un instante en reconocer que se trataba, pero cuando lo hice me costó aceptar que Liliath se hubiera prestado a aquello. Allí, entre telas que denotaba un origen extremadamente humilde, se encontraba un bebé de apenas unos días de edad, perfectamente dormido. Los ojos del mestizo se abrieron tanto como pudieron y brillaban con anticipación. Inmediatamente los recuerdos del precio que Sadith había debido pagar por su inmortalidad vino a mi cabeza y volví a ser el padre que una vez había sostenido a sus hijos en brazos.

—¿Es un niño? —Preguntó.

—Sí, tal y como te prometí —respondió Liliath acariciando ligeramente el rostro del pequeño—. Sus padres ya no están entre nosotros, es todo tuyo.

La cara de la criatura mostraba la inmensa alegría que aquello le provocaba.

—¡Liliath, no! —le dije haciendo el amago de adelantarme a la criatura que en un instante había llegado hasta él bebé y lo miraba como quien ha encontrado un tesoro.

—Sé lo que estás pensando y aunque no me importa lo más mínimo déjame decirte que te equivocas —dijo sin dejar de mirar al

pequeño—. Yo no devoro infantes, de hecho, los humanos no son parte de mi dieta, siempre los he encontrado repulsivos. Exactamente igual que ellos me encuentran a mí, supongo —dijo girándose para mirarme fijamente—. Mi padre era un ángel, una criatura orgullosa que tuvo que tragarse todo su orgullo cuando cayó rendido entre las piernas de mi madre, un demonio de la casta Najeth que sospecho conoces bien.

Efectivamente les conocía. Los Najeth eran criaturas endogámicas que vivían recluidas en sus propias comunidades, si relacionarse con nadie y alimentándose de los cadáveres putrefactos que podía encontrar en las necrópolis de todas las ciudades.

—A ninguno de los dos les salió bien la jugada. Mi padre se suicidó incapaz de vivir con la vergüenza cuando le mostraron al producto deforme de su pecado. Supongo que él esperaba algo más parecido a un nephilim. Mi madre por su parte fue despedazada por su propia tribu cuando se vio sin el amparo de su amante e intentó volver con ellos. Y yo, el mestizo repulsivo, fui arrojado a una ciénaga para ser devorado por las bestias. Pero por suerte una lavandera de edad avanzada me encontró y me llevó consigo. Viví con ella hasta su muerte cuando yo tenía trece años y desde entonces he vivido, o sobrevivido si prefieres, sin ayuda de nadie. Como te imaginarás —continuó—, en mis circunstancias es difícil encontrar una mujer que tenga el más mínimo interés en mí, no hablemos ya de tener hijos. Ese es mi precio por ayudarte, extranjero. Un hijo propio.

Por más que le escuchaba tratar de justificar lo que estaba ocurriendo no podía aceptarlo. ¿Qué podía llevar a una criatura repulsiva como aquella a desear tener un hijo si no era con algún fin terrible? Una parte de mi quería parar aquello, coger al niño y abandonar la cueva, pero otra parte en mi interior sabía que no podía hacerlo. Estuviese o no de acuerdo con el pago necesitaba la ayuda de aquel ser, o al menos, tenía que escuchar lo que tenía para ofrecerme porque no me quedaba otra salida.

—¿Y qué servicio vale tan alto precio? Explícate.

—Muy sencillo. Resulta que la lavandera era algo más que lavandera, pero sus otras actividades eran menos conocidas y no demasiado bien vistas. Es lo que tienen las brujas, supongo. Unos las temen y otros las necesitan, pero nadie las respeta. El caso es que me enseñó muchas cosas, entre otras a usar este pequeño juguete que tengo aquí. —Sus pasos se dirigieron a la pared del fondo de la sala donde había algo que reconocí enseguida. Para un ojo inexperto le habrían parecido unas piedras mal colocadas, pero

yo sabía que aquello era otra cosa, una puerta falsa, no tan elaborada como las que había conocido en Egipto, pero una puerta, al fin y al cabo.

—Veo que lo has reconocido. Con esta puerta puedo hacerte llegar a donde lo desees, solo necesito grabar en su quicio los símbolos adecuados y todo estará hecho. Depende de ti. ¿Qué me dices?

Mis ojos no podían separarse de la puerta. Aquella era verdaderamente la mejor forma de hacerme llegar a la isla del emperador de forma completamente discreta, la única pregunta era si estaba dispuesto a pagar el precio. Intenté no mirar a Liliath, y mucho menos a la criatura que descasaba sobre el poyete de piedra y diciéndome a mismo que hacía todo aquello por un bien mayor asentí con la cabeza incapaz de decir ni una palabra.

—Muy bien —dijo Baltasar—. No perdamos más tiempo entonces. Primero de todo necesitamos aclarar dónde quieres que te lleve. Mi recomendación es que abramos el portal en las cocinas del palacio de Tiberio. A estas horas deben estar todos durmiendo y las cocinas estarán vacías. Y si no lo están no te costará mucho cerrar para siempre cualquier par de ojos indiscretos.

—Supongo que servirá —respondí sin ganas de mantener conversación con aquella criatura—, pero será mejor que intente mezclarme con el entorno.

En un instante como barridos por un golpe de viento mis ropas cambiaron para transformarse en las de un criado como los que había visto en cualquiera de las casas a las que Cayo me había llevado en nuestro tiempo juntos. No sabía exactamente como vestían los criados de palacio, pero confiaba en que la diferencia no fuese muy grande o mi entrada sería de todo menos discreta.

Liliath se acercó hasta mí y me miro directamente a los ojos.

—Yo he cumplido mi parte del trato, ahora te toca a ti.

Sabiendo que no podía escapar a mi promesa metí mi mano en la túnica y saque tres cristales de color rojo oscuro.

—Estas tres piedras os harán invisibles tanto para los ángeles como para los demonios, deberéis llevarlas colgadas en todo momento o no tendrán efecto alguno.

—Espero que no me estés mintiendo Helel —dijo llamándome por mi nombre por primera vez en mucho tiempo—. No llevo bien los engaños.

—Puedes estar tranquila, yo no soy como tú.

—¿De verdad? —dijo riéndose y mirando al bebé en el otro extremo de la cueva—. Todos los hombres sois iguales, os creéis

mejores que las mujeres, más dignos, más puros, pero no sois más que interesados y egoístas. Toda tu dignidad ha desaparecido en cuanto ha resultado que ese niño es lo único que se interpone entre tú y tus deseos. ¿En qué eres diferente a mí, Helel? Puede que no lo veas, pero esa es la razón por la que tú y yo acabamos juntos. Somos absolutamente idénticos, querido esposo. —De repente sus labios se posaron en los míos y su lengua lleno mi boca como lo había hecho mucho tiempo antes. Y yo no me resistí.

Cuando abrí mis ojos Liliath se había ido y tan solo quedaba Baltasar que me miraba con una sonrisa triunfante.

—¡Acaba de una vez! —grité haciéndole saltar ligeramente. Moviéndose como si se tratase de un ratón con pasos rápidos y cortos se acercó hasta la puerta y de repente se mordió con ahínco en la mano. Utilizando el otro dedo como pincel cogió sangre de la mano donde se había mordido y empezó a dibujar unos símbolos en el quicio de la puerta. Inmediatamente el hueco de la puerta que estaba lleno de rocas se fundió como si se tratase de un líquido brillante que vibraba hasta que el movimiento cesó y pude ver claramente una sala pequeña y oscura al otro lado.

—¡Deprisa, no permanecerá abierta para siempre!

—¿Dónde me lleva exactamente? —pregunté.

—Es una de las despensas de la cocina. Espera hasta que sepas que no hay nadie antes de salir al palacio y ten cuidado con la guardia imperial o te arrojarán por los acantilados de Capri tan pronto como te vean. ¡Rápido!

Sin esperar un segundo más crucé la puerta e inmediatamente pude sentir en mi nariz un olor intenso a mezcla de comida y vino. La sala en la que había aparecido era pequeña para lo que yo habría esperado de la despensa de un palacio imperial, la Villa Jovis como el propio Tiberio la había llamado en honor al dios Jupiter. Las paredes estaban ocupadas por estanterías donde se veían recipientes de barro que despedían un olor intenso a queso y aceite. En la parte baja había otros recipientes más grandes llenos de legumbres y granos de diferentes tipos y el suelo de la sala estaba ocupado por grandes ánforas cerradas llenas de preciado aceite dorado traído de los puertos del sur y de Hispania. Al fondo de la sala había tres grandes tinajas, altas como un hombre y anchas como dos que despedían un aroma a vino inconfundible. Como pude me arrastré detrás de una de esas tinajas y allí me escondí en el hueco que formaba con la pared a la espera del momento adecuado para salir al palacio. Desde mi refugio me concentré para escuchar las mentes de quien pudiera estar en los alrededores pero lo único que percibí

fue silencio. Parecía que el mestizo no se había equivocado y todo el palacio dormía a esa hora. Las horas pasaron sin que se aventurase por aquella sala ni un alma, tan solo el eco lejano de dos guardias haciendo su ronda por los pasillos de esa parte de la villa y que me sirvieron para confirmar que el mestizo no me había engañado y verdaderamente me encontraba en el palacio imperial en Capri. Harto de esperar y asumiendo que ya debía estar amaneciendo decidí salir de mi escondite y probar suerte en el exterior de la sala. Nada más cruzar el umbral de la habitación me encontré de frente con una mujer alta y gorda que me miraba con cara de muy pocos amigos.

—¿Y tú que haces ahí? —preguntó de malos modos.

—Estaba revisando cuanto vino nos quedaba —respondí soltando lo primero que se me pasó por la cabeza.

—A no ser que ahora Velio haya decidido pasar por encima de mí yo sigo siendo la jefa de esta cocina —dijo señalando con un gesto a la sala en la que había entrado—, y esa es mi función. Además, ¿quién demonios eres tú?

Por un segundo la idea de acabar con aquella cotorra cebada pasó por mi cabeza pero era probable que la desaparición de la encargada de la cocina generase un considerable revuelo que no me convenía así que opté por seguir mintiendo.

—Me llamo Arso —dije usando el nombre del esclavo de Liliath —. Soy nuevo y Velio y me ha asignado a la cocina. Me dijo que debía presentarme a la jefa que es la mujer mas eficiente de todo el palacio pero me perdí intentando encontrarte.

La mujer me miró con cara de sospecha pero pude ver un amago de sonrisa que me indicó que mi halago había hecho diana.

—¿Velio te ha dicho eso? Me cuesta creerlo pero en fin, no seré yo la que diga que esta equivocada —contestó y su cuerpo se destensó visiblemente—. Esta es la primera cocina de la villa imperial, muchacho y aquí se hace lo que yo diga, ¿entendido? Deduzco que no tienes ninguna experiencia en cocinas, no tengo más que ver lo delgaducho que estás así que te limitarás a limpiar la verdura y pelar los pollos y después ayudarás a servir en el banquete de esta noche. ¡Más vale que tengas cuidado! —dijo volviendo a poner la cara de perro del principio—. Si metes la pata en el banquete de esta noche la cabeza no te va a durar nada sobre los hombros. Te pondremos a servir vino en una esquina, con suerte no ofenderás a ninguno de los invitados tirándoles el vino por encima de sus pitos y sus chochos.

No tuve demasiado tiempo de pensar a que se refería la mujer

porque inmediatamente me puso a desplumar faisanes para continuar limpiando pescado y así una tarea detrás de otra hasta el atardecer. Estar encerrado en aquella cocina me parecía una perdida de tiempo pero quizá fuese la mejor opción de poder llegar hasta Cayo. Si había un banquete en el que se esperaba la presencia del emperador quizá también Cayo estuviese presente y pudiese tener la oportunidad de acercarme a él sin que Miguel y sus perros se percatasen de mi presencia.

Justo antes del anochecer un hombre mayor, delgado y muy afeminado entro en la cocina cargado de ropajes que puso sobre una mesa.

—Muy bien, empieza la fiesta, aquellos que han sido seleccionados para servir poneros esto inmediatamente y entrad a la sala del banquete. ¡Deprisa!

—Ya habéis oído a Velio, panda de vagos, ¡deprisa! —le dió la replica la mujer gorda mientras guiñaba un ojo al hombre que la miró horrorizado.

Obedecí tratando de pasar lo más desapercibido posible y cuando acabé de ponerme la túnica corta que me habían dado, el tal Velio, sin prestarme ninguna atención, me entregó un ánfora de vino y me dijo que debía colocarme junto a la puerta de la sala en el extremo opuesto del trono imperial. Seguí al resto de esclavos hasta la sala agachando la cabeza cada vez que nos cruzábamos con alguien en los pasillos por temor a que alguien se fijase en mí aunque sabía que era improbable que ninguno de los soldados de Miguel se fijase en un esclavo, no solo porque probablemente nunca me habían visto antes, sino porque a veces la mejor forma de ocultarse es a simple vista. Nadie ve lo que no espera ver.

La sala del banquete resultó ser una inmensa sala con suelo y paredes de mármol y, al fondo, un gran trono cubierto de cojines de color púrpura y oro. El centro de la sala estaba ocupado por una pequeña fuente con estatuas de ninfas y algo más adelante algo parecido a un escenario ligeramente elevado. Alrededor de la sala había unos treinta o cuarenta divanes repartidos estratégicamente para que todos los invitados tuviesen una visión perfecta tanto del trono como del escenario. Una vez que todos estuvimos colocados en posición las puertas se abrieron y los invitados empezaron a entrar y colocarse en los divanes, en muchos casos compartiendo espacio. En unos instantes el número de personas en la sala superó los cien. Era evidente que aquella fiesta no era pequeña. Velio nos indicó que empezáramos a repartir vino entre los invitados y pensé que esa sería la mejor oportunidad para encontrar a Cayo pero tras

un buen rato llenando y rellenando copas era evidente que no estaba allí. Los invitados ni siquiera se fijaban en mí, para ellos no era nadie, tan solo un esclavo más sin ninguna importancia y eso hacía mucho más fácil para mí poder moverme entre ellos. El ambiente general era de excitación y anticipación. El comentario en los corrillos era siempre el mismo, curiosidad por qué les ofrecería el emperador en esta ocasión, con muchos de ellos indicando que esperaban que fuese tan apasionante como la última vez.

De repente el sonido de unas trompetas hizo que todas las conversaciones cesasen y que todos los invitados mirasen hacia un mismo punto, una gran puerta doble ubicada junto al trono. Cuando las puertas se abrieron, la primera figura que entró por ella no fue como yo esperaba el emperador, sino un rostro que yo conocía bien, Miguel. Su rostro cuadrado, de rasgos marcados y piel oscura no había cambiado un ápice desde mi expulsión de los cielos. Sus ojos de un azul eléctrico parecían refulgir sobre su piel blanca en contraste con su pelo negro como el ala de un cuervo. Tras él, un hombre mayor, no muy alto, de nariz ancha y boca pequeña entro en la sala con la ayuda de dos muchachos. Tardé un momento en reconocer a Cayo en uno de aquellos muchachos. Parecía diferente, serio, casi triste y era como si su rostro de niño hubiese envejecido varios años en el tiempo en que yo había estado ausente. El hombre mayor, sin duda el emperador, se sentó en el trono y los muchachos se apartaron para ocupar dos divanes cercanos. Miguel por su parte, se colocó detrás del trono como guardando la espalda del emperador o quizá susurrando a su oido como la serpiente que era. Con un gesto del emperador unos músicos entraron en la sala y empezaron a tocar una música alegre que llenó la sala dando pie a que las conversaciones comenzasen nuevamente.

Durante los momentos siguientes todo pareció transcurrir de forma tranquila, los invitados comían, bebían y reían por igual. Mientras cumplía con mis obligaciones rellenando copas no quitaba ojo de Cayo que parecía disfrutar de las conversaciones que tenían lugar a su alrededor sin percatarse de quién le observaba desde la esquina opuesta de la sala. Sabía que debía extremar la precaución y mantenerme alejado de él para evitar atraer la atención de Miguel aunque este parecía ausente, mirando a la sala pero sin ver realmente nada. De repente, el emperador se levantó de su asiento y la música cesó.

—¡Queridos amigos! —dijo elevando la voz—. ¡Qué placer tan enorme teneros aquí esta noche! Sólo hay una forma en la que un pobre anciano como yo pueda corresponder este placer —continuó

agachando la cabeza en fingida humildad—. ¡Con un placer aún más grande, por supuesto!

Los invitados rugieron su excitación en respuesta y el emperador se vio obligado a levantar las manos para calmarles mientras sonreía abiertamente.

—No será fácil superar nuestras noches anteriores pero os prometo que haré mi mejor esfuerzo. —Y batió sus palmas provocando que las puertas de la sala se abriesen. Por aquellas puertas entraron un grupo de muchachos y muchachas apenas recién llegados a la pubertad y completamente desnudos que se colocaron tras los divanes. Aquella pareció ser la señal que todo el mundo estaba esperando. De repente, los invitados empezaron a desnudarse y a entregarse a todo tipo de prácticas sexuales no sólo entre ellos sino con los muchachos que acababan de llegar. Pude ver como las supuestamente castas matronas romanas se abrían de piernas para los jóvenes mientras que se llevaban a la boca sus miembros. Los dignos miembros de la sociedad romana sodomizaban por igual a chicos y chicas sin que estos tuviesen la posibilidad de decir que no. Aquellos jóvenes, posiblemente nacidos en la esclavitud o arrancados de los brazos de sus padres y madres para satisfacer las perversiones de aquellos con más suerte, eran pasados de mano en mano como juguetes sin alma. En la distancia pude ver como el mismo Cayo se regodeaba en el miembro de uno de aquellos muchachos. Frecuentemente los invitados del emperador perdían el control y aquellos actos se convertían en horrendas violaciones. Puede ver como una de las muchachas gritaba de dolor mientras dos viejos la penetraban al mismo tiempo cada uno por un orificio. El sexo parecía no tener fin, apenas cuando se habían saciado con uno los invitados empezaban con el siguiente o se embarcaban en sexo en grupo entre ellos. Los únicos que no participaban de aquella depravación eran Miguel y el propio emperador. El anciano miraba lo que acontecía a su alrededor riéndose como un loco con aquella demostración del lado más salvaje de la naturaleza humana. Después de todo, los comentarios del pueblo de Roma tenían mucho de verdad. Aquel hombre era un pobre loco que había perdido la habilidad de entregarse a sus más bajos instintos y ahora los disfrutaba a través de los demás. Pero si por un momento pensé que aquello no podía caer más bajo, Tiberio estaba apunto de demostrarme lo que equivocado que estaba.

Levantándose nuevamente Tiberio elevó sus brazos y el silencio volvió a llenar la sala.

—¡Es hora de nuestro espectáculo central! —Y batiendo las

palmas hizo que una de las puertas se abriera nuevamente. Dos soldados de la guardia imperial a los que reconocí inmediatamente como ángeles entraron en la sala arrastrando hasta el escenario central a un hombre de unos cincuenta años y una muchacha de unos doce o trece. —Este hombre es el dueño de las cabras que formaron parte de nuestra pequeña reunión la semana pasada. Resulta que al parecer un par de ellas murieron como resultado de tanta diversión y se presentó en palacio para reclamar su precio. —El ruido del abucheo por parte de la audiencia fue atronador—. ¡Vamos, vamos! ¡Calmaos! En mi infinita sabiduría comprendí inmediatamente que este pobre hombre no podía comprender nuestra forma de divertirnos porque él nunca había formado parte de ella, así que decidí invitarles a él y a su encantadora hija.

Los invitados rieron a carcajada limpia y un escalofrío recorrió mi espalda pensando en qué podría tener en mente aquel viejo loco.

—Bien, esto es lo que va a ocurrir —continuó esta vez muy serio y mirando fijamente al hombre—. Te atreviste a reclamar a tu emperador el precio de unas cabras de mierda cuando deberías sentirte honrado de que te las hallamos devuelto llenas de la semilla de Roma. Eso merece una lección. En pago por tu insolencia quiero que violes a tu hija delante de todos nosotros—. El rostro de la pequeña se transformó en una expresión de autentico pánico y yo no podía dar crédito a lo que escuchaba. ¿Acaso la perversión de aquel hombre no tenía fin? Los invitados por su parte rugieron en aprobación como hienas ante el olor de la sangre.

—Si te negases —continuó Tiberio—, mis soldados cortarán tu cabeza aquí mismo y tu hija se irá libremente. Así pues, ¿qué va a ser?

El rostro del hombre cambió con la mención de su propia muerte pasando del horror a la determinación para mi espanto. Sin dudar un segundo agarró a la pequeña que empezó a gritar y a sacudirse intentando librarse de aquel hombre que era su padre. El hombre sin piedad alguna la golpeó a puño cerrado hasta derribarla en el suelo y sin perder un segundo le dio la vuelta, levantó su túnica y la penetró en medio de los chillidos de dolor de la pequeña. El emperador sentado en el borde de su trono miraba atentamente con una sonrisa trastornada en su rostro mientras los invitados se volvían locos de euforia ante lo que estaban viendo. Afortunadamente la escena duró poco. Cuando el hombre se retiró el cuerpo de la pequeña permanecía tirado en el suelo del escenario sin que nadie le prestase atención.

—Llevaros a la muchacha y devolvédsela a su madre —dijo

Tiberio y dos soldados cogieron el cuerpo roto de la pequeña y salieron de la sala. El padre hizo el amago de marcharse con ella pero otros dos soldados se lo impidieron—. Un momento. Acabas de demostrarnos claramente que no eres mejor que tus cabras. Podías haber escogido dar la vida por tu hija pero has preferido someterla a esta tortura con tal de vivir. Dado que no eres más que un animal, tendremos que tratarte como tal, ¿no crees? —Tiberio se giró para hablar con Miguel que asintiendo con la cabeza se dirigió hasta el lugar donde estaba el hombre. Dos soldados agarraron al hombre y le obligaron a ponerse a cuatro patas mientras él, averiguando lo que iba a ocurrir, gritaba y forcejeaba. Miguel se colocó tras el hombre y sin perder un segundo rompió su túnica y le penetró con toda su fuerza provocando que el hombre chillase a voz en grito. Esta vez no fue rápido. Con cada embestida más sangre caía entre las piernas del hombre debido al desgarro. Cuando por fin Miguel llegó al orgasmo un resplandor plateado se elevó como salido de la nada. La espada de Miguel había cercenado la cabeza de aquel desgraciado y la sangre brotaba ahora del lugar donde había estado su cuello como si de una fuente se tratase provocando una vez más los rugidos de la audiencia. Tiberio se levantó de su asiento para aplaudir como el loco que era. Los invitados siguieron con su fiesta de depravación y lujuria reanimados por el espectáculo que acababan de ver hasta casi el amanecer sin acordarse por un segundo de la pequeña o de su padre. Cuando Tiberio por fin se retiró seguido por Cayo y el otro joven quise seguirles para hablar con Cayo pero sabía que no tenia opción alguna. Si deseaba encontrarme a solas con él debía esperar a que todos los invitados hubiesen abandonado la fiesta y los esclavos se hubiesen retirado para buscarle en sus aposentos.

Tuve que esperar varias horas antes de que todo el mundo hubiese desaparecido y fuese seguro aventurarme por los pasillos del palacio. Mi desconocimiento del palacio era un problema a la hora de encontrar a Cayo pero había encontrado la solución en la mente de Velio que, además de ser extremadamente fácil de leer, resulto tener un conocimiento exhaustivo de todos los pasillos, corredores, salas y pasadizos de palacio, incluidos algunos que se suponía debían ser secretos. Así que cuando me quede por fin solo no perdí un instante y me encamine hacía los aposentos de Cayo. Los pasillos del palacio tenían un aire casi tenebroso iluminados solo por los pobres pebeteros colocados en las esquinas e intersecciones. Sabía que Tiberio se habría encargado de que todos los corredores fueran regularmente patrullados y que no debía

perder tiempo así que me encontré casi corriendo como si de un ratón en un laberinto se tratase. Cuando finalmente llegué hasta las puertas de las habitaciones de Cayo me sorprendió no encontrar ningún guardia, pero me alegró porque no había pensado como iba a solventar ese problema. Abrí las puertas con cuidado y me encontré en una especie de antesala sin ningún mobiliario separada del resto de las estancias por una cortina densa de color azul oscuro. Desde el otro lado de la cortina podía oír un ruido distante que delataba la presencia de personas. Retiré las cortinas con mis manos y me encontré con otra gran sala con paredes y suelos de mármol oscuro iluminada tan sólo por un par de quemadores estratégicamente colocados y en cuyo centro había una gran cama. Sobre la cama el cuerpo desnudo de Cayo, colocado boca arriba y con sus piernas separadas mientras su compañero de juegos, igualmente desnudo, le penetraba profundamente. Los gemidos de placer de Cayo eran casi ahogados por los sonidos cuasi guturales del hombre de pelo oscuro y cuerpo musculado que se estaba encargando de hacerle disfrutar. Miguel. Ninguno de los dos se percató de mi presencia al principio hasta que, de repente, el rostro de Miguel se giró para mirarme con una sonrisa perversa en la cara sin dejar de fornicar con el muchacho.

—Has tardado mucho, gorrión —dijo utilizando el nombre despectivo que me había asignado cuando era mi instructor en las fuerzas angélicas.

Aquella frase hizo que Cayo girase su rostro hacia mí y su cara se desencajase debido a la sorpresa de encontrarme allí. Como si de repente se hubiera dado cuenta de la situación en la que acababa de encontrarle separó su cuerpo del de Miguel y se levantó de la cama cubriéndose con una túnica de seda que estaba en el suelo.

—¡Vaya, supongo que se ha acabado la diversión! —dijo Miguel bajándose de la cama por el otro lado.

—¿Qué haces aquí? —Preguntó Cayo—. ¿Cómo has llegado hasta mis aposentos?

—¡Oh, lleva en palacio varias horas Cayo! —Contestó Miguel—. De hecho ha estado presente en nuestra pequeña fiestecita de esta noche.

—Pero, no entiendo, ¿qué quieres? Te marchaste sin decir una palabra, has estado desaparecido durante meses y ahora de repente te presentas en mis aposentos. ¿Que es todo esto Kashir?

—Esto, patético muchacho, se llama estrategia básica. Ganarte la confianza del enemigo para, en el momento que menos lo espere, conseguir tus objetivos. Traducido a tu caso, metértela por el culo

tantas veces como fuera necesario hasta conseguir que le entregases lo que deseaba y necesita, su espada.

—¿Cómo? —dijo Cayo medio chillando apenas empezando a entender lo que Miguel le había dicho— ¿A qué se refiere Barcio, Kashir? ¿Qué espada? No será la misma que...

—Eres una criatura patética. Si fueras igual de hábil con el cerebro que con el culo quizá tendrías algún valor. Evidentemente que es la misma espada que me has entregado hace unos días. Ya ves, Helel —porque ese es su verdadero nombre y no Kashir— no es el único que te ha estado follando para conseguir algo de ti.

Desde mi posición podía ver no sólo como el rostro de Cayo se crispaba sino como todo su cuerpo empezaba a temblar como si fuese a sufrir alguna forma de ataque. Yo sabía que no estaba comprendiendo nada de lo que Miguel le contaba. La única idea que estaba germinando en su cerebro era que había sido traicionado dos veces por alguien en quien había confiado, alguien a quien había entregado su intimidad y, al menos en mi caso, alguien a quien le había mostrado una pequeña parte de su alma. De repente, como accionado por un resorte Cayo salió corriendo gritando como un histérico llamando a la guardia sin darse cuenta de que la cabeza de la guardia estaba en la sala con él. Miguel no dudó un segundo y moviéndose con una velocidad sobrenatural se interpuso en su camino golpeándole con una fuerza desmedida que le lanzó hacia atrás derribándole sobre el suelo de la habitación y haciéndole recorrer varios metros antes de perder el sentido.

—Lo único que me gustaba de follármelo era que al menos durante ese rato estaba callado —soltó sin siquiera mirar el cuerpo de Cayo inconsciente frente a él—. Bien, ¿dónde estábamos? ¡Ah, sí! Hablábamos de tu patético plan para intentar recuperar tu espada. ¿Pero es que no aprendiste nada a mi lado, Helel?

—Aprendí muchas cosas, la primera de todas que eres un bastardo trastornado y egocentrista que se ha creído estar por encima del mundo y de nuestro mismo padre. ¿Qué diablos has hecho con él?

La risa resonó en la sala mientras se paseaba por la sala frente a mí con sus manos acariciando su cuerpo desnudo.

—Lo tuyo siempre fueron las palabras más que los actos, Helel. Yo, sin embargo, prefiero la acción, prefiero las cosas que puedo alcanzar con mis propias manos, como cuando le arranqué la cabeza a esa aberración de nuestro padre que era Enoch, puto viejo fastidioso. Pero no sin que antes le obligase a decirme todo lo que te había contado. Creo que por un momento hasta pensó que podría

salvar la vida. Penoso.

—Eres una vergüenza para todo lo que nuestro padre creó —dije sin ocultar mi asco—. Se suponía que debías ser un ejemplo del culmen de la creación, el ejemplo vivo de nuestro mismo padre.

—Oh, por favor, Helel, no me vengas con eso, ¿quieres? ¿De verdad te creíste aquello de hechos a su imagen y semejanza? ¿Que nosotros éramos sus hijos favoritos? Déjame que te cuente un secreto, querido hermanito —siguió elevando la voz—, nuestro querido padre no es más que un maldito viejo egoísta que en su soledad decidió dedicarse a jugar a la creación y dio lugar a estas aberraciones que tú tanto has intentado proteger y que siempre fueron sus favoritos. Sí, Helel, ellos son sus hijos predilectos, no nosotros. Nosotros fuimos creados para ser sus pastores, sus cuidadores y al final pasó lo que era inevitable. Los pastores se cansaron de ser menos que las ovejas y decidimos convertirnos en lo que siempre debimos ser, los amos y señores de todo lo que nos rodea. Y no dejaré que ni tú ni nadie se interponga en nuestro camino. — Casi sin que pudiese darme cuenta el brillo de su espalda precedió al golpe intenso que me lanzó a través de la sala. Podía notar como el golpe había desgarrado la piel de mi pecho que empezaba ahora a sangrar profusamente. Como pude reuní las fuerzas para levantar el cuerpo dolorido del suelo y enfrentarme de nuevo a Miquel que se preparaba para asestar un nuevo golpe.

—¿De verdad crees que los hombres se someterán voluntariamente a ti? En ese caso no les conoces en absoluto.

—Ahórrate la charla sobre su fuerza de voluntad y todo lo demás. Eres tú quien no les entiende a pesar de todo el tiempo que has pasado entre ellos y todo lo que has perdido por ellos. Evidentemente que no se someterán voluntariamente a mi gobierno pero es que no necesito que lo hagan. A diferencia del ego enfermo de nuestro padre a mí me basta con ser quien maneje su mundo en la sombra. Dejaré que sean los hombres quienes se gobiernen unos a otros, pero yo seré la mano que maneje los hilos de mis marionetas. Y, ¿sabes cuál es la mayor ventaja de mi plan? Que los gobiernos vienen y van, los reyes nacen y mueren, pero yo soy eterno.

—Y, ¿todo esto para qué? ¿Qué es lo que ganas controlando a los humanos? Eso no te dará el poder que ansías sobre la creación. Sabes que no todos los ángeles están de tu lado y que los demonios nunca lo harán en absoluto. Los humanos son solo una pequeña parte de la obra de nuestro padre.

—Ahórrate las lecciones, Helel, ¿acaso ya has olvidado que he sido yo quien te ha enseñado todo lo que sabes? Aquellos de

nuestros hermanos que se oponen a mi poder sufrirán el mismo destino que tú, su extinción y olvido y, en cuanto a los demonios, dejaran de ser un problema cuando selle de forma definitiva las puertas de acceso a este mundo y se vean confinados en el infierno donde deberán devorarse unos a otros para subsistir hasta que no quede de ellos ni un mal recuerdo. Y si te estas preguntando como voy a conseguir hacerlo, es bastante sencillo en realidad. Voy a convertirme en el próximo señor del infierno en cuanto arranque tu cabeza—. Con aquellas palabras acompañó un movimiento de su brazo que lanzó un golpe tan fuerte que me vi incrustado en la pared opuesta. Intenté mover mis brazos y mis piernas pero no me fue posible, era como si una fuerza descomunal me sujetase en la posición en la que me encontraba a dos metros del suelo. Sabía que era Miguel quien provocaba aquello. Un viejo truco que él mismo me había enseñado durante mi entrenamiento, acompañar los golpes de espada con una onda de energía que bloqueaba cualquier posible respuesta.

—Nunca pensé que sería tan fácil. Has olvidado todo lo que te enseñé. Está claro que tanto tiempo pasado entre humanos y demonios te ha vuelto blando y descuidado como ellos. Ya no queda nada de lo que fuiste, Helel. —Mientras hablaba se acercaba a mí lentamente con la espada baja pero con el rostro desafiante de quien se siente ganador. Justo lo que yo esperaba. En un segundo me impulsé desde la pared con brazos y piernas y en medio de mi salto, desde la ventaja que me daba la altura, lancé una onda de energía como la que había usado él. Cogido por sorpresa, Miguel no pudo parar el impacto que le lanzó a varios metros de distancia por la sala haciéndole soltar la espada. Cuando mis pies tocaron el suelo me lancé en dirección a mi antiguo maestro, no con intención de golpearle, sino para abrazarme a su cuerpo con todas mis fuerzas mientras nos transportaba a miles de leguas de la Villa Jovis.

Nuestros cuerpos golpearon sobre el suelo duro y frío y la oscuridad llenó nuestros ojos. Tan pronto como sentí la roca sobre mi espalda me separé del cuerpo de Miguel. El eco de su risa dolorida resonó por el interior de la caverna.

—¿Dónde me has traído, Helel? No me digas que me has traído a la cueva del loco de Enoch. Esto va a ser divertido.

—De hecho, no —respondí mientras me concentraba para encender con mi mente los pebeteros que sabía que estaban colocados alrededor de las paredes—. Es una cueva mucho más especial.

—¡Vaya, ya veo! No sé qué pretendes gorrión, pero ya deberías

saber que unas paredes de roca no van a contenerme ni mucho menos van a salvarte de que envié tu cabeza de recuerdo al inframundo.

—En realidad, te equivocas. Estas paredes si lo harán. ¿La idea me la has dado tú, sabes? —le dije con una media sonrisa—. Tú lo has definido muy bien, ya no queda nada de lo que fui. Y, ¿sabes qué? Que tienes razón. ¿Sabes dónde estamos? Déjame que te ilumine. Esta caverna fue creada por nuestro hermano Uriel, inicialmente concebida para contener demonios, pero, en realidad, igualmente capaz de contener a un ángel porque, en el fondo, nuestras esencias son muy parecidas, mucho más de lo que la mayor parte de nuestros hermanos quieren reconocer.

—Eso crees? Que esta cueva pueda contenerme?

—Si no me crees, adelante, ¿a qué estas esperando para marcharte? —Miguel calló por un momento, pero yo sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo. Estaba intentando transportarse y acababa de comprender que no podía hacerlo. Su cara fue cambiando y volviéndose una máscara de rabia y frustración. —Supongo que eso confirma que tengo razón —le espeté.

—¿Esta es tu idea para vencerme? Encerrarnos a los dos aquí para el resto de la eternidad. Te prometo que no voy a ser un buen compañero de vida, maldito bastardo.

—En realidad —dije sin poder evitar reírme—, mi intención es que pases aquí el resto de la eternidad solo. Verás, como bien has dicho yo he perdido mi esencia angélica, o al menos está lo suficientemente diluida para no ser igual que tú y dado que tampoco soy un demonio, digamos que pertenezco a mi propia clase así que, eso significa que yo no tengo ningún problema para transportarme fuera de esta caverna. Has perdido Miguel, tu orgullo te ha hecho perder de vista lo obvio.

Consumido por la frustración y la rabia de saberse vencido Miguel se lanzó contra mí, pero sus manos fueron más lentas que yo y mientras me transportaba de nuevo al palacio de Tiberio lo único que pude oír fue su voz gritando mi nombre, pero mi mente le olvidó tan pronto como me encontré en la sala donde habíamos dejado a Cayo unos momentos antes. Sabía que debía darme prisa. Para entonces el ruido energético de mi aparición habría alertado a la guardia de Miguel y no tardarían en presentarse en la sala. Corrí hasta el cuerpo de Cayo y sujetando su cabeza entre mis manos le llamé por su nombre en la esperanza de que recuperase la consciencia. Unos segundos después sus ojos se abrieron para

mirarme con incomprensión primero y con autentico terror después. Como si le hubiesen accionado con un resorte se separó de mí como quien se aparta de una llama y empezó a gritar como si estuviese poseído.

—¡Apártate de mí, no me toques! ¡Guardia, guardia, que alguien llame a la guardia!

Por más que intente calmarle fue imposible, su rostro estaba desencajado y su mirada a medio camino entre el miedo y el odio me chillaban algo que, por desgracia, el mundo no tardaría muchos años en constatar. Aquel muchacho joven, lleno de vida y de amor había perdido completamente la cabeza y yo era el único responsable. Hubiera querido quedarme a su lado, arreglar lo que había roto, decirle que no tendría nunca nada que temer de mí, pero era demasiado tarde y la parte pragmática de mí me hizo una vez más anteponer mi objetivo a todo lo demás. Sin siquiera plantearme lo que podría encontrar entré en su mente buscando una imagen, un recuerdo reciente que me indicase donde estaba la espada. Si era necesario le obligaría a cogerla para mí y le llevaría conmigo al inframundo, y pensaría como conseguir que me la entregase voluntariamente, pero primero de todo debía poner mi espada a salvo. Pero no estaba preparado para lo que vi. El recuerdo era claro como el agua de una fuente, un recuerdo nocturno, en ese mismo palacio, poco tiempo después de mi partida. Una noche especialmente calurosa, las puertas de la habitación donde nos encontrábamos completamente abiertas. Podía ver como Cayo entraba en la habitación para encontrarse con que no estaba solo. Al otro lado de la sala una figura cubierta con un manto oscuro que cubría su cabeza escapaba por el ventanal. Tan sólo un segundo se giró para mirar a quien le había descubierto y entonces pude verlo claramente. Aquella figura llevaba en la mano lo que yo tanto había ansiado, mi espada refulgiendo a la luz de la luna que entraba desde el exterior. Sin decir una palabra y sin que Cayo tuviese tiempo de reaccionar la figura se esfumó por el patio para saltar la muralla del palacio y perderse en la noche. Y con él se perdía lo único que yo deseaba de verdad.

19
Destinos

Becca cerró el libro y lo puso sobre la mesilla de noche. Como en todas las ocasiones anteriores la historia contenida en aquellas páginas la había dejado en un estado de ansiedad que hacía imposible dormir. Charice, sin embargo, no había sido capaz de resistir hasta el final del libro y se había quedado dormida hacía mucho rato. Becca no quiso despertarla y se levantó con cuidado de la cama para encaminarse en dirección al bar del hotel con la esperanza de que algo de alcohol calmase sus nervios y la ayudase a descansar. Era la una de la mañana así que los pasillos del hotel estaban vacíos. Por suerte, el bar de un hotel de aquel calibre no cerraba nunca y, tras la barra, la sonrisa de un camarero la recibió sin cuestiones. Pero no era lo único que la esperaba en el bar. Sentado a la barra, con un vaso de algún liquido de color claro entre las manos, estaba Eustace que hizo el amago de marcharse en cuanto la vio acercarse.

—No, por favor, Eustace, quédese. Creo que voy a agradecer la compañía si no le importa tener que darme conversación.

—No se qué tal conversador seré a estas horas, señora, pero haré lo que pueda —contestó con una sonrisa—. ¿Usted tampoco puede dormir?

—Se está convirtiendo en un mal habito últimamente, me temo. Pero me sorprende que no esté usted durmiendo, es siempre el primero en levantarse y el último en acostarse, debería estar agotado. Al menos yo lo estaría.

La risa del hombre sonó ligera como agua en una fuente y Becca

no pudo por menos que fijarse en aquellos dientes perfectos y los labios carnosos que formaban su boca.

—Me temo que es algo que viene con la edad. Cada vez es más difícil conciliar el sueño, aunque cada vez sea más necesario un descanso en condiciones.

—¡Por favor Eustace, ni que tuviese usted cien años! —respondió Becca devolviéndole la sonrisa.

—Bueno, a veces me siento como si así fuese —replicó sin dejar de sonreír—. Aún a riesgo de ser entrometido, ¿puedo preguntarle a la señora si la falta de sueño tiene que ver con la señora marquesa? —La pregunta pilló por sorpresa a Becca que se había acostumbrado a aquel aire de ausencia respetuosa del hombre.

—Supongo que en parte sí. Mi vida ha cambiado muy rápido en las últimas semanas y digamos que aún me estoy acostumbrando a todo lo que ha ocurrido. El problema es que cuando creo que he aceptado una de esas partes nuevas de mi vida algo más ocurre y me toca volver a empezar —dijo Becca sorprendiéndose a sí misma por la sinceridad que estaba mostrando con el mayordomo.

—Pero, ¿acaso la vida no es precisamente eso? Cambio constante, quiero decir —soltó el mayordomo mirando a su copa y haciendo que Becca se quedase callada por un instante.

—Supongo que sí —contestó por fin—, pero mi vida no ha estado sometida a esa tasa de cambio con frecuencia. Siempre he sido el tipo de persona que tiene todo bajo control, o eso creía yo, y de repente me siento como si alguien me hubiese metido en la lavadora y puesto en marcha el centrifugado.

La risa del hombre volvió a resonar en la sala esta vez algo más fuerte haciendo que a Becca le recorriese la espalda un escalofrío.

—Discúlpeme, no me estoy riendo de usted señora —dijo el hombre intentado sin éxito ponerse serio—, es tan sólo que me encanta la forma tan natural que tiene de describir el mundo. En el mío no estoy acostumbrado a tanta espontaneidad.

—No se preocupe Eustace, en realidad es un gusto ver que no es usted tan estirado como parece —dijo Becca sin pensar para ponerse inmediatamente roja como la grana al darse cuenta de lo que había dicho—. Lo..., lo siento, discúlpeme Eustace. No pretendía...

La única respuesta que recibió fue una nueva serie de carcajadas atronadoras por parte del mayordomo que resonaron por toda la sala haciendo que Becca quisiese morirse. Si hubieran estado sentados a una mesa probablemente se habría metido debajo pero el hombre parecía estar pasando un momento impagable. Becca

agachó la cabeza tan solo agradecida porque no hubiese nadie más en la sala y sin saber qué hacer, así que no se dio cuenta de que las carcajadas había cesado y que las manos del hombre levantaban dulcemente su rostro mientras sus labios devoraban los suyos. En ese momento Becca sintió como si un peso enorme se hubiese liberado de sus hombros. De repente, la ansiedad provocada por la recién descubierta historia familiar ya no existía. La presión a la que le habían estado sometiendo los acontecimientos recientes se había evaporado para ser reemplazada por otra sensación mucho más agradable, la que provocaba la lengua de Eustace jugando con la suya propia mientras sus manos descendían lentamente por su espalda.

Becca no recordaba exactamente lo que había pasado después, apenas unas pocas de las escenas posteriores se habían quedado grabadas en su mente. Su lugar había sido tomado por las sensaciones que las habían acompañado. La anticipación del momento en el que Eustace la había guiado de la mano hasta su habitación. La excitación cuando él la había empujado contra la puerta para devorar su boca, su cuello, sus pechos. La frustración cuando sus manos no eran capaces de desabrochar el pantalón de él y la satisfacción cuando finalmente había decidido romperlo. El placer inmenso que le había provocado su boca jugando entre sus piernas o la forma en la que le había hecho sentirse desconectada de sí misma cuando su miembro entró en ella una y otra vez. Y como, por primera vez en su vida, un orgasmo había conseguido hacerla sentir liberada y, al mismo tiempo, completa. Becca recordaba que aquellas escenas se habían repetido varias veces a lo largo de la noche aunque no era capaz de recordar cuantas. Solo recordaba que el agotamiento había podido finalmente con ella y se había quedado dormida y, por fin, no había habido sueños, ni buenos ni malos.

Becca se despertó con ese agradable dolor de cuerpo que te deja una noche de placer pero le duró poco, enseguida se dio cuenta de que se encontraba sola en la cama y en el lugar donde esperaba haber encontrado a Eustace solo había una nota sobre la almohada con una sola frase. Lo siento. Becca se sintió inmediatamente fatal.

—¡Cojonudo. Muy maduro! —dijo mientras se levantaba de la cama con un humor de perros y sin rastro de la sensación agradable con la que se había despertado. Se vistió de cualquier manera y se marcho a su habitación donde se encontró a una Charice recién levantada que no tuvo más que mirarle a la cara para saber que ocurría algo. Becca le contó lo que había pasado la noche anterior

y, en su habitual estilo, Charice no pudo por menos que echarle la bronca.

—De verdad que no entiendo por que te pones así —le dijo en tono recriminatorio—. Vale que el machazo no tiene mucha idea de lo que es una relación sexual sana entre adultos pero chica, todos tenemos nuestras cosas. ¿Tú te lo pasaste bien? No respondas porque las dos sabemos que te lo has pasado divino y que eso es lo único que importa, corazón, la alegría que le has dado al cuerpo. Así que, quita esa cara de amargada y vámonos a ver a Sadith.

—¿Perdona? —replicó una Becca desconcertada

—Perdonada pero nos vamos a verla hoy mismo. Yo sé donde me quede dormida anoche pero, ¿dónde te quedaste tú? Corazon, es evidente que esta historia familiar tuya es un puzzle gigantesco y no te vas a enterar de nada sin la ayuda de Sadith. Ella misma te dijo que volvieses si te quedaban dudas, ¿de verdad que no tienes curiosidad por conocer el resto de la historia de tu familia, de tu historia?

Becca sabía que Charice tenia razón y que volver a ver a la marquesa era la única opción válida ahora mismo así que se metió en la ducha, se enfundó unos vaqueros viejos y unas zapatillas que acompañó con una camisa holgada y se dijo a si misma que estaba lista para lo que quiera que fuese a pasar. Charice por su parte volvió a ser Charice y en el mismo tiempo en que Becca se arreglaba estaba lista para la alfombra roja de cualquier evento de talla mundial. De aquella guisa bajaron al restaurante porque Charice insistió en que no podían afrontar las más que seguras emociones del día con el estomago vacío y cuarenta y cinco minutos más tarde, y con la dosis necesaria de café en vena, estaban listas para salir. Pero les esperaba una sorpresa más. En recepción un mensaje de Eustace indicándoles que necesitaba ausentarse ese día y disculpándose con la señora por su repentina ausencia les comunicaba que había dejado todo listo para que un chofer las llevase donde deseasen. Medio desencantada, medio aliviada, Becca se metió en el coche tras Charice que le dio indicaciones al conductor en perfecto francés para que las llevase a su destino.

Apenas media hora después el coche se paraba frente a la casa de la marquesa detrás de otro coche negro de alta gama con la puerta abierta por su chofer. Becca pudo ver como Sadith salía del edificio con intención de entrar en el coche y se lanzó fuera del vehículo para interceptarla.

—He venido —le soltó sin aliento dándose cuenta demasiado tarde de lo ridículo de la frase.

—Sí, ya lo veo —contestó Sadith sonriendo abiertamente—. Y me alegro de que lo hayas hecho. Lamentablemente me dirigía a dar un paseo por Montparnasse. ¿Te gustaría acompañarme? —Becca dudó por un segundo pero decidió aceptar.

—Sí, claro.

—Perfecto, entra en el coche por favor. Charice, puedes esperar en mi casa, no creo que te falten entretenimientos y volveremos en unas dos ó tres horas.

—De acuerdo —dijo Charice con una cara que denotaba que no estaba de acuerdo en absoluto.

El coche fue esquivando el tráfico parisino hasta llegar al Boulevard Edgard Quinet donde se paró delante de unas puertas de color verde oscuro. Sadith le pidió que se bajara del coche y la acompañara mientras cruzaba una de las puertas. Tan pronto como hubieron cruzado el umbral Becca se dió cuenta de donde se encontraba. Parecía un parque pero no lo era. A su alrededor las lápidas lo llenaban todo de un tono gris ligeramente agobiante. Sadith no había venido a Montparnasse a pasear o de compras, había venido al cementerio. Becca había leído sobre aquel cementerio y sabía que en él estaban enterrados algunos nombres ilustres de la talla de Sartre o Julio Cortazar pero sospechaba que eso no tenía nada que ver con la visita de Sadith. La mujer siguió caminando sin decir una palabra hasta que llegó a una de las intersecciones del recinto donde cogió el camino de la derecha internándose en una de las secciones de tumbas. Becca la siguió por un camino estrecho hasta que la mujer se paró delante de una de las lápidas donde se agacho para depositar unas flores de un color rojo oscuro que recordaba a la sangre fresca. Becca no se había percatado antes de las flores pero al fijarse mejor en ellas se dio cuenta que eran las mismas que Eustace le había preparado para llevar a la tumba de su madre. La tumba pertenecía a un hombre, Alain Colombier, un nombre que no le decía nada pero que, visto lo visto, podía ser alguien relevante en su familia. Las fechas por otro lado eran mucho mas llamativas, el hombre había muerto en 1927. De repente, el sonido de la risa cantarina de Sadith saco a Becca de sus pensamientos.

—Discúlpame —dijo la mujer—. No pretendo ser entrometida pero es que tus pensamientos son como gritos en el desierto y tus hilos racionales me parecen muy divertidos —dijo con una sonrisa amable.

—¿Estabas leyendo mi pensamiento? —respondió Becca medio asustada.

—Sí, en realidad es fácil, te enseñaré a hacerlo pero eso no significa que esté bien —replicó—. Alain fue mi último marido. Hoy habría sido su cumpleaños y suelo traerle flores en este día.

—Esas flores...

—Sí, son las mismas que Helel le mostró a mi pequeña Ankh en un tiempo ya olvidado, y con el paso de los siglos se han convertido en una especie de emblema familiar. Lirios de sangre.

—Sí, exacto. Ese es el nombre que Eustace les dio la primera vez que las vi en Escocia.

—Sí, Eustace las conoce bien —contestó Sadith críptica—. ¿Te apetece que paseemos? Sospecho que tienes muchas preguntas.

Sadith se encaminó lentamente por una de las avenidas del cementerio que estaba plagada de arboles. En los laterales se podían ver las tumbas y los pequeños mausoleos de las que en otro tiempo habían sido familias adineradas de la ciudad que se habían podido permitir tumbas de estilos grandilocuentes, muchas de ellas con auténticas obras de arte en forma de ángeles dolientes o protectores y Becca no pudo evitar pensar que era casi irónico que aquella mujer la hubiese traído precisamente hasta ese lugar.

—¿Puedo preguntarte que piensas de todo esto? —le espetó la mujer—. De todo lo que te esta ocurriendo, me refiero.

—Ya te lo dije ayer. A duras penas entiendo nada de lo que me ha ocurrido. Mi vida ha cambiado tanto en las últimas semanas que no sé muy bien como enfocarlo. Y no he pedido nada de todo esto pero sé que tampoco puedo evitarlo porque esta es mi vida, esto es quien soy. Lo que tenía antes era mejor, pero no era yo y al menos de eso sí he podido darme cuenta.

—Aunque ahora no lo veas, ese es un paso muy importante. Rebecca, tú no estas viviendo nada que por lo que no hayamos pasado antes varias veces en esta familia. El descubrimiento de quien sois, de donde venís y lo que se espera de vosotros ha sido traumático para todos tus antepasados siempre, no importa la edad, la época histórica o las circunstancias. No es una carga ligera y, créeme, eso es algo que yo comprendo muy bien. Nuestra familia ha pasado por muchas cosas pero siempre ha habido una constante en todas nuestras vidas, el destino siempre se ha abierto paso para llevarnos a donde debíamos estar, para convertirnos en lo que debíamos ser.

—No estoy muy segura de creer en el destino, siempre he pensado que cada uno construimos nuestra propia vida, es la única libertad que nos queda.

— Y, sin embargo, yo podría darte cientos de ejemplos en los

que no ha sido así —respondió como quien adoctrina dulcemente a un niño—. Sin ir más lejos, yo misma. —Becca no dijo nada pero sabía que sus ojos estaban formulando miles de preguntas a un tiempo y Sadith se percató de ello. —El volumen que te di ayer, ¿te importa decirme que época histórica cubría?

—La antigua Roma —contestó Becca sin darle más detalles, no por desconfianza sino porque sabía que no serían necesarios.

—Ah, sí. Es un momento de gran frustración para tu padre. A mí nunca llegó a contarme todos los detalles, pero por él y por otros tengo una idea de lo que ocurrió. Déjame que te demuestre como a veces el destino es innegable y nos lleva hasta donde debemos estar tanto si queremos como si no, déjame que te cuente un poco de mi historia.

—Sí, por favor —respondió Becca callando para escuchar la voz templada y cautivadora de la mujer.

Dejé el inframundo con la amargura de quien ve sus miedos hechos realidad y el dolor de quien no ha podido salvar a alguien querido. Sabía que los actos de Helel tan sólo habían respondido a su naturaleza, algo de lo que no podía escapar aunque lo desease, el hambre que anida en el vientre de quien ha sido educado toda su vida en la idea de ser el culmen de la creación. Pero también era consciente de que su ascensión al trono del inframundo nos colocaba a todos los que teníamos algún vinculo con él en una situación muy peligrosa. Era evidente que quien quiera que hubiera sometido a Helel al castigo de vivir como un humano más era alguien con el suficiente poder para no apreciar la idea de que se hubiese convertido en señor del infierno, con el poder que su nuevo estatus llevaba asociado. Por otro lado, no me cabía ninguna duda de que, más tarde o más temprano, Helel no dudaría en usar ese poder para vengarse de todos aquellos que le habían colocado en aquella posición y que ese ansia de venganza sumiría el mundo en un caos nunca visto. En ese juego de poder los humanos, y en particular aquellos que podían usarse como un arma arrojadiza contra Helel, serían un objetivo primordial y los primeros en salir perdiendo.

Esa misma noche abandoné Egipto, a Ramsés, Seti y su mundo y sólo conserve conmigo el recuerdo de mi querida niña, Ankh y una parte de ella en el cuerpo de su hija, Nasepté. Movilicé todos mis contactos para que esa misma noche la pequeña y yo pudiésemos dejar atrás Egipto disfrazadas como parte de una caravana de

mercaderes como antes había hecho con Iojebed y su familia. Sabía que podía usar mi poder para ocultarnos de Helel o de cualquier otro ser que intentase buscarnos, pero también sabía que no podría hacerlo para siempre y que era imprescindible que, al menos por un tiempo, no dejásemos de movernos. En apenas unos días y evitando todas las rutas más transitadas, llegamos a la costa y allí embarcamos con rumbo a lo que hoy es Turquía. De allí proseguimos sin descanso durante meses hasta Asia, mas allá del Indukush y finalmente llegamos a India donde vivimos unos años. China y las estepas rusas fueron nuestros siguientes destinos y en todos los lugares se repetía el mismo patrón que ya había funcionado con éxito anteriormente. Nos integrábamos en pequeñas comunidades donde nuestra llegada tuviese poca repercusión y empezaba a trabajar como curandera y partera. Cuando la mentalidad de esos pueblos lo permitía me mostraba como bruja o vidente, lo cual en muchos casos nos daba un estatus algo más elevado, pero nunca permanecíamos en ninguno de esos lugares durante demasiados años, lo justo antes de que mi falta de arrugas empezase a generar preguntas y suspicacias. Cuando eres inmortal el tiempo deja de tener significado y solo hay una cosa que te recuerda constantemente que, aunque a ti no te afecte, él sigue pasando inamovible, la muerte de aquellos a los que amas. El tiempo de la pequeña Nasepté pasó en lo que a mí me pareció un suspiro y pronto me encontré acunando su cuerpo viejo y arrugado entre mis brazos mientras nos decíamos adiós. Muchas otras despedidas vinieron después. Las de sus hijos, y los hijos de sus hijos y los hijos de estos. Y así decenas de generaciones que se fueron expandiendo como los ríos de la tierra. Siempre velé por todos ellos tal y como le prometí a Helel que haría, pero siempre mantuve a mi lado a aquellos que me necesitaban más, aquellas niñas descendientes en línea directa de Helel y Liliath y que eran las únicas que heredaban algo de su poder. A medida que pasaron los años me fui sintiendo más confiada. Nadie había venido a buscarnos, nadie parecía saber donde nos encontrábamos y los hijos de Helel habían podido tener vidas casi normales, pero fui una necia al pensar que el destino no se giraría en cualquier momento para mirarnos de frente y recordarnos que era él quien marcaba el paso de todos nosotros.

Era el año 1443 del calendario moderno y mis pasos me habían llevado muchos años antes hasta Inglaterra de la mano de los pueblos del norte con los que había convivido durante varias décadas. Desde ese momento había visto a Inglaterra crecer para

convertirse en un pueblo relativamente unido y no en un grupo de pueblos en constante lucha unos contra otros. Mi existencia se había convertido en la vida de una joven viuda que subsistía como mejor podía de lo que la tierra le daba en una pequeña granja en las afueras de una aldea llamada San Albano, cerca del actual Londres. Mi vida era tan sencilla como la vida de una mujer sola y sin el apoyo de un marido podía serlo en aquella época. Había conseguido permiso de una abadía cercana para poder recoger setas en un bosque próximo que, aunque no me estaba permitido venderlas, ayudaban a que sobreviviésemos cada día, y mi labor como partera nos permitía disfrutar de la gratitud de muchos de los aldeanos en forma de carne o pescado con que acompañar las pobres verduras que la tierra nos daba. Todos aquellos sacrificios, de los que evidentemente podría haber prescindido tan sólo haciendo uso de mi poder, y que eran necesarios para pasar tan desapercibida como fuera posible, perdieron todo su valor un fría mañana de invierno en el bosque de Eywood cuando me encontré cara a cara con el destino. Y esta vez, su rostro me era tremendamente familiar.

Recuerdo que mis pasos resonaban en la tierra del camino que me llevaba hasta la parte central del bosque donde las mejores setas crecían. Siempre iba a aquella parte porque sabia que, además, me permitía recoger yerbas y plantas curativas sin que nadie me viese y saliese corriendo hasta la abadia acusándome de recoger ingredientes para pociones y otros mejunjes. Creo que mis instintos reaccionaron antes que mi cuerpo y lanzaron a mi alrededor un muro de energía para protegerme de forma automática. Por un instante no pude entender lo que estaba pasando hasta que me di cuenta de que todos los sonidos del bosque había desaparecido y que hasta el vapor que exhalaba mi cuerpo se había vuelto frío. No podía ver a nadie a mi alrededor pero podía sentir una presencia, una energía que lo llenaba todo y que reconocí inmediatamente.

—¡Muéstrate Helel, podría reconocer el hedor del infierno a millas de distancia!

—Supongo que era muy osado pensar que te pillaría por sorpresa, Sadith —dijo su voz familiar mientras una especie de vibración en el aire frente a mí daba paso a una figura vestida con una capa de color oscuro que se retiró la capucha lentamente para mostrar su rostro que no había cambiado absolutamente nada en la eternidad que hacía que no le veía—. No tienes nada que temer de mí, puedes bajar tus escudos.

—Déjame que eso lo decida yo. ¿Qué es lo que quieres?

—Tan directa como siempre. Me alegro de ver que los años no te

han cambiado.

—No podrían aunque quisieran. ¡Dí que diablos quieres!

—Creo que de diablos estoy servido, gracias —respondió sonriendo abiertamente—. ¿Vas a bajar los escudos o me harás romperlos en pedazos?

—¡Va ser divertido ver cómo lo intentas!

—¡Sadith, baja los escudos, no tengo tiempo para esto ahora mismo!

—¡Dime a que has venido o te mandaré de vuelta al inframundo de una patada en el culo!

—¡Baja los escudos, Sadith! —gritó al tiempo que notaba como lanzaba una onda de energía contra mí. Fue evidente que su poder había aumentado bajo la influencia de la energía oscura del inframundo y el golpe hizo que me desplazase un par de pasos hacia atrás, pero no evitó que lanzase un contraataque inmediato que le hizo recorrer mucha más distancia que la que había recorrido yo.

—¡Aléjate de mí o con el próximo golpe no me contendré!

—Después de tantos años se te debería haber suavizado el carácter —dijo mientras echaba a correr y se lanzaba contra mi escudo como quien se lanza contra un muro, sólo que esta vez, mi escudo se plegó como si estuviese hecho de agua y Helel acabo derribándome con su impulso y los dos rodamos contra el suelo. Intenté levantarme inmediatamente para lanzarle un nuevo ataque pero al levantarme me encontré con sus labios contra los míos y me dejó completamente descolocada e incapaz de reaccionar.

—¡Pero, que...! —dije sin poder acabar la frase mientras su rostro sonriente me miraba allí tirada en el suelo.

—Bueno al menos has dejado de pelear —dijo sin ayudarme a levantarme— . Pero..., ¿estás embarazada? —preguntó cayendo en la cuenta de mi estado al que no le había prestado atención hasta entonces.

—¡Sí, estoy embarazada, maldito animal y te juro que si al niño le pasa algo te arrancaré las tripas con mis propias manos! —Helel no dijo una palabra más, tan sólo me miraba con la cara desencajada por la incomprensión, toda hostilidad entre los dos completamente muerta. —¿Me vas a ayudar a levantarme o no?

—Sí. Lo siento, no me di cuenta de que... Bueno, no te he golpeado demasiado fuerte, espero.

—No, no te preocupes, has sido igual de delicado que una estampida de vacas. En serio, ¿qué haces aquí? ¿Sabes el riesgo en el que me pones? ¡Tienes que marcharte inmediatamente!

—Después de no sé exactamente cuantos miles de años pensé

que te alegrarías de verme.

—¡Oh, por favor, no me hagas reír! La última vez que te vi decidiste dejar de lado al mundo entero, y eso me incluye a mí y a lo que te quedaba de familia, por la ambición de convertirte en rey del inframundo. Permíteme que no explote de emoción por el reencuentro.

—No te recordaba tan agria, Sadith, ¿qué te ha pasado?

—Me han pasado muchos años por encima Helel. Muchos años de perder a gente a la que quiero. Tu gente. Creo que tengo derecho a ser una vieja amargada, a fin de cuentas soy mas vieja que cualquiera. —El ruido de un carromato acercándose acompañado de un silbido alegre nos sacó de nuestra conversación. —¡Deprisa, no debe verte! —le dije a Helel girándome para ver que ya había desaparecido antes de que yo le dijese nada. Justo a tiempo para evitar que el conductor del carro, un hombre regordete y simplón al que conocía del pueblo pudiese verle.

—¡Buenos días, Anne! —saludó con una sonrisa usando el nombre por el que todos me conocían en el pueblo—. ¿Todo bien? Pareces sofocada.

—Sí, James, todo bien. He pegado un tropezón y he acabado en el suelo. Cosas de embarazadas, ya sabes. Afortunadamente no ha sido nada y estamos todos bien —dije acariciándome el vientre.

—Vaya por dios, será mejor que subas al carro y yo te llevaré hasta tu casa, en tu estado no deberías arriesgarte a otra caída. Como partera deberías saber que estas demasiado avanzada para seguir dándote estos paseos. No es bueno para el niño—. Me aleccionó mientras se bajaba del carro y me ayudaba a subir a la parte posterior.

El hombre condujo el carro hasta mi casa y en el camino no dejó de hablar de su mujer y sus hijas, a las que yo conocía bien porque la había ayudado a traer al mundo a las dos más pequeñas, y de las dificultades de encontrarles un marido bueno y respetable. El hombre se quejaba de que los hombres del pueblo sólo querían comer el pan sin pagarlo y que constantemente tenía que quitarle moscardones a sus hijas de alrededor para que no les pasara lo mismo que a la hija del panadero, que había acabado teniendo tres muchachos de tres padres diferentes y ahora se veía sola sin que nadie la quisiese.

—Es que una mujer no es nada sin un hombre, Anne, eso es lo que les digo todo el tiempo a mis hijas. Una mujer sin un marido que la proteja bien puede echarse a los perros. —Mi silencio hizo que el hombre se diera cuenta de con quien estaba hablando y

tratase de rectificar al instante. —Bueno, no es tu caso, tú eres viuda, Anne, lo que te ha ocurrido no es culpa tuya. Siempre se lo digo a mi Berta. La pobre de Anne no tiene la culpa de que le vengan tantas desgracias, el marido muerto, la hija mayor bruja y sin saber si acabará ardiendo como una tea y encima otra criatura en camino. Pero nada es culpa tuya, eso es lo que yo digo.

El hombre se estaba cubriendo de gloria pero preferí no responderle a sus arrebatos y aguantar como pudiese hasta que llegásemos a casa. Cuando por fin alcanzamos la pequeña choza en las afueras del pueblo donde vivía, el hombre me ayudó a bajarme del carro y se despidió amable, dejándome que entrase en la casa.

—Ya puedes mostrarte, hay un hechizo sobre la casa, incluso si alguien mirase por la ventana solo me vería a mi cosiendo junto al fuego. —Helel apareció frente a mi nuevamente acompañado por la misma vibración del aire que había visto en el bosque. —Bonito truco.

—He aprendido algunas cosas en el infierno —dijo sin dejar de mirar alrededor—. ¿Puedo preguntar por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué vives en estas condiciones cuando podrías estar viviendo en un palacio?

—Por tu culpa, por supuesto. ¿De verdad no te das cuenta del riesgo en el que nos pusiste a todos cuando pusiste tus nalgas en el trono del inframundo? Tus hijos y yo nos hemos pasado el resto de nuestra existencia huyendo de cualquier eventual vínculo contigo. ¿Tú sabes la cantidad de enemigos que tienes?

—Sí, me hago una idea. Pero podías haberte quedado a mi lado, yo os habría protegido.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo, Helel? ¿Cuántos intentos de eliminarte has sufrido en el infierno desde tu ascenso? ¿Cuántos de tus partidarios han muerto en tus guerras infernales? ¿Cuántos inocentes han sido sacrificados por los arcángeles y sus partidarios para poder hacerte daño a lo largo de esta maldita cruzada tuya contra el cielo? Y, por si no fuera suficiente, ahora los hombres han encontrado su droga perfecta, el cristianismo. Una forma de fe que te tiene como enemigo número uno. Para los hombres eres la encarnación de todo lo detestable y maldito. ¿Cómo ibas a protegernos de todo eso Helel?

—Lo de los hombres ha sido instigado por los arcángeles y lo sabes. Sin su ayuda el cristianismo nunca se habría convertido en la religión del pueblo y su iglesia no habría sido nunca el órgano de poder que es hoy en día. Debo reconocer que lo han hecho muy

bien. Han controlado a los hombres con una religión basada en el miedo que sólo les amenaza con retirarles el acceso a la salvación si cometen cualquier pecado de mierda. El pecado no es un concepto de mi padre, Sadith, pero es que ni siquiera lo es de los hombres, es algo inventado por los ángeles. Con su doctrina del miedo la religión domina al hombre y los arcángeles a la religión.

—Te han ganado la partida, Helel —dije tajante.

—¿Eso crees? ¿Sabes cuánta gente en el mundo me profesa su devoción? Si acaso han conseguido el efecto contrario de lo que deseaban. Me han transformado en una figura oscura y tenebrosa si darse cuenta que no hay nada más oscuro que el alma humana. Y esa es una imagen que estoy más que encantado de alimentar porque me ha dado, sin imaginarlo, el mismo poder que ellos creían ostentar, el poder del miedo —contestó y sus ojos verdes refulgieron como nunca los había visto.

—Y, si tan poderoso te crees que eres, ¿qué haces aquí? Y no me vayas a decir que tenías ganas de verme porque nos conocemos demasiado bien para ese tipo de mentiras.

Helel se giró y me miró fijamente antes de responder.

—Necesito tu ayuda.

—Lo sabía, sabía que había una razón y que esa razón tenía que ser interesada.

—¡Escúchame primero, Sadith! —dijo persiguiéndome alrededor de la choza—. Tú misma lo has dicho, crees que los ángeles me han ganado la partida y ellos también lo creen. Ahora es el momento perfecto para asestarles un golpe en la cabeza y recuperar el control del cielo para mi padre. Pero no puedo hacerlo sin algo esencial, algo que tú puedes ayudarme a encontrar.

—No pienso ayudarte Helel, no voy a darte las herramientas para que conviertas este mundo en un campo de batalla aún más grande de lo que ya es. Si persistes en esa furia ciega de venganza tuya quienes lo pagarán serán los humanos y eso no puedo permitirlo.

—¡Hola! —dijo con dulzura ignorando mi respuesta y haciendo que me girase para encontrarle arrodillado frente a la figura de una niño moreno y de ojos azul oscuro que me recordaba ligeramente a una versión infantil de él mismo—. Y, ¿tú quien eres?

—Todo está bien Isobel, puedes salir cariño —le interrumpí. Inmediatamente la figura del niño desapareció para sorpresa de Helel y una niña de unos diez años bajó por la escalera de madera de la choza para abrazarme—. No temas, este es Helel, es...un viejo amigo. Helel, esta es Isobel.

Por un segundo sus ojos se iluminaron mientras miraba a la pequeña que no dejaba de aferrarse a mis faldas de arriba abajo.

—Encantado de conocerte, Isobel —dijo tendiéndole una mano que la pequeña rechazó.

—Isobel no puede hablar así que usa otras maneras de comunicarse. Es capaz de plasmar en imágenes lo que ella desea y hacer que la gente vea sólo lo que ella quiere que vean. El niño que has visto antes era su forma de probarte para ver si serias amable con alguien de su edad.

De repente Helel hizo algo que nunca habría esperado. Todo a nuestro alrededor se transformo en un bosque nocturno, pero cada uno de los árboles a nuestro alrededor estaban iluminados por luciérnagas que convertían la oscuridad en un hermoso juego de luz. Isobel miró a su alrededor encantada de ver a alguien con su mismo poder y fascinada con la belleza de la imagen e inmediatamente se soltó de mis faldas para agarrar la mano de Helel, y ya no la soltó más aquella noche. Y una idea empezó a rondar mi cabeza.

Helel y yo no volvimos a hablar de nosotros aquella tarde, todo su tiempo estuvo dedicado a Isobel con quien hacia juegos de imágenes que volvían loca a la niña. Cuando finalmente Isobel se quedo dormida de puro agotamiento, Helel la subió al piso superior para depositarla en su jergón de paja.

—¿Isobel es...? —preguntó sin atreverse a formular la frase.

—Tu última descendiente directa, sí.

—Es una niña hermosa.

—Sí, lo es, y tiene un corazón inmenso. Uno que suple perfectamente su falta de palabras.

—¿Estáis solo vosotras dos?

—Creo que ya te habrás percatado por nuestro discreto amigo James que soy viuda. Una de esas situaciones que con todo mi poder no vi venir en absoluto. Por su parte, Eleanor la madre de Isobel, nunca ha mostrado el mínimo interés por ocuparse de la hija bastarda que tuvo con el mozo de cuadras de su marido. Yo he sido la única madre que esta niña ha conocido, y probablemente ha sido mejor para ella. —Helel me observo con cara de no acabar de entender a que me refería pero sin formular ninguna pregunta. —Eleanor es una criatura llena de ambición y de ansia de poder. Eso y su belleza arrebatadora son dos cosas que hacen que cada vez que miro en sus ojos me parezca estar viendo a Liliath. Desde pequeña ha sido una niña caprichosa, acostumbrada a salirse con la suya y que disfrutaba causando dolor a aquellos que sabía que se

encontraban en posición de desventaja. Durante toda su infancia intenté corregir ese comportamiento aferrándome a la esperanza de que tan sólo fuese una de esas desviaciones de carácter propias de algunos niños, que desaparecen con la edad adulta. Pero estaba ciega a la realidad. Aquel carácter desmedidamente ambicioso, alimentado por las aspiraciones de su padre, Lord Reginald Cobahm, un noble menor que deseaba casarla tan arriba en la escala de poder como fuese necesario, la transformaron en un mujer tan terrible y peligrosa como hermosa. Lord Reginald rechazó numerosas ofertas de matrimonio para Eleanor a la espera de que apareciese el pez más gordo del río. Mientras tanto Eleanor daba rienda suelta a su lujuria con todos los mozos, cabreros y criados de la casa a los que usaba hasta que se cansaba de ellos. Hasta que finalmente el pez gordo apareció. Lord Reginald logró colocar a Eleanor como dama de compañía de Jacqueline d'Hainault, duquesa de Gloucester. El duque de Gloucester es el hermano del difunto rey y tutor del actual rey, Henry, un cateto lánguido y pusilánime al que todo el mundo compadece. En apenas unos meses Eleanor había conseguido meterse en la cama del duque que en un año había repudiado a su mujer para casarse con ella. Isobel fue concebida en una de las ausencias del duque debido a sus campanas militares en Francia. Dada su ausencia era imposible para Eleanor fingir que la criatura fuese hija del duque así que se retiró a casa de su padre durante todo el embarazo para mantenerlo en secreto y me pidió que me librase de la pequeña, cosa que me negué a hacer consiguiendo así darle a Eleanor una nueva razón para odiarme.

—¿Una nueva razón?

—Verás Helel, nadie puede escapar de su naturaleza y, para desgracia de Eleanor, su naturaleza obsesionada con el poder se combinó con una circunstancia novedosa en tu línea de sangre. Eleanor es la primera de tus descendientes directas sin un verdadero poder. Tiene cierto talento aunque limitado para la adivinación pero, mas allá de eso, es tan normal como cualquier otro humano, lo cual ha sido una fuente constante de amargura y frustración para ella. Ella siempre me ha culpado a mí de no enseñarle como usar su poder y de limitarla de alguna forma sin comprender que ni siquiera yo puedo enseñarle a usar lo que no existe. ¿Te recuerda a algún otro de tus hijos?

—Narmesh

—Exacto, sólo que Narmesh tenía cierto poder y Eleanor no tiene ninguno.

—Por lo que me cuentas puede ser que no tenga ningún poder

de naturaleza mística pero tiene muchos otros talentos.

—Sí, el de destruir todo aquello que toca.

—Incluso esa es una habilidad terriblemente poderosa, Sadith —respondió sin mirarme a los ojos y tuve miedo de saber que estaba pensando—. ¿Puedo preguntarte por tu marido? —me espetó con cierto aire de cautela probablemente por miedo a que yo prefiriese no contarle nada.

—Mi esposo se llamaba William Neville y era el tercer hijo de un terrateniente menor. Como tercer hijo no tenia derecho a nada de la herencia de su padre y eso era algo que los dos sabíamos antes de enamorarnos pero que no nos importó lo mas mínimo. Nos conocimos en la casa de Lord Reginald, sus padres eran amigos de la familia. Nos enamoramos perdidamente tan pronto como nos vimos y su amor tuvo un efecto inesperado en mí. Por primera vez el futuro no me preocupaba lo mas mínimo. Decidimos casarnos a pesar de que ninguno tenía nada que ofrecer al otro, en mi caso ni siquiera la posibilidad de tener hijos. O eso creía yo entonces. Cuando Eleanor dejó la casa de su padre para irse a vivir con la duquesa, William y yo decidimos no esperar más y casarnos en contra de la voluntad de su padre que le retiró la palabra y acabamos viviendo aquí en las condiciones que ves. Pero, como te digo, nunca nos importó, jamás ninguno de nosotros había sido mas feliz. Por desgracia la vida no estaba dispuesta a dejarme ser feliz por demasiado tiempo.

—¿Qué ocurrió? —preguntó cogiendo mi mano y aquel gesto de ternura inusual en él me pilló desprevenida y tuve que controlarme para no mostrar mis ojos llorosos.

—Lo que ocurrió fue Eleanor. En su afán desmedido por adquirir poder quiso colocar a su esposo en el trono de Inglaterra y a ella misma como reina a su lado. Para ello necesitaba solamente una cosa, la muerte del actual rey y su marido, ajeno a todos sus tejemanejes, ascendería al trono por derecho propio. Eleanor vino a verme intentando obtener mi ayuda para conseguir sus objetivos pero me negué a prestársela y en su furia acabó recurriendo a una mujer conocida en la región por sus artes oscuras, Margery Jourdemayne.

—Esto se vuelve cada vez mas interesante —me espetó casi riendo.

—Tienes que entender que, desde el ascenso al poder de los malditos cristianos, todos y todas los que aún veneramos a los antiguos dioses y a la madre eterna estamos expuestos a ser tachados de brujas y brujos o de pactar contigo mismo o de

cualquier otra ridiculez semejante y acabar en consecuencia en la hoguera. ¿Por qué crees que me me mantengo escondida en esta choza alejada del mundo? No es por mi seguridad Helel, podría acabar con todos ellos en un suspiro si lo desease, pero, ¿sabes lo que podrían hacerle a una niña pequeña como Isobel si alguien descubriera las cosas que puede hacer? No hay nada más poderoso que el miedo como bien has dicho antes, pero es un arma de doble filo —dije sin poder evitar que un suspiro se escapase de mi boca—. El caso es que Margery, que no es otra cosa que una curandera con cierto talento para los venenos, aceptó ayudar a Eleanor con una poción que acabase con la vida del rey. Por desgracia para Eleanor, la vieja no es muy discreta y fue contando sus planes a diestro y siniestro dándoselas de importante por tener la confianza de la nueva duquesa de Gloucester y acabó consiguiendo que las dos fueran detenidas acusadas de brujería y de atentar contra la vida del rey, aunque no hubieran tenido tiempo de hacer nada. Margery fue juzgada casi inmediatamente y acabó ardiendo, Eleanor por su parte fue encarcelada porque argumentó que sólo había contratado a Margery como vidente para averiguar cuál era la salud de su querido sobrino el rey, pero los cargos siguen vigentes. En su afán por buscar pruebas de que había una clara intención de dañar al rey la corte ordenó arrestar a todos aquellos relacionados con ella que pudieran dar algún tipo de testimonio y eso me incluía a mí. Cuando los soldados vinieron a por mí, William me envío al bosque para que me ocultase y al no encontrarme a mí fue a el a quién se llevaron. Pasó dos años encerrado en una cárcel, sometido a todo tipo de torturas hasta que los captores se convencieron de que ni él ni yo teníamos nada que ver con los asuntos de Eleanor. Cuando por fin me lo devolvieron no era el mismo hombre, estaba roto, mental y físicamente, y pasaron meses antes de que pareciese empezar a recuperarse. Un día, al volver con Isobel del bosque como hoy, me lo encontré en el suelo de la casa, muerto. Su corazón no había soportado el dolor y las torturas a las que había estado sometido. Por si aquel dolor no era suficiente, la vida decidió hacer una última broma pesada y dos meses después de su muerte, descubrí que yo, la mujer que había sacrificado todo por la eternidad incluida la posibilidad de tener hijos, estaba embarazada.

Helel se quedó mirándome fijamente sin soltar mi mano.

—Lo siento —dijo mirándome fijamente—. Siento mucho que hayas pasado por todo esto por mi culpa, de verdad que lo siento. Pero por esa razón más que nunca necesito que me ayudes.

—No te puedo creer —bufé y me levanté de golpe de la silla

soltando su mano—. ¿Por qué contigo todo es tú, tú y solo tú?

—Es justo lo contrario Sadith —dijo visiblemente frustrado—. Intento arreglar lo que mis malditos hermanos han estropeado. Nada de todo esto pasaría si mi padre estuviera libre.

—¡Oh, por favor! ¿De verdad te crees eso? Subestimas la capacidad del ser humano para ignorar a cualquier dios y destruir todo cuanto le rodea.

—Pero, si eras tú la que en Egipto me aleccionaba con que aún existía esperanza para el hombre.

—Lo sé, pero hasta yo puedo perder la esperanza después de tantos años de dolor, odio y sufrimiento, Helel.

—Como quieras pero al menos dame la oportunidad de arreglar las cosas.

—¿Arreglar? Helel aún conservo mis contactos en el inframundo, estoy al tanto de todos tus tejemanejes para debilitar el poder de los arcángeles. Tejemanejes que han resultado en pueblos enteros arrasados, familias destruidas, ciudades devoradas por las llamas por verse atrapadas en vuestra maldita guerra de egos.

—¡Sadith, te lo ruego, pon el precio que quieras pero ayúdame!

No dije nada. Había estado esperando aquella frase durante toda la noche. Todas y cada una de mis palabras habían sido tejidas para conseguir que llegase a ese estado de desesperación donde su oferta fuese sincera.

—Muy bien —dije mientras me giraba lentamente para mirarle —, si deseas mi ayuda tendrás que conseguir a cambio que Eleanor sea liberada.

—¿Cómo? ¡Qué diablos...!¿Por qué ibas a querer que se liberase a una criatura tan despreciable? Tiene lo que merece...

—Porque es tu hija Helel y yo hice hace mucho tiempo una promesa que no romperé, cuidar de todos y cada uno de tus hijos, todos ellos, ¿entiendes?

—No Sadith, no te entiendo, no se entender un amor tan grande y tan desinteresado, aunque te admire por ello.

—No necesito tu admiración, solo necesito saber si estas dispuesto a pagar mi precio.

Helel se quedo pensativo por un instante y sus ojos no mostraron ninguna emoción hasta que me respondió.

—Sea. ¿Dónde esta?

—La han movido al castillo de Kenilworth, cerca de Coventry, pero no quiero que te presentes allí y la saques de cualquier manera o de lo contrario nos pasaremos el resto de su vida huyendo de sus captores. Necesito que consigas que sea absuelta.

—No me lo pones fácil —respondió visiblemente molesto.

—Eres el rey del infierno, no creo que sea mucho problema. Sea como fuere, ese es mi precio.

Helel se quedo pensando un momento antes de responder y cuando lo hizo una media sonrisa cruzaba su rostro.

—Muy bien, así sea. En realidad creo que tengo una amiga que nos va a ayudar con todo este asunto.

—¿Qué tienes en mente?

—Los arcángeles no son los únicos que tienen sus contactos e influencias en las cortes del mundo. Yo también tengo mis infiltrados y yo mismo suelo pasearme por los salones de los palacios cuando es necesario para desbaratar alguno de los planes de mis queridos hermanos. Hace aproximadamente un año conocí en la corte de Francia a una joven llena de energía y con una pasión desbordante que, digamos, estaba deseosa por compartir con alguien.

—Ahórrame los detalles, ¿quieres?

—Como quieras —replicó con una sonrisa de niño travieso—. El caso es que esa joven acaba de llegar a Inglaterra y mientras hablamos esta siendo coronada reina de la mano del rey Henry.

—¿Margaret? —dije sin creerme del todo que el destino pudiera favorecernos de aquella manera.

—La misma. Margaret de Anjou. Y tú y yo vamos a hacerle una visita con la excusa de presentar nuestros respetos a la nueva reina.

—Y, ¿por qué razón crees que nos va a recibir? Espero que no seas tan prepotente como para pensar que tus dotes amatorias te van a abrir las puertas del palacio real.

—Podrían perfectamente, créeme —dijo sin un atisbo de que aquello fuese una broma—, pero en este caso le abrirán las puertas al Marqués de Lavalle, primo segundo de la duquesa de Lorraine, la madre de Margaret, que además acude acompañado de su esposa embarazada.

—¿Cómo? —dije casi gritando viendo el embrollo en el que Helel quería meterme. Pero él ni siquiera me prestó atención y empezó ponerse su capa.

—Dame un par de días. Haz los arreglos necesarios para que alguien cuide de Isobel, tendremos que estar en palacio al menos dos o tres días. —Y sin dejarme replicar desapareció dejándome absolutamente irritada por su comportamiento pero de alguna manera aliviada de que estuviese conmigo de nuevo.

Tal y como prometió, dos días más tarde Helel volvió a aparecer en mi casa.

—¿Estás lista? ¿Has podido ocuparte de Isobel?

—Isobel está con una persona de mi confianza y rodeada de todos los hechizos de protección que conozco. Ni siquiera los mismo dioses podrían encontrarla.

—Bien —respondió sin preguntar nada más—. Entonces es mejor que empecemos. Toma, ponte esto. —Y me lanzó un saco de tela oscura voluminoso pero que no pesaba demasiado.

—¿Qué es esto?

—La vestimenta propia de una Marquesa, Sadith. No pretenderás acudir a palacio vestida así, ¿no?

A regañadientes saqué las ropas del saco y le pedí que saliese de la casa mientras me cambiaba. Hacía muchos años que no me vestía como un miembro de ninguna corte y de alguna forma me sentía incómoda pero decidí seguir sus indicaciones por el bien de Eleanor. Un rato después le chillé desde la cabaña que podía volver a entrar. Helel quedó mirándome sin decir una palabra.

—Si no te gusta tendrás que aguantarte, es lo que hay.

—En realidad iba a decir que estas muy hermosa.

El vestido que me había traído era de lana fina, en un tono marrón claro pero estaba cubierto por una sobreveste de terciopelo verde con las mangas acuchilladas de forma que se dejaba ver una camisola de seda blanca bajo ella. El vestido se cogía bajo el pecho para caer holgado desde allí haciendo que fuera verdaderamente cómodo para una mujer en mi estado. El atuendo completo estaba salpicado de botones de oro que hacían juego con un gran collar de oro y esmeraldas que ocupaba todo mi pecho. Unos anillos de oro y piedras preciosas completaban el disfraz que yo había acabado recogiendo mi pelo de forma elaborada pero sin una sola de las intrincadas piezas de joyería que sabía que muchas mujeres de la corte solían llevar en las grandes ocasiones. Me sentía extraña pero sabía que no tenia más alternativa que seguir adelante con aquella pantomima.

—¿Estás lista entonces?

—Supongo que sí —respondí resignada.

Helel me acompañó al exterior de la casa y sin avisarme me abrazó con ternura y sentí como mi estomago daba vueltas amenazando con arruinar mi nueva indumentaria. Cuando pude volver a fijar la vista a mi alrededor vi que ya no estábamos en la puerta de mi casa sino en una claro de un bosque y que a nuestro alrededor había unas veinte o treinta personas que no habían

prestado ninguna atención a nuestra salida de la nada. Más allá de que no estuviese acostumbrada a aparecerme, mi cuerpo inmediatamente me indicó que había algo más que no estaba bien y no tardé en darme cuenta de qué era. Aquellas personas, no lo eran en absoluto. Concentrándome para ver más allá del evidente hechizo de ocultamiento que les rodeaba pude ver su verdadera naturaleza. Demonios. Helel había movilizado sus recursos del inframundo para crear el séquito propio de un marqués y aquellas criaturas, de diferentes razas, formas y colores respondían a su amo con obediencia.

—¿Sorprendida? —preguntó Helel al darse cuenta de que me hacia percatado de su estratagema.

—Realmente no, aunque no me vuelve loca la idea de estar rodeada de tantos demonios.

—No tienes nada que temer, pagarían con su vida si intentasen hacerte algo y lo saben.

—Pagarían con mucho más que su vida si se acercan a mí. Y lo sabes.

—Esa es la Sadith que yo recordaba —respondió sonriendo.

Los criados de Helel habían preparado dos caballos de color grisáceo para nuestra llegada a palacio. En mi estado no iba a serme muy fácil cabalgar una gran distancia pero Helel me prometió que estábamos cerca del palacio y que tan sólo sería un corto paseo.

—¿Te importaría explicarme cómo se supone que vamos a hacer esto?¿Vamos a presentarnos en el palacio sin aviso, llamar a la puerta y esperar que Margaret esté deseosa de verte de nuevo?

—Bueno, algo así. Verás, Margaret está en una posición complicada.

—Lo sé, básicamente todo el mundo la odia antes de conocerla siquiera. Este país ha sufrido mucho por la guerra constante con Francia sobre quién debe ser su legítimo soberano como para, de repente, sentir un amor desmedido por una reina francesa.

—Veo que estás al tanto. Margaret sabe que ella es sólo un peón en esa lucha de voluntades sobre los territorios de Francia, el problema es que ella tiene un carácter demasiado fuerte para conformarse con ser un peón. Su recién adquirido marido es un cantamañanas bueno para nada con el que se casó por poderes y que, desde su llegada a Inglaterra, ha sido incapaz de consumar el matrimonio. No es que a Margaret le importe, entiéndeme. Esta más que entretenida con el duque de Somerset, pero sabe que su supervivencia como reina depende de dos cosas, una concebir un heredero para Henry, la otra conseguir el amor del pueblo. No me

cabe duda de que sabrá apañárselas para lo primero pero para lo segundo necesita ayuda así que lo primero que ha hecho ha sido abrir las puertas de palacio para que los nobles menores del reino puedan acudir a conocer a su nueva reina y dejarse hechizar por sus encantos. Y nosotros vamos a meternos en una de esas recepciones.

—Y supongo que no habrá riesgo de que nadie se de cuenta de que ni tú eres el Marqués de Lavalle ni yo tu esposa, ¿verdad? —pregunté irónica.

—Ninguno. Sobretodo porque el marqués no existe —me espetó —, es una creación mía. Las casas nobiliarias europeas llevan siglos jugado a la endogamia y como resultado todos están emparentados con todos de una o de otra manera. Cuando la familia es tan grande es imposible conocer a todos los primos pero no te interesa acabar a mal con ninguno porque esos mismos lazos de sangre pueden hacer que ese pariente menor, al que hoy desprecias, pueda ser tu rey el día de mañana.

—Veo que tienes un conocimiento grande de la nobleza de hoy en día.

—Más de las señoras para serte sincero pero, claro, he pasado mucho tiempo entre ellas.

— ¡Oh, por favor, cállate ya!

Seguimos camino sin decir nada más hasta que poco tiempo después vimos las torres del palacio en la distancia y nos encaminamos hacia la puerta sur. Helel había medido cada acto de nuestra pantomima. La puerta sur era la que tenía una mayor explanada para aproximarse a palacio lo cuál hacía que un séquito como el nuestro fuera visto desde la distancia y no pasase desapercibido para nadie.

Cuando llegamos a las puertas un grupo de cinco soldados se adelantó para preguntarnos quienes éramos y cuál era nuestro propósito allí. Uno de los criados de Helel se adelantó para anunciar el nombre de su señor y señora y, tras comprobar que nuestra visita era esperada, nos dejaron pasar sin más cuestionamientos. Fuimos informados que se nos habían asignado habitaciones en la parte norte del palacio pero no tuvimos tiempo de dirigirnos a ellas dado que se nos indicó que la reina nos esperaba en el salón de banquetes.

Si debido a la premura nos había parecido que la reina nos estaría esperando exclusivamente a nosotros fue una realidad muy diferente la que nos recibió al entrar en el salón. Había aproximadamente un centenar de personas esperando para poder hacer una reverencia ante la nueva reina, mayoritariamente nobles

de provincias que nunca antes habían estado en el palacio real ni mucho menos frente a nadie de la realeza y que miraban todo lo que se desplegaba a su alrededor con los ojos de un conejo a punto de ser degollado.

Nos incorporamos al grupo y esperamos pacientemente hasta que la reina se dignó aparecer. Una fanfarria de trompetas anunció su entrada en el salón generando un estruendo innecesario dado que el salón no era extremadamente grande. Pero un vistazo a la mujer pequeña y con cara de niña que entraba en el salón me hizo comprender inmediatamente que de ninguna manera aquella muchacha habría entrado en aquella sala con menor pompa. Para mi sorpresa, Margaret no se dirigió al trono de forma inmediata sino que directamente se adentró en el grupo de gente y fue saludando a cada noble que aparecía a su paso como si todos ellos fuesen familia cercana. Fue en aquel momento cuando me di cuenta de que aquella mujer, aunque pareciese joven, distaba mucho de ser la típica muchacha inexperta y que su conocimiento de las artes necesarias para sobrevivir en una corte era profundo. Uno a uno recorrió todos y cada uno de los rostros del salón agradeciendo las reverencias y preguntando a cada uno de los asistentes por sus familias, sus tierras y sus preocupaciones. Pude ver como aquellos hombres y mujeres, acostumbrados a ser ignorados por un nivel social mucho más arriba del suyo, caían bajo el hechizo de aquella mujer que pretendía ser cercana y sincera y demostrar una verdadera preocupación por sus asuntos. Sólo cuando estuvo más cerca de nosotros pude comprender cuál era la clave de su éxito. Un paso por detrás de ella, un hombre de algo más de treinta años le susurraba al oido el nombre de aquellos a los que estaba a punto de conocer. Cuando llegó nuestro turno el hombre se quedó parado al no ser capaz de reconocernos e intentó susurrar algo al oido de la reina que se giró inmediatamente para ver los rostros de aquellos que eran desconocidos incluso para su propia gente y su cara se iluminó con el reconocimiento al ver a Helel.

—Mi querido Somerset —dijo al hombre que mostraba una evidente preocupación en su rostro—, no debes preocuparte por nada, este hombre y yo nos conocemos bien. ¡Bienvenido a mi casa primo!

—¡Majestad! —respondió Helel haciendo una reverencia provocando una clara sonrisa de satisfacción en Margaret.

—Somerset, querido, permíteme que te presente a Guillaume, Marqués de Lavalle, primo de mi madre y por lo tanto mío. —El hombre miró a Helel de arriba a abajo y como si de una coreografía

se tratase los dos hicieron una especie de saludo a medio camino entre la reverencia y la falta de ella.

—Majestad, con vuestro permiso me gustaría presentaros a mi esposa, Lorraine de Lavalle.

—¡Oh, esta es una sorpresa! —dijo dignándose a mirarme y habría jurado que su cuerpo se tensó como queriendo acentuar su pequeña estatura—. Mi querido primo ha sido negligente en indicarme que estaba casado en nuestros previos encuentros. Y veo que además estáis en cinta, mis felicitaciones a ambos. —Hice la reverencia que se esperaba de mí mientras me mordía los labios para no responder a sus comentarios de niña despechada. —Nadie puede negar el buen gusto de mi querido primo, sois verdaderamente una belleza. Incluso a vuestra edad.

Helel debió de notar como mi cuerpo se tensaba y agarró mi mano tratando de calmarme.

—Es para nosotros un honor y un orgullo que nos hayáis recibido, majestad.

—¡Oh, pero debemos aprovechar esta ocasión para recordar viejos tiempos mi querido Guillaume! Entiendo que os habrán dado aposentos en el palacio. Una de estas noches debéis cenar conmigo para que recordemos juntos momentos felices. ¡Supongo que vuestra esposa preferirá quedarse descansando, claro! —soltó con un tono venenoso que nos molestó por igual a mí y al duque de Somerset que arrugó el hocico como una rata.

—Será un placer, majestad —respondió Helel haciendo una nueva reverencia y dejando que Margaret continuase su procesión por el salón.

Salí del salón bufando como un gato escaldado enervada por haber tenido que soportar la actitud de aquella niña caprichosa que se había tomado demasiado en serio su papel de reina. Podía oír como Helel intentaba mantener mi paso llamándome suavemente por mi nombre y pidiéndome que le esperase mientras caminaba con decisión militar hasta los aposentos que nos habían sido asignados.

—Sadith, creo que estas haciendo un mundo de todo esto.

—¡Lo que voy a hacerme es un sombrero con el pellejo de esa niñata! ¡Cuando su familia entera ni siquiera existía yo ya había vivido miles de años, he estado en las mayores cortes del mundo, cortes que nunca más se volverán a repetir! ¿Ella se cree una reina? Yo puedo hablarle de lo que son reinas de verdad. Por todos mis muertos que le voy a enseñar humildad a esa cateta venida a mayores. —Era consciente de que eran mis hormonas alteradas las

que hablaban por mí pero, lejos de irritarse, Helel empezó a reírse a carcajada limpia. —¡Deja de reírte, todo es culpa tuya Helel! —le espeté.

—Sí, eso me lo repites mucho pero no importa. La verdad es que estás graciosísima. Tienes que entenderlo —dijo en tono conciliador —, estoy acostumbrado a que seas fría, seria y controlada como una estatua de mármol y este estado tuyo te ha transformado en un algo parecido a una corriente desbordada capaz de arrasarlo todo.

No le respondí porque sabía que tenia razón. Intenté respirar varias veces para calmar mi energía y evitar que me dominase pero el ruido de golpes en la puerta me desconcentró.

—¿Y ahora qué? —dije chillando.

La puerta se abrió en un instante y un muchacho de unos doce o trece años apareció en el quicio con una sonrisa de circunstancias.

—Mi señor Marqués, la reina os invita a cenar con ella esta noche si tenéis a bien aceptar —soltó el muchacho haciendo que pusiese los ojos en blanco con sus noticias.

—Puedes decirle a su majestad que allí estaremos —respondió Helel formal y el muchacho enrojeció inmediatamente—. ¿Que ocurre muchacho? Habla sin miedo.

—Señor, su majestad os invita a vos sólo y os recuerda que debéis dejar descansar a vuestra esposa como es acorde a su estado por el bien de vuestro hijo.

En ese momento ya no lo pude evitar y una sacudida agitó el palacio hasta los cimientos. Mi poder se estaba desbordando y tuve que agarrarme a la pared que tenía en frente para poder recuperar la concentración suficiente para calmar la ola de energía que acababa de escapar a mi control. Desde mi posición vi como el muchacho miraba a su alrededor a la par que se presignaba pidiendo amparo al dios de los cristianos.

—¡Por lo que más quieras, cálmate! —susurró Helel abrazándome—. Puedes dejarnos muchacho, no te preocupes. Dile a su majestad que acepto su invitación.

Me llevó unos minutos calmarme pero finalmente lo conseguí, mi respiración se hizo más constante y mi pulso volvió a la normalidad.

—Ya puedes soltarme Helel —dije zarandeándome para separarme de él.

—¿Estás más tranquila?

—Estoy cabreada y asqueada pero no voy a perder de nuevo el control.

—Eso espero, no creo que ayude a nuestros objetivos que la

corte entera fenezca bajo los escombros del palacio por un terremoto que nadie sabe de donde ha salido, ¿no te parece?

—¿Qué clase de relación tienes tú con esta idiota para que te convoque a sus habitaciones solo y de noche? Y no es que haya tardado en hacerlo. Uno de estos días, dijo. ¡Ja!

—Ya te lo he dicho, nos conocemos desde hace tiempo. Digamos que en sentido bíblico —dijo con una sonrisa perversa.

—Creo que eso se lo ha figurado todo el salón aunque sólo sea por la forma en que se le iluminaron los ojos al verte. Perfecto, eso significa que sólo tendrás que metérsela hasta la garganta para que consigamos liberar a Eleanor. No creo que te vaya a costar mucho esfuerzo. —Mi comentario hizo que Helel estallase de nuevo en carcajadas y me di cuenta de que nuevamente me estaba dejando llevar por mi estado. —Y, ¿qué se supone que debo hacer yo? ¿Estar aquí esperando lánguidamente hasta que vuelvas sin saber que ocurre?

—¿De verdad deseas saber que ocurre? —dijo Helel guiñándome un ojo.

—Evidentemente no eso en concreto, sólo quiero saber si puedo ayudar de alguna manera.

—Creo que dada tu falta de autocontrol actual la mejor manera de ayudar es que te quedes aquí tranquila y calmada y me dejes lidiar a mí con Margaret.

—Si tú lo dices —respondí nada convencida.

Al anochecer Helel partió para los aposentos de la reina y yo me quedé sentada junto a la chimenea de nuestro cuarto dispuesta a muchas cosas pero no a quedarme sin saber que ocurría. Sabía que no podía invadir la mente de Helel, se daría cuenta enseguida y me echaría, pero la reina era harina de otro costal. Tan sólo concentrándome un poco podía entrar en su mente lo suficiente para poder ver todo lo que ocurría en aquel encuentro desde su punto de vista, observar la escena con sus ojos. Aquello tenía el inconveniente de ser capaz de controlar el nivel de profundidad de la conexión, demasiado suave y no vería nada con claridad, demasiado intenso y la conexión me haría sentir todo lo que ella sintiese, un riesgo que no podía correr por el pequeño que llevaba en mi vientre.

Me concentré mirando el fuego que tenía frente a mí para utilizar su energía como catalizador y en apenas un instante mi mente estaba viajando hasta Margaret logrando alcanzarla en el momento justo en que uno de sus pajes anunciaba la llegada de Helel. De repente mi cuerpo ya no era mi cuerpo sino el suyo. Podía

notar el camisón de seda que cubría su cuerpo y el batín de terciopelo que se había echado por encima, abierto, dejando ver sus pechos con los pezones duros por el contacto con la fría seda. Margaret se giró para recibir a Helel a la par que le indicaba a sus damas de honor que les dejasen solos. Entonces se dirigió a una mesa que ocupaba la parte central del cuarto y sirvió dos copas de vino de una jarra dorada tendiéndole una a Helel.

—¡Brindemos por los viejos tiempos! —dijo mirando a Helel a los ojos.

—No son tan viejos Margaret, los dos seguimos siendo jóvenes —replicó Helel zalamero.

—Sí, es verdad pero nuestras circunstancias han cambiado querido amigo —dijo mientras se sentaba en un sillón junto al fuego e invitaba con la mano a Helel a que tomase asiento—. Mírate tú sin ir mas lejos, casado y con una criatura de camino, ¡quién lo habría dicho! Quiero decir —rectificó mientras jugaba con su pelo suelto que le caía sobre los hombros—, me habría atrevido a decir que habrían existido muchos otros niños antes, no será porque no lo intentases con frecuencia, si no que le pregunten a las damas de la corte de mi tío en Francia, pero nunca pensé que te vería casado.

—Quizá me he equivocado en mi afirmación previa y yo si me hago mayor— respondió Helel daño un sorbo al vino que le ofrecía.

—No sé —replicó la reina pensativa mientras colocaba su pie en la entrepierna de Helel haciendo que un escalofrío me recorriese la espalda—. No sabría decirte sin juzgar desde más cerca.

—No soy el único que se ha casado, Margaret. Fíjate en ti, reina nada menos —respondió Helel separando las piernas para facilitar sus caricias.

—Ese es el problema con las mujeres Guillaume, no somos más que peones en manos de los hombres —contestó levantándose de repente y paseando por la habitación—. Cuando a mi padre se le planteó la posibilidad de casarme con Henry ni siquiera dudó un instante, era bueno para él y bueno para la familia y no importaba que con su decisión me estuviese condenando a pasar el resto de mi vida con un impotente que se sonroja tan sólo con ver mis pechos. Lo que yo desease no importaba, solo soy una mujer. —Una parte de mi se vio reconocida en aquellas palabras que no eran otra cosa que el reflejo del daño que los fanáticos de los cristianos habían hecho en la sociedad con sus doctrinas de superioridad masculina que había relegado a la mujer a ser poco más que nada. Un vientre y unas manos apenas. —Así que aquí estoy —prosiguió—, en un país que me detesta como francesa, con un marido que no me

tocaría ni con un palo y rodeada de serpientes deseosas de que falle en el único trabajo que consideran que puedo hacer, tener hijos que continúen la línea de la casa. Lo cual es imposible dada la incapacidad amatoria de mi marido. ¡Ay, estoy tan sola, Guillaume! —dijo quitándose el batín y tocándose para acentuar su figura juvenil de pechos pequeños y turgentes.

—Tengo entendido que tienes amigos con los que entretenerte, mi reina, Somerset sin ir más lejos —dijo Helel levantándose del sillón.

—¡Ay sí, mi buen Somerset! Es un buen entretenimiento, no me mal interpretes, pero echo a faltar un hombre que verdaderamente entienda mis necesidades, no sé si sabes a lo que me refiero. —Y sus manos soltaron los tirantes del camisón para dejarlo caer al suelo mostrando su cuerpo en perfecta desnudez. Podía notar como la forma en que Helel la miraba excitaba su cuerpo y una humedad crecía en su interior.

—Bueno, los dos sabemos que eso lleva un tiempo, demasiadas perversiones que llegar a conocer —dijo Helel mientras se acercaba a ella lentamente dejando caer su casaca en el suelo.

Por un segundo al fijarme en su rostro y en la forma en que la miraba con un claro deseo pensé que perdería la conexión, que no podría mantener la concentración pero fue al contrario.

—¿Tú crees? —dijo Margaret mientras se colocaba sobre la cama a cuatro patas ofreciéndose completamente a él sin reparos, sin control. Pude notar como Helel se colocaba tras ella sobre la cama. Ya no estaba vestido sino completamente desnudo y Margaret ya no era Margaret, su cuerpo ya no era suyo sino que mi mente había tomado el control. Pude sentir su mano cálida entre mis piernas, sus dedos preparándome para algo mucho mayor. Mi cuerpo, el que había sido de Margaret, se estremeció con ansiedad y mi espalda se curvó hacia arriba pidiendo más. Y Helel no dudó en darme lo que deseaba. Su miembro me penetró profundamente haciendo que me estremeciese con un placer como no había sentido antes. Sus manos agarraron mis caderas mientras me penetraba una y otra vez con decisión pero sin brutalidad. Podía notar como la piel de mi cuerpo se erizaba. Sus manos agarraron mis pechos y me obligaron a levantarme para que pudiese sostenerme en su abrazo mientras me penetraba sin cesar y sus labios y su lengua recorrían mi cuello haciendo que aquel momento fuera inolvidable. Perdí la noción del tiempo olvidada en aquel placer inmenso hasta que noté que mi cuerpo no podía contenerse más y pidiendo que no parase se acercaba al climax. —¡Sigue! —Me encontré gritando en la voz de

Margaret y Helel respondió con una sola frase mientras se derramaba en mi interior haciéndome explotar de placer.

—¡Es todo tuyo, Sadith!

Oír mi nombre hizo que perdiese la conexión de forma inmediata y volviese a mi cuerpo apenas sin poder respirar por la agitación del orgasmo. Podía notar como mi cuerpo había reaccionado a aquella experiencia extracorporal. Mi entrepierna estaba húmeda, mis pezones duros y podía jurar que aún podía sentir a Helel dentro de mí. No sabía como reaccionar. Una parte de mí estaba avergonzada por haberme dejado llevar de esa manera, otra estaba enfadada por saber que durante todo aquel rato Helel siempre hubiese sabido que era yo quien estaba dentro del cuerpo de Margaret y aun así hubiese continuado. Pero por encima de todo estaba asustada, asustada por la forma en que mi cuerpo se había entregado a Helel, sin control, sin reparos y de forma totalmente consciente.

No fui capaz de encontrar el valor para volver a introducirme en la mente de Margaret durante un buen rato pero finalmente la ansiedad por saber que podía estar ocurriendo me hizo decidirme a intentarlo nuevamente. Tan pronto como la conexión se estableció y las imágenes se volvieron nítidas pude comprender que hablaban de Eleanor.

—¡No puedo hacerlo, Guillaume, así que no me lo pidas más!

—¡Por supuesto que puedes, por todos los demonios eres la reina de Inglaterra y tu marido un pelele sin voluntad! Y permíteme recordarte que todo lo que tienes ahora mismo me lo debes a mí. Sabes perfectamente que no eras la primera candidata para el puesto, si no hubiese sido por mi influencia para inclinar la balanza a tu favor seguirías muerta de asco siendo una noble de provincias posiblemente casada con un noble de cuarta.

—¡Ah, sabía que tarde o temprano intentarías cobrarte esa deuda! No es que lo tuyo sea el amor desinteresado, ¿verdad?

—Desde luego que no, todo tiene un precio mi querida Margaret.

—Bueno, pues ese es un precio que no puedo ni quiero pagar —respondió elevando la voz y claramente perdiendo la paciencia—. Tú lo has dicho, soy la reina de Inglaterra, una reina extranjera, odiada y despreciada a partes iguales. ¿Tienes idea de lo complicada que es mi situación ahora mismo? Un marido bueno para nada, incapaz de defender su puesto en el trono o el de su reina que es una extranjera incomprendida y que necesita concebir un hijo a la mayor urgencia para asegurar su posición. No puedo

contravenir una orden real y liberar a una mujer acusada de atentar contra la vida de mi propio esposo. ¡Sería un suicidio!

—Hay cosas peores que el suicido, Margaret, créeme —respondió Helel y su respuesta me sonó al silbido de una serpiente. Margaret se encontraba de espaldas a el abrochándose el lazo de su batín y sus manos pararon en seco al oír aquella amenaza. El silencio llenó el espacio de la sala por un instante para ser reemplazado por la risa de la mujer, una risa contenida a la par que malvada, la risa de una loca.

—Eso es algo que tu debes saber bien, ¿verdad, mi querido señor del infierno? O quizá debería llamarte por tu nombre, ¿Helel? —respondió girándose para mirar directamente a los ojos de Helel que le devolvía una mirada llena de una ira incontenible—. Ya ves que el juego de la mentira y los secretos lo pueden jugar dos.

—Vaya, vaya. Esto es un sorpresa. ¿Puedo preguntar como has averiguado quien soy?

—Ya te he dicho que mi situación es bastante precaria así que he tenido que buscar aliados que me pudiesen soportar para permanecer en el trono —dijo como un gato que juega con su presa mientras se recostaba sensual en la cama—. Da la casualidad que esos aliados resultaron conocerte muy bien. Y me han contado muchísimas cosas sobre ti. De hecho estuvieron interesadísimos cuando esta mañana les hice saber que habías venido a verme, tan interesados que insistieron en verte ellos mismos en persona. —Justo cuando terminó aquella frase el sonido atronador de unas trompetas anunciando la llegada de algo o de alguien hizo vibrar toda la sala y Margaret se llevó las manos a los oídos.

—¡No tienes ni idea de lo que has hecho pequeña zorra, aliándote con ellos has conseguido marcar tu destino! —gritó Helel elevando su voz por encima del sonido estridente.

—¡Puede ser Helel pero al menos será un destino largo, al contrario del tuyo!

Inmediatamente un par de haces de luz se materializaron en la sala y en el interior del resplandor cegador se podían ver dos figuras con forma de hombre cubiertos con una armadura ligera y que portaban espadas. Lo que pasó después fue tan rápido que por un segundo pensé que lo había soñado. En la mano de Helel se materializó una hoja curvada de un metal negro y brillante y haciéndola volar por el centro de la sala cerceno la cabeza de una de las figuras que acababan de aparecer. La cabeza salió rodando hasta la cama donde Margaret se encontraba arrinconada haciéndola gritar de espanto. La otra figura intentó blandir su arma

pero la espada de Helel había atravesado su vientre antes de siquiera poder pensar en ello y en su ascenso partió su torso en dos haciendo que el cuerpo cayese con un sonoro golpe sobre el suelo de la sala. Acto seguido las manos de Helel, aún desnudo y con el cuerpo cubierto de la sangre de sus atacantes, cogió a Margaret con una sola mano por el cuello elevándola en el aire.

—¡Creíste que podías ser más lista que el mismísimo satán, puta! No te preocupes, no será hoy cuando mueras pero dado que tanto te preocupa tu destino voy a darte un atisbo de un futuro que no podrás cambiar. —Inmediatamente pude ver la imagen que se formaba en la cabeza de Margaret. Un parto lleno de dolor para dar a luz a un hijo que sería llamado príncipe pese a ser el hijo de otro hombre. Una corona cayendo de la cabeza de su marido mientras los gusanos se comían su carne y el cuerpo de un muchacho cubierto de rosas blancas cubiertas de una sangre fresca de color escarlata intenso. —El marido que necesitas será asesinado, su corona arrebatada, tu hijo muerto por las espinas de la rosa blanca y tu morirás en la soledad más absoluta. Y cuando llegue tu momento, seré yo el único que esté junto a tu lecho para recordarte que todo esto es mi venganza. —Con un golpe de su mano la lanzó contra la cama haciendo que se golpease la cabeza en uno de los postes y perdiese el conocimiento con lo que yo perdí la conexión que tenía con ella.

Un momento después Helel apareció en nuestros aposentos desnudo y ensangrentado como le había visto en la mente de Margaret.

—Nos vamos —dijo mientras me agarraba por la cintura.

—¿Dónde? ¿Qué pasa con Eleanor? —Pero no recibí respuesta alguna más que el frío de la noche golpeándome en el rostro y la oscuridad a mi alrededor. Helel nos había transportado a algún bosque aunque no tenía ni idea de donde podíamos estar.

—Helel, ¿dónde me has traído? ¿Por qué nos hemos marchado? Tenemos que volver y moler a golpes a esa zorra hasta que autorice la liberación de Eleanor, no podemos irnos así.

—Sadith, por más que me gusta este nuevo ansia de sangre tuya, eso no nos ayudaría en lo mas mínimo. Las dos criaturas que he matado en ese palacio eran miembros de la guardia angélica. A estas alturas toda la corte angélica habrá sentido su muerte y estarán buscándonos. Puedo ocultarnos de ellos pero mis artimañas no servirán de nada si permanecemos en el palacio. Margaret es la primera persona a la que acudirán dado que fue ella quien les avisó de que estaba allí.

— ¿Y qué sugieres que hagamos? —dije notando como la rabia se apoderaba de mí—. No voy a dejar a Eleanor en su prisión. Si tú no me ayudas encontraré la manera yo sola.

—¡Basta Sadith! —me gritó en un vano intento de calmarme—. Te he prometido que liberaré a Eleanor y lo haré pero esta no es la manera. Si no te importa —dijo visiblemente enfadado—, déjame que me vista y te lleve a un lugar seguro y luego me ocuparé de Eleanor. Entiendo que después de nuestro momento de intimidad estarás acostumbrada a mi polla pero hace frío, ¿sabes?

El golpe que le asesté le lanzó a varios metros de distancia y le dejó sangrando levemente por la boca.

—¡No se te ocurra volver a hablarme así! Lo que ha ocurrido en el palacio no se repetirá jamas. ¡Y vístete! —le grité mientas le daba la espalda y lo único que podía oír era su risa de fondo.

Pedí a Helel que me transportase a una aldea cercana a San Albano llamada San Miguel donde había dejado a Isobel al cuidado de una buena mujer a la que solía atender en sus dolores de espalda con hierbas y masajes. Sabía que podía confiar en ella y que allí Isobel estaría segura. Helel me había pedido que recogiese a la niña y le esperásemos escondidas en un molino abandonado cercano donde él se reuniría con nosotras una vez que hubiese liberado a Eleanor. Me había prometido que nadie se daría cuenta de que Eleanor había abandonado su prisión pero se había negado a explicarme como pretendía hacerlo lo cual me hacía estar especialmente nerviosa. Pero todos aquellos planes inmediatos cambiaron cuando llegamos a casa de la anciana para recoger a Isobel. Tan pronto como nos aparecimos la piel erizada de todo mi cuerpo me dijo que algo no estaba bien. La puerta de la choza minúscula donde vivía la mujer estaba destrozada. Corrí hacia el interior de la casa para encontrar todo revuelto y roto como si hubiera habido una pelea en su interior. Llamé a Isobel y a la anciana a gritos pero no recibí respuesta alguna hasta de repente de la oscuridad de un rincón al fondo de la choza algo salió corriendo para aferrarse a mis piernas. Era Isobel, absolutamente aterrorizada.

—Isobel, cariño, ¿qué ha ocurrido? —su rostro era una mascara de terror y sus ojos llenos de lagrimas no querían contarme lo ocurrido—. Cariño, todo ha pasado, estás segura, yo estoy contigo pero necesito saber donde esta la vieja Judith. ¿Sabes decirme qué ha sido de ella? —La niña aún con miedo nos miro nuevamente a mí y a Helel y pareció comprender que necesitábamos su ayuda y nos mostró lo ocurrido de la única forma que sabía. Las imágenes empezaron a materializarse a nuestro alrededor. La luz se hizo en la

sala y pudimos ver a la vieja Judith sentada en una silla mientras Isobel sentada en sus piernas se descolgaba como si se tratase de un balancín. Las dos reían llenas de felicidad e Isobel, sintiéndose segura, empezó a proyectar imágenes de flores y un riachuelo a su alrededor salpicadas con imágenes de pequeñas hadas que su mente había concebido para su entretenimiento. Nada de aquello era inusual. Judith había presenciado aquellos pequeños milagros, como ella los llamaba antes y aceptaba que Isobel era una niña especial sin cuestionarlo. Lamentablemente no todo el mundo tenía esa apertura de mente y las imágenes desaparecieron en seco cuando Isobel se dio cuenta de que alguien les observaba por la única ventana de la choza. Las siguientes imágenes eran oscuras y terribles. Unos hombres armados con palos y hachas irrumpieron en la casa y se llevaron a la fuerza a la vieja Judith acusándola de brujería y de convocar a los espíritus del infierno para acunar a la niña. Un hombre arrancó a la pequeña de los brazos de Judith que en vano intentaba decirles que se equivocaban y la lanzó en la esquina donde yo la había encontrado mientras se llevaban a la mujer a rastras.

Le entregue la niña a los brazos de Helel y salí corriendo en dirección a la plaza del pueblo sabiendo dentro de mí lo que podía encontrar. El olor me llenó las fosas nasales mucho antes de llegar al centro del pueblo, un olor agrio, imposible de olvidar. El inconfundible aroma de la carne humana quemada. La plaza estaba vacía. Las brasas de la hoguera en el centro de la plaza eran la única luz que iluminaba la oscuridad de aquella escena. Lo que quedaba del cuerpo carbonizado de Judith me observaba atado al poste central de la hoguera. La rabia y la impotencia que aquella escena me provocaba me hizo caer de rodillas y llorar a voz en grito como no había llorado desde la muerte de mis padres. Aquella mujer, como ellos, tan sólo había sido una buena persona que había cometido el error de dejarnos entrar en su vida a mí y a una niña a la que simplemente quería como eso, como a una niña y no como a una criatura sobrenatural. Un ruido llego hasta mi desde la parte de atrás de la plaza. Un borracho que se dirigía a su casa después del espectáculo.

—Te lo has perdido todo, mujer —dijo arrastrando las palabras tanto como los pies que le hacían trastabillar.—. ¡Y vaya un espectáculo, sí señor! El cura estaba de lo más contento, quien iba a decir que en un pueblucho como este íbamos a tener a una bruja de esas que fornican con el diablo. ¡Fíjate tú! Bueno esta ya no fornicará más ni aquí ni en la otra vida porque antes de quemarla el

cura ordenó que le sellaran el coño a fuego. Si vieras como chillaba, parecía una cerda en día de matanza —dijo riendo a carcajada limpia—. Pero duró poco, perdió el conocimiento y ni siquiera se enteró de que la estaban tostando enterita.

La forma en la que aquel borracho describía el suplicio por el que Judith había tenido que pasar por mi culpa me hizo perder el control. En un segundo las llamas prendieron sus ropajes y se extendieron a su pelo y su barba. El hombre intentó gritar pero yo silencié sus gritos de forma que muriese en el más terrible dolor sin siquiera el desahogo de los chillidos. Me acerqué hasta él mientras ardía para mirarle a los ojos, para que supiera que era yo la causante de su muerte y con el desprecio más grande que he sentido jamas le escupí mientras exhalaba su ultimo aliento.

Por si aquel acto de venganza llevada por la rabia no hubiese sido un error lo suficientemente grande la puerta de la iglesia, que se encontraba en la misma plaza, se abrió y una figura salió al exterior alertado por las llamas que devoraban a aquel desgraciado. Era el cura del pueblo, el responsable de la muerte de Judith que al ver la escena que se mostraba ante el tuvo claro que lo que tenía ante sí era a la misma concubina del diablo y empezó a gritarme ensalmos concebidos para devolverme al infierno. Mi mente, en un acto de locura desenfrenada, decidió darle a aquel hombre consumido por una fe tóxica y falsa lo que deseaba. Con un movimiento de mi mano el hombre se elevó del suelo hasta colocarse a la altura del techo de la iglesia donde una gran cruz de madera basta anunciaba a todo el mundo donde se encontraba lo que ellos llamaban la casa de dios. Con mis ojos en blanco y haciendo uso de todo mi poder lancé al hombre contra el madero de la cruz que inmediatamente empezó a generar unas ramas como si se tratase de un rosal gigantesco. Las ramas atravesaron los miembros del sacerdote que gritaba consumido por el dolor mientras su cuerpo era literalmente clavado a la cruz por obra y gracia de la cruz misma. Pero aquello no era suficiente para saciar mi ansia de venganza y con un movimiento de mis dedos hice que el filo de una cuchilla invisible cercenase su garganta haciendo que su sangre se derramara a borbotones como si de una fuente se tratase sobre la entrada de la iglesia. Los ruidos emitidos por el cura habían llamado la atención de otras personas que se acercaban a la plaza desde las partes más alejadas del pueblo y mi cuerpo se tensó preparándose para continuar con la carnicería, pero de repente algo nubló mi visión y un segundo después me encontraba en mi propia casa con Isobel frente a mí mirándome asustada y Helel

sujetándome con sus brazos tratando de que dejase de sacudirme en un intento de librarme de aquella prisión.

—¡Basta Sadith, ya basta! —susurró a mi oído y sus palabras fueron como una especie de bálsamo que hizo que mi cuerpo empezase a convulsionar menos violentamente y a abandonarse a su abrazo poco a poco hasta que las fuerzas abandonaron mi cuerpo completamente y mis piernas me fallaron. Helel me cogió en sus brazos y me llevó hasta el camastro de paja que ocupaba el otro lado de la habitación. Me depositó en la cama suavemente y le pidió Isobel que se quedase conmigo un segundo mientras se ocupaba de algo. Salió al exterior y volvió un momento después.

—La casa esta ahora protegida de intrusos, nadie sabrá que estamos aquí —dijo a la par que con un gesto de su mano hacía que un fuego agradable y cálido apareciese en el hogar. Yo me encontraba agotada por la rabia sostenida, incapaz de formular una palabra así que mi cuerpo se abandonó a aquella sensación de bienestar y despreocupación al cuidado de Helel y con Isobel sosteniendo mi mano. Recuerdo que mi cuerpo estaba tan agotado que empezaba a quedarme dormida cuando de repente sentí como algo cálido inundaba mis piernas. Mi mente reconoció inmediatamente de qué se trataba y me hizo despertar en un instante.

—Isobel, cariño —llamé a la niña con ternura intentando no asustarla usando las pocas fuerzas que me quedaban—, ¿recuerdas eso para lo que nos hemos estado preparando mucho tiempo? Muy bien—dije al ver que a niña asentía con la cabeza—, pues ha llegado el momento, ¿puedes ayudarme a prepararlo todo? —Isobel se levantó de la cama e inmediatamente empezó a preparar un cazo con agua como le había enseñado meses atrás. Había estado preparando a la pequeña durante mucho tiempo sabiendo que, llegado el momento, era probable que ella fuese la única ayuda con la que pudiese contar. Intenté incorporarme para ayudarla pero una contracción sacudió mi cuerpo de forma tan intensa que no pude evitar chillar alertando a Helel que vino corriendo hasta mí.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Estoy perfectamente, Helel, sólo voy a tener un niño —dije mientras una nueva contracción me hacia curvarme de dolor—. Y me temo que lo voy a tener ahora.

—¿Ahora mismo? ¿En serio?

—¿Tú crees que estoy de broma? —respondí irritada—. Tendrás que ayudarme Helel, Isobel es demasiado pequeña y me temo que voy a necesitar ayuda.

—Como tu quieras pero te advierto que traer criaturas a este mundo no está entre mis talentos.

—Tendremos que apañarnos dado que eres la única ayuda disponible. —Y una nueva contracción me atravesó como si fuese una lanza haciéndome gritar

—¿Es eso normal?

—Las contracciones son demasiado seguidas, no me dan tiempo ni a coger aire, parece que el niño tiene prisa por salir. —Una nueva contracción batió mi cuerpo de arriba abajo. —¡No, no es normal!

Isobel trajo hasta la cama el agua que había calentado al fuego y unos trozos de tela que habíamos preparado hacia semanas. Un instante después se colocó detrás de mí intentando ayudarme a permanecer ligeramente erguida como yo le había enseñado.

—¡Muy bien cariño, lo estas haciendo muy bien! —le dije casi sin resuello—. Ahora me toca a mí. Helel, necesito que mires entre mis piernas y me digas lo que ves.

—¿En serio? —dijo mirándome sorprendido.

— Helel, no tengo tiempo para tus estupideces, dime que ves.

Sin estar del todo convencido Helel me obedeció y me indicó que podía ver lo que parecía la cabeza del niño asomando entre mis piernas.

—Pero, parece que el cordón esta enrollado alrededor de su cuello.

—Eso no es buena señal. Si el cordón le esta ahogando necesitaremos que salga cuanto antes —dije mientras bufaba intentando recuperar el aire que necesitaba. Las contracciones continuaron con una frecuencia casi constante y muy rápida. Había visto aquello en muchas mujeres casi siempre con resultados funestos. Niños que parecían detectar que se ahogaban y de alguna manera los cuerpos de sus madres inducían un parto repentino como si los pequeños les hubiesen gritado que necesitaban salir. Partos en los que muchas veces el feto ni siquiera estaba en la posición adecuada y que agotaban a la madre impidiendo cualquier esfuerzo para traer a la criatura a este mundo haciendo que la única salida fuese abrir su vientre para sacarlo. Una decisión que inevitablemente significaba la muerte de la madre y, en muchos casos del niño, si la partera no tenía la experiencia necesaria

— Está bien, dime que tengo que hacer.

—Lo que necesito es que ayudes al niño a salir. Haré todo lo que pueda por empujar pero si las fuerzas me fallasen quiero que introduzcas tus manos y lo saques, ¿me oyes?

—Pero, si hago eso puedo destrozarte si no estas lo

suficientemente dilatada, Sadith.

—Lo sé pero tienes que hacer lo que te digo Helel, el niño no puede esperar. Este niño debe vivir Helel, ¿me entiendes? No puedo perderlo a él también —le dije mirando directamente a los ojos con los míos llenos de lagrimas hasta que una contracción me partió por la mitad de nuevo. No dije una palabra más, con todas las fuerzas que pude reunir empujé intentando expulsar al pequeño pero lo único que conseguí fue causarme un enorme dolor. Dos veces más lo intenté sin conseguir que el feto se desplazara ni un ápice y agotando las pocas fuerzas que me quedaban.

—Helel, no puedo más, es inútil. Necesito que lo hagas tú, no puedo hacerlo, es imposible.

—No Sadith, no puedo, si le saco el daño que te causaré será tu muerte, no pienso hacer eso.

—Lo prometiste Helel, me lo debes —grité.

—¡No, no antepondré a esta criatura por encima de ti, Sadith, nunca!

Quise gritarle, incorporarme, pegarle, pero mis fuerzas no me permitían nada de todo aquello. Podía notar como estaba a punto de desfallecer y sabía que si eso ocurría sería la muerte de mi pequeño. La impotencia me inundó y sentí como me abandonaba a lo inevitable pero, de repente, la pequeña mano de Isobel agarró la mía con una fuerza inesperada. Era la manera de mi pequeña de decirme que no estaba sola, que su fuerza también contaba en aquel momento y que juntas podíamos conseguirlo. De repente sentí como mis fuerzas se renovaban ligeramente, tan sólo un poco, lo justo para no darme por rendida, lo necesario para concentrar mi energía en mi vientre y empujar, empujar como si fuese lo ultimo que podría hacer en esta vida. El dolor fue desgarrador, tanto que por un instante sentí como mi cuerpo se desconectaba de la realidad y una luz azul cálida y agradable me envolvía y me hacía sentir protegida. En ese momento supe que era la misma diosa quien me estaba abrazando, quien me protegía en aquel instante de dolor, de miedo y de impotencia, quien sumaba sus fuerzas a las mías como lo había hecho con tantas otras madres a las que yo había atendido.

Mis oídos volvieron a la realidad antes que mis ojos y pude escuchar el sonido mas hermoso del mundo, el llanto fuerte y poderoso de mi hijo que se entremezclaba con las palabras de Helel que parecía susurrar a mi oído que lo había conseguido, que había tenido un hijo fuerte y sano. Como envidiosos de lo podía oír, mis ojos se abrieron para mostrarme a Helel que inclinaba un pequeño bulto envuelto en los trapos de lino que Isobel había preparado. Al

inclinarse sobre mí, el rostro del niño más hermoso que había visto jamás iluminó mi mundo de repente y nunca más dejo de hacerlo desde el día en que le cogí entre mis brazos.

—Tienes que darle un nombre, una criatura debe ser nombrada tan pronto como nace para que el mundo sepa quien es el recién llegado —dijo Helel sonriendo.

—Su nombre será Oswald. La familia de William era de origen Sajón —expliqué al ver la cara de extrañeza de Helel—. En lengua Sajona Oswald significa la fuerza de dios y los dos sabemos que necesitará toda esa fuerza y más siendo un miembro de esta familia.

—Muy bien, dijo Helel, así sea. ¡Bienvenido a la familia Oswald!

—Oswald —dijo Isobel usando la única palabra que pronunció en toda su vida mientras una sonrisa enorme llenaba su rostro.

Me desperté de repente sobresaltada. No recordaba haberme dormido y el lugar donde me encontraba me era absolutamente desconocido. Intenté incorporarme pero mi cuerpo dolorido por el parto me lo impidió y no pude evitar un gemido de dolor.

—No te muevas, estás muy débil —dijo Helel que apareció a mi lado en un instante.

—¿Dónde estoy Helel? ¿Dónde está mi hijo?

—Tranquila. Estás en un lugar seguro y tu hijo esta durmiendo en su cuna ajeno a los problemas de este mundo —respondió mostrándome un pequeño cesto junto a mi cama que no había visto hasta ese momento. Me incliné como pude sobre él para comprobar por mí misma que todo estaba bien y que mi pequeño era tan real como yo lo recordaba.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —pregunté cuando por fin me convencí de que todo estaba bien.

—No podíamos quedarnos en aquella choza mucho tiempo. Más tarde o más temprano nos habrían descubierto, fuesen los hombres que mataron a tu Judith o los ángeles. Cuando te quedaste dormida de agotamiento pensé que era el mejor momento para movernos así que os transporte hasta aquí. Estamos en Francia, en una de mis casas. Una que ahora es tuya para que puedas criar a tu hijo en seguridad. Aquí nadie os conoce, mañana anunciaré que mi hermana ha enviudado y se ha venido a vivir a mi casa. La gente de la aldea vecina estará encantada, a mí apenas me ven por aquí y eso les pone nerviosos.

—Yo no puedo quedarme aquí, Helel, te lo agradezco pero no. Ya te dije que tengo que asegurarme de liberar a Eleanor, por Isobel

al menos sino por la misma Eleanor. En cuanto recupere mis fuerzas te agradecería que nos devuelvas a Inglaterra, Isobel y yo encontraremos la manera de protegernos no te preocupes. Por cierto, ¿dónde esta Isobel?

—Eso es lo que trato de decirte si puedes callar un segundo y dejarme hablar. Isobel se encuentra en el jardín pasando un muy merecido tiempo con su madre, una madre creo que se ha dado cuenta de lo mucho que se ha perdido todos estos años porque no se ha separado de ella desde que llegó.

—¿Cómo? —dije más por incredulidad que por sordera.

—No sé de que te sorprendes tanto. Te dije que la liberaría, ¿no?

—Si, pero…¿cómo lo has logrado?

—Lo he logrado como era necesario, Sadith, ni más ni menos. Y antes de que lo preguntes, no, nadie os perseguirá por ello.

Helel me explicó como había sustituido a Eleanor por una joven sobre la que había lanzado un velo mágico de ocultamiento para que todo el mundo que la mirase solo viese el rostro de Eleanor. Evidentemente la joven no iba a hacer aquello de buena gana así que se había encargado de que quedase muda para que no pudiese desvelar su tapadera. A los ojos de sus captores, Eleanor se había vuelto loca por su cautiverio y había perdido la capacidad de hablar, más allá de sonidos guturales y gritos. Quise preguntarle quién era aquella muchacha, de donde había salido. No podía evitar pensar que aquella joven tenía probablemente una familia, quizá un esposo o unos hijos que no sabrían donde estaba ni que había sido de ella. Podía sentir la angustia de lo que le estaba ocurriendo pero Helel, como leyendo mis pensamientos me tomó de la mano y me llevó hasta la ventana de piedra de la habitación y, desde allí, pude ver como Isobel y Eleanor bailaban al sol dando vueltas y más vueltas agarradas de las manos y riendo de pura felicidad. Eleanor estaba demacrada, delgada, envejecida pero nunca la había visto tan honestamente feliz.Y entonces las palabras de Helel callaron mis dudas para siempre.

—Todo lo que sea necesario por mis hijos, Sadith. Esa fue tu promesa.

—Y callé al mismo tiempo la voz de mi garganta y la de mi corazón.

Los días pasaron y se fueron sustituyendo por las semanas y estas por los meses. En aquel paraíso oculto de felicidad vivimos comportándonos casi como la familia que fingíamos ser. Tal y como Helel había predicho, los aldeanos nos acogieron con una alegría desmedida. De alguna forma, ver que las nuevas inquilinas eran

mujeres, tan opuestas al terrible señor de la casa, y que había niños corriendo por los jardines de la mansión, nos confería un aire de normalidad que hacía que se sintiesen menos amenazados. Isobel no tardó en ganarse el corazón de aquellos hombres y mujeres que veían en la pequeña mudita el corazón inmenso que llenaba su pecho y sus actos. Oswald por su parte, crecía sana y rápidamente y me llenaba de una felicidad que nunca antes había sentido. Eleanor nunca habló de su tiempo en prisión. Si guardaba algún tipo de remordimiento o de culpa por lo que le había ocurrido nunca lo dijo. En cambio, se esforzaba cada día en ser la madre perfecta para Isobel que la correspondía con un amor incondicional. Era como si las heridas de todo el mundo se estuvieran cerrando poco a poco y todos pudiésemos ser mucho más nosotros mismos sin importar la sangre que portásemos.

Pero yo sabía que aquel era un sueño que no podía durar y que más tarde o más temprano tendríamos que marcharnos de allí por nuestro propio bien y el de los que nos rodeaban. En los meses que habían transcurrido desde nuestra llegada Helel no había hablado en ningún momento de nuestro acuerdo y ni siquiera había tocado el tema, pero los dos sabíamos que esa era una deuda que no podía dejar de pagar. El hecho de que no hablase de ello solo lo hacía mucho más incómodo. Sabía que Helel necesitaba mi ayuda, sabía que quizá esa no era la única razón por la que nos había ayudado, pero sabía que en el fondo esperaba que yo le ayudase a él también.

Por fin una noche de principios del otoño, cuando nos encontrábamos reunidos alrededor del fuego del gran comedor de la casa, llegó el momento de saldar nuestras deudas y esta vez fui yo quien puso el tema sobre la mesa. Helel había estado ausente durante varios días, algo que había hecho varias veces desde que nos había llevado a la casa y que nunca ninguna de nosotras había cuestionado, pero desde su retorno dos días antes había estado especialmente cayado, como si algo le preocupase intensamente.

—¿Por qué no me has pedido aún que cumpla mi parte del acuerdo por la liberación de Eleanor? —le espeté rompiendo el silencio y haciendo que Eleanor e Isobel levantasen sus cabezas como si las hubiese arrojado un jarro de agua fría a la cabeza.

Helel me miró un segundo antes de responder como si estuviese sopesando cual era la mejor respuesta.

—Porque quiero me ayudes porque desees hacerlo no porque sientas que me lo debes —respondió con una media sonrisa.

—Sabes bien que no quiero hacerlo así que tu única opción es

que lo haga porque debo, es ridículo posponerlo más —contesté levantándome de mi asiento—. No sé que esperas encontrar pero cumpliré lo prometido. Y mañana nos iremos de aquí.

—No tenéis por qué ir a ningún lado Sadith.

—Sí, sí tenemos que irnos Helel. Sigues sin comprender que cada minuto a tu lado nos pone en peligro. Jugar a la familia feliz ha estado muy bien y hasta yo misma creí por un segundo que era verdad, pero aquí todos sabemos que tienes demasiados enemigos Helel y no todos en esta familia son inmortales. Por nuestra seguridad, por la de tus hijos, debemos mantenernos alejados de ti.

Mi mente esperaba algún tipo de replica pero el silencio me pilló por sorpresa. No recibí más respuesta que sus ojos de un verde profundo mirándome con pena, una pena que no supe interpretar.

—Muy bien, si así es como lo deseas adelante —respondió sin moverse de su asiento.

—Debo advertirte, Helel, sea lo que sea lo que deseas que encuentre cabe la posibilidad de que mi visión no sea lo suficientemente poderosa para mostrarte un futuro demasiado lejano con claridad. Es fácil con los humanos que tienen una esperanza de vida limitada, pero esa regla no te aplica a ti, al menos hasta donde sabemos.

—No es el futuro lo que deseo que me muestres con tu visión, sino el pasado—dijo desconcertándome—. Hace muchos años que alguien me arrebató algo. No sé quién era esa persona pero necesito saber que hizo con lo que me arrebató.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace unos mil cuatrocientos años.

—¿Cómo? ¡Helel, estás loco! Ni siquiera yo estoy segura de que mi visión pueda ir tan lejos. Incluso aunque consiguiese ver algo probablemente solo sean retazos de la realidad, fragmentos que pueden no tener sentido.

—Solo te pido que lo intentes al menos. Te lo ruego.

—Yo no dejo deudas sin pagar —dije seria—. Haré lo que pueda pero debes aceptar los riesgos, no se si sabré ayudarte.

—Lo entiendo y acepto las limitaciones.

—Sea. ¡Eleanor, Isobel, venid aquí por favor! —La mujer y la pequeña se acercaron temerosas de lo que pudiera proponerles. —Necesito que me ayudéis con esto. Si me dais vuestras manos es probable que pueda canalizar vuestro poder y conseguir una imagen más clara.

—Pero, madre, yo no tengo ningún poder —respondió Eleanor.

—Tu poder vive en tu sangre Eleanor aunque no se haya

manifestado de una forma evidente. Perteneces a una estirpe de mujeres con dones maravillosos y esos dones viven en tu sangre como lo estaban en la de tu madre y están en la de tu hija —le expliqué cogiendo su mano con dulzura. Tendí la otra mano a la pequeña Isobel que la agarro inmediatamente—. ¿Me ayudarás para que Helel pueda ver mejor? —La niña asintió sonriendo al entender perfectamente a que me refería. —Estamos listas, dime que debo buscar.

—El objeto me fue arrebatado en la isla de Capri, en el palacio del emperador Tiberio. Si me dejas puedo introducir el ultimo recuerdo en tu mente para que lo uses como punto de partida.

—Adelante. —Inmediatamente la imagen se formó en mi mente y gracias al poder de Isobel se materializó a nuestro alrededor tan clara y nítida como la misma realidad. Podía ver a Helel mirando la ventana de la habitación en la que se encontraba y por la que se escabullía una figura encapuchada. Podía sentir la rabia de Helel, su impotencia cuando la figura saltó al exterior.

—¡Ese es el ladrón, síguele Sadith, necesito saber a donde fue! —gritó.

Me concentré tanto como pude para seguir a la figura encapuchada que ahora corría por un camino de tierra en dirección a la playa llevando consigo un bulto. Podíamos oír su respiración, su corazón latiendo deprisa, no por temor sino por excitación. La capucha se le cayó en la carrera y pudimos ver el rostro del ladrón. Era un muchacho muy joven, de unos quince o dieciséis años, con el pelo rubio oscuro y unos ojos marrones grandes que destacaban en su rostro. El muchacho prosiguió con su carrera sin detenerse hasta que llegó a una pequeña playa, apenas una cala, a los pies del palacio. Podíamos oír el ruido de las olas que se entregaban a morir en la arena, incluso podíamos oler el salitre que impregnaba el aire mezclado con el olor de las algas que se secaban en la arena. De repente una voz le llamó por su nombre

—¡Asur! —La sangre se heló en mis venas al oír aquella voz cantarina e inconfundible y mis ojos se giraron inmediatamente hacia Helel para ver que el también la había reconocido justo antes de que Isobel nos mostrara su rostro. Frente a nosotros, exactamente igual que la recordaba, sin haber envejecido un momento se encontraba mi hermana Liliath. Vi como los puños de Helel se crisparon hasta que el color desapareció de sus nudillos y de alguna manera supe que acababa de confirmarle algo que el siempre había sospechado.

—¿Te ha visto alguien? —preguntó Liliath

—Él estaba allí, me vio huir. Pero no pudo alcanzarme. No había rastro de mi padre, creo que se ha librado de él como predijiste, madre —respondió el muchacho mientras entregaba el paquete a Liliath que empezó a abrirlo lentamente hasta mostrar su contenido, una espada de una belleza indescriptible y brillante como la luz de la luna.

—Sabía que Helel no me fallaría en eso, es demasiado predecible. Pero no te fíes, hijo mío, me temo que, si le conozco un poco no cejará en su empeño de encontrarnos, aunque le cueste la eternidad entera.

—En ese caso, que así sea. ¡Estaré preparado, madre!

Aquella última palabra resonó en la sala pillándonos tanto a Helel como a mí por sorpresa pero Helel no mostró la más mínima emoción. Sus ojos, clavados en el rostro de Liliath sólo estaban llenos de ira y odio. Un segundo después se giró para mirarme, sin decir una palabra, tan sólo mirarme como pidiéndome que comprendiese. Un segundo después, ya no estaba allí. No fue hasta muchos años después que pude saber que mi ayuda le había puesto de nuevo en la pista de Liliath, pero le llevó mucho tiempo encontrarla y, cuando lo hizo, no fue para bien, pero esa es otra historia. Por nuestra parte, Eleanor, Isobel, mi pequeño Oswald y yo dejamos la casa al día siguiente como había prometido y nos refugiamos en diferentes países de lo que hoy es Europa, siempre en movimiento, con el mismo objetivo que siempre había tenido, asegurarme de que los hijos de Helel estaban seguros.

Cuando Sadith acabó su relato probablemente esperaba alguna respuesta por parte de Becca pero esta no podía articular palabra. No podía dejar de mirar a aquella mujer que a Becca le parecía la mas guapa que había conocido jamás y pensar lo mucho que había sacrificado al asumir una responsabilidad que no le correspondía. Aquella mujer había cuidado de generación tras generación de aquellos a los que ella llamaba los hijos de Helel sin pedir nada a cambio y por ello había sacrificado su vida entera, su propia mortalidad.

—Yo no soy una santa, Becca —dijo leyendo su pensamiento lo que irritó a Becca ligeramente —,todos tenemos luces y sombras.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro querida, adelante.

—Durante todos estos siglos has mantenido a tu lado a los descendientes directos de Helel, lo hiciste con Ankh, con Eleanor,

Isobel y con tantos otros.

—Y te preguntas por qué a ti te aleje de mí, ¿verdad? —respondió Sadith interrumpiéndola.

—La verdad es que sí. Supongo que la soledad a la que me condenaste me hace sentir amargura y lo siento pero no soy capaz de entenderlo. Tan solo tenía cuatro años.

—Lo sé y no debes disculparte por sentir amargura, estás en tu derecho. Tienes razón, contigo fue diferente, pero es que tu situación también era diferente.

—¿Diferente por qué? Era una niña desprotegida a la que decidiste alejar de tu lado. Por primera vez no cumpliste tu promesa de hacer lo que fuese necesario para proteger a los hijos de Helel y estoy segura de que algo muy importante debió hacerte escoger ese camino. Quiero saber por qué. Necesito saber por qué. Necesito saber que el odio que he sentido todos estos años hacia los padres que pensé que se habían muerto dejándome sola, hacia la fallía que nunca me buscó es infundado.

—No puedo explicarte por qué, Becca, no soy la persona adecuada. Creo que esa es una pregunta que debe responderte una única persona en este mundo, tu madre.

La palabra resonó en los oídos de Becca y se le clavó en el cerebro produciéndole un dolor muy físico, el dolor de no querer entender lo que Sadith estaba sugiriendo.

—¿Cómo? —fue lo único que Becca se aventuró a decir.

—Sé que esto te confundirá aún más, Becca, y necesito que estés tan tranquila como te sea posible y me escuches con calma —respondió Sadith sujetando sus manos—. Tu madre, tu verdadera madre, está viva, nunca murió como te hicimos creer, al menos no para todo el mundo. Tu madre decidió alejarse de tu vida para no ponerte en peligro y la única forma de asegurarse de que sería así era convencer al mundo de su muerte, y eso, lamentablemente, debía incluirte a ti.

—No. No puede ser. Estás mintiéndome. Nadie puede ser tan cruel. No puede existir nadie en este mundo con un corazón tan duro. Me niego a creer que mientras yo me ahogaba entre mis propios fantasmas y miedos, mi madre, a la que yo creía muerta, estaba perfectamente viva y sana pero ni siquiera consideró que podría estar mejor a su lado de lo que estaba sola. ¡Tienes que estar mintiéndome! —dijo Becca elevando la voz.

—No, no te estoy mintiendo Becca pero hay mucho que desconoces y que no puedes entender. Te pido por favor que no pierdas la calma hasta que puedas hablar con ella y tengáis la

posibilidad de deciros todo lo que necesitéis deciros.

—¿Hablar? ¿Acaso esta aquí, en París? —La incredulidad de Becca iba aumentando a la par que su rabia.

—No, no lo está. Pero quiero proponerte que vayamos a su encuentro. Sé que te has preguntado por qué Helel te ha estado haciendo llegar esos libros, qué puede querer de ti. Yo no tengo una respuesta para ello pero sospecho que tu madre puede tener algunas de las piezas de este puzzle.

—¿Dónde esta?

—Tu madre vive en Rumania, hace muchos años que se retiró a vivir allí en una zona remota en los Cárpatos. No será fácil llegar pero creo que es un viaje que necesitas hacer.

—Hace un segundo creía sentir pena por ti, por todo lo que habías hecho por esta familia y lo que habías tenido que sacrificar pero ya no se que pensar, Sadith.—dijo Becca con claro disgusto levantándose del banco—. No sé quién es mi madre ni si me parezco en algo a ella o no, o si me parezco quizá a ti, pero si es así, espero que la vida me dé algo más de corazón que a vosotras dos para no jugar con aquellos a los que debo amar.

—No espero que me entiendas ahora mismo Becca, nadie puede pedirte eso, tan solo te pido que confíes en mí un tiempo hasta que pueda llevarte con tu madre y puedas hacerte tu propia idea de que ha sido justo y que no en tu vida. Por favor.

Becca quería decirle que no, decirle que se fuese a pudrirse al infierno y la dejase en paz pero sabía que no podía hacerlo. La posibilidad de conocer a su madre y pedirle explicaciones era demasiado fuerte como para decirle que no. Necesitaba hablar con ella. Gritarle que la odiaba y que no existía explicación posible para lo que había hecho. Decirle que era mejor que ella, así que sin convencimiento y con más miedo del que se atrevía a reconocer, Becca asintió.

—Gracias, es mucho más de lo que probablemente merezco —dijo mientras se levantaba del banco en el que estaban sentadas con intención de marcharse—. Sólo una cosa más, Becca. Ese comentario con respecto a las mujeres de esta familia es algo injusto, si nosotras te parecemos crueles, ¡espera a que conozcas a los hombres!

Con una media sonrisa la mujer dio dos pasos y se cruzó con un hombre que se dirigía hacia Becca que no se fijó en un principio en el rostro de quién se acercaba. Pero un par de frases de la conversación que cruzaron Sadith y el hombre hizo que Becca levantase la cabeza de golpe.

—Oswald, se amable por favor, te mereces lo que quiera hacerte —dijo la mujer.

—Gracias por tu apoyo madre —replicó la voz en tono sarcástico, una voz que Becca reconoció enseguida mucho antes de levantar la cabeza.

—¡Ah, no! Era lo que me faltaba. ¿Me estáis puteando? —gritó al ver acercarse a Eustace al tiempo que se alejaba en la dirección opuesta a Sadith.

—¡Becca, espera, te lo ruego! —dijo mientras le agarraba la mano reteniéndola.

—No espero nada —chilló Becca mientras intentaba zajarse de él sacudiendo el brazo—. ¡Déjame, te digo!

—No, no lo haré hasta que me escuches.

—¿Que escuche qué? ¿A quién? Por dios bendito ni siquiera sé como te llamas. ¿Eres Eustace, el mayordomo que folla con su señora u Oswald, el hijo corre ve y dile de la bruja de los mil años? Porque esa es la razón por la que estabas en la casa, ¿verdad? Para controlarme e informar a tu madre. Pero, ¿quién os habéis pensado que soy?

—¿Quieres tranquilizarte?

—¡No me dala gana! —contestó aún zarandeándose—. ¡Y déjame en paz, alcahuete!

Eustace empezó a reír a carcajada limpia. Pero no aflojó su abrazo lo más mínimo.

—Esa palabra no la había oído en años, no te pega nada ser tan antigua.

—Bueno, aquí el antiguo parece ser que eres tú. Se te olvidó decirme que me estaba tirando a un anciano. De hecho me sorprende que se te levantase. ¿Cuántos años tienes? ¿Mil?

—Sabes perfectamente loas años que tengo —respondió el hombre soltando el abrazo y aparentando sentirse dolido—. Mira, solo he venido a disculparme. No me parecía justo ocultarte quien era después de lo que habíamos compartido la otra noche. Soy consciente que no debí haberme marchado sin dar ninguna explicación pero me agobié al pensar que pensarías de mí cuando te enterases de quién era y salí corriendo. Solo quería decirte que lo siento.

—¿Que sientes qué? ¿No haberme dicho tu verdadero nombre, hacer de espía de mi desconocida tía, no decirme que tienes mas años que Matusalén o haberte olvidado de contarme todo eso antes de metérmela?

—¿Es eso lo que fue para ti? —preguntó Eustace con una pena

que por un segundo sorprendió a Becca.

—Evidentemente, ¿qué más iba a ser?

—¿Tan difícil te parece concebir que alguien se sienta atraído por ti? ¿Que pueda sentir algo por ti?

—A ver Eustace, Oswald o cómo te llames. Estábamos borrachos como cubas y acabamos follando en la habitación de un hotel, es el argumento del ochenta por ciento de series de televisión, nada que no pase todos los días en el mundo. No fuiste el primero ni serás el último —mintió Becca.

—Ya veo —contestó Eustace muy serio y estirándose como si le hubiesen pegado con un palo—. Entonces no nos queda nada más que hablar, ya veo que me equivoqué al pensar que estarías ofendida.

—Para nada, así que ya puedes volver con mami.

Eustace se giró sin siquiera mirarla y se alejó con grandes zancadas dejando a Becca sola y sintiéndose absolutamente miserable pero mordiéndose los labios para no echarse a llorar de rabia. Solo quería volver a su hotel y taparse la cabeza con las sabanas para olvidarse de todo y de todos pero no pretendía salir del cementerio por la misma puerta que su tía y el mayordomo, así que se giró en la dirección opuesta y con toda su miseria encima se encaminó en busca de otra forma de salir de allí. Su mente daba vueltas a la misma idea mientras buscaba una salida entre las tumbas. La habían abandonado. Todas las heridas generadas por su soledad, por la falta de unos brazos en los que refugiarse o simplemente alguien a quien recurrir escocían como si alguien hubiera echado sal encima de ellas ahora que conocía parte de la historia de su familia. Una historia que, más allá de la muerte, el egoísmo y la traición, tenía una razón de ser en los actos de Sadith, un objetivo único que era cuidar de su familia. Una familia, de la que ella había sido excluida. El fuego generado por la rabia que suscitaba aquella idea hizo que apenas sintiera el primer impacto a pesar de que la arrojó al suelo de grava del cementerio desplazándola varios metros. No tuvo tiempo de ponerse en pie antes de que el segundo golpe le diera de lleno en la cara y notase como un liquido cálido empezaba a derramarse por su rostro. Abrió sus ojos como pudo y lo que se encontró frente a ella la aterró haciendo que intentase recular sobre la pared que tenía a su espalda buscando una inexistente forma de escapar. La criatura que tenía frente a ella tenía unos ojos de un color rojo sangre y su cuerpo recordaba a algún tipo de reptil. Tenía dos alas negras cubiertas de plumas y las garras de sus manos eran largas como cuchillos. Sin

darle tiempo a ver nada más la criatura se abalanzó sobre ella nuevamente lanzando un golpe tras otro con sus garras sin que Becca pudiese hacer nada para defenderse. Colocó sus manos sobre su cara en un acto reflejo para proteger sus ojos pero podía sentir los cortes que la criatura le infligía en todo su cuerpo. De repente, una idea surgió como una chispa en su cabeza. La criatura estaba acabando con su vida. Podía notar como sus fuerzas se acababan, como su cuerpo se rendía y abandonaba toda esperanza. Su cuerpo deseaba morir, acabar con todo el sufrimiento. Como si aquella idea hubiese abierto las puertas de algo escondido durante demasiado tiempo, una llama tímida casi imperceptible se encendió en su interior. Una voz acompañó a la llama, una voz que le gritaba que no podía rendirse, que la sangre que corría por sus venas no lo permitiría, que ella era el fuego mismo del infierno y su destino era arrasar el mundo hasta convertirlo en cenizas. Como si de un encantamiento se tratase la llama empezó inmediatamente a crecer transformándose en un fuego que ella conocía muy bien, un fuego capaz de destruirlo todo a su paso, un fuego que ella había negado pero ahora estaba dispuesta a abrazar con todas sus fuerzas. Y como si el fuego pudiese sentirla y comprenderla, las llamas abrazaron su cuerpo y se extendieron desde ella en todas direcciones con un estruendo que ahogó un único sonido, los gritos de terror y dolor de la criatura mientras era consumida hasta convertirse en cenizas. Aquella fue la última imagen que Becca pudo ver antes de que las fuerzas de su cuerpo desaparecieran completamente y su mente se sumergiese en una inmensa oscuridad. Pero esta vez la oscuridad no la asustaba ni era una amenaza, esta vez la oscuridad era su amiga, la oscuridad era ella misma.

20
Cenizas

Los ojos de Becca se abrieron de repente como quien se despierta sobresaltado de una pesadilla. Al principio solo podía ver el techo de la habitación en la que se encontraba pero al girar la cabeza se dio cuenta de que no reconocía el lugar. Su corazón se empezó a acelerar cuando las imágenes de la criatura y lo acontecido en el cementerio volvieron a su cabeza. Se incorporó en un instante para encontrarse a Sadith que se encontraba de espaldas a ella mirando por una ventana al fondo de la habitación. Al percatarse de que estaba despierta la mujer se giró y se acercó a la cama.

—¡Bienvenida! —dijo con una sonrisa—. Empezabas a tenerme preocupada. ¡No, no te levantes! Es importante que dejes descansar a tu cuerpo y a tu mente.

—¿Qué ha pasado?¿Cómo he llegado hasta aquí? Aquel ser, me atacó, quería matarme pero no podía dejarle, algo me decía que no debía permitirlo...

—¡Cálmate! —respondió con dulzura la mujer abrazando a Becca—. Debes hacerme caso, tu energía está al mínimo, necesitas descansar y dejar que tu cuerpo y tu mente sanen.

Durante varios minutos Becca no dijo nada. El abrazo de la mujer era reconfortante, sanador. Su inesperada ternura, la forma en que cuidaba de ella le hizo pensar a Becca que aquel momento y aquel gesto era lo más parecido a una madre que había tenido jamás. Cuando por fin se sintió más calmada pudo encontrar las fuerzas para preguntar qué era lo que había ocurrido. Sadith extendió su mano y le alcanzó un periódico que estaba sobre la

mesilla de noche. Becca lo cogió y vio que la portada estaba completamente ocupada por una gran fotografía aérea de lo que parecía una parte de una ciudad devastada por una explosión. A pesar de no hablar francés Becca pudo entender las palabras ataque terrorista en el titular.

—No entiendo. ¿Qué es esto, Sadith?

—Esa es la interpretación que los periódicos, la policía y hasta el ejercito han hecho de tu encuentro con Tisífone.

—¿Quién?

—Tisífone, una de las tres Eumínides, aunque quizá tú las conozcas mejor por el nombre latino, las furias. —La mujer continuó al ver que Becca no acababa de comprender—. Las furias han vivido en este mundo desde antes de que el hombre existiese. Su papel siempre ha sido el de mantener el orden y el equilibrio castigando a aquellos que se desviaban del camino recto de la verdad y la justicia. Tisífone y sus dos hermanas, Alecto y Megea, han sido siempre neutrales en su manera de actuar castigando por igual a hombres, ángeles y demonios pero evidentemente algo ha hecho que de repente pasen a tomar partido. Siempre consideré que Megea era la más viciosa y perversa de las tres hermanas pero es obvio que Tisífone era la más influenciable.

—Pero, ¿influenciada por quién?

—Eso es algo de lo que no estoy segura, en este juego en el que Helel ha decidido involucrarte hay demasiados jugadores, me temo. Quizá más de los que yo misma sospechaba. Pero sea quien sea es evidente que te considera una amenaza o no habrían enviado una fuerza tan poderosa en tu contra.

—¿Qué pasó en el cementerio? ¿Fue esa criatura la que provocó esto? —preguntó Becca señalando al periódico que Sadith le había entregado.

—No, cariño, eso fue todo obra tuya —respondió la mujer sonriendo—. La onda de energía que lanzaste contra Tisífone fue tan grande que no sólo acabo con ella sino que se extendió a tu alrededor arrasándolo todo con la fuerza de una bomba. Afortunadamente no hubo que lamentar ninguna pérdida de vidas humanas. Ya te imaginarás que la policía estaba absolutamente confundida así que han optado por la versión más creíble de cara al público, un ataque terrorista.

—Pero, eso es imposible. Yo no tengo ese tipo de poder. Ni siquiera soy consciente de haber deseado hacerlo. Lo único que quería era salvar mi vida.

—Déjame que te explique algo sobre eso que habitualmente se

llama poder—dijo Sadith sentándose de nuevo en la cama—. El poder en realidad no existe, no es algo físico, es simplemente la capacidad de absorber la energía presente en todo lo que nos rodea y transformarla en algo diferente. Es un catalizador —explicó usando un término que sabía que Becca entendería—, y todos los humanos nacen con esa capacidad en ellos. La única diferencia es que en algunos esa capacidad está mucho más desarrollada que en otros. En tu caso esa habilidad es más grande de lo que he visto jamás en ningún hijo de Helel y la única razón por la que no te habías dado cuenta aún es porque, tras el incidente del incendio en el colegio, tu mente decidió adormecer esa habilidad por miedo a lo que pudiese desencadenar.

—Entonces el fuego...

—El fuego es tan sólo una manifestación de ese poder, pero estoy convencida de que puedes hacer cosas mucho más grandes. Tan sólo debes estar dispuesta a abrazar ese poder y aprender a controlarlo. Yo puedo ayudarte con lo segundo pero sólo tú puedes ayudarte a ti misma con lo primero.

La conversación fue interrumpida por la cara de Charice que se asomó tras a puerta de la habitación.

—Perdón, no quería interrumpir pero me ha parecido oír que estabas despierta y me moría por saber cómo estabas.

—No hay problema Charice, pasa, creo que Becca agradecerá tu compañía.

—¡Vaya tres días que nos has dado, guapa! —dijo Charice lanzándose sobre la cama.

—¿Tres días?

—Es el tiempo que llevas inconsciente —respondió Sadith—-. Ya te he dicho que consumiste mucha energía en Montparnasse. De todas maneras, ahora que estas despierta es necesario que te recuperes cuanto antes, debemos marcharnos de aquí.

—¿Marcharnos? —preguntó Becca sorprendida.

—Quien quiera que esté detrás de ti ha podido encontrare en París, aquí ya no estás segura.

—Pero, ¿a dónde iremos?

—Bueno, eso depende de ti. ¿Quieres llegar al fondo de todo esto o quieres pasarte el resto de tu vida escondiéndote cómo otros antes que tú?

—Ya sabes cuál es la respuesta.

—En ese caso, necesitas conocer todas las versiones de la historia de esta familia que te ha tocado en suerte y para eso es necesario que vayas a ver a tu madre. —Sadith dejó la habitación

con una última sonrisa de ternura y su última palabra resonó en los oídos de Becca durante mucho tiempo.

Partieron al día siguiente a eso de las diez de la noche. Una Becca que aún no se había recuperado del esfuerzo generado en el cementerio se metió en el coche completamente negro que les esperaba a la puerta de la casa de Sadith. Eustace se había encargado de que todas sus cosas fueran recogidas del hotel y llevadas a la casa y ahora se encontraba al volante del vehículo dispuesto a conducirles a donde fuera necesario. Becca no se dignó siquiera en mirarle cuando entró en el coche, en parte por el cansancio acumulado y en parte porque su enfado aún no se había extinguido. La comodidad del inmenso coche y su propio cuerpo que se lo pedía a gritos hicieron que Becca se quedase dormida reclinada sobre Charice nada más arrancar y que permaneciese así durante todo el trayecto lo cual fue una bendición considerando que tardaron casi ocho horas en llegar a su destino. Sadith le había explicado que debían dirigirse a un lugar llamado Cassis que no significaba nada para Becca, pero había evitado contarle por qué. Cuando por fin llegaron a destino, Charice despertó suavemente a Becca que sentía como si sólo hiciera unos minutos que había cerrado los ojos. Como pudo se bajó del coche, pero no pudo abrir los ojos debido a una luz cegadora que le daba directamente en el rostro. Cuando por fin sus ojos se acostumbraron a la claridad se dio cuenta de qué se trataba. El sol del amanecer se reflejaba en el mar más azul que había visto jamás y que se veía desde el lugar donde se encontraban en una especie de acantilado. A su alrededor no había nadie ni nada, tan sólo matorrales bajos y algunos árboles que parecían algún tipo de pino agrupados en la distancia. A su derecha Becca vio un cartel en francés con un mapa de la zona que le pareció que indicaba que aquel lugar se llamaba Les Calanques d'En-Vau.

—Becca, es mejor que no te quedes atrás —le llamó la voz de Sadith desde unos metros mas allá, desde lo que parecía el comienzo de algún tipo de escalera que bajaba por el lateral del acantilado.

Siguió a la mujer escaleras abajo sin poder levantar la vista debido al reflejo del sol y esforzándose por poner cuidado en no tropezar en aquellos peldaños empinados. Por fin, tras lo que a Becca le pareció una eternidad llegaron hasta una pequeña cala. Los zapatos de Becca eran un estorbo en aquel terreno así que, imitando

a Sadith, decidió quitárselos. La arena estaba fría y su contacto hizo que sus neuronas despertasen por fin plenamente y mirase a su alrededor. La quietud de la cala, el azul turquesa del agua y el sol formaban una imagen de una belleza singular. Por un segundo Becca quiso poder sentarse allí, tan solo para oler y escuchar al mar, para olvidarse de todo lo que había vivido en las ultimas semanas pero Charice se acercó hasta ella para cogerla de la mano.

—Tenemos que darnos prisa, cariño —dijo tirando de ella.

Becca se dejó arrastrar por Charice trastabillando por la arena hasta que llegaron a la orilla del agua y de repente Eustace la agarró en brazos sin decir nada y la colocó sobre un bote a motor que estaba a apenas un par de metros de la orilla.

—¿Estás bien? Estás muy roja —dijo Charice sonriendo.

—¡Eres idiota! —respondió Becca sonrojándose aun más.

El bote cargado con todo el grupo y sus pertenencias partió mar adentro dejando atrás la cala y dirigiéndose a un barco más grande anclado en aguas más profundas. A medida que se acercaban Becca se dió cuenta de que no era un barco normal —dentro de lo que ella podía saber de barcos—, sino que tenía un aspecto antiguo, diferente a los barcos que Becca había visto antes en su vida. Cuando llegaron hasta él, pudo comprobar que se trataba de un barco grande, con dos mástiles que sujetaban grandes velas blancas colocadas a cuchillo en lugar de rectas como Becca había visto en fotografías.

Eustace saltó a bordo y ató el bote a motor al lateral del barco para acto seguido desplegar una especie de escala de cuerda y madera de aspecto muy precario. Sadith no esperó un segundo y trepó por la escala para subir a bordo tan ágil como un gato. Charice la siguió, desempeñandose considerablemente bien para lo que Becca hubiese esperado de ella. Becca era la siguiente pero al intentar agarrar la escala para ascender al barco sus pies le fallaron en el borde del bote haciéndola perder el equilibrio y caer hacia atrás. Por suerte alguien la agarró fuertemente y la elevó como si de una pluma se tratase para depositarla en la cubierta.

—¡Ten cuidado o acabarás mojada! —le dijo una voz que para su sorpresa no era la de Eustace. Becca elevó los ojos y por un segundo pensó que se había muerto y había subido al cielo. Frente a ella se encontraba un hombre alto, de casi dos metros con espaldas como un armario de dos puertas, una barba de tres días de color rubio a juego con la melena que le caía sobre los hombres y unos ojos grises capaces de cortar la respiración. Becca sintió como el corazón se le aceleraba borrando todo resto de somnolencia que

pudiese quedarle y fue incapaz de decir una palabra o de dejar de mirar a aquel magnifico ejemplar del género masculino que tenía frente a ella.

—Becca, este es Marcel —le presentó Sadith.

—Rebecca —dijo el hombre usando el nombre que Becca odiaba y haciendo que le sonase a música en sus labios.

—I...Igualmente —farfulló Becca

—¡Bienvenida a la Truhana!

—Gracias. Es un barco muy bonito.

—Es una goleta del siglo dieciocho. La renovó mi padre y yo he continuado con su trabajo —continuó el hombre extendiendo los brazos como queriendo abarcar todo el barco del que evidentemente se encontraba orgulloso.

—Marcel es descendiente de Jeshar, creo que ya has odio hablar de él. Hace varias generaciones que su familia decidió dejar la tierra firme para entregarse al mar en cuerpo y alma.

—¡Y este barco fue tu regalo, tía! —respondió el hombre acercándose a Sadith para abrazarla y levantándola por los aires.

—¡Bájame, pedazo de bruto! —respondió la mujer riendo a carcajada limpia como Becca nunca hubiese imaginado—. Cuando su bisabuelo decidió que su vida estaba en el mar quise que no les faltase nada y me aseguré que pudiesen tener la nave más rápida del momento. Y también la más segura. —Sadith se acercó hasta Becca y colocándose tras ella puso sus manos sobre sus sienes haciéndola mirar al lateral del barco. —Mira, pero hazlo con los ojos del alma—susurró. —Al principio Becca no podía ver nada pero de repente apareció una especie de pared translucida de color azul intenso que cubría todo el barco alrededor y sobre ellos hasta donde alcanzaba la vista, como si el barco estuviera rodeado por un hermoso cristal. —Protegí este barco con todos los hechizos que conocía para que no fuese detectado jamás ni por los hombres ni por los que no lo son. A todos los efectos, desde el momento en que subiste a este barco has desaparecido del mundo.

—¿Esa es la razón por la que no vamos en avión? —preguntó Becca—. Los barcos y yo no nos llevamos muy bien, el meneo constante y eso. ¿No podías hacer esos hechizos en el avión?

—Dejando aparte la atención que atraería que un avión de repente desaparezca de todos los radares, algunos de esos hechizos llevarían semanas.

—De acuerdo, supongo que entonces barco será pero, ¿podrías al menos decirme a donde vamos? No me hace mucha gracia ser transportada por medio planeta sin saber a dónde.

—Nos dirigimos a Rumanía, en concreto al puerto de Constanta aunque allí nos esperan otros amigos que nos llevaran a nuestro destino final.

—¿Rumanía? ¿Por mar? ¿Y cuánto se supone que vamos a tardar?

—Aproximadamente una semana.

—¿Qué? Yo no puedo estar una semana encerrada en un barco, me mareo muchísimo.

—No te preocupes, si te pones muy pesada podemos tirarte por la borda —interrumpió Marcel con una sonrisa de anuncio.

Becca pasó los siguientes dos días encerrada en uno de los dos camarotes de la goleta, abrazada a un cubo y deseando que alguien le arrancase las tripas. Sadith y Charice trataban de hacerle el trago lo mas placentero posible pero nada funcionaba, su cuerpo estaba en pie de guerra por haberle sometido a la tortura de aquel viaje y no se molestaba en disumularlo. Hubo un momento en que Becca llegó a pensar que no sobreviviría a aquella tortura pero, de repente, al tercer día, se despertó con una sensación diferente, tenía hambre. Salió del camarote que olía a vomito reconcentrado y ascendió con debilidad las escalerillas que le llevaban a cubierta. El viento del mar la hizo sentir renovada, fresca y se alegró al comprobar que la sensación de mareo había desaparecido completamente. Se acercó hasta la baranda del barco y cerró sus ojos llenándose los pulmones de un aire que necesitaba de verdad.

—¡Veo que ya te encuentras mejor, sabía que era cuestión de días! —resonó la voz de Marcel a su lado haciéndola abrir los ojos.

—Sí, ya no estoy tan mareada, supongo que el mar se ha calmado hoy —dijo mirando a la superficie azul, inmensa y serena que tenía frente a ella.

—En realidad ha estado así todos los días —respondió Marcel intentando ocultar una sonrisa.

—Vaya, o sea que yo soy especialmente sensible.

—No es nada malo, mucha gente se marea en barco hasta que su cuerpo se acostumbra. Además, ahora que lo has superado ya no tendrás ningún problema cuando lleguemos a la parte complicada.

—¿Complicada? ¿Hay una parte más complicada?

—¡Me temo que sí! El Mediterráneo es un mar bastante placentero para navegar pero la cosa cambiará cuando crucemos el estrecho del Bósforo en Estambul. Entonces entraremos en el mar negro y ese es un tipo diferente de pescado. Los vientos cambian con mucha frecuencia haciendo que el mar este más embravecido y las brumas son habituales. Por eso se le llama mar negro.

—Creo que voy a encontrarme mal otra vez.

—¡Ya verás como no! —dijo el hombre agarrándola por los hombros haciendo que se sonrojase—. Sadith no dejaría que te pasase nada.

—¿Cuánto hace que la conoces? —preguntó Becca intentando cambiar de tema y disimulando el arrobamiento que los brazos de aquel hombre le habían provocado.

—Bueno, toda la vida. Mis antepasados han servido a Sadith durante milenios, por raro que sea el decir algo así, y mi familia continuó con esa tradición, así que la he conocido desde siempre. Cuando mis padres murieron ella se hizo cargo de mí, de buscarme una familia que me quisiese y cuidase y siempre se ha encargado de que no me faltase nada.

—¿Qué edad tenias cuando...? —replicó Becca sin atreverse a formular la frase.

—Seis años. No te acuerdas, ¿verdad?

—¿Acordarme? ¿De qué?

—Tú me hiciste esta cicatriz cuando éramos niños —dijo indicando una pequeña marca blanca en su barbilla donde no crecía el pelo rubio que cubría el resto de su rostro—. Me tiraste de un columpio en casa de mis padres porque no te dejaba subir.

—¿Cómo? ¡No, no puede ser, no recuerdo nada de todo eso!

—Bueno, solo tenías cuatro años, supongo que es normal.

—Marcel —les interumpió la voz de Sadith—, ¿podrías ir a prepararle algo de comer a Becca, cariño? Estoy segura que está hambrienta.

—Claro tía —respondió el hombre entendiendo perfectamente lo que Sadith deseaba mientras Becca seguía agarrada a la baranda y se giraba para mirar al infinito.

—En esta familia las sorpresas no se acaban nunca, ¿eh? —dijo Becca en un tono neutro.

—¿Te sorprende saber que una vez tuviste algo parecido a una familia? ¿Que aún la tienes?

—¿Por qué no puedo recordar todas estas cosas? —soltó Becca girándose para encarar a Sadith.

—Esos recuerdos tuvieron que ser adormecidos en tu mente para que pudieses empezar una nueva vida en Canadá, una vida segura, una vida larga.

—Una vida solitaria.

—Lo sé, y lo lamento, pero no podía permitir que acabases como muchos otros en tu misma situación, como la misma Genevieve. Por desgracia no siempre he sido capaz de protegerte tanto como

hubiese deseado. Genevieve pensó que tenías derecho a una vida tan normal como fuese posible y te alejó de mí que deseaba esconderte del mundo. Su amor por ti la llevó a refugiarse contigo, que apenas eras una niña pequeña, en casa de los padres de Marcel. Perdí la cuenta del número de veces que traté de hacerle entender que alejarte de mí te exponía a un peligro inmenso, que sólo yo podía protegerte, protegeros. Creo que Genevieve veía en ti de alguna forma la niña que ella no había podido ser y quería que tuvieses algo diferente a lo que ella había tenido. Un deseo que sólo acarreó desgracias. Apenas estuvisteis en casa de los padres de Marcel una semana cuando un ángel exterminador, el mismo tipo de criatura que te atacó en Escocia, se presentó en la casa. Lejos de mi influencia, mis hechizos de protección no eran igual de poderosos y hallaron la manera de encontrarte. Genevieve pudo lanzar un hechizo de ocultamiento sobre Marcel y tú, pero lo pagó con su vida y la de los padres de Marcel. Os encontramos dos días después, abrazados dentro de un armario falso de la casa aún protegidos por aquel hechizo. ¡Ese día perdí a alguien a quien quería como a una hija y a dos grandes amigos, Marcel perdió mucho más! En ese mismo momento decidí que no permitiría que lo mismo te ocurriese a ti aunque para ello tuviese que separarte de mi lado y mantenerte en el olvido, aunque aquello me destrozase el corazón.

Becca miró a la mujer cuyos ojos estaban llenos de lagrimas y no pudo evitar que los suyos hiciesen lo mismo. No hubo más palabras, ningún reproche más tenía cabida. Nada de todo aquello mitigaba el dolor de lo que había vivido, pero sin pensarlo un segundo siquiera tendió su mano a Sadith en un gesto que las dos habían necesitado hacia mucho tiempo.

—¿Por qué? —preguntó Becca aún agarrada a ella—. ¿Qué hay en mí que sea tan importante como para que tanta gente haya tenido que morir por mi?

—Esa, mi pequeña, es la razón por la que necesito que conozcas a tu madre.—respondió la mujer acariciando suavemente su pelo—. Porque no creo que se trate de lo que hay en ti sino de quién eres. —Becca prefirió no hacer más preguntas y callar sin atreverse a manifestar hasta que punto le aterraba conocer a la mujer que la había traído a este mundo, a la madre que nunca había conocido.

La travesía por el Mediterráneo continuó en calma, parecía que el mar quisiese hacerlo fácil para Becca que casi había llegado a disfrutar del viaje. Charice intentó que se relajase como ella y se pusiese un bikini para tomar el sol en cubierta como si de un yate

de la Riviera francesa se tratase, pero Becca se negó en redondo haciendo que Charice le hiciese rabiar recordándole que al menos uno de los caballeros a bordo ya la había visto en todo su esplendor. Al atardecer del cuarto día llegaron por fin a Estambul y se prepararon para cruzar el estrecho del Bósforo. La cantidad de barcos que estaban esperando para hacer el mismo paso era inmensa, la mayoría barcos de carga y petroleros, y algún que otro ferry. Se adentraron en aquella marabunta de embarcaciones y para cuando terminaron de cruzar el estrecho ya era noche cerrada. Becca sintió un pellizco en el corazón al pensar lo cerca que se encontraba de Estambul, una ciudad que siempre había querido visitar, y saber que no podía bajar de aquel barco ni siquiera por una hora pero se prometió a si misma que tan pronto como su vida volviese a la normalidad, fuese eso lo que fuese, volvería a aquella ciudad. Aquella noche se acostó en el camarote que compartía con Charice pensando en las luces de Estambul.

A la mañana siguiente Becca ascendió a la cubierta esperando encontrarse una inmensa extensión de aguas oscuras a su alrededor pero la imagen no había cambiado nada con respecto al día anterior. Una extensión de aguas turquesas seguía rodeando el barco como si no hubiesen dejado el Mediterráneo.

—¿Este es el mar traicionero al que todo el mundo llama negro? —preguntó con una sonrisa sincera a Marcel que se encontraba tras el timón.

—¡Ah, este mar es como una mujer, dale tiempo para que se muestre tal y como es! —respondió a la vez al comentario y a la sonrisa.

—No sé si tienes esposa o novia pero no creo que le gusten mucho esos comentarios.

—No te preocupes —replicó riendo a carcajadas—. No tengo ninguna de las dos cosas.

—¿Soltero por convicción?

—Yo no he dicho que esté soltero —contesto guiñándole un ojo —. No hay una señora de Marcel Clemont, pero hay un señor Clemont y una pequeña Louise. —Becca se sonrojó ligeramente.

—Perdona, parezco tonta, como si no hubiese tantas formas de familias como personas.

—No te preocupes —replicó sin dejar de sonreir—, le pasa a mucha gente, es la comedura de tarro cristiana, no me lo tomo como algo personal.

—¿Y qué dice el señor Clemont de que estés lejos de casa todo este tiempo?

—Lo comprende perfectamente. Sabe la relación que me vincula a tía Sadith, y sabe que haría cualquier cosa por ella. Evidentemente hay mucho que debo ocultarle porque no lo entendería y por su propia seguridad y la de Louise, pero, por lo demás, somos una familia de lo más normal y aburrida.

—Dudo mucho que la vida de nadie vinculado a esta familia pueda ser aburrida en ningún sentido.

—¡Eso es verdad! —respondió Marcel y los dos rieron a carcajadas como si les hubieran contado un chiste tonto.

—Marcel —interrumpió la voz de Eustace de malas maneras—, ¿puedes concentrarte en hacer que esto navegue mas rápido? Este barco tuyo es demasiado lento.

—¡Quizá puedas probar a ir a nado Oswald, te vendría bien para destensar esos músculos tuyos tan bien puestos! —replicó el hombre haciendo que Eustace bufase por su fingido piropo—. Ya me explicarás que le has hecho porque está insoportable —le susurró a Becca.

—¿Yo?

—¡Oh, vamos, lleva evitándote todo el viaje y considerando la escasez de espacios de este barco le ha sido verdaderamente difícil! Todo el mundo se ha dado cuenta. Incluido el mismo.

—De verdad que no sé de que me hablas.

—Como quieras pero si yo fuera tú no dejaría escapar ese pescado, es una captura difícil de encontrar. —Esta vez fue Becca la que se alejó de Marcel bufando para entretenimiento del hombretón.

Becca comprendió a qué se refería Marcel cuando definió al mar negro como traicionero cuando el sol se ocultó. De repente una bruma densa rodeó el barco haciendo imposible ver nada en ninguna dirección. Sadith, Charice y Becca bajaron a la cocina comedor del barco mientras Eustace se quedaba en cubierta en caso de que Marcel, que ahora viajaba a ciegas con ayuda de un radar, necesitase algo. Ninguno de los dos durmió aquella noche pero ninguno de los dos se quejó, ni siquiera cuando la bruma persistió durante todo el día siguiente haciendo la navegación dolorosamente lenta. En aquellos dos días no encontraron ningún otro barco y Becca llegó a pensar que más que un mar negro aquel era un mar sin vida. Finalmente, al amanecer del día siguiente la bruma levantó y, aunque el cielo estaba nublado, por fin pudieron ver algo de luz. Marcel les indicó que esa misma tarde llegarían a Constanta y que todo estaba arreglado para la siguiente fase de su viaje. No llegaron a acercarse al puerto. Tan pronto como las luces de la ciudad

pudieron verse en el horizonte Marcel detuvo el barco e inmediatamente Eustace empezó a preparar todo para el desembarque. Becca no se dio cuenta de que dos hombres se habían acercado a la embarcación en un bote a motor hasta que estuvieron en cubierta. Los hombres se dirigieron directamente a Sadith ignorando a todos los demás y para estupefacción de Becca se arrodillaron frente a ella como si de una reina se tratase. La mujer se dirigió a ellos en una lengua que Becca no pudo reconocer y los hombres volvieron sin dar más explicaciones a la lancha que los había traído.

—Estos hombres nos llevarán hasta la costa. Allí nos esperan dos vehículos para conducirnos a las montañas —les explicó Sadith haciendo que Becca sintiese como su animo se desinflaba al pensar que aún debía viajar más.

—¿Quienes son?

—Esos hombres ha jurado dar su vida por tu madre y, por extensión, por ti también. De momento eso es lo único que necesitas saber.

Becca no quería discutir pero empezaba a casarse de las respuestas evasivas de aquella mujer y no pudo morderse la lengua.

—Un día de estos deberás empezar a plantearte responder alguna de mis preguntas.

—Un día de estos deberás empezar a plantearte hacer las preguntas correctas.—replicó con una media sonrisa que aún enervó más a Becca—. Quizá quieras despedirte de Marcel, tenemos que marcharnos.

Becca obedeció a regañadientes y se fundió en un abrazo con aquel hombretón rubio dándole las gracias por toda su ayuda.

—¡Ojala algún día, cuando todo esto se acabe pueda conocer a tu familia!

—Estoy seguro que harás muy buenas migas con Louise —contestó Marcel, mirándola a la cara con dulzura para acto seguido susurrarle al oído—. Sé que puede ser desesperantemente fría pero recuerda que estás viva gracias a ella y que ella es tu único verdadero aliado.

Becca no tuvo tiempo de responderle porque Eustace la apremió para que se marchasen alegando que no era seguro estar mucho tiempo allí parados pero una mirada a los ojos de Marcel le hizo sentir que el hombre era absolutamente serio en su afirmación. La agarró por el brazo y casi la levantó por alto para que empezara a bajar la escalera de cuerda que habían colocado en el lateral del barco. Cuando finalmente todos se encontraron en el bote los dos

hombres arrancaron el motor que hizo un ruido de todo menos discreto y partieron como alma que lleva el diablo. Solo Becca se giró para ver como la goleta que había sido su casa durante los últimos días se perdía en la distancia. El bote les llevó hasta una zona alejada del muelle de Constanta donde Eustace les apremió nuevamente para que subieran a una furgoneta completamente negra y con los cristales tintados que les esperaba en tierra. En menos de un minuto todos ellos, incluidos los hombres que les habían traído hasta allí, estaban dentro de aquel vehículo equipado como si de un minibús se tratase y se perdieron en la noche.

—Espero que os guste nuestro vehículo porque me temo que vamos a pasar aquí bastante tiempo —soltó Sadith pillando por sorpresa a Becca que no esperaba ninguna explicación.

—¿A qué llamas mucho tiempo? —preguntó con miedo Charice.

—Tenemos unas doce horas de coche hasta los montes Apuseni y desde allí al menos otras cuatro horas a caballo hasta nuestro destino.

—¿Qué? Pero, ¿estáis todos locos? No podemos viajar esa cantidad de horas sin descansar. No creo ni que sea legal —replicó Becca.

—Pero es la única forma segura de llegar hasta tu madre. ¿Quieres llegar al fondo de todo esto o no?

Becca no pudo responder porque sabía que solo había una respuesta válida y se limitó a mirar por la ventanilla de la furgoneta donde la noche rumana sólo le dejaba ver su propio reflejo, el rostro de una persona a la que no estaba muy segura de si conocía tan bien como ella creía. El viaje fue exactamente la pesadilla que ella había supuesto. Durmió durante la primera parte acurrucada en su asiento con la cabeza contra la ventanilla pero apenas fueron unas horas. Charice, que en condiciones normales habría sido la encargada de mantener a todos entretenidos con su incansable verborrea, estaba tan agotada como los demás e inusualmente silenciosa. Eustace limitaba su conversación a su madre la cual, por su parte, solo hablaba con los conductores en aquel idioma extraño que a Becca le sonaba tan extremadamente musical.

—¿Qué idioma es ese? —preguntó por fin más llevada por el aburrimiento que por la curiosidad real.

—Es Romaní, la lengua de los gitanos. Bueno —aclaró—, quizá debería decir que es una de las lenguas de los gitanos. Hay muchos dialectos de la lengua Romaní en el mundo.

—¿Dónde aprende uno la lengua gitana? —preguntó Becca sorprendida—. No me parece que sea una cosa que te enseñen en el

colegio.

—Cuando vives tantos años como yo acabas aprendiendo muchas lenguas, Becca, pero en tu caso, si estuvieras interesada en hablar con ellos probablemente solo tienes que desearlo.

—¿Cómo? Nadie aprende una lengua por ciencia infusa.

—Como te dije en París, tu poder es mucho mayor del que hemos visto antes en otros hijos de Helel. Tu madre y yo tenemos el don de hablar cualquier lengua y no me sorprendería que tu también lo tuvieses.

—Pero, ¿cómo lo hago? ¿Simplemente me digo a mi misma que quiero hablar Romaní y ya?

—Algo así, sí. Verás Becca, existen tres tipos de magia en el mundo, la magia de la palabra, la del acto y la de la voluntad. La primera es lo que popularmente se conocen como encantamientos, palabras que han de ser pronunciadas para causar un efecto. La segunda es aquella que requiere de la participación de objetos y movimientos, los hechizos como los conoce la mayoría de la gente. La última de ellas es la verdadera magia, la magia que sólo requiere del deseo y pensamiento de aquel que la ejecuta. Hay personas que tienen un talento especial para la primera o la segunda y hay personas cuyo poder va más allá de todo eso y sólo necesitan de su voluntad para crear cosas a su alrededor. —La mujer extendió su mano y una rosa blanca como la nieve más pura apareció sobre ella, creada de la nada. Depositó la flor sobre la mano de Becca y al entrar en contacto con su piel la rosa cambio de color y se volvió negra como la noche para acto seguido transformarse en un puñado de cenizas haciendo que Becca sacudiera su mano asustada—. La magia requiere voluntad pero también control y serenidad y, evidentemente, está dominada por nuestras emociones. La alegría y la tristeza, el valor y el miedo son poderosas armas que la mayoría de los humanos no saben usar en su propio beneficio. Debes usarlo como un elemento de propulsión y no como un obstáculo, utiliza la energía que te proporcionan para llegar más lejos no para obligarte a parar.

Becca reaccionó sin pensarlo, mirando fijamente su mano y tan sólo deseando que la rosa se volviese a materializar, sintiendo que la energía a su alrededor obedecería para satisfacer sus deseos y, casi sin darse cuenta, las cenizas que habían caído al suelo de la furgoneta volaron de nuevo hasta su mano para arremolinarse juntas y crear una forma familiar, una rosa perfecta que sin embargo tenia una diferencia con la que Sadith había creado, era roja como la sangre.

—¡Es roja! —dijo Becca sin saber si eso era bueno o malo.

—Es exactamente como tú las has concebido, perfecta en todos los sentidos.

Becca sintió como una energía poderosa se apoderaba de ella, una fuerza extraña pero que sin embargo no era totalmente desconocida, era la misma fuerza que la había llenado en el cementerio antes de que perdiese el control sólo que esta vez Becca se sentía capaz de controlarla. Sin pensarlo un segundo cerró los ojos para concentrarse en el conductor de la furgoneta y su acompañante que iban en la parte delantera enfrascados en una conversación en su idioma. Becca pudo visualizar cada palabra que decían, cada sonido, casi creía poder ver sus labios moviéndose sin que fuese capaz de entender nada pero, de repente, las palabras empezaron a cobrar sentido. Aún podía oírlas en aquel idioma musical y delicioso pero en su cerebro tenían un significado, podía leerlas como si se tratase de un libro abierto.

—¿Está todo preparado?

— Sí —respondió el conductor—, Zazva lo ha preparado todo. Pasaremos la noche en las afueras de Alba. Allí hay una casa lista para que puedan descansar. Les va a hacer falta a estos señoritos si quieren llegar hasta Zazva.

Becca abrió los ojos de golpe y miro a Sadith con una sonrisa de oreja a oreja.

—Lo sé. Espero que nunca más dudes de ti misma o de las cosas maravillosas que eres capaz de hacer —respondió con otra sonrisa a la par que se movía para volver a su asiento.

—¿Quién es Zazva? —le espetó Becca antes de que se alejase del todo.

—Creo que ya lo sabes, ¿no es cierto? —respondió Sadith con cierto misterio pero sin dejar de sonreir—. Zazva es tu madre.

Becca pasó lo que quedo de viaje jugando con aquella rosa entre sus manos y repitiendo mentalmente aquel nuevo nombre que, sin embargo, le resultaba tan cercano. Zazva. No podía recordar nada de ella pero aquel nombre no se quería despegar de su mente desde que lo había oído por primera vez. ¿Cómo sería? ¿Se parecería algo a ella? La ansiedad del encuentro se mezclaba con la rabia que aún sentía en su interior desde que había sabido que aún estaba viva. Saber que aquella mujer la había separado conscientemente de su lado le dejaba un sabor a vinagre en la boca. Sadith le había explicado que todo se había hecho por su seguridad pero Becca no podía entender que tan peligrosa era su existencia para haber forzado a cada persona que había entrado en su vida a empujarla

lejos y no volver a verla jamás. Aquellos pensamientos consumieron lo que quedaba de viaje y, al anochecer, llegaron por fin a Alba. Becca había pensado que se quedarían en alguna gran ciudad pero su gozo acabó en un pozo cuando por fin se bajó de la furgoneta. Alba resultó ser un pequeño pueblo situado entre montañas y sin un atisbo de vida en aquellas horas nocturnas. La furgoneta había parado frente a una casa antigua, situada en la afueras del pueblo y que, a la luz de los faros del vehículo, parecía pintada en un blanco grisáceo.

—¡Dios, me muero por una ducha caliente, un baño aún mejor! —soltó Charice tan pronto como puso los pies en el suelo estirándose como un gato.

—¿Tú has mirado a tu alrededor, Charice? Aquí tendremos suerte si nos dan un cubo para hace nuestras necesidades —le susurró Becca medio horrorizada, medio disgustada.

—Es mejor que entremos dentro, aquí estamos protegidos pero es mejor no arriesgar nada —les interrumpió Eustace a la par que las empujaba en dirección a la puerta de la casa por la que Sadith ya había entrado.

Las caras de Becca y Charice cambiaron completamente la entrar en la casa. Lo que esperaban que fuese una decoración cutre y ruinosa como el aspecto exterior de la casa era en realidad una explosión de estilo rústico escogido con el mejor gusto posible y digno de estar en la portada de cualquier revista de decoración de interiores. Los tonos tierra y pastel inundaban cada esquina coordinados de una forma exquisita hasta con la ubicación de los puntos de luz que estaba dispuesta para generar una calidez que inundaba el cuerpo nada más entrar.

—Yo podría vivir aquí —dijo Charice en un tono que no dejaba lugar a dudas de que estaba emocionada mientras se lanzaba a investigar el resto de la casa.

—No es lo que esperaba para nada, pensé que…

—Pensaste que íbamos a dormir en un carromato, ¿verdad? —sonrió Sadith—. No te culpo, mucha gente es lo único en lo que piensa cuando oyen la palabra gitano. Y, de hecho, no puedo asegurarte que no vaya a haber algo de eso antes de que lleguemos a nuestro destino, con tu madre nunca se sabe.

—Pensé que habías estado aquí antes.

—Así es, pero tu madre es, digamos que algo nómada, sé que esta ahí fuera, en esas montañas, esperándonos, pero dónde exactamente solo lo saben ella y su gente.

—¿Zazva es su verdadero nombre? —preguntó de repente Becca.

—No, no lo es. Pero así es como la llama su gente, aunque ni siquiera es un nombre gitano, proviene de una antigua palabra en sánscrito, Zazvata. Pero, dejaré eso para que te lo explique ella.

Becca quiso protestar pero la voz chillona de Charice la interrumpió.

—¡Becca!¡Becca, no te lo vas a creer, tienen un baño! ¡Y menudo baño, con todo y bañera! —gritó mientras la arrastraba de la mano sin darle oportunidad de acabar la conversación con Sadith.

La noche fue agradable y cálida aunque no durase mucho. Tuvieron la oportunidad de darse un baño, de calmar el cuerpo dolorido por el largo viaje en aquella furgoneta y de cenar una comida que Becca no pudo reconocer pero que, probablemente debido al hambre y al cansancio, le pareció la mejor que había probado jamás. Después pudieron dormir en camas blandas y, aunque Becca era consciente de que apenas habían dormido unas cinco horas, cuando Sadith les despertó al amanecer se sentía fresca y descansada. El desayuno fue frugal, apenas un poco de leche caliente con azúcar y algo de pan tostado con miel y antes de que lo hubiesen acabado Eustace ya las estaba apremiando para que saliesen fuera tan deprisa como pudiesen. La actitud del mayordomo empezaba a irritar a Becca que cada vez soportaba menos estar a su lado pero no sabía decir si lo que le molestaba era que la intentase mangonear de un lado para otro como si fuera el mandamás del grupo o que no hubiera sido capaz de dirigirse a ella desde el incidente del cementerio. Sea como fuere Becca no tuvo tiempo de regocijarse en su enfado con Eustace porque lo que la esperaba en las afueras de la casa la dejó sin respiración. Frente a ella había un grupo de mulas, altas como nunca las había visto y que Becca juró que la miraban mal desde el momento en que salió de la casa.

—¿Esto es una broma, verdad?

—Tu madre vive en las montañas, ¿cómo pretendes que lleguemos hasta allí si no es a lomos de una mula? —replicó Sadith que ya estaba subida en uno de los animales.

—¿Aquí no saben lo que son los quads?

—A donde vamos, ningún quad puede llegar Rebecca así que te recomiendo que montes si no quieres quedarte atrás.

Uno de los gitanos ayudó a una Becca muy poco feliz a tirarse, porque no puede decirse que aquello fuese montar con mucha soltura, sobre la mula. Pero si Becca estaba horrorizada por aquella experiencia había alguien a quien aún le hacía menos gracia. Charice, a la que habían tenido que subir entre dos hombres encima

de una mula torda, no dejaba de quejarse del olor de las bestias, de las moscas que atraían y de que posiblemente estaban llenas de pulgas, garrapatas, piojos y todo tipo de criaturas indeseables. En respuesta a sus amables palabras, la mula la lanzó dos veces al suelo haciendo que Charice añadiese los insultos a su retahíla de piropos para el cuadrúpedo.

La primera media hora fue verdaderamente incómoda para Becca que tenía miedo a caerse del animal, pero cuando por fin logro relajarse, acabó por olvidarse de lo que llevaba entre las piernas para recrearse tan sólo en las imágenes que llenaban sus ojos. Aquellas montañas eran un caleidoscopio de colores verdes, naranjas y ocres salpicados del gris de las piedras que las constituían. Por un momento Becca pensó que podía entender por qué alguien escogería vivir allí, entre la naturaleza, entre aquella belleza absoluta. Ni siquiera el aire frío que recorría los caminos por los que lentamente ascendían le importo lo mas mínimo, de alguna forma, allí, en medio de quién sabía dónde y rodeada de extraños se sentía libre, mucho más de lo que lo había sido jamás.

Siguieron el camino de ascenso sin parar ni siquiera para la comida que consistió en un poco de pan y queso sobre la montura. El camino se internó en un bosque frío y oscuro que cubría una de las laderas de la montaña. Tan pronto como entraron en el bosque fue como si se hubiesen quedado sordos, no se podía oír un solo sonido. A Becca le extrañó que no pudiesen oírse ni siquiera pájaros o el viento en las ramas de los árboles. Como si se hubiese dado cuenta de lo que estaba pensando Eustace que montaba unos pasos por detrás de ella le habló.

—El nombre de este bosque se traduce como la puerta del infierno en rumano antiguo. La leyenda dice que el diablo tiene una de las entradas a su casa aquí y que prohibió a los pájaros y el resto de los animales hacer ruido para poder oír bien si alguien se acercaba a su morada.

Becca no le respondió aunque estaba sorprendida porque se hubiese dignado a dirigirle la palabra mas allá de darle instrucciones. El hombre, al ver que no recibía respuesta, tomó aquello como una señal de que no quería saber nada de él y azuzó a la mula para adelantarse hasta la cabeza del grupo dejando a Becca entre cabreada y cabreadísima. La tarde estaba muy avanzada, llevaban todo el día montando sin un respiro y el bosque, que ahogaba con su manto el poco calor que el sol de esa hora proporcionaba, parecía no acabarse nunca. El camino continuó entre las sombras y el silencio durante al menos otro par de horas

hasta que por fin los árboles frente a ellos parecieron separarse del camino como abriendo la entrada a otro mundo. Ante ellos se desplegó una gran explanada, un claro enorme en el medio de aquel mar de árboles que parecían haberse apartado respetando aquel inmenso espacio como si de algo sagrado se tratase. Cuando su mula entró por fin en el claro Becca se sorprendió aún más al ver que el espacio estaba ocupado por lo que parecía un pueblo en miniatura, formado por una veintena de casas de madera como sacadas de un cuento medieval, organizadas en torno a una pequeña plaza cubierta de tierra con una fuente en la parte central alrededor de la que se desplegaba una cantidad ingente de vida. Había chiquillos corriendo alrededor de la fuente, mujeres mayores sentadas en el borde charlando, gente que iba y venía de unas casas a otras o que se internaban en la parte mas alejada del bosque. Y todos ellos tenían algo en común, nadie prestaba la mas mínima atención a los recién llegados como si su visita fuese algo esperado, predecible. Los gitanos que les habían acompañado todo el camino empezaron a hablar con la gente del lugar y era obvio que no eran unos extraños en la comunidad. Becca vio como alguien les daba indicaciones apuntando a un extremo del claro donde un camino estrecho de tierra se adentraba de nuevo en el bosque. Uno de los hombres vino directo hacia Becca, que a duras penas logró bajarse de la mula y empezó a hablarle en aquella lengua que se suponía que Becca desconocía. Becca se sintió tentada de decirle que parase, que ella no hablaba su idioma, que intentase hablar con Sadith, pero de repente recordó lo que la mujer le había dicho y sin dudarlo respiró profundamente y se concentró en las palabras del hombre, no sólo deseando entenderle sino sabiendo que lo haría. Inmediatamente sus frases empezaron a tomar sentido.

—Zazva está esperándola —dijo el hombre con paciencia sabiendo que ella podía ahora entenderle—. Debe seguir el camino, ella espera allí. —Y su mano apuntó al camino que entraba en el bosque.

Becca miró al camino insegura, incapaz de decidir si obedecer al hombre o no hasta que la voz de Sadith resonó tras ella.

—Llevas esperando esto mucho tiempo Rebecca, no hay tiempo para más dudas. Lo sé, estas asustada pero si te sirve de consuelo, no creo que ella esté más tranquila que tú. —La sonrisa de Sadith al mismo tiempo que sus manos cálidas sujetaban las suyas le dieron las fuerzas necesarias para dar el primer paso en dirección al camino. Los pasos siguientes fueron más fáciles.

El camino ascendía rodeado de bosque hasta llegar a un terreno

elevado, un nuevo claro aunque de menor tamaño. Cuando logró llegar hasta él, Becca vio que un acantilado se desplegaba frente a ella ofreciéndole una visión maravillosa de las montañas a su alrededor con el sol justo frente a ella iniciando su descenso para ocultarse tras la montaña. Sus rayos bañaban todo alrededor de una luz roja del color del fuego intenso, el mismo color del pelo largo y sedoso de la mujer que se encontraba de espaldas a ella, mirando al abismo. Como si hubiera averiguado su presencia la mujer se giró lentamente para mirarla y Becca se encontró de frente con un rostro hermoso como el de una estatua de mármol de las que había visto solo en museos, un rostro que conocía bien porque era el rostro de la mujer que la había salvado de la criatura en los jardines de Duncan Hall. Un rostro con un parecido inmenso al de Sadith y que le miraba con los ojos llenos de lágrimas. De repente en su mente resonó la voz de la mujer, una voz dulce y calmada que la llamó por su nombre y, de alguna manera, Becca pudo recordar haberla oído pronunciar su nombre mucho tiempo atrás.

—Rebecca

Becca quería gritar, correr hacia ella y pegarla, hacerle pagar por todo el dolor y la soledad que le había tocado vivir, demostrarle cuanto odio sentía hacia ella por haberla abandonado, provocarle el mismo dolor o uno aún mayor, hacer que sufriese como ella había sufrido, como aún lo hacía. Sus piernas tomaron el control y echaron a correr hacia la mujer con todas sus fuerzas pero sus manos no la golpearon, sus palabras no la hirieron, en su lugar, sus brazos se aferraron a ella como intentando que no se separasen nunca más y la mujer, correspondiendo a su abrazo tan sólo le susurró cuatro palabras al oído llenas de un amor inmenso.

—¡Nunca más estarás sola!

Becca no supo cuanto tiempo paso allí, abrazada a aquella mujer pero sabía que no quería alejarse de ella. La mujer le cogió el rostro entre las manos y le habló nuevamente con la misma dulzura.

—Te has convertido en una mujer preciosa y una de la que estoy tremendamente orgullosa. Tenemos mucho de que hablar pero ahora es necesario que volvamos al pueblo, la temperatura caerá muy rápido ahora que el sol se ha puesto. —Becca intentó protestar, tenía tantas cosas que preguntarle que no quería que nada interrumpiese ese momento y la mujer pareció leer su pensamiento. —Lo sé, lo sé, pero tendremos tiempo para ello, te lo prometo. —Y la cogió de la mano para guiarla de vuelta la camino que la había

llevado hasta allí y descender de nuevo hasta el pueblo.

Cuando llegaron a la plaza ya era noche cerrada. Muchas de las casas tenían faroles iluminando tímidamente sus puertas. La mujer se dirigió decidida a una de las casa mas alejadas de la plaza y, sin llamar a la puerta, entró seguida de Becca. Dentro les esperaban Sadith, Charice y Eustace sentados en unas sillas de madera junto a un fuego que a Becca le pareció una bendición porque venía helada. La mujer y Sadith se fundieron en un abrazo profundo y sin decir una palabra tan sólo se miraron a los ojos haciendo que Becca se preguntase que podían estarse diciendo la una a la otra. El abrazo duró unos instantes y cuando por fin se separaron Sadith se dirigió a Charice.

—Charice, creo que tú eres la única que no conoce a mi hermana Liliath.

El nombre resonó en el cerebro de Becca y su corazón se aceleró como si sus latidos quisieran hacerse eco de aquel nombre. Liliath. Su madre, la mujer a la que acababa de conocer no era otra que Liliath, la Liliath sobre la que había estado leyendo durante semanas, la Liliath traicionera, sedienta de poder y capaz de todo, hasta de abandonar a sus propios hijos por alcanzar sus metas. El corazón de Becca se rompió y se sintió estúpida. Debía haberlo supuesto. Debía haber asumido que su vida no podía convertirse de repente en una novela rosa en la que la huerfanita encuentra a una madre adorable. No lo había querido ver pero siempre lo había sabido. Aquella mujer era un monstruo y ella era exactamente eso, la hija del monstruo. Becca empezó a sentir como la rabia la controlaba, como la angustia tomaba el control y como la llama ardía de nuevo en su interior. Le habían mentido, durante toda su vida le habían mentido. Habían abusado de su confianza, de sus deseos de aclarar su papel en el mundo, en su familia. Había sido débil, frágil y manejable pero nunca más. Podía sentir como el fuego crecía en su interior apunto de desbordarse y acabar con toda aquella mentira y con los mentirosos. De repente, una mano cálida se posó sobre su hombro y la voz de Sadith resonó en su mente.

—Respira profundamente —dijo—. Nada es lo que parece. La Liliath que has conocido en palabras de Helel y la que tienes delante son mujeres diferentes. Debes darte la oportunidad a ti misma de conocer a tu madre por boca de tu madre, no por lo que los demás podamos contarte de ella.

Becca no estaba segura de querer aceptar que lo que Sadith le decía era verdad pero finalmente obedeció y empezó a respirar profundamente para calmar la rabia en su interior. Unos segundos

después la llama había desaparecido y volvía a ser ella misma. Cuando levantó la cabeza se encontró con el rostro de Liliath cubierto de tristeza que la miraba fijamente. Becca evitó su mirada y la mujer, entendiendo el mensaje, se despidió de todos hasta el día siguiente y abandonó la casa. Sadith salió tras ella y Becca se despidió de Charice y Eustace con la excusa de que estaba agotada por el viaje. Aquella noche los sueños no fueron agradables, su mente conjuró imágenes en cadáveres calcinados a su alrededor pero los cuerpos no estaban dispuestos al azar, todos ellos estaban postrados ante ella, mostrando su adoración mientras ella reinaba sobre aquella muerte y putrefacción sabiendo que ella era la única causante. Y entre aquella muerte, Becca era la única soberana.

El dolor de cabeza cuando se despertó era de los de hacer historia. Afortunadamente Charice conservaba en su neceser su colección de pastillas de todo tipo que Becca pudo combinar con un café que le supo a gloria. No habían visto a nadie más en la casa y Becca asumió que el desayuno había sido preparado por Eustace que de todas maneras estaba completamente desaparecido al igual que Sadith. Afortunadamente Charice tampoco había dormido bien y no se encontraba especialmente habladora, algo que la cabeza de Becca le agradeció enormemente. Tras el desayuno Charice decidió echarse un rato más y a Becca le pareció una oportunidad perfecta para salir a tomar algo de aire sin que nadie se interpusiese entre ella y sus pensamientos.

Al salir al exterior, un grupo de chiquillos se acercó hasta ella jugando y armando un alboroto tremendo pero se marcharon inmediatamente cuando una mujer les chilló algo desde la fuente de la plaza que no parecía muy agradable. Becca miró a su alrededor y le sorprendió ver la cantidad de vida y actividad que aquel pueblo tan pequeño desplegaba a esas horas de la mañana. Había una considerable cantidad de gente que se afanaba en ir de un lugar a otro charlando con sus vecinos y sin preocuparse para nada de ella. De repente, en el otro extremo de la plaza Becca vió a Liliath que salía de una de las casas con una especie de caja en las manos. La acompañaba una mujer mayor y de aspecto muy frágil que se abrazo a ella con ternura para despedirse.

—Zazva es nuestra bendición —le dijo una voz a sus espaldas y Becca se dio cuenta de que su mente había reconocido automáticamente la palabras. Se giró para encontrarse con la misma mujer que había gritado a los chiquillos un segundo antes—. Ella nos cuida. Si no fuera por ella estaríamos todos muertos—dijo y un segundo después se marcho sin darle oportunidad a Becca de

responder.

No se lo pensó un segundo más, sus pies casi actuaron automáticamente y echaron a nadar para seguir a Liliath que se había internado de nuevo en el bosque. La siguió en la distancia sin tener idea de a donde se dirigía mientras se internaba más y más en la espesura hasta que finalmente la vio llegar a una casa de madera, construida entre los arboles en una especie de terreno elevado y con una escalera de madera que llevaba hasta la puerta. Becca se mantuvo a cierta distancia de la casa sin saber que hacer y pensando que probablemente era mejor darse la vuelta, pero de repente la puerta de la casa se abrió de nuevo y Liliath salió al exterior y se dirigió a ella.

—¿Quieres entrar? —preguntó con dulzura—. Creo que te debo unas cuantas explicaciones —dijo sin obtener respuesta de Becca que no estaba segura de que hacer—. Por favor.

Becca lo pensó un segundo más pero finalmente entro en la casa tras Liliath. La cabaña era extremadamente sencilla, dividida en dos partes en diferentes alturas separadas por una cortina que estaba descorrida y dejaba ver un camastro de madera y unos arcones en el piso más elevado mientras que el piso inferior tan sólo tenía un gran fuego con algunas ollas a su alrededor y unos sillones que habían conocido mejores tiempos.

—¡Sientate, por favor! Ya ves que no vivo con muchas comodidades. ¿Quieres un té? —dijo ofreciéndole una taza de barro con un liquido humeante.

—Gracias. ¿Puedo preguntarte por qué no vives en el pueblo?

—Me gusta vivir cerca de la naturaleza y con los años he desarrollado un gusto por estar sola, la verdad. Los vecinos del poblado construyeron esta casa para mí. Si no hubiera sido por ellos no sé que hubiera sido de mí, me ayudaron en un momento de gran necesidad y me acogieron de nuevo cuando necesité ocultarme del mundo. En realidad, cuando las dos lo necesitamos.

—¿Qué quieres decir?

—Dime algo, ¿qué sentiste cuando entraste en el bosque por primera vez?

—En realidad, me pareció el lugar mas bonito del mundo.

—Y sin embargo es un lugar que provoca miedo en mucha gente, y no sólo por las leyendas a su alrededor.

—Eustace me contó algo al respecto.

—Sin embargo, en ti el efecto fue diferente. Los gitanos dicen que uno siempre conserva un vinculo especial con el lugar donde ha nacido, que ese lugar es tan sagrado como la misma madre.

—¿Cómo?

—Tú naciste en este pueblo, entre estas gentes Becca —le aclaró Liliath dejando a Becca sin saber que decir—. Cuando llegó el momento de dar a luz las circunstancias a nuestro alrededor digamos que eran poco seguras así que me escondí en el único lugar donde sabía que nadie podría alcanzarnos jamás.

—Veo que la cantidad de cosas que desconozco es inmensa —respondió Becca en un tono agrio.

—A lo mejor sería mejor que nos centrásemos primero en lo que sí conoces, ¿no crees?

—Ah, ¿sí? ¡Déjame ver! Me llamo Rebecca Engels, aunque probablemente ese no es siquiera mi verdadero apellido, soy huérfana, aunque en realidad tengo una familia extensísima con una madre y una tía que deben tener dos mil años o más, un padre del que no sé nada pero que se esfuerza en que no pierda mi amor por la lectura enviándome libros mágicos que relatan historias que no entiendo. ¡Ah, sí! Me han intentado matar unas doscientas veces en los últimos meses pero no hay problema porque soy capaz de destruir barrios enteros con un movimiento de mis pestañas como si fuese una bomba atómica con patas, pero no tengo que preocuparme por nada porque al menos ya sé donde he nacido. No me jodas, ¿vale?

—Más allá del tono irónico, es un resumen relativamente acertado —respondió Liliath sonriendo lo cual hizo que Becca se exasperase aún más.

—¿Tenéis alguna idea tú y el resto de nuestra querida familia del desastre de vida que tengo gracias a vosotros? —replicó Becca notando como su ira aumentaba y su corazón se aceleraba

—Créeme, soy muy consciente y en ningún caso fue nuestra intención pero si me aceptas un consejo ya es hora de que dejes de llorar por las esquinas por la vida tan dura que te ha tocado vivir y empieces a coger las riendas de esa vida y llevarla a donde tu desees que vaya.

—¡Esto es el colmo! —replicó Becca gritando y lanzando la taza de té que se rompió en mil pedazos contra el suelo—. Eres tú quien arruinó mi vida abandonándome cuando más te necesitaba. Por culpa tuya he pasado mi vida sola, agobiada por mis miedos, el mayor de ellos miedo a mi misma, a lo que sabía que era capaz de hacer y que no controlaba. Y, ¿ahora me vienes con lecciones de vida? Ahórratelas porque hace mucho tiempo que perdiste todo derecho a decirme como vivir mi vida. Sé quien soy y no necesito de tu guía para vivir mi vida. —Su cuerpo estaba tenso, crispado,

todos sus músculos listos como una pantera dispuesta a atacar.

—Y, ¿quién eres? —respondió Liliath gritando tanto como Becca.

—Soy la hija de Lucifer y el mundo se arrodillará ante mí o arderá en el fuego de mi ira —gritó Becca levantándose del asiento con los ojos en blanco y las llamas se extendieron a su alrededor como los pétalos de una flor.

Un segundo después Becca volvió en sí y se encontraba en el suelo entre los brazos de Liliath temblando mientras a su alrededor las llamas se habían detenido como congeladas en el tiempo.

—Helel..., Helel es mi padre —dijo Becca casi sin poder articular palabra por las lágrimas.

—Sí, cariño, así es. —Y sus dedos tocaron su frente haciendo que Becca se sumiese en un sueño dulce y profundo como no había tenido hace meses.

Sus ojos se abrieron lentamente. Se había acostumbrado tanto a estar inconsciente que ya esperaba cuál era la sensación que vendría después, un punzante dolor en la cabeza que parecía querer destrozar su cráneo desde dentro, pero para su sorpresa no sólo no hubo dolor sino que se sintió absolutamente bien. Miró a su alrededor y comprendió que se encontraba en la cama que había visto en la cabaña al entrar. Junto a la cama había una pequeña mesa de madera y sobre ella una especie de incensario en el que algo con un aroma dulce ardía lentamente.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Liliath corriendo la cortina que aislaba el cubículo del resto de la cabaña.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Lo normal en tu situación, un par de días.

—Si te refieres a normal por la frecuencia con la que me ocurre, estoy de acuerdo. No creo que esto sea normal para nadie más.

—Esto te ocurre siempre que tu poder se desborda. Te ocurrió en el colegio en Canadá, cuando fuiste atacada en Escocía, de nuevo en París y aquí. Es todo debido a tu falta de control. Ya te digo que es normal. Tienes un poder muy grande Rebecca, posiblemente más grande de lo que yo misma soy capaz de percibir en este momento. Un poder de esa intensidad que no es controlado consume toda tu energía en un instante y tu cuerpo se ve obligado a desconectarte para evitar que se quemen tus circuitos, si m permites la comparación.

—Ese tipo de símil viniendo de una mujer de dos mil años que

vive aislada en una montaña rumana con una panda de gitanos es muy raro —respondió Becca sin un ápice de humor pero provocando la risa de Liliath.

—La verdad es que sí, pero pensé que así me entenderías bien.

—Y, ¿qué se supone que debo hacer para poder controlarlo? —preguntó Becca incorporándose en la cama—, porque no me puedo permitir vivir en un estado permanente de desvanecimiento.

—Por ridículo que te parezca, lo primero que tienes que hacer es aceptarlo. Ese poder viene de quién eres, acepta quien eres y podrás controlarlo.

—Bueno, eso no debería ser demasiado complicado. Soy la hija de Lucifer, otra de vuestras mentiras. No soy la última descendiente de su línea de sangre, no soy la hija de Genevieve, no soy Rebecca Engels, soy la hija del diablo. ¡Cojonudo! —Becca sentía como su rabia volvía a crecer en su interior pero se obligó a si misma a respirar y calmarse.

—¿Es acaso tan diferente? ¿Por qué es más difícil ser la hija de Helel que su última descendiente?

—Es una mentira, una más. ¿De verdad crees que el tipo de vida que he tenido ha sido normal? A estas alturas de mi vida no tengo idea de quien soy gracias a vuestras mentiras constantes.

—Pensé que acababas de decir que eres la hija de Lucifer. —Becca se quedó mirando a Liliath sin responder y con ganas de pegarle un puñetazo, algo que no pasó desapercibido para la mujer que le respondió con una sonrisa. —No intento desesperarte Rebecca, lo que intento hacerte ver es que por más que tu vida siempre ha estado llena de mentiras creadas para mantenerte segura, tú siempre has sabido quién eras. Siempre has sabido que eras diferente, que podías hacer cosas que nadie más podía. Lo único que ha cambiado es que ahora sabes cuál es el origen de esa diferencia, pero la diferencia en sí misma no ha cambiado. Y, hasta donde yo se, has sabido manejar esa diferencia con mucho éxito.

—¡Esto es la hostia! —explotó Becca—. Estás intentando convencerme de que ser diferente es genial, una cosa divina que todo el mundo debería envidiarme. Te lo vuelvo a repetir, ninguno tenéis idea de la soledad que he tenido que soportar por ser diferente.

—Yo no he dicho que fuera fácil. La realidad es que las decisiones de Helel han afectado a esta familia profundamente y todos hemos pagado las consecuencias, incluido él mismo. No puedo cambiar eso, como no puede hacerlo él tampoco. Pero de alguna forma hemos navegado a través de esa tormenta. A veces

hemos perdido gente en el camino, cierto, gente a la que queríamos pero nunca, jamás, hemos dejado de ser una familia.

—¡Bueno, esto es para cagarse! Por si no te has enterado aún, mi querido padre se ha encargado de hacerme llegar unos bonitos volúmenes contándome partes de su vida, partes en las que, dicho sea de paso, lo más bonito que se puede decir de ti es que eres un zorra en el sentido no zoológico de la palabra. Así que no me cuentes la milonga de que esta familia siempre ha estado unida y ha superado las dificultades que otros nos han creado porque es otra mentira más. Para empezar, esta familia no habría tenido que soportar ningún tipo de problema si hubieses cerrado las piernas y no te hubieses dedicado a tirarte a un puto demonio a espaldas de tu marido.

La mujer no dijo nada, tan sólo se quedó mirándola fijamente con una expresión de tristeza infinita.

—Comprendo que conoces de mí tan sólo la versión de Helel y que, para ser completamente sincera, no creo que sea muy diferente de la realidad. Pero, ¿no te has preguntado aún cómo es que tú estás aquí si Helel me odia tanto?

—Miedo me da preguntar, esta familia es un colmo de perversiones y comportamientos desviados.

—Hay mucho más en esta familia de lo que has conocido hasta ahora. Los libros de Helel te dan una versión parcial de nuestra historia pero estoy segura de que ya te has dado cuenta que esta familia no esta hecha de una historia sino de muchas. Tienes la opción de creer que nuestras vidas fueron y son sólo lo que Helel te ha contado o darnos la oportunidad de ampliar tu visión de esta familia. Y si finalmente nos das esa oportunidad sospecho que te ayudará a entender por qué, después de tanto tiempo, Helel ha hecho tantos esfuerzos por llegar hasta ti.

Becca dudó por un instante pero finalmente comprendió que era justo que aquella mujer pudiese contarle su parte de la historia y acabó por acceder.

—Gracias —dijo la mujer sonriendo y comenzó su relato—. No sé qué es lo último que te contó Helel pero...

—Roma —interrumpió Becca.

—Ya veo. Muy bien, entonces déjame explicarte que ocurrió después de Roma.

21
Reencuentro

Abandoné Roma sabiendo que había conseguido burlar no sólo a los malditos arcángeles sino al mismo Helel. A mi lado estaban Drusila y Marcela, las dos hijas de mi esposo que yo había adoptado como propias y Asur, el hijo que había tenido años antes con el mismo Miguel en uno de mis movimientos para intentar acercarme al nuevo poder que los arcángeles representaban. Un error de cálculo que acabaría por pagar muy caro. Helel había cercenado la cabeza de la serpiente encargándose de Miguel lo que sin duda sumiría a los arcángeles en un período de confusión que me me daría tiempo suficiente para escapar de ellos y ocultarnos a sus ojos para siempre. Por su parte, sabía que Helel averiguaría más tarde o más temprano quién había robado su espada y vendría tras nosotros, pero poseer aquel objeto era mi garantía de que Helel nunca nos haría daño ni a mí ni a aquellos a los que amaba.

Así, convencida de que había cubierto mis huellas de la mejor manera posible, nos perdimos en un mundo que estaba a punto de cambiar de forma radical y muy conveniente para mí. Roma cayó como caen todos los imperios que intentan ascender más allá de sol y, con su caída, cual Ícaro, muchos otros reinos e imperios encontraron su oportunidad de brillar lo que incrementó la cantidad de círculos de poder en los que sumergirnos. Los años pasaron seguidos de los siglos y, debo reconocer que, al menos por un tiempo, llegué a olvidarme de Helel, de los arcángeles y de toda mi vida anterior. Mis pequeñas Drusila y Marcela envejecieron y agotaron sus vidas humanas, unas vidas que si bien no pudieron

calificarse de felices debido a la sombra de lo que les habñia tocado vivir, sí pude garantizar que fuesen seguras, nunca nadie más se atrevió a levantar una mano contra ellas. Finalmente nos quedamos tan sólo Asur y yo. Hacía muchos años que Asur se hacía pasar por mi hermano para evitar que el rostro joven de una madre que debía tener cierta edad generase suspicacias no deseadas y así, como hermanos, recorrimos el continente europeo de corte en corte. Sé que al menos hubo un par de ocasiones en que Helel estuvo a punto de encontrarnos pero, quizá por suerte o quizá por diligencia, supimos mantenernos en constante movimiento y evitar un encuentro aciago.

Las ruedas del mundo giraron nuevamente y, de repente, llegaron noticias del reino de España. Un hombrecillo minúsculo e insignificante había conseguido descubrir tierras en el oeste, más allá de las aguas del océano atlántico, las indias orientales. La corona española no tardó en reclamar su posesión convirtiendo a su reino en la mayor potencia mundial del momento. Pronto los ingleses, portugueses y franceses les seguirían en su intento de coger parte del precioso pastel que eran las futuras américas. Demasiado tentador para mantenerme alejada por mucho tiempo. Finalmente en 1660 llegué a Toledo de la mano de mi nuevo esposo, el Conde de Villaescusa, un hombre bajito, rechoncho y patético del que me libré en semanas. Como Condesa viuda de Villaescusa no tardé en encontrar un sitio en la corte del rey Felipe IV. Si algo había aprendido durante mis muchos años de vida era a desenvolverme en los círculos nobiliarios y no me costó un gran esfuerzo convertirme en el centro de todas las fiestas y saraos de la corte. La condesa viuda, supuestamente francesa, era la nueva amiga que todo el mundo deseaba tener, la invitada que todo el mundo deseaba acoger en su casa y la confidente a la que todas las matronas de la corte querían contar sus chismes. Becca, no existe poder más grande que la información y de esta, me aseguré que yo era absoluta poseedora. Evidentemente también me convertí en el objeto de deseo de todos los maridos frustrados y aburridos de la corte, ansiosos por una novedad que añadiese cierto exotismo a sus vidas lo cual me permitió, mediante la adecuada elección de mis compañeros de cama, incrementar aún más mi influencia. Asur por su parte, que ahora respondía al nombre de Alfonse de Ballard, había sido un magnífico aprendiz y se había convertido en amante de la principal dama de honor de la reina Mariana. Nuestra vida parecía ideal hasta que dos acontecimientos hicieron que nuestros planes descarrilasen. Por un lado, el rey Felipe murió dejando a su

esposa Mariana como regente debido a la minoría de edad del infante Carlos que apenas contaba con cuatro años. Por otro lado, mi última adquisición como amante, Juan José, un bastardo del rey Felipe sin demasiado amor por la reina y con un ferviente deseo de relevancia que acabaría por consumirle. Mi nuevo amigo me convirtió inmediatamente en objeto de los odios de la reina. Odios que se vieron acrecentados de manera importante cuando su confesor y nuevo inquisidor, un tal Nithard de origen austríaco, me involucró en un un supuesto complot para envenenarla. Evidentemente nada pudo demostrarse pero el hecho de que mi nombre se empañara en aquel escándalo hizo que mi circulo de influencia en la corte se viese reducido prácticamente a nada, obligándome a tomar una decisión drástica.

Era el año 1678 y Asur y yo embarcamos en el puerto de Cádiz con rumbo a las indias orientales, más concretamente a Cuba, donde mi difunto esposo poseía plantaciones de tabaco. Las indias eran un mundo verdaderamente nuevo y diferente. Por más que los españoles habían intentando replicar en la medida de lo posible su forma de vida y costumbres en la isla, aquel paraíso seguía unido a la madre tierra y a sus reglas de una forma mucho más intensa, una forma que se había perdido hacía mucho tiempo en el viejo continente. Para mí fue en cierta forma una vuelta a mis raíces, a las plantaciones de mi padre, a sus explotaciones de ganado, a una vida unida a la de toda la naturaleza que nos rodeaba y por un par de años fui feliz de una manera que nunca había pensado que pudiese darse ara mí. Allí no era un miembro destacado de la corte, no convivía con reyes y reinas, no manejaba los hijos de los gobiernos y, sin embargo, fui feliz. Creo que ese fue el momento en que empecé a darme cuenta de que sin pensarlo, sin ni siquiera desearlo, había cambiado. No fue lo mismo para Asur, que sentía que aquella vida era una especie de condena y lamentaba constantemente verse apartado de los círculos de poder el viejo continente. Su actitud en parte me hacía sentir orgullosa y en parte me asustaba. Sabía que su forma de pensar y sentir era simplemente una réplica de lo que yo había sido por muchos años y que había inculcado en él, pero al mismo tiempo, su ansia de poder excedía la mía propia y me estremecía al pensar qué no sería capaz de hacer por ese poder. Además Asur había desarrollado un talento para la crueldad que me dejaba sin palabras y que me había forzado en numerosas ocasiones a intervenir cuando abusaba de su poder para castigar a uno de los indios que trabajaban como esclavos en la plantación. Asur era un Nephilim como hijo de Miguel y eso, unido

a mi inmortalidad le había dado una vida especialmente longeva pero esa no era su única ventaja. Mi hijo poseía la capacidad de invadir las mentes de aquellos que le rodeaban siendo capaz, no de controlarlas, pero si de llenarlas de imágenes de acuerdo a su voluntad, haciendo que la gente viese lo que él desease, sintiese lo que él desease y, si así lo quería, sufriese dolores como nunca habían conocido. Por desgracia aquellos incidentes pronto llamaron la atención de la comunidad de Jesuitas de la isla. Los rumores de brujería se extendieron como la pólvora y aquellos fuegos se vieron inflamados aún más cuando los mismos Jesuitas recibieron carta del propio Nithard alertándoles de los cargos de brujería e intento de envenenamiento que habían teñido mi estancia en la corte. Tuve que hacer esfuerzos titánicos para controlar a Asur y evitar que acabase, como el pretendía, con todos los monjes de la isla y convencerle de que lo más inteligente era dejar pasar el tiempo sin llamar la atención, dejando que las noticias se convirtieran por sí solas en poco más que un chisme hasta que la gente se aburriese de hablar de ello y acabase por olvidar. Pero una vez más, el destino tenía diferentes planes. En el plazo de dos semanas una epidemia de fiebre atacó la isla y acabó con una gran parte de los indios, tanto esclavos como libres. No pasó mucho tiempo antes de que varias voces se alzasen entre los colonos españoles para culparnos de haber lanzado alguna forma de maldición sobre la isla. El ambiente se volvió demasiado violento para poder considerarlo seguro y acabaron por plantearse tan sólo dos opciones ante nosotros. Podíamos arrasar la isla y acabar con todos nuestros detractores como era deseo de Asur o podíamos huir nuevamente. Dado que la primera opción sólo nos llevaría a la segunda, nuestro destino era evidente.

Conocí a Lord Andrew Stanley, aunque por aquel entonces aún no era Lord, en el puerto de la ciudad de Santiago. En un intento por reemplazar la mano de obra perdida durante la epidemia de fiebre, y sin poder esperar al siguiente envío de esclavos traídos en barcos españoles, los terratenientes de la isla nos vimos obligados a comprar esclavos a los tratantes ingleses pagándolos a precio de oro. Afortunadamente aquella desgracia trajo para mí una oportunidad. En unos meses me había convertido en la señora de Lord Stanley, un pobre pescador de Cornualles que se había embarcado para las indias orientales con idea de hacer algo de dinero y había acabado siendo uno de los mayores proveedores de esclavos del nuevo mundo. Con su recién adquirida fortuna Stanley había comprado el título y una plantación inmensa en la isla de

Jamaica cerca de la nueva capital, Kingston.

Jamaica había sido colonia española hasta 1655 cuando los ingleses habían conseguido reclamarla como propia. Evidentemente todos los españoles habían abandonado la isla y desde ese momento los ingleses habían tenido serias dificultades para hacer que aquel trozo de tierra les fuese económicamente próspera. Los cultivos de tabaco y café eran pobres comparados con los de otras colonias y el esfuerzo de cultivarlos no compensaba económicamente. Finalmente los dueños de las plantaciones encontraron la solución mediante el cultivo de la caña de azúcar. La demanda del nuevo oro blanco en Europa era inmensa y los beneficios considerables. Las plantaciones crecieron y crecieron y con ellas creció la demanda de la nueva moneda de cambio en todo el caribe, la mano de obra humana. No es que el esclavismo fuese algo nuevo, desde luego, pero estaba a punto de cobrar una nueva dimensión. Los españoles se habían encargado de llevar la población de indios nativos, los arahuacas, casi a la extinción con el trabajo forzado y las enfermedades traídas del viejo continente, así que empezaron a importar los primeros esclavos africanos para cultivar sus plantaciones. Los ingleses simplemente multiplicaron la cantidad de esclavos traídos de África por centenares. Los esclavos eran la clave para que las plantaciones dieran dinero y por esa razón eran los más valioso que uno pudiese tener. En consecuencia, cualquiera que estuviese involucrado en la trata de esclavos tenía posibilidades de hacer una gran fortuna.

Evidentemente, Asur y yo nos encargamos de que Lord Stanley no tuviera demasiado tiempo de disfrutar su nueva suerte y en el año 1680 llegué a Jamaica para tomar posesión de mi nueva plantación como Lady Stanley, viuda, aunque para los miembros de la incipiente clase acomodada de la isla yo siempre fui la española.

Yo no lo sabía en aquel entonces pero, aunque yo me consideraba señora de mi destino, en realidad era él quien me estaba llevando a donde consideraba que debía estar.

Si los españoles habían intentado replicar en Cuba sus costumbres pero con un cierto grado de flexibilidad para los ingleses esa flexibilidad no existía y todo atisbo de cultura local era eliminado. La nueva sociedad inglesa de la isla vivía enclaustrada en sus círculos sociales sin mirar a su alrededor o sin querer reconocer lo que veían cuando miraban. Para ellos su vida debía ser una réplica de lo que podía encontrarse en los círculos de la corte en Londres y no existía la más mínima posibilidad de que ningún elemento externo pudiese afectarla. Ninguno, excepto yo. La

atracción que generaba mi figura con el exotismo asociado de ser una noble española sobre la que pesaban sospechas de brujería me había convertido un elemento imprescindible de todas las fiestas de sociedad que tenían lugar en la isla. A ello contribuía también el hecho de que fuera vox populi que mantenía relaciones con el otro elemento de la vida de la isla al que la sociedad inglesa intentaba volver la espalda, Port Royal.

Los ingleses habían conquistado Jamaica como premio de consolación ante la imposibilidad de hacerse con el control de la Española, una isla mucho más grande y rica. En consecuencia, se habían encontrado con que, si bien la conquista fue sencilla, no tenían los medios para defenderla así que el gobierno británico había llegado a un acuerdo con los bucaneros y piratas de la zona, permitiéndoles usar Port Royal como base a cambio de atacar a los barcos españoles y holandeses. Así, muchos piratas y bucaneros recibieron las llamadas patentes de corso y, efectivamente, pasaron a ser empleados del gobierno británico, corsarios. En principio era un acuerdo ventajoso para ambas partes, los corsarios se quedaban con las ganancias del ataque a los barcos enemigos y la isla se beneficiaba de aquella forma de protección sin necesidad de invertir ingentes cantidades de dinero en movilizar soldados a la isla. La relación fue exitosa durante un tiempo, hasta el punto que algunos de aquellos corsarios recibieron tierras en la isla y el más famoso de ellos, Henry Morgan, llegó a ser gobernador. Pero su éxito fue precisamente la causa de su caída. Un corsario que se asienta en la tierra deja de ser un corsario y de atacar barcos y, por otro lado, la estirada sociedad británica recién llegada a la isla no estaba dispuesta a aceptar entre ellos de buen grado a lo que realmente consideraban purria pirata venida a más. El resultado fueron dos sociedades completamente separadas y aisladas. En las plantaciones los señores ingleses vivían su fantasía de sociedad ordenada y muy británica, mientras unas millas al sur, en Port Royal los piratas vivían su vida entre las piernas de las prostitutas de sus innumerables tabernas. Ni que decir tiene que yo prefería pasar mi tiempo entre estos últimos lo cuál me acarreó numerosas habladurías que yo disfrutaba en alimentar. En poco tiempo había añadido a mi lista de atributos exóticos que me pasaba el día fornicando con piratas y bebiendo alcohol en supuestas orgías sin fin. Una historia que sólo era algo diferente de la realidad.

Pero había un tercer elemento en esta sociedad, uno que incomodaba a todos por igual y al que nadie concedía ninguna importancia. Los esclavos y los indios no existían para ninguna de

las otras dos partes de aquella sociedad y sin embargo, eran el motor que lo mantenía todo. Los ingleses habían tenido que vivir ya numerosas revueltas de esclavos escapados que habían huido a las montañas y formado pequeñas guerrillas que, si bien era obvio que nada podían hacer contra el status quo de la isla, sí eran capaces de atacar plantaciones lo que resultaba en sus dueños convirtiéndose en un auténtico dolor para el gobierno con sus constantes reclamaciones de mayor seguridad. Pero todos esos intentos a pequeña escala de ganar su libertad por la violencia estaban a punto de convertirse en algo mucho mayor.

En aquel entorno confuso y caótico yo me manejaba como hábil capitán siendo capaz de sacar lo que me interesaba de quien me interesaba al mismo tiempo que satisfacía las necesidades de todas las partes. Pero lo que para mí era una situación casi de divertimento para Asur, o debería decir Alfonse, era una pesadilla. Mi hijo se sentía tan atrapado en Jamaica como antes lo había hecho en Cuba y mis intentos porque se integrase en la sociedad inglesa fueron en vano. Quizá estuve distraída, quizá me relajé demasiado o quizá quise creer que en aquella esquina perdida del mundo estábamos a salvo pero la realidad es que no supe ver la inmensa nube de oscuridad que se cernía sobre nosotros.

Era la noche de fin de año de 1691 y un carruaje me llevaba hasta la residencia Faherty, la casa de uno de los matrimonios más adinerados de la isla ubicada en su hacienda que estaba a tan sólo unos minutos de la nuestra. Elizabeth Faherty era una una mujer de mediana edad, algo entrada en carnes y con un rostro, que si no era atractivo no podía calificarse de desagradable. Su matrimonio, arreglado por supuesto, era tan aburrido como podía serlo cuando tu marido es un hombre que te saca diez años y que ha perdido todo interés por nada que no sea el dinero. Andrew Faherty había enviudado hacía unos años y había enviado aviso inmediato a su hermano en Londres para que iniciase el proceso de búsqueda de una esposa adecuada. La elegida, probablemente por falta de otras opciones, fue la hija menor de un comerciante de vinos, poco agraciada y sin dote importante que constituyese un atractivo añadido, la cual se vio en la obligación de decir que sí a una oferta de matrimonio que podía ser la única que recibiese y que acabó llevándola a vivir a la otra punta del mundo. En aquel escenario terrible para ella, Lilly, como le gustaba que la llamasen, se había refugiado en la mujer que representaba todo aquello que ella nunca podría ser, y yo la había tomado bajo mi ala organizando con frecuencia encuentros con recios hombres de Port Royal que

pudiesen darle todo lo que su marido le negaba e incluso un poco más. En consecuencia, Lilly era lo más parecido a una amiga que podría tener entre la alta sociedad de la isla.

Me bajé del carruaje sudando debido al peso de los ridículos ropajes de fiesta que llevaba puestos y que eran absolutamente inútiles en las temperaturas tropicales de la isla. Pero la ocasión mandaba. La mayoría de la población inglesa de la colonia se sentía frustrada por no poder formar parte de la gran revolución social que supuestamente estaba ocurriendo en Londres desde la restauración de la monarquía y la llegada al trono de Carlos II. Aparentemente la austeridad de Cromwell había desaparecido sin dejar rastro y la corte volvía a recrearse en fiestas de esplendor incomparable, con ropajes elaborados y joyas por doquier. Algo que no había cambiado con la llegada al trono de su hermano, Jaime II. O eso era algo que las pocas misivas que llegaban desde la vieja madre patria les hacían creer. En consecuencia, los colonos de cierto poder adquisitivo se empeñaban en tratar de replicar lo que en sus mentes se dibujaba con un ejemplo de placer y lujo, y las fiestas se repetían en las distintas haciendas y las casas de los miembros del gobierno de la isla, cada una tratando de superar el brillo y esplendor de la anterior.

—¡Hélene, querida! —me recibió Lilly en la puerta del gran salón de su casa.

—Estás preciosa como nunca Lilly, tienes un maravilloso tono rosado en tu piel.

—Algo que te debo solamente a ti, mi querida amiga, y a la magnífica espada de ese corsario amigo tuyo —me susurró al oido mientras me agarraba por el brazo para llevarme dentro del salón.

—Ya te dije que era muy hábil con...la espada.

—¡Me has salvado la vida, querida! —dijo parándose en el centro del salón—. ¡Amigos, la fiesta está salvada, nuestra querida española ha llegado! —Sus palabras fueron recibidas por un coro de aplausos como si aquello fuese un circo y yo su número principal. —Ven conmigo, tengo mucha gente que presentarte, anoche llegó un barco de la real compañía africana cargado de nuevos esclavos y Andrew ha invitado a los capitanes y almirantes a nuestra fiesta. ¡Algunos son verdaderamente guapos!

La real compañía africana era la organización que monopolizaba todo el mercadeo de esclavos entre África y las colonias inglesas en América. Había sido fundada por el actual rey Jaime cuando era Duque de York y los beneficios que aportaba a la corona eran incontables. Sus empleados eran siempre contactos deseables en las

colonias que dependían totalmente de dicha compañía y su presencia en la fiesta era una indicación de poder y estatus social. Lilly me guió entre la marabunta de gente que intentaba pararnos para charlar conmigo, especialmente los caballeros, y me llevó directamente a un pequeño grupo formado por su esposo y otros tres hombres.

—Caballeros, ¿puedo interrumpirles para presentarles a la joya de la corona jamaicana? La señora Hélene de Ballard, Lady Stanley —dijo haciendo que todos los hombres se girasen para mirarnos. Habría podido jurar que en aquel momento había oído un sonido como el que hacen las piezas de un reloj al encajarse, un alineamiento de planetas perfecto. Allí, frente a mí, vestido completamente en negro como si quisiese destacar el color verde intenso de sus ojos que me miraban con una furia y un fuego como hacía muchos años que no veía en nadie, se encontraba Helel.

—Señor Douglas, esta es mi amiga Lady Stanley. Hélene, el señor Alexander Douglas, almirante de la real compañía africana.

—Es un placer conocerla, Lady Stanley —dijo Helel en un tono frío como el hielo mientras besaba mi mano.

—El placer es mío señor Douglas. ¿Es usted escocés?

—En realidad mi familia está muy extendida, se nos puede encontrar casi en cualquier parte. —De repente su voz resonó en mi mente. —No has sido fácil de encontrar Liliath.

—Debí habértelo puesto un poco más difícil. ¿Qué quieres?

—Sabes perfectamente lo que quiero y no pienso marcharme hasta que me lo hayas entregado.

—No discutiré contigo aquí, acompáñame al jardín.

—¡Hélene! Hélene, ¿me oyes?¿Te encuentras bien? —La voz de Lilly me sacó de mi conversación con Helel.

—¿Cómo? Sí, sí, es este bendito calor que me esta matando, creo que necesito algo de aire fresco.

—Yo acompañaré a la señora si me lo permite —dijo Helel inmediatamente comprendiendo mi juego.

—Por supuesto, muchas gracias —dije tendiendo mi mano a Helel que la tomó con suavidad y me guió a la parte más alejada del jardín mientras todos los invitados miraban y cuchicheaban. Cuando comprendió que las palmeras del jardín nos ocultaban y que nadie podía vernos sus modales delicados cambiaron radicalmente y me agarró fuertemente por el brazo haciendo que mi rostro y el suyo se encontrasen frente a frente y pudiese sentir su respiración agitada por la ira.

—¿Dónde está la espada, Liliath? Y, déjate de juegos.

—No tengo idea de qué me hablas esposo querido —le respondí mirándole fijamente a los ojos y con una sonrisa cínica.

—¡Basta! —contestó elevando el tono de voz y apretando aún más mi brazo haciéndome un daño que logré disimular—. Sadith me enseñó lo que ocurrió en Roma, he visto con mis propios ojos como me traicionaste y no voy a caer en ese error nunca más. Así que, ¡habla o te juro que te arrancaré la cabeza!

—Esa no es manera de tratar a una mujer, Helel, especialmente a una como yo —respondí a la par que colocaba mi mano sobre su pecho y la energía que proyecté en él le lanzaba contra el tronco de una de las palmeras que estaban detrás, haciendo que toda la palmera se sacudiese por el golpe. Mis manos desgarraron el corsé que oprimía mi cuerpo liberándome de aquella prisión de seda y hueso de ballena dejándome respirar a pleno pulmón—. ¡Ah, esto está mejor! ¿Quién habrá sido el retrógrado que ha inventado semejante herramienta de tortura? —No pude seguir la frase porque un dolor intenso sacudió mi cuerpo. Frente a mí, Helel estaba sentado en el suelo debido a mi golpe pero su mano cerrada en un puño controlaba la energía que proyectaba en mi cuerpo haciendo que todos mis músculos se contrajesen por el dolor. Como pude dibuje un símbolo en la arena del suelo, un hechizo antiguo como el tiempo que sabía me aislaría aunque fuera momentáneamente de su poder. Aquellos trazos empezaron a brillar tan pronto como los termine e inmediatamente deje de sentir su fuerza.

—¿De verdad crees que estos trucos de titiritero de pueblo te van a mantener fuera de mi alcance? Me temo que no me conoces nada.

—No me cabe duda de que tu poder es ahora mucho mayor, la energía oscura del infierno debe haber tenido efecto en ti, pero estos trucos de titiritero como tú los llamas me dan tiempo suficiente.

—¿Tiempo para qué?

—Tiempo para que no te dieses cuenta que en la arena a tu alrededor han aparecido unos símbolos diferentes que sospecho que conoces bien, anclajes angélicos. La magia de contención más poderosa que existe y a la que ya has estado expuesto en la cueva en la que te encerré por siglos, esposo querido. — Su rostro se volvió frío como el mármol por un instante pero un momento después su boca dibujó una sonrisa perversa que no supe interpretar. Sin decir nada Helel dio un paso adelante y atravesó el circulo de contención invisible que los anclajes definían.

—Pero, ¿cómo es posible? —dije intentando mantener la calma

aunque por dentro me sentía completamente confundida.

—Para que tus anclajes funcionen, querida esposa, debería quedar algo de ángel en mí. Hace mucho tiempo que maté esa parte de mí. —Esta vez fui yo la que acabó lanzada contra uno de los árboles del jardín cuando Helel movió su mano como si abofetease el aire. Mi cuerpo se quedó sin respiración por un segundo debido al golpe y tardé un momento en encontrar las fuerzas para poder levantarme mientras Helel frente a mí me miraba con rabia.

—Hélene, ¿va todo bien? —nos interrumpió la voz de Lilly que había parecido por la esquina del jardín—. Hemos oido golpes y esta preocupada. ¿Qué le ha pasado a tu vestido?

—Sí, querida, todo bien —dije levantándome como pude del suelo—. He perdido la respiración debido a este estúpido corsé, el señor Douglas me ha ayudado desgarrándolo para que pudiese respirar y me he sentado un segundo para ver si podía recuperar el aire. Ya me encuentro mejor. —Helel se acercó hasta mí y me ayudó a levantarme como si nada hubiese ocurrido.

—Es importante liberarse de las cosas que nos oprimen, casi siempre uno acaba por ver todo mucho mas claro —soltó mientras me tendía la mano para ayudarme—. Estoy seguro que Lady Stanley se encontrará mucho mejor ahora.

—¡Oh, querida! ¡Cuánto lo siento! Vamos dentro y te sentaremos cerca de una ventana para que te dé algo de aire, aunque hoy no se mueve una brizna me temo.

—¡Muchas gracias Lilly!

—¿No nos acompaña señor Douglas? —preguntó Lilly al ver que Helel no se movía.

—Me temo que se ha hecho tarde, señora Faherty, y debo volver a mi barco. De todas maneras, me quedo más tranquilo al ver que Lady Stanley se encuentra mejor y que la dejo en sus cuidadosas manos.

—¡Oh, es una pena! ¿Le veremos nuevamente?

— Por supuesto, por favor dígale a su marido que me pasaré mañana a verle y charlar con él. Pretendo quedarme en la isla un tiempo así que no dudo que podremos continuar nuestra charla, Lady Stanley.

—Será un placer, señor Douglas —mentí.

—Te espero mañana en la playa de ocho ríos, al norte de la isla. Si no apareces iré a tu casa a buscarte y créeme que no te interesa que lo haga — resonó la voz de Helel en mi cabeza en un tono cruel y amenazante. Un tono que sólo hizo que recordarme que el destino acababa de llamar a mi puerta nuevamente y que, si había pensado

que podía escapar su fría mano, sólo había sido una pobre idiota.

A la mañana siguiente pedí que me ensillaran mi mejor caballo y vestida con ropa de montar de hombre, como a mí me gustaba, me encaminé a ocho ríos. Tenía al menos un par de horas de cabalgada por delante así que salí casi al borde del amanecer. Cuando llegué me di cuenta de que en realidad no sabía a dónde debía dirigirme. Ocho ríos era el nombre que los españoles habían dado a un pequeño asentamiento al norte de la isla pero desde la conquista de los británicos había estado básicamente despoblado. Sabía que en aquella zona había algún tipo de colonia de cimarrones, esclavos huidos y rebeldes, pero también sabía que donde quiera que ese asentamiento estuviese no sería visible. Por lo demás, la zona era una extensión de monte bajo que llegaba hasta la orilla del mar. Paré mi caballo en una especie de cerro alto y me concentré cerrando mis ojos para encontrar a Helel. En un instante pude sentir su energía poderosa, inmensa y oscura. Se encontraba en la playa y allí me dirigí.

La imagen cuando entré en la playa con mi caballo era especialmente hermosa. Las aguas azul turquesa del caribe bañaban la arena de color blanco intenso que reflejaban los rayos del sol de justicia que caía sobre ellas. La playa era muy larga y lo único que podía verse al fondo era un grupo de dos o tres palmeras que ofrecían el único refugio del sol así que llevé el caballo hasta allí. Aún podía sentir la presencia de la energía de Helel pero no había rastro de él. Desmonté y até la montura a una de las palmeras. Me quité el sombrero que ocultaba mi pelo y por un instante cerré mis ojos para escuchar el sonido del mar que lo llenaba todo.

—Ya que me has hecho venir hasta aquí, lo menos que puedes hacer es aparecer —dije como si hablase para mí misma. Inmediatamente una vibración del aire anunció la llegada de Helel que apareció ante mí vestido con unos pantalones de tela marrón, botas de cuero y una camisa de lino blanco abierta hasta la mitad de su pecho. Una indumentaria muy distinta de la que llevaba la noche anterior.

—Me gusta estar cómodo —dijo leyendo mi mente.

—No me interesa como decidas disfrazarte Helel, me pediste que viniese hasta aquí y aquí estoy, di lo que quieres.

—No es necesario que lo haga, ya sabes lo que quiero.

—Y tú sabes que no te lo daré.

—Entonces convertiré esta isla en un infierno de sangre y fuego y tu hijo será el primero en caer.

—No te atrevas a amenazarme Helel, yo no soy uno de esos

peleles tuyos que intentan controlar el mundo. ¿O acaso creías que no lo sabía? —contesté—. Hace años que sé de tus tejemanejes con los reinos del viejo continente, demasiados ascensos y caídas de poder, demasiados cambios de rumbo para ser casualidad. Los arcángeles y tú lleváis jugando con los gobiernos del mundo durante siglos, intentando controlar el último reino que ninguno de los dos habéis conseguido poseer aún, el de los hombres. Pero no parece que os haya ido muy bien a ninguno de los dos, ¿cierto? Todos pensasteis que los hombres serían fácilmente gobernables, que sus mentes limitadas les inclinarían hacia uno de los dos lados, disfrazados de bien o de mal, todo ello aderezado con el opio de la religión de los arcángeles o la fuerza del odio y la depravación en tu caso, pero los dos os equivocasteis. Ninguno de los dos habéis conseguido el control absoluto sobre los hombres porque os olvidasteis de una parte esencial, aquello que el hombre ama por encima de todo, el don más precioso que tu padre nos dio, querido esposo. La libertad.

—Precioso discurso, Liliath, pero guárdatelo para tus charlas de salón con tus amiguitos de la alta sociedad. A mí sólo me interesa una cosa, mi espada. Entrégamela y te dejaré vivir para que sigas jugando a la señora de clase alta con tu bastardo, niégate y los dos alimentareis esta jodida tierra con vuestros huesos.

—Ahórrate las amenazas, no te van a llevar a ningún sitio. No puedo entregarte la espada porque simplemente no la tengo.

—¡No te creo!

—Sabía que no lo harías. —Sin decirle nada más, salí corriendo en dirección al mar. Podía oír sus gritos tras de mí pero no le presté atención, tan sólo me preparé para lo que iba a ocurrir. Justo cuando mis pies llegaron al borde del agua una especie de muro de energía roja como la sangre apareció de repente golpeándome de lleno con una fuerza brutal que me lanzó hacia atrás haciéndome volar por encima de la arena hasta caer a unos pasos de Helel. Cuando abrí los ojos me encontré a Helel que me sostenía mirándome entendiendo perfectamente lo que acababa de ocurrir pero sin saber como explicarlo.

—¿Me escucharás ahora?

Allí, en aquella playa llena de luz, le hablé a Helel de una oscuridad inmensa, casi tan grande como la mía propia y que había sabido jugar sus cartas para tenerme a su merced. Una oscuridad que había llegado a nuestras vidas un año antes en la forma de una muchacha de unos dieciséis años en un transporte igualmente oscuro, un barco de esclavos. Nunca supimos su verdadero nombre,

sólo aquel que su gente decidió darle cuando aprendieron a temerla, Mama Obeah. Todo sobre ella eran habladurías. Nadie conocía cual era su verdadero origen, se decía que pertenecía a la tribu de los Ashanti, de algún lugar de la costa dorada de África, de donde los mercaderes de esclavos ingleses la habían arrebatado tras matar al resto de su familia. Tan sólo una abuela sobrevivió para acompañarla en el viaje, pero demasiado frágil para soportar la travesía murió a los pocos días. La muchacha tuvo que ver como su cuerpo era arrojado sin contemplación por la borda. El dolor de la perdida y la separación no sería comparable al daño que le quedaba por sufrir antes de llegar a Jamaica. Como otras muchachas en el mismo barco sería violada hasta la extenuación día tras día, no por los capitanes y almirantes sino por la chusma marinera a los que se les permitía desahogarse con las esclavas a fin de calmar sus ánimos y evitar motines. En ese momento había nacido el monstruo que sería. Su gente aprendió a respetarla, no como se respeta a una reina o una princesa, sino como se respeta a quien tiene un poder incomprensible para otros, el poder de convocar a los espíritus, de conseguir que hicieran lo que ella desease, de subyugar la voluntad de hombres y mujeres. El poder de una hechicera, un poder heredado de aquella abuela que ya no era más que alimento de tiburones, un poder que ella llevaría a su máxima expresión. Podría haber conseguido su libertad, podría haber hecho que su vida en Jamaica fuese mucho mejor, podía incluso haber conseguido ser devuelta a su hogar pero ella decidió quedarse, vivir como una esclava, soportar aquel castigo con paciencia con una sola meta, venganza.

La muchacha llegó a nuestra plantación en un cargamento de esclavos cualquiera y fue tratada como todos los esclavos, a golpes de látigo y gritos, vapuleada hasta que se rompiese, hasta que no le quedasen ganas de desafiar al nuevo poder que se elevaba sobre ella porque no le quedasen más ganas de vivir. Pero ella no era como los demás. Ni un solo grito, ni un gemido salió de sus labios con el restallar del látigo. Ese fue el momento en el que me di cuenta de que ella era diferente. Y no fui la única. Mi hijo Asur también se dio cuenta de la fuerza de su espíritu y atraído por la curiosidad que aquella criatura provocaba instruyó a los capataces para que la asignaran al servicio de la casa sin darse cuenta de que acababa de convertirse en la mosca con la que la araña iba a jugar. Fui ciega y estúpida al no querer dar importancia a algo que pensé sería un juego más de Asur. Como un león que anda en círculos alrededor de su presa buscando el momento adecuado para matar, la muchacha

se acercó a mi hijo que por entonces ya se sentía inevitablemente atraído por ella. Debí haberme dado cuenta de que aquella atracción no respondía solamente a la lujuria sino a algo mucho más fuerte que sin duda había heredado de su propia madre, la atracción por el poder. La muchacha emanaba poder por todos sus poros, un poder oscuro, un poder grande e intenso, un poder que Asur, como yo había hecho en otro tiempo, deseaba poseer. No pasó mucho tiempo antes de que la muchacha se metiese en la cama de mi hijo y empezase a absorber su voluntad hasta convertirse en más señora de la casa que la propia señora, dando órdenes a todos los empleados de la plantación. Varias veces intenté hablar con Asur, hacerle entender que había algo en ella que no me gustaba, algo que me decía que debíamos librarnos de aquella amenaza cuanto antes. Nunca me escuchó y llegó a echarme en cara haberle arrastrado hasta aquel rincón perdido del mundo donde no había nada para él. La oscuridad de aquel ser había llenado su corazón y su cerebro y pronto se extendió a toda la plantación. No tardaron en seguirle las muertes. Al principio fueron muertes de esclavos a los que nunca nadie prestó ninguna atención, todos los días morían esclavos en las plantaciones fuese por el trabajo, las nuevas enfermedades a las que eran expuestos o simplemente porque su amo tenía un mal día. Solo yo pude ver que algo no era normal. Los cuerpos de los esclavos aparecían mutilados, con órganos arrancados de sus cuerpos y cubiertos en símbolos extraños pintados con su propia sangre. Y no sólo en nuestra plantación. Las muertes se sucedieron en todas las plantaciones de la isla. Los colonos empezaron a hablar de la obra del diablo, de brujería y maldiciones pero mientras las muertes afectaran tan solo a los esclavos nadie estaba dispuesto a hacer nada. Pero pronto las muertes empezaron a extenderse a los capataces, a los dueños de algunas plantaciones menores, a gente común de Port Royal. El miedo se convirtió en un acompañante cotidiano de los habitantes de la isla. Y tras todo ello, un rumor corría de boca en boca entre los esclavos. La reina de la oscuridad había vuelto para arrasar el mundo. No hacía falta ser muy listo para saber de qué reina hablaban. Fue entonces cuando empezaron a llamarla Mama Obeah, una madre cruel y sanguinaria. Cualquiera que osaba desafiar su recién adquirida autoridad acababa dando con sus huesos en un hoyo. No podía permitir que aquella situación continuase. Si mi hijo no estaba dispuesto a hacer lo que era necesario para librarse de aquel monstruo sería yo quien lo hiciese. Su presencia y sus actividades estaban dilapidando la vida segura y tranquila que

había logrado construir para los dos y no iba a permitirlo más.

Una noche me dirigí a la habitación que Asur le había dado en la casa con intención de acabar con el problema pero ella no se encontraba allí. Las puertas del balcón de la habitación estaban abiertas y desde allí se podían ver las barracas de los esclavos. Mas allá de ellas una luz tenue como si de una hoguera se tratase iluminaba la noche y se oían cánticos lejanos. Dejé la casa y me encaminé hasta aquella luz sin saber muy bien qué iba a encontrar. Cuando llegué allí mis ojos no querían reconocer lo que tenia frente a mí. Un grupo de esclavos de la plantación formaban un corro con rostros que indicaban que estaban más atemorizados que entusiasmados por lo que veían. En el centro del circulo se encontraba Asur, completamente desnudo y atado a un poste. Su pecho estaba cubierto de símbolos que reconocí inmediatamente como los que habían sido encontrados en los cuerpos de los esclavos muertos. A sus pies había una niña de unos dos años, también desnuda y completamente inerte. Su garganta había sido abierta de par en par y su sangre había sido la tinta utilizada para dibujar aquellos símbolos en Asur. La tal Mama Obeah se encontraba frente a él, con una especie de sonajero hecho de huesos y plumas de algún ave entonando un cántico en una lengua que no conocía. Su torso también estaba desnudo y sus pechos desafiaban a quien quiera que los mirase delatando su excitación por lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué es esto? ¡Suelta a mi hijo inmediatamente! —grité. En un instante dos esclavos vinieron directos hacia mí con intención de atacarme pero simplemente levanté mi mano y los dos cayeron muertos al suelo inmediatamente. En seguida otros dos hombres hicieron el amago de acercarse también a mí.

—¡Alto! —gritó la muchacha.

—Madre, vete de aquí. Tú no lo entiendes. Esto no es lo que parece.

—Y, ¿qué es entonces?

—Un ritual para incrementar el poder de Asur —dijo llamándole por su verdadero nombre y no por el de Alfonse.

—¿Incrementar su poder a costa de uno de los tuyos? —dije mirando el cadáver de la pequeña que se encontraba a sus pies.

— Todos debemos hacer sacrificios, su madre lo ha entendido, ¿por qué tú no? —dijo dando una ligera patada al cuerpo de la niña con desdén para abrirse paso hacia mí—. Tú has hecho cosas peores Liliath. —Oírla utilizar mi nombre me pilló por sorpresa e hizo que una rabia intensa creciese en mí al comprender lo que significaba.

—Sí, Asur me ha contado toda vuestra historia. No hay secretos entre nosotros.

—¿Cómo has podido ser tan imbécil? —le dije a mi hijo—, ¿no te das cuenta del poder que le has entregado?

—No madre, eres tú quien no se da cuenta de que ella es la única salida a nuestro problema, la única que puede darme el poder que necesito para conquistar este mundo como es mi destino. ¡Soy el hijo de un dios y no permitiré que se me convierta en uno más entre esta basura humana!

—¡Has perdido la cabeza! ¿Qué poder crees que puede darte ella? No es más que una hechicera de cuarta. —De repente todos los hombres mujeres y niños que habían a nuestro alrededor se desplomaron al suelo sin vida alguna.

—¿Podría una hechicera de cuarta hacer esto? —dijo desafiándome—. No tienes ni idea de cuál es mi poder mujer y no tienes ni idea de cuánto me has ayudado a aumentarlo.

—¿Yo? ¡No tengo idea de a que te refieres zorra! —En ese instante me di cuenta de que había algo en su mano. La escena me había distraído y había hecho que no prestara atención al objeto que blandía y con el que era evidente que había cortado la garganta de la niña. Un objeto hermoso, brillante aún ahora que estaba cubierto de sangre. ¡Tu espada, Helel!

—¿Como has conseguido eso? —pregunté aunque ya sabía la respuesta.

—Se la he dado yo. Gracias a esa espada su poder es mucho mayor que el de ningún otro ser en este mundo, mayor incluso que el tuyo.

—¡No sabes lo que has hecho! Ahora que la espada se ha utilizado ya no habrá forma de mantenerla oculta de los arcángeles o del mismo Helel. Sentirán su presencia, nos encontraran y ese será nuestro fin.

—¡Deja que vengan para que pueda arrancar sus corazones y comérmelos! —gritó la muchacha con cara de desquiciada.

—¡No sabes cuánto te arrepentirás de lo que has hecho Asur pero yo no me quedaré para verlo, no seré parte de tu destrucción ni de la mía! —dije haciendo el amago de marcharme. De repente, la voz de la muchacha se elevó en el aire en un cántico repetitivo en su extraño idioma. La miré desconcertada y el cántico cesó.

—No, no te irás. Ya no te irás nunca más —dijo sonriendo con una maldad absoluta. Acabo de anclar tu espíritu a esta tierra de forma que no podrás abandonarla jamás. Ese será tu castigo por desafiarme. ¡Vivirás eternamente pero eternamente encerrada!

Salí corriendo de allí pensando que aquello eran sólo brabuconadas aunque algo en mi interior me hacía tener miedo por primera vez en mi vida, una sensación a la que no estaba acostumbrada y que no me gustaba en absoluto.

—Solo necesité un corto paseo a una playa cercana para comprobar que efectivamente su anclaje había funcionado —dije a Helel que me miraba sin decir nada—. La esclava había conseguido lo que ningún otro ser antes, esclavizarme.

Helel guardó silencio por un instante que a mí me pareció una eternidad. Finalmente se levantó y anduvo unos pasos por la playa para quedarse mirando al mar.

—¿No vas a decir nada? —le grité mientras me levantaba para ir hasta él.

—No sé muy bien que decir, la verdad —dijo riéndose—. Los dos sabemos que este castigo es más que merecido. Me siento tentado de marcharme, de dejarte aquí, en esta isla, atrapada para el resto de la eternidad hasta que te pudras de angustia y tedio y entonces sigas sufriendo por saber que este castigo no tiene un fin. Y aún así me parecería un castigo leve, cuando menos tu celda tiene mucha más luz y mejores vistas que la cueva en la que tú me encerraste por siglos —soltó con una rabia no disimulada—. Pero también sé que eso significaría que no recuperaría lo que he venido a buscar. La única forma de arrebatarle la espada a tu bruja será acabar con ella y eso probablemente te liberará a ti también. Claro que siempre me queda la posibilidad de negociar con ella y que tú te quedes como estás.

—Pero sabes que no puedes hacerlo. La muchacha y Asur dejaron mi plantación hace semanas y necesitarás de mi ayuda para poder encontrarla. Ayuda que solo te daré si prometes acabar con ella para que yo pueda ser libre.

—Y, ¿qué me impide encontrarla por mi mismo? Quizá me lleve algo más de tiempo pero tan pronto como utilice la espada de nuevo podré localizarla.

—Sí, tú y toda la corte angélica, algo que no te interesa para nada y eso lo sabemos los dos. No quieres correr el riesgo de que ellos se apoderen de tu arma. Ademas, entonces será demasiado tarde. ¿De verdad crees que ella sólo desea librarse de unos cuantos colonos de una isla perdida en el caribe? Tiene planes mucho mayores. Quiere dominar el mundo, todos los mundos. El rumor es que su intención es llevar a cabo un gran ritual, uno que necesita de un sacrificio masivo. Lo que ocurrirá si lo consigue sólo ella lo sabe pero si triunfa no habrá cielo ni infierno que pueda detenerles. Tú,

yo, los arcángeles y hasta tu propio padre no seremos siquiera un recuerdo. El mundo como lo conocemos no existirá más.

Helel se quedó mirándome fijamente por un instante y supe que había logrado captar su atención. Su ojos me escrutinaban como intentando averiguar si lo que le estaba contando era verdad o no.

—Muy bien —dijo finalmente—, hagamos un trato entonces. Tú me llevarás hasta ella pero lo que ocurra entonces es cosa mía. No interferirás para nada. A cambio yo me aseguraré de que este hechizo que te tiene atada se rompa.

—De acuerdo, pero yo también tengo una condición. Hagas lo que hagas mi hijo no debe sufrir daño alguno —dije tendiéndole la mano.

—Muy bien. —Y el cogió mi mano con fuerza haciendo que por un instante se me erizase la piel por su contacto—. Tendrás que venir conmigo a Port Royal.

—¿Por qué? ¿Qué hay allí?

—Información Helel. Asur y ese monstruo se han refugiado en las montañas junto a los esclavos huidos y a lo poco que queda de los indios arahuacos. En los últimos años ha habido ataques de algunos de estos grupos contra las plantaciones y los colonos pero siempre a pequeña escala. De repente, cuando ellos desaparecieron también lo hicieron esos ataques. Estoy convencida que ambas cosas están relacionadas y necesitamos a alguien que nos ayude a averiguar si es así.

—Muy bien, nos vemos esta noche en Port Royal —dijo caminando hacia el mar.

—Pero espera, no te he dicho donde.

—No te preocupes, te encontraré. —Y de repente su cuerpo desapareció antes de llegar al borde del agua como si hubiese atravesado una puerta invisible. Yo volví a mi caballo y cabalgué de vuelta a mi casa pensando en lo irónico que era que el hombre al que había traicionado tantas veces y del que había estado ocultándome fuese ahora mi única opción. Una sola idea de aquel pensamiento se quedo rondando en mi cabeza todo el camino. Helel no era un hombre.

Aquella noche me dirigí a Port Royal como lo había hecho muchas otras noches pero esta vez no con la intención de divertirme sino la de encontrar la manera de recuperar el control de mi vida. No sabía si Helel cumpliría su promesa de reunirse conmigo, si su compromiso de ayudarme sería tan sólo palabras vacías pero sabía

que no tenía más alternativa que ir hasta la ciudad y esperar. Uno de mis coches de caballos me llevó hasta el borde de Port Royal donde me bajé para completar el resto del camino andando como hacía siempre que me dirigía a la ciudad. Era mi manera de pasar lo más desapercibida posible, una discreción que realmente no necesitaba, al menos con la gente común. Los piratas, bucaneros, taberneras y prostitutas de Port Royal sabían perfectamente quién era pero respetaban religiosamente una especie de acuerdo tácito entre nosotros por el cual yo no me metía en sus asuntos y ellos no se metían en los míos. Para los muchos colonos y terratenientes que bajaban a la ciudad a revolcarse con las putas verme en aquel lugar habría sido algo digno de ser comentado y publicado y, si bien no me importaba, me irritaba que alguien quisiese meterse en como yo manejaba mis asuntos. El viento nocturno traía la humedad del mar y acentuaba el calor agobiante pero a pesar de ello me ajusté la capucha de la capa negra de fieltro que llevaba puesta. Sabía a donde debía dirigirme. El gorrión rojo era una taberna situada en el centro de Port Royal convenientemente ubicada entre dos de los burdeles más grandes del lugar. Su dueña, una mujer alta y de curvas abundantes a la que todo el mundo llamaba la gorriona, era una cubana mestiza que había logrado engañar a un medico inglés para que se casase con ella y la llevase consigo a Jamaica. El medico había muerto poco tiempo después y había quien decía que no de causas naturales, dejándola un dinero que ella había utilizado para montar aquella taberna. Ella se llenaba la boca diciendo que su casa no era una casa de putas aunque todo el mundo sabía que ella estaba más que encantada de dejar que las mujeres de los locales vecinos entraran en la taberna e hiciesen sus negocios allí porque eso le traía clientes. Yo sabía exactamente quien podía darme información sobre la localización de Asur y la muchacha y que era más que probable que la gorriona supiera decirme cómo y dónde encontrarle.

Entré en la taberna y un olor familiar a sudor y vino me golpeó la nariz. Me dirigí directamente hacia una de las mesas que estaban libres junto al fuego donde se asaba lentamente un cochino que debía llevar varios días allí. Apenas tuve tiempo de sentarme cuando una figura vestida con ropajes de bucanero oscuros apareció a mi lado.

—Has tardado.

—Algunos no nos podemos aparecer como si tal cosa Helel.

—¡Oh, en realidad no lo he hecho, llevo bastante rato aquí sentado pero tengo formas de ocultarme! —respondió y no quise

preguntar como sabía que yo acudiría a esa taberna—. Y, ¿a quién se supone que venimos a ver?

—Un segundo y lo verás. —Un instante después se acercó hasta nosotros la dueña de la taberna en persona.

—¡Lady Stanley, dichosos los ojos! Pensé que ya no le gustábamos, nos ha tenido abandonados —dijo la mujer inclinándose sobre la mesa sin quitar los ojos de Helel—. Veo que tiene un amigo nuevo. Va a tener que decirme como lo hace, yo no encuentro estos maromos entre la chusma de la marinería.

—Quizá debería empezar a buscar entre los videntes, señora, porque hay que ser ciego para no fijarse en esas tetas tan bien puestas —respondió Helel con una picardía que, por inesperada, me dejó asombrada.

—¡Uy por dios, si encima sabe piropear a una señora! Les voy a traer una jarra de nuestro mejor vino a su salud por lo bien que me ha caído. Usted decide si quiere que le traiga una taza o le basta con bebérselo entre estas —respondió sujetándose la tetas con las dos manos.

—¡Eres una caja de sorpresas, esposo querido!¿Desde cuándo te has vuelto tan...poco serio? —pregunté en cuanto la gorriona nos dejó solos.

—He acabado por aprender mucho sobre el engaño, te recuerdo que fuiste tú quien me dio la primera lección.

La gorriona nos interrumpió con la jarra prometida y dos vasos de barro que dejó sobre la mesa para acto seguido sentarse sobre el regazo de Helel sin decir palabra. Le retiró el sombrero y empezó jugar con su pelo como una niña.

—Y, ¿de dónde has salido tú así de guapo?

—Acabo de llegar de Tortuga. Vamos a pasar unos días aquí repostando. Voy a tener que buscarme un sitio donde dormir. Pero tenía que encontrarme con un amigo común nuestro. A lo mejor estas dos tetas le conocen —dijo mientras hundía su cara entre los pechos de la gorriona haciendo que se riese a carcajada limpia.

—Mis tetas son muy sociables, si les das más información del hombre en cuestión quizá...

— Se trata del manco —interrumpí sin darle la oportunidad de seguir con su jueguito.

—Pero milady —replicó la mujer riéndose por las cosquillas que Helel le hacía bajo la falda— ¿Sabe cuántos mancos pasan por aquí? Estos piratas del diablo todos tienen alguna tara. Hasta he conocido a uno que no tenia pito, imagínese. Pero estoy segura que ese no es tu problema —dijo echando mano a la entrepierna de Helel que

parecía encantado.

—Es Langley, el manco.

—¿El manco Langley? Pues están ustedes de suerte, ese borracho está en Port Royal y viene todas las noches, no creo que tarde en aparecer.

—Perfecto, entonces tenemos algo de tiempo antes de que veamos a mi buen amigo, habrá que buscar algo en que entretenernos supongo —dijo Helel metiendo la mano bajo la falda de la mujer sin preocuparse para nada de quien pudiese estar mirando. Con un movimiento la sentó sobre él y la penetró allí mismo delante de mí y de toda la clientela de la taberna. La mujer gimió de placer y empezó moverse rítmicamente. El resto de hombres y mujeres de la sala empezaron a jalearles a voz en grito durante todo el rato que aquel espectáculo duró. Cuando por fin lo dieron por terminado, la gorriona, visiblemente satisfecha y sin aliento se retiró despidiéndose con un beso y una promesa de Helel de darle más de lo mismo más tarde.

—Un espectáculo precioso pero absolutamente innecesario.

—¿Eso crees? A mí me ha parecido delicioso —dijo sin darle demasiada importancia a mi comentario—. Por cierto, no sé si te habrás dado cuenta pero durante mi momento de solaz con tu amiga la gorriona ha entrado un hombre manco en la taberna que se ha sentado en una mesa al fondo del local. ¿Es posible que sea el tal Langley? —Mis ojos se dirigieron hacia el lugar que me indicaba Helel y pude comprobar que efectivamente se trataba de Langley.

—Si, es él. Será mejor que te quedes aquí, yo iré a hablar con él.

—La señora gorriona sabe ahora que Langley es mi amigo, va a ser extraño si te acercas tú sola—dijo y tuve que aceptar que tenía razón así que, en contra de mi miedo de que Langley se sintiera amenazado en alguna forma los dos nos levantamos de la mesa y nos acercamos hasta él.

—Buenas noches Langley, me alegra verte por aquí de nuevo.

—Mi señora Stanley, buenas noches —dijo mientras miraba nervioso a su alrededor y a Helel.

—¿Nos podemos sentar? —pregunté aunque no esperé respuesta y me senté en uno de los taburetes que había alrededor de la mesa seguida por Helel.

—Claro, faltaría más —respondió el hombre incómodo—. Aunque en realidad yo ya me iba, sólo he venido a ver si veía a un viejo amigo.

—¡Vaya Langley! No sabía que ahora tenias de eso. Necesito de

tu ayuda —respondí sin más rodeos.

—¿Mi ayuda? Creo que la señora haría mejor en buscar a otro. Yo soy un inútil, una rata de barco sin méritos —respondió pasándose la mano que quedaba nervioso por la cabeza donde ya no crecía ningún pelo.

—Una rata que conoce a todo el mundo y tiene oídos en todas partes. Y una rata que tenía las manos muy largas y se dedicó a robar de su capitán. Nada que no hayan hecho otros, por supuesto, sólo que en tu caso tu capitán era nada menos que Henry Morgan. La primera vez que te pillaron te costó la mano y la segunda no te costó la vida gracias a que fui yo quién intercedió por ti. Por lo tanto, nos vamos a dejar de tonterías y vas a hacer tu mejor esfuerzo para ayudar a esta vieja amiga o de lo contrario, tu nuevo capitán tendrá que saber de tus andanzas y negocios con el resto de los corsarios de isla que le harán comprender por qué siempre hay otro barco que llega antes que él a cualquier navío Holandés que pretende atacar.

El hombre se quedo pálido tras mi retahíla y comprendió que no tenía ninguna salida. Miré de reojo a Helel y vi como sonreía.

—¡Está bien, está bien!No hacen falta amenazas, señora mía, siempre hemos sido amigos y los amigos se prestan ayuda cuando hace falta —respondió mostrando una sonrisa de tres dientes—. Pero, ¿podría saber quién es el caballero aquí presente? Está aquí como un loro de goleta, sin decir una palabra y yo prefiero saber con quién hago tratos.

—No es nadie, ¡ignórale!. Tus tratos son conmigo —solté sin dar opción a Helel de responder.

—Como mi señora diga —contestó el viejo marinero sin convicción—. ¿De qué se trata entonces?

—Necesito encontrar una persona, una que sabe esconderse bien. Mama Obeah.

El rostro del hombre se transformó de forma inmediata en una máscara de terror.

—¡No vaya por ahí señora mía, no lo haga, de verdad. No sé que negocios tiene usted con esa perra pero solo le traerán desgracias!

—Mis negocios son sólo de mi incumbencia Langley, lo único que necesito es saber su paradero.

—Pero eso no lo sabe nadie. Esa perra negra está desaparecida y mejor que se quede así. Han pasado demasiadas cosas por su culpa. Si es verdad todo lo que se oye, esa mujer es la puta del diablo.

—Permítame dudarlo —dijo Helel sin siquiera mirar a Langley.

—Eso son habladurías —interrumpí—. Esa mujer es de carne y

hueso, puedes creerme. Y por lo tanto necesita comer, dormir y cagar. Y yo quiero saber dónde caga, así que déjate de rodeos y habla. Estoy convencida de que has oído algo.

El hombre dudó un instante más pero finalmente cogió su sombrero de fieltro y se lo ajustó a la cabeza haciendo que el ala cayera ligeramente sobre su rostro como si aquello fuese a hacer la conversación más discreta.

—He oído rumores que dicen que se ha ido a vivir con los indios, los últimos que quedan en el norte de la isla. Algunos marineros dicen que tiene algún tipo de contacto con los Arahuacos y que han montado un poblado en esa zona con algunos de los esclavos negros escapados o los que dejaron tirados los españoles. Han sobrevivido gracias a los pocos cultivos que tienen, lo que cazan en el bosques y lo que roban de las haciendas. Al parecer llegó una mañana con un hombre blanco y sin dar más explicaciones mató al cacique del poblado y se nombró a sí misma reina, nada menos. Por lo visto esa perra hizo cosas, de las que solo el diablo puede hacer si me quiere entender. Vamos, que tiene poderes y ahora los indios la veneran como a una criatura divina, pobres ignorantes. Creen que es no sé qué diosa de sus historias que cuentan que había de venir un día para vengarse de los conquistadores. Así que ahora es la mandamás no solo de los negros sino también de los indios. Eso es lo que se cuenta.

—Y, ¿dónde se supone que está ese poblado exactamente?

—Eso sí que no lo sé.

—Mientes Langley, y no me gusta que me mientan. Sería una pena que perdieses también esta mano,¿no crees? —dije acariciando levemente su mano para que supiera lo que estaba en juego.

—No me torture así señora, usted sabe que yo siempre he sido bueno con usted.

—Entonces no me hagas pensar ahora que quieres dejar de serlo. ¡Habla!

—Le repito que no lo sé. Lo que le he contado me llegó por uno de los indios del poblado que encontré medio moribundo en los manglares. Al parecer había escapado del pueblo porque la perra Obeah había comenzado a hacer rituales extraños y sacrificios. Sacrificios de hombres, ¿me entiende? Bueno y de mujeres y niños, cualquier criatura era buena para sus monstruosidades. El pobre desgraciado escapó como pudo pero llegó a los manglares muy herido y sin fuerzas. No duró ni medio día.

—Estás mintiendo de nuevo Langley —interrumpió Helel—. No creo que el pequeño Lucas vaya a estar muy orgulloso, ¿no crees?

—¿Cómo diablos sabes tú eso? —replicó con la cara desencajada —. ¿Quién coño eres tú?

—Eso no importa —replicó Helel sin dejarme intervenir—. Lo que importa es que lo sé, del mismo modo que sé que el indio del que hablas tenía como misión traerte a ese bastardo que tuviste con una india hace cinco años. La mujer, asustada por todo lo que veía, envió al niño con su padre esperando que le pusieses a salvo. Un niño que ahora mismo está viviendo en uno de los burdeles de la ciudad con una puta a la que le pagas semanalmente una miseria por su manutención. —Langley se quedó pálido al escuchar a Helel e hizo el amago de escapar pero la mirada de Helel fue suficiente para que comprendiese que aquella no era una decisión inteligente. —Así que amigo Langley—prosiguió Helel—, tal y como están las cosas tienes solo dos opciones. Una es acompañarnos hasta el maldito poblado, la otra es invertir el mismo tiempo en recoger las tripas de tu bastardo que pienso restregar por todas las paredes del burdel en cuanto le arranque el corazón con mis propias manos. — Sus palabras me dejaron sorprendida por la seriedad con la que las había formulado y sabía que a Langley, como a mí, no le quedaba ninguna duda de que Helel era el tipo de hombre que cumplía sus amenazas. Finalmente el hombre se rompió y comenzó a sollozar.

—No toques al pequeño, te lo ruego. Bastante desgracia tiene teniendo un padre como yo, el no tiene culpa de nada. Os llevaré al poblado, haré lo que me pidas pero dejadle a él fuera de todo esto.

—Muy bien. Te esperaremos mañana al amanecer en las afueras de la ciudad, en el camino del norte. Si no apareces sabré donde encontrarte a ti y al pequeño Lucas. Y por si te queda alguna duda de si esto es un farol, quizá quieras devolverle esto a tu muchacho. —Helel arrojó sobre la mesa un pequeño juguete de madera en forma de bajel pirata que Langley reconoció inmediatamente.

—Yo…yo hice eso para él.

—Lo sé. De hecho duerme con él cada noche, es mejor que se lo devuelvas.

Langley se quedó mirando a Helel sin saber que decir pero comprendiendo perfectamente que no podía ganar esa batalla y que aquel hombre no era de los que no cumplen sus promesas. Sin decir nada más, cogió su capa raída y salió de la taberna como alma que lleva el diablo.

—¿Te importaría explicarme qué ha sido eso? —pregunté a Helel cuando nos quedamos solos—. ¿Cómo sabías lo del muchacho?

—Simplemente leí su mente. Podríamos haber ahorrado mucho

tiempo si me hubieses dejado a mí desde el principio.

—Leíste su mente. Así de sencillo. ¿Y el juguete?

—No esperarás que te cuente todos los secretos del señor del infierno, ¿verdad? —replicó con una sonrisa burlona y acto seguido se levantó y salió de la taberna y no le volví a ver más aquella noche.

Nos encontramos al amanecer en una curva del camino del norte en las afueras de Port Royal como habíamos acordado. Cuando llegué Helel ya estaba esperándome montado en un caballo tordo y con las mismas ropas de la noche anterior. Tuvimos que esperar bastante tiempo por Langley hasta el punto de hacerme dudar de si verdaderamente iba a aparecer o no, pero Helel estaba convencido de que lo haría y finalmente el manco demostró que tenía razón y se presentó ante nosotros montado en una mula blanca.

—No deberían haber traído esos caballos tan finos, tendremos que dejarlos tan pronto como nos adentremos en las montañas y les puedo asegurar que cuando volvamos no estarán allí. Hay mucha hambre en las montañas.

El camino del norte comenzaba recto y sin complicaciones pero tras varias horas de cabalgada mas bien aburrida Langley tomó un desvío hacia el Oeste y el terreno empezó a volverse mas pedregoso haciendo que el camino tuviera que tomar más curvas y cambios repentinos de dirección para sortear las grandes rocas repartidas por todo el terreno. Nos movimos por aquel laberinto durante varias horas y el camino terminó por desaparecer lo que me hizo pensar que la zona no debía ser muy transitada. Me costaba entender como Langley era capaz de encontrar la senda correcta en aquella extensión de rocas y tierra pero el seguía adelante con una seguridad absoluta así que me guardé mis pensamientos para mí y simplemente le seguí. En un par de ocasiones sugerí que parásemos a descansar un poco y a comer algo pero Langley se negó rotundamente con la excusa de que aquella zona era demasiado descubierta y cuanto antes llegásemos a las montañas más probabilidades tendríamos de salir casi enteros de aquella locura de viaje en el que le habíamos metido. En todo aquel trayecto Helel no dijo una sola palabra, tan solo se limitó a sonreír maliciosamente cada vez que Langley se quejaba de que le estábamos llevando a una muerte segura y otra sarta de retahílas quejumbrosas similares.

El sol empezaba a descender cuando el terreno cambió de repente. Las rocas empezaron a ser sustituidas por grupos de arboles

bajos cada vez más densos y frecuentes hasta que de repente nos topamos de frente con una barrera verde que bloqueaba el camino. Langley se bajó de la mula a la que dejó atada en un árbol.

—¡Pues hasta aquí hemos llegado! El resto del camino debe hacerse a pata y cuesta arriba.

—¿Quizá deberíamos parar a pasar la noche aquí entonces?

—¿Aquí? Estaríamos locos. Estamos a descubierto, tenemos que andar un par de horas más, perdernos en la espesura de la montaña. Hay unas cascadas de agua donde podemos descansar pero aquí de ninguna manera.Viendo el poco éxito de mi propuesta y la falta de apoyo por parte de Helel desistí y me limite a coger la alforja que había preparado con una manta y algo de comida, me la eché a la espalda y empecé la subida detrás de mis dos acompañantes.

El camino se hizo verdaderamente duro. La inclinación del terreno era considerable y la sobreabundancia de vegetación no hacía nada fácil trepar por él. Langley iba abriendo camino con una machete pero, en su intento de no llamar demasiado la atención, sólo retiraba los obstáculos más insalvables dejándonos a nosotros el esfuerzo de tirar para adelante con todo lo demás. En unos instantes mis manos estaban llenas de cortes y mis ropas estaban completamente sucias debido a las veces que me había caído. Mi humor fue empeorando por momentos y tuve que esforzarme para no dejarme llevar por mi rabia y hacer que todo aquel bosque ardiera como un montón de paja. Helel no se quejaba en absoluto y eso me frustraba aun más. Sabía que el podía transportarse a la cumbre de la montaña cuando quisiese y sin embargo allí estaba haciendo el camino como todos nosotros y sin quejarse. Tanta pedantería me ponía enferma. Finalmente, y casi cuando estaba a punto de tragarme todo mi orgullo y decir que ya no podía más, el terreno se niveló y empecé a oír el sonido del agua al correr. Unos instantes después llegamos a una especie de claro minúsculo donde los arboles habían dejado un espacio por el que se filtraba la luz del sol casi desaparecido por entonces. En el centro del claro un río no demasiado ancho salvaba un desnivel no mucho más alto que un hombre provocando una pequeña cascada que llenaba todo el aire con su sonido.

—Aquí podemos descansar. Los indios nunca vienen a esta cascada. Dicen que aquí vive su diosa de la muerte a la que le gusta bañarse desnuda en estos lares. He estado aquí muchas veces y nuca he tenido la suerte de encontrármela —dijo Langley sentándose en una roca junto al agua. Por mi parte yo no esperé un segundo para tirar al suelo mi petate y dejarme caer cuan larga era en el suelo.

—No me digas que estás cansada —me soltó Helel visiblemente divertido.

—Bastardo. —Fue lo único que tuve fuerzas para responder.

Cuando por fin pude moverme miré a mi alrededor buscando algo con que encender un fuego que nos mantuviese calientes durante la noche. No podía usar mis poderes delante de Langley así que tendría que apañármelas al modo tradicional o, mejor aún, hacer que uno de mis acompañantes lo encendiese por mí. Pero si pensaba que iba a pasar una noche cálida y confortable me equivocaba de pleno.

—Nada de fuego señora mía —dijo Langley vehementemente—. Un fuego en este bosque y de noche se ve y se huele a millas de distancia. Si queremos despertarnos con la garganta rebanada es la solución perfecta.

No me quedó de otra que echarme la manta que traía en el hatillo por encima y apretarme contra un árbol preparándome para una noche larga de veras. Langley trató a su manera de compensarme por esa noche de frío dándonos algo de cena en forma de un par de pescados escuálidos que había logrado coger en el río, pero la idea de cenar pescado crudo hacia que se me revolviesen las tripas, así que la noche acabo siendo fría por fuera y por dentro. Intenté conciliar el sueño pero en aquellas condiciones me era imposible y no parecía ser la única. Langley seguía sentado en su piedra, junto al río donde ahora se reflejaba la luz de la luna mientras jugaba con algo en sus manos. Me fijé mejor y me di cuenta que se trataba del barco que Helel había conseguido del pequeño Lucas. Me acerqué hasta el intentando entablar algo de conversación en la esperanza de que eso me distrajese de la noche heladora que estábamos sufriendo.

—Pensé que ibas a devolvérselo a Lucas —dije sin elevar demasiado la voz pero aún así le asuste y me miró con cara de pocos amigos por haber invadido aquel momento íntimo.

—Lo hice pero cuando le dije que me tenía que marchar unos días me pidió que me lo llevara para que tuviera algo con que jugar. Cosas de chiquillos.

—Es verdaderamente importante para ti, ¿verdad? —Sus ojos me miraron con más pena que otra cosa.

—Usted tiene un hijo señora así que me entenderá. Los hijos son como una copia de nosotros mismos sólo que sin maldad ni ninguna de las mierdas que nos echamos por encima los adultos. Cada vez que veo a mi muchacho me doy cuenta de que es lo único bueno que he hecho en toda mi vida —me dijo con una dulzura inesperada

—. Mi madre era una puta de los muelles de Bristol así que ya se puede imaginar que poco interés tuvo en darme educación ni mucho menos cariño y padre, como supondrá, tenía unas cuantas docenas para elegir. Me crié en la calle, comiendo lo que podía robar y durmiendo en cualquier esquina seca que podía encontrar. Nunca supe lo que era una familia. Así que a los trece años me cansé de tantas miserias y me metí en un barco de negros con rumbo al caribe pensando que así podría ganarme la vida. Apenas sobreviví a ese primer viaje pero logré llegar hasta aquí y pronto empecé a relacionarme con lo peorcito de cada casa. De ahí a acabar siendo un borracho y un jugador sólo fue cuestión de meses. Llegado a ese punto nadie me quería en su tripulación así que la única opción que me quedaba era enrolarme en uno de los barcos de piratas y bucaneros que abundan por aquí. Y así acabe en el barco de Morgan. El resto lo conoce usted de sobra. En una de las paradas para reponer víveres conocí a mi india Teresa. Se había criado como esclava en casa de un cura español, por eso el nombre. El muy cabrón la metía en su cama desde los ocho años. Supongo que nos juntamos porque los dos habíamos pasado por mucha miseria y de alguna forma eso atrae. Y de ahí salió Lucas. El niño más bueno y dulce del mundo. Si de dos despojos como su madre y yo ha podido salir algo tan bonito, de verdad le digo que tienen razón los curas y las beatas cuando dicen que todos nos podemos redimir. Lucas es mi redención, señora así que dígame usted si no voy a quererle y a hacer cualquier cosa porque esté a salvo y feliz.

Aquel razonamiento me dejó sin palabras e hice lo único que me salió en aquel momento, agacharme para darle un beso en la mejilla que hizo que se sonrojase.

—¡Coño, si lo llego a saber me meto a poeta antes! —me contestó con sorna y yo le respondí con un pescozón en la cabeza por idiota. Le dejé en su piedra, pensando en su Lucas y me dirigí de vuelta a mi árbol pasando por detrás de Helel que estaba de pie mirando a la luna que se veía a través del poco cielo abierto del claro.

—¿Alguna vez pensaste en ellos? —me soltó cuando pasaba a su lado—.¿Alguna vez pensaste en Niel y Narmesh? —Aquellos nombres se me clavaron como dos puñales al oírlos de sus labios y me costó encontrar las fuerzas para responderle.

—Yo era otra entonces, Helel. Ahora no soy necesariamente mejor pero hoy en día no haría alguna de las cosas que hice.

—¿Es eso lo que te dices para consolarte por las noches cuando sus rostros viene a tu mente? ¿Recuerdas sus rostros acaso? —

preguntó con una rabia repentina que me pilló por sorpresa.

—¿Recuerdas tú el rostro del hijo al que arrancaste el corazón, Helel? —dije devolviéndole el ataque y haciendo que no supiera que responderme—. Nunca más te atrevas a acusarme de nada, Helel, porque cada cosa que yo he hecho tú la has hecho también. Tus pecados son tan grandes como los míos. Yo he sacrificado muchas cosas por alcanzar el poder pero tú has sacrificado muchas más por recuperarlo así que nunca más te atrevas a juzgarme. —Me di la vuelta y me alejé pero después de dar dos pasos no pude más que girarme y mirarle a los ojos con los míos llenos de lagrimas —Recuerdo sus rostros, su olor, sus caricias y cada minuto que pasé junto a ellos. No sé si tu puedes decir lo mismo, querido esposo.

Nos pusimos en marcha a la mañana siguiente tan pronto como el sol hizo su aparición. El camino que nos quedaba por andar era aún más escarpado que el del día anterior y mi cuerpo todavía resentía el agotamiento de no haber podido dormir en toda la noche, pero la rabia que sentía por los comentarios de Helel respecto a nuestros hijos aún ardía con fuerza en mi interior y me dio el empuje que necesitaba para ascender el resto de la pendiente. Langley me explicó que el poblado donde su india Teresa vivía estaba ubicado al otro lado de la montaña en un valle oculto en la espesura. Nadie que no conociese la zona sería capaz de encontrarlo jamás y por ello era el escondite perfecto para los hombres y mujeres que habían encontrado refugio allí, todos ellos esclavos huidos de sus amos o indios que se negaban a ser esclavizados. La mañana era tremendamente fría pero el esfuerzo del ascenso pronto calentó nuestros miembros. Langley iba a la cabeza seguido de Helel conmigo cerrando la comitiva. Ni una sola vez Helel se giró para dirigirme la palabra ni yo hice amago alguno de entablar conversación. Había demasiadas heridas por parte de los dos que la conversación de la noche anterior solo había reabierto. Langley notaba el ambiente tenso y enrarecido entre nosotros y procuró no hacer ningún comentario al respecto. Pasaron varias horas antes de que lográsemos alcanzar la cima. Había pensado que nos encaminaríamos inmediatamente pendiente abajo hacia el valle del que Langley había hablado pero para mi sorpresa el manco buscó un lugar a cobijo entre unos arboles frondosos y nos dijo que debíamos esperar a que llegara la noche. Aquella situación no me gustaba en absoluto, no me apetecía tener que pasar varias horas junto a Helel sin decir una palabra pero no me quedó alternativa. Para mi sorpresa mi cuerpo agradeció la parada y logré quedarme dormida ayudada por la temperatura cálida del día que sacó de mi

cuerpo el frío que había pasado la noche anterior. Me desperté de repente al notar que alguien sacudía mi cuerpo y abrí los ojos para encontrarme con el rostro de Helel que me indicaba que debíamos ponernos nuevamente en camino. El sol empezaba a ocultarse tras la montaña y el frío volvió a amenazarnos. Me arropé como pude con la capa y emprendimos camino de nuevo. El nuevo tramo del camino fue más sencillo. Aunque la vegetación era igual de densa y tupida, la pendiente era cuesta abajo y mis piernas agradecieron el cambio. Al cabo de un rato largo noté como el terreno empezaba a nivelarse. La luz del sol ya era casi inexistente y el manco se paró a sacar algo de su bolsa. Se trataba de tres teas cortas que encendió con la ayuda de un poco de pedernal.

—Si usamos eso nos verán llegar —le dije.

—Saben que estamos aquí desde que empezamos a bajar esa montaña, mi señora. El poblado tiene oteadores en todas las entradas al valle.

—Eso significa que hemos perdido el factor sorpresa, ha sido una torpeza.

—Eso significa algo mucho peor, nos han dejado llegar hasta aquí —contesto Helel—. Ella quiere que la encontremos.

Aquella idea me sacudió por dentro. De alguna manera, sabia que Helel tenía razón. La tal Mama Obeah no tenía ninguna intención de esconderse de nosotros. No sabía si estaría al tanto de quién era Helel y por qué me acompañaba, pero era evidente que no tenía miedo alguno. Y si no tenia miedo, eso sugería otra posibilidad mucho más oscura e inquietante. Quizá quería que viniésemos a ella.

Continuamos hacia el poblado pero el camino se convirtió de repente en un camino de verdad que dejaba atrás la selva inaccesible y circulaba sinuoso entre los árboles. Langley nos explicó que los habitantes del poblado habían limpiado de maleza el acceso tratando de facilitar las muchas salidas que se veían obligados a hacer en busca de agua y para cazar lo que podían. De repente me di cuenta de que no habíamos oído ningún pájaro ni visto ninguna criatura desde que empezamos el descenso de la montaña. Era como si ningún ser vivo quisiera aventurarse en aquel valle. Y un instante después comprendimos por qué.

—Santa Maria bendita —dijo Langely que seguía en cabeza girándose como sin querer mirar a lo que quiera que tuviese delante. Me abrí camino entre el manco y Helel para colocarme en la parte delantera y lo que encontré frente a mí era un acto propio de una barbarie que yo creía olvidada. A ambos lados del camino

unos postes de madera colocados en cruz servían de caballete para un despliegue macabro y vomitivo. Las pieles de dos hombres, arrancadas en su totalidad anunciaban a cualquier posible intruso que cualquier paso dado más allá de esos limites tenía un precio, uno terrible. Sobre aquellos pellejos los mismos símbolos crueles y terribles que había visto en otros cuerpos antes indicaban claramente quien era la autora de aquella atrocidad.

—Vaya —me soltó Helel—. Esta mama Obeah tuya es cada vez más interesante. —Y quise golpearle allí mismo. ¿Cómo era posible que Helel me hubiese cuestionado mi comportamiento en el pasado cuando alababa aquella demostración de salvajismo? Era evidente que la criatura que tenía frente a mí no era la misma que había conocido tantos años atrás pero lo que más me asustaba era que realmente no sabía quien era Helel o en que se había convertido.

Seguimos por el camino gracias a la luz de las teas. De repente de entre la maleza a los lados del camino empezaron a aparecer figuras medio ocultas en la sombras, como fantasmas que intentasen proteger su hogar al verlo invadido. Sin embargo, ninguna de aquellas figuras llegó a presentarse ante nosotros o mostrarse plenamente a la luz. Aquella era una invasión que, sin duda, estaba siendo permitida, la cuestión era por qué. Llegamos al final del camino y ante nosotros se desplegó una especie de empalizada muy básica hecha con troncos de arboles no demasiado gruesos que había sido afilados intentando darles un aspecto algo más amenazador. Yo dudada que aquella barrera pudiese realmente proteger lo que quiera que se encontrase tras ella de un ataque en condiciones pero comprendí que allí, en aquel valle con un acceso tan difícil, la misma naturaleza era su verdadera empalizada. Las figuras nos acompañaron a una distancia prudente camino arriba hasta una puerta en la empalizada que estaba abierta de par en par y entonces desaparecieron. Al pasar por ella entramos en un poblado con apenas una veintena de casas que se disponían en torno a un gran espacio central vacío donde se había erigido una especie de templete de piedra, no mucho más alto que un hombre. El poblado parecía estar completamente abandonado, una única figura estaba agachada sobre el templete jugando con lo que al principio pensé que eran piedras, pero al acercarnos un poco más vi que eran en realidad huesos empapados en un liquido viscoso que recordaba demasiado bien a la sangre. Reconocí inmediatamente a la muchacha por la que habíamos venido hasta allí a pesar de que su rostro y su pelo estaban empapados en el mismo liquido sanguinolento. Ella pareció ignorarnos completamente, sus manos

jugaban con los huesos en un movimiento nervioso mientras murmuraba algo que no pude entender. Su torso estaba desnudo tal y como la recordaba de nuestro último encuentro y cubierto de símbolos desconocidos para mí. De repente sus murmullos callaron, elevó su rostro para mirarnos y una sonrisa que gritaba locura a los cuatro vientos llenó su cara al tiempo que elevaba la voz para que pudiésemos escucharla.

—¡Por su pie vendrán, a su muerte vendrán. Su sangre regará la tierra y la tierra se abrirá para parir un nuevo mundo, un nuevo dios. Así lo ha dicho Eshu, portador de la palabra de Yansa, madre de todo!

—No se quién es el tal Eshu —dijo Helel adelantándose lentamente sin darle la oportunidad de seguir hablando—, pero, si es a nosotros a quien te refieres, lamento decirte que te ha mentido. No me malinterpretes, va a haber sangre, eso te lo aseguro, pero no la que tú esperas.

—Dijo el cordero en el altar del sacrificio al ver el cuchillo sobre su cabeza—respondió la mujer sin inmutarse por la arrogancia de Helel.

—¿Dónde esta mi hijo? —interrumpí adelantándome yo también para colocarme frente a ella.

—Tu hijo ya no existe mujer, Ahora es mi esposo y por el poder de Yansa pronto seremos los nuevos dioses que rijan esta tierra.

—¿En serio? ¿Esa es la razón por la que has montado todo esto? —replicó Helel riendo a carcajadas—. Pero, ¿qué os pasa a los humanos? Estáis obsesionados con los dioses. Hace miles de años que dios dejó de mirar a este mundo y seguimos aquí, mujer.

—Te ríes de mis palabras pero no lo harás tanto cuando seas testigo de mi ascenso, cuando me convierta en una diosa de venganza que arrase de la faz de este mundo al hombre blanco, cuando les haga pagar por el dolor infligido.

—Bueno, eso tiene más sentido. ¿Ves? La venganza es un sentimiento con el que definitivamente puedo empatizar.

—!Lo sé bien, caído! Conozco de sobra todo lo que has hecho para erigirte en señor del infierno, para derrocar a los corruptos de tus hermanos, para vengar tu corazón roto. Pero tu tiempo ha llegado a su fin. Es hora de un nuevo orden.—contestó y en respuesta a sus palabras la plaza empezó a llenarse de gente. Hombres, mujeres, niños tanto de piel oscura que delataba un origen esclavo como otros que claramente eran de origen arahuaco. Todos ellos con el mismo rostro muerto, inerte y sus ojos completamente blancos carentes de toda vida.

—¡Uy!, deberías tener cuidado. Eso casi ha sonado a amenaza y eso es una cosa que nunca he llevado demasiado bien. Y con respecto a lo de caído, ese nombre me lo han puesto los tarados de los cristianos y da la casualidad de que no me gusta nada, así que va a ser mejor que no lo uses más.

—Tus palabras están tan vacías como estos cuerpos a los que pronto os uniréis y el poder que Yansa me dará a cambio de la sangre de dos inmortales me permitirá alzar al ejercito de la muerte. Cada esclavo y cada indio muerto por la mano del hombre blanco, cada mujer y cada niño asesinado por su ambición de poder se elevará de su tumba para convertirse en un instrumento de mi venganza y con sus propias manos y dientes arrancarán la vida de cada hombre blanco en esta isla y cuando su sangre riegue cada esquina de la tierra que han usurpado Yansa estará contenta y mi esposo y yo nos elevaremos como nuevos señores de todo lo que nos rodea, y nuestro nuevo orden cambiará el rostro de este mundo.

—Tengo que reconocer que me gusta tu plan pero no estoy seguro de que vaya a poder dejarte seguir adelante con ello. Verás, me ha costado mucho acostumbrarme a esta nueva vida que me tocó vivir y he acabado por tenerla en cierto aprecio. Además, tengo bastante con qué lidiar con mis hermanos como bien sabes, no tengo tiempo para nuevos dioses. Así que vamos a acabar con esto rapidito. Dame mi espada, y a partir de ahí lo que hagas con esta isla, con tu maridito y con esta caterva de cadáveres es cosa tuya.

—Helel, ¿qué diablos haces? Prometiste que me ayudarías —le dije en un susurro.

—Silencio Liliath, recuerda nuestro acuerdo.

—Teresa, Teresita —interrumpió repente la voz de el manco a gritos mientras se dirigía hacia el grupo de figuras que nos rodeaba —. ¿Eres tú? No me conoces, Teresita mía.

—¡Langley, no! —grité intentando detenerle pero fue inútil. En un instante el manco había llegado hasta la mujer y la zarandeaba con la mano que le quedaba como quién intenta despertar a alguien de un mal sueño. Sin siquiera mirarle la mujer sujetó al hombre por el cuello con sus manos con una fuerza desmesurada hasta que el crujido de los huesos al quebrarse en mil pedazos se oyó en toda la explanada y el cuerpo sin vida del manco cayó al suelo con un sonido seco.

—¿Aún dudáis de mi poder? —nos soltó la mujer sin un ápice de emoción.

—¡Oh, creo que no me has entendido! Yo no dudo de tu poder en absoluto simplemente creo que no es tan grande como nos

quieres hacer creer. Hay dos cosas que me parecen curiosas —continuó Helel paseándose lentamente alrededor del templete forzando a la mujer a seguirle con la mirada—. La primera es que necesites tantos sacrificios de sangre para mantener tu poder. Tal parecería que tu Yansa no es capaz de darte el poder necesario para simplemente barrer al hombre blanco como es tu deseo de una vez, necesitas pagar un precio antes. No es algo que me cuadre mucho con una diosa todopoderosa. Fíjate que me recuerda muchísimo a lo que hacen algunos de mis súbditos en el inframundo, ¿sabes? Hay razas de demonios que engañan a patéticos humanos como tú para que les hagan sacrificios a cambio de minúsculas muestras de poder, sea por alimento, por deseo de generar caos y destrucción o porque les gusta la idea de ser adorados como dioses. Me pregunto si tu Yansa puede ser alguien a quien yo conozca. Por otro lado —continuó—, toda tu estrategia se ha cimentado desde el primer momento en la necesidad de tener un esposo a tu lado, esposo que en este caso resulta ser el hijo de un ángel y una inmortal, un Nephilim de lo más especial. ¿No será que necesitas una fuente de poder a tu lado a la que poder drenar constantemente? Y en ese caso —dijo y en un segundo desapareció y su voz resonó proveniente del otro lado de la plaza—, ¿qué harás si le arranco el corazón a tu querido esposo?

Mis ojos se giraron inmediatamente hasta el lugar de donde provenía su voz y le encontraron sujetando el cuello de Asur desde atrás mientras el cuerpo de mi hijo, con los ojos tan vacíos como los del resto de los habitantes del poblado, permanecía inerte.

—Helel, ¡no! —grité.

—¡Suéltale inmediatamente o lo lamentarás! —bufó la muchacha.

—¿En serio? Permíteme dudarlo. Entrégame la espada o le daré el corazón de este bastardo a los perros y cuando acabe con él empezaré contigo. Sea como sea recuperaré esa espada, la única diferencia va a ser si tú conservas tu vida o no.

—¡Helel, no te atrevas a tocar a mi hijo. Lo prometiste! —grité sin atreverme a moverme.

—Prometí ayudarte a librarte de este despojo de bruja de pueblo, el cómo es cosa mía. Además, no me hables tú de promesas rotas Liliath, te queda extremadamente grande.

—¿Esto es lo único que deseas? ¿Por qué es tan importante para ti? Es tan solo un trozo de metal —contestó la mujer blandiendo de repente la espada que había aparecido en su mano como salida de la nada.

—Es mucho más que eso y tú lo sabes bien dado que la has estado usando para aumentar tu poder.

—Sí, es verdad —dijo riéndose con maldad—. La energía que fluye por ella es inmensa y deliciosa, una fuente de poder inagotable capaz de permitirme cosas que nadie puede imaginar. Me otorga un poder mucho mayor del que puedo extraer de esa patética criatura —soltó dejándome sorprendida por sus palabras y hasta creí ver por un instante la sorpresa en el rostro de Helel—. Ese miserable hijo tuyo tiene un poder muy grande pero es incapaz de usarlo. Para poder usarlo me vi obligada a acostarme con él, conseguir llevarle al éxtasis para que su poder se liberase sin reservas y pudiese drenarle como una sanguijuela. Sin embargo, esta espada es diferente, no pide nada a cambio, su poder simplemente fluye por aquel que la empuña regalándose sin condiciones.¿De verdad quieres que elija? Sea. No recuperarás esta espada jamás.

El rostro de Helel se contrajo en una mueca de rabia y un grito salió de su garganta para llenar el valle entero al tiempo que su mano surgía a través del pecho de mi hijo sujetando su corazón que aún latía entre sus dedos. Los ojos de Asur dejaron en ese momento de ser blancos para recuperar la vida que le acababa de ser arrebatada tan sólo por un instante, el tiempo suficiente para transformarse en un espasmo de terror. Mi grito se mezcló con el de Helel mientras corría hacia el cuerpo de mi hijo que caía sin vida al suelo al desaparecer el sustento de los brazos de Helel que se había transportado al templete e intentaba arrebatar la espada de las manos de la muchacha. Mis brazos rodearon el cuerpo de mi hijo sabiendo que no podía hacer nada por él. Un dolor inmenso llenó mi corazón, no solo por la pérdida sino por la sensación de fracaso, el conocimiento de que de alguna forma yo era la única responsable de que mi hijo nunca hubiese sido feliz y que finalmente hubiese perdido su vida en una búsqueda ridícula de poder, una búsqueda que yo le había inculcado, que yo había grabado en su mente con mis propios actos y palabras. Yo y solo yo había sido la responsable de su muerte aunque otro hubiese sido su ejecutor. Helel. El hombre al que había amado y traicionado, al que había recurrido en mi desesperación esperando encontrar ayuda me había pagado con la misma moneda y me había arrebatado lo que más quería, lo único que me quedaba. Mis ojos se elevaron para mirar al templete y entre lágrimas vi a Helel enredado en una abrazo mortal con aquella muchacha que intentaba coger el aire que la mano de Helel en su garganta ya no dejaba pasar mientras su otra mano sujetaba

aquella con la que ella blandía la espada para impedirle asestar un golpe. Los dedos de Helel se contrajeron de repente y el cuello de la muchacha crujió pero lejos de parar Helel continuó apretando hasta que la carne de su cuello cedió bajo sus dedos y estalló en una explosión de sangre, carne y hueso. El cuerpo de la mujer, sacudido por los espasmos de aquella muerte horrenda soltó la espada que salió lanzada contra el suelo deslizándose hasta donde yo me encontraba. Mis manos, que aún acariciaban el cuerpo de mi hijo le soltaron para agarrar aquel objeto que había acarreado tantas desgracias.

—¡Liliath, dame esa espada! —me gritó Helel desde el templete con sus manos ensangrentadas no sólo por la sangre de la muchacha sino por la de mi propio hijo. Allí frente a mí se encontraba el artífice de mi dolor, un dolor más grande del que había sentido jamás y en mi mano estaba el instrumento de mi venganza—. ¡Dame la espada, Liliath!

—Te pedí que me ayudases, que nos liberases de este monstruo, a los dos. Confié en ti. Te rogué que no le hicieses nada a Asur pero tú no me escuchaste, no quisiste sentir el dolor de una madre que rogaba por la vida de su hijo. A ti sólo te importa Helel, ese es tu único interés y cualquier cosa que se encuentre en el camino de tus intereses es un estorbo. No tienes capacidad de amar y no sabes lo que es el amor de un padre ni el dolor que va con él.

—Liliath, déjate de estupideces y dame esa espada. No voy a repetírtelo.

—Este trozo de metal es para ti más importante que la vida de cualquier ser, que los sentimientos de cualquier persona. —Mis dedos se cerraron alrededor del filo de la espada y mi sangre se derramó por ella hasta caer al suelo e inmediatamente pude sentir mi poder que crecía en mi interior, grande y poderoso como nunca lo había sentido. Inmediatamente supe que hacer y las palabras salieron de mi boca claras y nítidas para horror de Helel. —¡Yo te maldigo Helel, por mi sangre que es la sangre de aquellos a los que has destruido, yo te condeno. Nunca tocarás esta espada hasta que el amor de un hijo la encuentre y te la entregue. Y cuando eso ocurra tendrás tu espada pero perderás a tu hijo y el dolor de la pérdida te mostrará lo vacía que tu vida ha estado. Querrás morir por dentro tan sólo para recordar que vivirás para siempre con ese dolor! —La espada desapareció inmediatamente de mis manos y el poder que había compartido conmigo permitiéndome lanzar aquella maldición desapareció también.

Los labios de Helel se abrieron de par en par y un grito

desgarrador llenó el aire al tiempo que una sacudida hacía que la tierra se abriese por toda la isla. Lo último que vi fueron sus ojos llenos de rabia y lágrimas que me miraban deseando acabar con mi vida. Por qué no lo hizo es algo que no pude comprender en aquel entonces pero su cuerpo desapareció dejándome sola en aquel campo de muerte y habrían de pasar cientos de años antes de que nos volviésemos a encontrar. Con su partida Helel había dejado para mí un último regalo. El temblor que se había generado como resultado de su dolor había arrasado toda la isla destruyendo mi hacienda, y acabando con las vidas de muchos de los que habían compartido la mía en aquel remoto paraíso. Cuando mis pasos me llevaron de vuelta a Port Royal las casas y tabernas que había conocido estaban derruidas y lo único que se podía oír eran los gritos de aquellos que aún se lamentaban por la pérdida de sus seres queridos y sus posesiones. La gorriona había fallecido sepultada por los escombros de su tan querida taberna y no era la única persona conocida que había perdido la vida. Mi amiga Lilly había muerto también cuando se dirigía a uno de sus encuentros con el amante que yo misma le había proporcionado. A las voces de aquellos a los que había conocido se unieron muchas otras anónimas, pero todas ellas con el mismo dolor, un dolor que parecía el eco de mi propia pérdida. Pronto fue evidente que no me quedaba ninguna razón para permanecer allí. Mi vida estaba rota, yo misma estaba rota también y, aunque lo intentase, sabía que nunca volvería a ser la misma, así que me sumergí en el mundo nuevamente con la única intención de desaparecer con la carga inmensa de mi pena.

22
Mármol

El silencio fue lo único que siguió a la historia de Liliath. La mujer no dijo nada durante varios minutos intentando respetar el tiempo que Becca pudiese necesitar para asimilar lo que le había contado, pero ante la continuada falta de respuesta finalmente se atrevió a preguntar usando un tono tan próximo y calmado como le fue posible.

—¿No vas a decir nada?

—No sé muy bien qué quieres que diga —respondió Becca de malas maneras—. ¿Qué es lo que esperabas realmente? ¿Pensabas que después de esa novela lacrimógena de redención que me has contado mi opinión sobre ti iba a ser diferente? Déjame que te explique lo que saco en conclusión de tu historia y de todas las demás en esta familia —prosiguió inclinándose ligeramente hacia delante en una actitud claramente ofensiva—. Durante más de veinte años no tuve una familia. Nunca tuve a nadie que se alegrase por mis logros, que me abrazase cuando estaba triste o que me dijese que todo iba a ir bien cuando tenía miedo y, créeme, lo tuve muchísimas veces. Por las noches solo la oscuridad me abrazaba y ese abrazo es el mas frío que puedan darte. De repente y sin pedirlo, tú y todos los demás miembros de esta familia disfuncional donde las haya os habéis empecinado en entrar en mi vida, sin permiso, sin invitación tan solo porque os ha dado la real gana y yo he tenido que comérmelo. Todos os habéis empeñado en hacerme entender a la fuerza una historia que supuestamente es el origen de todos mis males, una historia que es solo vuestra, no mía. Y ya me

he cansado. Dime algo, ¿te habrías acercado a mí si Helel no hubiese empezado a enviarme sus manuscritos, si Genevieve no hubiese dejado arreglado su testamento para que heredase la fortuna familiar? ¿Habrías intentado siquiera venir a Nueva York para ver qué tal estaba? Déjame que me responda yo misma. No, no lo habrías hecho, ni tú ni ningún otro miembro de esta familia en la que todos tenéis una agenda oculta. Cada uno de vosotros intenta justificar su parte de la historia. Ninguno de vosotros se responsabiliza de lo que me ha tocado y me está tocando vivir. Os culpáis unos a otros o al mismo destino de las decisiones que habéis tomado pero los únicos responsables de todo lo que me está ocurriendo sois cada uno de vosotros que sólo habéis pensado en vuestro propio interés.

—¿De verdad crees eso? Entonces lo hemos hecho verdaderamente mal todo este tiempo. Yo no puedo hablar por Helel pero en lo que se refiere a Sadith y a mí, nuestra única agenda siempre ha sido tu protección.

—¡Basta de mentiras! He visto como tu voz temblaba ligeramente al contarme la maldición que lanzaste sobre la espada. Solo un hijo podrá encontrarla. Tú sabes también como Helel que ese hijo soy yo. Lo he comprendido en cuanto has descrito lo ocurrido. Esa es la razón por la que todos os estáis matando para mantenerme alejada de él. Si él me encuentra estará un paso más cerca de encontrar la espada y entonces tendrá vía libre al cielo. Si Lucifer ha sido capaz de hacer vuestra vida miserable aquí abajo no quiero ni pensar lo que sería de vosotros si volviese a tener acceso al poder del cielo.

—¡Estás completamente equivocada! —dijo la mujer elevando el tono de voz—. Si queremos alejarte de él es porque no queremos que te conviertas en moneda de cambio en su guerra particular con los arcángeles. Soy tu madre y no permitiré que Helel destruya tu vida más.

—¡Una madre que nunca ha estado a mi lado! ¿En qué te diferencias de él? ¿Por qué tú tienes derecho a entrar a empujones en mi vida y él no? No te creo Liliath, no creo que alguien que reconoce haber sido un monstruo hambriento de poder cambie de la noche a la mañana y solo piense en mi beneficio. Creo que tú, Sadith y todos los demás sólo me estáis contando una parte de la historia y ya estoy harta de medias verdades. Pienso encontrar a Helel, me cueste lo que me cueste, pienso hacer que me cuente su verdad y entonces decidiré si he de creer a alguno de vosotros o si os mando a todos al infierno.

Liliath calló por un instante asombrada por la determinación de Becca y entendiendo que aquella verdaderamente era la hija de Helel y por fin aceptó su derrota.

—Muy bien, si eso es lo que verdaderamente deseas no seré yo quien te lo impida. Si deseas encontrar a Helel haré lo que este en mi mano para ayudarte pero con una condición.

—¿De verdad crees que estás en situación de pedir nada?

—Tú decides. A mi manera o de ninguna manera —respondió la mujer con un rostro que no dejaba lugar a dudas de que esa era su última palabra.

—Adelante —contestó Becca a medio camino entre la frustración y la rabia.

—Tanto si me crees como si no, mi única prioridad es tu seguridad. No permitiré que te acerques a Helel hasta que sepa que entiendes y controlas tu poder. Tú no eres un Nephilim más. Eres la hija del señor del inframundo y eso te convierte en una criatura de un poder inmenso que aún desconoces y que no sabes como manejar. Deja que te enseñemos a usarlo, a controlarlo y cuando lo hayas logrado yo misma te llevaré hasta tu padre si aún lo deseas.

Becca dudó por un momento no muy segura de si las verdaderas intenciones de aquella mujer eran las que decía o si había algo más de fondo pero finalmente decidió aceptar.

—Tres meses. Estaré aquí tres meses haciendo todo lo que me pidas para aprender a usar mi poder. Pasados esos tres meses me ayudarás a encontrar a Helel tanto si piensas que estoy lista como si no, o de lo contrario me marcharé de aquí para buscarle yo misma y no volverás a verme.

—Tres meses. De acuerdo. —Liliath se levantó lentamente y se dirigió a la puerta. Un segundo antes de alcanzarla se giró para mirar a Becca que seguía junto al fuego. —Descansa bien hoy, tu entrenamiento empieza mañana y, créeme, necesitarás todas tus fuerzas. —Y acto seguido cerró la puerta dejando a Becca en el silencio más incómodo.

A la mañana siguiente Becca se despertó igual de agotada pero sabiendo que no tenía forma de escapar del compromiso al que había llegado con Liliath. Tan pronto como logró arrastrarse fuera de la cama la mujer le dio algo de leche caliente para templar su estomago vacío y le indicó que la esperaría fuera de la choza. Becca estuvo tentada de preguntar si existía alguna forma de conseguir un buen café que la entonase pero acabó por asumir que tendría que conformarse con la leche y no dijo nada. Tras el frugal desayuno se lavó la cara con un agua helada y se encaminó a reunirse con

Liliath. Al salir de la choza se encontró con que la mujer no estaba sola. Sadith estaba junto a ella. Ninguna de las dos mujeres le dirigió la palabra, tan sólo echaron a andar y Becca asumió que debía seguirlas. La guiaron en silencio hasta la misma explanada en la parte alta de la montaña donde había visto a su madre por primera vez. El esfuerzo del ascenso y el frío combinados hicieron que su corazón tuviese que acelerarse y bombear más sangre a todo su organismo haciendo que la sensación de somnolencia se disipase. La temperatura era aún más baja en aquella plataforma elevada debido al viento que les golpeaba sin piedad. Becca vio que algo había cambiado en aquel espacio desde la primera vez que estuvo allí. En el centro de la explanada se habían dispuesto unos grandes troncos de madera que formaban una especie de pila. Becca se preguntó para que serían pero no dijo nada segura de que se iba a enterar en breve.

—Bueno, empecemos. Adelante, prende la pira —le dijo Liliath.

—¿Cómo que prenda la pira?

—Sí, enciende el fuego en esa pira. Tu poder esta vinculado al fuego como elemento, úsalo. Prende la pira.

—Espera un segundo. No entiendo nada de eso de los elementos, no sé de que hablas. Y ya sabes que yo no sé generar el fuego a voluntad, sólo pasa cuando pierdo el control.

—Te equivocas, solo pasa cuando sientes peligro —interrumpió Sadith—, eso no tiene nada que ver con el control. Tu cuerpo reacciona a situaciones en las que te sientes amenazada, como en el colegio cuando aquella muchacha te atacó o en Montparnasse cuando te atacó la furia. Nunca has perdido el control sobre tu poder, si lo hubieras hecho tú misma habrías sido abrasada en el incidente del colegio pero no fue así, las llamas no tocaron tu cuerpo.

—Creo que vamos a tener que empezar por lo básico —dijo Liliath soltando un pequeño suspiro de frustración—. Creo mi hermana ya te ha explicado que eso que la gente llama poder en el sentido sobrenatural no existe. Son simplemente formas de utilizar la energía que nos rodea, la energía presente en todo y todos en esta tierra.

—Sí, eso lo recuerdo.

—Bien. Esa capacidad para manejar energía en ti está tremendamente acentuada, no sólo como Nephilim sino por tu carga genética —dijo sorprendiendo a Becca por ser capaz de usar términos científicos para su explicación—. Pero en nuestra familia esas capacidades siempre están vinculadas a un elemento, una

forma de energía que manejamos más fácilmente que otras. En tu caso y el mío es el fuego, en el caso de Sadith es la tierra.

—¿Recuerdas lo que leíste sobre el tiempo que pasamos en Egipto? —preguntó Sadith.

—Sí, más o menos.

—Y, ¿recuerdas si Helel habló en algún momento de que cuando me enfadaba con él la tierra temblaba? —Becca asintió recordando claramente la escena en el palacio de Tebas—. Es la misma reacción que tienes tú con el fuego al sentirte amenazada.

—Pero, ¿en qué me ayuda todo esto? Saber que tengo una conexión mística con el fuego no hace más fácil controlarlo, al menos no para mí.

—Lo hará si dejas de huir de él. ¡Abraza tu poder sin miedo, sé una con el fuego y eso abrirá la puerta a un poder inmenso!

—¡No huyo de él!

—Sí lo haces —replicó Liliath—, y negarlo no te va ayudar. Despierta de una vez, deja tus miedos a un lado.

—No puedo —gritó Becca superada por la presión que su madre estaba poniendo en ella.

—No puedes porque no es a tu poder a lo que le tienes miedo, ¿verdad? —interrumpió Sadith sin dejar continuar a Liliath que estaba visiblemente frustrada con Becca y se acercó a ella para coger su mano—. Dinos qué es, Becca. ¿Qué es lo que te aterroriza?

Becca tardó un instante en atreverse a hablar pero finalmente lo hizo al notar que sus ojos se llenaban de lagrimas por la impotencia del momento.

—¡No quiero ser como vosotros! —soltó de repente. Sadith miró a Liliath y el rostro de la mujer pasó de la frustración a la piedad más infinita. Se acercó hasta Becca y agarró la mano que le quedaba libre.

—No quieres ser como yo, no quieres convertirte en un monstruo.

—No es solo tú, es él, es Sadith. Todos habéis hecho cosas terribles, con vuestro poder y sin él. Vuestra historia está llena de muerte, de venganza, de dolor. Cada vez que pierdo el control y noto que la rabia me posee me veo reflejada en lo que he conocido de vosotros y yo no quiero ser eso.

—Será mejor que nos sentemos —dijo Sadith guiando a Becca hacia el suelo para que se sentase en la hierba. Acto seguido susurró unas palabras y el viento ceso en la explanada y el calor del sol empezó a sentirse reconfortante—. Sin quererlo te hemos bombardeado con información en las últimas semanas, una

información que es muy difícil de asimilar, y es inevitable que lo que más destaque de esa historia sea todo lo negativo, todo el dolor. Ninguno de nosotros podrá negar jamás lo que hemos hecho pero piensa un poco más allá de lo evidente. Llevas la sangre de un ángel, un ser que más allá de las cosas terribles que haya hecho se embarcó en su viaje vital por amor a unos hijos perdidos, un amor inmenso como nadie puede sentir. Tu madre estuvo perdida mucho tiempo pero fue por amor también que logró cambiar. El amor por Niel y Narmesh me hizo sacrificar mi propia mortalidad por su seguridad y fue el sacrifico de Genevieve el que hizo que siguieses viva. No todo ha sido dolor y sangre, Becca. Y aún hay algo mas importante.

—¿El qué?

—¡Tú no eres ninguno de nosotros! —contestó Liliath—. Llevas nuestra sangre, cierto, pero eres libre de elegir, libre de escoger no convertirte en uno de nosotros.

—Así que pequeña, no temas más abrazar los dones que la vida te ha dado porque si lo haces tendrás en tus manos la capacidad de hacer cosas maravillosas.

Becca miró a las dos mujeres que seguían sosteniendo sus manos y lentamente las soltó y se puso en pie. Casi como un autómata se dirigió hasta la pila de troncos y repitiéndose a sí misma que ella no era un monstruo cerró los ojos y simplemente deseó que el fuego devorase aquella madera tal y como Sadith le había enseñado con la rosa. Su cuerpo se tensó al sentir la energía que fluía por ella como un torrente. Por un instante nada pasó y Becca creyó haber fallado nuevamente, pero, de repente, el calor de las llamas inundó su rostro y Becca abrió los ojos para encontrarse que la pira ardía con la fuerza del fuego del infierno. No pudo evitar que las lagrimas llenasen sus ojos pero, por primera vez en mucho tiempo, no lloraba de pena o dolor sino que lo hacía por la alegría de haber superado su mayor miedo, el miedo a sí misma.

Las siguientes semanas fueron durísimas. Aunque Becca había conseguido un gran logro liberándose de sus bloqueos y permitiendo que el poder fluyese por ella, pronto fue evidente que era muchísimo lo que le faltaba por aprender y muy poco el tiempo que se había dado para ello. Liliath y Sadith resultaron ser dos magníficas profesoras que estaban perfectamente coordinadas entre ellas para asegurarse de que Becca aprendiese, no sólo todo lo relativo a la magia de la voluntad, sino la magia de la palabra y la del acto, a los elementos de la naturaleza, las hierbas con poderes mágicos y la energía de la madre tierra. La obligaban a levantarse al

amanecer y no le dejaban irse a la cama hasta que estaban seguras de que había logrado memorizar y controlar los hechizos que a ellas les parecían esenciales. Al cabo de unos días Becca estaba agotada pero el ver la cantidad de cosas que era capaz de hacer le llenaba de orgullo y le hacía feliz. Pronto empezó a comprender que la magia que aquellas mujeres le enseñaban no era rígida y estática sino fluida y casi artística. Una vez que había aprendido la base podía utilizar ese conocimiento y su propio poder para crear sus propios hechizos y, en la mayoría de los casos, ni siquiera necesitaba verbalizarlos, la magia del pensamiento se imponía y hacía todo una realidad. Sadith estaba extremadamente orgullosa de ella y no dudaba en hacérselo saber, pero Liliath en cambio era mucho más reservada. Becca sabía que había algo que asustaba tremendamente a su madre sobre el nuevo poder que había descubierto, pero fuese lo que fuese la mujer lo guardaba para sí. Todas aquellas semanas Becca estuvo básicamente alejada de Charice, pero lejos de recriminárselo su amiga parecía comprender bien el fin de todo aquello y se lo había puesto fácil buscándose un entretenimiento como profesora de los chiquillos del pueblo. Becca sabía que lo hacía más por cariño hacia ella y para no hacerle sentirse mal por su forzado abandono que por amor a la enseñanza y Becca no podía estarle más agradecida. Eustace por su parte pasaba el día en el bosque que había bajo el pueblo sin que Becca supiese en que invertía su tiempo, pero aquella falta de distracción le parecía de lo más conveniente en aquel momento.

—Deberías hablar con él —le soltó un día Sadith en el camino de vuelta a casa.

—¿Con quién? —respondió Becca haciéndose la sueca

—Sabes perfectamente de quien hablo. Mi hijo puede ser cabezota hasta el punto de exasperarte pero le conozco bien y sé que siente por ti más de lo que le gustaría admitir. —Becca se sonrojó e intentó disimularlo sin éxito. —Y por lo que veo no es el único que alberga sentimientos.

—No creo que importe demasiado lo que sintamos o no, es evidente que yo estoy muy ocupada y el también, así que es mejor que dejemos estar todo eso.

—¿Sabes lo que hace cada día?

—No lo sé y tampoco me importa, la verdad —mintió Becca—. Estará por ahí haciendo de mandamás que es lo que le gusta.

—¡Eso es verdad! —contestó Sadith riendo sin reparos—. Creo que eso lo saca de mí. Pero no. Lo que hace es montar guardia en el bosque cada día, asegurarse de que estás segura. —La respuesta de

Sadith dejó a Becca descolocada y sin saber que responder. —No le había visto tan enamorado desde que conoció a su esposa.

—¿Ha estado casado?

—Sí, hace muchísimo tiempo, en el siglo dieciséis —contestó Sadith y a Becca le pareció extraño estar hablando de alguien vivo en aquellos términos—. Por aquel entonces él ya tenía más de doscientos años y empezaba a hacérsele difícil la idea de la eternidad. Aquella mujer apareció en su camino y logró que se olvidase de ese otro aspecto de su vida.

—¿Puedo preguntar como se llamaba? —inquirió Becca no muy segura de si quería saber la respuesta.

—Loredana de Bresci. Era la hija de un conde menor de la zona de Venecia. Se conocieron mientras mi hijo se hospedaba en casa del hermano de ella que era su amigo. El amor surgió entre ellos de inmediato y no tardaron en casarse. Desgraciadamente, Loredana sucumbió a la maldición de muchas de las mujeres de su época. Se quedó embarazada pero no soportó el parto y tanto ella como el niño fallecieron. ¡Nunca he visto a mi hijo tan devastado! El dolor de la pérdida se vio acentuado por la frustración de saber que ni tan siquiera le quedaba la esperanza de reunirse pronto con ellos. Intenté ayudarle, como te puedes imaginar, pero supongo que incluso mi presencia en aquel momento era una carga y se fue de mi lado. Tardé casi otros doscientos años en volver a verle. En ese tiempo siempre supe si estaba bien o no porque las madres sentimos eso sobre nuestros hijos muy dentro en el pecho, pero decidí que era mejor dejarle curar sus heridas a su manera. Un día apareció de nuevo en mi casa y fue como si nunca se hubiese ido. Nunca le he preguntado por el tiempo que pasó alejado de mí y nunca lo haré, no me importa, lo único importante es que cuando él sintió que era el momento adecuado volvió a mí. Pero nunca más le he visto enamorarse hasta que llegaste tú.

—Creo que te equivocas, Sadith. No creo que esté enamorado de mí. Lo que pasó entre nosotros no significó nada para él, fue sólo una noche cualquiera y acabó con la salida del sol.

—Si me permites una opinión, creo que tú misma no te crees lo que me estás contando. Tu cuerpo te traiciona con facilidad y llevas frotándote las manos con nerviosismo desde que empezamos a hablar del tema —dijo mirándola con dulzura y parando para sujetarla tiernamente por los hombros—. Permítele a tu vieja tía un consejo también. Afortunadamente para la mayoría de los humanos la vida no es eterna, podéis permitiros el lujo de experimentar vuestras emociones con toda intensidad, es vuestra prerrogativa

dado que vuestro tiempo aquí es limitado. Pero por esa misma razón, no cierres las puertas a todas esas emociones. Si amas hazlo con toda intensidad y si debes odiar hazlo también intensamente, no permitas que tu vida se acabe y te veas en la obligación de preguntarte qué hubiese pasado si hubieras tenido el valor de dar un paso adelante.

Aquellas palabras se quedaron grabadas en la cabeza de Becca y se repitieron una y otra vez durante toda la noche sin que le permitiesen conciliar el sueño. La imagen de Eustace seguía formándose en su cabeza y el recuerdo de sus manos sobre su cuerpo, que había permanecido dormido durante varios días, había vuelto a despertarse con un intensidad difícil de negar. Finalmente Becca se levantó de la cama, se echó por encima una de las capas de Liliath y salió de la choza a la oscuridad del bosque. No sabía a dónde se dirigía pero sabía que esta vez no estaba andando en sueños como en el incidente en su casa de Escocia, esta vez era ella quien de forma absolutamente consciente había decidido empezar a caminar, su corazón sabía encontrar el camino correcto en el bosque. Anduvo durante varios minutos hasta que llegó a un claro iluminado por la luz de la luna que empezaba a menguar pero aún conservaba la mayor parte del brillo de su fase completa. En aquel claro, frente a ella, esperándola con el ansia de saber que ella acabaría llegando hasta él, se encontraba Eustace. Becca llegó hasta él que la cogió entre sus brazos besándola con una ansiedad retenida por demasiado tiempo.

—¡Tu voz, fue tu voz la que me llamó, me desperté y pensé que era un sueño pero tu voz me convocaba aquí! —dijo por fin cuando pudo despegar sus labios de los de ella.

—Lo sé —respondió Becca sonriendo—. De alguna manera ahora tengo un mayor control sobre mis poderes y no podía pasar un segundo más alejada de ti.

—¡Dios, he deseado tanto oírte decir eso!

—Habría estado bien que hubieses intentado hablar conmigo en lugar de encabronarme de mala manera.

—Lo siento, creo que no soy muy bueno cuando se trata de expresar mis sentimientos y tu reacción me hizo sospechar que me habías cerrado todas las puertas.

—¡Hombres! Podéis ser criaturas patéticas la mayor parte del tiempo.

—¡Ten cuidado! —replicó con sorna—. Te pareces peligrosamente a mi madre cuando hablas así.

—Creo que no me va a ser posible escapar de eso, lo llevo en la

sangre —contestó Becca riendo.

—Déjame que haga que te olvides de todo eso al menos por esta noche. —Y sus manos empezaron a recorrer su cuerpo bajo la capa.

—Espera, dame un segundo —pidió Becca y separándose de él levantó sus brazos a la par que cerraba sus ojos e invocaba el poder recién descubierto para que inundase su cuerpo. En respuesta una especie de luz azul se elevó alrededor del claro como si de un muro se tratase para un instante después desaparecer—. Es un hechizo muy básico pero hará que nadie pueda vernos. Y ahora, ¿dónde estábamos? ¡Ah, sí! Ibas a hacerme olvidar... —Y aquella noche Becca se olvidó de su familia, de sus problemas y hasta de su propio nombre para responder tan sólo a los nombres que él le daba.

Becca se despertó con el ruido de los pájaros que habían notado el amanecer antes que ella. Habían pasado la noche perdidos en el cuerpo el uno del otro en aquel claro pero Becca no recordaba haber pasado frío o, en todo caso, no recordaba que le hubiese importado. Se encontró despertándose bajo uno de los árboles del borde del claro y cubierta tan sólo con su capa. No había señal de Eustace y por un segundo Becca se preguntó si habría hecho algo de nuevo para alejarle pero, de repente, la figura de Eustace sin camisa y descalzo saltó junto a ella dándole un susto de muerte.

—¡Buenos días! Pensé que tendrías hambre —dijo mientras ponía en el suelo frente a ella un montón de moras y fresas con una pinta deliciosa.

—Por un segundo pensé que te habíais ido, que a lo mejor yo...

—No tengo intenciones de alejarme de tu lado nunca más —respondió dándole un beso en la boca que hizo que el cuerpo de Becca se estremeciese de nuevo con el recuerdo de la noche anterior —. Pero más vale que comas algo o después de todo el ejercicio de anoche no podrás caminar.

—Muy gracioso —respondió Becca sacándole la lengua y atacando las fresas como si fuese una niña pequeña.

—Por cierto —continuó Eustace mientras Becca comía—, creo que tu hechizo de barrera ha desaparecido. Esta mañana vi una especie de brillo azul, como si algo vibrase.

—Sí, me temo que de momento sólo sé lo básico y aún no controlo mi poder lo suficiente para hilar tan fino. Nuestras madres están haciendo lo posible porque aprenda a marchas forzadas pero es más fácil decirlo que hacerlo.

—Me alegro de que ya te refieras a Liliath como tu madre.

—Bueno, es lo que es, monstruo o no, es la mujer que me parió.

—No deberías ser tan dura con ella —replicó Eustace en tono conciliador—. Soy consciente de que ha hecho cosas terribles en su pasado pero, al menos desde que yo la conozco, también ha hecho mucho bien.

—¿A qué te refieres?

—Creo que eso es mejor que te lo cuente ella, necesitas darte la oportunidad de conocer a tu madre.

Becca no quiso replicar, ni siquiera siguió preguntando. No quería que la figura de su madre destrozase aquel momento que para ella era casi mágico.

—Creo que será mejor que nos movamos —dijo Becca aunque su cuerpo le pedía lo contrario—. Me estarán esperando para mi lección de hoy y se preguntarán dónde estoy.

—Estoy convencido que mi madre se hará una idea de dónde estás y por qué llegas tarde —contestó el hombre riendo maliciosamente.

—No lo dudo pero no seré yo quién haga un comentario al respecto —contestó a la par que se levantaba y se vestía—. ¿Vendrás conmigo hasta el poblado?

—¡Claro que sí! Ya te he dicho que no te dejaré sola. —Y agarrando su mano abandonaron el claro en dirección a la aldea.

El camino se hizo muy corto porque en realidad Becca no quería separarse de Eustace pero finalmente llegaron al pueblo y se dirigieron a la casa donde Sadith se hospedaba. Allí una de las mujeres de la casa le indicó que Sadith y Liliath habían dejado encargo de que le dijesen que la esperaban en la plataforma de lo alto de la montaña como casi todos los días. Becca se despidió de Eustace y se dispuso a encaminarse hacia la plataforma cuando un ruido ensordecedor llenó todo el aire haciendo que todos se llevasen las manos a los oídos. El cuerpo de Becca se tensó inmediatamente al reconocer lo que aquel estruendo significaba.

—¿Qué ocurre? —gritó Charice que había salido de la casa que usaba como escuela y se había presentado junto a Becca.

—¡Rápido, escondeos, vuelve a la escuela y escóndete con los niños! —gritó Eustace.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—No hay tiempo, corre y escóndete —gritó Becca. Charice obedeció sin rechistar y cogiendo a un chiquillo que había salido a la plaza tras ella se encerró de nuevo en la escuela como Becca le pedía. El sonido calló de repente y fue como si Becca se hubiese quedado sorda hasta que una voz cristalina y dulce llenó la plaza y

retumbó en su mente.

—¡Al fín! Has sido muy difícil de encontrar, muchacha. —Becca se giró en la dirección de la que provenía la voz pero un resplandor intenso ocultaba la figura de la persona que le hablaba y Becca se llevó las manos a los ojos.

—¿Quién eres? —gritó Becca—. ¿Qué es lo que quieres?

—Discúlpame —contestó la voz de mujer y el resplandor cesó dejando ver a su dueña, una mujer vestida con una túnica plateada, con el pelo largo y liso de un color rubio intenso y un rostro que podría haber salido de cualquiera de las revistas de moda de las que Charice era ávida lectora—. Mi nombre es Jofiel y, en realidad, he venido a traerte un regalo, uno de un valor incalculable. El descanso eterno —dijo con una sonrisa perfecta en su rostro que sin embargo no pretendía ocultar lo sincero de su amenaza.

De repente una barrera de luz de un rojo intenso se elevó entre Becca y la criatura y la voz de Liliath resonó en la plaza.

—¿Has venido hasta aquí para que te patee el culo, Jofiel? Tu señor te quiere poco entonces.

—Vaya, vaya, mira quién esta aquí. La bruja roja. ¿De verdad crees que tu poder será suficiente para proteger a tu bastarda de mí?

—No está sola, Jofiel —dijo la voz de Sadith desde el otro extremo de la plaza.

—Pero, por supuesto. Debí suponer que también estarías tú. La bruja negra siempre cerca de su hermana.

—Ese nombre casi me gusta, Jofiel pero me estoy cansando de oírte así que va a ser hora de que te vayas —contestó Sadith elevando sus manos.

—Si yo fuera tú no lo intentaría porque esta vez no os funcionará. Vuestro hechizo de destierro doble no servirá conmigo ni con ninguno de nosotros nunca más—dijo elevando su brazo derecho haciendo que la manga de su túnica se bajase dejando su brazo blanco como la leche al descubierto. Sobre su piel unos símbolos que Becca pensó que se parecían a los de los libros de Helel empezaron a brillar—. Nos ha costado algo de tiempo pero finalmente hemos conseguido encontrar el contrahechizo perfecto, vuestro poder de destierro es inútil. —Las dos mujeres se miraron la una a la otra sin demostrar ninguna emoción pero de alguna manera Becca pudo sentir la tensión que aquellas palabras habían provocado y sabía que eso no era bueno. —Pero, de todas maneras no estoy aquí para hablar con vosotras sino con la bastarda. Mira, pequeña, incluso te he traído un recuerdo. —La criatura lanzó un

bulto sobre el suelo de la plaza que rodó hasta casi los pies de Becca dejándola horrorizada. Desde el suelo, mirándola con ojos de terror absoluto estaba la cabeza cercenada de Marcel completamente ensangrentada.

—Nos costó un poco encontrar a alguien que pudiese llevarnos hasta a ti. Por supuesto, no es que él quisiese colaborar, claro, pero la amenaza de muerte de su marido y su niñita ayudó, y finalmente nos indicó que estabas por algún lugar de Rumanía. Empezamos a buscar huellas de energía sobrenatural y aquí estás. Por supuesto ni decir tiene que tuve que matar también al marido y la pequeña, no era justo dejarles vivir con la pena de haber perdido a su querido Marcel.

Aquellas palabras hicieron que Becca perdiese el control y que un sólo grito de rabia absoluta saliese de garganta por el hecho de que aquella familia hubiese perdido su vida por ella. De repente, Becca sintió la energía que se acumulaba en su interior pero esta vez lo hacía de una forma más intensa de lo que había sentido jamás. Podía sentir como el odio por aquella criatura que se burlaba de la vida de todos aquellos para los que su seguridad había sido más importante que su propia vida crecía y crecía sin alcanzar un límite y se apoderaba de su cuerpo. Y sin embargo, había algo diferente. Esta vez aquella energía inmensa no la controlaba sino que era ella quien tenía el control, quién podía usarla como instrumento de su venganza. Las llamas se extendieron inmediatamente como serpientes a su alrededor y formaron una auténtica bola de fuego que lo envolvía todo en torno a ella.

—Vaya, la niña tiene dientes, ¿de verdad crees que estos fuegos de artificio te servirán de algo?

—¡Becca, no! —gritó Liliath haciendo el amago de acercarse hacia ella pero Sadith la agarró y la detuvo.

—Espera —le susurró—. Esta vez es diferente, mira su poder fluyendo a su alrededor, nunca hemos visto algo así.

De repente las llamas devoraron las vestimentas de Becca y cubrieron su cuerpo como si de una túnica viva y rugiente se tratase. Sus ojos se volvieron del mismo rojo intenso de las llamas y su voz resonó por toda la plaza mientras se acercaba a la criatura.

—Jofiel, puta del cielo, escucha mi voz porque serán las últimas palabras que oirás. Por la vida de todos aquellos a quienes habéis torturado, asesinado y destruido, por el amor de aquellos que lo han dado todo para ver vuestra destrucción, yo te condeno a ser no ser más, a que no quede ni siquiera el recuerdo de tu existencia. Yo te condeno a arder en el fuego del infierno, en las llamas de mi ira por

toda la eternidad.

En un instante el fuego que emanaba del cuerpo de Becca rodeó a Jofiel que empezó a gritar intentando en vano protegerse con sus manos mientras las llamas devoraban su túnica primero y su carne después, hasta que finalmente formaron una bola de llamas de un rojo intenso que ahogó la luz que desprendía lo que quedaba de su cuerpo y no quedó el más mínimo rastro de su presencia. El cuerpo de Becca, completamente desnudo frente al lugar donde antes había estado el ángel, permaneció quieto cuando las llamas desaparecieron y sólo Eustace se atrevió a acercarse a ella y cubrirla con un manta mientras le susurraba algo al oido. Becca le miró sin decir nada pero asintió y el hombre la cogió en sus brazos mientas ella se refugiaba en su cuello y la llevó al interior de la casa donde se hospedaba Sadith. Las dos mujeres corrieron tras él y Charice les siguió. El hombre depositó a Becca sobre una cama y acarició su rostro como intentando comprobar si se encontraba consciente. Liliath entró inmediatamente por la puerta y se sentó en la cama junto a Becca cogiendo su mano y haciendo que Eustace se separase inmediatamente para darles algo de espacio.

—¿Te encuentras bien? ¿Puedes oirme? —preguntó Liliath visiblemente preocupada.

—Me encuentro perfectamente, tan sólo algo cansada. Supongo que este tipo de esfuerzos no son tan sencillos para mí como para vosotras, pero al menos esta vez no he perdido el conocimiento. —Liliath miró a Sadith con una visible cara de preocupación.

—Creo que no lo entiendes Becca —habló Sadith acercándose también a la cama—. Liliath y yo podemos desterrar ángeles cuando combinamos nuestro poder, les enviamos al limbo infernal o, en algunos casos, de vuelta al cielo y no son capaces de salir de allí por un tiempo hasta que su energía se regenera lo suficiente para volver a la tierra. pero nosotras no podemos acabar con la vida de un ángel, extinguir su luz. Sólo un ángel puede matar a otro ángel, en algunos casos un demonio pero nunca un humano. El poder que has mostrado ahí fuera no ha existido jamás en ninguno de los miembros de esta familia. —Las palabras hicieron que el vello de Becca se erizase. De alguna forma sabía que el poder que se había apoderado de ella no era algo normal. La forma en la que conscientemente había convocado aquel poder de destrucción, la manera en la que el deseo de matar se había apoderado de ella era algo que no había sentido jamás.

—Eustace, Charice, ¿podríais dejarme a solas con mi madre y mi tía? —preguntó Becca usando por primera vez aquellos términos

familiares en público, algo que no se le escapó a nadie.

—¡No, no te dejaré sola! —contestó Eustace.

—No tienes nada de que preocuparte amor, te prometo que estoy bien —le replicó Becca cogiendo con dulzura su mano y usando aquella expresión de ternura por primera vez y sintiéndose bien por ello.

—Ven, Eustace. Becca sabe lo que hace, no te preocupes —dijo Charice cogiéndole suavemente por el brazo y sacándole de la habitación a regañadientes. Cuando estuvieron solas, Becca miró muy seria a las dos mujeres.

—Acepto que lo que ha ocurrido ahí fuera no es normal, sobre todo porque sé que la forma en la que me ha hecho sentir tampoco lo es. Cuando he visto el rostro de Marcel mirándome con esa expresión de terror me ha dominado un único deseo, la venganza y eso es lo que ha desencadenado todo lo demás. Vosotras no podéis explicarlo y yo no sé justificarlo. Necesito ayuda y lo sabéis vosotras tan bien como yo.

—¡No! Si vas a decir lo que creo, la respuesta es simplemente no —contestó Liliath.

—Madre, sabes que no hay otra salida. Necesito ayuda, necesito que alguien me ayude a comprender este poder, de otra manera nunca lo controlaré totalmente y acabaré por convertirme en un peligro para todos. Si no quieres ayudarme, hazlo por el resto de nuestra familia. Mira lo que le ha ocurrido a Marcel y al resto de su familia, a su pequeña. Nos hemos convertido en objetivo para los arcángeles y ahora ya he comprendido que la única razón para ello soy yo. Mientras yo siga con vida seguirán viniendo a por mí y a por todos los que me importan y lo único que puedo hacer es estar preparada.

—¿Preparada para qué?

—Preparada para defenderme, para defenderos. Lista para una guerra que no he pedido pero de la que no puedo escapar. Y sólo hay una persona que quizá pueda ayudarme a entender todo esto. Además, me prometiste que me ayudarías a encontrarle de todas maneras.

—Lo sé pero lo que no entiendes es que no puedes confiar en él. Es evidente por qué quiere que te acerques a él, qué espera sacar de todo esto. ¿qué te hace pensar que te ayudará?

—Precisamente eso, que me necesita. —Las palabras de Becca callaron a Liliath que comprendió que había perdido aquella discusión antes de que comenzase.

—Liliath —interrumpió Sadith—. Sabes que tiene razón, que

esto es algo que iba a ocurrir más tarde o más temprano. Es un riesgo, es cierto, aunque yo no estoy tan segura de que las intenciones de Helel sean tan simples como tú las dibujas pero, sea como fuere, Becca tiene una gran ventaja, no está sola. Nos tiene a nosotras. Tiene una familia. —Liliath escuchó a Sadith con pesar pero finalmente accedió a los deseos de Becca aunque dejó claro que no la dejaría sola con Helel en ningún momento, algo a lo que Becca accedió.

—Muy bien. En ese caso, ¿por dónde empezamos? ¿Cómo le encontramos?

—No podemos —respondió Sadith.

—¿Cómo? Pero, pensé que vosotras me ayudaríais a...

—Sí —interrumpió Liliath—, pero Helel está protegido por todo el poder que ha absorbido del inframundo, si quiere esconderse no hay criatura en este mundo que pueda encontrarle. Bueno, casi ninguna.

—Tenemos una amiga con un talento de lo más especial que nos puede ayudar a localizarle.

—Perfecto. Y, ¿dónde está vuestra amiga?

—En Madrid.

Becca insistió por activa y por pasiva en que fueran a ver a esa mujer inmediatamente pero Liliath se negó en redondo hasta que hubiese recuperado plenamente sus fuerzas así que Becca tuvo que pasar los siguientes tres días en la cama sin moverse y bajo la estricta supervisión de Eustace y Charice que se turnaban para no dejarla sola. Por más que aquel retraso le frustraba, la realidad era que su cuerpo lo agradecía y no le quedó más remedio que resignarse. Finalmente, al cuarto día Liliath entró en la casa para indicarle que se preparase para partir. Becca se dispuso a preparar su equipaje pero la mujer le indicó que no le haría falta, lo único que necesitaba era ropa cómoda. Becca se puso los primeros vaqueros que encontró y un jersey de lana gruesa y unas botas, cogió su abrigo y salió al exterior de la casa. Allí la estaban esperando Sadith y Liliath, vestidas con abrigos largos, botas altas de tacón y pintadas como si fuesen estrellas de Hollywood lo que hizo que Becca se sintiese ridícula con su vestimenta. Eustace y Charice también estaban allí pero, para suerte de Becca, y sorpresa en lo que a Charice se refería, tenían un aspecto mucho más cotidiano.

—¿Estás lista? —preguntó Liliath y Becca asintió—. Entonces vamos.

Liliath les guió al bosque y Becca asumió que allí les esperarían

otro grupo de gitanos para traerles de vuelta a la civilización y a algún medio de transporte que les llevase hasta Madrid pero, para su sorpresa, la mujer les llevó fuera del camino y entre los árboles hacia la falda de la montaña. Tras una media hora de caminata llegaron hasta una pared rocosa extrañamente lisa que tenía unas lineas dibujadas. Al principio Becca no pudo ver que representaban porque los trazos eran muy tenues pero al acercase más comprendió qué eran.

—¡Esto es...una puerta!

—Exacto, es el mismo tipo de puerta que usamos en Egipto para llegar al inframundo —dijo Sadith.

—O la puerta que le mostraste en Roma —continuó Becca mirando a Liliath.

—Así es —dijo Liliath sonriendo—. Hay puertas como esta repartidas por todo el mundo. Algunas están inutilizadas pero otras aún pueden usarse si se sabe cómo. Casi todas la leyendas del mundo tiene una base de verdad. Este bosque se ha considerado siempre una puerta de entrada al infierno por la gente del lugar y ya ves que no estaban tan equivocados. —La mujer se acercó a la pared de piedra y comenzó susurrar unas palabras que Becca no pudo distinguir mientras sacaba un pequeño cuchillo del bolsillo de su abrigo. En un instante se hizo un corte en la mano y restregó la sangre por el dibujo que representaba lo que sería el quicio de la puerta. Inmediatamente una luz intensa llenó el espacio delimitado por las tenues líneas y Sadith les indicó que debían darse prisa y entrar en la luz. Eustace no perdió un instante y obedeció seguido de Charice y Liliath.

—¡Ahora tú, cariño, deprisa! —Y Becca obedeció. Tan pronto como entró en la luz su cuerpo se sintió como si fuese absorbido por un gran aspirador y un segundo después la luz desapareció y se encontró en un pequeño espacio oscuro mientras los brazos de Liliath la ayudaban a levantarse del suelo.

—¡Tómate tu tiempo, Becca! —le dijo con dulzura—. Esta puerta es un poco diferente de otras y a veces puede marearte usarla. —Becca se sentó en una silla hasta donde la había llevado Liliath y respiró profundamente intentando recuperar el control de su cuerpo. Finalmente Sadith apareció en la sala y la luz que desprendía la puerta desapareció permitiendo a Becca que sus ojos se acostumbrasen a la penumbra que la rodeaba y ver que se encontraban en una especie de sótano o trastero, lleno de objetos de todo pelaje y condición, desde cuadros gigantescos cubiertos con telas hasta sillas como la que ella misma estaba usando que habían

conocido tiempos mejores. Charice estaba medio tirada en una especie de sillón que de puro viejo ya ni siquiera lo parecía. Los únicos que parecían encontrarse perfectamente después del viajecito eran Sadith, Liliath y Eustace. Al mirarles Becca se dio cuenta de que su grupo había crecido en una persona. Al otro lado de aquel depósito de olvidos se encontraba una mujer mayor, que fácilmente debía haber superado los ochenta años, vestida de manera impecable con ropas que era evidente que no eran del tipo que vendían en las tiendas donde ella solía comprar y que la miraba con una sonrisa amable pero sin decir una palabra.

—Becca, ésta es Sofía, mi Sofía —le explicó Liliath.

—¡Me alegro tanto de poder conocerte por fin Rebecca! —dijo acercándose a ella y dándole dos besos en la cara que descolocaron a Becca por completo—. Tu madre me ha hablado tanto de ti. Ya me temía que iba a dejar este mundo sin conocerte.

—Encantada —contestó Becca tímidamente.

La anciana les guió escaleras arriba tres pisos hasta una sala de estar decorada con exquisitez extrema y con objetos que a Becca le recordaban al tipo de cosas que se puede ver en un palacio. En su ascenso Becca se fijó en que el primer piso del edificio era claramente la trastienda de algún tipo de negocio, con archivadores y una mesa de trabajo desde la que se veía a lo lejos y a través de unas cortinas densas una vidriera que daba a la calle. El segundo y el tercer piso parecían zonas habilitadas como vivienda. La luz que inundaba el salón donde la mujer les había llevado lo iluminaba todo y se reflejaba en los dorados y plateados de toda la decoración.

—¡Por favor, sentaros, estáis en vuestra casa! Permitidme que os traiga un té—dijo dejándoles a solas en el salón.

—No sé vosotros pero yo llevo un rato haciendo cálculos de lo que vale lo que hay en este salón y sólo los sillones en los que tenéis depositados los traseros indicarían que esta señora es millonaria —soltó Charice entre sorprendida y encantada haciendo que Liliath riese descuidadamente.

—Sofía se ha dedicado toda la vida a la compraventa de antigüedades, Charice.

—El té está listo. He preparado también café por si alguien lo prefiere —les interrumpió la mujer entrando un carro de servicio lleno de teteras y cafeteras plateadas, tazas y una selección considerable de pastas y otras dulcerías.

—Muchas gracias Sofía. Siento tanto tener que molestarte —dijo Liliath.

—¡Oh, por dios! Sabes que haría cualquier cosa por tí, Anya.

—¿Anya? —preguntó Becca extrañada por el término con el que se refería a Liliath.

—Es Húngaro. Significa madre —explicó la mujer con una sonrisa.

—¿Madre? —replicó Becca con los ojos como platos mirando a Liliath.

—¡Oh, no! Es un término cariñoso, no soy su verdadera madre —contestó Liliath sonriendo.

—Y sin embargo eres la única madre que recuerdo —replicó la mujer—. Verás Becca, tu madre salvó mi vida hace muchísimos años. Gracias a ella estoy aquí. Le debo más que a nadie en este mundo —indicó la anciana pero al ver la extrañeza de Becca decidió explicarse mejor—. Aunque estamos en España y este es el país que ha sido mi hogar durante más de sesenta años, yo no nací aquí. Mi familia es originaria de Hungría, concretamente de Budapest. Mi padre era un librero judío que se ganaba la vida decentemente hasta que el horror de la lacra nazi llegó un día llamando a las puertas de nuestras casas. Las que habían sido unas vidas felices se vieron rotas por la fuerza del odio contra los judíos que alimentaba la maquinaria alemana. Era el año 1944 cuando todas nuestras vidas fueron destrozadas. Los alemanes invadieron Hungría e hicieron que todos los judíos nos moviésemos a una zona concreta de la ciudad. Una zona cerrada al mundo donde poder tenernos controlados, un gueto. Pero ese fue sólo el comienzo —continuó la mujer—. Yo tenía tan sólo cinco años pero recuerdo como si fuera hoy el día en que se llevaron a mi padre, a todos los hombres capaces de trabajar. Ni siquiera tuvo tiempo de despedirse de su mujer y de su pequeña. Fue arrastrado a un camión con muchos otros hombres y nunca más volveríamos a verle. Con lo años intenté averiguar qué había sido de él y descubrí que había sido llevado a un campamento de trabajo en la ciudad de Terezin y meses después a un lugar de terror, Auschwitz. El gobierno del Reich había decidido poner en marcha lo que ellos llamaron la ultima solución, el exterminio total del pueblo judío. —La mujer hizo una parada en su relato y Becca sintió una pena enorme por aquella pobre anciana que aún recordaba cosas tan lejanas con tanto dolor.

—No es necesario que nos cuentes más —susurró Becca acercándose a la mujer y tomando su mano.

—En realidad sí lo es, pequeña. Es importante que comprendas la suerte que tienes de tener la madre que tienes —dijo mirándola fijamente—. Apenas unas semanas después de la partida de mi

padre, mi madre calló enferma. Tifus. Una enfermedad que arrasó el gueto debido a la falta de comida, higiene y medicinas a la que los soldados alemanes nos sometían. Apenas diez días después mi madre falleció y me quede completamente sola. Una niña de cinco años en un mundo arrasado y sin unos padres que la protegiesen, parecía que mi destino estaba escrito. Los vecinos que vivían con nosotros en el gueto hacían lo posible por cuidar de mí, pero todos ellos tenían su propia prole, niños tan desamparados como yo. En medio de toda aquella oscuridad, cuando ya parecía que nada podría salvar a los judíos de Budapest un rayo de luz lo inundó todo. Una noche nos despertaron de madrugada, hacía un frío intenso y nos dijeron que cogiéramos tanta ropa de abrigo como pudiésemos. Yo cogí una manta que usaba para dormir y era lo único que me quedaba de mi padre y salí a la calle siguiendo a los otros niños del gueto. Afuera nos esperaban dos camiones y mi primer pensamiento, como el de todos los demás, fue que hacían con nosotros lo mismo que habían hecho con mi padre fuese eso lo que fuese. Pero había una diferencia. Los padres de todos aquellos niños estaban allí también para calmar a sus hijos y asegurarles que les llevaban a un lugar seguro, un lugar al que ellos no podrían ir. Las lagrimas de los niños y padres me rodeaban pero yo no lloraba. Yo no tenía padres y hacía mucho que no me quedaban lágrimas. Unos brazos me agarraron por detrás y una voz dulce me susurró que no tenía nada que temer, que ella cuidaría de mí. Esos brazos no me abandonaron en todo el camino, ni a mí ni al resto de los niños. Ese día tu madre sacó del gueto a doscientos cincuenta niños, doscientas cincuenta criaturas que se salvaron de una muerte segura y pudieron tener una vida, una llena de la carga de los recuerdos, pero al menos una vida libre y digna. —Becca luchó en vano para que las lágrimas no llenasen sus ojos y para no mirar a su madre. La anciana viendo que se sentía incómoda decidió continuar hablando —. Algún tiempo después tu madre me encontró una familia que me quisiese y me cuidase en Suiza. Allí crecí hasta que un día conocí al que sería mi marido, un guapísimo anticuario español que me robó el corazón tan pronto como puse los ojos en él. Nos casamos y me vine con él a España, a su tienda de anticuario en el medio del Madrid más antiguo y castizo como dicen aquí y el resto, como se suele decir, es historia.

Becca no supo qué decir una vez que la mujer terminó su relato. Tenía a Liliath sentada en frente y ahora comprendía lo injusta que había sido con ella. Había basado su juicio de la mujer que era su madre exclusivamente en la parte de historia que Helel le había

dado a conocer a través de sus escritos, pero debería haber comprendido que eso era tan sólo una pequeña parte de una vida tremendamente larga en la que debían haber ocurrido muchas cosas. Nadie podía negar que su madre había hecho cosas horribles, pero eso no significaba que eso fuese lo único que había en su persona y aquella anciana acababa de demostrarle en unos minutos que había mucho de su madre que desconocía, mucho más de lo que suponía.

El resto de la tarde pasó perdida en la conversación de aquella mujer que tenía toda una vida por contar. Charice estaba encantada con la cantidad de personajes famosos a los que Sofía había llegado a conocer y de los que, en su mayoría, guardaba algún que otro recuerdo en forma de vestidos, joyas, muebles y otros aperos. Las dos parecían almas gemelas separadas por unas cuantas décadas. Cuando por fin se acabaron el té, Sofía les indicó que había preparado habitaciones para ellos en el piso inferior donde podían descansar y refrescarse antes de la cena, así que todos se dirigieron hacia ellas. Cuando se disponía a dejar el salón Sofia se dirigió a Becca.

—Rebecca, querida, ¿tendrías un momento?

—Sí claro —respondió Becca curiosa.

—¿Te importaría acompañarme, por favor? —dijo la mujer guiándola por el laberinto de habitaciones que había más allá del salón hasta una sala sin ventanas y decorada con tapetes antiguos colgados de las paredes que sobrecargaban la sala y la convertían en un espacio ligeramente claustrofóbico—Tu madre me ha dicho que necesitas ayuda para encontrar algo que has perdido, ¿es cierto? —preguntó cerrando la puerta con llave tras Becca.

—Sí. Bueno, en realidad se trata de una persona —respondió Becca sentándose en una silla frente a una mesa de madera labrada completamente vacía.

—Ya veo. Tu madre cree que yo podría ayudarte y me gustaría intentarlo. No sé si tu madre te ha hablado de cierto talento que poseo.

—No. Me dijo conocía a alguien que podría ayudarme pero no me dio ningún detalle.

—Verás, pequeña, yo soy lo que se suele llamar un buscador, digamos que tengo habilidad para encontrar cosas. Es una variante de lo que vulgarmente llamamos el don de la visión. Hay gente que es capaz de ver más allá de los hilos del destino para descifrar el futuro. Yo nunca he tenido ese talento, sin embargo soy capaz de ver el presente.

—¿El presente? Todo el mundo puede ver el presente, no quiero ofenderla pero no entiendo como eso es un talento.

—Esperaba esa respuesta —dijo la mujer riendo mientras ponía sobre la mesa una especie de cuenco enorme de un material plateado—. Cuando digo que puedo ver el presente me refiero a que puedo ver lo que ocurre en cualquier parte del mundo, hasta en la habitación más pequeña de la casa más recóndita en el país más olvidado del mundo. Como te puedes imaginar —continuó—, me llevó mucho tiempo adquirir el control para segregar las imágenes y ser capaz de ver lo que yo deseaba ver, pero tu madre me ayudó a adquirir ese control. —La mujer cogió un jarra de mismo material plateado y vertió agua en el interior del cuenco.

—¿Para qué ese eso?

—Mi poder, mi visión está vinculada al elemento agua, la necesito como catalizador, como vehículo para poder ver.

—¿Puedo preguntar como de certero es esto? Quiero decir, ¿hay alguna posibilidad de que no encontremos a la persona que busco?

—¿Qué sabes de antigüedades, Rebecca? —soltó la mujer en respuesta a su pregunta.

—Honestamente, nada.

—Déjame explicarte algo entonces. La antigüedades más valiosas no son las que se venden todos los días en las casas de subastas sino las que nadie posee, aquellas que se han perdido a lo largo de los años por diferentes razones y nadie ha sido capaz de volver a localizar. Mi marido y yo conseguimos tener una agenda considerable de hombres y mujeres tremendamente poderosos interesados exclusivamente en poseer aquello que nadie más puede poseer. Todo gracias a mi poder, a mi habilidad para encontrar cosas que nadie más puede encontrar. Créeme pequeña, si esa persona a la que buscas esta sobre la faz de este mundo, la encontraré.

—Ese es precisamente mi problema, cabe la posibilidad de que no esté sobre la faz de este mundo.

—Incluso si ese es el caso, todos dejamos una huella en este mundo, una huella que no es física sino energética, espiritual. Incluso si esa persona ya no está aquí al menos podré decirte donde ha estado por última vez. Pero para ello, necesito algo que haya pertenecido a esa persona.

—Me temo que eso va a ser imposible, las únicas cosas que poseo de él están en mi casa de Escocia o en casa de mi madre en Rumanía —respondió Becca pensando en los libros de Helel.

—¿Podrías decirme a quién estoy buscando?

—A mi padre —respondió Becca tras dudar un instante.

—En ese caso aún tenemos una oportunidad —dijo la mujer retirando un alfiler decorado con piedras preciosas que llevaba prendido en el pecho—. Unas gotas de tu sangre en el agua y déjame el resto a mí. —Becca dudó pero finalmente cogió el alfiler y pinchó su dedo pulgar hasta que la sangre brotó brillante y de un rojo intenso. Dejó caer un par de gotas en el agua del cuenco y se chupó el dedo para parar el sangrado. La anciana asintió con la cabeza mientras sonreía e introdujo su mano derecha en el agua removiendo lentamente. Sus ojos se pusieron en blanco y empezó a murmurar palabras en un idioma que Becca no reconoció pero que asumió debía de ser su idioma natal. Los minutos pasaron y la mujer seguía sumergida en su trance sin dar señales que indicasen el éxito de su búsqueda hasta que de repente se quedó en silencio y sus ojos miraron fijamente a Becca. De repente, el agua del cuenco empezó a hervir y la mujer retiró su mano con un gemido que la sacó inmediatamente de su trance.

—¿Estás bien? —preguntó Becca—. ¿Qué ha ocurrido?

—Ha ocurrido que le he encontrado y, créeme, no está muy contento por ello.

—¿Entonces sabes dónde está? ¿Dónde puedo encontrarle?

—Dame un segundo —replicó la mujer levantándose de la mesa y saliendo de la sala. Volvió a los pocos minutos con un trapo que le cubría a mano derecha donde era evidente que había sufrido una quemadura por el agua hirviendo y un gran libro. La mujer se sentó de nuevo y empezó frenética a buscar en las páginas del libro—. Estoy segura que está aquí, pero, ¿dónde?. ¿Dónde? ¡Ajá! Aquí está —soltó de repente indicando con su mano una fotografía enorme de una estatua de un color blanco infinito en una de las páginas del libro—. Le génie du mal, el genio del mal. Aquí es donde le encontrarás.

Becca se quedó mirando aquella imagen. La estatua representaba a un ángel encadenado de una belleza y una tristeza como no había visto nunca antes, una imagen que cautivaba tan pronto como se ponían los ojos sobre ella.

—Pero...¿dónde es esto? No tengo idea.

—Le génie du mal es una estatua que se encuentra en la catedral de Lieja, en Bélgica.

Becca informó a todos durante la cena de lo que Sofía había sido capaz de averiguar y de sus intenciones de viajar hasta Lieja para

intentar localizar a Helel.

—Hay algo que no me gusta, me parece un movimiento demasiado obvio para lo que conocemos de Helel. ¿El genio del mal? ¿En serio? —argumentó Sadith.

—¿Crees que puede ser una trampa de algún tipo?

—No creo que tenga razones para trampas de ninguna índole, lo que creo es que sabe que le estás buscando y que esto no es más que una cita. Lleva meses intentando atraerte hacia él y de alguna manera te está convocando al lugar donde él quiere tenerte. Helel sabe que nunca te dejaremos acudir sola y me pregunto si te convoca a Lieja por esa misma razón.

—Sea como fuere, necesito verle, hablar con él. Probablemente esa sea la única manera de acabar con todo esto.

—Lo entiendo, pero Sadith tiene razón —replicó Liliath—. Si vas a jugar esta partida en los terrenos de Helel debes ser consciente de los riesgos que eso implica, cabe la posibilidad de que no podamos ayudarte aunque nos necesites. ¡Te ruego que lo pienses dos veces antes de actuar, Rebecca!

—No puedo permitirme segundos pensamientos madre —contestó Becca—. Para bien o para mal voy a ir a conocerle y estaré preparada para lo que tenga que enfrentar. La pregunta es si estará preparado él.

Las palabras de Becca resonaron en el comedor sumergidas en el silencio de todos los comensales. Aquellas personas estaban arriesgando muchísimo por ella y Becca era consciente. Aquel viaje en el que se había embarcado no era un viaje que hiciese sola y por encima de todo debía asegurarse que todos ellos estuviesen seguros, no iba a permitir que se repitiese lo ocurrido con Marcel y su familia. Nadie más moriría por ella. Sabía que se enfrentaba a fuerzas más allá de toda comprensión humana pero también sabía que si había alguien que podía ayudarla a comprender esas fuerzas y cómo derrotarlas era alguien que había formado parte de ellas, su padre. Por un instante Becca reflexionó sobre cuánto había cambiado su vida en tan sólo unos meses. Un cambio que ella no había pedido pero que, en el fondo, desde el principio hacia sabido que era inevitable, formaba parte de ella misma, de sus genes, de su historia. Aquella noche rieron y festejaron com si tuviesen algo que celebrar, quizá simplemente el hecho de estar vivos. Esa noche no hubo ángeles, ni demonios, ni pasado, ni futuro. Tan sólo el momento que estaban viviendo, la alegría de tener a su alrededor a gente a la que quería, a la que había aprendido a querer. Personas que llenaban su corazón de calor, un calor que le había hecho

mucha falta. Esa noche volvió a hacer el amor con Eustace, varias veces. Con unas ganas casi desesperadas, no como si fuese la última vez sino como si fuese la primera. Le dijo que le quería, sin vergüenza, sin reparos, sin miedos y el la correspondió. Amaneció entre sus brazos y eso le dio la energía que necesitaba para el siguiente capítulo en su historia, uno en el que esta vez ella pretendía ser la única escritora.

A la mañana siguiente Sofía se había encargado de que tuviesen ropas limpias de su talla y que olían a nuevo listas para ellos y un coche esperándoles en la puerta. Desayunaron juntos y cuando hubieron terminado se despidieron de la mujer que se fundió en un abrazo intenso con todos y cada uno de ellos.

—Cuídate mucho Sofia y muchas gracias por tu ayuda —le susurró Becca.

—Siempre que la necesites la tendrás de nuevo pequeña. Tienes una experiencia dura por delante pero recuerda que por encima de todo eres una superviviente. Haz lo que sea necesario para sobrevivir, Rebecca —le respondió la mujer y Becca se preguntó si por un instante Sofia había sido capaz de ver el futuro.

Tan pronto como Sadith y Liliath terminaron de hacer los conjuros necesarios para proteger el coche de miradas sobrenaturales indiscretas y todos estuvieron a bordo, Eustace arrancó el motor y dejaron atrás a Sofía. El viaje a Lieja en coche duraría unas quince horas así que a regañadientes Becca aceptó que parasen a hacer noche en Francia. Sadith prefirió que no se detuviesen en su casa de París por si estuviese vigilada y en su lugar sugirió una villa que poseía en los alrededores de Burdeos. Siete horas después Eustace aparcaba el coche en la entrada de la que resultó ser una coqueta casa de campo en medio de una inmensidad de viñedos que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. En un intento de llamar la atención lo menos posible Sadith no había pedido a ninguno de sus empleados que se quedase aquella noche así que tuvieron que hacerse sus propias camas y cocinar su propia cena, lo cual fue una agradable novedad para la mayoría de ellos. En realidad para todos menos para Charice que hizo lo que pudo por escurrir el bulto argumentando lo horrible de un viaje tan largo en coche. Afortunadamente su humor cambió tan pronto como Sadith abrió unas botellas de un Burdeos que a Becca le resultó el vino más delicioso que había probado jamás. El cansancio había afectado a todos, no sólo a Charice, así que Liliath y Eustace no tardaron en retirarse a descansar. Becca no podían conciliar el sueño debido a la ansiedad de lo que debía pasar al día siguiente y

salió al patio trasero de la casa con la última copa de vino confiando en que el aire del campo la ayudase a relajarse. Unos minutos después fue Sadith quien le unió.

—Imposible dormir, ¿verdad?

—Supongo que en el fondo estoy un poco nerviosa.

—Es normal. Me sorprenderías si no lo estuvieses —dijo la mujer sentándose a su lado en el banco de madera que ocupaba Becca—. ¿Puedo preguntarte qué es lo que te tiene nerviosa? ¿Conocer a Helel o conocer a tu padre? —Becca se quedó mirando fijamente a la mujer sorprendida de que pudiese leer en su interior tan fácilmente.

—Ambas cosas —dijo tras unos segundos de silencio—. Conocer al padre ausente me provoca rabia, incomprensión y muchas preguntas, saber que ese padre es Lucifer me provoca ansiedad y muchas preguntas más. En mi cabeza son dos figuras diferentes, las dos igual de desconocidas. Cuando le tenga frente a mí las dos figuras se fundirán en una y aún no se como voy a reaccionar a ello. ¿Crees que me estoy volviendo loca? —preguntó con una media sonrisa.

—Creo que eres la más cuerda de todos nosotros, Becca. Después de todo lo que has pasado en tan poco tiempo, ser capaz de analizar este galimatías de vida que se te ha venido encima con esa claridad es un verdadero milagro —respondió la mujer devolviendo la sonrisa—. Tengo algo para ti —continuó tendiéndole un pequeño paquete envuelto en un trozo de tela granate que recordaba a la seda. Becca lo abrió y se encontró con un colgante plateado formado por algún tipo de cristal cubierto por dos alas labradas que recordaban a las de un ángel. Tan pronto como el colgante tocó la mano de Becca el cristal empezó a brillar con un color rojo intenso.

—Es precioso. ¿Qué es?

—Es una tradición. He regalado este colgante a casi todos los hijos de Helel. La primera que lo recibió fue la hija de mi pequeña Ankh. El cristal reacciona al poder de quien lo porta y adquiere el color de su elemento vital, en tu caso el fuego. Al mismo tiempo me permite saber dónde está la persona que lo lleva en todo momento y si se encuentra bien. Llámame paranoica pero después de perder a Ankh creí que algo así era necesario.

—Es muy hermoso. Gracias tía —respondió Becca deslizándose el colgante sobre su cuello para acto seguido abrazar a Sadith.

—Y ahora es mejor que vayas a dormir o a lo que sea. Puedo oír a mi hijo desde aquí dando vueltas en la cama —soltó la mujer guiñándole un ojo y marchándose en silencio.

Al día siguiente se pusieron de nuevo en ruta al amanecer en previsión del largo camino que tenían por delante. Eran las cuatro y media de la tarde cuando por fin entraron en Lieja y Becca instó a Eustace a dirigirse directamente a la catedral. Eustace aparcó el coche a unas calles de distancia y todos se dirigieron a pie hacia su destino. Las señales que indicaban la dirección a la catedral de San Pablo no dejaban lugar a la confusión y en apenas cinco minutos se encontraban frente a la escalinata del templo. Un grupo pequeño de gente abandonaba el lugar en ese momento y cuando Becca intentó acceder un hombre se dirigió amablemente a ella en francés. Becca intentó hacer uso de lo que Sadith le había enseñado para poder entender lo que le hombre quería decirle pero Eustace se le adelantó respondiendo al hombre en un francés exquisito y tras un par de frases el hombre pareció aceptar lo que fuese que le estaba diciendo.

—Están a punto de cerrar. Le he dicho que estaríamos dentro sólo diez minutos y ha accedido aunque no parece muy contento —le explicó Eustace mientras atravesaban la puerta.

El templo estaba formado por una única gran nave que estaba completamente repleta de sillas de madera de aspecto frágil. Los techos abovedados le conferían el aire majestuoso de todas las catedrales que Becca había esperado encontrar. En el lado derecho de la nave unas señales indicaban el camino hacia lo que Becca entendió que eran el claustro y el tesoro de la catedral. Como si sus pies se dejasen llevar por una fuerza invisible Becca se encaminó por el centro de la nave en dirección al altar sorteando a las pocas personas que quedaban en el templo después de la última misa. Liliath la llamó, pidiéndole que la esperase, pero Becca le indicó que la esperasen en la entrada y Sadith se acercó a Liliath para convencerla de que dejase a Becca hacerlo a su manera. En su camino hacia el altar mayor algo llamó su atención en el lado izquierdo. Una gran estructura de madera labrada oscura se erguía en la parte central de la nave. El pie estaba decorado con estatuas de piedra blanca que se mostraban en actitud piadosa casi doliente. Becca se abrió paso entre las sillas para llegar hasta la estructura. Como si supiese lo que debía buscar rodeó la estructura para encontrar las escaleras que debían llevar a su parte superior. Tan pronto como rodeó el púlpito sus ojos se encontraron con dos escaleras de la misma madera que se curvaban y ascendían para llevar hasta la parte superior y que en su ascenso formaban un nicho ocupado por una sola figura. Le génie du mal, tal y como Sofía se lo había mostrado le miraba con su rostro casi ausente y

melancólico, una representación magnífica de quien lo ha perdido todo.

—O casi todo —le habló una voz templada y serena desde la parte superior de las escaleras—. ¡No debiste hacer venido nunca, Rebecca!

23
Mentiras

La figura bajó un par de peldaños de la escalera lentamente como quien sabe que tiene todo el tiempo del mundo haciendo que Becca se acordase de como él mismo había descrito su primer encuentro con Narmesh. No podía retirar los ojos de aquel hombre alto, perfectamente construido y con un pelo oscuro como la noche que la miraba intensamente con sus ojos verdes mientras descendía las escaleras, al tiempo que sonreía levemente y le tendía la mano invitándola a ascender al púlpito con él. Becca notó como sus piernas respondían y su mano cogía la que le ofrecían como si no tuviese voluntad y, en un instante, se encontró a si misma en lo alto del púlpito con él.

—¡Bienvenida Rebecca! —le dijo casi en un susurro retirando suavemente el pelo del rostro de Becca.

—¡Aléjate de ella, Helel! —gritó la voz de Liliath resonando en toda la catedral.

—Liliath. Sigues tan hermosa y tan impetuosa como siempre. No tienes nada que temer. ¿De verdad crees que le haría algún daño a nuestra hija? —respondió Helel desde el púlpito dirigiendo su mirada al grupo que acompañaba a Becca—. Sadith, me alegro de verte de nuevo. Parece que habéis pensado que soy merecedor de traer a toda la caballería.

—Seguramente comprenderás que tomemos toda medida necesaria para garantizar la seguridad de Rebecca. Por cierto deberías decirle a tus acólitos que vuelvan por donde han venido o el infierno se despertará mañana con unos cuantos indeseables

menos —dijo Sadith provocando la risa de Helel que resonó por todo el templo.

—Debí haber supuesto que no os pasarían desapercibidos. Está bien, si eso os va a hacer estar más relajados que así sea. ¡Dejadnos! —gritó y de repente todos las personas que se encontraban en el templo miraron hacia el púlpito y se transformaron en diferentes criaturas que Becca concluyó que debían ser demonios. Algunos de aquellos seres habrían bastado para generar pesadillas en la mayor parte de los humanos y, sin embargo, Becca no se sentía amenazada en los mas mínimo. En un instante todos ellos hicieron una leve inclinación hacia Helel y con una vibración desaparecieron—. ¿Mejor así? De todas maneras dejadme deciros que si tan interesados estabais en protegerla deberíais haber empezado por no dejarla venir hasta aquí. ¿En que diablos estabais pensando? —gritó visiblemente enfadado.

—¿Nosotros? Has sido tú con tus jueguitos quien la ha atraído hasta este lugar. ¿Vas a negar que esto es lo llevas esperando desde su nacimiento? Apártate de ella o te juro que acabaré contigo.

—Liliath, hubo un tiempo en que el amor me hizo pensar que existía una esperanza para nosotros pero es evidente que tu odio es demasiado intenso y te ha vuelto ciega. Lo único que he pretendido todo este tiempo es mantenerla alejada de mí y de toda esta familia. Pensé que si conocía la verdad de este grupo de desgraciados en el que nos hemos convertido el miedo la mantendría alejada de todos nosotros. Algo que nunca habría sido necesario si no hubieseis permitido que ese abogaducho de mierda se empecinase en hacerle entrega de la maldita fortuna. ¿Acaso creéis que fue casualidad que mis manuscritos comenzasen a llegar al mismo tiempo que la herencia? Quería que descubriese la colección de mentiras que acumula esta familia, que sintiese que no podía confiar en nadie y huyese de vuelta al anonimato del que nunca debió salir. Nunca estará segura mientras esté conmigo o con vosotros. ¡Esto es una guerra, no un juego de niños, maldita sea! No tenéis ni idea de lo que habéis hecho. La habéis convertido en objetivo de los malditos ángeles.

—¡Basta! —tronó la voz de Becca haciendo callar a todo el mundo—. Dejad de hablar como si no estuviese aquí. No he venido aquí a entender cuales son tus razones para enviarme los manuscritos ni a escuchar como tú y mi madre os enzarzáis en discusiones sobre vuestros problemas no resueltos. He venido aquí exclusivamente a tratar de entender quién o qué soy y como puedo protegerme de los hijos de puta que han estado tratando de

quitarme del medio desde que tuve la desgracia de que llegaseis a mi vida. Soy consciente de que es improbable que vayas a ayudarme de forma altruista pero los dos sabemos que hay algo que deseas de mí, algo que sólo yo puedo darte, y eso es lo que vengo a ofrecerte. Tu ayuda por la espada.

Los ojos de Helel se quedaron mirándola fijamente, con seriedad, la seriedad de quién debe morderse la lengua para no decir lo que verdaderamente piensa y aquello no pasó desapercibido para Becca que sostuvo su mirada esperando que aquel dique se rompiese y la verdad se derramase como el agua de un río al verse liberada.

—Supongo que no puedo culparte por tener ese concepto de mí —dijo al fin—. Si la fama que mis antiguos hermanos me han conseguido atribuir no era suficiente deduzco que lo que te han podido contar de mi habrá ayudado a hacer germinar ese concepto. Desgraciadamente no tenemos tiempo para convencerte de lo contrario —respondió Helel con un rostro triste y casi derrotado—. Sea, si eso es lo que deseas te ayudaré pero tendrá que ser de acuerdo a mis condiciones y desde luego no aquí. —Becca sopesó sus palabras por un segundo insegura de desear meterse en la boca del lobo, pero finalmente accedió y en un instante, y sin que Liliath o los demás tuviesen tiempo a reaccionar, Helel abrazó a Becca y los dos desaparecieron del púlpito.

Becca se encontró de repente en un lugar que no era totalmente desconocido para ella. Sabía que nunca había estado allí, pero al mismo tiempo mirando a su alrededor las grandes paredes de la caverna que parecían elevarse hasta el infinito y la gran escalinata que ascendía hasta un trono de piedra le eran familiares. Había leído sobre ellas, las había visto en su mente con cada página de la historia de Helel que había devorado. Becca se encontraba en el mismísimo centro del infierno.

—Así es —resonó la voz de Helel desde el trono—. Acércate por favor, no temas nada. A fin de cuentas esta es la casa de tu padre. —Becca se acercó hasta la escalinata y comenzó a ascender por ella sin dejar de mirar a su alrededor.

—Prefiero que no leas más mi mente, estoy acostumbrada a oír mis propias palabras.

—Es una justa recriminación y un mal hábito por mi parte, disculpa —respondió Helel suavemente—. Es evidente que estos últimos meses te han cambiado. La Rebecca que vivía en Nueva York nunca hubiera tenido la seguridad de recriminar nada a nadie, mucho menos al señor del infierno.

—Es una afirmación un tanto pretenciosa por parte de alguien que ha estado ausente durante toda mi vida.

—No he estado tan lejos como tú crees. A pesar de los esfuerzos de Liliath por ocultarte de mí llevo observándote mucho tiempo Rebecca, intentando cuidarte hasta donde me era posible sin levantar sospechas. Una tarea no del todo fácil, todo sea dicho.

Las palabras de aquel hombre la pillaron por sorpresa. Becca no estaba segura de hasta qué punto podía confiar en lo que aquella criatura le contaba, pero si lo que quería era captar su atención, lo había conseguido.

—Hazme el favor de no intentar dártelas ahora de padre amantísimo. ¿No te llaman los cristianos también el señor de las mentiras?

—Sí —contestó sonriendo—. Esa es una de las muchas lindezas que me han atribuido. ¿Qué tal esta Barbol? —soltó Helel de repente y Becca tuvo que hacer un esfuerzo para no caerse de la sorpresa. Barbol era el nombre que le había dado a un cactus que le había regalado el novio que Charice detestaba tanto. Había cogido el nombre de un personaje del señor de los anillos y lo había puesto en el laboratorio. Cuando se quedaba sola hablaba con él como si el bendito cactus fuese a responderla y aquello le daba un aire de familiaridad a las muchas horas que pasaba sola en el laboratorio. Becca era consciente que aquello no era muy normal así que nunca le había dicho a nadie que le había puesto nombre o cuál era. Era imposible que Helel supiera nada sobre Barbol a no ser que hubiese leído su mente de nuevo.

—Buen intento pero debe haberte sido fácil encontrar esa información en mi mente de donde, por cierto, acabo de pedirte que salgas.

—Te equivocas de nuevo pero supongo que te es más fácil pensar así que aceptar que, tu padre, ese que te han pintado como un monstruo, nunca te ha dejado realmente abandonada y que la única razón por la que no he estado más presente en tu vida es para garantizar tu seguridad. ¿Por qué te es tan difícil creer que la gente que te rodea se preocupe por ti?

Becca quería gritarle que la razón era que nunca había sentido esa preocupación, que lo único que había sentido era soledad. Que todos ellos se habían preocupado de alejarla de ella con la excusas de su seguridad pero en realidad lo hacían por ellos mismos, para poder reconfortarse cada noche pensando en que habían hecho lo correcto. Pero ninguno de ellos se había planteado lo más mínimo que sentiría una niña tan pequeña al verse completamente

abandonada ni que problemas psicológicos le acarrearía aquello cuando creciese. Para todos ellos ella había sido simplemente un bulto que había que dejar a un lado porque era lo correcto.

—No sabes nada, Rebecca —dijo Helel y Becca supo que seguía leyendo su mente pero esta vez casi se alegró de que le hubiera ahorrado tener que verbalizar todo aquello—. ¿No te ha explicado Liliath la historia de tu nacimiento?

—No, y para serte sincera no estoy especialmente interesada.

—Y, sin embargo, nunca serás capaz de entender quien eres sin entender de donde vienes. ¿Me permitirías explicártelo?

—Supongo que no hay manera de que me ayudes sin pasar por esto.

—Supones bien.

—En ese caso acabemos cuanto antes.

—Muy bien pero creo que, en lugar de contártelo, será mucho mejor que lo veas con tus propios ojos. —Helel se levantó del trono en el que se encontraba y en un movimiento rápido tocó con sus dedos la frente de Becca. Inmediatamente su cabeza empezó a dar vueltas y sintió como perdía el control de su cuerpo y le pareció como si cayese de un lugar muy alto. Becca empezó a gritar de forma refleja pero la caída acabó en un instante y se encontró en un lugar diferente y frío. Estaba en la calle de algún pueblo con casas antiguas y bajas, de apenas uno o dos pisos y con suelos adoquinados que estaban húmedos por la lluvia reciente que impregnaba el olor de las calles con un aroma a tierra mojada. Era de noche, hacía un frío considerable y Helel estaba a su lado mirándola con una sonrisa de niño malo.

— Perdona el viajecito, era la única manera.

—¿Dónde estoy?

—En realidad los dos seguimos en la sala del trono, tu conciencia ha invadido la mía para que pueda mostrarte tu historia tal y como yo la viví.

—Creo que voy a tratar de evitar entender eso —respondió Becca nada impresionada—. Y entonces, ¿qué se supone que estoy viendo?

—En realidad para que lo entiendas todo he tenido que remontarme a mucho tiempo antes de tu nacimiento. Estamos en el pueblo de Ostravice, en la antigua Checoslovaquia. Es el otoño del año 1942 y te recomiendo que prestes atención a lo que está apunto de ocurrir en esa plaza —dijo Helel señalando a una pequeña plaza adoquinada como el resto de las calles que estaba iluminada tenuemente por un par de farolas de gas.

Los ojos de Becca se dirigieron hacia el lugar que Helel le indicaba pero nada ocurrió por unos instantes. Cuando estaba a punto de preguntar qué se suponía que tenía que ver, unas luces llenaron la plaza y tras ellas un camión de color gris entró en el recinto y se paró en uno de los laterales. Inmediatamente dos figuras se bajaron de la parte delantera y se dirigieron hacia la parte de atrás para bajar la puerta que hacía además las veces de rampa de descenso del vehículo. De repente, un grupo compuesto mayoritariamente por mujeres y niños empezó a descender del camión mientras los dos hombres les apremiaban a que entrasen en una de las casas de la plaza. Becca se dio cuenta en seguida de que una de las figuras que se había bajado del camión le era familiar. Sus ropas oscuras de aspecto militar disfrazaban su contorno y la gorra que llevaba puesta ocultaba su pelo rojo como el fuego, pero eso no impidió que Becca reconociese a Liliath.

—¿Estamos completamente seguros de que aquí no corremos peligro? Sigo pensando que habría sido mejor continuar nuestro camino —dijo a uno de los hombres.

—Martha, estamos aún en el protectorado de Moravia, esta es a todos los efectos zona ocupada. Aquí al menos tenemos amigos que se encargarán de que podamos descansar en seguridad. Si proseguimos el viaje podemos encontrarnos de frente con una patrulla alemana. Debemos esperar hasta que nos digan que el camino hacia el sur esta despejado.

—Muy bien, como tu quieras Klaus, pero será mejor que escondamos el camión tan rápido como sea posible. No me gusta tanto silencio, para ser honesta.

En ese momento, como si las palabras de Liliath hubiesen sido premonitorias, el sonido de los disparos resonó en toda la plaza y Becca pudo ver como la cabeza del conductor del camión estallaba en mil pedazos. Liliath y el otro hombre lograron esconderse tras el camión, donde afortunadamente ya no quedaban ocupantes, justo en el instante en el que una docena de hombres vestidos con uniformes alemanes entraron en la plaza armados hasta los dientes y rodearon el vehículo. Becca se quedó esperando que Liliath usase su poder de alguna forma para librarse de aquellos soldados pero, para su sorpresa, nada ocurrió. Podía ver a Liliath escondida tras el camión sosteniendo algún tipo de pistola visiblemente preocupada pero sin hacer nada. Unos de los hombres se dirigió a ellos en alemán y esta vez, como en un acto reflejo, las palabras cobraron sentido para Becca sin necesidad de esforzarse en entenderlas.

—¡Estais rodeados! ¡Entregad las armas y os prometo que

respetaremos vuestras vidas! De lo contrario moriréis aquí mismo.

—¡Walter Scheck! —gritó Liliath en respuesta—. Puedo reconocer tu voz de marrano cebado a kilómetros de distancia. ¡Tu palabra es tan de fiar como la de tu amo Himmler, maldito perro!

—Siempre ha tenido la boca demasiado grande, señora Von Lauer, tendré que cosérsela a no ser que me demuestre que sabe darle otros usos aparte de meterla en problemas —respondió el hombre provocando la risa de sus soldados. Ante la falta de respuesta por parte de Liliath el hombre cambió el tono. —Me temo que mi paciencia se ha terminado. ¡Adelante! —ordenó a sus hombres.

De repente, justo en el momento en que los soldados se disponían a apretar los gatillos de sus armas un haz de luz recorrió la plaza saltando de soldado a soldado con una velocidad que no permitía ver de qué se trataba. Cuando la luz hubo llegado al otro extremo de la plaza Becca vio que lo único que quedaba en el suelo eran los cuerpos de los soldados separados de sus cabezas. Becca volvió sus ojos hacia el tal Walter y vio como su rostro estaba desencajado y lleno de terror. Un segundo después, una bala disparada por el acompañante de Liliath aprovechando su sorpresa le atravesaba el cráneo haciendo que el cuerpo cayese al suelo con un golpe sordo. Inmediatamente el hombre salió de detrás del camión y se adentró en la plaza, sus ojos reflejaban claramente que no podía entender lo que había ocurrido y se giró para mirar al lugar donde se encontraba Liliath pero ella había sido mucho más rápida y se encontraba ya frente a él. Con su mano tocó su frente y el hombre cayó al suelo sin conocimiento. Liliath, lejos de preocuparse por él, se giró con los puños cerrados en un claro estado de tensión y pronunciando una sola palabra hizo que una niebla densa cayese ocupando toda la plaza.

—¡Sal de donde quiera que estés, maldito hijo de puta! —dijo y el sonido quedó amortiguado por la niebla.

—¡Supongo que esa es tu manera de dar las gracias! —resonó la voz de Helel en la plaza y Becca se giró para ver si el hombre que tenía a su lado era quién hablaba, pero sus labios estaban cerrados y le sonreían. De repente, una figura oscura se materializó frente a Liliath. Aquel hombre y el que estaba junto a ella eran la misma persona, ni siquiera parecía que hubiese pasado el tiempo. La misma apostura, los mismos ojos verdes intensos y hasta las mismas ropas oscuras.

—¡Sal de mi vista Helel o te juro que acabé contigo maldito bastardo!

—Vamos, Liliath. ¿En serio aún no me has perdonado por lo de ese bastardo tuyo? Pensé que a estas alturas ya habrías pasado página —respondió Helel con sorna y casi al mismo instante unas llamas de una intensidad como Becca no había visto jamás se materializaron alrededor de Helel amenazando con devorar su cuerpo. Sin embargo, sin apenas inmutarse, Helel caminó entre ellas y se acercó aún más a Liliath—. Tus poderes han crecido, es evidente, has aprendido a usar el fuego del infierno. Pero esto te serviría con demonios, no conmigo. Mi poder también ha crecido Liliath. Los dos hemos cambiado.

—Para mí tu sigues siendo el mismo asesino que has sido siempre —respondió la mujer desafiante.

—En todo caso soy aquello en lo que tú y otros me convertisteis. Y me permito recordarte que este asesino acaba de salvar tu vida.

—Tenía todo perfectamente bajo control, no te necesito para nada.

—¿Bajo control? Ni siquiera podías usar tu poder para no desvelar tu verdadera naturaleza. Naturaleza a la que has renunciado cada vez más desde que te ha dado por hacer de hermanita de la caridad.

—Por supuesto, para ti eso es incomprensible. El concepto de arriesgar tu vida por otros no entra en tus esquemas, ¿verdad, Helel?

—No cuando eso significa poner en riesgo tu propia vida. ¿Cuántos cargamentos de estos pobres desgraciados has llevado hasta Suiza este año? ¿Diez? ¿Doce? En todos ellos a riesgo de tu propia vida y, ¿para qué? ¿Acaso crees que estas haciendo alguna diferencia? Apenas estás salvando a un par de ratones de la serpiente pero la serpiente sigue viva y, ¿sabes qué?, hay más ratones de donde sacaste a estos.

—Al menos yo intento hacer algo para parar este exterminio. Para ti, sentado en tu trono del inframundo, esta gente puede no significar nada pero para los hombres estos son tiempos muy oscuros. La fuerza que se esta desplegando por el planeta no es casual. Hitler no es más que una marioneta y su amo es mucho más poderoso y oscuro de lo que parece. Ese es el poder que intento atajar, aunque tú no puedas entenderlo.

—Oh, por favor. ¿Crees que no se que son mis hermanos quienes están detrás de todo esto? Pero si verdaderamente crees que salvando a unos cuantos niños le haces algún daño es que te has vuelto ciega e ignorante. La serpiente ha salido de su letargo y no se va a conformar con tus ratoncitos.

—¿Qué quieres decir?

—Durante siglos los arcángeles se han limitado a manejar el mundo de los hombres en la sombra, pasivamente si lo prefieres. Los reinos y las religiones ha ido y venido a su antojo pero nunca se han manifestado públicamente, jamás han desvelado su rostro. Se han conformado con saberse señores del status quo hasta donde yo se lo he permitido, claro. Pero desde hace unos años algo ha cambiado, hay rumores en el inframundo, rumores sobre un nuevo líder, uno que no desea estar escondido mucho más. Un líder que desea el control absoluto no sólo sobre los hombres sino también sobre el resto de las criaturas. Un líder que quiere apoderarse del infierno. Miguel ya sugirió algo semejante cuando me libré de él, pero esta vez este nuevo líder se ha puesto manos a la obra y ya ha empezado a dar los pasos necesarios para ello. Primero con el avance del movimiento nazi concebido para someter a toda la humanidad a su voluntad. Y hace unos meses en mi propia casa. Encontramos los cadáveres de tres de mis generales, jefes de las casas demoniacas más poderosas, en tres entradas diferentes del infierno. Todos ellos sin cabeza. Sólo yo lo habría podido hacer mejor.

—Una manera muy conveniente de decir que no sólo sabe como encontrarte sino que tiene el poder para causarte problemas.

—Algo así.

—Y, ¿aparte de alegrarme de que alguien te haga sufrir por fin, que tiene todo esto que ver conmigo?

—Tiene que ver que tenemos el mismo enemigo. Tu nuevo alter ego de hermanita de la caridad está amenazado por estos cantamañanas de uniforme y esos están dirigidos por la misma persona que ahora mismo amenaza mi reino. Vengo a ofrecerte un trato.

—¿Un trato? ¿Vienes a ofrecerme un trato? ¿Te atreves a acercarte a mí pidiéndome ayuda después de lo que le hiciste a mi hijo?

—¡Oh, por favor! No puedo cambiar lo que hice, pero es que tampoco lo haría. Sabes también como yo que no tenía otra alternativa.

—Si, la tenías —gritó Liliath con rabia—. Respetar lo que me habías prometido, maldito bastardo.

—Insúltame lo que quieras pero sabes perfectamente que si hubiese dejado a tu hijo vivo probablemente los dos estaríamos muertos.

—¡No es cierto! Mi hijo no era una amenaza para ti.

—No, lo era para ti —le espetó Helel y dejo a Liliath confundida —. Pude leer la mente de aquella mujer, Liliath, su siguiente paso era asesinarte pero debía ser tu hijo quien lo hiciese, ese era el precio a pagar para convertirse en Dios, lo entiendes? Yo...yo no podía permitirlo. Lo siento. —Liliath no le respondió, ni siquiera sabía que decir. En su interior un alud de emociones encontradas acaban de colisionar generando un ruido inmenso que le impedía pensar. —No importa, eso es tiempo pasado y ni tú ni yo podemos cambiar nada de lo que pasó —continuó Helel cambiando de tema como si tal cosa—. Mi propuesta es sencilla. Estoy dispuesto a garantizar tu seguridad de paso hasta Suiza, de este y de tantos cargamentos de ratones como puedas montar, sabes que tengo recursos de sobra para ello. A cambio sólo pido una cosa. Tu ayuda para llegar hasta la cabeza de la serpiente. Una vez que llegue hasta ese ser, yo me encargaré de librarme de él y todos seremos libres para continuar con nuestros asuntos y no me volverás a ver jamás.

—Aún suponiendo que quisiese hacerlo, ¿qué te hace creer que yo puedo ayudarte?

—He sido capaz de trazar la energía que acabó con mis generales hasta un lugar muy concreto en Alemania, el castillo de Wewelsburg.

—¡Ah, no! De eso nada, ya sé por donde vas y puedes irte olvidando de ello—contestó Liliath saltando como si se hubiera dado cuenta de algo relevante en aquel mismo instante.

—No seas ilógica Liliath. ¿Tanto te importa ese hombre?

—Ese hombre es mi marido y me importa que esté bien y tenga una vida tranquila porque es un buen hombre.

—Tu maridito ayudo a Hermann Bartels a rediseñar parte de ese castillo para el maniaco egocéntrico de Himmler.

—Una biblioteca, eso fue lo único que diseñó y fue hace varios años —replicó Liliath claramente a la defensiva.

—Lo que quieras pero tu querido Heinrich conoce ese edificio mejor que muchos y yo necesito encontrar una forma de entrar. El castillo esta protegido por una barrera que me impide atravesarla para materializarme en el interior, tengo que entrar como un humano más y, como comprenderás, no puedo hacerlo por la puerta como si tal cosa.

—Me da igual lo que me digas, no voy a involucrar a Heinrich, bastante daño le he hecho ya.

—No me cabe duda que te lo sabrá perdonar y seguirá adelante con su vida. Pero si no me ayudas, es probable que no haya vida de ningún tipo ni para él, ni para tus ratones, ni para ti o para mí.

Aquellas palabras descolocaron a Liliath de forma evidente y no dijo palabra alguna durante al menos un par de minutos.

—¿Qué va a ser entonces? ¿Me ayudarás? —preguntó Helel no pudiendo soportar el silencio más.

—Te ayudaré, lo haré por el bien del mundo —dijo finalmente Liliath—, pero después de esto no quiero volver a verte jamás, ¿he sido suficientemente clara?

—¡Cristalina! Muy bien, en ese caso te dejo que sigas tu viaje. No temas, no encontrarás más soldados en el resto del camino, yo me encargaré de ello. Nos vemos en Berlin en una semana. —Y con aquella frase desapareció del lugar sin dejar rastro.

Becca quiso saber como continuaba la historia, quería saber si su madre había logrado llegar a Suiza y poner a salvo a aquellos niños y mujeres del camión, si Helel había cumplido su promesa de ayudarla, pero la escena a su alrededor se desvaneció en humo y la mano de Helel la agarró por el brazo levemente.

—¡Sujétate, vamos a dar un salto!

—¿Un salto a dónde?

—A una semana después. A Berlín.

Un instante después Becca se encontró en el medio de una calle llena de gente con coches y camiones que circulaban en las dos direcciones y un sol radiante que, aunque lo iluminaba todo, a duras penas conseguía mitigar el frío. En el centro de la calle destacando sobre todo lo demás había un edificio enorme con un nombre en el frontal que Becca pudo descifrar como opera. Helel la tomó nuevamente del brazo para hacerla girarse dirigiendo su mirada hacia una de las esquinas de uno de los edificios que tenían más cerca. Allí se encontraba su madre, vestida con una falda ajustada de tubo y una blusa de un blanco impoluto, cubierta con un abrigo de piel que llevaba abierto y una especie de tocado parecido a una boina, todo en tonos marrones. Los guantes de piel que cubrían sus manos acababan de darle un aspecto de actriz de Hollywood y Becca no pudo por menos de reconocer que era la mujer más hermosa que había visto jamás junto con su tía Sadith. Un pellizco de envidia le hizo peguntarse por qué ella no había podido heredar esa parte de los genes familiares, pero mientras trataba de desdeñar aquel pensamiento por inútil una figura apareció por detrás de Liliath que no se sorprendió para nada. Era Helel.

—Llegas tarde.

—Yo siempre llego cuando debo llegar.

—Déjalo estar, no estoy para tus tonterías. ¡Vamos! —dijo y se

dispuso a cruzar la calle. Helel la siguió, y Becca y su propia versión de Helel hicieron lo propio. Liliath se dirigió rauda hasta una casa imponentemente grande que estaba situada en la parte de atrás del edifico de la opera. Sin dudar cruzó la verja y se dirigió a la entrada de la casa donde una muchacha rubia como la cerveza y vestida con ropas de servicio se afanaba en limpiar los muchos dorados de la puerta. Cuando la muchacha la vio llegar fue como si se le hubiese aparecido el mismo diablo.

—Frau Von Lauer —dijo la muchacha y solo le faltó presignarse.

—Hola Greta, ¿está el señor en casa? Bueno, no importa ya lo comprobaré yo.

—Pero Frau Von Lauer, no puede ser, se lo ruego, esto no está bien. ¡No puede entrar aquí como si nada! —protestó la muchacha sin éxito mientras Liliath empujaba la puerta y se abría paso al interior y escaleras arriba hacia el segundo piso.

—A veces me encanta como haces las cosas —rió Helel siguiéndola.

Liliath se encaminó directa hacia una de las habitaciones y empujando sin contemplaciones las puertas dobles que se interponían en su camino entró en la habitación provocando los gritos de protesta de quienes estaban en el interior. Lo que Liliath y todos los demás se encontraron pilló a Becca por sorpresa. En la habitación había una gran cama y en ella tres mujeres y un hombre, todos ellos completamente desnudos enzarzados en algún tipo de juego sexual que implicaba introducirle algo al hombre por el culo, lo cual hizo que Becca se ruborizase ligeramente.

—¡Hola Heinrich! —soltó Liliath como si nada al hombre delgado y poca cosa que la miraba con cara desencajada desde la cama.

— ¿Mar…Martha? ¿Qué haces aquí? ¿Quién te ha dejado entrar?

—Es mejor que mandes a tus putitas a tomar un café a la cocina, necesito hablar contigo. Luego podéis seguir con lo que sea que estéis haciendo.

El hombre les dijo algo a las mujeres en alemán y estas se levantaron de la cama en toda su desnudez y empezaron a buscar sus ropas por la habitación para acto seguido salir de ella. El hombre por su parte se echo por encima un batín de seda y se encaró con Liliath.

—¡Vete de aquí, creo que fui suficientemente claro, no quería volver a verte!Fuiste tú quien decidió marcharse así que al menos respeta mi dolor. ¡Sal de aquí!

—Pues no parecía que los gimiditos de antes fuesen por nada

parecido al dolor —le espetó Helel con ironía y claramente divertido con la situación.

—¡Helel, no te metas, no estas ayudando!

—¿Quién es este bastardo?

—Hola buenas, soy Helel y necesito su ayuda —contestó Helel con sorna provocando una ira aún mayor en el hombre que salió por la puerta de la habitación llamando a voces al servicio para que les echasen de la casa.

—Heinrich, ya esta bien, ignora a Helel, siempre ha sido un imbécil. Necesito hablar contigo, te lo ruego.

—¿Hablar? —contestó el hombre girándose para encararla—. ¿Cuántas veces te pedí que hablásemos? ¿Cuántas te rogué que arreglásemos los problemas de nuestra relación que sólo tú veías? Pero tú te negaste en redondo, y te limitaste a dejarme tirado como un perro. Búscate otro que quiera charlar contigo porque yo no lo voy a hacer.

—Heinrich, necesito entrar en Wewelsburg —le espetó Liliath haciéndole parar en seco y mirarla con cara desencajada.

—No sé que te traes entre manos Martha pero no tienes ni idea de lo que dices. Ese lugar esta maldito, allí pasan cosas horribles, cosas inexplicables. Si quieres conservar la vida no se te ocurra acercarte y ni pienses que yo voy a ayudarte a entrar si eso es lo que estas pensando.

—Sí, eso exactamente es lo que estoy pensando. Heinrich, sé que me odias, que el dolor que te he causado va mas allá de todo lo perdonable pero te lo ruego, si queremos entrar en Wewelsburg es por una buena razón, una noble razón.

—¿Queremos? —preguntó el hombre aún más sorprendido.

—Sí, Helel y yo —respondió Liliath con cautela.

—Creo que no nos ha dado tiempo a presentarnos formalmente. Como le he dicho antes me llamo Helel y soy el marido de su mujer —dijo Helel tendiéndole la mano para horror del hombre.

—¿Marido? ¡Pero si aún estamos casados! ¿Qué clase de mujer eres tú? —gritó el hombre corriendo escaleras abajo.

—En realidad yo me casé primero con ella —gritó Helel disfrutando su divertimento y haciendo que las cosas pintasen aún peor.

—¡Helel, basta! —le soltó Liliath mientras corría escaleras abajo tras el hombre—. ¡Heinrich, espera, por favor! —El hombre la ignoró abiertamente y atravesó las puertas dobles de una de las habitaciones del piso inferior que daban acceso a un despacho con las paredes cubiertas de estanterías llenas de libros. Empezó a

rebuscar frenéticamente en el cajón del escritorio hasta que sus manos dieron con una pistola que apuntó inmediatamente a Liliath.
—Heinrich, baja el arma, sabes perfectamente que no quieres hacer esto —le soltó Liliath con una frialdad absoluta.

—Claro que quiero, de hecho debería haberlo hecho hace mucho tiempo. He tardado mucho en comprenderlo pero esta es la única manera de librarme de ti, de esta maldición.

—Bueno, ya está bien de dramas —contestó Liliath y el hombre soltó inmediatamente un chillido y dejó caer la pistola al rojo vivo que golpeó el suelo con un ruido metálico.

—Pero, ¿quién eres tú? —soltó el hombre visiblemente asustado dejándose caer sobre el sillón que había tras el escritorio como intentando alejarse de Liliath tanto como fuese posible.

—Créeme, es mejor que no lo sepas. Lo único importante es que entiendas que no pretendo hacerte ningún daño, de hecho lo único que pretendo es tu seguridad y, hasta donde esté en mi mano, tu felicidad. Pero tú sabes perfectamente que mientras la amenaza de Hitler y su calaña siga existiendo nadie estará a salvo. Tú mismo me lo dijiste muchas veces, ¿recuerdas? ¿Qué es lo que ha cambiado?

—Lo que ha cambiado es que esta guerra es demasiado grande para hombres como yo, hombres sin influencia y sin poder y que, a pesar de todo tienen que vivir en este mundo que ellos controlan. Llámame cobarde si quieres pero quiero vivir. ¿Eres capaz de entender eso?

—Claro que lo entiendo Heinrich y créeme que no te juzgo, pero yo he tomado mi decisión de enfrentarme a esta máquina de muerte y odio con todo lo que tengo y lo único que te estoy pidiendo es que me ayudes, que nos ayudes. No necesito que luches esta batalla por mí, Heinrich, tan sólo que me ayudes a ganarla. —Las palabras de Liliath parecieron surtir efecto y calmar al hombre que relajó su postura en el sillón. Durante unos instantes no dijo nada, ni siquiera miró a Liliath, tan sólo miraba a una fotografía de un hombre mayor que estaba sobre el escritorio.

—Mi padre y yo nunca nos entendimos, ¿sabes? —dijo por fin—. Y tras la muerte de mi madre la cosa solo empeoró, nos convertimos en dos extraños. El en un viejo amargado que gustaba de pasar el día entre putas y yo en un joven amargado que prefería los libros. Siempre le critiqué por considerarle un vicioso y un degenerado hasta que fui yo quien descubrió las putas, claro —le espetó sonriendo cínicamente—. Y sin embargo hubo una cosa que siempre admiré de él. Nada, absolutamente nada se imponía por encima de sus principios, ni siquiera la familia. Si él consideraba que algo

debía ser de una determinada manera se aferraba a ello hasta sus ultimas consecuencias, aunque eso implicase una pérdida para él. Si él estuviese aquí me abofetearía por mi falta de sangre y valor para levantarme contra el monstruo de Hitler y decirle que Alemania no es lo que él pretende hacer de ella. Supongo que, como lo de las putas, algunos defectos son heredables, ¿verdad? Dime qué es lo que necesitas.

—Necesitamos entrar en el castillo sin que nadie se percate de ello—contestó Helel desde la puerta donde había estado durante toda la conversación.

—Eso no es posible. Himmler ha protegido el castillo con todas las medidas humanamente posibles. Todas las entradas están guardadas día y noche, hay varios controles de seguridad desde cualquiera de esas entradas hasta el centro del castillo y en las torres hay soldados armados con metralletas no sólo mirando hacia el exterior, también hacia el interior. Aún en el caso de que un intruso lograse atravesar las puertas, sería acribillado en el patio interior.

—Pero tiene que haber una manera, es imposible proteger ningún lugar de cualquier eventual asalto, Himmler debe haber obviado algo.

—Quizá haya una forma aunque no podría asegurarlo —contestó el hombre después de pensar unos segundos.

—Cualquier cosa que puedas decirnos nos ayudará, Heinrich.

El hombre se levantó y se ató la bata mientras se dirigía hacia una de las librerías que estaban en el lateral del despacho y cogía un gran volumen que parecía haber visto tiempos mejores y lo colocaba sobre la mesa.

—Wewelsburg ha pasado por muchísimas reformas por parte de los diferentes dueños que ha tenido —dijo—, y eso ha hecho que a veces algunas partes del edificio hayan sido ocultadas porque era más barato que corregirlas. Lo que no mucha gente sabe es que durante la inquisición se celebraron algunos juicios de brujas en el castillo, más concretamente en una de las salas del sótano. En aquel entonces las mujeres acusadas de brujería en la zona eran llevadas al castillo exclusivamente para su juicio y a fin de incrementar su temor eran introducidas en la sala de juicios por un túnel oscuro, húmedo y largo que era teatralmente llamado la boca del infierno.

—¡Qué poco original! —espetó Helel ganándose una mirada de hielo por parte de Liliath por haber interrumpido.

—El túnel ascendía desde la parte inferior de la colina del lado del río Alme que lo bordea —continuó el hombre sin prestar

atención a Helel señalando un mapa del castillo en el libro—. Los Prusianos decidieron tapar la entrada del túnel con piedra y, con el tiempo, su existencia cayó en el olvido y hasta desapareció de los planos actuales. Bartels sabía de la existencia del túnel pero no pudo encontrar nunca la entrada y concluyó que si él no podía encontrarla nadie más lo haría. Cabe la posibilidad de que la entrada ya no exista o que ni siquiera esté accesible, pero si existe alguna opción de entrar en el castillo sin que os detecten esa es la única en la que puedo pensar. De todas maneras, el problema no será entrar, Martha, o al menos no el único. No se qué pretendes hacer allí dentro pero una vez en el interior tendréis que enfrentaros a la SS en pleno y a algo más.

—¿A qué te refieres?

—En realidad no lo sé, Martha. Sólo sé que mientras estuve trabajando allí vi que ocurrían cosas muy extrañas. Himmler está obsesionado con el esoterismo y el misticismo, todas las modificaciones que ha hecho al castillo están basadas en mitos y leyendas germanas y nórdicas, la propia estructura de la SS está basada en esos mitos. Hay toda un ala del castillo donde teníamos prohibido el acceso, sólo los hombres más cercanos a Himmler podían acceder. Vi muchas veces como sus hombres entraban cajas de madera de distintos tamaños allí. El rumor era que Himmler había dado orden de buscar por todo el mundo diferentes objetos con supuestos poderes místicos que le harían ganar la guerra para Hitler, y que los llevasen a Wewelsburg. Yo no sé si todo eso eran fantasías de un loco o tienen algo de realidad, lo único que sé es que uno de los días que se recibió una de esas cajas dos hombres atravesaron la puerta que da a ese ala y de repente empezaron a oírse gritos terribles desde el interior y una especie de luz muy intensa se filtraba por debajo de aquella puerta. Lo siguiente que pasó fue que Himmler salió de la sala y ordenó a otros dos hombres que retirasen los cadáveres de aquellos soldados. Los cuerpos que salieron de esa sala no habían muerto de causas naturales, estaban consumidos, como si fuesen momias de miles de años. Himmler estaba tremendamente enfadado gritando a sus hombres que redoblaran los esfuerzos e hiciesen lo que fuese necesario para encontrarla. Sólo dios sabe a qué podía referirse, pero no creo que fuese nada bueno y no puedo creer que lo que le ocurrió a esos hombres fuese normal.

—Te estoy profundamente agradecida por tu ayuda Heinrich, te prometo que esto es algo que no olvidaré jamás y que intentaré tener tanto cuidado como me sea posible. Ahora es mejor que nos

vallamos —añadió sonriéndole afectuosa—, ya va siendo hora de que dejemos de invadir tu vida. Te prometo que no te molestaré más. Jamás.

El hombre no dijo nada porque en realidad no había nada más que decir. Helel abandonó la sala sin siquiera darle las gracias y Liliath se dispuso a seguirle. En el momento en que se disponía a cruzar el umbral de la puerta de aquel despacho el hombre la llamó casi en un susurro.

—Martha

—¿Si? —respondió Liliath girándose con el rostro serio como si esperase lo que iba a ocurrir—. ¿Tuvimos alguna vez alguna oportunidad?

—No —respondió ella sincera y tajante—, pero nunca fue tu culpa sino la mía. Ha habido otros que lo han intentado antes Heinrich pero la sombra del fantasma contra el que debíais competir es demasiado oscura.

El hombre no dijo nada al ver su suposición corroborada pero Becca se dió cuenta de que aquellas frases no pasaron desapercibidas tampoco para Helel que miro de soslayo a Liliath aunque no dijo una sola palabra.

Becca no tuvo tiempo de decir nada. La escena se cubrió inmediatamente del mismo humo que la vez anterior y cuando el humo se disipó el entorno había cambiado completamente. Era nuevamente de noche pero se encontraban en un bosque. La poca luz que la luna aportaba le dejaba ver los árboles a su alrededor y podía notar en su piel un frío intenso.

—Estamos en el bosque de Niederhagen, el bosque que rodea el castillo de Wewelsburg y si no recuerdo mal tienes que mirar hacia aquel roble del fondo —le dijo Helel señalando un árbol inmenso situado a unos treinta metros de ellos. De repente el espacio vacío junto al roble apareció ocupado por dos figuras vestidas de negro.

—No entiendo por qué te has empeñado en que nos apareciésemos así, no sabemos quién puede estar en estos bosques, podrían vernos.

—Intentar acercarse desde lejos habría sido un error mayor, Liliath. Himmler ha ubicado su propio campo de concentración en la zona cercana al castillo así que los accesos están vigilados. ¿De dónde crees que saca la mano de obra para las reformas del castillo?

—¡Puto bastardo!

—Cuidado con los modales Liliath, cualquiera diría que no tienes educación—se burló Helel.

—Lo que no tengo es paciencia así que muévete y acabemos con

esto cuanto antes. No veo el momento de volver a mi vida y perderte de vista.

—Hieres mis sentimientos, esposa querida.

—Voy a herir algo más si no te callas.

De repente un ruido de voces lejanas interrumpió la calma del bosque y los dos dejaron hablar y se agacharon junto al tronco de un olmo cercano. Unos minutos después un par de soldados vestidos con las ropas habituales del Reich pasaron casi a su lado pero no les detectaron.

—Te dije que el bosque estaría patrullado.

—No importa, no nos habrían visto aunque quisieran. Además, he leído sus mentes. No habrá más patrullas en lo que queda de noche. Estamos seguros. —Los dos prosiguieron su camino hasta el borde del bosque casi donde empezaba la ladera de la colina del castillo. Becca apenas podía distinguir el suelo por el que caminaban pero aquellas versiones de su madre y su padre parecían saber dónde iban así que ellos se limitaron a seguirles.

—No tiene sentido, de acuerdo al plano de Heinrich deberíamos haber encontrado ya la entrada al túnel. Si fue cubierta con piedras debería ser bastante evidente.

—No necesariamente —replicó Helel—. Si fue cubierta en la época prusiana es probable que la maleza la halla cubierto completamente y en ese caso podríamos estar caminando encima de la misma entrada del túnel y no darnos cuenta. Necesitamos ayuda.

—Y, ¿qué pretendes? ¿Llamamos a los soldados para ver si ellos saben algo?—contestó Liliath frustrada por la obviedad del comentario de Helel.

—No. Tengo otros amigos a los que preguntar. —Helel cerró los ojos y susurró algo en un idioma que Becca no entendió. Unos segundos después Liliath se apartó repentinamente al mirar la pierna de Helel por la que estaba subiendo una serpiente de un tamaño considerable sin que él se inmutase. La víbora ascendió por su cuerpo hasta que su cabeza quedó a la altura del hombro de Helel que ahora sí había abierto sus ojos y acariciaba al reptil como si fuese una mascota. No dijo una palabra. Sus ojos miraron directamente a los ojos de la víbora y unos segundos después Helel se agachó para depositar de nuevo en el suelo a la criatura que desapareció inmediatamente entre la maleza.

—Estamos buscando en el sitio equivocado. El mapa de tu querido Heinrich es inexacto, la entrada del túnel se encuentra a unos doscientos metros al oeste de aquí, debería ser fácil de reconocer, dos tilos han crecido a ambos lados de la entrada.

—Todo eso por supuesto no podías haberlo hecho sin llamar a tu amiga la escamosa. ¡Es increíble cuánto te gusta un espectáculo! —replicó Liliath.

—¡Qué le voy a hacer, ese soy yo! —replicó Helel y su equivalente moderno se limitó a encogerse de hombros frente a Liliath y sonreírle como ratificando el comentario.

Encontraron los tilos exactamente donde el animal había dicho y, entre ellos, una gran cantidad de maleza que cubría un depósito de rocas con todo el aspecto de ser artificial. Helel insistió en que Liliath le dejase despejar el camino y con un simple movimiento de sus manos las piedras respondieron a su orden y empezaron a desplazarse acumulándose en los lados de la entrada. Para sorpresa de Liliath y de Becca, los prusianos no habían rellenado todo el túnel con piedras como habría sido de esperar sino que se limitaron a taponar la entrada así que, una vez las piedras se hubieron retirado, se mostró ante ellos la entrada a un túnel oscuro y frío pero lo suficientemente ancho para permitir el paso de dos personas lado a lado.

—Bueno, ahora empieza lo complicado. No podremos usar antorchas, no sabemos si el túnel aún está descubierto al otro lado y puede incluso estar patrullado. ¡Ten, usa esto! —le dijo Liliath a Helel tendiéndole una piedra del tamaño de su mano que había cogido del suelo.

—¿Qué pretendes que haga con esto?¿Apedrear a los soldados?

—Evidentemente que no —respondió la mujer y su mano tocó la piedra que había entregado a Helel lo cuál hizo que empezase a brillar con una luz intensa—. Se apagará por sí sola si detecta la presencia de algún extraño. Es mucho más discreta que una antorcha.

—Vaya, me impresionas querida esposa.

—¡Deja de llamarme eso! —le espetó Liliath y sin esperarle se adentró en el túnel.

El túnel resultó estar completamente despejado. Debido al paso del tiempo había algunas secciones en las que el material de las paredes se había derrumbado parcialmente, pero por lo demás no presentaba obstáculo alguno. Liliath y Helel no dijeron una palabra en todo el trayecto intentando no atraer la atención de una potencial patrulla. El túnel no tenía ni una sola bifurcación o desvío, era una interminable linea recta que parecía no acabarse nunca hasta que, de repente, una puerta de madera, claramente antigua y con las bisagras oxidadas les impedía ir más allá. Becca sabía que aquella era la parte más delicada de su intrusión en el

castillo. En realidad no sabían exactamente donde daba aquella puerta y bien podrían encontrarse con que se abría en el centro de los barracones de los soldados o en el mismo despacho de Himmler. Como si leyese su pensamiento Liliath se acercó a la puerta y dibujando algo con su dedo susurró unas palabras que Becca no pudo oír. Un símbolo de un rojo intenso apareció representado en la madera y unos segundos después su luz se apagó sin dejar rastro alguno en la puerta.

—Podemos pasar, no hay nadie al otro lado, es seguro —dijo la mujer y su mano hizo girar la aldaba de la puerta que se abrió con un sonido metálico que resonó en el túnel como si hubiesen tirado una pared. Aquella puerta se abría a una sala muy pequeña con las paredes encaladas y que estaba completamente vacía excepto por una pequeña plataforma en el centro del suelo de piedra donde podían verse unas anillas oxidadas. Si les quedaba alguna duda de qué era aquella sala solo tuvieron que mirar hacia la parte superior donde una plataforma a la que se accedía desde el piso superior dominaba toda la sala. En aquella plataforma los jueces de la inquisición habrían observado como las mujeres acusadas de brujería eran torturadas en un intento de conseguir una confesión que, tanto si era obtenida como si no, acabaría con la vida de aquellas infelices que habían sido acusadas por sus vecinos o incluso por sus propios familiares de un pecado que nunca habían cometido. Becca notó como su madre se quedaba parada con los ojos cerrados sin hacer ni decir nada y por un segundo quiso intervenir, preguntarle qué ocurría pero justo cuando sus labios se iban a abrir su padre se acercó a Liliath y la agarró tiernamente por el hombro.

—Tenemos que irnos, Liliath, esto no es seguro.

—¡Tanto dolor! —susurró la mujer sin responder a su gesto ni a sus palabras—. ¡Tanta injusticia!

—Liliath, ahora no tenemos tiempo, por favor. —Como si la hubiesen sacado de un trance la mujer reaccionó y le miró con el rostro muy serio. —No podemos quedarnos más aquí, debemos movernos.

Salieron de la sala por una puerta lateral que daba a un corredor corto que se abría al patio de la fortaleza. No sabían en que parte concreta del castillo se encontraban ni a donde debían dirigirse, pero Helel encontró la forma de solucionar aquel pequeño problema.

—No te muevas de aquí dijo, volveré enseguida. —Y sin que Liliath pudiese protestar desapareció de su lado para volver a

aparecerse unos instantes después, pero esta vez acompañado por un hombre vestido con el uniforme de la SS. Helel sostenía al hombre sin dejarle moverse mientras le tapaba la boca lo que hacía que nadie escuchase sus protestas ni sus intentos de liberarse. De repente la mano de Helel se depositó sobre su frente y el hombre paró toda lucha. Un instante después Helel agarró la cabeza del hombre y la hizo girar partiéndole el cuello con un crujido perfectamente audible.

—¡Por todos los demonios! ¿A que ha venido esto, Helel? —protestó Liliath claramente sorprendida mientras el cuerpo del hombre caía al suelo como un saco de tierra.

—No pretenderías que le dejase con vida. He leído su mente, ahora sé donde estamos y a donde debemos ir. Ha cumplido su cometido, ya no me sirve.

—Tu desprecio por el valor de una vida humana es repugnante.

—Te parece repugnante ahora, hace unos cientos de años tu habrías hecho lo mismo.

—Quizá yo he conseguido entender lo equivocada que estaba y cambiar.

—Quizá yo no lo necesite —le contestó con un deje de desprecio mientas apartaba de una patada el cadáver del hombre—. Ahora mismo no tenemos tiempo para esto, ¿me acompañarás a hacer lo que hemos venido a hacer o no? Lo que quiera que sea que esconden está en la torre Norte. Puedo transportarnos hasta la puerta de entrada a la torre pero me vendría bien que los guardias de las torretas y las murallas estuviesen mirando para otro lado. ¿Crees que podríamos beneficiarnos de esa manía tuya de hacer que las cosas salgan ardiendo? —le dijo en tono irónico.

—¿Algo así? —le respondió Liliath claramente molesta al mismo tiempo que el sonido de una explosión enorme resonaba en todo el castillo.

—Sí, algo así. Hubiera preferido algo que no gritase a los cuatro vientos que estamos intentando invadir el castillo pero supongo que tendrá que servir.

Sin esperar ninguna respuesta el Helel actual abrazó a Liliath y los dos desaparecieron. Un instante después la escena cambió de nuevo y se encontró en la penumbra del hueco de una escalera de piedra que ascendía y descendía en círculos frente a una puerta doble de madera que se abrió para dejar paso a Helel y Liliath.

—Podías habernos transportado al interior, ¿no te parece?

—Sin haber estado aquí antes es un riesgo, podríamos acabar en el medio de una sala llena de soldados alemanes o, peor aún,

incrustados en una pared. ¡Aghhhh! —gritó Helel de repente llevándose las manos a la cabeza y agachándose contraído por el dolor.

—¿Qué ocurre? Helel, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien —respondió casi sin fuerzas para hablar—. De repente he sentido algo que hacia años que no sentía y que, sin embargo, es imposible.

—¿El qué?

—La presencia de un ángel —contestó con la mirada perdida—. Hace años que esa parte de mi naturaleza se desvaneció, no puedo sentirles ni ellos a mí. La onda de energía ha sido tan inesperada que mi cuerpo ya no esta acostumbrado a sentirla y ha sido como si me partiesen por la mitad. ¡No tiene ningún sentido!

—Bueno, no es la única cosa que no tiene sentido. Si es verdad que esta torre alberga lo que quiera que sea que estén haciendo estos majaderos ya me explicarás por que no hay un solo guardia, la torre parece vacía.

—Quizá no les hagan falta los guardias.

—Esa es exactamente mi preocupación. Si no hacen falta los guardias es porque saben que nadie podrá robarles lo que quiera que sea. Y, en ese caso, ¿qué diablos guardan aquí?

—Bueno, sólo podemos averiguarlo de una manera así que sugiero que empecemos por esa puerta de ahí enfrente —dijo señalando un breve corredor tras la escalera que llevaba hasta una puerta metálica. Originalmente era una puerta de rejas pero los huecos entre los barrotes habían sido concienzudamente sellados con laminas del mismo material para evitar cualquier vistazo curioso. Helel y Liliath se acercaron hasta allí y comprobaron que estaba cerrada a cal y canto. Helel colocó sus manos sobre la cerradura y acto seguido el sonido metálico de la cerradura al abrirse retumbo en el silencio de la escalera.

—¡Rápido, vamos dentro no sea que nos haya oído alguien!

Liliath siguió a Helel al interior de la sala y lo que vieron sus ojos la dejaron sin palabras por lo inesperado. La sala no era especialmente grande pero estaba completamente cubierta de mármol, todas y cada una de las paredes y hasta el mismo suelo. Doce columnas rodeaban la sala y en el centro un símbolo parecido a un sol dibujado con mármol verde ocupaba la posición de honor de forma que fuese visible desde cada esquina de la habitación.

—Esto es...

—Un templo —acabo la frase Helel—, o al menos un intento de recrear uno a pequeña escala. Es una sala ritual. Y una que esta en

uso he de decir, puedo sentir la energía residual de las ceremonias que han realizado aquí.

—¿Pero un templo para quién? No hay figuras de dioses ni símbolos místicos mas allá de ese sol.

—No lo sé, pero ahora sabemos por que no hay soldados. Simplemente no hay nada que proteger. Este lugar no es nada, lo importante no es esta sala es lo que pasa en ella. Probablemente eso es lo que tu Heinrich debió de sentir, un ritual de algún tipo pero, ¿con qué finalidad?

—Hay otra sala abajo, una más grande —dijo Liliath asomándose por una especie de antiguo respiradero construido para permitir la circulación de aire entre las salas.

—Es mejor que echemos un vistazo.

Helel salió de nuevo a la escalera tras asegurarse que seguía sin haber nadie que pudiese descubrirlos y juntos bajaron al piso inferior. Aquella planta era idéntica a la superior con el mismo pasillo corto que acababa en una puerta solo que esta vez la puerta era de madera solida y cuando intentaron abrirla comprobaron que no estaba cerrada. La sala a la que daba acceso, sin embargo, era muy diferente de la del piso superior. Mucho más extensa e iluminada con grandes candelabros con velas encendidas. La parte más externa de la sala estaba rodeada por doce pedestales de piedra y en el centro un gran círculo del mismo material rodeaba a un fuego que parecía salir directamente del suelo.

—Si la sala de arriba es un templo este debe de ser su sancta sanctorum, eso explicaría el fuego encendido y las velas alrededor.

—Esto no me gusta Helel, tengo un mal presentimiento, creo que sería mejor que nos marchásemos antes de que...

Liliath no pudo terminar la frase. Un gemido ahogado salió de su boca mientras el filo de una espada atravesaba su espalda y salía por su pecho. En un instante la figura que portaba el arma recuperó la espada y lanzó a un lado el cuerpo de Liliath que golpeó uno de los pedestales.

—Liliath —gritó Helel al mismo tiempo que en su mano se materializaba una espada negra como la obsidiana. Intentó acercarse a ella pero la figura se interpuso en su camino. Becca no podía ver de quién se trataba porque se encontraba cubierto en una luz cegadora como unos días antes había visto a Jofiel, pero era evidente que Helel sí había sido capaz de reconocer al recién llegado y su rostro desencajado por la sorpresa lo atestiguaba.

—¿Abaddon, eres tú? —preguntó Helel sin poder dar crédito a sus ojos—.¿Qué es todo esto, hermano?

—Después de tantos años Helel aún eres capaz de sorprenderme con tu patética inocencia. Nunca pensé que me seria tan fácil atraerte a la ratonera, sigues tan confiado como siempre. —La luz que rodeaba a la figura se apagó y Becca pudo ver que se trataba de un hombre moreno y alto vestido con un uniforme militar completamente negro sin ningún símbolo que lo identificase como miembro de ningún ejercito. Su pelo peinado completamente hacia atrás acentuaba sus rasgos duros como la piedra y en su mano una espada de color plateado mostraba un brillo intenso sólo amortiguado por la sangre de Liliath que aún resbalaba por su filo.

—¿De qué estas hablando Abbadon? ¿A qué viene todo esto? Pensé que estabas muerto.

—¿Sorprendido? Pensaste lo que yo quise que pensases, imbécil. ¡Qué decepción! La verdad es que confiaba en que el señor del infierno me daría algo más de juego. ¡Qué le vamos a hacer! —soltó y al mismo tiempo asestó un golpe con su espada que Helel paró con la suya en el último momento haciendo que el sonido metálico del choque retumbase en el sala—. Veo que te has agenciado una nueva espada. No es que te vaya a servir de nada, claro, pero bueno —prosiguió sin dejar de atacar a Helel con una serie de mandobles.

—¡Abbadon basta! Hermano! ¡Basta, por favor!

—Yo no soy tu hermano, maldito bastardo, no lo he sido nunca. Nunca entenderé como pudiste ser el favorito de nuestro padre. ¿Tanto te cegaron los piropos y mimos con los que te colmaba que no fuiste capaz de ver venir lo que tenía preparado para ti?

—¿Lo que tenías preparado? ¿Qué quieres decir? ¿Por qué ibas a hacer tú nada en mi contra? Siempre has sido quien más me ha querido —respondió Helel visiblemente alterado.

—Todo parte de la pantomima. Siempre te he despreciado, tu maldita perfección, tu manera de abusar del amor de nuestro padre y la manera en la que él lo permitía mientras el resto de nosotros teníamos que mendigar la miserias de su amor, la prepotencia con la que te paseabas sabiéndote su favorito. Él que debía de haber sido sabio se comportó como un imbécil llevado por el ridículo amor por su creación perfecta y con ello creó un monstruo. Pero hay monstruos más grandes que tú en este mundo, hermanito. Aún no puedo creerme lo fácil que ha sido manipularte a ti y a los patéticos de los arcángeles. ¿De verdad creías que ellos eran los que estaban detrás de todo esto? Ellos son otro grupo de prepotentes que no ven mas allá de sus propias narices. Pero cuando alguien tiene un ego tan importante es fácilmente manejable y esa ha sido mi ventaja.

—¡No puedo creerte, mientes! Tú no eres Abbadon, tú no eres el hermano al que conocí y amé.

—Efectivamente, no lo soy porque nunca me conociste. En el fondo todo fue tan sencillo. Todo se reveló el día que por fin pude comprender todas las mentiras que me rodeaban, todas las mentiras del cielo. Durante Eones se nos inculcó la idea de que nuestro padre era el motor del mundo, que nada podía existir sin él y como ciegos transmitimos ese mensaje por doquier. ¡Mentira! Yo he retirado a dios del mundo y el mundo ha continuado su camino. Durante toda nuestra existencia se nos dijo que nosotros éramos el cúlmen de la creación, hechos a su imagen y semejanza. ¡Mentira! Entonces llegaron los humanos y ese maldito viejo empezó a babear por estos monos patéticos. Se nos hizo creer que todo lo que ocurría en el mundo era por voluntad expresa de nuestro padre y que él era el único con poder absoluto. ¡Mentira! Fui yo quién propició tu caída y yo quien te arrebató tu luz condenándote al abismo de la mortalidad, yo tuve el poder para condenarte y él no pudo hacer nada por evitarlo. Y todas esas mentiras han dado paso a una sola verdad, la mía. Una verdad que dominará el mundo como nuestro padre debía de haberlo hecho, con fuego e ira. Y todos los despojos de la creación de nuestro padre se arrodillarán ante mí o alimentarán a los gusanos de la tierra.

—Has perdido la cabeza, no sabes lo que estás haciendo.

—Al contrario, hermanito, lo sé muy bien. En realidad la aparición del tal Hitler fue muy conveniente. Un humano con la ambición y la locura necesarias para ser fácilmente manejable. Y con un poco de ayuda y recursos, capaz de subyugar al mundo de los humanos y ponerles de rodillas. Evidentemente tan pronto como la conquista del planeta haya terminado me librare de él y el mundo me reconocerá como su nuevo dios. Ya no habrá más mentira porque yo seré un dios verdadero, un dios al que aprenderán a temer. Como te puedes imaginar —continuó mientras caminaba alrededor de la sala con un aire que a Becca le recordó a una pantera—, los humanos eran tan sólo una pieza del puzzle. Los demonios eran la otra y mi peón para conquistar el inframundo era tu jodido bastardo hasta que decidiste meterte al medio y me desbarataste todos los planes. Pensé que el ataque a la familia que tan tiernamente habías aceptado como tuya te asustaría lo suficiente para mantenerte alejado. Un error de cálculo por mi parte. He de reconocer que el hecho de que le arrancarás el corazón a tu hijo y te convirtieses en señor del infierno es algo que no vi venir. Pero finalmente sólo fue un pequeño retraso en mi plan. Un

poco de publicidad negativa y te convertimos en el enemigo de los hombres, el ángel caído, Satán. Unos cuantos de tus lugartenientes decapitados y viniste corriendo hasta mí como una mosca a la miel. Es verdad que mi plan ha tardado unos cuantos miles de años en cumplirse pero, qué importa cuando eres eterno. Lo único que importa es que este es el fin. Con tu muerte me convertiré en señor del infierno, sus huestes se arrodillarán ante mí y me ayudarán a desgarrar de una vez por todas el vientre del mundo de los humanos y entonces, toda la creación, cielo, tierra e infierno se postrarán a mis pies. Está el inconveniente de tu espada, claro. Otro pequeño error por mi parte. Pensé que arrebatarte la gracia y convertirte en hombre habría acabado con cualquier remota posibilidad de que interfirieras en mis planes y pensé que el gesto de darte la espada haría que confiases aún más en mí y siguieses mi consejo de mantenerte alejado de todo lo que atañía al cielo. Pero claro, no podía contar con que el maldito viejo de Enoch te descubriría que la espada era en realidad la llave para tu vuelta al reino celestial. Afortunadamente logré sonsacarle esa misma información antes de que Miguel le despedazase y, desde entonces, llevo intentando encontrar esa espada antes que tú. Tu putita —dijo señalando a Liliath que yacía en el suelo sin sentido— nos hizo un favor con aquel hechizo que te impide localizarla pero no fue suficiente. Afortunadamente el patético de Himmler y su obsesión por los objetos místicos vinieron muy a mano, aunque he de reconocer que a estas alturas ya había esperado encontrarla, pero como te he dicho, no hay prisas cuando eres eterno.

Helel no respondió. Sus manos crispadas sobre la empuñadura de la espada y su cabeza agachada parecían las de una estatua de piedra, sin signo alguno de vida. Hasta que de repente su voz resonó en la sala.

—Déjame que añada algunas mentiras más a tu lista, hermano. Se nos enseñó que el amor de nuestro padre es la única fuente de todo nuestro poder. Mentira, yo he descubierto que el poder del odio y la venganza es mucho mayor —dijo dado un paso hacia Abbadon y haciendo que el suelo temblase—. Los hombres me han vuelto la espalda gracias a tus artimañas para convertirme en el enemigo. Mentira, pronto verás que los hombres adoran a más de un dios, algunos de ellos tan oscuros como yo —continuó y otro paso hizo temblar aún más la sala y el rostro de Abbadon se contrajo sin saber muy bien lo que estaba pasando—. He caído como mosca en tu trampa de miel sin más ayuda que la de una mujer. Mentira. Yo nunca viajo sólo hermanito.

Helel elevó su rostro para mirar fijamente a Abbadon mientras asestaba un golpe de su espada que lo desequilibró al tiempo que múltiples demonios se materializaron en la sala y empezaron a atacar al ángel como si se tratase de un enjambre apareciendo y desapareciéndose a su alrededor haciendo que Abbadon no supiesen de que lado le llegaban los golpes y sus intentos por defenderse fuesen fútiles. Helel por su parte se materializó junto a Liliath inmediatamente y cogiendo su cuerpo en brazos desapareció sin dejar rastro.

Un instante después la imagen se transformó nuevamente en humo y Becca sintió como su cuerpo volvía experimentar la sensación de ser arrastrado en una especie de torbellino. Cuando sus ojos pudieron abrirse por fin se encontraba sentada en el suelo de la sala del trono con su padre arrodillado a su lado.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, supongo. Creo que empiezo a acostumbrarme a esto —mintió.

—Ven, siéntate aquí —dijo Helel ayudándola a levantarse y sentándola en el trono. Becca pensó que era raro encontrarse sentada en el sillón del regente del infierno pero no dijo nada—. Esa historia que me has mostrado...

—Ese día —interrumpió Helel—, fue cuando descubrí la verdad de todo lo que nos había acontecido a mí y al resto de nuestra familia desde el momento de mi caída y por eso he creído que era bueno que lo vieras, para que pudieses entender no a quién te enfrentas, sino a qué.

—¿Como que a qué?

—Rebecca, en esta vida los grandes enemigos no son las personas, ni siquiera sus actos, lo son sus ideas. Si alguien se siente reafirmado por la validez de sus ideas no parará hasta conseguir lo que se proponga o muera en el intento. Y el caso de mi hermano Abbadon no es diferente.

—¿Aún lo llamas hermano?

—Bueno, siempre lo será dado que nacimos de la misma luz, no importa cuanto se separe su camino del mío, siempre será mi hermano.

—¿Qué fue de él? ¿Tus demonios le mataron?

—¡Oh, no, en absoluto! No habrían podido aunque quisiesen, su poder es demasiado grande. Me temo que está vivo y su odio por mí se ha extendido a mi familia. Sus planes con Hitler fallaron, como bien sabes, porque nunca contó con que los seres humanos se unirían para hacer frente a aquel horror y lograrían hacerlo

fracasar. Pero aquel inconveniente no le ha hecho desistir de sus intenciones. Si hay algo que sobra en este mundo, por desgracia, son horrores de los que poder hacer uso.

—¿Qué pasó con mi madre?

—Me llevé a tu madre tan lejos de aquel castillo como pude pero pronto descubrí que hay una poder que el inframundo no puede darme, la habilidad de curar una herida de una espada angélica. Y así me encontré en medio de un bosque, sin tiempo para poder pedir ayuda y sin poder curar a tu madre. Afortunadamente, tu madre logró reunir las fuerzas para mostrarme una imagen, un lugar. Y sin saber bien si eso era lo que deseaba de mí reaccioné por impulso y nos transporté hasta el lugar que me mostró. Un segundo después nos encontrábamos en el medio de la plaza de un pequeño pueblo en la montañas de Rumanía que creo que conoces bastante bien —dijo Helel sonriendo a Becca dulcemente—, aquellas gentes se encargaron de Liliath y lograron parar la hemorragia pero me indicaron que sólo había una manera de salvar su vida, una que podría cambiarla para siempre.

—¿A qué te refieres?

—Déjame que te muestre algo —respondió mientras le ofrecía su mano para ayudarla a levantarse. Helel la guió tras el trono bordeando la pared rocosa que había detrás por un camino invisible desde cualquier otro punto de la sala. Tras unos minutos por aquel túnel rocoso, los ojos de Becca se llenaron de una luz intensa y ante ella se desplegó un mundo de colores. El túnel acababa en una abertura en el lado de lo que parecía una montaña y desde allí se podía ver una extensión inmensa de pastos salpicados de árboles y recorridos por un gran río que parecía desembocar en la distancia en un gran lago.

—No es exactamente la imagen que asociarías con el infierno, ¿verdad? —soltó Helel sonriendo ampliamente al ver el rostro sorprendido de Becca.

—Desde luego que no, nunca lo habría imaginado.

—Ese el río Estigio, uno de los cinco ríos del infierno que desembocan en el gran lago que ves al fondo.

—Recuerdo algo de esto de mis clases de historia, pero pensé que era un río oscuro que desembocaba en una ciénaga o algo así.

—Sí, esa es la percepción que los humanos tienen del infierno. Y para serte sincero, en el infierno hay muchos reinos, algunos de ellos no muy diferentes de esa descripción, pero también hay lugar para la belleza. El río Estigio es el portador de la esencia misma del infierno y por eso lo alimenta todo, es la fuente más pura de energía

del inframundo y, para poder salvar a tu madre, no me quedo otra alternativa que sumergirla en sus aguas. En aquel momento yo no podía saber si la exposición a tal cantidad de energía del inframundo cambiaría a tu madre en alguna forma pero no importó con tal de salvar su vida.

Becca escuchó las palabras de su padre mientras miraba a aquella corriente de agua y su interior parecía vibrar con el sonido que llegaba hasta sus oídos. Todo su cuerpo parecía responderle como si se tratase de un sonido familiar, de una energía conocida y, de alguna manera, notaba como su poder crecía en su interior.

—Lo has notado, ¿verdad?. Tu cuerpo ha reconocido la energía.

—Sí, es algo así —respondió Becca dudosa—. Pero, ¿cómo es posible? Yo nunca he estado aquí.

—Ven, bajemos —respondió Helel guiándola por un camino lateral que bajaba hasta el río—. Tras la recuperación de tu madre apenas tardó unos días en volver a organizar partidas para sacar prisioneros de los campos de concentración y los guetos. Su compromiso era absoluto y no hubo manera de convencerla de lo contrario. Y yo la ayudé. Al principio lo hice porque me sentía culpable por lo que le había ocurrido por haberla arrastrado hasta Wewelsburg, pero pronto fue evidente que había otras razones. No sé si fue el hecho de tener una meta común o que simplemente hay cosas de las que ni el señor del infierno puede escapar, pero la realidad es que no pasó mucho tiempo antes de que Liliath y yo nos enamorásemos de nuevo de una forma tan intensa como cuando nos habíamos conocido en Uruk. El tiempo pasó, la guerra acabó y tu madre y yo nos fuimos a vivir a una cabaña en los alpes suizos, cerca de todos los niños a los que había salvado la vida. No fue fácil compaginar una vida como la de cualquier humano con mi papel aquí, como te puedes imaginar pero, de alguna manera, nuestro amor lo hizo todo mucho más sencillo. Y así pasaron casi cincuenta años.

—¿Estuvisteis cincuenta años viviendo en una cabaña como si nada?

—Sí, lo creas o no y durante todo ese tiempo casi fuimos capaces de olvidarnos de todo lo que nos había ocurrido y creo que llegamos a convencernos de que podíamos tener una vida como la de cualquier otro ser humano. Sólo que nosotros no éramos cualquier otro ser humano. —Helel la había llevado hasta la orilla del río y ahora jugaba con su mano en el agua cristalina de la corriente que brillaba como si estuviese impregnada de purpurina.

—¿Qué paso?

—Bueno —respondió girándose para mirarla—, en realidad lo que ocurriste fuiste tú. Aunque yo tardé un tiempo en descubrirlo. Un día —prosiguió— Liliath desapareció sin dar ninguna explicación y nunca más volvió. Recorrí el mundo entero durante meses buscando por doquier pensando en lo peor sin suponer que, lo que en realidad había pasado, era algo tan sencillo como que Liliath había concebido un hijo, nuestro hijo y como toda madre hizo lo que pensó que era mejor para protegerte.

—¿Protegerme de qué?

—De mí, por supuesto —confesó Helel—. Tu concepción no fue planificada, nunca hubiéramos pensado siquiera que era posible. Pero en el momento en que tu empezaste a existir Liliath temió lo que yo podría hacer al saberlo. Simplemente pensó que yo te vería como el instrumento para conseguir mi espada y por extensión mi venganza sobre el cielo y que eso seria más grande que mi amor como padre. Y, la verdad, aunque en ese momento no pude entenderlo, no puedo culparla dado mi histórico. Unos meses después de tu nacimiento —prosiguió— pude dar con su pista y supe que había estado viviendo en el poblado gitano nuevamente, pero para entonces ya había recibido la ayuda de Sadith y tanto tú como ella estabais fuera de mi alcance. O eso es lo que quise que todo el mundo creyese.

—¿Cómo?

—¿Cuál es el recuerdo más lejano que tienes de tu tiempo antes del colegio de Canadá? —le respondió Helel con otra pregunta para frustración de Becca.

—Ninguno, no recuerdo nada de ese tiempo.

—Eso no es verdad, piensa.

—Te digo que no recuerdo nada, mi primer recuerdo es del colegio, no recuerdo nada de la casa ni de... —Becca se calló al darse cuenta de su error. —Genevieve.

—¿Recuerdas algo de ella?

—Recuerdo su habitación, el cuadro sobre la chimenea. Risas. Recuerdo jugar con ella en aquella habitación —contestó rememorando aquella imagen que había venido a su mente en Duncan Hall.

—Ve un poco más allá, concéntrate en ese recuerdo, explora esa imagen.

Becca obedeció sin saber muy bien que esperaba sacar de todo aquello. La imagen de Genevieve jugando con ella en aquella cama, haciéndola saltar sobre la cama mientras ella reía y gritaba de felicidad. Aquella imagen la llenó inmediatamente de alegría, una

alegría inesperada e incontrolable y de repente, cuando pensó que el recuerdo acababa ahí la escena continuó. Su rostro de niña se giró y se iluminó al reconocer lo que veía, y los brazos de Genevieve la cogieron para depositarla en el suelo de la habitación mientras sus piernecitas salían corriendo hacia la puerta gritando una sola palabra. Papa. Sus ojos miraron el rostro del hombre que la recibía con los brazos abiertos y una sonrisa que ocupaba toda su cara para acto seguido lanzarla por los aires para regocijo de Becca. Aquel rostro que la miraba con un orgullo paternal innegable era el mismo que hoy estaba frente a ella.

—Tú —dijo Becca sin saber si había algo más que añadir.

—Genevieve fue mi complice durante todo el tiempo que estuviste en esa casa, facilitándome el poder visitarte y que no estuviese alejado permanentemente de tu vida. Sus intentos por que tuvieses una vida lo más normal posible incluían que pudieses tener un padre y una madre. Desgraciadamente los ángeles os encontraron antes de que aquel sueño pudiese hacerse realidad y, aunque logró ponerte a salvo, aquello hizo que Sadith y Liliath te alejaran de todos nosotros definitivamente.

Aquella explicación dejó a Becca sin respiración y tuvo que sentarse en el suelo. ¿Cuánta gente había tomado decisiones en su nombre a lo largo de su vida? ¿Cuántas penosas habían intentado hacer lo mejor para ella y en el fondo habían cometido terribles errores? Becca no podía evitar sentirse un peón, un juguete en manos de otros que, a pesar de la buena intenciones, habían terminado llevándola de un lado para otro. Pero aquello había acabado. Aquellos meses de peligros, de muerte y de mentiras la habían cambiado. Ahora se sentía dueña de su vida, una vida que le pertenecía tan sólo a ella y no permitiría que nadie más la manejase.

—Lo siento. No era mi intención disgustarte en manera alguna —dijo Helel casi en un susurro.

—No, claro. Estoy segura que no lo era. ¿Y cuál era Helel? Seguro que no pretendías mostrarte ante mí como el padre amantísimo que siempre ha estado junto a mí en la sombra. Seguramente no pretendías convencerme de que tú eres la única persona que merece mi confianza con intención de que voluntariamente te ayude en tus propósitos y localice la espada por ti, ¿verdad?

—¿De verdad es eso lo que piensas? —respondió Helel elevando la voz visiblemente enfadado hasta el puto de que Becca se asustó ligeramente—. ¿Crees que lo único que me preocupa es eso?

Entonces de verdad que no has entendido nada.

—Y, ¿que quieres que piense entonces? ¿Qué otra razón tienes para contarme todo esto ahora? —replicó Becca elevando igualmente la voz.

—¡Me estoy muriendo! —Los ojos de Helel miraron directamente a los de Becca con una seriedad que le heló la sangre y le impidió responder durante unos segundos.

—Eso...eso es imposible.¡Eres inmortal!

—No, no lo soy. ¿Acaso no has aprendido nada de los volúmenes que te hice llegar? Soy humano Rebecca, tan humano como tú o cualquier otro pobre mortal. La única razón por la que he vivido tantos años ha sido, primero por lo poco que de ángel quedaba en mi, y después por la energía que fluye por este río pero mi cuerpo ya no da más de sí. Como un par de zapatos viejos llega un momento en que ya no pueden repararse más, este cuerpo no puede soportar mucho más. He intentado mantenerte alejada de mí para que estuvieses segura, pero tu afán por encontrarme me ha hecho darme cuenta de que estaba equivocado. La energía del infierno que llenó el cuerpo de tu madre y el mío se transfirió a ti desde el día que fuiste concebida. ¿Acaso no te has preguntado por qué tu poder es tan grande, por qué puedes hacer cosas que ni siquiera Liliath o Sadith o yo mismo somos capaces de hacer? Es simplemente porque la energía del inframundo corre por tus venas de forma tan pura e intensa como lo hace por este río, Rebecca. Por eso he querido traerte aquí. No para que me entregues la espada, el instrumento de mi venganza. Sino para que me prometas que culminarás esa venganza por mí y que liberarás a mi padre de su prisión para que pueda arreglar este desastre de mundo que sus hijos hemos hecho de él. Y para que puedas hacer eso necesito que te eleves a tu verdadero yo, que abraces lo que eres y quien eres. Necesito que te conviertas en la nueva reina del infierno.

24
Verdad

—Pero, ¿tú has perdido la cabeza? —preguntó Becca casi sin poder dar crédito a lo que escuchaba—. ¿En serio crees que voy a aceptar una propuesta como esa?

—No es una propuesta Rebecca, es una realidad, no puedes huir de quien eres.

—¿Quién soy? ¿Qué sabes tú quién soy? —respondió a gritos Becca, su indignación creciendo por momentos—. No eres diferente de todos los demás, tan sólo te interesa tu propia vida, tu propia historia. Estás obsesionado con tu venganza, sólo buscas devolver el daño que crees que te han hecho y estás dispuesto a todo para ello aunque eso signifique sacrificar a tu propia hija.

—No puedes esconderte de la criatura de poder que eres Rebecca, eres un ser único, no hay nadie más en este mundo que acumule tanto poder y es esencial que acojas ese poder con los brazos abiertos, que te entregues a él de lo contrario acabará contigo. Eso si Abbadon y los suyos no lo hacen antes. ¿Por qué crees que Abbadon ha estado intentando localizarte y eliminarte todo este tiempo? Se siente amenazado por el poder que albergas, y no hay nada más peligroso que un león que se siente acorralado. Fuiste tú quien me pidió ayuda para librarte de todos aquellos que intentan matarte, ¿recuerdas?

—Ese discurso es el mismo que Liliath me soltó hace unos meses, que debía aprender a controlar mi poder para que él no me controle a mí, por mi propia seguridad. Parece que por fin os habéis puesto de acuerdo en algo.

—¿Y no te preguntas por qué tus dos padres quieren lo mismo de ti? ¿Acaso crees que alguno de nosotros haría algo que te perjudicase?

Becca no supo qué responder por unos instantes, su cabeza le daba vueltas, no a la propuesta de Helel, sino a cómo había utilizado el término padres. Había pasado de no tener a nadie en el mundo a estar rodeada de gente que se consideraba con derecho a decidir por ella. Durante su existencia se le había acusado muchas veces de no querer salir de su burbuja de seguridad y ahora, una vez más, era su propia familia quien quería devolverla a ella. Becca podía sentir la energía que se desprendía del río Estigio, una energía que lo llenaba todo y que era inmediatamente respondida por una energía semejante en su interior, una energía que le hacia sentirse grande. Atrás había quedado la pequeña Becca acobardada que no deseaba cambios en su existencia. Pero, por encima de todo, esta Becca se sentía libre. Libre para decir que no. Libre para mandar al infierno a todos los que deseaban controlarla o se consideraban con derecho para decidir por ella. Libre para salir corriendo. Ni siquiera dijo nada. Ni siquiera tuvo que pensarlo. De repente su cuerpo ya no estaba allí, con su padre, junto al río. En un segundo, menos quizá, se encontraba en el salón del trono, a los pies de la escalera, en el mismo lugar donde había aparecido con Helel unas horas antes.

—¡Rebecca, para! —resonó la voz de Helel que se había aparecido tras ella—. No tienes forma de salir de aquí así por favor espera, déjame hacerte entender.

—En realidad ya lo has hecho, padre —respondió Becca fría como el hielo—. Mucho mejor de lo que crees. Me has pedido que abrace mi poder, que acepte quien soy y en realidad acabo de darme cuenta de que hace tiempo que lo he hecho. De hecho lo acepté el día en que el colegio en el que estudiaba salió ardiendo en respuesta a las amenazas de una niña estúpida que sólo era culpable de no ver más allá de sus narices. Ese día mi poder se desplegó a mi alrededor para defenderme, parar asegurar mi supervivencia. Me faltaba control, es cierto, comprensión de cual era la raíz de ese poder, pero eso es algo que tú y mi madre me habéis dado, al menos eso. Yo ya sé quien soy, Helel. Soy la hija de Lucifer. Pero no soy Lucifer.

Aquellas palabras fueron correspondidas por parte de Helel con silencio y con una sonrisa que a Becca le pareció que era de comprensión si no de aceptación.

—Por cierto, padre —dijo saboreando cada sílaba de aquella

palabra—. Tú mismo lo has dicho. Yo soy una con este lugar, con su energía. No hay puertas en el infierno que puedan detenerme. —Y acto seguido su cuerpo desapareció y solo quedó el eco de la voz de Helel que gritaba su nombre.

Becca apareció de nuevo en la catedral de Lieja, en el centro de la nave. Tan pronto como apareció pudo oír las voces familiares de Liliath, Sadith y Charice que la llamaban por su nombre mientras se acercaban corriendo hacia ella y le preguntaban si se encontraba bien. Becca se encaminó hacia ellos por el pasillo central de la nave diciéndoles que se encontraba bien, pero lo que ocurrió a continuación pasó demasiado rápido para que su cerebro pudiese darse cuenta de lo que ocurría. Una sombra oscura se presentó ante ella impidiéndola avanzar y con una voz profunda y melosa se dirigió a ella.

—¡Hola Rebecca, ya era hora de que nos conociésemos! —Y acto seguido la noche lo inundó todo a su alrededor.

Sus ojos intentaron abrirse y Becca podía jurar que lo habían conseguido pero la oscuridad a su alrededor no se disipó ni un ápice. Podía oír su propia respiración, sentir en su rostro el calor del aire que exhalaba su cuerpo aunque el resto de él sentía el frío a su alrededor. Su cerebro recorrió su organismo tratando de identificar el estado en que se encontraba y comprobó que no sentía dolor alguno, lo cual la tranquilizó. Estaba sentada en alguna estructura baja sin respaldo pero sus manos estaban atadas a su espalda. Los pies estaban libres y los extendió ligeramente para comprobar que no había otros elementos a su alrededor. Inmediatamente su mente se concentró en el oído. Nada. El silencio más absoluto. Intentó forcejear con sus manos en la esperanza de que sus ligaduras se aflojasen, pero estaban perfectamente ajustadas. Se planteó por un momento levantarse y tratar de llegar a algún sitio, pero la idea de tener que enfrentarse a la oscuridad sin saber que podía rodearla le hizo desistir. Tal parecía que no le quedaba alternativa alguna más que esperar a que sus captores decidieran hacer algo con ella, pero afortunadamente no pasó mucho tiempo antes de que se abriesen una puerta y la sala en la que se encontraba se llenase de luz, suficiente para ver que se trataba de una habitación minúscula construida en madera con el techo alto en el que se podían ver las vigas que lo sostenían y que parecía ser usada como almacén dada la mezcolanza de cosas de todo pelaje que había depositadas en el suelo.

Becca dirigió su mirada hacia la puerta donde una figura relativamente baja y rechoncha había aparecido y bloqueaba la tan deseada luz. La figura entró en la habitación y desató las manos de Becca, dándole tiempo a que sus ojos se acostumbraran a la nueva luminosidad y pudiesen ver que se trataba de un hombre oriental vestido con una especie de kimono y unas zapatillas de algo parecido al esparto. El hombre, lejos de parecer un secuestrador, le sonrió y le indicó con las manos que le siguiese hasta el exterior. Becca obedeció preguntándose a donde la llevaría, pero sabiendo que no tenía alternativa alguna. Cuando abandonó la sala vio que en realidad aquella habitación era un pequeño edificio en sí mismo, completamente aislado en el centro de un gran jardín hermoso como ninguno que hubiese visto antes que estaba formado por varias terrazas que se habían creado aprovechando los desniveles que presentaba el terreno. Un camino de piedra los recorría hasta descender a un gran lago que se podía ver en la distancia. Becca miró a su alrededor buscando un lugar por el que escapar en cuanto tuviese la oportunidad, pero el jardín estaba rodeado por unos arboles inmensos que ocupaban todo hasta donde alcanzaba la vista convirtiéndolo en una especie de recinto cerrado. El hombrecillo continuó andando deprisa por el camino de piedra indicándole sin descanso para que le siguiera pero sin decir una sola palabra. El aire era frío así que a Becca no le costó acelerar el paso para alcanzar al hombre y así entrar en calor. Cuando por fin llegaron a la orilla del lago apareció ante ella una pequeña isla cubierta de árboles que se elevaba en el centro. Estaba situada más cerca de la parte del lago que quedaba más alejada de ella y el hombre la apremió nuevamente para que le siguiera mientras bordeaba el agua claramente dirigiéndose a esa orilla. Cuando por fin llegaron hasta la otra orilla, Becca se sorprendió al comprobar que, en realidad, la distancia que la separaba de la orilla del lago era muy pequeña, tanto que un pequeño puente de madera de color ocre salvaba la distancia entre ambas. Allí, sobre el puente, una figura alta y vestida con un kimono de un blanco impoluto le daba la espalda mientras alimentaba a unos grandes peces de colores que se arremolinaba en el agua en torno a él. El hombre que le acompañaba le indicó con señas que debía cruzar el puente y acto seguido desapareció. Becca se planteó si aquel era el mejor momento para salir corriendo, pero el no saber en qué dirección de aquel inmenso jardín podía encontrarse la salida le hizo descartar la idea y finalmente sus pies se adentraron en el puente haciendo que la madera se quejase sonoramente, sin embargo, la figura no se

inmutó y siguió con su tarea. Becca dudó si continuar y acercarse hacia él, pero la voz del hombre, la misma que le había hablado en la catedral, sonó serena y clara.

—Puedes acercarte sin miedo, si te quisiese muerta ya lo estarías.

—Dado que no sé con quien hablo al menos podrías decirme qué diablos quieres de mí —replicó Becca sin moverse.

El hombre se giró inmediatamente para mostrarle una amplia sonrisa. Era alto y aparentaba unos cuarenta años, moreno y con cierto atractivo que se acentuaba más debido a la vestimenta que le cubría.

—Te ruego que me disculpes, supongo que he perdido mis modales pero he asumido que las presentaciones no eran necesarias. ¿No te ha hablado tu padre de mí?

—Abbadon —contestó Becca sabiendo que no se equivocaba.

—Así es, veo que que mi sospecha era cierta y no somos completos desconocidos. Yo también he oído hablar mucho de ti, Rebecca. A decir verdad has generado un revuelo considerable entre mis subordinados con la muerte de Jofiel, toda una hazaña.

—Una que estoy dispuesta a repetir en cualquier momento —replicó Becca intentando sonar tan amenazante como le fue posible.

—Me temo que no te sería tan fácil aquí, ni conmigo —contestó Abbadon riendo abiertamente—, pero aprecio tu valor. Has heredado la osadía de tu padre y el ímpetu de tu madre, eso es evidente. Dime algo, ¿sabes dónde estamos?

—Es evidente que no, dado que no estoy aquí por voluntad propia.

—¿Ni siquiera lo supones?

—Por el aspecto de este lugar y tu bonito disfraz supongo que estoy en algún rincón de Japón.

—Así es, supones correctamente. Estás en Japón, más concretamente en el Ise Jingu, el templo de la diosa Amaterasu. Aunque quizá debería decir templos, en realidad es un complejo de más de ciento veinte templos dedicados a la diosa. ¿Me acompañas?

—No, no lo haré. No me interesa nada de todo esto, te repito que sólo quiero saber por qué estoy aquí, qué es lo que quieres de mí

—Si pudieras tener algo de paciencia creo que me entenderías —respondió el ángel y Becca creyó poder detectar cierta tensión en su voz—. Es por aquí.

El ángel cruzó el puente y la guió lejos de la orilla del lago en dirección al bosque que rodeaba el jardín.

—Verás Rebecca, este lugar es muy especial. Los hombres tienden a pensar que nosotros los ángeles podemos aparecernos allí donde deseamos, que podemos movernos a nuestro libre albedrío. Y es cierto una vez que estamos aquí, pero cuando se trata de acceder a vuestro mundo tenemos que usar lugares concretos, puertas si lo prefieres, del mismo modo que debes usarlas para acceder al inframundo. Son las puertas del cielo, puertas que tuvieron que ser creadas por orden de mi padre cuando nos encomendó la tarea de cuidar de su creación —dijo mientras se encaminaban por un camino de piedra flanqueado por faroles colocados en postes de madera que se alejaba del jardín y se adentraba en el bosque—. La creación de estas puertas en sitios específicos de tu mundo se le encomendó a un grupo de ángeles que fueron, digamos, los pioneros entre nosotros. Uno de ellos tenía por nombre Aniel. —Abbadon hizo un pausa como si el pronunciar aquel nombre le hubiese provocado algún tipo de emoción pero enseguida pareció recuperarse y continuó. —Aniel llegó hasta esta tierra y cayó perdidamente enamorada de los humanos hasta el punto que decidió no volver al cielo y quedarse a vivir entre ellos. Los humanos por su parte, vieron en Aniel la figura de una diosa que les amaba y protegía y le dieron un nuevo nombre, Amaterasu, la diosa del cielo. Muchas fueron las veces en que sus hermanos intentaron convencer a Aniel de su error de vivir entre los humanos, intentando persuadirla para que regresase a los cielos con ellos, pero su respuesta siempre fue la misma, este era su lugar, entre aquellos a los que amaba. Los años fueron pasando y Aniel terminó por enamorarse de uno de aquellos seres que tan importantes eran para ella y tuvo hijos y estos a su vez tuvieron los suyos. Aniel pronto empezó a olvidarse de quién era, a perder su naturaleza angélica contaminada por los humanos y su mortalidad. No fue el único ángel corrompido, muchos otros de mis hermanos cayeron en el mismo error y, aunque mi padre lo permitió al principio, pronto aquellos Nephilim, hijos del cielo, mostraron su verdadera naturaleza, perversa y corrupta pues también eran hijos de hombres. Mi padre, asustado por el peligro que implicaban para su creación, ordenó su exterminio. Muchos ángeles intentaron defender a su plebe y fueron igualmente exterminados. En el caso de Aniel, mi padre fue especialmente cruel y decidió enviar al ángel que más la había querido para ejecutar su castigo, acabar con Aniel y su prole. Aquel ángel quiso cumplir las órdenes de mi padre y eliminar a los hijos de Aniel, pero esta se interpuso rogándole que no lo hiciese. A cambio de su perdón, aquel ángel solo pidió una

cosa, que Aniel renunciase a su amor por los humanos y volviese al cielo, que volviese a él. Pero Aniel, incapaz de recordar el calor de la luz celestial se negó y el ángel, descompuesto por el dolor de tener que arrebatar la vida de la criatura a la que más amaba, tuvo que ejecutar la sentencia de mi padre. Aquel ángel, incapaz de librarse del dolor de aquella muerte se entregó a causar muchas otras muertes sintiendo que cada una de ellas le liberaba un poco más de la carga de la muerte de Aniel y se convirtió en el ángel de la destrucción, el portador de la muerte por mandato divino.

—Tú —le indicó Becca en un tono acusador.

—Así es, yo fui la mano que arrebató la vida de Aniel por mandato de mi padre y con ella, gran parte de la mía propia —respondió con la mirada perdida en los árboles—. Los hombres a los que tanto amó construyeron este templo en torno a la puerta del cielo que ella había creado y han mantenido desde entonces su recuerdo, pero ese amor ha sido tan sólo el constante recuerdo de que los humanos fueron quienes la corrompieron, los únicos responsables de todo lo que pasó.

—El único responsable fuiste tú. Pudiste haber elegido no hacerlo, no me provocas ninguna piedad. Tú decidiste escoger el camino sencillo.

—¿El camino sencillo? —replicó el ángel de repente girándose claramente airado para mirarla fijamente con los ojos llenos de rabia—. ¿Crees que vivir sin Aniel ha sido un camino fácil para mí? Aniel renunció a mi amor y al mismo amor de Dios por vosotros, por unos monos asquerosos que se consideran señores de la creación. Traté de razonar con ella hasta la extenuación, hacerle entender lo equivocada que estaba, hacerle comprender que vuestro amor no puede compararse al amor del cielo, pero ella se negó una y otra vez a escuchar mis razonamientos. Estaba absolutamente obsesionada con su amante humano. Una traición que el cielo no podía perdonar.

—¿El cielo o tú? Deja de excusarte en el mandato de tu padre, eras libre de elegir. Pudiste haberte negado a hacer su voluntad.

—¿Negarme? En verdad no sabes nada del cielo muchacha. Los ángeles nunca hemos tenido voluntad ni voz, éramos meros ejecutores de la voluntad de un anciano que no sabía lo que hacía y que chocheaba de amor por sus pequeños monos y, sin embargo, cuando uno de nosotros mostró el mismo amor lo pagó con la muerte. Pero yo me he encargado de que ese dictadura acabara.

—No puede importarme menos lo que hayas hecho ni cuales fueran tus recriminaciones para con Dios. Por lo que a mi respecta

todas las criaturas del cielo habéis dado muestras más que suficientes de que vuestra locura y crueldad no tienen límites. Hay algo en lo que tienes razón. Tu padre estaba obsesionado con la perfección de su creación cuando esa perfección no existe. El cielo es el lugar más corrupto de la creación y ya va siendo hora de que los hombres escojan su propio camino.

—Te equivocas nuevamente, los hombres no tendrán la opción de escoger porque fuisteis creados para servir. Yo os daré un único dios al que adorar de rodillas como os corresponde, un Dios del cielo, la tierra y el infierno, un dios eterno y absoluto al que tendréis razones para temer —replicó sujetándola con rabia por el brazo—. El cielo ya es mío, y tú mi querida Rebecca, serás el instrumento que necesito para que el infierno sea mío también tan pronto como arranque la cabeza de tu padre. Y una vez que eso ocurra, mis huestes arrasarán la tierra y devolverán al hombre al lugar que debe ocupar bajo la suela de mi sandalia.

De repente dos figuras aparecieron junto a Becca, un hombre alto con la cabeza rapada vestido con un traje gris y una mujer con el pelo moreno vestida con un kimono rojo.

—Llevadla hasta el Torii —fue la única orden de Abbadon—. Voy a darte un sitio preferente para que puedas ver el fin del mundo tal y como lo conoces. Será lo último que veas, pero te prometo que será algo inolvidable. —Los dedos de Abbadon sujetaron con fuerza el rostro de Becca mientras hablaba y pudo ver como la locura se reflejaba en sus ojos. Acto seguido desapareció y las dos nuevas criaturas sin decir una palabra la agarraron cada una por un brazo y la obligaron a continuar por el camino de piedra. Becca pensó que aquel era el momento ideal para intentar escapar. Si tan sólo fuese capaz de encontrar la energía, la rabia que había desencadenado su poder frente a Jofiel, al menos tendría una oportunidad. Intentó concentrarse, buscar en su interior aquella llama que lo destruía todo, pero fue incapaz de sentir aquel poder en su interior nuevamente y, sin ese poder, Becca sabía que no tenía oportunidad alguna frente a sus captores.

Los ángeles la llevaron hasta un tramo largo de escaleras de piedra que acababan en un gran portón de madera que se abrió para dejarles pasar. Al otro lado encontraron una gran explanada rodeada por un grupo de grandes edificios de madera y otras figuras de hombres y mujeres con el mismo aspecto imponente de sus captores que parecían estar esperando algo. En el centro de la explanada una gran estructura de madera pintada en rojo capturaba toda la atención. Era algo parecido a un marco, con apenas cuatro

postes de madera. Dos hacían las veces de pilares mientras que los otros dos cruzaban los pilares, uno en la parte superior sobresaliendo de los extremos y otro algo más bajo entre ellos. Becca había visto imágenes de este tipo de estructuras antes y sabía que eran consideradas puertas, pero no acababa de entender que función podía tener en el medio de una explanada, hasta que de repente algo cambió en la estructura. Una especie de vibración seguida por un brillo intenso en el centro del Torii capto su atención. En un instante el espacio entre los postes laterales y el primer poste superior se volvió solido como si se tratase de un espejo y un segundo después una figura, también con indumentaria japonesa, apareció de la nada a través del cristal con unas grandes alas de color gris desplegadas para ascender sobre la explanada y aterrizar elegantemente sobre el suelo cubierto de hierba. La nueva figura no le prestó ninguna atención, se dirigió directamente a otra de las figuras allí presentes frente a la que hizo una especie de reverencia claramente indicando algún tipo de jerarquía. Becca no podía quitar los ojos de las magníficas alas de aquel ser que seguían desplegadas a su alrededor y le daban un aire que recordaba a las representaciones de ángeles del renacimiento. Su mente comprendió de repente que aquella estructura debía ser nada más y nada menos que la puerta a la que se había referido Abbadon, la puerta del cielo creada por Aniel. Tan ensimismada estaba en aquella escena que Becca no se dio cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Los dos ángeles que le acompañaban se habían apartado completamente de ella, por fin parecía que se le ofrecía una oportunidad de escapar, pero cuando sus piernas intentaron moverse un dolor intenso recorrió todo su cuerpo obligándola a sentarse en el suelo. Alertados por sus gritos de agonía las figuras que la rodeaban se giraron para mirarla e inmediatamente echarse a reír. La mujer del kimono rojo que la había acompañado hasta allí se acercó de nuevo a ella.

—En verdad que los humanos sois criaturas patéticas —le dijo con un acento completamente neutro—. ¿De verdad pensabas que te daríamos la oportunidad de escapar? Déjame que te muestre algo —continuó con sorna mientras su mano se extendía sobre el suelo a los pies de Becca y una especie de dibujo de un color dorado intenso apareció a su alrededor. Era un circulo rodeado de símbolos que Becca reconoció inmediatamente como lengua angélica.

—Esto es un lazo angélico, el más poderoso que existe. No hay poder en este mundo que pueda romperlo. Si intentas moverte mas allá del espacio delimitado por él, el dolor recorrerá todo tu cuerpo como si te partiese en dos. Y, ¿sabes lo mejor? Cada vez que lo

intentes la intensidad del dolor será mayor hasta que tu cuerpecito no pueda soportarlo más y simplemente mueras de manera agónica. Así que —concluyó levantándose de nuevo y haciendo que el dibujo desapareciese—, si yo fuera tú, me estaría quietecita.

—¿Como te llamas? —preguntó Becca mientras la mujer se daba la vuelta con intención de alejarse.

— Mi nombre no es de tu incumbencia, maldito mono.

—Te equivocas. Me gustará saber tu nombre cuando acabe contigo como hice con esa hija de puta de Jofiel —soltó Becca sin saber de donde salían aquel valor y arrogancia, pero logrando claramente que el ángel perdiese sus papeles y se dirigiese directamente a ella para agarrarla por el cuello sin problemas para atravesar el lazo angélico.

—Jofiel era mi hermana maldita bastarda. Cuando mi señor Abbadon acabe con el traidor de tu padre yo misma seré quien te desolle viva.

—¿Qué te hace estar tan segura de que mi padre vendrá hasta aquí? Acaso crees que no sabe que esto es una trampa?

—Oh, estoy segura de que vendrá a pesar de todo. No en vano tenemos lo que más desea. —La imagen de la espada de Helel se apareció en la mente de Becca y tuvo que hacer un esfuerzo para no mostrar el miedo que acababa de recorrerle el cuerpo. Si aquellas criaturas poseían la espada no había duda alguna de que Helel intentaría recuperarla a cómo diese lugar. Becca intentó disimular lo mejor posible y hacer como que no sabia de que hablaba.

—Y, ¿qué puede ser eso según tú?

—Su hija —respondio el ángel y dejó caer el cuerpo de Becca que se quedó sentada en el suelo sin saber que pensar ante la seguridad con la que el ángel había hecho aquella afirmación. —Además, gracias al regalito de tu tía, no cabe duda que sabrán dónde deben acudir —concluyó acariciando el colgante que Sadith le había entregado y que brillaba con toda su intensidad.

Las horas pasaron y durante todo el día no dejaron de llegar a la explanada ángeles a través del Torii. Ninguno de ellos se quedaba en aquel lugar, como si de un ritual se tratase todos reportaban a alguno de los ángeles allí presentes e inmediatamente desaparecían en el cielo en dirección a lo que Becca supuso que eran las posiciones asignadas para atrapar a Helel. Una preocupación inmensa empezó a agarrarse a los músculos de su estomago. Confiaba en que Helel no intentase encontrarla. Si por cualquier razón su padre comprendía que había sido Abbadon quien la había secuestrado y que Sadith era capaz de localizarles, nada ni nadie

podría evitar el baño de sangre. Una batalla entre titanes en la que, de una forma u otra, quienes perderían irremediablemente serían los humanos. Si Abbadon ganaba su pulso a Helel el mundo tal y como lo conocía dejaría de existir, pero si era Helel quien resultaba vencedor Becca no se atrevía a aventurar cuál sería la consecuencia para los hombres cuando el señor del infierno no tuviese enemigo alguno con el que medirse. La noche llegó rauda y fría y los ángeles hicieron que se encendieran unas teas para iluminar la explanada que se distribuyeron por todo el perímetro. Becca se encontraba cansada por haber estado todo el día sentada en la misma posición, pero un par de veces que había intentado estirarse habían bastado para que el dolor inmediato le recordase que no debía moverse. Nadie le había dado siquiera agua en todo el día y su cuerpo empezaba a mostrar los síntomas de la deshidratación.

—Espero que estes cómoda —le soltó con sorna la voz de Abbadon a su espalda.

—¿Cómo no? Es un magnifico hotel de cinco estrellas —respondió a su burla con la misma moneda sin querer darle el gusto de saber lo mal que se encontraba—. Si yo fuera tú asumiría que si Helel no ha aparecido aquí a estas alturas es porque no va a hacerlo.

—Oh, no te preocupes, lo hará, no me cabe ninguna duda. Helel no dejará que su hija muera sin intentar rescatarla, es demasiado humano para eso. Es sólo cuestión de tiempo.

—Asumes demasiadas cosas, ni siquiera sabe dónde estamos.

—Lo sabrá, aún suponiendo que tu tía no le diga lo que ese bonito colgante puede hacer, tenemos a un colaborador que se encargara de orientarle en nuestra dirección.

—¿Un colaborador? —preguntó Becca de repente asustada por lo que aquella frase implicaba.

—Claro. ¿Cómo pensabas que supimos donde localizarte? Eres mucho más inocente de lo que pensaba. Es curiosa la facilidad que tenéis los humanos para traicionaros los unos a los otros sin importaros nada.

—¡No te creo, estas mintiéndome para hacerme daño! ¡Nadie de mi entorno me vendería así!

—Comprendo que te cueste creerlo, en realidad a mí también me costó confiar en que cumpliese su promesa de entregarte a nosotros e incluso hubo un momento estuve convencido de que nos traicionaría. Quiero decir, a fin de cuentas, llevas su hijo en tu vientre.

Becca no pudo oír nada más. Aquellas palabras una a una se

clavaron en su corazón como si estuvieran hechas de acero fundido y afiladas como una espada. Aunque quiso evitarlo el rostro de Eustace se formó en su mente, tan real como si lo tuviese frente a ella en ese mismo momento. Sus manos, sin quererlo se agarraron el vientre sin saber si lo hacían para proteger al pequeño que le acababan de anunciar o para contener el dolor que sentía por aquella traición, la que menos podría haber esperado. Su mente no quería creerlo, quería gritarle a Abbadon que era un mentiroso, que todo eso era falso, que el amor de Eustace era incondicional y, sin embargo, una parte de sí podía sentir la criatura que vivía en su interior, el ser que crecía por momentos y que de alguna forma le gritaba que era verdad, que él estaba allí.

—Ya ves querida, el dolor más grande siempre te lo causaran aquellos a los que dejas llegar más cerca.

A partir de ese momento Becca perdió la noción de todo lo que ocurría a su alrededor, todo dejó de ser importante. Que su padre y el resto de la familia mordiesen el anzuelo que Abbadon tan inteligentemente había lanzado para ellos, la misma posibilidad de su muerte y lo que podía ocurrirle a su mundo si Abbadon triunfaba en sus maquinaciones simplemente se esfumaron de su cerebro. Una única idea persistía, la traición de Eustace. Una única pregunta, ¿por qué? Sus manos seguían abrazadas a su vientre pero ni siquiera aquella criatura que habitaba en su interior era lo que ocupaba su mente, tan sólo la incomprensión de los actos del hombre del que había caído profundamente enamorada. Y de repente, en toda aquella oscuridad que la rodeaba hasta el punto de hacerle imposible respirar, una luz apareció para arrojar algo de comprensión. Pero se trataba de una luz oscura. Una luz que nacía en su interior, que se alimentaba sola sin necesidad de que Becca lo desease, una luz que surgía de una sola idea en su interior. Venganza. Venganza del hombre que había decidido jugar con su corazón. Venganza de aquellos que se habían destruido la vida de tantos seres inocentes en su familia. Venganza de la criatura que había destruido lo único parecido a la felicidad que había tenido jamás. Venganza del mundo mismo si fuese necesario. Sus piernas reaccionaron como por resorte. Sus manos abandonaron el vientre que había estado protegiendo hasta entonces para ayudarle a levantarse. Sus ojos dejaron de llorar, no había tiempo para lágrimas, era el momento de observar lo que la rodeaba y de buscar una salida. Los ángeles en la explanada habían aumentado en número. El gran espejo que se había formado entre los postes del Torii ya no existía, lo cuál le hizo entender que todas las fuerzas de

Abbadon debían estar ya en posición, preparadas para lo que pudiese acontecer. De repente, Becca dio un paso hacia adelante. El dolor recorrió su cuerpo de una forma brutal y el grito de dolor se abrió paso desde sus pulmones. Su cuerpo casi cayó de nuevo al suelo, pero Becca se obligó a mantenerse en pie. Una vez más sus pies intentaron avanzar y el dolor esta vez fue aún mayor pero Becca no sucumbió a él y una tercera vez forzó a su cuerpo a avanzar. Sus gritos llenaron toda la explanada y finalmente uno de los ángeles que se encontraba más cerca se acercó hasta ella con intenciones de hacerle callar. Era la misma mujer morena que la había amenazado con anterioridad.

—¿Qué pretendes maldita imbécil, acabar muerta antes de que tu padre pueda volver a verte?

—En realidad —respondió Becca recuperando el resuello—, lo único que quería era un poco de atención—. Su mano atravesó la barrera invisible del círculo que la aprisionaba y agarró el kimono de la mujer que no esperaba aquel movimiento y, tirando de ella con fuerza, logró colocar su rostro frente al suyo.—Y, por cierto, mi padre ya está aquí—. Los ojos de Becca se incendiaron inmediatamente con un fuego que Becca recordaba bien y que la mujer reconoció inmediatamente. Sus esfuerzos por soltarse de Becca fueron en vano y sus gritos llenaron el aire atrayendo la atención de sus compañeros que tardaron un segundo en entender que ocurría. Pero Becca no necesitó más de un segundo. El cuerpo de la mujer calló al suelo inflamada en las llamas del infierno y Becca simplemente caminó por encima del cadáver envuelto en llamas para abandonar el círculo de anclaje. El cuerpo de la mujer desapareció de forma casi inmediata, sólo quedó una luz intensa que, como había ocurrido con Jofiel, se extinguió sin dejar rastro. Otros dos ángeles echaron a correr hacia Becca gritando, pero de repente fueron absorbidos hacia el cielo en una bola de luz y Becca supo que sólo había dos personas en el mundo que podían haber hecho aquello. Notó de repente como alguien agarraba su mano y se giró preparada para contraatacar pero se encontró con el rostro de su madre que la miraba con ternura.

—No temas cariño, estoy contigo, siempre a tu lado.

Becca no respondió, tan sólo se fundió en un breve abrazo con su madre. En la explanada el caos se había desatado de repente y nuevos ángeles habían llegado alertados por el ruido pero no les sirvió de nada. Uno tras otro los ángeles caían al suelo, sus cuerpos partidos en dos o sus cabezas rodando libremente por la explanada. Los más afortunados eran simplemente reclamados de vuelta al

cielo como les había ocurrido a sus hermanos sin que pudiesen explicarse qué ocurría o de dónde venían los ataques que recibían. El terror empezó a reflejarse en los rostros de todos los ángeles que no dejaban de llegar en legión pero que se venían incapaces de hacer nada contra un enemigo invisible que les destruía sin piedad. De repente, el flujo de ángeles cesó y el silencio llenó la explanada. Becca miró a su alrededor esperando un nuevo ataque pero nada de todo aquello ocurrió. Una figura alta entró de repente desde el bosque en el círculo de luz. Era el mismo Abbadon. Sus pasos lentos le llevaron hasta el centro de la planicie esquivando cuerpos desmembrados a los que ni siquiera dirigía una mirada. En su mano llevaba una gran espada de color plateado que brillaba a la luz de las antorchas como si estuviese ella misma hecha de luz. Su cabeza estaba agachada de forma que Becca no podía ver su rostro hasta que se detuvo y levantó su mano para retirarse el pelo que le caía sobre la cara y Becca pudo ver que sonreía.

—Predecible, sigues siendo extremadamente predecible hermanito. ¿Es que acaso no aprendiste nada de mí?

—Al contrario Abbadon, aprendí mucho. En concreto que un enemigo que tiene que sujetar sus tripas para que no se salgan del cuerpo no tiene manos para manejar una espada. ¿No te parece que el espectáculo que te he dado es digno de tus enseñanzas, hermano? —La voz de Helel resonó desde el lado derecho de la explanada y los ojos de Becca se dirigieron hasta allí para encontrarse con los de su padre que le miraba con seriedad sosteniendo la espada negra como la noche que le había visto usar anteriormente—. ¿Estás bien? —Resonó su voz esta vez en su mente. Becca quiso contestar pero Abbadon se adelantó.

—¡Oh, está mejor que bien! Hemos cuidado perfectamente de ella y del pequeño bastardo. ¡Vaya, casi me olvido de felicitarte por la nueva adición a la familia! —Helel miró a Becca sin decir nada y secundó aquel silencio simplemente apretando su mano fuertemente.

—¿Qué? —gritó la voz de Eustace desde el otro lado de la explanada donde había aparecido junto a Sadith y Charice—. ¿Un hijo? ¿Nuestro hijo?

—Vaya, el papá tampoco lo sabía. Es una pena, ahora me siento culpable por haberos estropeado la buena nueva. No es que importe, claro, dado que todos vais a estar muertos en breve y ese maldito despojo no va ver la luz del día.

—¡No! —gritó Eustace alejándose de Sadith y encaminándose hacia Abbadon—. Me prometiste que no le haríais ningún daño. Ella

debía quedar sana y salva a cambio de Helel.

—Eustace, ¿qué dices?, vuelve aquí —chilló Sadith y Becca pudo ver como al mismo tiempo intentaba concentrarse para extender la barrera invisible de protección que les envolvía para proteger a Eustace, pero este estaba ya demasiado lejos.

—¿El traidor se atreve a recriminarme que no cumpla mis promesas? Eres el mejor ejemplo de la naturaleza podrida de los humanos. La seguridad de tu familia te importaba poco cuando hiciste el trato con nosotros. ¡Oh, sí! Entonces estabas dispuesto a lo que fuese necesario a cambio de conseguir tu premio, ¿verdad? ¿Por qué no les cuentas lo que queríais que hiciésemos por ti a cambio de ayudarnos a capturar a Helel?

—Oswald, ¿de qué habla? ¿Qué has hecho hijo? —interrumpió Sadith incapaz de creer lo que estaba escuchando.

—Esto va a ser de lo más divertido. Por fin, voy a poder arrancaros la careta a todos. Tu hijo, maldita bruja, removió cielo y tierra durante siglos intentando encontrar un poder que nadie podía ofrecerle, el poder de devolver a los muertos a la vida. ¿Y todo por qué? Simplemente por su obsesión en recuperar a la zorra que fue su esposa y al bastardo que perdió con su muerte. ¡Adelante, cuéntale a tu madre toda la verdad! Cuéntale como en tu desesperación recurriste a mí ofreciéndome lo que fuese necesario a cambio de volver a tener a tu esposa y tu hijo entre tus brazos. Cuéntale como estuviste más que encantado de aceptar mi precio que no era otro que la muerte de Helel y su última descendiente directa. ¿No os habéis preguntado como supimos que la bastarda estaba en la casa de Escocía, o cómo pudimos dar con la familia de vuestro marinero marica o, como pudo encontraros Jofiel? Por todos los cielos, ¡sois tan inocentes!

—¡Eso no es verdad! —gritó Eustace girándose para mirar a Becca—. Es verdad que al principio les ayudé, pero cuando tú y yo nos enamoramos les dije que no les ayudaría más a no ser que me asegurasen que vivirías, que no te pasaría nada. Yo te quiero Becca, ahora me he dado cuenta de que eres tú a quién quiero, no quiero que Loredana regrese, sólo quiero estar contigo.

—¡Maldito hijo de puta! —gritó Charice.

—¡Charice, no! —respondió Becca con una calma fría y dura—. No merece la pena. Por un instante me hiciste pensar que yo también tenía derecho a la felicidad, que esa felicidad estaba entre tus brazos y que no se extinguiría jamás. Tu amor, como casi todo lo que he tenido en mi vida, no era más que una mentira. No es a mí sólo a quien has traicionado, has traicionado a toda tu familia, a

tu propia madre. Hay algo de lo que me he dado cuenta en todo este tiempo, mi única verdad, la única cosa que ha permanecido siempre constante a mi alrededor es quién soy. Ahora lo entiendo. Yo no soy Becca, yo no soy la pobre huérfana criada en un internado y sin más familia que ella misma. Yo soy Rebecca Engels, descendiente de inmortales e hija del mismo Lucifer. Y esta es mi familia. Una familia que crecerá con un este hijo al que nunca jamás verás. Y ese será tu castigo, saber que has perdido la familia que siempre deseaste tener.

—Becca, te lo ruego, yo...

—Suficiente —interrumpió Abbadon y su espada brilló en el aire para atravesar el pecho de Eustace desde su espalda haciendo que el hombre soltara un gemido de dolor.

—¡Nó! —gritó Sadith al tiempo que una ola de energía inmensa lanzaba a Abbadon hacia atrás haciendo que su espada desgarrase aún más el cuerpo de Eustace que calló al suelo como un plomo. La mujer salió corriendo hacia su hijo y Becca hizo lo mismo seguida por su madre que inmediatamente lanzó una barrera de protección sobre su hija y su hermana. Cuando Becca llegó hasta Sadith ya era demasiado tarde. Los ojos de Eustace tan sólo miraban al cielo vacíos y sin vida y el grito de Sadith llenó el aire. Dejando el cuerpo de su hijo en el suelo la mujer se levantó con los ojos completamente negros y elevando sus manos al cielo. De repente una docena de ángeles habían aparecido de la nada y se interpusieron entre Sadith y Abbadon. Liliath se unió a su hermana agarrando su mano mientras las dos entonaban un cántico que resonó en toda la explanada y el suelo empezó a temblar. Los ángeles hicieron aparecer sus espadas y se dirigieron hacia las dos mujeres pero, de repente, como si hubieran sido arrasados por una ola de fuego inmenso sus cuerpos empezaron a calcinarse desde el interior y los gritos de dolor reemplazaron al cántico. La ola de energía que las dos mujeres habían lanzado no se detuvo en la barrera de ángeles sino que continuó su paso hacia Abbadon que se protegió llevando los brazos a su rostro. Su cuerpo empezó también a calcinarse pero, de repente, el ángel bajó sus manos y se enfrentó a las dos mujeres con una rabia inmensa en su rostro y un alarido sobrenatural que heló la sangre de Becca en sus venas. La ola expansiva regresó en su camino de repente y golpeó a las dos mujeres lanzándolas hacia atrás.

—Estúpidas brujas, ¿acaso no os dais cuenta de que nunca un humano podrá matar a un dios? —gritó y Becca se dio cuenta de que donde debían estar sus ojos tan sólo había una luz blanca

intensa. Liliath y Sadith hicieron el amago de levantarse, pero sus fuerzas les fallaron y sin pensar un segundo Becca se interpuso entre ellas y Abbadon—. Parece que voy a tener el placer de acabar con todas vosotras al mismo tiempo —continuó el ángel dirigiéndose hacia las mujeres con su espada en alto, pero en el momento en que Becca se preparaba para recibir el golpe, Helel apareció frente a ella parando la estocada con su propia espada.

—¡Tu guerra no es con ellas sino conmigo! —Y con una fuerza descomunal lanzó a Abbadon contra el Torii que se vino abajo con el impacto sepultando al ángel entre los maderos. Durante unos segundos no se oyó nada como si Becca se hubiese quedado sorda, pero estaba segura de que ese no era el final y de repente una risa tétrica resonó en su cabeza.

—Ha sido un buen intento Helel pero lo que no acabas de entender es que mi guerra no es contigo. —La figura de Abbadon salió de entre los maderos apartándolos sin ningún esfuerzo. Si no hubiera sido por las manchas en el impoluto kimono nadie podría haber supuesto que hubiese recibido golpe alguno. —En realidad para mí eres tan sólo un medio para un fin. Necesito el poder que el trono del infierno me concederá y ese trono ha acabado en tus manos porque no quisiste hacerme caso y desaparecer entre los hombres. No. Estabas demasiado acostumbrado a vivir en el seno de poder, ser el favorito de nuestro padre, su mano derecha. Necesitabas volver a ocupar una posición elevada, en el fondo eso es lo que siempre te ha gustado, mirarnos a todos por encima del hombro.

—Yo no elegí nada de lo que me ha ocurrido, Abbadon. De hecho fuiste tú quien desencadenó todos los acontecimientos de mi vida al arrebatarme la luz de nuestro padre. Fuiste tú quien me transformo en lo que ahora soy.

—Con mayor razón entonces seré yo quién te destruya —replicó lanzando un mandoble con la espada que hizo que la tierra se levantase con la onda expansiva y golpease a Helel que intentó en vano apartarse de la trayectoria del golpe. Su cuerpo fue lanzado a varios metros y cuando intento levantarse un gran corte cruzaba su pecho. Sin peder un segundo contraatacó, esta vez apareciéndose alrededor de Abbadon mientras asestaba golpe tras golpe. La estrategia logró confundir al ángel que se venía incapaz de defenderse. Pronto el kimono blanco empezó a mostrar manchas rojas de la sangre que brotaba de los cortes que Helel le asestaba. Sin embargo, repentinamente, como si hubiera adivinado algún patrón en la estrategia de Helel, Abbadon elevó su espada con todas

sus fuerzas frente a él y logró atravesar el pecho de Helel que emitió un grito intenso de dolor y apenas logró reunir las fuerzas para transportaros unos metros más allá de Abbadon para evitar un golpe final.

—Nunca tendrás poder suficiente para vencerme Helel, soy lo más parecido a un dios que puedes encontrar.

—Nuestro padre es el único dios, Abbadon y sé que él no permitirá que te salgas con la tuya.

—Tienes razón, estrictamente hablando él es el único dios, pero aún así, yo he conseguido encarcelarle y, créeme, desde donde está no hay nada que pueda hacer para ayudarte. Además, la incomodidad de su presencia es algo que pienso arreglar en cuanto acabe contigo. El poder del infierno combinado con el poder de un ángel serán suficientes para acabar con él de una vez por todas.

—El odio y la envidia te han vuelto loco Abbadon, no sigas por este camino, aun estás a tiempo de parar todo esto.

—Lo único que pretendo parar es tu maldita verborrea. —Un nuevo golpe cruzó la explanada pero esta vez una luz intensa lo detuvo justo antes de que golpease a Helel. Cuando la luz se disipó Helel vio que se trataba de Becca que había parado el golpe con algo que tenía en su mano. Sus ojos no podían dar crédito. Aquel objeto se parecía enormemente a su espada.

—¿Te encuentras bien? —preguntó beca arrodillándose junto a su padre.

—La..la espada...

—Lo sé, no sé cómo ha llegado hasta mi mano. Sólo sé que le he visto asestar el golpe y de repente me encontraba frente a ti con la espada en alto.

—Rebecca, tu brazo... —dijo señalando su antebrazo desnudo que ahora aparecía cubierto de símbolos angélicos de color dorado muy brillantes

—¿Qué es esto? ¿Qué me ocurre?

—Eso es lengua angélica, tu nombre en lengua angélica —dijo Liliath apareciendo a su lado—. De alguna forma mi hechizo ha hecho que la espada de tu padre ahora pertenezca, que te obedezca a ti.

—Por eso ha aparecido ahora, la espada siempre aparece cuando la necesitas. Es tuya Rebecca, esos símbolos lo demuestran.

—Vaya, vaya, la abejita tiene un aguijón. ¿De verdad crees que eso puede salvaros?

—Será cuestión de verlo —respondió Becca lanzándose sin pensarlo contra Abbadon asestando golpe tras golpe con la espada

sin saber muy bien lo que hacía, tan solo dejándose llevar por la rabia y su instinto. Abbadon no tuvo problema en parar todos los golpes pero la secuencia incansable de mandobles le hacía perder terreno con cada golpe. Finalmente en uno de ellos Abbadon se agachó y Becca acabó por perder el equilibrio. Su cuerpo calló hacia adelante y fue recibido por una patada del ángel que le envió a varios metros de distancia contra las ruinas del Torii.

—Ya te lo he dicho, maldita humana, ninguno de vosotros tiene el poder para matar a un dios.

—No, pero hay alguien que puede tenerlo —dijo Helel y acto seguido desapareció para aparecer abrazado a Becca que tardó unos segundo en entender lo que había ocurrido. En sus manos, la espada atravesaba el cuerpo de Helel y estaba bañada en un liquido caliente que se derramaba por su mano. Becca comprendió que su padre se había lanzado contra la espada. Un grito de rabia salió de la garganta de Abbadon.

—¡No, no, no puede ser! Pero, ¿por qué lo has hecho? Déjame que te ayude, aún hay tiempo de parar el sangrado.

—Rebecca... —susurró Helel, pero la muchacha no le prestó atención e intentaba taponar la herida con sus manos —¡Hija, déjalo! Así es como debe ser. Ya te dije que no puedes escapar de quién eres.

—¿Qué tiene que ver eso ahora? ¿En que nos ayuda esto?

—No lo entiendes, el trono del infierno no se hereda, se usurpa. Es tu espada la que ha acabado con mi vida, ahora tú eres la reina del infierno y ese poder junto con la esencia de la energía del inframundo que corre por tus venas es todo lo que necesitas para vencer a Abbadon.

—No, no puede ser. No puedes hacerme esto, no ahora que te he encontrado.

—Becca, no hay tiempo para esto cariño, lo que tu padre te ha dado es un regalo, por lo que más quieras, úsalo —dijo Liliath que había corrido hasta ellos y sostenía la cabeza de Helel entre sus brazos.

Becca se levantó limpiándose las lágrimas de los ojos. Sabía que aquellas lagrimas no eran por Helel, o por el padre perdido, sino por la comprensión de una verdad más grande que todo lo que le estaba ocurriendo, acababa de comprender algo que Helel le había intentado hacer comprender en el inframundo. Nunca había estado sola. Su familia no era una familia al uso, no siempre había estado físicamente a su lado, pero jamás la habían abandonado. Becca miró a su alrededor, a su madre que sostenía el cuerpo de su padre, del

que se escapaba la vida por momentos, a su tía que se arrodillaba junto al cuerpo del hijo perdido y a Charice que la había acompañado mas allá de todo mal y peligro sin cuestionar nada. Todos ellos eran su familia. Becca se giró para encarar espada en mano a Abbadon que la miraba con una rabia incontrolable.

—Esto no cambia nada, zorra, de hecho será aún mas fácil arrebatarte el trono a ti que a tu padre.

—De hecho esto lo cambia todo Abbadon, ¿sabes por qué? Porque yo no soy mi padre. Yo no bebo de la fuente de poder del infierno porque yo soy la fuente en sí misma. Su energía recorre cada poro de mi piel, cada una de mis venas, cada célula de mi cuerpo. Yo no soy la reina del infierno, yo soy el infierno hecho carne . Y este es tu fin.—Los músculos de Becca se tensaron y su mente se abrió de par en par a la energía que habitaba en su interior y que pugnaba por salir, por que la dejasen libre. De repente todo su cuerpo se encendió en llamas, unas llamas de una intensidad desconocida para el ojo humano que hicieron que Charice y los demás tuviesen que retirar su mirada. Aquel cuerpo de luz siguió caminando acercándose poco a poco a Abbadon que mostraba en su rostro el pánico ante algo que no había visto jamás.

—¡No, no puede ser, es imposible! La ira de dios, el fuego de la destrucción eterna. Ningún humano tiene tal poder. Ningún cuerpo humano puede albergar esa energía.

—¡Abbadon, criatura del cielo, por los pecados cometidos contra tu propio padre, por la sangre derramada de tus hermanos, por el dolor infligido al mundo, por las vidas de aquellos que sucumbieron a tu ambición, yo te condeno a no ser, a arder para siempre en el fuego eterno de mi ira. Yo soy Rebecca. Yo soy el infierno. Yo soy la muerte!

La luz inmensa que la rodeaba envolvió a Abbadon cuando Becca llegó hasta él y un rugido de dolor mezclado con rabia se extendió por el aire haciendo que los presentes se llevasen las manos a la cabeza. La luz pareció cobrar aún más intensidad en un instante y de repente se apagó y lo único que quedó fue el cuerpo desnudo de Becca que les miraba serena y confiada.

—Ahora ya no es Rebecca, ahora es un dios. No lo hicimos mal Liliath.

—Lo sé —respondió la mujer con los ojos llenos de lágrimas y con dulzura besó los labios de Helel.

—Lo he echado de menos. Nunca te lo he dicho pero convertirme en humano ha sido la cosa más maravillosa que pudo pasarme jamás tan sólo porque pude conocerte.

—Déjate de eso ahora, no hagas esfuerzos. Necesitarás todas tus fuerzas para recuperarte.

—Los dos sabemos que nada puede salvarme ya, mi amor —respondió limpiando sus lagrimas suavemente—, pero saber que ella y su hijo están vivos es la mayor felicidad que podría pedir. —Sus ojos miraron fijamente los de Liliath que eran ya un mar de lágrimas y sin siquiera un suspiro el cuerpo de Helel se abandonó en los brazos de ella sin vida.

En ese instante Becca quiso correr hacia su padre pero lo que ocurrió a continuación se lo impidió. De repente, el cielo se iluminó con la luz del amanecer y sobre la explanada, hasta donde podía llegar la vista aparecieron miles de criaturas, demonios de todas las castas y razas posibles que se presentaron frente a Becca y, en el mismo momento en que el sol despuntaba en el horizonte, todos ellos se arrodillaron reverentes ante su nueva reina. Una parte de Becca quiso salir corriendo, unirse a su familia, llorar a sus muertos, curar las heridas de su gente, y no solo las físicas, pero sabía que no podía hacerlo. Ahora tenía otra familia de la que ocuparse, de la que cuidar. Una que la necesitaba tanto como la suya propia. Becca miró los rostros de aquellos que estaban frente a ella y comprendió que, tal y como su padre le había dicho, no podía escapar de quién era. Sus manos tocaron su vientre con ternura y comprendió. En ese instante su cuerpo desapareció y tras él todos los demonios que acababan de aceptarla como su soberana, la única señora del infierno.

25
Yo soy

La biblioteca estaba fría. Charice aún no se acostumbraba a aquella gran casa y a la parte de gestión que llevaba asociada, y había olvidado pedir que encendieran las chimeneas. Decidió que probablemente el Whisky ayudaría y se sirvió un gran vaso doble del carro de las bebidas. Cuando dio el primer sorbo un escalofrío recorrió su espalda.

—Estoy por pedirte que me pongas uno a mí —le dijo una voz familiar.

Charice se giró y se encontró de frente con Becca, aunque su imagen poco tenía que ver con la que ella había conocido. Su pelo estaba mucho más corto y estaba vestida con un magnifico vestido de terciopelo granate que habría quedado apropiado en cualquier gran salón de Europa. Sin pensarlo un segundo Charice tiró el vaso y salió corriendo para fundirse en un abrazo con su amiga.

—¡Gracias a dios que estás bien, han pasado meses desde tu partida! ¿Por qué no diste señales de vida? Nos tienes los nervios destrozados.

—Sí que di señales de vida.

—Si te refieres a la jugada de dejarme la propiedad de esta casa para que me viniese a vivir a ella, yo no llamaría a eso dar señales de vida. Por todos los demonios, me mandaste un abogado, Becca.

—Lo sé —rió Becca—. Te parecerá una excusa ridícula pero he estado tremendamente ocupada.

—Estoy segura de ello —contestó otra voz a su espalda.

—Tía… —dijo beca lanzándose en los brazos de Sadith que la

recibieron como quién recibe a un niño pequeño.

—Mi pequeña, te hemos echado tanto de menos.

—Y yo a vosotros.

—¿Sabe tu madre que estás aquí?

—He ido a verla a ella primero. Me ha alegrado mucho verla feliz de vuelta en el poblado gitano.

—Los primeros meses fueron difíciles para todos, pero afortunadamente ahora está mucho mejor. ¿Entiendo que tú también te encuentras bien?

—Sí, estoy bien. He tenido que detener un par de intentos de arrebatarme el trono pero nada que no pueda manejar —contestó sorprendiendo ella misma de cuán diferente sonaba aquello de la Becca que vivía en Nueva York.

—¿Alguna señal de Abbadon o de los suyos?

—No, Abbadon está muerto, no me cabe ninguna duda. Los míos han destruido todas las puertas del cielo, o al menos todas las que pudimos localizar y con suerte, si a alguno de los ángeles les quedan ganas de continuar la obra de Abaddon, al menos les retrasará considerablemente. No ha habido más ataques de ángeles así que supongo que esa es buena señal.

— Pero, sin embargo, algo te preocupa.

—¿Por qué lo dices?

— Porque de otra forma no habrías venido a vernos.

—La verdad es que hay una cosa en la que necesito vuestra ayuda —respondió muy seria.

—Lo que sea. ¿De que se trata? —preguntó Charice.

— Un segundo. —Y Becca desapareció un instante para aparecer de nuevo en el otro lado de la sala esta vez con un bulto en los brazos. Charice se acercó hasta ella y tomó el pequeño paquete de sus brazos, un niño moreno y de ojos verde intenso. —Su nombre es Oswald, como su padre.

Charice entregó el niño a Sadith que lo cogió en sus brazos mientras sus los se llenaban de lágrimas.

—Gracias por no borrar su recuerdo. —Fue lo único que dijo.

—Nunca lo haría. Más allá de sus errores, su padre fue un buen hombre. Pero necesito de vuestra ayuda, no puede quedarse conmigo. El infierno no es lugar para un niño. Mi situación como reina no es la más estable del mundo y no puedo arriesgar su vida, no lo haré jamás. Quiero que el niño viva con vosotras.

—¿Cómo? —preguntó Charice insegura—. ¿Estás segura de que separarte de él es lo mejor?

—Lo es para él, por su seguridad —dijo Becca acariciando el

rostro del pequeño con dulzura—. Además, no pienso salir de su vida, seguiré viniendo verle regularmente, pero estar a mi lado solo le pondrá en peligro. Mi madre está de acuerdo y está dispuesta a pasar temporadas largas aquí para ayudar. No puedo pensar en mejores manos que las tuyas para cuidar de mi hijo, tía Sadith. Cuidaste de toda nuestra familia durante siglos, ¿lo harás de nuevo?

—Cuidaré de él con mi propia vida —respondió Sadith con una amplia sonrisa.

—Gracias, sé que no puede estar en mejores manos que con vosotras. Sé feliz y hazte fuerte mi pequeño guerrero —dijo acercándose al niño y colocando un beso sobre su frente mientras sus ojos se derramaban en lágrimas. —Prometo verte muy pronto, mamá no te abandonará jamás.

Sadith dio un beso en la mejilla Becca y se alejó con el pequeño en brazos intentando no alargar el dolor de Becca por tener que entregar a su hijo.

—No tienes que preocuparte, a nuestro lado estará seguro.

—Lo sé, Chas —respondió Becca aunque eso no lo hace más fácil. Tengo que marcharme pero tengo una cosa para ti.

—Dime que es un ejemplar de Vogue —bromeó Charice provocando una sonrisa en Becca.

—No, me temo que es algo menos glamuroso —contestó entregándole un viejo libro encuadernado en piel—. Mi padre inició esta tradición y he pensado que estaría bien continuarla.

—No dejas de sorprenderme, ¿dónde esta mi amiga de la universidad?

—Me temo que esa Becca está muy muerta Chas, pero la verdad es que esta me gusta más —rió—. Debo marcharme. Prometo que vendré muy pronto. Cuidaros mucho por favor.

—Te lo prometo, majestad —bromeó Charice intentando disimular sus ojos llenos nuevamente de lágrimas—. ¡Becca! —gritó justo antes de que desapareciese.

—Dime —contestó girándose para mirarla.

—¿Crees que el mundo debería saberlo?

—¿Saber el qué?

—Todo. Quiero decir, que dios no está y todo eso. Quizá fuese el fin de todas esas guerras absurdas en el nombre de la fe, ¿no crees?

—La verdad es que yo también me lo he planteado, Chas —contestó Becca mirándola con ternura—, pero la realidad es que, en esas guerras, Dios es tan sólo la pobre excusa del hombre para sacar lo peor de sí. Siempre seremos lo que somos, con Dios o sin él. Además, creo que es bueno que el hombre pueda seguir creyendo

que, cuando miramos al cielo, alguien nos está devolviendo la mirada.

Y tan rápido como había llegado, Becca desapareció dejando a Charice a solas que se sentó en uno de los sofás de la biblioteca jugando con el libro entre sus manos. Finalmente se decidió a abrirlo y tal y como esperaba el libro estaba en blanco. Se agachó para recoger uno de los cristales del vaso roto que estaban en el suelo y con él se hizo un pequeño corte en el dedo pulgar. Apretó el dedo contra la primera página del libro y, como por arte de magia, las letras de un hermoso color rojo empezaron a llenar la página permitiendo que Charice pudiese leer el contenido:

Yo soy Rebecca, hija de una inmortal, vástago del cielo, señora del infierno, guardiana de la luz de Dios, hija de Lucifer, y esta es mi historia.

Daniel Caet

Daniel Caet es un autor español de novelas de ficción histórica y sobrenatural. Nacido en Salamanca en 1976, aunque residente en Reino Unido desde 2013, Daniel es doctor en microbiología y genética, sin embargo, es su interés por la historia antigua y de las religiones lo que alimenta sus obras. Las mentiras del cielo es su primera novela y el resultado de varios años de investigación sobre la figura y el mito de Lucifer. Actualmente Daniel se encuentra inmerso en la preparación de su nueva novela que verá la luz en 2019 y en la que explorará la historia de la brujería a lo largo de los siglos.

www.danielcaet.com

www.facebook.com/danielcaetautor